

BERLÍN

ALEXANDERPLATZ

Alfred Döblin

InfoLibros.org



SINOPSIS DE BERLIN ALEXANDERPLATZ

Berlin Alexanderplatz, de Alfred Döblin, es considerada por muchos como la novela más importante de la literatura alemana y uno de los baluartes del modernismo. Cuenta la historia de Franz Biberkopf, un ex convicto que recibe la libertad después de una condena de 4 años en Berlín. Aunque su objetivo es rehabilitarse, su camino se tuerce de nuevo.

La obra incluye elementos que rompieron con los patrones narrativos de la novela tradicional, como el monólogo interior, los puntos de vista variados, la estructura cronológica del relato y la intensidad expresiva, entre otros. Es una historia repleta de emoción, intensidad y acción de principio a fin, presentada en la jerga coloquial de la capital alemana.

Berlin Alexanderplatz, por Alfred Döblin en InfoLibros.org

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [Berlin Alexanderplatz author Alfred Döblin](#)
 - Portugués InfoLivros.org: [Berlin Alexanderplatz autor Alfred Döblin](#)
-

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org](#)

LIBRO PRIMERO

QUÍ, al principio, Franz Biberkopf sale de la cárcel de Tegel adonde lo ha llevado su insensata vida anterior. Le cuesta echar raíces de nuevo en Berlín, pero finalmente lo consigue y se alegra de ello, y jura llevar una vida honrada.

A la ciudad con el 41

Estaba ante la puerta de la cárcel de Tegel y era libre. Ayer aún, en los campos de atrás, había rastrillado patatas con los otros, en uniforme de presidiario, pero ahora llevaba un abrigo de verano amarillo; ellos rastrillaban atrás, él estaba libre. Dejaba pasar un tranvía tras otro, apretaba la espalda contra el muro rojo y no se iba. El vigilante de la puerta pasó varias veces por delante, le indicó su tranvía, pero él no se fue. Había llegado el momento terrible (¿terrible, Franze, por qué terrible?), los cuatro años habían terminado. Las negras puertas de hierro, que desde hacía un año contemplaba con creciente aversión (aversión, por qué aversión) se habían cerrado a sus espaldas. Lo ponían otra vez en la calle. Dentro quedaban los otros, carpinteando,

barnizando, seleccionando, encolando, les quedaban aún dos años, cinco. Él estaba en la parada del tranvía.

Empieza el castigo.

Se sacudió, tragó saliva. Se pisó un pie. Luego tomó carrerilla y subió al tranvía. En medio de la gente. En marcha. Al principio era como cuando uno está en el dentista, que coge la raíz con las tenazas y tira; el dolor aumenta, la cabeza está a punto de estallar. Volvió la cabeza atrás, hacia la pared roja, pero el tranvía volaba con él sobre los raíles y sólo su cabeza quedó mirando hacia la prisión. El tranvía tomó una curva, se interpusieron árboles, casas. Aparecieron

calles animadas, la Seestrasse, subió y bajó gente. Dentro de él, algo gritaba horrorizado: cuidado, cuidado, ya empieza. La punta de la nariz se le helaba, algo temblaba en sus mejillas. «Zwölf Uhr Mittagszeitung», «B. Z».[1], «Die neuste Illustrirte», «Die Funkstunde neu». «Billetes, por favor». Los polis llevan ahora uniformes azules. Se bajó otra vez del tranvía sin ser notado, estaba entre personas. ¿Qué pasaba? Nada. Un poco de compostura, cerdo famélico, haz un esfuerzo o te parto la cara. Gentío, qué gentío. Cómo se agita. Mi sesera necesita engrase, seguro que está seca. ¿Qué era todo aquello? Tiendas de zapatos, tiendas de sombreros, lámparas eléctricas, tascas. La gente tiene que tener zapatos para poder correr tanto, también nosotros teníamos una zapatería, no hay que olvidarse. Cientos de

cristales relucientes, déjalos que brillen, no te irán a dar miedo, te los puedes cargar, qué pasa con ellos, los acaban de limpiar. Estaban levantando el pavimento en la Rosenthaler Platz, caminó con los demás por los tablones. Uno se mezcla con los otros, todo se arregla, no notas nada, muchacho. En los escaparates había figuras con trajes, abrigos, con faldas, con medias y zapatos. Fuera todo se movía, pero... detrás... finada! ¡Nada... vivía! Aquello tenía rostros alegres, se reía, aguardaba en el islote del tráfico frente a Aschinger[2] en grupos de dos o tres, fumaba cigarrillos, hojeaba periódicos. Estaba allí como las farolas... y... se quedaba cada vez más rígido. Formaba una unidad con las casas, todo blanco, todo de madera.

El terror lo acometió cuando bajó por la Rosenthaler Strasse y, en una pequeña taberna, había un hombre y una mujer sentados muy cerca de la ventana: se echaban al colete la cerveza de los jarros, bueno y qué, sólo bebían, tenían tenedores y se metían con ellos pedazos de carne en la boca, luego sacaban otra vez los tenedores pero no sangraban. Ay, cómo se le retorció el cuerpo, no consigo calmarlo, ¿adónde ir? Aquello respondió: es el castigo.

No podía volver, había venido con el tranvía hasta aquí, tan lejos, había

salido de la cárcel y tenía que meterse, más adentro aún.

Eso ya lo sé, suspiró para sí, que tengo que meterme aquí y que he salido de la cárcel. Tenían que soltarme, el castigo había terminado, todo tiene su orden, los burócratas cumplen su deber. Me meteré ahí, pero quisiera no hacerlo, Dios mío, no puedo hacerlo.

Anduvo la Rosenthaler Strasse, pasando por delante de los almacenes

Tietz[3], torció a la derecha por la angosta Sophienstrasse. Pensó: esta calle es

más oscura, donde está oscuro será mejor. Los presos se encuentran en régimen de aislamiento, celular o común. En régimen de aislamiento, el preso es mantenido día y noche, sin interrupción, separado de los otros. En el régimen celular se mete al preso en una celda, pero se le lleva con los otros para hacer ejercicio al aire libre, dar clases o asistir a los servicios religiosos[4]. Los tranvías pasaban alborotando y tocando la campanilla, las fachadas se sucedían sin pausa. Y había tejados sobre las casas, que flotaban sobre ellas, los ojos se le iban hacia lo alto: con tal de que los tejados no resbalen, pero las casas se mantenían derechas. Adónde iré, pobre diablo, caminó arrastrando los pies a lo largo de las paredes, aquello no se acababa nunca. Soy completamente bobo, se puede dar una vuelta, cinco minutos, diez minutos, luego se toma un coñac y se sienta uno. Al toque de campana correspondiente, el trabajo

debe comenzar sin demora. Sólo puede interrumpirse el tiempo fijado para comidas, paseos y clases. Al pasear, los presos deben mantener los brazos extendidos y bracear.

Allí había una casa, levantó la vista del pavimento, empujó una puerta y de su pecho salió un ay, ay, gruñido y triste. Cruzó los brazos, bueno, muchacho, aquí no te pelarás de frío. La puerta del patio se abrió, alguien pasó por su lado, se situó detrás. El gimió entonces, le hacía bien gemir. En su primer aislamiento carcelario había gemido siempre así, alegrándose de oír su propia voz, eso es algo, no todo se ha perdido. Lo hacían muchos en las celdas, unos al principio, otros luego, cuando se sentían solos.

Empezaban por eso, todavía era algo humano, los consolaba. Allí estaba el hombre en la entrada, él no oía el horrible ruido de la calle, las casas demenciales no llegaban hasta allí. Frunciendo la boca, gruñó y se dio valor, con las manos metidas en los bolsillos. Tenía los hombros encogidos dentro del amarillo abrigo de verano, para defenderse.

Un extraño se había situado junto al ex presidiario y lo miraba.

Preguntó:

«¿Le pasa algo, no se siente bien, le duele algo?»[5], hasta que él se dio cuenta y dejó inmediatamente de gruñir. «¿Se siente mal, vive usted en esta casa?». Era un judío de barba roja y cerrada, un hombrecito con abrigo, un sombrero de fieltro negro, un bastón en la mano. «No, no vivo aquí». Tuvo que marcharse del portal, el

portal le había hecho ya bien. Y entonces empezaron otra vez las calles, las fachadas, los escaparates, las figuras apresuradas con pantalones o medias claras, todas tan rápidas, tan ligeras, una por segundo. Y, como estaba decidido, entró otra vez en un zaguán, en el que, sin embargo, se abrieron las

puertas para dejar pasar un coche. Entonces, rápidamente, a una casa vecina, un portal estrecho, junto a la escalera. Por allí no podía salir ningún coche. Se agarró al poste de la barandilla. Y mientras lo tenía agarrado supo que quería escapar al castigo (ay Franz, qué vas a hacer, no lo conseguirás), claro que lo haría, sabía ya dónde había una escapatoria. Y en voz baja comenzó otra vez con su música, con el gruñir y el refunfuñar y él a la calle no voy otra vez. El judío pelirrojo entró de nuevo en la casa, al principio no descubrió al otro junto a la barandilla. Lo oyó ronronear: «Pero bueno, ¿qué hace aquí? ¿No se siente bien?». Franz soltó el barrote, entró en el patio. Cuando estaba tocando la puerta vio que era el judío de la otra casa. «¡Váyase! ¿Qué quiere usted?». «Bueno, bueno, nada. Gime usted, y se queja de tal forma que uno tiene derecho a preguntar qué le pasa». Y allí, por la grieta de la puerta, otra vez las viejas casas, el hervidero humano, los tejados cayéndose. El ex presidiario abrió la puerta del patio, el judío detrás: «Bueno, bueno, qué puede pasar, no será tan malo. No se va uno a morir. Berlín es grande. Donde viven mil, viven mil uno».

El patio era profundo y oscuro. Franz estaba junto al cajón de la basura. Y de pronto empezó a cantar a voz en grito, a cantar a las paredes. Se quitó el sombrero como un organillero. Las paredes le devolvieron el sonido. Eso estaba bien. Su propia voz le llenó los oídos. Cantaba con una voz fuerte, como nunca hubiera podido cantar en la cárcel. ¿Y qué era lo que cantaba y devolvían las paredes?

«Ruge una voz como un trueno»[6]. Marcialmente firme y enérgico. Y luego:

«Yuvivaleralera»[7], algo de alguna canción. Nadie se ocupaba de él. El judío lo esperaba en la puerta: «Ha cantado muy bien. Realmente muy bien. Podría hacerse de oro con una voz como la suya». El judío lo siguió a la calle, lo cogió por el brazo y se lo llevó, con una conversación interminable, hasta que torcieron por la Gormannstrasse; el judío y el recio chicarrón del abrigo de verano, que apretaba la boca como si fuera a escupir bilis.

Todavía no está allí

Lo introdujo en una habitación, donde ardía una estufa, lo sentó en el sofá:

«Bueno, ya está aquí. Siéntese tranquilo. Quédese con el sombrero puesto o

quíteselo, como quiera. Voy a buscar a alguien que le gustará. La verdad es que tampoco yo vivo aquí. Soy sólo un huésped como usted. Bueno, así son las cosas, un huésped trae a otro huésped, con tal de que en la habitación haga calor».

El ex presidiario se quedó solo. Ruge una voz como un trueno, como un sonido de espadas y del mar el desenfreno. Iba en el tranvía, miraba a los lados, se veían las paredes rojas entre los árboles, llovían hojas de colores. Las paredes estaban ante sus ojos, las contemplaba desde el sofá, las contemplaba con insistencia. Es una gran suerte vivir entre estas paredes, se sabe cómo empieza el día y cómo sigue. (Franz, no querrás esconderte, te has escondido ya cuatro años, ten valor, mira en tomo, ese esconderse tiene que acabar de una vez). Se prohíbe cantar, silbar y alborotar. Los reclusos tienen que levantarse inmediatamente por la mañana al toque de diana, hacer su cama, lavarse; peinarse, cepillarse la ropa y vestirse. Se facilita jabón en cantidad suficiente. Bum, un toque de campana, levantarse, bum, las cinco y media, bum, las seis y media, apertura, bum bum, afuera, reparto del desayuno, jornada de trabajo, recreo, bum bum bum, mediodía, muchacho, no tuerzas el gesto, aquí no te vamos a cebar, que se inscriban los cantores, los cantores se presentarán a las cinco cuarenta, me doy

de baja por ronco, a las seis cierre, buenas noches, lo hemos logrado. Una gran suerte vivir entre estas paredes, me han cubierto de mierda, casi cometí un asesinato pero fue sólo homicidio, heridas de desenlace fatal, no fue tan malo, me había convertido en un perfecto desgraciado, un miserable, me faltaba poco para ser un vagabundo.

Un judío alto, viejo, de largos cabellos, con un bonete negro en la nuca, llevaba un rato sentado ante él. En la ciudad de Susa vivía una vez un hombre llamado Mardoqueo, que crió a Ester, la hija de su tío, pero la muchacha era de hermosa figura y presencia hermosa[8]. El viejo apartó los ojos del hombre y volvió la cabeza hacia el pelirrojo: «¿De dónde lo ha sacado?». «De casa en casa corría. Se metió en un patio y cantó». «¿Cantó?». «Canciones de guerra».

«Tendrá frío». «Quizá». El viejo lo miraba. El primer día de fiesta, los judíos no

se ocuparán de los cadáveres, el segundo tampoco los israelitas, esto se aplica incluso a los dos días de Año Nuevo. ¿Y quién es el autor de la siguiente doctrina rabínica? Si alguien come de la carroña de un ave limpia, no es impuro; pero si come de los intestinos o del buche, ¿es impuro?[9]. Con su mano larga y amarilla el viejo buscó la mano del ex presidiario, que descansaba sobre su abrigo: «Oiga, ¿no quiere quitarse el

abrigo? Hace calor aquí. Nosotros somos viejos y tenemos frío todo el año, pero para usted será demasiado».

Se sentaba en el sofá, miraba bizqueando su propia mano, había ido por las calles, de patio en patio, hay que ver dónde se encuentra algo en el mundo. Y quiso ponerse en pie, dirigirse a la puerta, sus ojos la buscaron en la habitación oscura. El viejo lo empujó otra vez contra el sofá: «Quédese, ¿dónde va a ir?». Él quiso marcharse. El viejo, sin embargo, lo cogió por la muñeca y apretó, apretó. «A ver quién puede más, usted o yo. Le digo que se siente». El viejo gritó: «Bueno, ahora se va a estar sentado. Va a escuchar lo que le diga, mozo. Ponga atención, mal hombre». Y al pelirrojo, que sujetaba al hombre por los hombros: «Márchese, fuera de aquí. No lo he llamado. Ya me las arreglaré con él».

Qué quería aquella gente. El quería irse, pugnó por levantarse, pero el viejo lo forzó a sentarse.

Entonces gritó: «¿Qué hace conmigo?». «Proteste, protestará más aún».

«Tiene que soltarme. Tengo que salir». «¿A la calle, acaso? ¿Acaso a los patios?».

Entonces el viejo se levantó de la silla y paseó ruidosamente de un lado a otro de la habitación: «Déjalo que grite lo que quiera. Déjalo que haga lo que quiera. Pero no en mi casa. Ábrele la puerta».

«Qué pasa, ¿es que en esta casa no se grita nunca?». «No me traigáis gente que haga mido. Los hijos de mi hija están enfermos, están en cama ahí atrás, ya tengo suficiente mido». «Bueno, bueno, qué mala suerte, no lo sabía, tiene que perdonarme». El pelirrojo cogió al hombre de las manos: «Venga. El rabino tiene la casa llena. Sus nietos están enfermos. Vámonos a otra parte». Pero él no quería levantar se. «Venga». Tuvo que levantarse. Entonces susurró: «No me arrastre. Déjeme aquí». «Tiene la casa llena, ya lo ha oído». «Déjeme quedarme aquí». Con ojos chispeantes, el viejo contempló a aquel extraño ser que suplicaba.

Y dijo Jeremías, salvemos a Babilonia, pero Babilonia no se dejó salvar. Abandonadla, que cada uno vaya a su tierra. La espada caerá sobre los caldeos, sobre los habitantes de Babilonia[10]. «Si se está tranquilo, podrá quedarse con vosotros. Si no se está tranquilo, tendrá que irse». «Bien, bien, no haremos ruido. Me sentaré con él, puede confiar en mí». El viejo, sin decir palabra, salió rápidamente.

Aprender del ejemplo de Zannowich

El ex presidiario estaba otra vez sentado en el sofá con su abrigo de verano amarillo. Suspirando y sacudiendo la cabeza, el pelirrojo atravesó la habitación:

«Bueno, no se enfade porque el viejo estuviera tan brusco. ¿Es usted forastero?».

«Sí, soy, era...». Las paredes, rojas, hermosas paredes, celdas, tuvo que contemplarlas con nostalgia, tenía la espalda pegada a la pared roja, la construyó un hombre inteligente, no se iba. Y el hombre se resbaló como una muñeca del sofá a la alfombra; al caer empujó la mesa a un lado. «¿Qué pasa?», gritó el pelirrojo. El ex presidiario se dobló sobre la alfombra, su sombrero rodó junto a sus manos, él hundió la cabeza en el suelo, gimió: «Dentro del suelo, dentro de la tierra, donde esté oscuro». El pelirrojo tiró de él: «Por el amor de Dios. Está usted en una casa ajena. Si viene el viejo. Levántese». Él, sin embargo, no se dejó levantar, se agarró a la alfombra, siguió gimiendo. «Pero cálese, por el amor de Dios, si el viejo lo oye. Ya llegaremos a un acuerdo». «A mí de aquí no me saca nadie». Como un topo.

Y el pelirrojo, como no podía levantarlo, se rascó los rizos de las sienes, cerró la puerta y se sentó resueltamente junto al hombre, en el suelo. Levantó las rodillas y contempló las patas de la mesa que tenía delante: «Está bueno. Quédese ahí tranquilo. Me sentaré yo también. No es muy cómodo, pero por qué no. No me va a contar usted lo que le pasa, le contaré algo yo». El ex

presidiario gimió, con la cabeza en la alfombra. (¿Pero por qué gime y suspira? Hay que decidirse, hay que tomar un camino..., y tú, no conoces ninguno, Franze. La mierda de antes no la quieres y en tu celda tampoco has hecho más que suspirar y esconderte y no pensar, no pensar, Franze). El pelirrojo dijo furioso: «No hay que darse tanta importancia. Hay que oír a los otros. Quién le dice que lo suyo es tan importante. Dios no deja a nadie de la mano, pero hay más gente también.

¿No ha leído lo que hizo Noé en el Arca, en su barco, cuando vino el diluvio

universal? Una pareja de cada. Dios no se olvidó de nadie. Ni de los piojos de la cabeza se olvidó. A todos los quería y los apreciaba». El otro, abajo, gimoteaba. (Gimotear no cuesta nada, gimotear puede hacerlo también un ratón enfermo).

El pelirrojo lo dejó gimotear, se rascó las mejillas: «Hay muchas cosas en la Tierra, se pueden contar muchas cosas cuando se es joven o cuando se es viejo. Le voy a contar, ahorita, la historia de Zannowich, Stefan Zannowich. No debe de haberla oído nunca. Cuando se encuentre mejor, siéntese un poquitín. La sangre se le va a uno a la cabeza, no es bueno. Mi pobre padre nos contaba muchas cosas, viajó mucho, como la gente de nuestra raza, llegó a los setenta años y murió después de nuestra pobre madre, sabía mucho, un hombre inteligente. Nosotros éramos siete bocas hambrientas, y cuando no había nada que comer nos

contaba historias. No se llena uno con ellas, pero se olvida». Los gemidos sordos continuaban en el suelo. (Gemir puede hacerlo también un camello enfermo). «Bueno, bueno, ya lo sabemos, en el mundo no hay sólo oro, belleza y regocijo. ¿Quién era ese Zannowich, quién era su padre, quiénes eran sus padres? Mendigos, como la mayoría de nosotros, mercachifles, comerciantes, negociantes. El viejo Zannowich procedía de Albania y fue a Venecia. Él sabía por qué fue a Venecia. Unos van de la ciudad al campo, otros del campo a la ciudad. En el campo hay más tranquilidad, la gente da vueltas y más vueltas a las cosas, se puede hablar durante horas y, si se tiene suerte, se ganan unos pfenning. En la ciudad es también difícil, pero la gente está más apretada y no tiene tiempo. Si no es uno será el otro. Bueyes no se tienen, se tienen caballos ligeros con coches. Se pierde y se gana. Eso lo sabía el viejo Zannowich. Primero vendió lo que tenía encima, y luego cogió una baraja y se puso a jugar con la gente. No era un hombre honrado. Negocio hizo así porque la gente de la ciudad no tiene tiempo y quiere que la entretengan. Él la entretenía. Su dinero les costaba. Un estafador, un tramposo era el viejo Zannowich, pero tenía cabeza. Los aldeanos le habían hecho la vida difícil, aquí vivía mejor. Le fueron bien las cosas, hasta que uno pensó de repente que lo había engañado. Bueno, el viejo Zannowich no había contado exactamente con eso. Hubo palos, la policía, y por fin el viejo Zannowich tuvo que poner pies en polvorosa con sus hijos. El juzgado de Venecia andaba tras él,

pero con el juzgado, pensó el viejo, prefería no tratar, no me comprenden, tampoco pudieron cogerlo. Tenía caballos y dinero, se estableció otra vez en Albania y se compró una propiedad, un pueblo entero, y mandó a sus hijos a escuelas superiores. Y cuando fue muy viejo, murió tranquilo y respetado. Esa fue la vida del viejo Zannowich. Los campesinos lo lloraron, pero él no podía soportarlos, porque pensaba siempre en

la época en que estaba ante ellos con sus baratijas, anillos, pulseras y collares de coral, y ellos les daban vueltas y los manoseaban, pero al final se iban dejándolo allí.

»Ya sabe, si el padre es arbusto quiere que el hijo árbol sea. Si el padre es una piedra, una montaña el hijo ha de ser. El viejo Zannowich les dijo a sus hijos: “En Albania no fui nada en mis tiempos de buhonero, durante veinte años,

¿y por qué? Porque no empleé la cabeza en lo que debía haberla empleado. Yo os mando a la gran escuela, a Padua, coged coches y caballos y, cuando hayáis acabado vuestros estudios, pensad en mí, en las preocupaciones que tuve con vuestra madre y con vosotros y en que, por las noches, dormía con vosotros en el bosque como un jabalí: la culpa era sólo mía. Los campesinos me habían secado como un mal año y me hubiera perdido, pero fui a buscar a los hombres y no me hundí.”».

El pelirrojo se reía solo, movía la cabeza, balanceaba el tronco. Los dos estaban sentados en el suelo, sobre la alfombra: «Si alguien entrase ahora, nos tomaría por majaras[11], tienen un sofá y se sientan delante, en el suelo. Bueno, cada uno lo que quiera, por qué no, si le gusta. Zannowich Stefan hijo era ya un gran orador de joven, a los veinte años. Sabía hacer reverencias, ser simpático, sabía coquetear con las señoras y mostrarse distinguido con los caballeros. En Padua, los nobles aprenden de los profesores; Stefan aprendía de los nobles. Todos se portaron bien con él. Y cuando volvió a su casa, a Albania, su padre vivía aún y se alegró de verlo y le gustó también y dijo: “Fijaos, es un hombre hecho para el mundo, no tratará durante años veinte con los aldeanos, como yo, está años veinte por delante de su padre.” Y el jovenzuelo se alisó las mangas de seda, apartó los bellos rizos de su frente y besó a su anciano y feliz padre: “Usted, padre, me ha evitado esos malos veinte años.” “Ojalá sean los mejores de tu vida”, dijo el viejo acariciando y mimando al jovenzuelo.

»Y para el joven Zannowich fue como un milagro, pero no era ningún

milagro. La gente acudía a él de todas partes. Tenía las llaves de todos los corazones. Fue a Montenegro de excursión como un caballero, con coches y caballos y sirvientes, su padre se alegró al ver la grandeza de su hijo —el padre arbusto, el hijo árbol— y en

Montenegro lo llamaron conde y príncipe. No le hubieran creído si hubiera dicho: mi padre se llama Zannowich, vivimos en Pastrowich, un pueblo, ¡y mi padre está orgulloso de ello! No le hubieran creído,

de forma que se hizo pasar por noble de Padua y parecía un noble y los conocía a todos. Stefan se dijo riendo: salíos con la vuestra. Y se presentó a la gente como rico polaco, que era por lo que lo tomaban, un tal Barón Warta, y ellos se alegraban y él se alegraba».

El ex presidiario se había levantado repentinamente de un salto. Se puso en cuclillas y observó al otro desde arriba. Luego dijo con mirada glacial: «Simio». El pelirrojo replicó desdeñosamente: «Un simio seré. Pero entonces un simio sabe más que muchas personas». El otro se vio obligado a sentarse otra vez en el suelo. (Tienes que arrepentirte; saber lo que ha ocurrido; ¡saber lo que hace falta!).

«Así se puede seguir hablando. Se puede aprender mucho de otras personas. El joven Zannowich iba por esa vía y por ella siguió. Yo no lo conocí y mi padre no lo conoció, pero se lo puede uno imaginar. Si le pregunto, a usted que me llama simio —no hay que despreciar a ningún animal de este mundo de Dios, nos dan su carne y nos reportan otros muchos beneficios, piense en los caballos, los perros, los pájaros cantores; simios sólo los he visto en las ferias, tienen que hacer payasadas atados a una cadena,

un destino duro, ningún ser humano lo tiene tan duro—, bueno, quería preguntarle, no puedo llamarlo por su nombre porque no me quiere decir su nombre: ¿cómo progresaron los Zannowich, tanto el joven como el viejo? Usted piensa que porque tuvieron cerebro, porque fueron listos. Otros fueron también listos y no llegaron tan lejos en ochenta años como Stefan en veinte. Pero lo más importante en los hombres son ojos y pies. Hay que saber ver el mundo y entrar en él.

»De modo que escuche lo que hizo Stefan Zannowich, que vio a los hombres y supo lo poco que había que temerlos. Fíjese en cómo le allanan a uno el camino, cómo se lo muestran a un ciego casi. Ellos lo querían: tú eres el Barón Warta. Está bueno, dijo él, soy el Barón Warta. Luego, no le bastó, o no les bastó a ellos. Si era Barón, ¿por qué no podía ser más? Hay en Albania un personaje célebre, había muerto hacía tiempo, pero le rinden culto como rinde culto el pueblo a sus héroes, se llama Skandebeg[12]. Si Zannowich hubiera podido, habría dicho que era Skandebeg. Como Skandebeg estaba muerto, dijo: soy descendiente de Skandebeg, y se ufanó de ello, se llamó Príncipe Castriota de Albania, devolverá a Albania su grandeza, sus seguidores lo aguardan. Le dieron dinero para que pudiera vivir como vive un descendiente de Skandebeg. Le hizo

bien a la gente. Van al teatro y oyen cosas inventadas que les resultan agradables. Pagan por ello. Igual pueden pagar si las

cosas agradables les pasan por la tarde que por la mañana, y si pueden actuar ellos también».

Y otra vez se enderezó el hombre del paletó de verano amarillo, tenía el rostro sombrío y arrugado, miró desde arriba al pelirrojo, carraspeó, la voz le había cambiado: «Dígame, mequetrefe, oiga, está usted guillado, ¿no? ¡Es un gilí!». «¿Un gilí? Quizá. Unas veces soy un simio, otras un majara». «Dígame, oiga, ¿por qué está aquí sentado contándome esas pamplinas?». «¿Quién es el que se sienta en el suelo y no quiere levantarse? ¿Yo? ¿Teniendo un sofá detrás? Bueno, si le molesta, no diré nada».

Entonces el otro, que al mismo tiempo había estado mirando a su alrededor, estiró las piernas y se sentó con la espalda contra el sofá, apoyando las manos en la alfombra. «Así estará más cómodo». «Bueno, pues ya puede ir acabando la monserga». «Como quiera. Esa historia la he contado a menudo, no me importa. Si no le importa a usted». Pero, después de una pausa, el otro volvió de nuevo la cabeza hacia él: «Puede seguir contando la historia». «Ya ve. Contando y hablando el tiempo se hace más corto. Sólo quería abrirle los ojos. Ese Stefan Zannowich, de quien hablar ha oído usted, recibió dinero, tanto que pudo hacer con él un viaje a Alemania. En Montenegro no lo descubrieron. De Zannowich Stefan hay que aprender que sabía de sí mismo y de los hombres. Y era inocente como un pajarito gorjeante. Y mirad, tenía tan poco miedo del mundo: los hombres más

grandes, los más poderosos que había, los más terribles eran sus amigos: el Elector de Sajonia[13], el Príncipe heredero de Prusia[14], que más tarde fue un gran héroe en la guerra y ante el cual la austríaca, la Emperatriz Teresa[15], temblaba en su trono. Zannowich no temblaba ante él. Y cuando una vez Stefan llegó a Viena y tropezó con gente que le iba siguiendo los pasos, la propia Emperatriz levantó la mano y dijo: ¡Dejad en paz al muchachito!».

Terminación de la historia de una forma inesperada y, de ese modo, logro del pretendido efecto alentador en el ex presidiario

El otro reía, relinchaba junto al sofá: «Es usted todo un tipo. Podría trabajar de payaso en un circo». El pelirrojo se rió también burlonamente: «Ya ve. Pero

silencio: los nietos del viejo. Quizá sea mejor que nos sentemos en el sofá. Qué piensa». El otro se rió, se levantó penosamente, se sentó en una esquina del sofá, el pelirrojo en la otra. «Está más blando y no se arruga uno tanto el abrigo». El del paletó de verano miraba fijamente al pelirrojo desde su esquina: «No había encontrado hacía tiempo un gordito tan cómico». El pelirrojo, impasible: «Quizá no se haya fijado, pero los hay. Se ha manchado el abrigo, aquí no se limpian los zapatos». El ex presidiario, un hombre al principio de sus treinta, tenía los ojos alegres, el rostro

más animado: «Oiga, dígame, ¿a qué se dedica? Debe de estar usted en la Luna». «Bueno, está bien, vamos a hablar de la Luna».

Desde hacía unos cinco minutos un hombre de barba rizada y oscura estaba en la puerta. Ahora se dirigió a la mesa y se sentó en una silla. Era joven y llevaba un sombrero de fieltro negro, como el otro. Trazó un círculo en el aire con la mano y dejó oír su voz estridente: «¿Quién es ése? ¿Qué haces con ése?».

«¿Y qué haces tú aquí, Eliser? No lo conozco, no quiere decir su nombre». «Le has contado historias». «Bueno, y qué te importa».

El moreno al presidiario:

«¿Le ha contado a usted historias?». «No habla. Va por ahí cantando en los patios». «Entonces déjalo que se vaya». «Lo que yo hago no te importa». «He oído desde la puerta lo que pasaba. Le has hablado de Zannowich. No sabes más que contar historias». El extraño, que había estado mirando fijamente al moreno, gruñó: «¿Pero quién es usted, y de dónde ha salido? ¿Por qué se mete en las cosas de éste?». «¿Le ha hablado de Zannowich o no? Le ha hablado. Mi cuñado Nahum va por todos lados hablando y hablando y no sabe estar solo». «No te he pedido ayuda. ¿No ves que no está bien, malo, más que malo?». «Y qué si no está bien. Dios no te ha encargado que lo cuidaras, mira éste, Dios ha esperado a que él viniera. Dios solito no podía hacer nada». «Eres malo». «Apártese usted de ése. Le habrá contado lo bien que les fue a Zannowich y a no sé quién más en

esta vida». «¿Por qué no te marchas?». «Vaya con el farsante, con el benefactor. A mí me lo va a decir. ¿Acaso está en su casa? ¿Qué has contado otra vez sobre Zannowich y lo que se puede aprender de él? Hubieras debido ser nuestro rabí. Te hubiéramos hinchado de comer». «No necesito vuestra caridad». El moreno gritó otra vez: «Y nosotros no necesitamos gorriones que nos tiren de la levita.

¿Le ha contado también cómo acabó su Zannowich, al final?». «Sinvergüenza,

mal hombre». «¿Le ha contado eso?». El presidiario miró parpadeando al pelirrojo, que amenazó con el puño y se dirigió a la puerta; gruñó tras el

pelirrojo: «Oiga, no se vaya, no se excite, déjelo-desbarrar».

El moreno le hablaba ya con vehemencia, agitando las manos, moviéndose adelante y atrás, chascando la lengua y sacudiendo la cabeza, con una expresión distinta a cada instante, y dirigiéndose tan pronto al extraño como al pelirrojo:

«Ése vuelve majara a cualquiera. Que le cuente el fin que tuvo su Zannowich Stefan. Eso no lo cuenta, por qué no lo cuenta, por qué, pregunto yo». «Porque eres un mal hombre, Eliser». «Mejor que tú. A Zannowich (el moreno levantó las manos con repugnancia, con horribles ojos saltones) lo echaron de Florencia como a un ladrón. ¿Por qué? Porque lo descubrieron». El pelirrojo se puso amenazadoramente ante él, el moreno lo apartó con un gesto: «Ahora estoy hablando yo. Escribió cartas a los príncipes, los príncipes reciben muchas cartas, por la letra no se puede saber de quién son. Entonces hinchó el pecho y se fue a Bruselas como Príncipe de Albania, y se metió en alta política. Fue su ángel malo quien lo inspiró. Se va al Gobierno, imaginaos, Zannowich Stefan, ese pipiolo, y le promete para una guerra, no sé con quién, cien mil o doscientos mil hombres, no interesa; el Gobierno le escribe una cartita, muchas gracias, pero no se mete en empresas inciertas. Entonces el ángel malo le dijo a Stefan: coge la carta y pide con ella dinero a préstamo. Al fin y al cabo, tienes una carta del Ministro con esa dirección: a su Alteza Serenísima, el Príncipe de Albania. Le prestaron dinero y ése fue el fin del estafador. ¿A qué edad llegó? A los treinta años, no le pusieron más como castigo a sus fechorías. No pudo pagar, lo denunciaron en Bruselas y así se descubrió todo. ¡Tu héroe, Nahum! ¿Has hablado de su triste fin en la cárcel, donde él mismo se abrió las venas? Y cuando estaba muerto —güena vida, güen final, todo hay que decirlo— vino el verdugo, el matarife, con la carreta de los

perros y los caballos y los gatos muertos, lo cargó en ella, a Stefan Zannowich, y lo tiró junto al patíbulo, echando encima la basura de la ciudad».

El hombre del abrigo de verano estaba con la boca abierta: «¿Es verdad

eso?». (Gemir puede hacerlo también un ratón enfermo). El pelirrojo había contado cada una de las palabras gritadas por su cuñado. Esperaba con el índice levantado ante el rostro del moreno a que le diera pie, y ahora le golpeó ligeramente en el pecho, escupiendo en el suelo ante él, pif, pif: «Eso para ti. Por ser quien eres. Cuñado mío». El moreno se fue pataleando hasta la ventana:

«Bueno, ahora habla tú y di que no es verdad».

Los muros no estaban ya. Una habitación pequeña con una lámpara de techo, dos judíos que andaban por allí, uno moreno y otro pelirrojo, llevaban sombreros de fieltro negro, se peleaban. Siguió a su amigo, el pelirrojo: «Oiga, escuche, oiga, ¿es cierto lo que ha contado de ese hombre, de cómo se hundió y cómo lo mataron?». El moreno gritó: «¿Que lo mataron? ¿He dicho yo que lo mataron? Se mató él solo». El pelirrojo: «Bueno, pues se mataría». El ex presidiario: «¿Y qué hicieron entonces, quiero decir los otros?». El pelirrojo: «¿Quién, quién?».

«Bueno, habrá habido otros como él, como Stefan. No todos habrán sido ministros o matarifes o banqueros». El pelirrojo y el moreno se miraron. El pelirrojo: «Bueno, ¿qué iban a hacer? Pues mirar».

El ex condenado del abrigo de verano amarillo, el chicarrón, salió de detrás del sofá, recogió su sombrero, lo limpió, lo puso sobre la mesa, luego se abrió el abrigo y se desabotonó el chaleco:

«Miren mis pantalones. Así estaba yo de gordo y ahora me están así de flojos, me caben los dos puños, de pasar gazusa. Se ha ido. Toda mi tripita se ha ido al diablo. Así es como se echa uno a perder, por no haber sido siempre como debía ser. No me creo que los otros sean mucho mejores. ¡Qué va! No me lo creo. Quieren volverle a uno mochales».

El moreno le cuchicheó al pelirrojo: «Ya lo has conseguido». «¿Qué he conseguido?». «Pues un presidiario». «Y qué». El ex presidiario: «Entonces te dices: estás libre y otra vez dentro, en plena mierda, y es la misma mierda que antes. No es para reírse». Se abotonó otra vez el chaleco: «Ya ven lo que hicieron. Sacan al muerto de su agujero, viene el canalla del carro de los perros y echa encima a un hombre muerto, maldito puerco, lo debían haber matado allí mismo, tratar así a un ser humano, sea quien sea». El pelirrojo, compungido:

«Qué se puede decir». «¿Es que no somos nada porque una vez hayamos hecho

algo? Todos los que han estado en chirona pueden ser honrados, hayan hecho lo que hayan hecho». (¿Cómo que arrepentirse? ¡Hay que desahogarse! ¡Sacudir estopa! Entonces todo se supera, se deja atrás, el miedo y todo). «Sólo quería mostrarle: no escuche todo lo que mi cuñado le cuente. A veces no se puede hacer lo que se quiere, a veces las cosas salen de otro modo». «Eso no es justicia, tirarlo a uno a la basura como un chucho y arrojar basura encima además, ¿es ésa la justicia con un hombre muerto? ¡Qué asco! Ahora tengo que

despedirme. Vengan esos cinco. Su intención es buena y la suya también (le apretó al pelirrojo la mano). Me llamo Biberkopf, Franz. Ha sido muy amable que me recogieran. Ya estaba cantando en el patio como un pajarito. Bueno, salud muchacho, todo se pasa». Los dos judíos le estrecharon las manos, sonreían. El pelirrojo le retuvo la mano largo tiempo, exultaba: «¿Se siente realmente bien? Me alegraría que, cuando tuviera un rato, se dejara ver».

«Muchas gracias, se hará lo que se pueda, un rato sí que habrá, dinero no. Y saluden también al viejo de antes. Tiene la mano dura, díganme, ¿ha sido carnicero? Ay, vamos a arreglar en un momento la alfombra, está toda arrugada. No no, lo haremos nosotros, y la mesa, así». Se afanaba en el suelo, miró al pelirrojo riendo, hacia atrás: «Nos sentamos en el suelo y nos contamos cosas. Un buen asiento, con su permiso».

Lo acompañaron a la puerta, el pelirrojo seguía preocupado: «¿Podrá andar solo?». El moreno le dio un codazo: «Déjalo ya». El ex presidiario, andando derecho, sacudió la cabeza y apartó el aire con los brazos (hace falta aire, aire, aire y nada más): «No se preocupen. Me pueden dejar ir tranquilos. Me hablaba usted de pies y de ojos. Pues todavía los tengo. Nadie me los ha arrancado. Muy buenas, señores». Y se fue por el patio estrecho, lleno de cosas, los dos le siguieron con la vista desde lo alto de la escalera. Tenía el sombrero hongo echado sobre la cara, y murmuró al pisar un charco de gasolina: «Maldito veneno. Ahora un coñac. Al que se me ponga por delante le doy en los monos. A ver dónde hay un coñac».

Tendencia desanimada, más tarde fuerte baja, Hamburgo destemplado, Londres más débil

Llovía. A la izquierda, en la Münzstrasse, centelleaban anuncios que eran cines. No pudo pasar de la esquina, la gente se apretaba contra una valla, el suelo descendía profundamente, las vías del tranvía reposaban sobre planchas en el aire, un tranvía pasaba precisamente por encima, despacio. Ahí va, están construyendo una estación de metro, pues tiene que haber trabajo en Berlín. Otro cine más. Prohibida la entrada a los menores de 17 años. En

el enorme cartel había un señor de color rojo escarlata en una escalera, y una estupenda

muchacha le abrazaba las piernas, ella estaba echada en la escalera y él, arriba, ponía cara de impertinente. Debajo decía: Sin familia[16] el destino de una huerfanita en seis jornadas. Sí señor, me lo voy a ver. Suena la pianola aporreada.

Entrada 60 pfennig.

Un hombre a la cajera: «Señorita, ¿no hacen descuento a los viejos reservistas sin estómago?». «No, sólo a los niños de menos de cinco meses, con chupete». «De acuerdo. Esa edad tengo. Soy un recién nacido que está aprendiendo a hablar». «Está bien, cincuenta entonces, adentro». Detrás de él se insinúa un muchacho delgado, de pañuelo al cuello: «Señorita, quiero entrar pero sin pagar». «Vaya, hombre. Dile a tu mamá que te ponga a hacer pipí».

«¿Entonces qué, entro?». «¿Dónde?». «En el cine». «Aquí no hay ningún cine».

«¿Cómo que no hay ningún cine?». Ella llamó por la ventanilla al portero de la puerta: «Maxi, ven aquí. Hay uno que pregunta si esto es un cine. No tiene dinero. Dile lo que es esto». «¿Qué le pasa, joven? ¿No se ha dado cuenta aún? esto es la Beneficencia, sucursal de la Münzstrasse». Apartó al tipo delgado de la caja, lo amenazó con el puño: «Si quieres, cobras ahora mismo».

Franz se metió adentro. Precisamente en el descanso. El largo salón estaba de bote en bote, el noventa por ciento, hombres con gorra que no se quitaban. Tres lámparas en el techo, cubiertas de rojo. Delante, un piano amarillo con paquetes encima. La pianola no deja de armar ruido. Entonces se apagan las luces y empieza la película. Una chica que guarda gansos tiene que recibir una educación, por qué, no se sabe muy bien. Se limpia las narices con la mano y se rasca el trasero en la escalera, todo el cine se ríe. Franz se sintió maravillosamente conmovido cuando empezaron las risitas a su alrededor.

¡Personas, personas libres que se divierten, nadie les puede decir nada, es maravilloso y yo estoy en medio de ellas! La película seguía. El elegante Barón tenía una querida, que se tendía en una hamaca, echando las piernas por el aire. Llevaba pantalones. Eso está muy bien. Cuánto jaleo armaba la gente por la sucia moza de los gansos, que lamía los platos. Otra vez revoloteaba la de las piernas esbeltas. El Barón la había dejado sola, a ella se le volcó la hamaca y cayó a la hierba cuan larga era. Franz miraba fijamente a la pared, la escena había cambiado ya, pero él seguía viéndola caerse y quedar tendida. Se mordió la lengua. Qué rayos era aquello. Cuando uno, que había sido amante de la chica de los gansos, abrazó a aquella elegante mujer, Franz sintió que la piel del pecho

le ardía, como si la abrazara él mismo. Eso lo traspasó, dejándolo sin fuerzas.

Una mujer. (Hay otras cosas además de mal humor y miedo. ¿Qué son esas pamplinas? ¡Aire, muchacho, y una mujer!). Mira que no haber pensado en ello. Uno está en la ventana de su celda y mira al patio a través de la reja. A veces pasan mujeres, visitas o niños, .o la limpieza de casa del Jefe. Cómo están todos en las ventanas, los presos, mirando, todas las ventanas ocupadas, devorando a cada mujer. A un vigilante vino a verlo una vez su mujer de Eberswalde, quince días, antes sólo iba a verla él cada quince días, ahora ella ha aprovechado el tiempo como está mandado, en el trabajo a él se le cae la cabeza de cansancio, apenas puede andar.

Franz estaba ya fuera, en la calle, bajo la lluvia. ¿Qué hacemos? estoy libre. Me hace falta una mujer. Una mujer es lo que me hace falta. Qué gusto, la vida es bonita aquí fuera. Sólo hay que mantenerse firme y poder andar. Tenía las piernas ligeras, no sentía el suelo bajo los pies. En la esquina de la Wilhelm- Strasse, detrás de los carros del mercado, había una y él se puso a su lado, daba igual quién fuera. Por qué rayos se me quedan los pies helados. Se fue con ella, se mordía el labio inferior de los escalofríos, si vives lejos no voy contigo. Sólo había que cruzar la Bülowplatz, pasando junto a las vallas, atravesar un portal, el patio, bajar seis escalones. Ella se volvió, riendo: «No seas tan

ansioso, hombre, me vas a aplastar». Apenas había cerrado la puerta tras ellos, él la agarró.

«Hombre, déjame soltar primero el paraguas». El la apretaba, la empujaba, le daba pellizcos, le pasaba las manos por el abrigo, tenía todavía el sombrero puesto, ella dejó caer el paraguas enfadada: «Suéltame, hombre», él suspiró, sonrió forzosamente, sintiéndose mareado: «¿Qué pasa?». «Me vas a romper los trapos. ¿Me los pagas tú? Pues entonces. A nosotras no nos regalan nada». Y como él no la soltaba: «No puedo respirar, bobo. Estás completamente chiflado». Era gorda y lenta, pequeña, él tuvo que darle primero los tres marcos, que ella metió cuidadosamente en la cómoda, guardándose la llave en el bolso. Él no podía dejar de seguirla con los ojos: «Es porque he estado unos añitos a dieta, gorda. Allá en Tegel, ya puedes figurarte». «¿Dónde?». «En Tegel. Ya puedes figurarte».

La hembra fofa se rió con todas sus ganas. Se desabrochó la blusa por arriba.

Un príncipe y una princesa se amaban muy tiernamente[17].

Cuando el perro y la salchicha de un brinco saltan la acequian[18].

Ella lo cogió, lo apretó contra ella.

Put, put, put, pollito, put, put, put, capón[19].

Al poco rato, él tenía gotas de sudor en la cara, gemía. «Bueno, ¿por qué gimes?». «¿Quién es ese tipo que anda ahí al lado?». «No

es ningún tipo, es mi patrona». «¿Y qué hace?». «Qué va a hacer. Tiene ahí la cocina». «Pues vaya. Podría dejar de corretear. ¿Por qué tiene que corretear ahora? No puedo soportarlo». «Vaya por Dios, ya voy, se lo diré». Qué tío más pesado, se alegra una de deshacerse de él, el muy vago, a ése lo echo yo en seguida. Llamó a la puerta de al lado: «Señora Priese, estése quieta unos minutos, tengo que hablar con un señor, algo importante». Bueno, lo hemos conseguido, duerme tranquila, Patria querida[20], ven corazón, pero pronto te vas a largar.

Ella pensaba, con la cabeza sobre la almohada: los zapatos amarillos me

aguantan todavía unas medias suelas, ese novio que tiene ahora Kitty me lo hará por dos marcos, si ella no tiene nada en contra, no se lo voy a quitar, también me los podría teñir de marrón, para la blusa marrón, está hecha ya un trapo, buena para tapar la cafetera, hay que plancharle las cintas, se lo diré en seguida a la señora Priese, tendrá fuego aún, qué diablos estará cocinando. Olfateó. Arenques frescos.

Por la cabeza de él rodaban versos, dando vueltas, incomprensibles: si tiene sopa, señorita Stein, déme una poca, señorita Stein. Si tiene pasta, señorita Stein, pues déme pasta, señorita Stein. Para abajo, para arriba. En voz alta gimió: «¿Es que no te gusto?». «Por qué no, ven aquí, limosna de amor». El se dejó caer en la cama, gruñó, gimió. Ella se frotó el cuello: «Me

parto de risa. Quédate ahí tranquilo. A mí no me molestas». Se rió, levantó los gordos brazos y sacó de la cama los pies, calzados con medias: «No puedo evitarlo».

¡A la calle! ¡Aire! Sigue lloviendo. ¿Qué me pasa? Tendré que irme con otra. Pero primero dormir. Franz, ¿qué es lo que te pasa?

La potencia sexual es el resultado de la acción combinada de 1) el sistema de

secreciones internas, 2) el sistema nervioso y 3) el aparato genital. Las glándulas que influyen en la potencia sexual son: la hipófisis, el tiroides, las glándulas suprarrenales, la próstata, las vesículas seminales y el epidídimo. En el sistema predomina la glándula sexual. La sustancia preparada por ella carga todo el aparato sexual, desde la corteza cerebral hasta los genitales. La impresión erótica libera la tensión de la corteza cerebral, y la corriente, como excitación erótica, va de la corteza cerebral al centro conmutador del diencefalo. La excitación

desciende entonces por la médula espinal. Pero no sin obstáculos, porque, antes de dejar el cerebro, tiene que vencer los frenos que suponen las inhibiciones, esas inhibiciones sobre todo psíquicas que, como escrúpulos morales, falta de confianza en sí mismo, miedo al ridículo, temor al contagio y al embarazo y otros obstáculos, desempeñan un importante papel.

Y a la noche baja alegremente por la Elsasser Strasse. No temas, muchacho, nada de pretextar cansancio. «¿Qué cuesta el regocijo, señorita?». La morena está bien, tiene caderas, más buena que el pan. Si una muchacha ama a un caballero, que la corteja y que le es sincero[21]. «Eres muy gracioso, guapo. ¿Es que has heredado?». «Claro. Te vas a ganar un pavo». «Por qué no». Pero tiene miedo.

Y después, en el cuarto, flores tras la cortina, un cuartito limpio, un cuartito mono, la chica tiene hasta un gramófono, le canta algo a él, medias de seda artificial de Bemberg, sin blusa, ojos negros como la pez: «Soy cantante de cabaré, ¿sabes? ¿Sabes dónde? Donde quieras. Ahora no tengo contrato, ¿sabes? Entro en los locales de buen aspecto y pregunto. Y entonces, mi cuplé. Tengo un cuplé. Eh, no me hagas cosquillas». «Déjame, mujer». «No, las manos quietas, eso me echa a perder el negocio. Mi cuplé, sé bueno, guapo, organizo una subasta, nada de pasar el plato: el que afloja me besa. Qué locura, ¿verdad? En un local público. Cincuenta pfennig mínimo. Me los dan, oye, claro que sí. Aquí en el hombro. Tú también puedes». Se pone un sombrero de copa, le berrea en la cara, mueve las caderas con los brazos en jarras: «Ay, Theodor, ¿qué has pensado cuando anoche me has mirado? Ay, Theodor, ¿te has propuesto sacar tú los pies del tiesto?»[22]. Sentada en sus rodillas, se pone en el pico un cigarrillo que le saca con

desparpajo del chaleco, le mira con afecto a los ojos, frota cariñosamente su oreja contra la de él y susurra: «¿Sabes tú lo que es sentir nostalgia, desgarrarse de nostalgia el corazón? Todo, todo en derredor no es más que frío y dolor»[23]. Tararea, se estira en el canapé. Echa humo, le acaricia el pelo, tararea, se ríe.

¡Él tiene la frente cubierta de sudor! ¡Otra vez el miedo! Y de repente se le va la cabeza. Bum, campanada, levantarse, las cinco y media, las seis, apertura de celdas, bum, bum, cepillarse rápidamente la chaqueta, si el Jefe pasa revista, hoy no viene. Pronto me soltarán. Pst, tú, esta noche se ha pirado uno, Klose, la cuerda cuelga aún del muro, lo siguen con perros. Gime, levanta la cabeza, ve a

la muchacha, su barbilla, su cuello. Cómo puedo salir de la cárcel. No me soltarán. Todavía no estoy fuera. Ella le echa desde su lado azules anillos de humo, suelta una risita: «Eres un sol, anda, te sirvo un Mampe, treinta pfennig». Él sigue echado, tan largo como es: «¿Para qué quiero un Mampe? Me han hecho polvo. He estado en Tegel a la sombra y por qué. Primero con los prusianos en las trincheras y luego en Tegel. Ya no soy un ser humano». «Vaya. No te pongas a llorar aquí. Vamos, abre el piquito, home gande tié ke bebé. Aquí estamos siempre de buen humor, aquí disfrutamos, aquí nos reímos, desde que nos acostamos hasta que salimos». «Y encima la mierda. Para eso hubiera sido mejor que esos perros le cortaran a uno el cuello.

Me hubieran podido tirar también a un estercolero». «Ven, home gande, toma oto Mampe. Poblemas. Con los ojos, los resuelve Mampe, sacúdete uno y espera a que escampe»[24].

«Y pensar que las chicas le seguían a uno como borregos y uno ni les

escupía, y ahora está uno de narices contra la lona». Ella coge otro de los cigarrillos de él, que han rodado por el suelo: «Sí, habría que decírselo a un guardia». «Me voy». Busca sus tirantes. Y no dice más ni mira a la muchacha, esa cotorra que fuma y sonrío y lo mira, y empuja rápidamente con el pie los cigarrillos para meterlos bajo el canapé. Y él coge su sombrero y escalera abajo, con el 68 hasta la Alexanderplatz, y medita en un local ante un vaso de cerveza rubia.

Testifortan, marca registrada número 365695, terapéutico sexual según la fórmula del doctor Magnus Hirschfeld, Consejero de Sanidad, y el doctor Bemhard Schapiro, del Instituto de Investigaciones Sexuales de Berlín. Las causas principales de la impotencia son: A) carga insuficiente, por desórdenes funcionales de las glándulas de secreción interna; B) resistencia exagerada por inhibiciones psíquicas sumamente fuertes, agotamiento del centro de erección. El momento en que una persona impotente debe hacer nuevos intentos sólo puede determinarse individualmente, según la evolución del caso. Un período de abstención resulta a menudo recomendable.

Y come hasta hartarse y duerme todo lo que quiere, y al día siguiente, en la calle, piensa: me gustaría tirarme a ésa y me gustaría tirarme a aquélla, pero no se acerca a ninguna. Y esa que está en el escaparate, qué chavala más rica, me vendría muy bien, pero no me acerco a ninguna. Y se sienta apocado en la taberna, sin mirar a ninguna a la cara, y se hincha de comer y de beber. En todo el día no voy a hacer más que tragar, soplar y dormir, y la vida se ha acabado para mí. Se acabó, se acabó.

¡Victoria en toda la línea! Franz Biberkopf compra un filete de ternera

Y cuando llega el miércoles, al tercer día, se pone la chaqueta. ¿Quién tiene la culpa de todo? Como siempre, Ida. ¿Quién si no? Tuve que romperle las costillas a aquella mala bestia y por eso fui a chirona. Ahora ha conseguido lo que quería, la mala bestia ha muerto y yo estoy aquí. Y lloriquea por dentro y trota en medio del

frío por las calles. ¿Adónde? A donde ella vivía con él, a casa de su hermana. Por la Invalidenstrasse, a la Ackerstrasse, adentro como si nada, segundo patio. Nunca ha habido una cárcel, nunca una conversación con los judíos de la Dragonerstrasse. ¿Dónde está ese pendón? Ella tiene la culpa. No he visto nada, en la calle, pero la he encontrado. Un pequeño temblor en la cara, un pequeño temblor en los dedos, vamos adentro, zumba que zumba, tarumba tarún, zumba que zumba, tarumba tarún, zumba que zun.

Clinclín. «¿Quién es?». «Soy yo». «¿Quién?». «Abre, mujer». «Dios santo, eres tú, Franz». «Abre». Zumba que zumba, tarumba tarún. Zumba que zun. Tengo un hilo en la lengua, hay que escupir. El está en el pasillo, ella cierra la puerta detrás. «¿Qué haces aquí? Si alguien te ha visto en la escalera». «Qué importa. Que me vean. Hola». Se dirige solo hacia la izquierda y entra en la habitación. Zumba que zun. Maldito hilo en la lengua, no se lo puede tragar. Intenta quitárselo con los dedos. Pero no es nada, sólo una sensación idiota en la punta de la lengua. Así que ésta es la habitación, el sofá con respaldo, de la pared cuelga el Káiser, un francés de pantalones encamados le entrega la espada, me rindo. «¿Qué buscas aquí, Franz? estás loco». «Me voy a sentar». Me he rendido, el Káiser presenta su espada, el Káiser tiene que devolverle la espada, así es la vida[25]. «Oye, si no te vas, pido socorro, grito».

«¿Por qué?». Zumba que zun, he andado mucho, aquí estoy, aquí me quedo.

«¿Te han soltado ya?». «Sí, ya he cumplido». Y le clava los ojos y se levanta:

«Precisamente porque me han soltado estoy aquí. Me han soltado ya, pero cómo». Quiere decir cómo, pero mastica su hilo, la trompeta se ha roto, ya ha

pasado, y tiembla y no puede llorar y mira la mano de ella. «¿Y qué quieres? ¿Te pasa algo?».

Hay montañas que se yerguen, que permanecen erguidas desde hace miles de años, y ejércitos con cañones que han pasado sobre ellas, hay islas, hombres en ellas, abarrotadas, todo firme, negocios sólidos, bancos, negocios, baile, jaleo, importaciones, exportaciones, problema social y un día empieza: rrrrrr, rrrrrr, no es el buque de guerra, salta solo... desde abajo. El mundo da un salto, rruiseñor, rruiseñor, qué hermoso es tu canto[26], los barcos vuelan por el cielo, los pájaros caen a tierra. «Franz, que grito, suéltame. Karl está a punto de llegar, Karl va a llegar en cualquier momento. Con Ida empezaste así también».

¿Qué vale una mujer entre amigos? A solicitud del Capitán Bacon, el Tribunal de Divorcios de Londres le concedió el divorcio por adulterio de su mujer con su compañero, el Capitán Furber, concediéndole una indemnización de 750 libras esterlinas. El

Capitán no parece haber tenido en mucha estima a su infiel esposa, que en fecha próxima contraerá matrimonio con su amante.

Oh, hay montañas que han permanecido tranquilas desde hace miles de años, y ejércitos con cañones y elefantes que han pasado sobre ellas, ¿qué se puede hacer si de repente empiezan a saltar porque por debajo hace rrrrrrr rum? Vamos a no decir nada, vamos a dejarlo como está. Minna no puede liberar su mano, y los ojos de él están frente a los suyos. Un rostro de hombre así está cubierto de raíles, ahora pasa un tren, mira cómo echa humo, el expreso directo Berlín/Hamburgo-Altona, de las 16:05 a las 21:35 horas, tres horas treinta minutos, no se puede hacer nada, esos brazos de hombre son de hierro, de hierro. Voy a pedir socorro. Gritó. Ella estaba ya sobre la alfombra. Las ásperas mejillas de él contra las suyas, la boca de él intenta sorber la suya, ella se da la vuelta.

«Franz, ay Dios, ten compasión, Franz». Y... ha visto bien. Ahora ella sabe, es

la hermana de Ida, así ha mirado él muchas veces a Ida. El tiene a Ida en sus brazos, ella es Ida, por eso tiene él los ojos cerrados y parece feliz. ¡Y se han acabado las horribles peleas y el andar emborrachándose, se ha acabado la cárcel! Ahí está Treptow, el jardín del Paraíso con espléndidos fuegos artificiales, en donde él la encontró y la acompañó a casa, a la modistilla, ella había

ganado un florero a los dados, en el zaguán de la casa, cuando ella tenía la llave en la mano, él la besó por primera vez, ella se puso de puntillas, llevaba zapatos de lona y se le cayó la llave, y él no pudo separarse ya de ella. Ése es el buen Franz Biberkopf de antes.

Y ahora él la huele otra vez, el cuello, es la misma piel, el perfume que marea, adónde lleva. Y a ella, a la hermana, le pasa algo muy extraño. Viene del rostro de él, de su forma de permanecer inmóvil contra ella, tiene que ceder, se defiende pero se produce en ella una especie de transformación, su rostro pierde tirantez, sus brazos no pueden ya apartarlo, su boca queda indefensa. El hombre no dice nada, ella le deja le deja le deja su boca, languidece como en un baño, haz conmigo lo que quieras, se deshace como el agua, está bien, ven, lo sé todo, yo también te quiero.

Magia, estremecimiento. El pececillo relampaguea en su pecera. La habitación resplandece, ya no hay Ackerstrasse, no hay casa, no hay fuerza de gravedad ni fuerza centrífuga. La desviación hacia el rojo de los rayos en el campo de gravitación del sol, la teoría cinética de los gases, la transformación del calor en trabajo, las ondas eléctricas, los fenómenos de inducción, la densidad de los metales, de los líquidos y de los metaloides sólidos han desaparecido, se han hundido, se han extinguido.

Ella estaba echada en el suelo, moviéndose de un lado a otro. Él, estirándose, se rió: «Anda, estrangúlame, me estoy quieto, a que no puedes». «Sí que te lo mereces». Él luchó para ponerse en pie, se rió y se retorció de felicidad, de placer, de beatitud. ¿Qué tocan las trompetas? Adelante los húsares[27], ¡aleluya!

¡Franz Biberkopf ha vuelto! ¡Franz Biberkopf está libre! ¡Franz Biberkopf está

aquí! Se había subido los pantalones, saltaba sobre una pierna y sobre la otra. Ella se había sentado en una silla, tenía ganas de lloriquear: «Se lo diré a mi marido, se lo diré a Karl, hubieran debido dejarte dentro otros cuatro años».

«Díselo, Minna, siempre hay que decirlo todo». «Lo haré, y voy a llamar a un guardia». «Minna, mi pequeña Minna, no seas así, estoy tan contento, otra vez soy un ser humano». «Tú estás loco, en Tegel has perdido la chaveta». «¿No tienes nada de beber? Un pote de café o algo así». «¿Y quién me paga el delantal? Mira, está hecho un andrajo». «¡Todo Franz, todo Franz! ¡Franz ha vuelto a la vida, Franz está aquí otra vez!». «Coge el sombrero y lárgate. Si te encuentra y me ve con un ojo a la funerala... Y no vuelvas a aparecer». «Agur, Minna».

Pero a la mañana siguiente volvió, con un paquetito. Ella no quería abrirle la puerta, pero él metió el pie. Ella susurró por la abertura: «Déjame en paz,

hombre, ya te lo he dicho». «Minna, son sólo los delantales». «¿Qué delantales?». «Para que elijas los que quieras». «Te puedes guardar lo que has afanado». «No los he afanado. Abre». «Te van a ver los vecinos, hombre, vete».

«Abre, Minna».

Ella abrió, él tiró el paquete dentro del cuarto y, como ella, con el palo de la escoba en la mano, no quería entrar, comenzó a dar saltos solo por el cuarto.

«Estoy contento, Minna. Llevo contento todo el día. Esta noche he soñado contigo».

Abrió el paquete sobre la mesa, ella se acercó, tocó la tela, eligió tres delantales, pero permaneció firme cuando él le cogió la mano. Él volvió a cerrar el paquete, ella estaba otra vez delante con la escoba, lo apremiaba: «Y ahora aprisita, afuera». Él hizo un gesto desde la puerta: «Hasta la vista, Minna». Ella empujó la puerta con el palo de la escoba.

Una semana después, él estaba otra vez en la puerta: «Sólo quería saber cómo va tu ojo». «Está muy bien, aquí no se te ha perdido nada». Él estaba más fuerte, llevaba un abrigo de invierno azul y un sombrero hongo pardo: «Sólo quería que vieras cómo estoy y el aspecto que tengo». «No me interesa». «Anda, dame una taza de café». Se oyeron pasos que bajaban por la escalera, una

pelota de niño rodó por los peldaños, la mujer abrió asustada la puerta y tiró de él.

«Métete aquí, son los Lumke, bueno, ahora te puedes marchar». «Sólo una taza de café. ¿No tienes un potecito para mí?». «Para eso no me necesitas. Seguro que tienes ya otra, a juzgar por tu aspecto». «Sólo una taza de café». «Vas a ser mi desgracia».

Y mientras ella estaba junto al perchero de la entrada y él la miraba suplicante desde la puerta de la cocina, se levantó el bonito delantal nuevo, negó con la cabeza y se echó a llorar: «Tú vas a ser mi desgracia». «Pero ¿qué pasa?».

«Karl no se ha creído lo del ojo morado. Que me haya dado con el armario. Dice

que eso se lo tengo que demostrar. Sin embargo, una se puede poner un ojo morado de un golpe contra el armario, si la puerta está abierta. Que lo pruebe. Pero no quiere creerme, no sé por qué». «Eso no lo entiendo, Minna». «Es que tengo también cardenales aquí, en el cuello. No me había dado cuenta. ¿Qué puede una decir cuando se los enseñan a una y una se mira en el espejo y no sabe de qué son?». «Bueno, se puede uno rascar, a uno le puede picar algo. No te dejes acoquinar por Karl. Ya le hubiera dado yo». «Y tú que sigues viniendo. Y

los Lumke que te habrán visto». «Bueno, que no se den tanta importancia».

«Vete de una vez, Franz, y no vuelvas nunca, vas a ser mi desgracia». «¿Te ha dicho algo de los delantales?». «Hacía tiempo que quería comprarme delantales». «Bueno, me iré, Minna».

El la ha cogido del cuello, ella se deja hacer. Al cabo de un rato, como él no la suelta, pero sin apretar, ella se ha dado cuenta de que la está acariciando, y lo ha mirado extrañada: «Ahora vete, Franz». Él la ha empujado suavemente hacia el cuarto, ella se ha resistido, pero lo ha seguido paso a paso: «Franz, ¿vamos a empezar otra vez?». «¿Qué pasa? Sólo quiero sentarme contigo en el cuarto».

Se sentaron juntos un rato en el sofá, tranquilamente, y hablaron. Luego él se fue por sí mismo. Ella lo acompañó a la puerta. «No vuelvas nunca Franz», dijo llorando y poniendo su cabeza en el hombro de él. «Maldita sea, Minna, cómo lo dejas a uno. ¿Por qué no he de volver? está bien, no volveré».

Ella retuvo su mano: «No, Franz, no vuelvas nunca». Entonces él abrió la puerta, ella siguió reteniendo su mano y apretándosela con fuerza. Siguió reteniéndola cuando él estaba ya fuera. Luego la soltó y cerró la puerta silenciosa y rápidamente. Él le envió desde la calle dos grandes filetes de ternera.

Y ahora, Franz jura al mundo y se jura a sí mismo vivir honradamente en Berlín, con dinero o sin dinero

Estaba ya muy ambientado en Berlín —había vendido un antiguo mobiliario, tenía un dinerillo ahorrado en Tegel, su patrona y su amigo Meck le prestaron algo—, cuando recibió un buen golpe. Pero luego resultó de guasa. Una mañana, que por lo demás no era mala, se encontró sobre la mesa un papel amarillo, oficial, impreso y escrito a máquina:

Jefatura de Policía, Departamento 5, número de referencia, en cualquier

solicitud relativa al presente asunto, se ruega citar el número de referencia indicado. Según el expediente que obra en esta jefatura, fue usted condenado por amenazas, vías de hecho y lesiones con desenlace fatal y, por consiguiente, debe ser considerado persona peligrosa para la seguridad y la moralidad públicas. En consecuencia, en uso de las atribuciones que me confieren el artículo 2.º de la Ley 31 de diciembre de 1842 y el artículo 3.º de la Ley sobre libertad de

domicilio de primero de noviembre de 1867, así como las Leyes de 12 de junio de 1889 y 13 de junio de 1900, he decidido expulsarlo, como Autoridad de policía del Land de Berlín, Charlottenburg, Neukölln, Berlín-Schöneberg, Wilmersdorf, Lichtenberg y

Stralau, así como de los distritos de Berlín- Friedenau, Schmargendorf, Tempelhof, Britz, Treptow, Renickendorf, Weissensee, Pankow y Berlín-Tegel, y por ello le ordeno que abandone la zona indicada en un plazo de quince días, advirtiéndole que si, transcurrido el plazo fijado, permanece en la zona mencionada o regresa a ella, le será impuesta y ejecutada, en virtud del párrafo 2 del artículo 132 de la Ley de administración general de los Länder, de 30 de julio QII E de 1883, una multa de 100 marcos o, en caso de insolvencia, un arresto sustitutorio de 10 días. Al mismo tiempo, se le previene que, en caso de fijar su domicilio en alguno de los lugares próximos a Berlín que a continuación se indican: Potsdam, Spandau, Friedrichsfelde, Karlshorts, Friedrichshagen, Oberschöneweide y Wuhlheide, Fichtenau, Rahnsdorf, Carow, Buch, Frohnau, Cöpenick, Lankwitz, Steglitz, Zehlendorf, Teltow, Dahlem, Wannsee, Klein-Glienicke, Nowawes, Neuendorf, Eiche, Bomim y Bomstedt, deberá contar con su expulsión de esos lugares. P.O. Formulario número 968 a.

Aquello hizo que le crujieran los huesos. Había una bonita casa cerca de la línea de circunvalación, Grunerstrasse 5, junto a la Alex, Asistencia a los Presidarios. Miraron a Franz de arriba abajo, le hicieron un montón de preguntas, firmaron: El señor Franz Biberkopf se ha puesto bajo nuestra vigilancia y protección, investigaremos si trabaja usted, y tiene que presentarse todos los meses. Listo, se acabó, todo arreglado.

Olvidado el miedo, olvidados Tegel y el muro rojo y los gemidos y qué sé yo qué... Se acabaron las penas, empezamos una nueva vida, la anterior ha concluido, Franz Biberkopf ha vuelto y los prusianos se alegran, gritando ¡hurra!

Entonces, durante cuatro semanas, se llenó la tripa de carne, patatas y cerveza, y fue a ver otra vez a los judíos de la Dragonerstrasse para darles las gracias. Nahum y Eliser se estaban peleando de nuevo. No lo reconocieron cuando, metamorfoseado, gordo y oliendo a aguardiente, entró y, con el sombrero respetuosamente ante la boca, preguntó en un susurro si los nietos del anciano caballero seguían enfermos. En la taberna de la esquina, donde los invitó, le preguntaron a qué negocios se dedicaba. «Yo, ¿negocios? Yo no hago

negocios. Entre nosotros las cosas no funcionan así». «¿Y de dónde sacáis el dinero?». «De antes, reservas, uno que ha ahorrado». Le dio con el codo a Nahum en las costillas, hinchó las narices y puso unos ojos astutos y misteriosos:

«Recuerda la historia de Zannowich. Gran tipo. Ése sí que lo hizo bien. Luego se lo cargaron. Hay que ver lo que sabéis. Yo también quisiera hacer de príncipe y estudiar. No, estudiar no. A lo mejor me caso». «Enhorabuena». «Estáis invitados, se podrá jalar y soplar».

Nahum el pelirrojo lo miraba, frotándose la barbilla: «Quizá quiera usted escuchar otra historia. Un hombre tenía una pelota, como las de los niños, pero no de goma sino de celuloide, transparente, con perdigones de plomo dentro. Los niños hacen ruido con esas pelotas y se las tiran unos a otros. El hombre cogió la pelota y la lanzó, pensando: tiene perdigones dentro, de forma que si tiro la pelota no rodará, sino que se quedará en el sitio al que yo haya apuntado. Pero cuando lanzó la pelota, ésta no hizo lo que él había pensado, dio otro bote y además rodó un poco, unos dos palmos más». «Déjalo en paz con tus historias, Nahum. No las necesita». El gordo: «¿Qué pasó con la pelota y por qué os peleáis otra vez? Mire qué pareja, patrón, llevan peleándose desde que los conozco». «Hay que dejar que cada uno haga lo que quiera. Además, pelearse es bueno para el hígado». El pelirrojo: «Le voy a decir una cosa, yo lo vi en la calle y en el patio, y lo oí cantar. Canta usted muy bien. Es usted una buena persona. Pero no sea tan violento. Tenga calma. Tenga paciencia en este mundo. No sé lo que le espera ni lo que Dios le tiene reservado. Mire, la pelota no va nunca como se la tira ni como se quiere. Aproximadamente sí, pero llega un poco más lejos y quizá mucho más lejos, cualquiera sabe, y se desvía un poco».

El gordo echó la cabeza atrás, riéndose, abrió los brazos y se le echó al pelirrojo al cuello: «Sabe usted contar cosas, el tipo sabe contar. Pero Franz tiene su experiencia. Franz conoce la vida. Franz

sabe quién es». «Sólo quería decírselo, el otro día cantaba usted de una forma muy triste». «El otro día, el otro día. Lo pasado, pasado. Ahora he rellenado otra vez el chaleco. Mi pelota va muy bien, oiga. ¡No hay quien me tosas Agur y, cuando me case, quiero veros en mi boda!».

De esa forma volvió a Berlín y a la calle Franz Biberkopf, peón de la construcción y luego cargador de muebles, un hombre grosero y tosco, de aspecto repulsivo, un hombre con el que se encariñó una bonita muchacha de

una familia de cerrajeros, a la que él convirtió en puta y a la que, por último, hirió mortalmente en una riña. Ha jurado al mundo entero y se ha jurado a sí mismo ser honrado. Y mientras tuvo dinero fue honrado. Luego, sin embargo, se le acabó el dinero, momento que había estado esperando para demostrar de una vez a todos qué es un hombre.

LIBRO SEGUNDO

ON esto hemos traído a nuestro hombre felizmente a Berlín. Ha hecho su juramento y se plantea la duda de si no sería mejor acabar sencillamente aquí. El final parece amable y sin trampas, parece realmente un final y el conjunto tendría la gran ventaja de su brevedad. Pero ese Franz Biberkopf no es un hombre cualquiera. No lo he convocado por diversión, sino para que viva su existencia difícil, verdadera e iluminadora.

Franz Biberkopf está muy escarmentado, ahora se encuentra satisfecho y bien plantado en el suelo berlinés, y si dice que quiere ser honrado podemos creerle, porque lo será.

Ya veréis cómo es honrado durante semanas. Pero, en cierto modo, se trata sólo de un plazo de gracia.

Había una vez en el Paraíso dos seres humanos, Adán y Eva. Los había puesto allí el Señor, que había creado también los animales y las plantas, el cielo y la tierra. Y el Paraíso era el magnífico Jardín del Edén. Allí crecían flores y árboles, los animales jugaban y nadie hacía daño a nadie. El sol salía y se ponía, la luna

hacía lo mismo y durante el día entero no había más que alegría en el Paraíso.

Por eso, vamos a empezar alegremente. Vamos a cantar y bailar: las manitas,

clap, clap, clap, piececitos, tap, tap, tap, delante y detrás, media vuelta y no va más.[28]

Franz Biberkopf entra en Berlín

Comercio e industria

Limpieza municipal y transporte

Sanidad

Obras públicas

Arte y cultura

Tráfico

Caja de ahorros y banco municipal

Fábrica de gas

Bomberos

Finanzas e impuestos[29]

Publicación de un proyecto para el inmueble An der Spandauer
Brücke 10.

El proyecto para la colocación de una roseta en la fachada de la vivienda situada An der Spandauerbrücke 10, que disfrutará de una servidumbre permanente sobre la finca situada en el distrito comunal de Berlín-Centro, se encuentra, con su plano, expuesto al público. Durante el período fijado, los interesados, en la medida de su interés, podrán formular objeciones al proyecto. También podrán formular objeciones ante el consejo del distrito

comunal. Esas objeciones se presentarán por escrito en la oficina del distrito Centro de Berlín C

2, Klosterstrasse 68, despacho 76, o bien se expondrán oralmente para su constancia en acta.

—Con consentimiento de la Dirección de Policía, concedo al Señor Bottich, arrendador de derechos de caza, autorización para cazar conejos de monte y otros animales dañinos en los terrenos del Faulen Seepark, en las siguientes fechas de 1928: la caza deberá cesar en el verano, del primero de abril al 30 de septiembre, a las 7:00 horas y en el invierno, del primero de octubre al 31 de marzo, a las 8:00 horas. Lo que se pone en conocimiento público por el presente documento. Se advierte del peligro de penetrar en los terrenos indicados durante los períodos de caza que se mencionan. El Primer Alcalde, en su calidad de Director de Caza.

—El peletero Albert Pangel, que puede enorgullecerse de casi treinta años de servicios como funcionario honorario, ha dimitido de su puesto honorario por razón de su edad avanzada y del traslado de su domicilio fuera del distrito de la Comisión. Durante tan largo período fue ininterrumpidamente presidente de la Comisión de Beneficencia y encargado de la beneficencia. La

oficina del distrito ha dirigido un escrito al señor Pangel, en reconocimiento de sus méritos.

La Rosenthaler Platz se divierte[30].

Tiempo variable, más agradable, un grado bajo cero. Sobre Alemania se extiende una zona de bajas presiones que, en toda el área comprendida, ha puesto fin al tiempo reinante hasta ahora. Los escasos cambios de presión parecen indicar un lento desplazamiento de las bajas presiones hacia el sur, de forma que el tiempo seguirá estando bajo su influencia.

Durante el día descenderá probablemente la temperatura.

Pronóstico meteorológico para Berlín y sus alrededores.

El tranvía número 68 hace el itinerario Rosenthaler Platz, Wittenau,

Nordbahnhof, Heilanstalt, Weddingplatz, Stettiner Bahnhof, Rosenthaler Platz, Alexanderplatz, Straussberger Platz, Bahnhof Frankfurter Allee, Lichtenberg, manicomio de Herzberge. Las tres empresas de transporte berlinesas —tranvías, tren elevado y metropolitano, y autobuses— tienen las mismas tarifas. El billete de adulto cuesta 20 pfennig y el de estudiante 10. Pagan tarifa reducida los niños menores de 14 años cumplidos, los aprendices y los escolares, los estudiantes pobres, los inválidos de guerra y las personas impedidas con carné expedido por

las oficinas de beneficencia de distrito. Infórmate sobre la red de líneas. Durante los meses de invierno no debe abrirse la puerta delantera para entrar ni salir, 39 asientos, 5918, para salir debe avisarse con tiempo, se prohíbe al conductor hablar con los viajeros, subir o bajar en marcha supone un peligro de muerte.

En plena Rosenthaler Platz, un hombre salta del 41 con dos paquetes amarillos, un taxi vacío pasa rozándolo, el guardia lo sigue con los ojos, aparece un inspector de tranvía, el guardia y el inspector se dan la mano: ha tenido potra el de los paquetes.

Aguardientes de frutas diversos, a precios al por mayor, Doctor Bergell, abogado y notario, Lukutate, el elixir indio de la juventud de los elefantes, Fromms Akt[31], la mejor esponja de goma, para qué hacen falta tantas esponjas de goma.

De la plaza sale la gran Brunnenstrasse, en dirección norte, la AEG está en ella, a la izquierda, frente al bosque de Humboldt. La AEG es una empresa descomunal que, según la guía telefónica de 1928, comprende: instalaciones de luz y energía eléctrica, administración central, NW 40, Friedrich-Karl-Ufer 2-4, servicios locales, servicios de larga distancia, norte 4488, Dirección, portería, Bank Elektrischer Werte A. G., Departamento de Aparatos Eléctricos, Departamento de Rusia, Departamento de Obras Metalúrgicas del Alto Spree, fábrica de aparatos de Treptow, fábricas de la Brunnenstrasse, fábricas de Hennigsdorf, fábrica de materiales aislantes, fábrica de la Rheinstrasse, fábrica de cables

del Alto Spree, fábrica de transformadores de la Wilhelminenhofstrasse, Rummelsburger Chaussee, y fábrica de turbinas NO 87, Huttenstrasse 12-16.

La Invalidenstrasse tuerce a la izquierda. Va hasta la estación de Stettin, adonde llegan los trenes del Báltico: está usted lleno de hollín... sí, hay mucho hollín... Adiós, buenos días... ¿Alguna maleta, caballero? Cincuenta pfennig... Tiene usted muy buen aspecto... Por desgracia, el tostado se quita pronto... ¿De dónde saca la gente tanto dinero para viajar?... En un pequeño hotel de esa calle oscura se suicidaron ayer por la mañana dos amantes, un camarero de Dresde y una mujer casada, que se habían registrado con otro nombre.

Desde el sur llega a la plaza la Rosenthaler Strasse. Enfrente, Aschinger ofrece a la gente de comer y de beber, música y toda clase de panadería y repostería. El pescado es nutritivo, algunos se alegran de comer pescado, otros

en cambio no lo soportan, come pescado y estarás esbelto, sano y bien conservado. Medias de señora, seda artificial auténtica, vea una pluma estilográfica con plumín de oro de primera calidad.

En la Elsasser Strasse han llenado de vallas toda la calzada, salvo un pequeño paso. Detrás de la valla resopla una locomotora. Becker-Fiebig, Contratista de Obras, S. A., Berlín

W 35. Ruidos, hay vagonetas hasta la esquina, donde está el Commerz- und Privatbank, Caja de Depósitos L, custodia de valores, imposiciones en cuentas de ahorro. Cinco hombres, obreros, se arrodillan ante el banco, metiendo piedras pequeñas en el suelo.

En la parada de la Lothringer Strasse acaban de subir cuatro personas en el 4: dos mujeres de edad, un hombre modesto de aspecto preocupado y un muchacho con gorra de orejeras. Las dos señoras van juntas, son la señora Plück y la señora Hoppe. Quieren comprar una faja para la señora Hoppe, la de más edad, que tiene cierta propensión a la hernia umbilical. Han estado en el ortopédico de la Brunnenstrasse y quieren recoger luego a sus maridos para comer. El hombre es el cochero Hasebrudc, que anda de cabeza por una plancha eléctrica que compró para su jefe, barata y de segunda mano. Le dieron una en mal estado, su jefe la probó unos días, luego dejó de funcionar, ahora tiene que cambiarla, los otros no quieren, es la tercera vez que va, hoy tendrá que poner algo de su bolsillo. El muchacho, Max Rüst, será más adelante fontanero, padre de otros siete Rüst, trabajará con la empresa Hallis y Cía., instalaciones y cubiertas, de Grünau, a los 52 años le tocará la cuarta parte del gordo en la lotería de Prusia y se retirará, y morirá a los 55 años durante su juicio de transacción con la empresa Hallis y Cía. Su esquela dirá así: El 25 de septiembre falleció repentinamente, de un ataque al corazón,

nuestro queridísimo marido y querido padre, hijo, hermano, cuñado y tío Max Rüst, sin haber cumplido aún los 56 años. Lo que participa profundamente afligida y en nombre de sus allegados Marie Rüst. La nota de agradecimiento, después del entierro, estará redactada en estos términos:

¡Gracias! Dado que no nos es posible expresar a cada uno nuestro sincero

agradecimiento por las manifestaciones de simpatía, etc., lo hacemos por la presente a todos nuestros parientes y amigos, así como a los vecinos de la casa de las Kleiststrasse 4 y a todos nuestros conocidos. Agradecemos en especial al señor Deinen sus sentidas palabras de consuelo... Ese Max Rüst tiene ahora 14 años, acaba de salir de la escuela comunal, en su camino tiene que pasar por el

centro de orientación para personas con dificultades de elocución, duras de oído, miopes, débiles mentales o incorregibles, donde ha estado a menudo porque tartamudea, aunque ha mejorado.

Pequeña taberna en la Rosenthaler Platz.

En primer plano están jugando al billar, al fondo, en un rincón, dos hombres echan bocanadas de humo y toman té. Uno de ellos tiene el rostro flácido y el pelo gris, lleva puesta la esclavina: «Bueno, suéltelo. Pero estése quieto y no se mueva así».

«Hoy no me convence para que juegue al billar. No tengo el pulso seguro». Mordisquea un panecillo seco, no prueba el té.

«No hace falta que juegue. Estamos bien aquí».

«Siempre la misma historia. Ahora ha dado resultado».

«¿Para quién ha dado resultado?».

El otro, joven, rubio claro, rostro tenso, figura tensa:

«Para mí también, naturalmente. ¿Creía que sólo para ellos? Ahora están las cosas claras».

«En otras palabras, que lo han echado».

«He hablado en buen alemán con mi jefe y él, entonces, me ha chillado. A la noche tenía ya mi despedida para el primero de mes».

«En algunas ocasiones no hay que hablar en buen alemán. Si hubiera hablado con él en francés no le hubiera entendido y estaría usted todavía dentro».

«Todavía estoy dentro, qué se cree. Ahora estoy donde yo quería. Creen que les voy a hacer la vida fácil. Cada día, a las dos en punto de la tarde, me presentaré allí y les amargaré la vida: déjemelo a mí». «Hombre de Dios, hombre de Dios. ¿No es usted casado?».

El otro apoya la cabeza en las manos:

«Eso es lo malo, todavía no se lo he dicho, no puedo decírselo».

«Quizá se arregle la cosa».

«Está en estado».

«¿El segundo?».

«Sí».

El de la esclavina se ciñe más el abrigo, sonríe al otro burlonamente y luego asiente: «Bueno, eso está bien. Los niños dan valor. Lo puede necesitar ahora».

El otro se echa hacia delante: «No lo voy a necesitar. Para qué.

Estoy de

deudas hasta aquí. Los eternos plazos; No se lo puedo decir a ella. Botarlo a uno así. Yo estoy acostumbrado al orden y ésta es una empresa de mierda de arriba abajo. El jefe tiene una fábrica de muebles y si consigo pedidos para la sección de calzado le da lo mismo. Eso es lo que pasa. Que uno sobra. Da vueltas por la oficina preguntando: ¿Se han mandado por fin las ofertas? ¿Qué ofertas? Seis veces se lo he dicho, ¿para qué corro tras los clientes? Uno queda en ridículo. Que suprima la sección o que no la suprima».

«Beba un poco de té. De momento lo ha suprimido a usted».

Un señor en mangas de camisa viene de la mesa de billar y da un golpecito en el hombro al joven: «¿Una partidita?».

El más viejo responde por él: «Ha recibido un gancho en la mandíbula».

«El billar es bueno para los ganchos en la mandíbula».

Luego se marcha. El de la esclavina bebe el té caliente; eso es bueno, beber té caliente con azúcar y ron y oír a otro rajar. Se está bien en este cuchitril.

«Hoy no iré a casa, Georg, ¿verdad?».

«No tengo valor, no tengo valor. ¿Qué le voy a decir? No puedo mirarla a la cara».

«Hay que ir, hay que ir siempre, mirarla tranquilamente a la cara».

«¿Qué sabrá usted de eso!».

El otro, con las puntas de la esclavina entre los dedos, se echa completamente sobre la mesa: «Beba, Georg, o coma, y no hable. De eso sé algo. Conozco muy bien el paño. Cuando usted era todavía así de pequeño, yo ya había corrido lo mío».

«Póngase en mi lugar. Tenía un buen puesto y van y me hacen esa cerdada».

«Yo era catedrático de instituto. Antes de la guerra. Cuando estalló la guerra, estaba ya como ahora. La taberna estaba como hoy. No me movilizaron. No necesitaban gente como yo, que se pincha. O mejor dicho: me movilizaron y yo pensé, te va a dar algo. Me quitaron la jeringuilla, naturalmente, y la morfina también. Y

andando. Dos días aguanté, mientras tuve reservas, gotas, y luego adiós Prusia y yo al manicomio. Entonces me dejaron ir. Bueno, qué estaba diciendo, luego me echaron también del instituto. Morfina, a veces está uno atontado, al principio, ahora ya no le pasa a uno, por desgracia. Bueno, ¿y la mujer? ¿Y el niño? Adiós, Patria querida[32]. Hombre, Georg, yo podría contarle historias románticas». El del pelo gris bebe, con el vaso entre las dos manos,

bebe lenta, hondamente, mira el té: «Una mujer, un hijo; parece como si eso fuera lo único en el mundo. No me he arrepentido, no me siento culpable; hay que aceptar las cosas como son, y aceptarse a sí mismo. No hay que darse importancia con el Destino. Soy enemigo de la Fatalidad. No soy griego, soy berlinés. ¿Por qué deja que se le enfríe ese rico té? Échele ron». El joven pone la mano sobre el vaso, pero el otro se la aparta y le echa un chorro de un pequeño frasco de metal que saca del bolsillo.

«Tengo que irme, gracias. Tengo que andar para que se me pase el disgusto». «Quédese aquí tranquilo, Georg, beba un poco y luego juegue al billar. No consienta que se instale el desorden. Eso es el principio del fin. Cuando no encontré en casa a mi mujer ni a mi hijo y sólo había una carta, me fui con mi madre a la Prusia occidental, etcétera, una vida fracasada, un hombre así y la vergüenza, etcétera, me hice un corte aquí, en el brazo izquierdo, que parecía una tentativa de suicidio. No hay que perder nunca la

ocasión de aprender algo, Georg; yo sabía hasta provenzal, pero anatomía... Confundí un tendón con la vena. No es que ahora sepa mucho más, pero ya no se plantea. En pocas palabras: el dolor y el remordimiento eran tonterías, yo seguí viviendo, mi mujer siguió viviendo también, el niño también, ella hasta tuvo más niños en la Prusia occidental, dos, yo obraba a distancia; todos vivimos.

Disfruto con la Rosenthaler Platz, disfruto con el poli de la esquina de la Elsasser, disfruto con el billar. Que venga alguien y me diga que vive mejor que yo y que no entiendo de mujeres».

El rubio lo contempla con repulsión: «Es usted una ruina, Krause, lo sabe usted mismo. Vaya un ejemplo que es usted. Su fracaso me es evidente, Krause.

¿No me ha contado usted mismo que se muere de hambre con sus clases privadas? No quisiera que me enterraran así». El del pelo gris ha apurado su vaso, se echa hacia atrás con su esclavina en la silla de hierro, mira un momento al joven, parpadeando con hostilidad, y luego resopla, se ríe convulsivamente:

«No, no soy un ejemplo, en eso tiene razón. Tampoco lo he pretendido nunca.

No soy un ejemplo para usted. Una mosca, mire, son puntos de vista. La mosca se coloca bajo el microscopio y se cree que es un caballo. Que se ponga delante de mi telescopio. ¿Quién es usted,

señor, señor Georg? Presénteseme: representante de la empresa XY, sección de calzado. No, déjese de bromas. Cuénteme sus pena, pena: P de pasmado, E de estupidez, estupidez supina, N de necesidad, A de asno. Se ha equivocado, se ha equivocado de número, señor, se ha equivocado por completo».

Una chica se baja del 99, Mariendorf, Lichtenrader Chaussee; Tempelhof, Hallesches Tor, Hedwigskirche, Rosenthaler Platz, Badstrasse, Seestrasse esquina Togostrasse, por la noche, de sábado a domingo, servicio ininterrumpido entre la Uferstrasse y Tempelhof, Friedrich-Karl Strasse, cada 15 minutos. Son las 8 de la noche, ella lleva una carpeta de música bajo el brazo; se ha subido el cuello de piel de cordero y pasea de un lado a otro en la esquina de la Brunnenstrasse y el Weinbergweg. Un hombre con abrigo de pieles la aborda, ella se estremece, cruza rápidamente al otro lado. Está bajo la alta farola, observa la esquina de enfrente. Un señor pequeño y de edad, con gafas de concha, aparece allí, ella se le une inmediatamente. Camina riéndose ahogadamente a su lado. Suben por la Brunnenstrasse.

«Hoy no puedo volver tan tarde a casa, de verdad que no. En realidad, no

hubiera debido venir. Pero como no puedo llamarlo por teléfono».

«No, sólo excepcionalmente, si es absolutamente necesario. En la

oficina me escuchan. Es por ti, niña». «Sí, tengo miedo, pero no se va a saber, seguro que no se lo dice a nadie». «Seguro». «Si Papá oyese algo, o Mamá, ay Dios». El señor de edad la sujeta satisfecho por el brazo. «No se sabrá. No le digo una palabra a nadie. ¿Has aprendido mucho en clase?». «Chopin. Toco los Nocturnos. ¿Le gusta la música?». «Si no hay más remedio». «Me gustaría tocar para usted, si pudiera. Pero usted me da miedo». «Bueno». «Sí, siempre me da miedo, un poco, no mucho. No, no mucho. Pero no debo tener miedo de usted». «En absoluto. Vaya, mujer. Hace ya tres meses que me conoces». «En realidad, sólo me da miedo Papá. Si se llega a saber». «Chiquilla, tú puedes dar un paseo sola por la noche. Ya no eres ningún bebé». «Es lo que le digo siempre a Mamá. Y salgo».

«Salimos, tontita, a donde nos da la gana». «No me llame tontita. Sólo le he

dicho eso para que... bueno, de pasada. ¿Adónde vamos hoy? Tengo que estar en casa a las nueve». «Aquí. Ya estamos. Vive un amigo mío. Podemos subir tranquilamente». «Tengo miedo. ¿No nos verá nadie? Vaya usted delante. Yo entraré sola después».

Arriba se sonríen mutuamente. Ella está en el rincón. Él se ha quitado el sombrero y el abrigo, ella deja que le quite la carpeta de música y el sombrero. Luego, ella corre a la puerta y apaga la luz: «Pero hoy no tardaremos, tengo tan poco tiempo, tengo que ir a casa, no me desnudo, no me haga daño».

Franz Biberkopf sale a la búsqueda, hay que ganar dinero, sin dinero no puede vivir el hombre. Sobre el mercado de vajilla de Francfort

Franz Biberkopf se sentó con su amigo Meck a una mesa, a la que se sentaban ya varios hombres de fuertes voces y esperó el comienzo de la reunión. Meck le explicaba: «Tú no vas a buscar el subsidio, Franz, ni tampoco a la fábrica, y hace demasiado frío para trabajar en excavaciones. Lo mejor es el comercio. En Berlín o en el campo. Puedes elegir. Pero eso da de comer». El camarero gritó:

«Cuidado con las cabezas». Se bebieron su cerveza. En aquel momento

resonaron pasos sobre ellos, el señor Wünschel, el administrador del primer piso, corría a la casa de socorro porque su mujer se había desmayado. Meck volvió a explicarle: «Como me llamo Gottlieb, fijate en esta gente. En el aspecto que tienen. Si tienen cara de hambre. Si son gente decente». «Gottlieb, ya sabes que no me gustan las bromas sobre la decencia. Con la mano en el corazón, ¿es una profesión decente o no?». «Fijate en la gente, yo no te digo nada. Tipos elegantes, fijate en ellos». «Una posición sólida, de eso es de lo que se trata, sólida». «Es la más

sólida que hay. Tirantes, medias, calcetines, delantales, pañuelos de cabeza quizá. El beneficio depende de la venta».

Sobre el tablado hablaba un hombre con joroba acerca de la Feria de Francfort. Nunca se podría ser demasiado insistente en advertir a quienes envían mercancías a la Feria desde otros lugares. La Feria está mal situada. Especialmente el mercado de vajilla. «Señoras y señores, estimados colegas, quien haya estado el pasado domingo en el mercado de vajilla de Francfort tendrá que reconocer conmigo que no se puede hacer eso con el público». Gottlieb le dio un codazo a Franz: «Está hablando del mercado de vajilla de Francfort. Ahí no vas tú». «No importa, es un buen tipo, sabe lo que quiere».

«Quien conoce la Magazinplatz de Francfort no vuelve. Eso es tan seguro como

un amén en la iglesia. Aquello era una porquería, un barrizal... Quisiera decir además que el ayuntamiento de Francfort se tomó su tiempo hasta tres días antes de la fecha. Entonces dijo que para nosotros era la Magazinplatz y no la Marktplatz como siempre. Por qué, es lo que yo quisiera que los colegas barruntaran: porque en la Marktplatz se celebra el mercado semanal y si vamos

también nosotros allí se producirán embotellamientos. Es algo inaudito lo que ha hecho el ayuntamiento de Francfort, una

verdadera bofetada. Aducir una razón así. El mercado semanal se celebra cuatro medios días laborables, ¿y nos tenemos que ir nosotros? ¿Por qué nosotros? ¿Por qué no el verdulero y la mujer de la manteca? ¿Por qué no construye Francfort un mercado cubierto? Los vendedores de fruta, hortalizas y comestibles son tan mal tratados por el ayuntamiento como nosotros. Todos tenemos que sufrir los errores del ayuntamiento. Pero ya está bien. Las ganancias en la Magazinplatz han sido insignificantes, nada, no ha valido la pena. Con el barro y la lluvia no fue nadie. Los colegas que estuvieron no sacaron en su mayoría suficientes cuartos para llevarse los vagones de la plaza. Gastos de ferrocarril, alquiler de puestos, derechos de estacionamiento, acarreo de llegada, acarreo de salida. Además, y esto quisiera decirlo y declararlo de la forma más clara ante toda la opinión pública, el estado de los servicios higiénicos en Francfort es indescriptible. Quien haya estado allí podrá decir muchas cosas de ellos. Tales condiciones higiénicas son indignas de una gran ciudad y el público debe condenarlas siempre que pueda. Esas circunstancias hacen que Francfort no pueda atraer visitantes y perjudican a los vendedores. Y luego está la estrechez de los puestos, como sardinas en lata».

Después del debate, en el que se atacó también a la Junta por su anterior inactividad, se adoptó por unanimidad la siguiente resolución:

«Los vendedores de la Feria estiman que el traslado de la Feria a la Magazinplatz ha sido una bofetada. Los resultados económicos para los vendedores han sido muy inferiores a los de Ferias anteriores. La Magazinplatz es absolutamente inadecuada como emplazamiento para la Feria, porque no puede contener, ni mucho menos, el número de visitantes y, en el aspecto sanitario, es una verdadera vergüenza para la ciudad de Francfort del Oder, sin contar con que, en caso de incendio, hubieran perecido los comerciantes con sus mercancías. La asamblea espera del ayuntamiento de la ciudad que la Feria vuelva a la Marktplatz, ya que sólo así podrá garantizarse la continuación de esa Feria. Al mismo tiempo, la Asamblea solicita encarecidamente una reducción de los derechos de alquiler de los puestos, dado que, en las circunstancias actuales, los vendedores no están en condiciones de cumplir ni siquiera en medida aproximada sus compromisos y acabarían por depender de la beneficencia municipal».

Biberkopf se sentía irresistiblemente atraído por el orador. «Meck, eso sí que es hablar, un hombre como se debe ser». «Písale un callo y verás lo que te pasa».

«De eso tú no sabes nada, Gottlieb. Sabes, me recogieron los judíos. Yo iba por los patios cantando La guardia del Rin, así tenía yo la cabeza. Y los dos judíos me pescaron y me contaron historias. También las palabras son buenas, Gottlieb, y lo que le

dicen a uno». «La historia del polaco, del Stefan ese. Franz, todavía te falta un tomillo». Él se encogió de hombros: «Gottlieb, un tomillo más o menos, ponte en mi lugar y luego habla. El hombre ese, el pequeño de la joroba, es un tío formidable, te lo digo yo, de lo mejorcito». «Bueno, por mí... Harías mejor en ocuparte de los negocios, Franz». «Eso está hecho, todo llegará, una cosa después de otra. No digo que no».

Y se abrió paso hasta el jorobado. Respetuosamente, le pidió una

información. «¿Qué quiere?». «Quisiera una información». «La discusión se ha acabado. Se terminó, fin. Ya hemos tenido bastante, hasta aquí». El jorobado era cáustico: «¿Qué quiere usted?». «Yo... Aquí se ha hablado mucho de la Feria de Francfort y usted lo ha hecho magníficamente, de primera, señor. Quería decírselo. Estoy totalmente de acuerdo con usted». «Me alegro, colega. ¿Puedo preguntarle cómo se llama?». «Franz Biberkopf. He visto con satisfacción cómo ha llevado la cosa y les ha dado lo que se merecían a los de Francfort». «Al ayuntamiento». «De primera. Les ha dado para el pelo. No podrán decir ni pío. Esos no vuelven por otra». El pequeñito recogió sus papeles y bajó del tablado a la sala llena de humo: «Muy bien, colega, pero que muy bien». Franz estaba radiante, haciéndole reverencias. «¿Quería usted unos datos? ¿Es usted miembro de la Asociación?». «No, lo siento mucho». «Se lo puedo arreglar en

seguida. Venga a nuestra mesa». Franz se sentó abajo, a la mesa de la Junta, bebió, saludó, le dieron un formulario. Prometió pagar la cuota el próximo día primero. Apretones de manos.

Desde lejos hizo ya gestos a Meck con el papel: «Ahora soy miembro, sí

señor. Soy miembro de la Agrupación Local de Berlín. Ahí puedes leerlo, ahí lo dice: Agrupación Local de Berlín, Asociación Nacional, y qué pone ahí: Vendedor ambulante de Alemania. No está mal, eh». «¿Y qué eres, comerciante en textiles? Aquí pone textiles. ¿Desde cuándo, Franz? ¿Qué textiles son éstos?».

«Yo no dije textiles. Dije medias y delantales. Pero él se empeñó, textiles. No

importa. No tengo que pagar hasta el primero de mes».

«Bueno, chico, y si comercias con platos de porcelana o con cubos de cocina o quizá con ganado, como estos señores de aquí: señores, ¿no es un disparate que este hombre tenga un carné de miembro para textiles y se dedique quizá a las vacas?». «No le aconsejo las vacas. Están en baja. Dedíquese a reses menores».

«Pero si todavía no se dedica a nada. Es la pura verdad. Señores, sólo está aquí y quiere hacer algo. Le podrían decir igual, sí señor, Franz, dedíquese usted a las ratoneras o a los bustos de escayola». «Si hace falta, Gottlieb; si se gana uno la vida. Ratoneras precisamente no, porque las droguerías hacen

demasiada competencia con el veneno, pero bustos de escayola: ¿por qué no vender bustos de escayola en las ciudades pequeñas?». «Bueno, ya ven: saca un carné para delantales y se dedica a los bustos de escayola».

«Gottlieb, no es eso, señores, tienen razón, pero no debes retorcer así las

cosas. Las cosas hay que presentarlas bien y como son, lo mismo que hizo el jorobadito con lo de Francfort, cuando tú no le escuchabas». «Porque no tengo nada que ver con Francfort. Ni estos señores tampoco». «Bueno, Gottlieb, está bien; señores, tampoco es ningún reproche, sólo que yo, por mi parte, por lo que respecta a mi humilde persona, sí que he estado escuchando y era muy bonito ver cómo lo presentaba todo, con serenidad pero con fuerza, a pesar de su poca voz, ese hombre está delicado del pecho, y cómo todo venía por su orden y cómo, cuando llegó a la resolución, todos los puntos estaban claros, una cosa bien hecha, una cabeza sólida, y exacto hasta en lo de los retretes, que no les gustaron. Yo tuve un asunto con los judíos, tú lo sabes. Una vez, señores, cuando yo, cuando andaba yo muy alicaído, dos judíos me ayudaron contándome historias. Me hablaron, son gente decente, que no me conocía, y me hablaron de un polaco o de alguien así, y era sólo una historia pero estaba muy bien, era muy instructiva para mí en la situación en que estaba. Yo pensé: un coñac hubiera servido lo mismo. Pero quién sabe. Después me

sentí otra vez en forma». Uno de los tratantes de ganado soltaba bocanadas de humo, sonriendo irónicamente:

«¿Pero antes había recibido una buena teja en el cráneo, no?».

«Nada de bromas,

señores. Además, tiene razón. Fue un buen ladrillazo. Eso puede pasarles también a ustedes, que los cascos les lluevan sobre la cabeza y que les tiemblen las piernas. Eso puede pasarle a cualquiera, una desgracia ¿Y qué puede hacer uno si le tiemblan las piernas? Dar vueltas por las calles,

Brunnenstrasse, Rosenthaler Tor, Alex. Eso puede pasarles, que den vueltas y no puedan leer los nombres de las calles. A mí me ayudaron personas listas, me hablaron y me contaron, personas con cabeza, y por eso, sépanlo ustedes: no hay que creer en el dinero, ni en el coñac, ni en los miserables pfennig de la cuota. Lo que importa es tener cabeza y utilizarla, y saber lo que pasa alrededor, para que no lo tumben a uno antes de que se dé cuenta. De esa forma, las cosas no son tan malas. Eso es lo que hay, señores. Así lo veo yo».

«En vista de eso, señor, digo colega, vamos a beber. Por nuestra Asociación». «Por la Asociación, a su salud, señores. A tu salud, Gottlieb». Gottlieb no hacía más que reírse: «Tú, ahora sólo queda un problema, ¿con qué vas a pagar tu cuota, el próximo día primero?». «Y además, joven colega, ahora

que tiene un carné de miembro y es miembro de nuestra Asociación, procure que la Asociación lo ayude a obtener unas ganancias como es debido». Los tratantes de ganado y Gottlieb se reían a porfía. Un tratante de ganado: «Vaya con su carné a Meiningen, la semana próxima hay mercado. Yo me colocaré a la derecha, usted al otro lado, a la izquierda, y miraré cómo va su negocio. Imagínate, Albert, tiene el carné, es miembro de la Asociación y está en su puesto. Aquí a mi lado pitan: salchichas de Viena, verdaderos zwackeln de Meiningen, y él vocifera al otro: oigan, oigan, por primera vez, un miembro de la Asociación, la gran sensación del mercado de bizcochos de Meiningen. Y la gente se arremolina. Ay Jakob, Jakob, cabeza de taco». Dieron puñetazos en la mesa y Biberkopf también. Se metió con cuidado el papel en el bolsillo del pecho: «Si se quiere andar, hay que empezar por comprarse zapatos. Yo no he dicho que vaya a hacer grandes negocios. Pero tampoco me chupo el dedo». Todos se levantaron.

En la calle, Meck se enzarzó en una violenta discusión con los dos tratantes

de ganado. Los dos tratantes defendían su punto de vista en un proceso en el que estaba metido uno de ellos. Había traficado en reses, aunque sólo estaba autorizado para comerciar en Berlín. Un competidor lo había encontrado en un pueblo y lo había denunciado a la policía. Pero los dos tratantes de ganado, que

viajaban juntos, habían arreglado la cosa: el inculpado declaró ante el tribunal que sólo acompañaba al otro, y que había actuado siempre en su nombre.

Los tratantes explicaban: «No apoquinaremos. Juraremos lo que sea. Ahora hay que prestar juramento ante el tribunal. Él jurará que era sólo mi

acompañante, y lo ha sido muchas veces, se jura eso y sanseacabó».

Meck se puso furioso y agarró a los dos tratantes por el abrigo: «Muy bien, estáis locos, estáis en Babia. Vais a jurar en un asunto tan idiota para darle gusto a ese sinvergüenza, a Rin de que pueda acabar con vosotros. Eso tendrían que publicarlo los periódicos, que un tribunal protege algo así, eso no es justicia, señores del monóculo. Ahora estamos hablando de Derecho».

El segundo tratante insiste: «Juraré, ¿por qué no? ¿Es mejor apoquinar, tres apelaciones, y que ese sinvergüenza se divierta? es un envidioso. Para mí es ya cosa hecha. Y a vivir».

Meck se dio con el puño en la frente: «Paleto alemán, te mereces la mierda en que vives».

Se separaron de los tratantes de ganado, Franz cogió a Meck del brazo y se

pasearon por la Brunnenstrasse. Meck amenazó a los tratantes cuando ya se habían ido: «Vaya unos tipos. Nos tienen sobre la conciencia. Al pueblo entero, a todos nos tienen sobre su conciencia». «¿Qué quieres decir, Gottlieb?». «Son unos maricas, en lugar de enseñarle los puños al tribunal, maricas, el pueblo entero, los comerciantes, los trabajadores, todos».

De repente Meck se detuvo, plantándose delante de Franz: «Franz, tenemos que hablar. Si no, no puedo dejar que vengas conmigo. De ningún modo».

«Bueno, empieza». «Franz, tengo que saber quién eres. Mírame a la cara. Dímelo sinceramente y bajo palabra, tú lo has probado ahí, en Tegel, sabes lo que es Derecho y lo que es Justicia. Y lo que es justo es justo». «Eso es cierto, Gottlieb». «Entonces, Franz, con la mano en el corazón: ¿Qué hicieron contigo allí?». «Tranquilízate. Puedes creerme: si tienes garras, te las dejas fuera. Leíamos libros y aprendíamos taquigrafía, y jugaban al ajedrez, yo también».

«¿También juegas al ajedrez?». «No te preocupes, seguiremos dándole a nuestro

skat, Gottlieb. Bueno, pues estás allí, muchos sesos para pensar no tienes, nosotros, los mozos de cuerda, lo que importa son los músculos y los huesos, y un día te dices: maldita sea, no te mezcles con la gente, sigue tu propio camino. Apártate de la

gente. La gente como nosotros, Gottlieb, ¿qué tiene que ver con los tribunales y la policía y la política? Teníamos allí un comunista que estaba más gordo que yo, había participado en lo del 19 en Berlín[33]. No lo cogieron, pero luego sentó cabeza, conoció a una viuda y se metió en su negocio. Un chico listo, ya ves». «¿Y cómo fue a parar con vosotros?». «Debió de meterse en algo sucio. Estábamos siempre juntos y el que decía algo se llevaba lo suyo. Pero es mejor no tener nada que ver con los otros. Eso es suicida. Cada uno a su aire. Ser decente y cuidarse de sí mismo. Eso es lo que yo digo».

«¿Ah sí?», dijo Meck mirándolo muy tieso: «Entonces apaga y vámonos, eso es una cobardía por tu parte, de esa forma todos nos iríamos al diablo». «Que apague y se vaya el que quiera, no es cosa nuestra». «Franz, eres un cobarde, nadie me convencerá de lo contrario. Y un día lo pagarás, Franz».

Franz Biberkopf baja paseando por la Invalidenstrasse su nueva amiga, la polaca Lina, va con él. En la esquina de la

Chausseestrasse hay un puesto de periódicos en un portal, unas cuantas personas charlan.

«Circulen, no se detengan». «Se puede mirar las fotos, ¿no?».

«Compre algo. No obstaculicen el paso».

«Imbécil».

Suplemento turístico. Cuando en nuestro frío norte llega el tiempo desapacible que reina entre los días nevados del invierno y los primeros verdores de mayo, algo —un impulso milenario— nos llama hacia el soleado sur, más allá de los Alpes, hacia Italia. Feliz quien puede seguir ese instinto nómada. «No hay que excitarse por la gente. Mire lo salvaje que se ha vuelto: en el metropolitano, un tipo ataca a una muchacha y casi la mata a golpes por cincuenta marcos».

«Por cincuenta marcos lo hago yo también». «¿Qué?». «Pero ¿sabe usted lo que son cincuenta marcos? Usted no sabe nada, cincuenta marcos. Para nosotros es un montón de dinero, un buen montón. De manera que cuando sepa lo que son cincuenta marcos seguiré hablando con usted».

Discurso fatalista del Canciller Marx: lo que haya de suceder depende, según

mi concepción del mundo, de la Providencia divina, que tiene sus intenciones para cada pueblo. Frente a ella, el trabajo del hombre

será siempre imperfecto. Sólo podemos trabajar con todas nuestras fuerzas e incansablemente, de acuerdo con nuestras convicciones, y por eso desempeñaré fiel y honradamente el puesto que ahora acepto. Para terminar, señores, quisiera formular mis mejores votos por el éxito de su difícil y abnegada labor en pro de la hermosa Baviera. Mucha suerte en sus futuros esfuerzos[34]. Vive como, si mueres, desearías haber comido[35].

«¿Qué, ha acabado ya de leer?». «¿Qué quiere decir?». «¿No querrá que le quite la pinza al periódico? Una vez un señor me pidió una silla para poder leer con comodidad». «Entonces para qué cuelga sus fotos, sólo para que...». «Lo que hago con mis fotos es cosa mía. No es usted quien me paga el puesto. Pero no necesito para nada a los mirones, sólo me espantan la clientela».

Se va, mejor haría en limpiarse la botas, seguro que duerme en La Palma[36],

en la Fröbelstrasse, se sube al tranvía. Seguro que viaja con billete falso o que ha cogido uno del suelo y está probando. Si lo pillan, habrá perdido el verdadero. Siempre mirones, otros dos. La próxima vez pondré una verja. Tengo que desayunar.

Franze Biberkopf se aproxima con su sombrero hongo y con Lina, la gordita polaca, del brazo. «Lina, vista a la derecha, al portal. Este tiempo no es para los parados. Vamos a mirar las fotos. Bonitas fotos, pero hay corriente. Oiga, colega, ¿cómo va el

negocio? Aquí se pela uno». «Es que aquí no viene uno a calentarse». «Lina, ¿te gustaría aparecer en un papel de éstos?». «Vámonos, ese tipo tiene una mueca tan desagradable». «Señorita, sólo pensaba en que a muchos les gustaría que estuviera usted en el portal vendiendo periódicos. Un servicio de manos suaves».

Un golpe de viento, los periódicos se levantan, retenidos por las pinzas.

«Colega, tienes que poner ahí fuera una protección». «Sí, para que nadie vea nada». «Pues entonces un cristal». «Vámonos, Franz». «Un momento. Un segundito. Este hombre se pasa aquí horas y no se lo lleva el viento. No hay que ser tan delicado, Lina». «No, es que hace muecas». «Es mi expresión, la cara que tengo, señorita. No puedo evitarlo». «Siempre hace muecas, ¿lo oyes, Lina? Pobre tipo».

Franz se echó el sombrero hacia atrás, miró a la cara al hombre de los

periódicos, y soltó la carcajada, con la mano de Lina en la suya.

«No puede evitarlo, Lina. La tiene así desde que mamaba. ¿Sabes, colega, qué cara pones cuando haces muecas? No, así no, cuando haces muecas como antes. Sabes, Lina, como si estuviera en el pecho de su madre y la leche se le hubiera puesto agria». «Eso no va conmigo. Me criaron con biberón». «Déjate de bromas».

«Oye, colega, ¿qué se gana en un negocio así?». «Bandera Roja, gracias. Deja pasar, colega. Cuidado con la cabeza, ahí va una caja». «Estás en medio del jaleo».

Lina tiró de él, y bajaron despacio por la Chausseestrasse hasta la Oranienburger Tor. «Eso sería una cosa para mí. No me enfrió con tanta facilidad. Sólo que esperar tontamente en un portal».

Dos días después hace más calor, Franz ha vendido el abrigo, lleva ropa interior de invierno que Lina ha sacado de algún lado, está en la Rosenthaler Platz, delante de Confecciones Fabisch, Fabisch y Cía., alta sastrería a medida para caballeros, trabajo esmerado y bajos precios caracterizan a nuestras creaciones.

Franz anuncia a voces sujetadores de corbata:

«¿Por qué lleva en Occidente el hombre elegante corbata y el proletario no? Caballeros, acérquense, también usted, señorita, con su esposo, los menores pueden pasar, los menores no pagan. ¿Por qué no usa el proletario corbata? Porque no sabe hacerse el nudo. Por eso tiene que comprarse un sujetador de

corbata, y cuando se lo compra resulta que es malo y que no puede ponerse la corbata. Eso es un engaño, eso envenena al pueblo, eso empuja a Alemania a una miseria mayor aún que aquella en la que se encuentra ya. ¿Por qué, por ejemplo, no se llevan esos grandes sujetadores de corbata? Porque nadie quiere ponerse una pala de la basura en el cuello. No lo quiere el hombre, ni la mujer, ni siquiera un niño de pecho si pudiera hablar. No hay que reírse, señores, no se rían, no sabemos lo que pasa en el pequeño cerebro de un niño. Ay Señor, una cabecita tan mona, una cabecita tan pequeña con sus pelitos, qué bonito, verdad, pero pagar alimentos no es cosa de risa, eso lo arruina a uno. Cómprese una corbata así en Tietz o Wertheim o, si no quieren comprarles a los judíos, en algún otro sitio. Yo soy ario». Se quita el sombrero, pelo rubio, coloradas orejas de soplillo, ojos redondos y alegres. «Los grandes almacenes no necesitan que yo les haga propaganda, pueden sostenerse sin mí. Cómprese una corbata de éstas, como las que aquí tengo, y luego piensen en cómo se la pondrán mañana.

»Caballeros, quién tiene tiempo hoy para hacerse el nudo de la corbata por la

mañana y no preferiría tener un minuto más de sueño. Todos necesitamos dormir mucho, porque tenemos que trabajar mucho y ganamos poco. Un sujetador de corbata les facilitará el sueño. Les hace la competencia a las farmacias, porque quien se compra un

sujetador como los que yo tengo no necesita ningún veneno somnífero ni ponche para dormir ni nada. Se duerme sin que lo mezan como un

niño al pecho de su madre, porque sabe que mañana no tendrá que apresurarse; lo que necesita está en la cómoda, preparado y dispuesto, y sólo tendrá que ponérselo en el cuello. Ustedes se gastan el dinero en muchas porquerías. El año pasado vieron a los estafadores de El Cocodrilo, delante vendían salchichas calientes, detrás estaba Dolly echado en la urna de cristal y la chucruta se le salía por la boca[37]. Eso lo vieron todos acérquense más para no fatigarme la voz, no tengo la voz asegurada, todavía no he pagado el primer plazo— a Jolly en su urna de cristal, eso lo vieron. Lo que no vieron fue cómo le pasaban el chocolate a escondidas. Aquí compran ustedes géneros auténticos, no es celuloide, es goma vulcanizada, veinte pfennig la pieza, tres por cincuenta.

»Quítese de la calzada, joven, si no, lo atropellará un coche y ¿quién recogerá luego los restos? Ahora les explicaré cómo se anuda la corbata, no hará falta que les dé con un mazo en la cabeza. Lo van a comprender en seguida. Se cogen de un lado treinta o treinta y cinco centímetros y luego se dobla la corbata, pero no así. Eso parece una chinche aplastada en la pared, un bichito, un hombre elegante no lleva una cosa así. Utilicen mi aparatito. Hay que ahorrar tiempo. El tiempo es oro. El

Romanticismo ha desaparecido para no volver, eso tenemos que tenerlo en cuenta hoy todos. No se puede uno arrollar al cuello despacio, todos los días, el tubo del gas. Se necesitan cosas listas y bien hechas. Vean ustedes, éste es su regalo de Navidad, a su gusto, señores, por su bien. Si algo les ha dejado el plan Dawes[38] es una cabeza bajo la tapadera, y ella tiene que decirles: eso es algo para ti, cómpratelo y llévatelo a casa, te consolará.

»Caballeros, todos necesitamos consuelo, tal como somos, y somos tontos, lo buscamos en la taberna. El que es razonable no lo hace, aunque sólo sea para guardar su bolsa, porque lo que las tascucias despachan como aguardiente barato clama al cielo, y el bueno es caro. Por eso, cogen ustedes el aparatito, meten por aquí una cinta estrecha, también pueden utilizar una ancha, como las que llevan los maricones en los zapatos cuando van de viaje. Tiran ustedes de aquí y cogen el otro extremo. Un buen alemán sólo compra buenos géneros, y eso es lo que yo les ofrezco».

Lina se encarga de los maricones

Pero eso no le basta a Franz Biberkopf Los ojos le dan vueltas. Con Lina, cordial y desastrada, observa la vida callejera entre la Alex y la Rosenthaler Platz y se decide a vender periódicos. ¿Por qué? Le han dicho que Lina podría ayudarle, y eso ya es algo. Unas veces aquí, otras allá, date la vuelta y ya está[39].

«Lina, yo no sé hablar, no soy un orador de masas. Si voceo algo me

entienden, pero no es eso. ¿Sabes lo que es la inteligencia?». «No», Lina lo mira ansiosamente, expectante. «Fíjate en los muchachos de la Alex y de aquí, no tienen ninguna inteligencia. Tampoco los de las barracas ni los que llevan carros, no la tienen. Son listos, chicos listos, chicarrones, no necesitas decírmelo. Imagínate un orador como los del Reichstag, Bismarck o Bebel[40], éstos de ahora no son nada, tú, aquéllos tenían inteligencia.

Inteligencia quiere decir cabeza y no sólo un melón. Todos esos juntos no podrían sacarme nada con sus cocos blandos. Orador es quien es orador». «Tú lo eres, Franz». «A mí me lo vas a decir, orador yo. ¿Sabes quién es orador? No te lo creerás, tu patrona». «¿La Schwenk?». «No, la otra, donde fui a recoger las cosas, la de la Karlstrasse».

«La del circo. No me hables de ésa».

Franz se inclina misteriosamente: «Ésa era una oradora, Lina, de libro».

«Imposible. Entra en mi habitación, cuando yo estaba aún en la cama, y se me quiere llevar la maleta porque le debo un mes».

«Está bien, Lina, escucha, no fue muy amable por su parte. Pero cuando estuve arriba y le pregunté qué pasaba con la maleta, se soltó». «Sus paparruchas me las conozco. Ni siquiera las escuchaba. Franz, no deberías dejarte embaucar por una así». «¡Te digo que se soltó! Lina, artículos, Código Civil, y cómo consiguió agenciarse una pensión por su marido muerto cuando el viejo zoquete tuvo un ataque, lo que no tiene nada que ver con la guerra. Desde cuándo tiene algo que ver un ataque de corazón con la guerra. Lo decía ella misma. Pero lo consiguió gracias a su cabeza. Ésa tiene inteligencia, gorda. Lo que quiere lo consigue, y eso es más que ganarse unos pfennig. Así demuestras quién eres. Así puedes respirar. Todavía estoy turulato, tú». «¿Sigues yendo a verla?». Franz hace un gesto con ambas manos: «Lina, vete a verla alguna vez. Quieres recoger una maleta, a las once en punto estás allí, a las doce tienes algo que hacer y a la una menos cuarto sigues estando allí. Habla, te habla y sigues sin tener la maleta, y a lo mejor te marchas sin ella. Esa sabe hablar».

Reflexiona sobre la mesa, pinta con el dedo en un charco de cerveza: «Me

voy a registrar en algún lado y a vender periódicos. Eso es interesante».

Ella sigue muda y ligeramente ofendida. Franz hace lo que quiere. Un mediodía, él está en la Rosenthaler Platz, ella le trae bocadillos y, a las doce, él se larga, le mete a ella bajo el brazo la caja con su soporte y el cartón, y va a informarse sobre los periódicos.

Un hombre de edad del Hackescher Markt, delante de la Oranienburgerstrasse, le recomienda primero que se ocupe de la educación sexual. Ahora se vende en grandes cantidades y es un buen negocio. «¿Qué es educación sexual?», pregunta Franz sin saber a qué atenerse. El de la cabeza blanca señala lo que tiene expuesto: «Mira, tú, y no preguntarás». «Son chicas desnudas, dibujadas».

«No tengo otras». Los dos, uno junto a otro, fuman en silencio. Franz se pone en pie, mira las ilustraciones de arriba abajo, suelta bocanadas, el hombre lo mira sin verlo. Franz busca su mirada: «Dime, colega, ¿te divierten esas chicas y esas ilustraciones? La

vida sonriente. Y pintan una muchacha desnuda con un gatito. Qué hace con el gatito en la escalera. Qué gracioso. ¿Te molesto, colega?». El otro suspira resignado en su silla plegable y se abisma en sí mismo: hay burros grandes como torres, como verdaderos camellos, que dan vueltas por el Hackescher Markt en pleno día y se le plantan a uno delante, cuando no está de suerte, y pegan la hebra. Como el de la cabeza blanca calla, Franz saca algunas revistas de las pinzas: «Con su permiso, colega. Cómo se llama éste, Figaro. Y éste, El matrimonio. Y éste, El matrimonio ideal. Eso es algo distinto del matrimonio. Amor de mujer[41]. Pueden adquirirse por separado. Así que se puede informar uno muy bien. Si se tiene dinero, porque es carísimo. Y tiene sus inconvenientes». «Me gustaría saber qué inconvenientes son éstos. Todo es legal. No está prohibido. Tengo autorización para vender lo que vendo y no hay ningún inconveniente. Otras cosas no las toco». «Te lo puedo decir, te lo voy a decir, mirar dibujos no es bueno. De eso te podría yo hablar. Eso corrompe a un hombre, sí señor, te estropea. Se empieza mirando dibujos y luego, cuando quieres, te quedas ahí y ya no funcionan las cosas de un modo natural». «No te entiendo, qué quieres decir. Y no escupas en las revistas, que cuestan mucho dinero, y no manosees tanto las portadas. Toma, lee: Los solteros. Hay de todo, una revista especial para ellos». «Solteros, vaya, por qué no ha de haberlos,

tampoco yo estoy casado con la polaca Lina». «Pues entonces, mira: a ver si no es verdad lo que pone, es sólo un ejemplo: querer regular la vida sexual de los cónyuges mediante un contrato y establecer al respecto deberes matrimoniales, como prescribe la Ley, es la esclavitud más abominable e indigna que imaginarse pueda. ¿Qué te parece?». «¿Cómo es eso?». «¿Tiene razón o no?».

«Nunca me ha pasado. Una mujer que exija eso de uno, vamos anda, ¿cómo es posible? ¿Puede pasar?». «Ya lo has leído». «Qué frescura. Que me vinieran a mí».

Franz lee otra vez la frase perplejo, luego se yergue y la muestra al de la cabeza blanca: «Bueno, y mira lo que dice luego: Voy a poner un ejemplo tomado de la obra de D'Annunzio, El placer, fíjate, D'Annunzio se llama ese grandísimo cerdo, un español o italiano o americano. Los pensamientos de un hombre están tan llenos de su amada lejana que, en una noche de amor con una mujer que le sirve de sustitutivo se le escapa el nombre de su verdadera amada involuntariamente. Y entonces se arma la gorda. No colega, oye, una cosa así no me la creo». «En primer lugar, dónde pone eso, enséñamelo». «Aquí. Le sirve como sustitutivo. Caucho en lugar de goma. Colinabos en vez de una buena comida. ¿Has oído alguna vez que una mujer, una chavala, sirva de sustitutivo? Se va con otra porque la suya no está en ese momento, y la otra lo nota y bueno, no tiene por qué alborotar.

Y ese español hace imprimir eso. Si yo fuera tipógrafo, no lo imprimiría». «Bueno, no te des tanta importancia, tú. No irás a creer que con tu poquitín de inteligencia puedes comprender lo que quiere decir un tío así, un verdadero escritor y. Español o italiano además, aquí, con el jaleo del Hackescher Markt».

Franz sigue leyendo: «Un gran vacío y silencio llenaron entonces su alma. Es para subirse por las paredes. Eso no hay quien se lo crea. Cómo que vacío y silencio. De eso puedo hablar tanto como ése y las chicas no serán allí distintas que en otras partes. Una vez tenía una y notó algo, una dirección en mi agenda, y qué crees: ¿que se dio cuenta de algo y se calló? eso es lo que tú te crees, no conoces a las mujeres, muchacho. Hubieras tenido que oírla. Atronó y alborotó toda la casa. Cómo gritaba. Ni siquiera podía decirle lo que pasaba en realidad. Seguía como si la estuvieran degollando. Vino la gente. Cuando estuve fuera di un suspiro de alivio». «Pero hombre, no comprendes nada, son dos cosas distintas». «¿Qué cosas?». «Cuando alguien se lleva un periódico, lo compra y se lo guarda. Si hay tonterías dentro no importa, porque lo que les interesa son las ilustraciones». El ojo izquierdo de Franz Biberkopf manifestó su desaprobación. «Y además aquí están Amor de mujer y La amistan que no dicen tonterías, sino que luchan. Sí señor, por los derechos humanos». «¿Qué les pasa?». «El artículo 175[42], por si no lo sabes». Precisamente hoy hay una conferencia en la Landsberger Strasse, en el

Alexanderpalais, en la que Franz podría oír algo sobre la injusticia que sufren diariamente en Alemania un millón de personas. Para poner los pelos de punta. El viejo le mete bajo el brazo un montón de revistas atrasadas. Franz suspiró, miró el paquete que tenía bajo el brazo; sí, seguro que iría. Qué voy a hacer allí, voy a ir de verdad, se puede hacer negocio con esas revistas. Maricones; eso es lo que me da, para que me lo lleve a casa y lo lea. La verdad es que esos chicos le dan a uno lástima, pero en realidad no me importan nada.

Se marchó muy disgustado, y el asunto le pareció tan poco claro que no dijo una palabra a Lina y aquella noche la dejó plantada. El viejo vendedor de periódicos lo metió en una pequeña sala donde casi no había más que hombres, en su mayoría muy jóvenes, y algunas mujeres, pero también en parejitas. Durante una hora, Franz no dijo palabra, pero hacía muecas tapado por su sombrero. Cuando fueron las diez no pudo aguantar ya más, tuvo que largarse, el asunto y aquella gentecilla eran demasiado raros, tanto maricón junto y él en medio, tuvo que marcharse deprisa y se fue riendo hasta la Alexanderplatz. Lo último que oyó allí dentro fue que el conferenciante hablaba de Chemnitz, donde había una Ordenanza de policía del 27 de noviembre. Los homosexuales no podían ir por la calle ni entrar en los retretes públicos y, si los pescaban, les costaba 30 marcos. Franz fue a buscar a Lina, pero

había salido con la patrona. Se echó a dormir. En sueños se rió y maldijo mucho, se peleó con un conductor estúpido que lo obligaba a dar vueltas y más vueltas a la fuente de Rolando, en la Siegesallee. Un guardia de la porra perseguía también al coche. Franz saltó por fin del auto, que dio vueltas entonces como un loco alrededor de la fuente y de él, continuando así sin cesar, y Franz estaba allí con el guardia deliberando: qué podemos hacer, está loco.

A la mañana siguiente está esperando a Lina en la taberna, como de

costumbre, y tiene con él las revistas. Quiere contarle cuánto tienen que sufrir esos muchachos lo de Chemnitz y el artículo de los 30 marcos, aunque eso no es

asunto suyo y que se las arreglen ellos con su artículo, lo mismo podría venir Meck y pedirle que hiciera algo por los tratantes de ganado. No, quiere estar tranquilo, que lo dejen en paz.

Lina se da cuenta en seguida de que él ha dormido mal. Entonces él empuja hacia ella titubeando las revistas, con las ilustraciones hacia arriba. Lina se lleva la mano a la boca horrorizada. Él empieza a hablar otra vez del intelecto. Busca la mancha de cerveza de ayer en la mesa, pero no está. Ella se aparta de él: a ver si va a ser como esos de los periódicos. No lo entiende, hasta ahora no era así. Él pierde el tiempo, traza líneas con el dedo seco

sobre la madera blanca, entonces ella coge todo el paquete de periódicos de la mesa y lo tira sobre el banco, se levanta y se queda allí como una ménade, los dos se miran, él desde abajo, como un chico pequeño, y ella se va. Él se queda con sus periódicos y puede meditar sobre los maricones.

Un calvo sale una tarde a pasear y encuentra en el Tiergarten a un hermoso joven que le da en seguida el brazo, dan un bonito paseo de una hora y entonces el calvo siente el deseo, o el impulso o la concupiscencia, enorme, repentina, de ser muy amable con el joven. Está casado, ha notado eso ya otras veces, pero ahora va de veras, es maravilloso. «Eres mi rayo de sol, eres mi tesoro».

Y el joven es tan delicado. Que pueda haber algo así. «Ven, vamos a un hotelito. Me regalas cinco o diez marcos, estoy sin un céntimo». «Lo que quieras, sol mío». Le regala el billetero entero. Que pueda existir algo así. Eso es lo más bonito de todo.

Pero en la habitación hay agujeros en la puerta para mirar. El dueño ve algo y llama a la dueña, que también ve algo. Y luego dicen que eso no lo toleran en su hotel, que lo han visto, que no lo

pueden negar. Y que no lo tolerarán nunca y que debería avergonzarse de seducir jovencitos, lo van a denunciar. Un criado y una camarera vienen también y sonrían maliciosamente. Al día siguiente, el calvo se compra dos botellas de Asbach superañojo, emprende un viaje de negocios y quiere ir a Heligolandia para tirarse al agua borracho. Y efectivamente se emborracha y se embarca, pero dos días después vuelve a casita, donde no ha pasado nada.

No pasa absolutamente nada en todo el mes, en todo el año. Sólo pasa una

cosa: hereda 3.000 dólares de un tío de América y puede permitirse algunas cosas. Y un día, cuando está en la playa, su mujercita tiene que firmar una citación judicial. Ella la abre y allí pone todo lo de los agujeros y el billetero y el amable joven. Y cuando el calvo vuelve de sus vacaciones, todo el mundo llora, mamá y las dos hijas mayores. Él lee la citación, todo eso no es cierto ya, es la burocracia del tiempo de Carlomagno que ahora le ha tocado a él, pero sí que es cierto. «Señor juez, ¿qué he hecho yo? No he dado ningún escándalo. He entrado en una habitación y me he encerrado. ¿Qué culpa tengo de que ellos hagan agujeros en la puerta? Y no pasó nada reprochable». El joven lo confirma.

«¿Qué he hecho entonces?». El calvo llora en su abrigo de piel: «¿He cometido un robo? ¿He asaltado una casa ajena? Sólo he

asaltado el corazón de un ser bueno. Yo lo llamé mi rayo de sol. Y lo era».

Sale absuelto. En su casa siguen llorando.

«La flauta mágica», sala de baile, con salón americano en la planta baja. Casino oriental, disponible para fiestas privadas. ¿Qué puedo regalarle a mi amiga para Navidades? Travestidos, después de experimentos de muchos años he encontrado un remedio radical contra la barba, incluidas las raíces.

Cualquier parte del cuerpo puede ser depilada. Al mismo tiempo he descubierto la forma de conseguir, en tiempo increíblemente breve, un verdadero pecho femenino. Sin medicamentos, un remedio inofensivo absolutamente seguro. Yo mismo soy la prueba. Amor libre en toda la línea...

Un cielo estrellado miraba las oscuras moradas de los hombres. El castillo de Kerkauen dormía en medio de la profunda calma nocturna. Pero una mujer de cabellos rubios hundía la cabeza en su almohada sin poder conciliar el sueño. Mañana, mañana ya la abandonará su amado, el amadísimo de su corazón. Un susurro atravesó (recorrió) la noche tenebrosa, impenetrable (oscura): Gisa, quédate conmigo, quédate conmigo (no te vayas, no te marches, no te caigas, siéntate por favor). No me abandones. Pero el desolado silencio no tenía oídos ni corazón (ni pies ni narices). Y al otro lado, separada sólo por unos muros, estaba echada una

mujer delgada y pálida, con los ojos abiertos. Sus cabellos densos y oscuros yacían en desorden sobre la seda del lecho (el castillo de Kerkauen es famoso por sus lechos de seda). Se estremecía de escalofríos. Sus dientes castañeteaban, como en un ambiente helado, punto. Sin embargo, no se movía, coma, no estrechaba las mantas contra su cuerpo, punto. Sus manos finas y heladas (como en un ambiente helado, escalofríos, mujer delgada, con los ojos abiertos, famosos lechos de seda) yacían inertes, punto. Sus ojos brillantes erraban trémulos en la oscuridad y sus labios temblaban, dos puntos, comillas, Leonor, puntos suspensivos, puntos suspensivos, Leonor, puntos suspensivos, comillas, comidillas, cotillas[43].

«Que no, Franz, que no vuelvo contigo. Te he borrado de mi lista. Esfúmate».

«Vamos, Lina, le devolveré esa porquería». Y cuando Franz se quitó el sombrero y lo puso en la cómoda —estaban en la habitación de ella— haciendo hacia Lina algunos avances persuasivos, ella le arañó primero una mano y lloró, y luego salió con Franz. Cada uno

cogió la mitad de las dudosas revistas y se acercaron al frente de batalla, en la línea Rosenthaler Strasse, Neue Schönhauser Strasse, Hackescher Markt.

En el campo de batalla, Lina, cordial, desastrada, pequeña, mal lavada y llorosa, lanzó un ataque por su cuenta al estilo Príncipe de Homburgo[44]: ¡Mi noble tío Friedrich von der Mark! ¡Natalie! ¡Dejad, dejad! ¡Oh Dios de los cielos, ahora está perdido, no importa, no importa! Como sin vacilar, a todo correr hacia el puesto del de la cabeza blanca. Entonces Franz Biberkopf, noble mártir, resolvió permanecer en reta guardia. Se mantuvo retaguardado ante el estanco de Schröder, importación y exportación, y observó desde allí, ligeramente estorbado por la niebla, los tranvías y los transeúntes, el desarrollo de la operación emprendida. Los héroes habían trabado, metafóricamente, combate. Tanteaban sus debilidades y puntos flacos. Lina Przyballa, de Cernowitz, única hija legítima —después de dos partos prematuros de dos criaturas sólo logradas a medias, que hubieran debido llamarse también Lina— del campesino Stanislaus Przyballa, arrojó el paquete de periódicos con sal y pimienta. El resto se perdió en el estrépito del tráfico callejero. «¡Qué tía, qué tía!», gemía admirado el alegremente impedido mártir Franz. Se aproximó, como fuerza de reserva, al centro de las operaciones. La señorita Lina Przyballa,

desastrada pero feliz, le sonreía ya, heroína y vencedora, desde la tasca de Ernst Kummerlich, y le gritó: «¡Ya lo tiene, Franz!».

Franz lo sabía ya. Dentro del local, ella, sin perder tiempo, se dejó ir contra

la parte del cuerpo de él que creía su corazón, pero que, por debajo de su camisa

de lana, era más exactamente su esternón y el lóbulo superior de su pulmón izquierdo. Cuando se tomó su primer copazo de Gilka[45], ella dijo triunfante: «Y ahora que recoja esa porquería de la calle».

Ahora, oh inmortalidad, eres todo mío, amor, qué resplandor se extiende, salve, salve, Príncipe de Homburgo, vencedor de la batalla de Fehrbellin, ¡salve! (Damas de la corte, oficiales y antorchas aparecen en la rampa del palacio).

«Otro Gilka».

Hasenheide, Nuevo Mundo[46], si no es una cosa será la otra, no hay que hacerse la vida más difícil de lo que es

Y Franz está con la señorita Lina Przyballa en su habitación, y le dice riendo:

«Lina, ¿tú sabes lo que es una echadora?». Le da un empujoncito. Ella lo mira con los ojos muy abiertos: «Claro, la Fölsch es una echadora, que mira las cartas y te dice el porvenir». «Nada de eso. Si tú me das un empujón y me tiras sobre el sofá eres una echadora, y si te lo doy yo a ti el echador soy yo». «Sí, eso es lo que tú quisieras». Da un grito.

Y una vez más, una vez más, lari lari tala, vamos a cantar, vamos a cantar, Iaralá. Y una vez más, una vez más, vamos a cantar, a cantar.

Y se levantan del sofá —no estará usted enfermo, señor, porque de otro modo tendría que ver al doctor— y se encaminan alegremente hacia la Hasenheide, al Nuevo Mundo, donde hay mucha animación, arden las fogatas y hay un concurso de buenas pantorrillas. Los músicos se sientan en el escenario, con trajes tiroleses. Suavemente empieza: «Bebe, hermano, bebe, deja tus penas en casa, olvida disgustos y olvida el dolor, tendrás una vida mejor, olvida disgustos y olvida el dolor, tendrás una vida mejor».

Y a uno se le iban los pies, con cada compás, y la gente sonreía satisfecha

entre los jarros de cerveza y movía los brazos con ritmo: «Sopla, hermano, sopla, deja tus penas en casa, sopla, hermano, sopla, deja tus penas en casa, olvida disgustos y olvida el dolor, tendrás una vida mejor»[47].

Charlie Chaplin en persona apareció, susurró algo en alemán nororiental, se

contoneó allá arriba, en la balaustrada, con sus pantalones anchos y sus enormes zapatos, cogió a una señora no demasiado joven por una pierna y se lanzó con

ella por el tobogán. Numerosas familias se ponían perdidas comiendo en torno a una mesa. Por 50 pfennig puedes comprarte un palo largo con serpentinas de papel y entablar por su mediación toda clase de relaciones, el cuello es sensible, las corvas también, luego se levanta la pierna y se da media vuelta. ¿Quién hay aquí? Civiles de ambos sexos, y luego un puñado de militares con acompañante. Bebe, hermano, bebe, deja tus penas en casa.

Se fuma a todo pasto, nubes de pipas, puros y pitillos que se elevan en el aire, llenando de niebla todo el inmenso local. El humo, cuando nota que hay demasiado humo, trata de escapar por arriba gracias a su poco peso, y encuentra efectivamente grietas,

agujeros y ventiladores dispuestos a ayudarlo. Fuera, sin embargo, fuera es noche oscura y hace frío. Entonces el humo lamenta su ligereza, se rebela contra su propia constitución, pero no puede volver atrás porque los ventiladores giran en un solo sentido.

Demasiado tarde. Está cercado por las leyes de la Física. El humo no sabe lo que le pasa, se coge la frente pero no tiene frente, quiere pensar y no puede. El viento, el frío y la noche se apoderan de él y no se le ve más[48].

Dos parejas sentadas a una mesa observan a los que pasan. El señor vestido

de sal y pimienta inclina su rostro mostachudo sobre el pecho evidente de una gorda morena. Sus tiernos corazones tiemblan, sus narices aletean, la de él, sobre el pecho de ella, la de ella, sobre su nuca llena de brillantina.

A su lado ríe una a cuadros amarillos. Su acompañante rodea su silla con el brazo. Ella tiene dientes salientes, monóculo, el ojo izquierdo como apagado, sonrío, echa bocanadas, sacude la cabeza: «Qué cosas preguntas». Una chiquita de rubio cabello ondulado se sienta en la mesa de al lado o, mejor, cubre con su muy desarrollado pero velado trasero la plancha de hierro de un taburete bajo de jardín. Habla gangosamente y, bajo el efecto de un filete y tres vasos de cerveza rubia, tararea feliz siguiendo la música. Parlotea y parlotea, apoya la cabeza en el cuello de él, el cuello del segundo montador de una empresa de Neukölln, de

quien esta chiquita es la cuarta conquista del año, en tanto que él, por el contrario, es la décima conquista de ella o, mejor dicho, la undécima si se cuenta a un primo carnal, que es su novio formal. Ella abre mucho los ojos, porque allí arriba Chaplin puede caerse en cualquier momento. El montador tiende las manos hacia el tobogán donde también está pasando lo suyo. Encargan rosquillas saladas.

Un señor de 36 años, copropietario de una pequeña tienda de comestibles, se compra seis grandes globos de 50 pfennig y los va soltando uno tras otro en el pasillo, delante de la orquesta, con lo que, a falta de otros atractivos, consigue llamar la atención de muchachas, señoras, vírgenes, viudas, divorciadas, infieles y adúlteras, que pasean solas o en parejas, y encontrar fácilmente compañía. En el pasillo de comunicación se levantan pesos por 20 pfennig. Ojeada al porvenir; tóquese ligeramente con el dedo, bien humedecido, el preparado químico del círculo que hay entre los dos corazones, frótese con él la hoja blanca superior, y aparecerá la imagen de su futuro. Desde niño sigue usted el camino recto. Su corazón no conoce la falsedad, y sin embargo se da cuenta, con gran sensibilidad, de cualquier acechanza de sus malos amigos. Siga usted confiando en sí mismo, porque su estrella, bajo cuya luz vino usted al mundo, seguirá siendo su guía constante y lo ayudará a encontrar la pareja que hará su felicidad completa. Esa pareja, en la que

puede confiar, tiene su mismo carácter. Su cortejo no será impetuoso, pero precisamente por eso su tranquila felicidad a su lado será más duradera.

Cerca del guardarropa, en un salón lateral, otra orquesta tocaba desde la galería. Los de esa orquesta llevaban chalecos rojos y no paraban de gritar que no tenían nada que beber. Abajo había un hombre corpulento, vestido de levita, con aspecto de buena persona. Tenía una extraña gorra de papel a rayas y, mientras cantaba, trataba de ponerse en el ojal un clavel de papel, lo que, sin embargo, no conseguía como consecuencia de ocho cervezas, dos ponches y cuatro coñacs. Cantó en medio del tumulto de la orquesta y luego se marcó un vals con una vieja monstruosamente desbordante, con la que trazó anchos círculos, como un carrusel. Al bailar, la vieja se desparramó aún más, pero tuvo instinto suficiente para dejarse caer en tres sillas poco antes de la explosión.

Franz Biberkopf y el hombre de la levita se encontraron en una pausa bajo la

veranda desde la que la orquesta pedía cerveza a gritos. Y un brillante ojo azul miró fijamente a Franz, luna propicia, vagas tranquila[49], el otro ojo era ciego, levantaron sus blancos jarros de cerveza y el inválido graznó: «Eres también uno de esos traidores, los otros están en su pesebre». Tragó saliva: «No me

mires tanto a los ojos, mírame a mí, ¿dónde hiciste el servicio militar?».

Bebieron a su salud, toque de la orquesta, no tenemos nada que beber, nada que beber. Oigan, a ver si acaban, hijos, tranquilidad, siempre tranquilidad, un

brindis, un brindis por la tranquilidad. «¿Eres alemán, eres alemán de veras?

¿Cómo te llamas?». «Franz Biberkopf Gorda, éste no me conoce».

El inválido murmuró algo con la mano en la boca, eructó: «Eres alemán, con la mano en el corazón. No te vayas con los rojos, si no, serás un traidor. El que es traidor no puede ser amigo mío». «Los polacos, los franceses, la Patria por la que derramamos nuestra sangre, ése es el agradecimiento de la Nación». Luego se recuperó y siguió bailando con la espaciosa vieja que, entretanto, se había recompuesto, siempre viejos valeses, cualquiera que fuese la música. Hizo eses y buscó algo. Franz gritó: «Aquí». Lina fue a por él y entonces el otro bailó con Lina, cogido de su brazo se presentó ante Franz en el bar: «Disculpe, con quién tengo el gusto, el honor. Su gracia, por favor». Bebe, hermano, bebe, deja tus penas en casa, olvida disgustos y olvida el dolor, tendrás una vida mejor.

Dos manos de cerdo, una de chacina, la señora había pedido rábanos

picantes, el guardarropa, bueno, dónde han dejado las cosas, hay dos guardarropas, ¿deben llevar alianzas quienes se encuentran en prisión provisional? Yo estimo que no. Lo del club de remo duró hasta las cuatro. Esas carreteras para automóviles no pueden ser peores, botas hasta el techo del coche y te puedes dar un baño si quieres.

El inválido y Franz están abrazados en el bar: «Lo que te puedo decir, tú, es que me han rebajado la pensión, me voy a ir con los rojos. Quien nos echa del Paraíso con una espada de fuego es el arcángel, y ya no podemos volver. Cuando estábamos allá arriba, en Hartmannsweilerkopf[50], le digo a mi capitán, que es de Stargard como yo». «¿Storkow?». «No, Stargard. Ahora he perdido el clavel, no, ahí está». Quien a orillas del mar ha besado, escuchando el rumor de las olas, ése sabe lo que es más sagrado y ha encontrado el amor sólo a solas.

Franz vende ahora periódicos nacionalistas. No es que tenga nada contra los judíos, pero es partidario de la ley y el orden. Porque en el Paraíso deben imperar la Ley y el Orden, eso lo entiende cualquiera. Y el Casco de Acero[51], ha visto a esos muchachos, y

a sus jefes también, y son alguien. Se coloca en la salida del metro de la Potsdamer Platz, en el pasaje de la Friedrichstrasse, estación de Alexanderplatz. Opina lo mismo que el inválido del Nuevo Mundo, el tuerto, el de la señora gorda.

Al pueblo alemán, el primer domingo de Adviento: ¡Destruid de una vez vuestras ilusiones y castigad a los que os arrullan con su charlatanería! Entonces llegará el día en que la verdad surgirá del campo de batalla, con su espada justiciera y su escudo resplandeciente, para derrotar a sus enemigos.

«Mientras sé escriben estas líneas, se desarrolla el juicio contra los

Caballeros de la Bandera del Imperio[52], a los que una superioridad numérica de

15 o 20 contra uno permitió expresar su programa pacifista y sus valerosas convicciones de tal forma que atacaron a un puñado de nacionalsocialistas, los golpearon, y mataron de la forma más brutal a nuestro compañero Hirschmann. Hasta de las declaraciones de los acusados, a los que la Ley permite mentir y el partido probablemente se lo ordena, se desprende que actuaron con una brutalidad premeditada que revela claramente el sistema en que se basan».

«El verdadero federalismo es el antisemitismo, luchar contra los judíos es luchar también por la autonomía de Baviera. Mucho

antes de comenzar, la gran Mathäser Festsaal estaba totalmente llena y el público seguía llegando. Hasta la apertura de la sesión, nuestra garbosa orquesta amenizó la reunión interpretando con brío alegres marchas militares y melodías. A las ocho y media, el compañero Oberlehrer abrió la sesión con un cordial saludo y dio la palabra luego al compañero Walter Ammer»[53].

En la Elsasser Strasse, los compadres se mueren de risa cuando él, al

mediodía, entra en la taberna, con el brazal previsoramente metido en el bolsillo, pero ellos se lo sacan. Franz los aparta.

Le dice al joven cerrajero sin trabajo, que deja asombrado su gran vaso de cerveza: «Así que te ríes de mí, ¿se puede saber por qué? ¿Porque estás casado? Tienes veintiún años y tu mujer dieciocho, y ¿qué has visto de la vida? Nada de nada. Te voy a decir una cosa, Richard, si hablamos de chicas, como tienes un niño, te daré la razón por el mocoso. ¿Pero en otras cosas? Vamos, anda».

El afilador Georg Dreske, de 39 años, ahora despedido, agita el brazal de

Franz. «Fíjate en el brazal, Orge, míralo bien, no hay nada en él que no se pueda aceptar. Yo también armé jaleo por ahí fuera, hombre, igual que tú, lo hice también y qué pasó luego. Porque tenga una sortija roja, o dorada, o negra, blanca y roja no sabe un puro mejor[54]. Lo que importa es el tabaco, amigo, la hoja de arriba,

la hoja de abajo y bien liado y seco y de dónde. Te lo digo yo. Qué hicimos nosotros, Orge, dile».

El otro deja tranquilamente el brazal sobre el mostrador, delante de él, se traga su cerveza, habla titubeando mucho, tartamudea a veces y se remoja el gaznate con frecuencia: «Sólo puedo mirarte, Franz, y sólo puedo decirte que te conozco hace ya tiempo, de Arras y de Kowno, y que te han liado». «¿Lo dices por el brazal?». «Y por todo. No te metas en eso. ¿Qué necesidad tienes de andar así por ahí?».

Franz se pone en pie y aparta al joven cerrajero Richard Werner, con su camisa verde de cuello abierto, precisamente cuando éste quería preguntarle algo: «No, no, Richardchen, tú eres un alma de Dios, pero éstas son cosas de hombres. Porque puedas votar no puedes meterte en una conversación entre Orge y yo, ni mucho menos». Luego se queda pensativo junto al afilador, ante el mostrador, y el tabernero, con su gran mandil azul, está frente a ellos, mirándolos atentamente, delante de las botellas de coñac, con sus manos regordetas en el fregadero. «Bueno, Orge, ¿qué pasa con Arras?». «¿Qué va a pasar? Lo sabes muy bien. Y por qué te escapaste. Y ahora el brazal. Mira, Franz, preferiría ahorcarme con él. A ti te han liado bien».

Franz tiene la mirada muy firme y no aparta los ojos del afilador, que tartamudea y sacude la cabeza: «Quiero saber qué pasó en Arras. Lo vamos a aclarar. ¡Si es que estuviste en Arras!».

loco, Franz, no hubiera debido decir nada, debes de estar trompa». Franz espera, piensa, ya lo arreglaré yo, hace como si no comprendiera, se las quiere dar de listo. «Pues claro que sí, Orge, claro que estuvimos en Arras, con Arthur Böse y Bluhm y el pequeño teniente de cuchara, cómo se llamaba, tenía un nombre muy raro». «Se me ha olvidado». Déjalo que hable, está trompa, los otros se dan cuenta también. «Espera, cómo se llamaba, Bista o Biskra o algo así, aquel pequeño». Déjalo hablar, yo no digo nada, ya se atascará y dejará de hablar. «Sí, los conocemos a todos. Pero no quiero decir eso. Dónde estuvimos después, en Arras, cuando todo había terminado, después del 18, cuando empezó el otro jaleo, aquí en Berlín y en Halle y en Kiel y en...».[55].

Georg Dreske lo rechazó decidido, me resulta demasiado idiota, para oír esas

bobadas no vengo a la taberna: «No, acaba ya, me voy.

Cuéntaselo al pequeño Richard. Ven, Richard». «Cómo presume conmigo el Señor Barón. Ahora sólo trata con barones. Que un señor tan distinguido siga viniendo a la tasca con nosotros». Unos ojos claros en los inquietos de Dreske: «Eso es lo que quiero

decir, eso mismo, Orge, dónde estábamos en Arras después del 18, artillería de campaña o infantería o antiaéreos o radiotelegrafistas o zapadores o lo que quieras. ¿Dónde estábamos luego, cuando vino la paz?». Ahora caigo, espera, chaval, no deberías tocar ese tema. «Deja que me acabe

tranquilamente la cerveza, y tú, Franzeken, mira en tus papeles, si es que los llevas encima, dónde estuviste después, si corriste o no corriste y si estuviste sentado o de pie. Un comerciante debe llevar siempre encima sus papeles». Ahora sí que me han entendido, seguro que sí, y no lo vas a olvidar. Ojos tranquilos en los astutos de Dreske: «Cuatro años después del 18 estuve yo en Berlín. La guerra entera no había durado antes más, no es verdad, andaba por ahí y tú andabas por ahí, y aquí éste, Ricardo, estaba aún agarrado a las faldas de su mamá. Bueno, ¿y notamos algo como consecuencia de Arras, lo notaste tú? Tuvimos inflación, billetes, millones, millones de millones, y nada de carne, nada de mantequilla, peor que antes, eso lo notamos todos, también tú, Orge, y qué quedaba de Arras, lo podías contar con los dedos de una mano. No quedaba nada, ¿dónde estaba? Sólo andábamos por ahí, robándoles patatas a los campesinos».

¿Revolución? Desatornilla el mástil, guarda la bandera en su funda de hule y mételo todo en el armario ropero. Dile a tu madre que te traiga las zapatillas y quítate la corbata roja. La Revolución la hacéis siempre de boquilla, vuestra República... ¡es un accidente de trabajo!

Dreske piensa: este compadre es peligroso. Richard Werner, el joven bobo, abre otra vez el pico: «Eso es lo que hubieras querido y lo que querrías sin duda, Franz, que hiciéramos otra guerra, eso quisierais echarnos sobre las espaldas. Alegrementemente

derrotaremos a Francia. Pero se te ve el culo». Franz piensa: ése es un mono, un mulato, paraíso de los negros, ése sólo ha visto la guerra en el cine, un estacazo en la cabeza y a doblarla.

El tabernero se seca las manos en su mandil azul. Delante de los vasos

limpios hay un prospecto verde, el tabernero resopla fuertemente mientras lee:

¡El torrefacto Kehrwieder, seleccionado a mano, es insuperable! Café popular (granos de segunda calidad y torrefacto). Café puro sin moler, 2,29, Santos puro garantizado, mezcla familiar Santos superior, fuerte y económico, mezcla fuerte Van Campina, sabor puro, mezcla México exquisita, café de plantación muy barato, 3,75, envíos por ferrocarril a partir de 36 libras de mercancías variadas. Una abeja, una avispa, un moscardón describe círculos en el techo junto al cañón

de la estufa, un perfecto milagro de la Naturaleza en invierno. Sus compañeros de raza, sus compañeros de especie, tradiciones y familia han muerto, están muertos ya o todavía no han nacido; ésta es la edad glacial que el moscardón resiste, sin saber cómo ni por qué precisamente él. La luz del sol, sin embargo, que cubre silenciosamente las mesas delanteras y el suelo, dividida en dos masas claras por el anuncio: «Löwenbräu Patzenhofer», es antiquísima y, mirándola, todo lo demás parece perecedero y sin

importancia. Viene desde x millas, ha pasado junto a la estrella y, brilla desde hace millones de años, mucho antes de Nabucodonosor, antes de Adán y Eva, antes del ictiosaurio, y ahora brilla en la pequeña cervecería a través del cristal de la ventana, es partida en dos por un anuncio de hojalata:

«Löwenbräu Patzenhofer», se extiende por las mesas y el suelo, avanza imperceptiblemente. Se extiende sobre ellas y ellas lo saben. Es alígera, ligera, ligerísima, del cielo he bajado[56].

Sin embargo, dos grandes animales adultos envueltos en telas, dos seres

humanos, hombres, Franz Biberkopf y Georg Dreske, un vendedor de periódicos y un afilador despedido, están junto al mostrador, se sostienen verticalmente sobre sus extremidades inferiores, metidas en pantalones, se apoyan en la madera con los brazos, introducidos en gruesos tubos de abrigo. Cada uno de ellos piensa, observa y siente, cada uno en forma distinta.

«Eso es lo que tienes que comprender, y que no se te olvide, que Arras nunca existió, Orge. No hicimos nada, nosotros, tenemos que confesarlo. Ni vosotros ni los que estuvieron allí. No había disciplina, nadie mandaba, siempre los unos contra los otros. Me largué de las trincheras y tú conmigo y luego también Ose. Y aquí en casa, cuando empezó el jaleo, ¿quién se largó? Todos sin dejar uno. No quedó nadie, tú lo has visto, quizá un puñado, mil, te los regalo». Eso es lo que le pasa y por eso es tan bruto y se deja

engatusar. «Porque nos traicionaron, Franz, el 18 y el 19, los mandamases, y mataron a Rosa y a Karl Liebknecht[57]. La gente hubiera debido unirse y hacer algo. Fíjate en Rusia, Lenin, ahí aguantan, eso es cemento. Pero hay que tener paciencia». Tiene que correr la sangre, tiene que correr la sangre, tienen que correr ríos de sangre.[58] «Me da igual. A fuerza de paciencia, el mundo se va al diablo y tú con él. En una engañifa así no pico otra vez. A las pruebas me remito: no lo hicieron y eso me basta. No hicieron lo más mínimo, ni una batalla como la de Hartmannsweilerkopf, de la que siempre me habla un tío, el inválido que estaba ahí arriba, no lo conoces, ni siquiera. Y por eso...».

Franz se levanta, coge su brazal de la mesa, se lo mete en la cazadora y, mientras vuelve lentamente a la mesa, bracea horizontalmente con el izquierdo:

«Y por eso te digo lo que siempre te he dicho, entiendes, Krause, y que no se te olvide tampoco, Richard: no vais a lograr nada con lo vuestro. De ese modo no. No sé si lograrán algo estos del brazalete. Tampoco lo digo, pero ésa es otra historia. Paz en la tierra, como suele decirse, y santas pascuas. Y el que quiera trabajar que trabaje, y nosotros por encima de esas memeces».

Y se sienta en el alféizar de la ventana, frotándose la mejilla, parpadea mirando al iluminado local y se saca un pelo de la oreja. El tranvía chirría a la vuelta de la esquina, número 9, Ostring,

Hermannplatz, Wildenbruchplatz, Bahnhof Treptow, Warschauer Brücke, Baltenplatz, Kniprodestrasse, Schönhauser Allee, Stettiner Bahnhof, Hedwigkirche, Hallesches Tor, Hermannplatz. El tabernero se apoya en el grifo de latón de la cerveza, chupa y hurga con la lengua en su nuevo empaste de la mandíbula inferior, que sabe a farmacia, la pequeña Emilie tiene que ir otra vez este verano al campo o a Zinnowitz, a la colonia escolar; esa niña está otra vez debilucha, los ojos del tabernero tropiezan de nuevo con el prospecto verde, que está torcido, lo pone derecho, hay algo inquietante en ello, no puede ver nada torcido. Arenques Bismarck de primera calidad en salsa picante, carne tierna sin espinas, arenques en vinagre de primera calidad en salsa picante, tiernos y con pepinillos, arenques en gelatina, grandes trozos, peces tiernos, arenques asados.

Las palabras, ondas sonoras, ondas ruidosas, cargadas de contenido, flotan de un lado a otro del local, saliendo de la garganta de Dreske, el tartamudo, que sonríe mirando al suelo: «Pues entonces, Franz, mucha suerte en tu nueva vida, como dicen los curas. Así pues, cuando vayamos todos en enero a Friedrichsfelde, a visitar las tumbas de Karl y de Rosa, tú no vendrás como otras veces». Que siga tartamudeando, yo me voy a vender periódicos.

El tabernero le sonríe a Franze cuando se quedan solos. El estira

cómodamente las piernas bajo la mesa: «¿Por qué cree usted, Henschke, que se escapan éstos? ¿Por el brazal? ¿Irán a buscar refuerzos?» ese no para. Todavía lo echarán a patadas de aquí. Tiene que correr la sangre, tiene que correr la sangre, tienen que correr ríos de sangre.

El tabernero prueba el sabor de su empaste, hay que poner el jilguero más

cerca de la ventana, un animalito así necesita un poco de luz. Franz le ayuda, clava un clavo detrás del mostrador, el posadero trae de la otra pared la jaula con el aleteante pajarillo: «Hoy está realmente oscuro. Las casas son demasiado altas». Franz está subido en la silla, cuelga la jaula, se baja, silba, levanta el índice, susurra: «Que nadie se acerque. Ya se acostumbrará. Es un jilguero, una hembra». Los dos se quedan callados, asienten, levantan los ojos y sonríen.

Franz es un hombre con clase, sabe lo que se debe a sí mismo

Efectivamente, a la noche echan a Franz de la taberna de Henschke. Entra solito a las nueve, mira al pájaro, que tiene ya la cabeza bajo el ala y está en un rincón, en su percha, que un animalito así no se caiga mientras duerme; Franz le cuchichea al tabernero: «Qué le parece el pajarito, se duerme con todo este alboroto, qué le parece, es formidable, debe de estar muy cansado, ¿le sentará bien este humazo, con unos pulmones tan pequeñitos?». «Nunca ha conocido otra cosa, aquí en la taberna siempre hay humo, hoy no hay mucho todavía».

Franz se sienta: «Bueno, hoy no voy a fumar, para que no se cargue demasiado, y luego podemos abrir un rato, no creo que haya corriente». Georg Dreske, el joven Richard y otros tres se sientan enfrente, a otra mesa. A dos de ellos no los conoce Franz. No hay más personas en el local. Cuando Franz entró, había mucho jaleo, voces e insultos. En seguida, en cuanto él entró, bajaron la voz, y los dos nuevos miran a Franz con frecuencia, se inclinan sobre la mesa, se echan luego con insolencia hacia atrás y brindan. Unos ojos de mujer, vasos llenos por doquier, no hace falta más motivo, más razón para beber. Henschke, el tabernero de la calva, enreda con el grifo de la cerveza y el fregadero, no sale afuera como otras veces, siempre encuentra algo que lo entretenga.

Entonces, de pronto, la conversación de la mesa de al lado sube de tono, uno

de los nuevos lleva la voz cantante. Quiere cantar, hay demasiado silencio, ni siquiera un pianista; Henschke le grita: «Para quién, el negocio no da para eso». Franz ya sabe lo que el otro va a cantar, «La Internacional» o «Hermanos, hacia la luz, hacia la libertad»[59]; a menos que hayan renovado el repertorio. Ya empiezan. Los de enfrente cantan «La Internacional».

Franz mastica y piensa: lo hacen por mí. Allá ellos, con tal de que no fumen

tanto. Cuando cantan no fuman, que es lo que perjudica al animalito. No hubiera creído que el viejo Georg Dreske pudiera sentarse con semejantes pipiolos y no acercárseme siquiera. Un viejo pellejo, está casado, un pellejo honrado, y se sienta con esos mocosos para oír sus cacareos. Uno de los nuevos le grita:

«¿Qué, qué le ha parecido la canción?». «¿A mí? Bien. Tenéis buena voz».

«Puedes cantar con nosotros». «Prefiero comer. Cuando acabe de comer, cantaré con vosotros o cantaré solo». «De acuerdo».

Siguen hablando, Franz come y bebe tranquilamente, piensa en Lina y en el pajarito que no se cae cuando está dormido, y mira al frente, para ver quién está fumando en pipa. Hoy ha hecho buen negocio, pero qué frío hacía. Enfrente siempre hay alguno que lo mira comer. Deben de tener miedo de que me atragante.

Una vez había un hombre que se comió una salchicha, la cual, cuando estaba en el estómago, recordó algo y volvió a subir a su garganta para decir: ¡no tenía mostaza! Y volvió a bajar definitivamente. Eso es lo que hace un bocadillo de salchicha bien nacido. Y cuando Franz ha terminado y se está bebiendo su cerveza, el del otro lado le grita en efecto: «Bueno, qué pasa, compañero, ¿no vas a cantar algo?». Ésos quieren formar un orfeón, podríamos cobrar la entrada, mientras canten no fuman. Y Franz piensa, mientras se limpia la nariz, le gotea a uno cuando entra en un sitio caliente, sonarse no sirve de nada, piensa en dónde estará Lina, y si puedo permitirme otras salchichas, estoy engordando demasiado, qué puedo cantarles a éstos, no saben nada de la vida, pero lo prometido es deuda. Y de pronto le pasa por la cabeza una frase, un verso, es un poema que aprendió en la cárcel, lo recitaban a menudo, iba de celda en celda. En ese momento se queda abstraído, ha abatido la cabeza, caliente y roja por el calor, está serio y pensativo. Con la mano en el vaso, dice: «Sé una poesía que aprendí en la cárcel, es de un preso que se llamaba, espera, cómo se llamaba, Dohms».

Así se llamaba. Ya está fuera, pero es una poesía muy bonita. Y Franz se

sienta solo a su mesa, Henschke se queda detrás de su fregadero y los otros escuchan, no entra nadie, la estufa de hierro cruje. Franz, con la cabeza apoyada en la mano, recita una poesía que

hizo Dohms, y allí están la celda, el patio, los puede soportar, qué muchachos estarán ahora allí; ahora es ya él mismo quien pasea por el patio, eso es más de lo que pueden hacer todos éstos, qué saben ellos de la vida.

Dice: «Si quieres, hombre, en el mundo, no ser un sujeto inmundo, no tengas prisa en nacer ni dejes que, sin querer, te saque la comadrona. ¡El mundo es una encerrona! Puedes creer al poeta, que muchas veces se inquieta y en buenos líos se mete. Robado al Fausto de Goethe: el hombre sólo es fraterno si está en el claustro materno...[60]. Y luego está el padre estado para hacerte desdichado. Él te impone coacciones con leyes y prohibiciones, lo que le importa es que pagues y, acaso, que no te embriagues. Así vives oprimido y completamente hundido, y si intentas olvidar lo que tienes que aguantar, con tu vino o tu cerveza, te da dolor de cabeza. Y entonces llegan los años y acaban con tus redaños, te rechinan las junturas y andar despacio procuras, la cabeza te flojea sin tener ninguna idea... Y así, de golpe y porrazo, has doblado el espinazo y te han dado ya el zarpazo. En fin, como despedida: ¿qué es el hombre?, ¿qué es la vida? Ya nuestro Schiller decía: «No es ninguna gollería»[61]. Yo te digo, sin embargo, que es un trago muy amargo: el palo de un gallinero, para no ser muy grosero».

Todos están callados. Tras una pausa, Franz dice: «Sí, la hizo él, era de Hannover, pero no se me ha olvidado. Bonita, ¿no? Para toda la vida, aunque sea amarga».

Desde el otro lado se oye: «Está bien, apréndete eso del estado, del padre estado, de ese estado que te trata como a un niño. Pero con aprendértelo de memoria, compañero, no se consigue nada». Franz tiene todavía la cabeza apoyada en la mano, la poesía sigue allí: «Sí, ellos no tienen ostras ni caviar, y nosotros tampoco. Hay que ganarse el pan y los pobres diablos deben pasarlo mal. Hay que alegrarse de tener un par de piernas y de estar fuera». Los del otro lado siguen lanzando andanadas, a ver si se despierta este tipo: «El pan se puede ganar de muchas maneras. En Rusia había antes chivatos que ganaban mucho dinero». El otro nuevo vocifera: «Aquí los hay de otra clase, que están en su pesebre, han entregado a la clase trabajadora a los capitalistas y les pagan por ello». «No son mejores que las putas». «Peores».

Franz piensa en su poesía y en lo que estarán haciendo los muchachos allí,

habrá muchos nuevos, cada día llega un cargamento. Del otro lado gritan:

«¡Venga ya! ¿Qué pasa con la canción? No tenemos música, muchas promesas y nada».

Una canción además, bueno, la tendrán: lo que prometo lo cumplo. Pero primero hay que remojarse.

Y Franz coge su nuevo vaso, bebe un trago, qué puedo cantar; en aquel momento se ve a sí mismo en un patio, berreando algo contra las paredes, qué cosas se le ocurren a uno, ¿qué era lo que cantaba? Y canta pacífica y lentamente, le sube a los labios: «Yo tenía un camarada, entre todos el mejor, siempre juntos caminábamos, siempre juntos avanzábamos al redoble del tambor. Al redoble del tambor»[62]. Pausa. Canta la segunda estrofa: «Pronto suena una descarga: ¿va por ti o va por mí? Y a mis pies cayó herido el amigo más querido y en su faz la muerte vi. Y en su faz la muerte vi». Y, fuerte, el último verso: «Él me quiso dar la mano mientras yo el fusil cargué, yo le quise dar la mía mientras él me respondía, ¡ya jamás te olvidaré! ¡Ya jamás te olvidaré!».

Fuerte y solemnemente, echado hacia atrás ha cantado al final, canta valiente e intensamente. Los de enfrente han superado por fin su desconcierto y berrean con él, golpeando la mesa, chillando y organizando un escándalo: «¡Ya jamás te olvidaré!». A Franz, sin embargo, mientras cantaba, se le ha ocurrido lo que de verdad quería cantar. Entonces estaban en el patio, ahora se alegra de haberse acordado, le da lo mismo dónde pueda estar; ahora está cantando, tiene que soltarlo, tiene que cantar la canción, ahí están los judíos, se pelean, cómo se llamaba el polaco, y el

anciano y elegante caballero; ternura, agradecimiento; retumba en el local: «Ruge una voz como un trueno, como un sonido de espadas y del mar el desenfreno. ¡Al Rin, al Rin, al Rin alemán! Tus centinelas alerta están. Duerme tranquila, Patria querida, duerme tranquila, Patria querida. La guardia del Rin, tu guardia fiel, está advertida. La guardia del Rin, tu guardia fiel, está advertida». Todo eso ha pasado, eso lo sabemos, y ahora estamos aquí y la vida es hermosa, hermosa, todo es hermoso.

Los del otro lado están muy callados, uno de los nuevos los calma, dejan

pasar la cosa; Dreske se sienta encorvado, rascándose la cabeza, el tabernero sale de detrás del mostrador, resopla y se sienta a la mesa de Franz. Franz, al terminar su canción, saluda al mundo entero, balanceando su jarra: «Salud», da un golpe sobre la mesa, está radiante, todo va bien, se siente satisfecho, dónde se habrá metido Lina, se pasa la mano por el redondo rostro, es un hombre fuerte, de carnes abundantes y con tendencia a la obesidad. Nadie responde. Silencio.

Uno pasa la pierna sobre su silla, se abrocha bien la chaqueta, se estira el talle, es uno largo y derecho, uno de los nuevos, ya está organizada, y con paso

marcial se dirige hacia Franz, que se va a llevar un golpe, es decir, si el nuevo lo alcanza. Este da un salto y se sienta a horcajadas en

la mesa de Franz. Franz lo ve y aguarda: «Oye, tú, debe de haber más sillas en el local». El otro señala desde arriba al plato de Franzen. «¿Qué has comido?». «Digo que debe de haber más sillas en el local, si es que tienes ojos. Oye, tú debes de haberte caído de cabeza cuando eras pequeño, ¿no?». «Eso no viene a cuento. Quiero saber qué has comido». «Un bocadillo de queso, so cabestro. Todavía queda algún pedazo para ti, pedazo de animal. Y ahora te vas a bajar de la mesa, que no tienes educación». «Que es queso, lo huelo, pero ¿de dónde?».

Pero Franz, con las orejas coloradas, se ha puesto de pie, los de la otra mesa también, y Franz ha cogido la mesa, la ha volcado y ha tirado al suelo al otro con el plato, la jarra y el tarro de mostaza. El plato se ha roto. Henschke se lo esperaba y pateo los añicos: «Eso no, en mi casa no quiero trifulcas, nada de peleas en mi local, el que no quiera estarse tranquilo, afuera». El largo se ha puesto otra vez de pie y aparta al tabernero: «Quítese, Henschke, no va a haber ninguna pelea. Estamos arreglando cuentas. Si alguien rompe algo, lo paga». Que sea lo que sea, piensa Franz, que se ha agarrado a la ventana, por delante de la persiana, allá voy, con tal de que no me pongan las manos encima, tú, con tal de que no me pongan las manos encima; no quiero hacer daño a nadie, pero va a haber una desgracia si este tío es tan idiota como para ponerme las manos encima.

El largo se sube los pantalones, vaya, ya empieza. Franz ve lo que se avecina, qué hará Dreske, está ahí plantado mirándolo todo. «Orge, ¿quién es este tipejo?, ¿dónde has encontrado a este mocoso que llevas de paseo?». El largo se arregla los pantalones, seguro que se le caen, debería ponerse otros botones. Se burla, diciéndole al tabernero: «Hay que dejar hablar. Que hablen los fascistas. Digan lo que digan, gozan de libertad de palabra». Y Dreske hace un gesto desde atrás con el brazo izquierdo: «No, Franz, yo no tengo nada que ver con esto, ya ves dónde te has metido, con tus cosas y tus canciones, no, no tengo nada que ver, aquí nunca han pasado estas cosas».

Ruge una voz como un trueno, claro, la canción del patio, quiere competir

contigo, quieren meterse en eso.

«¡Fascista, perro!».

El largo le grita a Franz: «¡Dame el brazal!
¡Venga, deprisa!».

Ahora empieza el jaleo, quieren meterse conmigo los cuatro, así, la espalda contra la pared y una silla a mano. «¡Venga el brazal! Se lo voy a sacar del bolsillo. Quiero el brazal de este tipo». Los otros están a su lado. Franz tiene la silla en las manos. Sujetarla bien. Primero, sujetarla bien. Y luego sacudir con ella.

El tabernero agarra al largo por detrás y le niega: «¡Váyase! Biberkopf, deprisa, váyase de aquí». Ése tiene miedo por el

negocio, no debe de tener los vidrios asegurados, bueno, por mí... «Claro que sí, Henschke, hay muchas tabernas en Berlín, sólo estaba esperando a Lina. ¿Pero por qué se pone de su parte? Por qué tiene que echarme a mí, que vengo todos los días, cuando esos nuevos han venido esta noche por primera vez». El tabernero ha hecho retroceder al largo a la fuerza, el otro nuevo escupe: «Porque eres un fascista, llevas el brazalete en el bolsillo, llevas la cruz gamada».

«Sí que lo soy. Se lo he dicho a Orge Dreske. Y por qué. Eso no lo comprendéis y por eso berreáis». «Eres tú el que ha berreado “La guardia del Rin”». «Si armáis jaleo como ahora y os sentáis sobre mi mesa, no habrá nunca paz en el mundo. De esa forma no. Y tiene que haber paz, para que se pueda trabajar y se pueda vivir. Los trabajadores de las fábricas y los comerciantes y todos, y para que haya orden; si no, no se puede ni siquiera trabajar. ¿Y de qué queréis vivir vosotros, bocazas? Os emborracháis con palabras. Sólo sabéis armar jaleo y molestar a los demás hasta que se molestan ellos y os sacuden un estacazo. ¿Se dejaría alguno de vosotros pisar los callos?».

De pronto se pone a vociferar él también, algo le ha pasado y le brota ahora a borbotones, se ha desatado, la sangre le brilla en los ojos: «Sois asesinos, ni siquiera sabéis lo que hacéis, habría que limpiaros de telarañas la cabeza, vais a arruinar al mundo

entero, pero tened cuidado, no tengáis que pagarlo muy caro, sanguinarios, miserables».

Está hirviendo por dentro, él estuvo en Tegel, la vida es horrible, qué clase

de vida es ésta, el de la canción lo sabe, qué me pasó a mí, Ida, no debo pensar en ella.

Y sigue vociferando horrorizado, algo se levanta ahí, él lo rechaza, lo pisotea, hay que gritarle, derribarlo a gritos. El local retumba, Henschke está delante de él, junto a la mesa, no se atreve a acercársele, de modo que Franz se queda allí, gritando a voz en cuello, confusamente, echando espuma: «Vosotros no tenéis que decirme nada, ninguno puede decirme nada, ni uno solo, nosotros sabemos más, no estuvimos allí, echados en las trincheras, para que ahora nos provoquéis, provocadores, tiene que haber paz, paz os digo, podéis grabároslo en la frente, paz y nada más (sí, eso es, lo hemos logrado, con puntos y comas), y quienes vengan ahora a hacer la revolución y no respeten la paz, éstos deben ser ahorcados a lo largo de una avenida (postes negros, postes de telégrafos, toda una fila en la Tegeler Chaussee, lo sé muy bien), entonces se darán cuenta, cuando estén columpiándose, entonces. Entonces no lo olvidaréis y tendréis cuidado con lo que hacéis, criminales. (Sí, así se hace la paz,

entonces se estarán quietos, ésa es la única verdad, ya lo veremos).».

Un ataque de rabia, Franz Biberkopf se queda rígido. Grita ciegamente desde el fondo de su garganta, tiene la mirada vidriosa, el rostro azul, hinchado, escupe, le arden las manos, está fuera de sí. Sus dedos se aferran a la silla, pero sólo se agarra a ella. Pronto la cogerá y empezará a golpear.

Atención, peligro inminente, despejen, carguen, fuego, fuego, fuego. Entretanto, el hombre que está allí gritando se oye a sí mismo, desde lejos, se

ve a sí mismo. Las casas, las casas amenazan derrumbarse otra vez, los tejados quieren desplomarse sobre él, no puede ser, no me pueden hacer eso, no se saldrán con la suya esos criminales, necesitamos paz.

Y la idea cruza por él: va a empezar pronto, voy a hacer algo, agarrar una garganta, no, no, pronto derribaré, golpearé, un momento aún, un momento. Y yo que había pensado que el mundo estaba tranquilo, que había orden. Se horroriza en su penumbra: hay algo que está mal en el mundo, ésos de ahí son tan horribles, lo siente con clarividencia.

Había una vez en el Paraíso dos seres humanos, Adán y Eva. Y el Paraíso era el espléndido jardín del Edén. En él jugaban pájaros y fieras.

Bueno, si ése no está loco... Se quedan quietos, también el largo se limita a

resoplar detrás por la nariz, haciéndole gestos a Dreske; vamos a sentarnos a la mesa, vamos a hablar de otra cosa. Dreske tartamudea en medio de la calma:

«Bueno, Franz, ahora vete, puedes soltar la silla, ya has hablado bastante». Dentro de él algo cede, la nube pasa. Pasa. Gracias a Dios, pasa. Su cara pierde color, pierde tensión.

Los otros están junto a su mesa, el largo se sienta y bebe. Los industriales de la madera no ceden, la Krupp deja morir de hambre a sus pensionistas, un millón

y medio de personas sin trabajo, en 15 días el número ha aumentado en

226.000[63].

La silla ha caído de las manos de Franz, sus manos se han aflojado, su voz suena como siempre, sigue teniendo la cabeza baja, ya no lo excitan: «Me voy. Que os divirtáis. Lo que podáis pensar no me interesa».

Lo escuchan sin responder. Dejad que esos renegados canallas y despreciables denigren la constitución de los soviets, con el aplauso de la burguesía y de los fanáticos socialistas. Así se acelerará y hará más profunda la ruptura entre

los trabajadores revolucionarios de Europa y los hombres de Scheidemann[64] y demás. Las masas de las clases oprimidas están con nosotros.

Franz coge su gorra: «Orge, siento que nos separemos así, por una cosa así».

Le tiende la mano, Dreske no se la estrecha y se queda sentado en su silla. Tiene que correr la sangre, tiene que correr la sangre, tienen que correr ríos de sangre.

«Bueno, entonces me voy. ¿Qué te debo, Henschke? Y el vaso y el plato también».

Así es como entiende él el orden. Una taza de porcelana para 14 niños. Decreto de beneficencia social del Ministro del Partido del Centro Hirtsiefer: el presente Decreto no debe publicarse. Habida cuenta de la escasez de los medios puestos a mi disposición, sólo se considerarán los casos en que el número de hijos alcance una cifra elevada, por ejemplo 12, y además la buena educación de esos hijos suponga un especial sacrificio, dadas las circunstancias económicas, y se realice, sin embargo, de modo ejemplar[65].

Uno grita a espaldas de Franz: «Salve, guerrero de plata, arenques con

mucha patata»[66]. Más le valdría que se limpiara de caca el trasero. Lástima no haberle puesto la mano encima. Franz se ha

encasquetado la gorra. Recuerda el Hackescher Markt, los maricones, el puesto de periódicos del de la cabeza blanca, y él que no quería, titubea, se va.

Está fuera, en el frío. Delante mismo del local está Lina, que en ese momento

llega. Franz anda despacio. Lo que le gustaría es volver para decirles lo locos que están. Están locos, los emborrachan, no son así, ni siquiera el largo, el descarado, el que se cayó al suelo. No saben qué hacer con la sangre que les hierva, tienen la sangre demasiado caliente, si hubieran estado en Tegel o hubieran vivido algo, tendrían las cosas más claras, claras como el día.

Con Lina del brazo, mira las calles oscuras a su alrededor. Podrían poner

más farolas. ¿Qué quiere de mí esa gente? Primero los maricones, que no me interesan, ahora los rojos. Qué me importa todo eso, que laven ellos sus trapos sucios. Que le dejen a uno tranquilo donde está; ni siquiera se puede beber una cerveza en paz. Me dan ganas de volver y hacerle pedazos a Henschke el establecimiento. Otra vez tiemblan y lanzan destellos los ojos de Franzen; su frente y su nariz se hinchan. Pero se le pasa, se apoya en Lina, le araña la muñeca, ella sonrío: «No me importa, Franzeken, un bonito arañazo de ti».

«Vamos a bailar, Lina, no vamos a meternos en un tascucio asqueroso, estoy harto, no hacen más que fumar, aunque hay un jilguerillo que podría morirse, pero no les importa». Y le explica a ella cuánta razón tenía él hace un momento, y ella está de acuerdo. Suben al tranvía y van en dirección al Jannowitzbrücke, al salón de baile de Walterchen[67]. Él va así, tal como está, y tampoco Lina tiene por qué cambiarse, está tan guapa. Y en el tranvía, mientras andan, la gorda saca de su bolso un periódico, muy arrugado. Se lo ha traído a él, es un periódico dominical, El Mensajero de la Paz. Franz dice que ese periódico no lo vende él, aprieta la mano de ella, le gusta el bonito nombre y el titular de la primera página: «A la felicidad por la infelicidad»[68].

Con las manitas clap, clap, los piecitos trap, pájaros, peces, el día entero,
paraíso.

El tranvía traquetea, los dos leen en el coche, con mala luz y las cabezas juntas, la poesía de la primera página, que Lina ha encuadrado con lápiz: Con otro se anda mejor, de E. Fischer: «Andar tan solo es mal camino, el pie tropieza, se pierde el tino: con otro se anda mejor. Si caes al suelo, ¿quién te levanta? Si estás cansado, nadie te aguanta. Con otro se anda mejor. Tú, peregrino del mundo entero, que Cristo sea tu compañero; con otro se anda mejor. Él sabe el puerto que no está lejos, él te conduce con sus consejos; con otro se anda mejor».

Todavía tengo sed, piensa Franz mientras lee, dos vasos eran poco, y tanto

hablar le seca a uno la garganta. Y entonces recuerda cómo cantó, se siente bien y aprieta el brazo de Lina.

Ella aspira el aire de la madrugada. Cuando van por la Alexanderstrasse hacia la Holzmarktstrasse se apoya suavemente en él: ¿por qué no se hacen pronto novios como es debido?

Dimensiones de este Franz Biberkopf. Puede competir con los antiguos héroes

Este Franz Biberkopf, antes trabajador de la construcción, luego cargador de muebles, etc., y ahora vendedor de periódicos, pesa casi un quintal. Es fuerte como una serpiente cobra y se ha inscrito otra vez en el club atlético. Lleva polainas verdes, zapatos de clavos y cazadora. Dinero no le encontraréis encima, lo gana continuamente siempre en pequeñas cantidades, pero que alguien intente acercársele.

¿Lo atormentan, desde antiguo, Ida y etc., remordimientos de conciencia, pesadillas, sueños agitados, pesares, furias del tiempo de nuestras bisabuelas? Nada de eso. Hay que tener en

cuenta que la situación ha cambiado. Un criminal, hombre a su debido tiempo maldecido por los dioses «¿cómo sabes todo eso, hijo?», Orestes, mató ante el altar a Clitemnestra, nombre difícil de pronunciar, pero al fin y al cabo era su madre. «¿Ante qué altar? Ya puede usted buscar una iglesia que esté aquí abierta de noche). Como decía, son otros tiempos. Ahí va la jauría, bestias horribles, mujeres de serpientes desgredadas, además perros sin bozal, todo un zoológico muy poco simpático, que intenta atraparlo pero no puede conseguirlo porque está ante el altar, es una idea de la antigüedad, y toda la cuadrilla danza furiosa a su alrededor, los perros siempre por medio. Sin acompañamiento de arpas, como dice la canción, bailan las furias, se entrelazan en torno a su víctima, trastornos demenciales, alucinaciones, preparativos para el manicomio[69]».

A Franz Biberkopf no lo atormentan. Digámoslo con franqueza, que

aproveche, se bebe en la taberna de Henschke o en otro sitio, con el brazal en el bolsillo, una cerveza tras otra, y un Doornkat entre medio que le alegra el corazón. En eso se diferencia el cargador de muebles, etc., y vendedor de periódicos Franz Biberkopf, de Berlín NE, a finales de 1927, del viejo y famoso Orestes. ¿Quién no desearía estar en la piel de quién?

Franz mató a su novia, Ida, el nombre no hace al caso, en la flor de su juventud. Esto ocurrió durante una discusión entre Franz e

Ida, en casa de la hermana de ésta, Minna, en la que, en primer lugar, resultaron ligeramente lesionados los siguientes órganos de la mujer: la piel de la punta y del centro de la nariz, el hueso situado debajo, con su cartílago, lo que, sin embargo, sólo se apreció en el hospital y tuvo su importancia en los autos, y además el hombro derecho y el izquierdo, que resultaron con ligeras contusiones y equimosis. Pero luego la discusión se animó. Las expresiones «cabrón» y «chulo putas» irritaron sobremanera a Franz Biberkopf que, aunque había caído muy bajo, era sensible en cuestiones de honor y estaba además excitado por otras razones. Le temblaban los músculos. No cogió otra cosa que un pequeño batidor de nata, de madera, porque en aquella época se entrenaba ya y se había distendido la mano. Y, tomando un doble y vigoroso impulso, puso en contacto ese batidor de crema, con su espiral de alambre, con la caja torácica de Ida, su interlocutora. La caja torácica de Ida había permanecido hasta ese día totalmente intacta, no así toda su personilla, de aspecto muy agradable... más bien, dicho sea de paso: el hombre al que mantenía sospechaba, no sin razón, que le quería dar el pasaporte, cambiándolo por un tipo de Breslau, recientemente aparecido. En cualquier caso, la caja torácica de la graciosa muchacha no estaba preparada para colisionar con batidores de nata. Ya al recibir el primer golpe, ella gritó y no gritó más chulo de mierda, sino oye tú. El segundo encontronazo con el

batidor de nata se produjo mientras Franz mantenía su posición, tras un cuarto de giro a la derecha por parte de Ida. Después de lo cual Ida no dijo nada, sino que abrió curiosamente la boca en forma de embudo y levantó los dos brazos.

Lo que había pasado un segundo antes con la caja torácica de la mujer guarda relación con las leyes de la inercia y la elasticidad, y el choque y la resistencia. Sin conocer esas leyes resultaba absolutamente incomprensible. Habrá que recurrir a las fórmulas siguientes:

La primera ley de Newton (niuton), que dice: todo cuerpo permanece en estado de reposo mientras no haya una fuerza que lo obligue a cambiar de estado (esto se refiere a las costillas de Ida). La segunda ley de niuton: el cambio del movimiento es proporcional a la fuerza que actúa y tiene su misma dirección (la fuerza que actúa es Franz, o bien su brazo y su puño, con lo que éste contiene). La intensidad de la fuerza se expresa con la siguiente fórmula:

La aceleración causada por la fuerza, es decir, el grado de alteración del reposo, se expresa con la fórmula:

En consecuencia, cabe esperar y ocurre así realmente: la espiral del batidor se comprime y la madera entra en colisión. Por el otro lado, el de la inercia y resistencia: fractura de las costillas séptima y octava, línea axilar posterior izquierda.

Con un examen tan actual, se puede prescindir por completo de las furias. Se puede seguir paso a paso lo que Franz hizo e Ida sufrió. No hay incógnitas en la ecuación. Sólo queda relatar la continuación del proceso así iniciado: así pues, pérdida de la vertical por Ida y su paso a la horizontal, como consecuencia brutal del golpe; al mismo tiempo, dificultades respiratorias, dolores agudos, terror y perturbación fisiológica del equilibrio. No obstante, Franz hubiera matado a la persona lesionada a quien tan bien conocía, como un león rugiente, de no haber venido precipitadamente la hermana de la habitación vecina. Las voces de esta mujer lo pusieron en fuga y a la noche fue capturado, durante una redada de la policía, en las proximidades de su casa.

«Ahí va la jauría», gritan las viejas furias. Qué horror, qué horror contemplar a un hombre maldecido por los dioses ante el altar, con las manos chorreando sangre. Cómo roncan: ¿estás dormido? Sacudid vuestra somnolencia. Arriba, arriba.

Agamenón, su padre, había partido de Troya hacía muchos años. Troya había sucumbido y desde allí hicieron señales con hogueras, desde Ida, sobre el Athos, una hilera de antorchas ardientes hasta el bosque de Citérea.

Qué espléndido, dicho sea de pasada, ese mensaje incandescente desde Troya

hasta Grecia. ¡Qué grandiosa esa carrera de fuego sobre el mar, luz, corazón, alma, felicidad y grito!

El fuego rojo oscuro, rojo como la brasa sobre el lago de Gorpopsis, que luego es visto por un centinela, el cual grita y se alegra, y eso es vida, y se enciende un fuego y se transmite la noticia y la excitación y la alegría, todo junto, y salta sobre una ensenada, en desenfrenada carrera hacia las alturas de

Aracneon, siempre los gritos y el frenesí que, rojo como la brasa, puedes ver:

¡Agamenón vuelve! Con tal escenificación no podemos compararnos. También en esto nos superan.

Para las comunicaciones nos servimos de algunos resultados de los experimentos de Heinrich Hertz, que vivió en Karlsruhe, murió joven y, por lo menos en la fotografía de la colección de estampas de Múnich, llevaba barba cerrada[70]. Utilizamos la telegrafía sin hilos. Mediante transmisores mecánicos, producimos, en grandes estaciones, corrientes alternas de alta frecuencia. Mediante las oscilaciones de un circuito, creamos ondas eléctricas. Las oscilaciones se propagan esférica-mente. Y luego hay un tubo electrónico de cristal y un micrófono, cuyo disco vibra más o menos, y de esa forma el sonido sale

exactamente como entró en la máquina, y resulta sorprendente, inteligente e ingenioso. Pero entusiasmarse con ello es difícil; funciona y eso es todo.

¡Qué distinta la antorcha de tea que anuncia el regreso de Agamenón!

Arde, llamea, en todo momento, en todo lugar, habla, siente y el júbilo es general: ¡Agamenón vuelve! Mil hombres resplandecen en cada lugar: Agamenón vuelve, y ahora son diez mil, cien mil al otro lado de la ensenada.

Y entonces, para volver al tema, él llega a casa. Las cosas cambian por completo. Se vuelven las tornas. Cuando su mujer lo tiene en casa, lo mete en el baño. En ese momento demuestra que es una furcia sin precedentes. Mientras está en el agua, le arroja una red por encima, para que no pueda moverse, y ella ha traído ya un hacha como si fuera a cortar leña. Él se lamenta: «¡Ay de mí, muero!». Fuera preguntan: «¿Quién grita así?». «¡Ay de mí y una vez más ay de mí!». Aquella bestia de la antigüedad lo remata sin pestañear y encima abre la boca: «Lo he ejecutado, le lancé una red por encima y golpeé dos veces, y con dos suspiros se abatió, y entonces, de un tercer golpe, lo envié al Hades». Los senadores se afligen, pero de todas formas encuentran el comentario adecuado:

«Admiramos la osadía de tu discurso». Así pues, fue aquella mujer, aquella

bestia de la antigüedad, que ocasionalmente, como consecuencia de un escarceo conyugal con Agamenón, se convirtió en madre de un niño que recibió al nacer el nombre de Orestes. Ella fue muerta más tarde por el fruto de sus placeres, y a él lo atormentaron las furias.

Con nuestro Franz Biberkopf es distinto. Al cabo de cinco semanas también su Ida ha muerto, en el hospital de Friedrichshain, fractura de costillas con

complicaciones, desgarró de la pleura, pequeño desgarró de pulmón con el consiguiente empiema, pleuresía, neumonía, mujer, la fiebre no baja, qué aspecto tienes, mírate en el espejo, estás lista, estás sentenciada, ya puedes liar el petate. Le hicieron la autopsia, la enterraron en la Landsberger Allee, a tres metros de profundidad. Murió odiando a Franz, pero la rabia ciega de él tampoco cedió después de su muerte, su nuevo amigo, el de Breslau, fue todavía a visitarla. Allí abajo está ella, desde hace ya cinco años, horizontal sobre la espalda, las tablas de madera se pudren, ella se deshace en estiércol, ella, que bailó una vez en Treptow, en el Jardín del Paraíso, con Franz, con sus zapatitos blancos de lona, que amó y correteó por ahí, está muy quieta y ya no está.

El, sin embargo, cumplió sus cuatro años. El que la mató anda por ahí, vive, prospera, bebe, devora, derrama su semilla, difunde la vida. Ni siquiera la hermana de Ida se le ha escapado. Pero ya le tocará a él. Se ha muerto no sé quién. Pero todavía tardará lo suyo. Eso lo sabe. Entretanto, seguirá desayunándose en las tabernas y elogiando, a su manera, el cielo de la Alexanderplatz: Desde cuándo toca tu abuela la trompeta, y mi lorito no come huevos duros[71].

Y dónde queda ahora el muro rojo de la prisión de Tegel, que tanto miedo le

daba, no podía separar las espaldas de él. El portero está ante la negra puerta de hierro que tanto repugnaba en otro tiempo a Franz, la puerta sigue apoyada en sus bisagras, no molesta a nadie, proporciona una buena ventilación, por las noches se cierra, como hace toda puerta que se respete. Ahora, por la mañana, el portero está delante, fumando su pipa. Brilla el sol, es siempre el mismo sol, del que se puede predecir con exactitud cuándo estará en un punto determinado del firmamento. Que brille o no, depende de la nubosidad. Del 41 bajan ahora algunas personas que llevan flores y pequeños paquetes, seguramente se dirigen al sanatorio, derecho, a la izquierda bajando por la avenida, todos están verdaderamente helados. Los árboles forman una fila negra. Allí siguen los presos metidos en sus celdas, se afanan en los talleres, pasean en fila india por el patio.

Orden severa de no presentarse en el recreo más que con zapatos, gorro y pañuelo al cuello. Visita de celdas por el jefe: «¿Cómo era la sopa de anoche?».

«Hubiera podido ser mejor y más abundante». No quiere oír, se hace el sordo:

«¿Cada cuánto tiempo les mudan las sábanas?». Como si no lo supiera.

Uno que está en aislamiento celular escribe: «¡Dejad que entre el sol! Ése es

el grito que hoy resuena en el mundo entero. Sólo aquí, tras los muros de la prisión, no ha tenido ningún eco. ¿Es que no somos dignos de que el sol nos alumbre? La construcción de los establecimientos penitenciarios hace que las paredes de algunas alas no reciban los rayos del sol en todo el año, las orientadas al nordeste. Ni un rayo de sol se aventura en esas celdas para saludar a sus moradores. Año tras año, la gente tiene que trabajar y marchitarse sin los vivificantes rayos del sol». Una comisión va a visitar el edificio, los vigilantes corren de celda en celda.

Otro: «A la Fiscalía en la Audiencia del Land. Durante el procedimiento judicial que se me siguió ante la Sala Suprema de lo Penal de la Audiencia del Land, su presidente, el doctor X., Presidente de la Audiencia del Land, me comunicó que, después de mi detención, un desconocido se había llevado objetos de

mi domicilio en la Elisabethstrasse 46. El hecho consta en las actas. Como ha sido documentalmente recogido, debe de haberse realizado, por la policía o la Fiscalía, alguna investigación. Nadie me comunicó nada sobre la sustracción de objetos de mi propiedad después de mi detención, hasta que la supe en la fecha citada. Ruego a esa Fiscalía que me comunique los resultados de las pesquisas realizadas o me remita copia del informe que consta en las actas, a fin de poder solicitar, en su caso, una indemnización, en caso de haber habido negligencia por parte de mi patrona».

Y por lo que se refiere a Doña Minna, la hermana de Ida, está muy bien, gracias, es usted muy amable. Ahora son las once y veinte, precisamente ahora viene del mercado de la Ackerstrasse, un edificio municipal de color amarillo que tiene otra salida a la Invalidenstrasse. Ella prefiere, sin embargo, la salida de la Ackerstrasse, porque le queda más cerca. Ha comprado coliflor y cabeza de cerdo, y un poco de apio además. Delante del mercado compra aún, en un carro, un lenguado muy hermoso y una bolsita de manzanilla; nunca se sabe, eso siempre viene bien.

LIBRO TERCERO

quí Franz Biberkopf, que es un hombre respetable, de buen carácter, sufre su primer golpe. Es engañado.

Biberkopf se ha comprometido a ser respetable y has visto cómo se ha mantenido firme cada semana, pero ha sido sólo un respiro, por así decirlo. Al final la vida entiende que todo ha ido demasiado lejos, y le hace tropezar. Para él, Franz Biberkopf, sin embargo, esto no le parece una treta muy deportiva, y, por un tiempo considerable, encuentra una sórdida existencia, lo que se contradice bastante con sus mejores intenciones.

¿Por qué la vida actúa de esta manera?, no lo entiende. Todavía tiene un largo camino por recorrer antes de que lo pueda ver.

Sólo ayer sobre un corcel brioso

Con la cercanía de la Navidad, Franz hace un cambio, haciendo negocios con todo tipo de artículos ocasionales. Dedicar un par de horas por la mañana o por la tarde a los cordones de zapatos, primero solo, luego con Lüders Otto. Este último ha estado sin trabajo durante dos años, y su esposa hace coladas. Durante el verano había trabajado un par de semanas como el hombre de

Rüdersdorfer Peppermint con un sombrero de plumas y un uniforme. Franz y él hacen la calle juntos, entran en las casas, llaman a las campanas, después se reúnen.

Un día Franz Biberkopf llega a la cafetería. Lina también está ahí. Está de un

buen humor especial. Traga sándwiches, avisa y traen guisantes y cerdo para los tres.

Franz se inclina sobre la mesa, mira a Lüders: «Bien, dispara». «Dime, Otto,

¿qué crees que ha sucedido?». «Bueno, ¿qué?». «Bueno, ¿qué es?».

Dos cervezas ligeras y una limonada. Un nuevo cliente estornuda en el lugar, se limpia la nariz con el dorso de la mano, tose: «Una taza de café». «¿Con azúcar?». El dueño frota las gafas. «No, pero que sea rápido».

Un joven con una gorra deportiva marrón camina por el lugar buscando a alguien, se calienta en la gran estufa, mira a su alrededor, hacia la mesa de Franz, luego hacia la siguiente: «¿Has visto a un hombre con un abrigo negro, cuello color marrón, cuello de piel?». «¿Viene a menudo?». «Sí». El hombre de más edad que está en la mesa gira la cabeza hacia el hombre pálido junto a él:

«¿Marrón?». Esto último con voz ronca: «Muchos de ellos vienen aquí de marrón». El hombre de pelo gris: «¿De dónde vienes? ¿Quién te ha enviado?».

«¿Qué diferencia hay? ¿Hace mucho que no le ves?». «Muchos hombres vienen aquí con abrigos de piel marrón. Tenemos que saber quién te ha enviado». «No tengo por qué contarte mis asuntos». El hombre pálido se emociona: «Si le preguntas a un hombre si alguien ha estado aquí, ¿no puede preguntar quién te ha enviado?».

El cliente ya está de pie en la mesa de al lado: «Si yo lo pregunto, no es asunto de su incumbencia quien soy». «Muy bien, si le preguntas, él podría preguntarte». «Yo no tengo que andar contándole mis asuntos». «Entonces no tiene por qué decirte si alguien estaba aquí».

El cliente se va hacia la puerta, se da la vuelta: «Si eres tan inteligente entonces espera ahí». Se da la vuelta, abre la puerta con brusquedad, se ha ido.

Los dos de la mesa: «¿Tú conoces a ése? Yo, desde luego, no». «Nunca ha estado aquí. Quién sabe lo que quiere». «Era bávaro». «Ése, renano. De Renania».

Franz sonríe irónicamente al congelado y lastimoso Lüders: «A que no lo adivinas. A ver, ¿tengo dinero?». «¿Lo tienes?».

Franz ha puesto ya el puño en la mesa, lo abre, sonrío orgulloso: «¿Cuánto?».

Lüders, ese hombre lastimoso, se ha inclinado y hace ruido con su diente podrido: «Dos de diez diablos». Franz tira las sábanas sobre la mesa: «Qué te parece. Conseguídos en quince, en veinte minutos, no más, ¿te apuestas algo?».

«Hombre». «No es lo que tú crees, nada ilegal, nada turbio. De verdad, Otto, dinero honrado, como está mandado, comprendes».

Empiezan a cuchichear. Otto Lüders se acerca más a él. Franz llamó en casa de una señora, cordones de algodón trenzado, los necesita, para usted, para su

esposo, para sus hijitos, ella los miró, luego me miró a mí también, es viuda, todavía de buen ver, hablábamos en el pasillo, entonces le pregunté si no podía darme una taza de café, este año hace un frío horrible. Me tomé un café, ella también. Y luego, algo más.

Franz sopla a través de la mano, ríe a través de la nariz, se rasca la mejilla, empuja la rodilla de Otto con su rodilla: «Me he dejado todo el género en su casa. ¿Habrá notado ella algo?». «¿Quién?». «Quién va a ser, la gorda, que no tengo el género conmigo». «Que lo note, lo has vendido todo, ¿dónde ha sido eso?».

Y Franz silba: «Voy a volver, pero no en seguida, es detrás de la Elsasser, una viuda, veinte marcos, eso sí que es un negocio».

Comen y beben hasta las tres, Otto recibe una moneda de cinco, pero no por eso se anima.

¿Quién se desliza a la mañana siguiente con sus cordones para zapatos por la Rosenthaler Tor? Otto Lüders. Espera junto a la tienda de Fabisch, en la esquina, hasta que ve a Franz trotar Brunnenstrasse abajo. Entonces baja él rápidamente por la Elsasser. Eso es, éste es el número. Quizá haya estado ya Franz arriba. Qué tranquila va la gente por la calle. Me quedaré un ratito en el portal. Si viene le digo, qué le digo. Tengo palpitaciones. Te molestan el día entero y para nada, el doctor no encuentra nada, pero tengo algo. Uno se pudre dentro de sus andrajos, los mismos trapos viejos de la guerra. Vamos arriba.

Llama: «¿Cordones de algodón trenzado, señora? No, sólo quería preguntar algo. Oiga, escuche un momento». Ella quiere cerrar la puerta, él mete el pie.

«La verdad es que no vengo solo, mi amigo, ya sabe, estuvo ayer aquí y se dejó la mercancía». «Dios santo». Abre la puerta, Lüders está ya dentro, cierra deprisa la puerta detrás de sí. «Qué pasa, Dios santo». «Nada, señora mía, por qué tiembla». El mismo está temblando, ha entrado tan repentinamente, ahora hay que seguir, pase lo que pase, todo irá bien. Debería ser delicado, no encuentra la voz, delante de la boca, debajo de la nariz, tiene

una red de alambre que le llega hasta la frente pasando por las mejillas, si las mejillas se me ponen tiesas estoy perdido. «Sólo quería recoger la mercancía». La graciosa señora corre hacia el cuarto para recoger el paquete, pero él ya está en el umbral. Ella lo mira y masculla: «Tenga el paquete. Dios santo». «Gracias, muchas gracias. Por qué tiembla, mujer. Aquí se está muy bien. Aquí se está muy bien. ¿No podría

darme también una taza de café?». Lo que hay que hacer es quedarse, seguir hablando, no hay que marcharse, plantado como un roble.

La mujer, delgada, graciosa, está delante de él y ha cruzado las manos. «¿Le ha contado algo más? ¿Qué le ha contado?». «¿Quién, mi amigo?». Seguir hablando, hablar mucho, cuanto más habla uno más entra en calor, ahora la red le pica sólo bajo la nariz. «Nada más, no, qué me iba a contar. Qué podía contarme de una taza de café. Y ya tengo la mercancía». «Voy un momento a la cocina». Tiene miedo, qué me importa su café, me lo hago yo mejor, en la taberna lo sirven mejor, quiere escurrirse, hay que esperar, todavía estamos aquí. Buena cosa, sin embargo, el estar dentro, todo ha ido deprisa. Pero Lüders tiene miedo, escucha los ruidos de la puerta, de la escalera, de arriba. Vuelve a la habitación. He dormido condenadamente mal, el crío no ha dejado de toser en toda la noche, vamos a sentarnos. Y se sienta en el sofá de peluche rojo.

Aquí fue donde lo hizo con Franz, ahora me está haciendo un café, me quitaré el sombrero, tengo los dedos helados. «Aquí tiene su taza». Tiene miedo, es una chiquita muy bonita, le dan ganas a uno de intentar algo. «¿No bebe usted también? ¿Para hacerme compañía?». «No, no, pronto va a llegar el huésped que tiene alquilada esta habitación». Quiere deshacerse de mí, cómo va a tener un huésped, tendría que haber una cama. «¿No es más que eso? No se preocupe por él. Los huéspedes no vuelven por la mañana, ése tendrá su trabajo. Pues no, mi amigo no me ha contado nada más. Sólo me encargó que recogiera la mercancía —saborea, confortablemente encogido, su café—, qué calentito, hace frío hoy, qué me iba a contar. Que es usted viuda, eso es verdad, ¿no?». «Sí». «¿Qué le pasó a su marido, a su difunto? ¿Cayó en la guerra?». «Tengo que hacer, tengo que ocuparme de la comida». «Hágame otra taza antes. Por qué tanta prisa. La próxima vez que nos veamos ya no seremos tan jóvenes. ¿Tiene usted críos?».

«Váyase usted, ya tiene sus cosas, no tengo tiempo». «Bueno, no se ponga

desagradable, a ver si va a llamar a la policía, no hace falta, ya me voy, pero déjeme acabarme la taza. De repente no tiene tiempo. El otro día tenía mucho. Ya sabe. Bueno, que aproveche, yo no soy así, me voy».

Se coloca el sombrero, se pone de pie, se mete el pequeño paquete bajo el brazo y se dirige lentamente hacia la puerta, y ha pasado ya por su lado cuando se vuelve rápidamente: «Bueno, venga la calderilla». La mano izquierda extendida, moviendo el índice hacia él. Ella se tapa la boca, el pequeño Lüders está muy cerca: «Cuidado con gritar. A lo mejor sólo pagas cuando has recibido antes algo. Ya ves, todo se sabe. Entre amigos no hay secretos». Qué marranada, es una tía marrana, con su vestido negro, me gustaría darle un sopapo, no es mejor que mi vieja. La mujer tiene el rostro encendido, pero sólo el lado derecho, el izquierdo está blanco como la nieve. Tiene el portamonedas en la mano, busca en él con los dedos, pero mira con los ojos muy abiertos al pequeño Lüders. Con la mano derecha le da unas monedas. Tiene una expresión extraña. Lüders sigue haciendo gestos con el índice. Ella le vuelca en la mano el portamonedas. El vuelve a la habitación, a la mesa, se apodera del tapete rojo bordado, ella lanza un sonido inarticulado, no le sale la voz, no puede abrir más la boca, se queda quieta junto a la puerta. Él se apodera de dos cojines y luego va a la cocina, saca los cajones de la mesa, revuelve. Pura hojalata, tengo que correr, si no va a empezar a gritar. Ahora se ha caído al suelo, afuera.

Por el pasillo, cerrando la puerta con cuidado, escaleras abajo, a la casa vecina.

Hoy de parte aparte atravesado [73]

Era el maravilloso Paraíso. Las aguas hervían de peces, en el suelo crecían los árboles, los animales jugaban, animales terrestres, animales acuáticos y aves.

Algo se deslizaba por el árbol. Una serpiente, serpiente, serpiente sacó la cabeza, .una serpiente vivía en el Paraíso, y era más astuta que todos los animales del campo, y empezó a hablar, a hablarles a Adán y Eva.

Cuando, una semana más tarde, Franz Biberkopf sube tranquilamente la escalera con un ramo envuelto en papel de seda, piensa en su gorda y se hace reproches, pero no muy en serio, se detiene, es una chica que vale su peso en oro, por qué andarse con tonterías, Franz, bah, es un negocio, los negocios son los negocios[74]. Entonces llama a la puerta, sonrío por anticipado, satisfecho, café caliente, .qué muñequita. Alguien anda por dentro, es ella. Él saca el pecho, presenta armas con el ramo ante la puerta de madera, echan la cadena, el corazón de Franz palpita, tengo la corbata bien, la voz de ella pregunta: «¿Quién es?». Él suelta una risita: «El cartero».

Una pequeña abertura negra, los ojos de ella, él se inclina galantemente,

sonríe satisfecho, agita el ramo. Crac. La puerta se cierra, se cierra de golpe. Rrrrrr, corren el cerrojo. Maldición. La puerta está cerrada. Qué animal. Ahí te quedas. Ésa está loca. ¿Me habrá reconocido? La puerta marrón, los entrepaños, estoy en la escalera, tengo bien puesta la corbata. Increíble. Llamo otra vez o no. Se mira las manos, un ramo de flores, lo he comprado en la esquina, por un marco, con su papel de seda. Llamo otra vez, dos veces, mucho tiempo. Debe de estar junto a la puerta, la mantiene cerrada, no se mueve, contiene el aliento y me deja aquí. Y tiene todavía mis cordones, toda la mercancía, valdrá unos tres marcos, tengo derecho a recogerla. Ahora alguien anda por dentro, ahora se va, está en la cocina. Es algo...

Otra vez escaleras abajo. Luego arriba: llamaré otra vez, tiene que verme, no me puede haber visto, debe de haberme tomado por otro, por un mendigo, vienen muchos. Pero cuando está ante la puerta no llama. No siente nada. Se limita a esperar, se queda allí plantado. De manera que no me quiere abrir, me gustaría saber por qué. En esta casa no vendo más, qué hago con el ramo, me ha costado un marco, lo tiraré a la alcantarilla. De repente llama otra vez, como obedeciendo una orden, espera tranquilo, exacto, ni siquiera se acerca a la puerta, sabe que soy yo. Le dejaré una nota con el vecino, tengo que recuperar mi mercancía.

Llama a la puerta de al lado, no hay nadie. Bueno, escribiremos la nota. Franz va a la ventana del descansillo, desgarró la blanca esquina de un periódico y escribe con un lápiz pequeño: «Como no abre, quiero mi mercancía, entréguese en casa de Klaussen, en la esquina de la Elsasser».

Tú, zorra, si supieras quién soy yo y lo que a una le pasó, no te atreverías. Bueno, ya arreglaremos eso. Habría que coger un hacha y hacer pedazos la puerta. Desliza suavemente la nota por debajo.

Franz está el día entero de mal humor. A la mañana siguiente, antes de ver a

Lüders, el de la tienda le da una carta. Eso es ella. «¿No han dejado nada más?».

«No, ¿el qué?». «Un paquete con género». «No, un muchacho trajo eso ayer noche». «Vaya, a lo mejor tengo que recoger aún la mercancía».

Dos minutos después Franz va hacia la ventana que está junto al escaparate, se deja caer en un banco de madera, sostiene la carta, sin fuerza, en la mano izquierda, aprieta los labios, mira fijamente la mesa, Lüders, el miserable, entra en ese momento por la puerta, ve a Franz, lo ve sentado, le pasa algo y ya está fuera.

El tabernero se acerca a la mesa: «Por qué se ha ido Lüders corriendo, todavía no ha recogido su mercancía». Franz sigue sentado. Que haya cosas así en el mundo. Es como si me hubieran cortado las piernas. No puede haber nada parecido en el mundo. Nunca lo ha habido. No puedo ponerme en pie. Que corra Lüders, ése tiene piernas para correr. Qué tipo, es increíble.

«¿Quiere un coñac, Biberkopf? ¿Se le ha muerto alguien?». «No, no». Qué está diciendo, no oigo bien, tengo algodón en los oídos. El tabernero no se marcha: «¿Por qué ha salido corriendo Lüders? Nadie le va a hacer nada. Como si alguien lo persiguiera a balazos». «¿Lüders? Sí, debe de tener mucho que hacer. Sí, un coñac». Se lo bebe de un trago, las ideas se le van otra vez, maldición, menuda historia la de la carta. «Tenga el sobre, se le ha caído...

¿Quiere el diario de la mañana?». «Gracias». Sigue cavilando: sólo quisiera saber qué quiere decir esta carta, por qué me escribe esas cosas. Lüders es un hombre razonable, con niños. Franz piensa en cómo puede haber pasado y la cabeza le pesa, se le cae hacia delante como si durmiera, el tabernero cree que está cansado, pero es la palidez, la lejanía y el vacío, en él resbalan también sus piernas, luego cae dentro todo él y gira una vez a la izquierda, y luego se hunde, se hunde por completo.

Franz tiene el pecho y la cabeza contra la mesa, mira oblicuamente su superficie por debajo del brazo, sopla sobre la

madera, se sujeta la cabeza: «¿Ha llegado ya la gorda, Lina?». «No, no viene hasta las doce». Ah sí, sólo son las nueve, no he hecho nada todavía, también Lüders se ha ido.

¿Qué hacer? Y entonces algo pasa por él y se muerde los labios: es el castigo, a mí me soltaron, los otros siguen cavando patatas detrás de la cárcel, junto al gran montón de basura, y yo tengo que coger el tranvía, maldita sea, la verdad es que se estaba muy bien allí. Se levanta, salir a la calle, librarse de esto, sobre todo no tener miedo otra vez, aquí estoy plantado, nadie podrá conmigo, nadie: «Si viene la gorda, dígame que se me ha muerto alguien, una triste nueva, un tío o algo así. No volveré al mediodía, no, que no me espere. Bueno, ¿cuánto es?». «Una jarra, como siempre». «Tenga». «Y el paquete, ¿se lo deja aquí?».

«¿Qué paquete?». «Vaya, le ha dado muy fuerte, Biberkopf. Déjese de

historias, póngase derecho. Le guardaré el paquete». «¿Qué paquete?». «Ande, vaya a que le dé el aire».

Biberkopf está fuera. El tabernero lo mira a través del cristal: «No me extrañaría que lo volvieran a traer en seguida. Qué cosas. Un hombre tan fuerte. La gorda se va a quedar de piedra».

Un hombre pequeño y pálido está delante de la casa, lleva el brazo derecho en cabestrillo, la mano metida en un guante de cuero negro. Lleva ya una hora allí, al sol, y no quiere subir. Ha venido del hospital. Tiene dos hijas mayores, luego vino un chico, cuatro años tenía, ayer murió en el hospital. Al principio fue sólo una inflamación de garganta. El médico dijo que volvería pronto, pero no vino hasta la noche y entonces dijo inmediatamente: al hospital, puede tener difteria. El chico está allí cuatro semanas, estaba ya muy bien y entonces le dio también la escarlatina. Y dos días después, ayer, se acabó, insuficiencia cardíaca, dijo el médico director.

El hombre está delante de la casa, su mujer, arriba, gritará y llorará como ayer y durante toda la noche, reprochándole no haber sacado al chico hace tres días, estaba ya muy bien. Sin embargo, las enfermeras dijeron que todavía tenía bacilos en la garganta, cosa peligrosa habiendo niños en casa. Su mujer no quería creerlo al principio, pero es muy posible que a los otros niños les hubiese pasado algo. El hombre está allí. Ante la casa vecina, los niños gritan. De repente recuerda que en el hospital, cuando llevó al niño, le preguntaron si le habían puesto ya alguna inyección de suero. No, no le habían puesto. Había

esperado todo el día a que viniera el médico, no llegó hasta la noche, y entonces la orden: hay que llevarlo enseguida.

E, inmediatamente, el mutilado de guerra se pone en movimiento, atraviesa la calzada, sube por la calle hasta la esquina, hasta la casa del médico que, según dicen, no está. Sin embargo, él da voces, es de mañana, el médico tiene que estar en casa. La puerta del consultorio se abre. El señor calvo y obeso lo mira, lo hace entrar. El hombre está de pie, habla del hospital, el niño ha muerto, el médico le estrecha la mano.

«Pero usted nos hizo esperar, todo el miércoles, desde por la mañana hasta las seis de la tarde. Mandamos dos veces a buscarlo. Usted no vino». «Pero luego fui». El hombre empieza otra vez: «Soy un inválido, nosotros derramamos nuestra sangre en el frente, ahora nos hacen esperar, con nosotros pueden hacer lo que quieran». «Vamos, .síntese y tranquilícese. El niño no murió de difteria. En los hospitales pueden producirse esos contagios». «Todo son desgracias», sigue gritando el otro. «Nos hacen esperar, somos culis chinos, nuestros hijos que revienten como reventamos nosotros».

Al cabo de media hora baja lentamente las escaleras, da una vuelta al sol, sube. Su mujer hace cosas en la cocina. «¿Qué hay, Paule?». «Qué hay, mamá». Se cogen de las manos y bajan la cabeza. «No has comido todavía, Paule. Te pongo algo en

seguida». «He estado en casa del médico y le he dicho que no vino el miércoles. Le he dicho cuatro cosas». «Pero si nuestro Paulchen no murió de difteria». «Eso no importa. También se lo he dicho. Pero si le hubieran puesto una inyección en seguida no habría tenido que ir al hospital. Para nada. Pero él no vino. Le he dicho cuatro cosas. Hay que pensar también en los otros, por si ocurre otra vez. Eso pasa todos los días, quién sabe». «Bueno, ahora come.

¿Qué dijo el médico?». «Es un buen hombre. No es precisamente muy joven y tiene mucho que hacer y trabaja como un negro. Lo sé muy bien. Pero cuando pasa algo, pasa. Me dio una copa de coñac y me dijo que me calmara. Y también vino la mujer del médico». «¿Gritaste mucho, Paule?». «No, nada, sólo al principio, luego todo fue muy suave. Él mismo lo reconoció: alguien tenía que decírselo. No es un mal tipo, pero alguien tenía que decírselo».

Mientras come, tiembla violentamente. Su mujer llora en la habitación de al lado, y luego toman juntos café junto al hogar. «Es café de verdad, Paule». Él olisquea su taza: «Se huele».

Mañana, en la fría sepultura[75]; no, sabremos dominarnos

Franz Biberkopf ha desaparecido. Lina va a su habitación la tarde del día en que él recibió la carta. Quiere dejarle en secreto un chaleco de punto marrón que le ha hecho. Sin embargo, ahí tienen ustedes al hombre en casa, cuando normalmente hubiera estado vendiendo y especialmente ahora que las Navidades están próximas, está sentado en su cama, con la mesa al lado, y enredado en su despertador, que ha desmontado. De momento, ella se lleva un susto, porque está allí y quizá haya visto el chaleco, pero él apenas la mira, sólo mira la mesa y el reloj. A ella no le parece nada mal, y puede esconder aún rápidamente el chaleco junto a la puerta. Sin embargo, él habla tan poco, qué le pasa, ése tiene resaca, y qué cara pone, nunca lo había visto así, y anda hurgando en ese trasto de despertador, debe de estar borracho. «Pero si el despertador andaba bien, Franz».

«No, no, no andaba bien, déjame, no hace más que ronronear, no da bien las horas, ya encontraré lo que es». Y sigue enredando y lo deja otra vez y se limpia los dientes; a ella no la mira. Y ella se evapora entonces, tiene un poco de miedo, él tiene que dormirla. Y cuando vuelve a la noche, su hombre se ha ido. Ha pagado, ha empaquetado sus cosas, se lo ha llevado todo y se ha ido. La

patrona sólo sabe que ha pagado y que en el formulario de la policía tiene que escribir: de viaje. Probablemente habrá tenido que pirarse, ¿no?

Entonces pasan 24 horas terribles, hasta que Lina encuentra por fin a Gottlieb Meck, que podrá ayudarla. El hombre se había mudado también, y ella ha tenido que andar toda la tarde de local en local, finalmente lo encuentra. Él no sabe nada, qué le va a pasar a Franz, es un tipo con músculos, y vivo además, también tiene derecho a desaparecer alguna vez. A lo mejor ha hecho alguna sonada... ¿Franz? Imposible. A lo mejor se han peleado, Lina y Franz. Qué va,

¿por qué? Si incluso le llevé el chaleco. Hasta el mediodía siguiente no va Meck también a ver a la patrona, Lina no ha cejado. Sí, Biberkopf se ha ido a toda velocidad, pasa algo raro, el hombre estaba siempre de buen humor, incluso por la mañana, debe de haber pasado algo, no hay quien la convenza de otra cosa; ha liado los bártulos y no ha dejado ni rastro de sus cosas, venga a verlo. Entonces Meck le dice a Lina que Lina no tiene por qué preocuparse, él hará averiguaciones. Piensa, y en seguida tiene una corazonada de viejo comerciante y va a casa de Lüders. Éste está en su covacha con su crío ¿y dónde está Franz? Sí, dice el otro hoscamente, a él lo ha dejado plantado, hasta le debe dinero, Franz no se ha acordado de hacer cuentas con él. Meck no se cree ni una palabra, su conversación se alarga una hora, al tipo

no se le puede sacar nada. A la noche lo descubren, Meck y Lina, en un local que hay frente a su casa. Y entonces la cosa empieza a funcionar.

Lina llora y se suelta el pelo. Él tiene que saber, tiene que saber por fuerza

dónde está Franz, por la mañana estuvieron aún juntos, Franz tiene que haberle dicho algo, alguna cosa. «No, precisamente no me ha dicho nada». «Tiene que haberle pasado algo». «¿Pasarle algo? Que habrá huido como un conejo, qué le va a pasar». No, él no ha hecho ninguna trastada, Lina no se deja convencer, él

no ha hecho nada, pondría la mano en el fuego, habría que ir a la policía. «Crees que se ha perdido y que hay que encontrarlo a voces». Lüders se ríe. Qué desconsuelo el de la gorda, el de la pequeña. «¿Qué podemos hacer, qué podemos hacer?». Hasta que Meck, que se limita a estar sentado pensando para sus adentros, se harta de una vez y le hace a Lüders un gesto con la cabeza. Quiere hablar con él a solas, todo esto no tiene sentido Y Lüders sale también afuera. Y, enfrascados en una conversación hipócrita, caminan por la Ramlerstrasse hasta la Grenzstrasse.

Y allí, donde está oscuro como boca de lobo, Meck cae de improviso sobre el pequeño Lüders. Le da una tremenda paliza. Mientras Lüders berrea tirado en el suelo, Meck se saca aún un

pañuelo de la chaqueta y se lo aprieta contra la boca. Luego deja que el pequeño se ponga en pie y le enseña la navaja abierta. Los dos están sin aliento. Entonces Meck, que todavía no había recuperado los estribos, le aconseja al otro que se largue y, al día siguiente, busque a Franz.

«Cómo lo vas a encontrar, muchacho, me da igual. Si no lo encuentras, vendremos tres. Y a ti te encontraremos, chaval. Aunque estés en casa de tu vieja».

A la noche siguiente, pálido y silencioso, el pequeño Lüders salió de la sala a un gesto de Meck y los dos entraron en el reservado. El tabernero tardó un poco en encenderles el gas. Los dos quedaron frente a frente. Meck le preguntó:

«Bueno, ¿estuviste allí?». El otro asintió. «Ya ves. ¿Y qué?». «Y nada». «¿Qué dijo, cómo puedes demostrar que estuviste allí?». «¿Crees que él me hubiera abierto un agujero en la cabeza como tú? No, esta vez iba preparado».

«Entonces, ¿qué ha ocurrido?».

Lüders se acercó aún más: «Fíjate bien, Meck, escucha. Si quieres hacerme caso: te quiero decir que, aunque Franz sea tu amigo, no hubieras debido tratarme por él como me trataste ayer. Casi me matas. Y entre nosotros no había pasado nada. Por uno así no».

Meck lo miraba, se va a llevar pronto otra, y ya pueden entrar los que quieran. «No, ¡ése está loco! ¿No lo has notado, Meck? No está bien de la azotea». «No y ahora acaba. Es mi amigo, Cristo, me están temblando las piernas». Entonces Lüders habla y Meck se sienta.

Había encontrado a Franz entre cinco y seis; vivía muy cerca de su antigua vivienda, tres casas más allá, lo habían visto entrar con su caja de cartón y un par

de botas en la mano, y luego lo admitieron, muy arriba, en una habitación del edificio transversal. Cuando Lüders llama y entra, Franz está echado en la cama, con los pies y las botas colgando. Lüders, a ése lo conoce, una bombilla alumbra en el techo, ése es Lüders, ahí viene ese desgraciado, qué quiere. Lüders lleva una navaja abierta en el bolsillo izquierdo, donde esconde la mano. En la otra lleva dinero, unos marcos, los pone sobre la mesa, habla de muchas cosas, se vuelve a un lado y a otro, tiene la voz ronca, enseña los chichones de la cabeza, los que le ha hecho Meck, sus orejas hinchadas, está a punto de llorar de indignación y de rabia.

Biberkopf se ha sentado, su rostro está a veces muy rígido, otras tiemblan en él pequeños bultitos. Señala a la puerta y dice en voz baja: «¡Fuera!». Lüders ha dejado sus marcos, piensa en Meck y en que están espiándolo y pide una nota que demuestre que estuvo allí, o que el propio Meck pueda subir, o Lina. Entonces Biberkopf se pone en pie del todo, e inmediatamente Lüders se

desliza hacia la puerta, tiene ya la mano en el picaporte. Biberkopf, sin embargo, atraviesa diagonalmente la habitación hacia la parte de atrás, hacia el lavabo, coge la palangana y —qué te parece— lanza el agua con fuerza a través de la habitación, a los pies de Lüders. Polvo eres y en polvo te convertirás. Lüders abre mucho los ojos, .se echa a un lado y acciona el picaporte. Biberkopf coge la jarra, en ella hay más agua todavía, nos queda mucha aún, vamos a hacer limpieza; polvo eres. La lanza contra el otro, que está junto a la puerta, salpicándole el cuello y la boca, un agua helada. Lüders se escurre afuera, ya se ha ido, la puerta está cerrada.

En el reservado susurró venenosamente: «Está loco, ya ves, ahí lo tienes». Meck le preguntó: «¿Qué número era? ¿De quién era la casa?».

Después, Biberkopf siguió lanzando palangana tras palangana. Salpicaba en

el aire con la mano: hay que limpiarlo todo, hay que deshacerse de todo; y ahora la ventana abierta y a beber; no tenemos nada que ver con eso. (Nada de casas derrumbándose, nada de tejados cayéndose, todo eso ha quedado atrás, de una vez para siempre atrás). Cuando tuvo frío en la ventana, miró fijamente al suelo. Había que secarlo, les va a gotear a los de abajo en la cabeza, hace manchas. Cerró la ventana y se tendió horizontalmente en el lecho. (Muerto. Eres polvo y en polvo te convertirás).

Con las manitas clap, clap, clap, los piececitos trap, trap, trap.

A la noche, Biberkopf no vivía ya en esa habitación. Meck no pudo averiguar adónde se había mudado. Se llevó al pequeño Lüders, que estaba muy mal dispuesto, a su taberna habitual, con los tratantes de ganado. Ellos debían preguntar a Lüders qué había pasado y qué había de la carta que recibió el tabernero. Lüders permaneció inmovible y tenía un aspecto tan rencoroso que dejaron ir al pobre diablo. El propio Meck dijo: «Ése va bien servido».

Meck reflexionaba para sí: Franz, o lo ha engañado Lina, o se ha enfadado con Lüders o alguna otra cosa. Los tratantes de ganado dijeron: «Lüders es un granuja, en lo que dice no hay una palabra de verdad. Es posible que él esté loco después de todo, Biberkopf. Ya tuvo sus cosas con lo de la licencia profesional cuando no tenía siquiera mercancía. Esas cosas salen cuando uno se enfada».

Meck no se convencía: «Eso puede revolver la bilis, pero no la cabeza. La cabeza de ninguna manera. Es un atleta, un trabajador duro, era un cargador de muebles excelente, pianos y cosas así, a ése no le puede atacar la cabeza».

«Precisamente a uno así le ataca la cabeza. Es más sensible. La cabeza le trabaja demasiado poco, y cuando lo hace se le estropea en seguida». «Bueno, y ¿cómo os va a los tratantes de ganado con vuestros procesos? ¿Todo bien?». «Los tratantes de ganado tienen la cabeza dura. Claro que sí. Si empezaran a

enfadarse acabarían todos en el manicomio de Herzberge. Nosotros nunca nos enfadamos. Encargarnos género o dejárnoslo colgado o no querer pagarlo, eso nos pasa todos los días. La gente nunca tiene dinero». «O no lo tiene siempre a mano».

«También».

Uno de los tratantes contempla su chaleco sucio: «En casa me bebo el café del plato, sabe mejor, pero mancha». «Te hace falta un babero». «Para que mi vieja se ría. No, son las manos que me empiezan a temblar, mira».

Meck y Lina no encuentran a Franz Biberkopf. Recorren medio Berlín pero

no encuentran a su hombre.

LIBRO CUARTO

Franz Biberkopf no le ha ocurrido en realidad ninguna desgracia. El lector corriente no dejará de asombrarse, preguntará: ¿y qué había pasado de extraordinario? Pero Franz Biberkopf no es un lector corriente. Se da cuenta de que sus principios, por simples que sean, deben de tener algún defecto. No sabe cuál, pero el hecho de que lo tengan basta para sumirlo en la más profunda de las depresiones. Aquí veréis al hombre emborracharse y desesperarse casi. Sin embargo, la cosa no ha sido tan dura, a Franz Biberkopf le están reservadas cosas peores.

Un puñado de hombres alrededor de la Alex

En la Alexanderplatz están levantando el pavimento para el metro. Hay que andar sobre tablas. Los tranvías cruzan la plaza y suben por la Alexanderstrasse, atravesando la Münzstrasse, hasta la Rosenthaler Tor. Hay calles a izquierda y derecha. En las calles, una casa junto a otra. Las casas están llenas de gente desde el sótano al desván. En la parte de abajo, tiendas.

Tabernas, restaurantes, fruterías y verdulerías, ultramarinos y comestibles,

empresas de transporte, pintura y decoración, sastrería de señoras, fábrica de harinas, garaje, seguros contra incendios: las ventajas de la pequeña bomba del motor son su construcción sencilla, fácil manejo, peso reducido, pequeño tamaño...

Compatriotas, nunca ha sido engañado un pueblo de forma más vergonzosa, nunca ha sido engañada una nación más vergonzosa e injustamente que el pueblo alemán. ¿Recordáis aún cuando Scheidemann, el 9 de noviembre de 1918, nos prometió desde las ventanas del Reichstag paz, libertad y pan?

¿Cómo se ha cumplido esa promesa?... Alcantarillado, limpieza de ventanas, el

sueño es la mejor medicina, cama paradisiaca de Steiner...

Librería, la biblioteca del hombre moderno, nuestras obras completas de los más eminentes escritores y pensadores constituyen la biblioteca del hombre moderno. Los grandes representantes de la vida intelectual europea... La Ley de protección del inquilinato es papel mojado[76]. Los alquileres suben continuamente. La clase media industrial se encuentra en la calle y se ve ahogada, los alguaciles hacen su agosto. Exigimos créditos públicos de hasta 15.000 marcos para la pequeña empresa y la prohibición inmediata de toda clase de embargos contra los pequeños industriales... Toda mujer tiene el

deseo y el deber de afrontar bien preparada esa hora difícil. Todos los pensamientos y sentimientos de la futura madre se centran en el que ha de nacer. Por ello, la elección de una bebida adecuada resulta de especial importancia para la futura madre. La verdadera cerveza de malta acaramelada Engelhardt le ofrece, como casi ninguna otra, buen sabor, valor nutritivo, digestibilidad y efecto refrescante... Protege a tu hijo y a tu familia concertando un seguro de vida con la sociedad suiza de seguros de vida Rentenanstalt, de Zúrich... ¡Su corazón salta! Su corazón salta de alegría si tiene su hogar amueblado con los famosos muebles Hüffner. Todo lo que usted había soñado como casa confortable se ve superado por esa realidad insospechada. Aunque pasen los años, su aspecto seguirá siendo agradable, y su durabilidad y buen resultado serán una continua fuente de alegría...

Las sociedades de vigilantes lo protegen todo, hacen la ronda exterior e interior, inspeccionan, controlan relojes, Alarmas Automáticas, Servicio de Vigilancia y Protección para el Gran Berlín y Extrarradio, Vigilancia Preventiva Alemana, Vigilancia Preventiva Gran Berlín y antiguo Departamento de Vigilancia de la Sociedad de Propietarios Berlineses, Empresa Unida, Central de Vigilancia del Oeste, Sociedad de Vigilancia[77], Sociedad Sherlock, obras completas de Sherlock Holmes por Conan Doyle, Sociedad de Vigilancia para Berlín y poblaciones

vecinas, Veeduría, Lavandería, Prendería Apoll, Lavados Adler, toda clase de ropa blanca, especialidad en ropa interior delicada de dama o de caballero[78].

Sobre las tiendas y bajo las tiendas, sin embargo, hay viviendas, y detrás

patios, edificios anexos, edificios transversales, edificios traseros, invernaderos. Linienstrasse, ahí está la casa en que Franz Biberkopf se ha refugiado después de su jaleo con Lüders.

Delante hay una bonita tienda de calzado, tiene cuatro escaparates espléndidos y seis chicas atienden a la clientela, es decir, cuando hay clientela que atender, ganan unos 80 marcos al mes por cabeza y barba, y cuando progresan y tienen ya canas, ganan 100. Esa grande y bonita tienda de calzado pertenece a una anciana señora que se casó con su gerente y, desde entonces, duerme en la parte trasera y no lo pasa bien. El es un buen mozo, ha hecho prosperar la tienda, pero todavía no ha cumplido los cuarenta y eso es lo malo, y cuando vuelve tarde a casa, la anciana señora está aún despierta y no puede dormirse de rabia... En el primer piso, el señor abogado. ¿Es el conejo montés del Ducado de Sajonia y Altemburgo uno de los animales comprendidos en las leyes de caza? El defensor impugna, sin ninguna base jurídica, la declaración de la Audiencia en el sentido de que el conejo montés del Ducado de Sajonia y Altemburgo debe incluirse entre los animales sometidos a las leyes de caza. La

determinación de los animales que quedan sometidos a esas leyes y de los que pueden ser libremente cazados ha sufrido una evolución diferente en Alemania en los distintos Under. A falta de preceptos legales específicos debe aplicarse el Derecho consuetudinario. En el proyecto de Ley de Caza de 24 de febrero de

1854 no se mencionaba el conejo de monte...[79]. Por las tardes, a las seis, entra

una limpiadora en la oficina, barre y friega el linóleo de la sala de visitas. El señor abogado no gana suficiente para comprar una aspiradora, maldito roñoso, cuando ni siquiera está casado y la señora Zieske, que se llama a sí misma ama de llaves, debería saberlo. La mujer de la limpieza cepilla y limpia con brío, es espantosamente delgada, pero elástica, y trabaja como una negra por sus dos hijos. Importancia de la grasa en la alimentación, la grasa recubre las protuberancias óseas y protege los tejidos subyacentes contra presiones y golpes, por ello, las personas demacradas se quejan de dolores en las plantas de los pies al andar. Sin embargo, eso no se aplica a esta limpiadora.

El señor Löwenhund, abogado, está sentado en su escritorio y trabaja a la luz

de dos lámparas de mesa. Casualmente el teléfono no funciona.

En relación con la causa criminal A mayúscula 8.780-27, adjunto le

remito el poder otorgado a mi nombre por la acusada señora Gross. Solicito respetuosamente que se me conceda una autorización general para hablar con ella... Señora Eugenie Gross, Berlín. Muy señora mía: Hace tiempo que tengo la intención de visitarla de nuevo. No obstante, como consecuencia del exceso de trabajo y de una ligera

indisposición no me ha sido posible. Confío sinceramente en poder hacerlo el próximo miércoles y le mego que tenga paciencia hasta entonces. Muy atentamente. Las cartas, los giros postales y los paquetes deben llevar el nombre del destinatario, indicando su número de presidiario. Deberán remitirse a Moabit, 12 a, Berlín NW 52.

...Señor Tollmann. En relación con el asunto de su hija, debo presentarle una nueva minuta por un importe de 200 marcos. Podrá realizar el pago a plazos si lo prefiere. Segundo: nueva presentación del documento... Muy señor mío: Como desearía visitar a mi pobre hija en Moabit y no sé a quién dirigirme, quisiera rogarle encarecidamente que se ocupase de que pudiera conseguirlo, y que al mismo tiempo presentase una solicitud a fin, de poder llevarle a ella, cada quince días, un paquete de comestibles. Espero sus noticias a vuelta de correo, a ser posible a fines de esta semana o principios de la próxima. Señora Tollmann (madre de Eugenie Gross)... El abogado Löwenhund se levanta con el cigarro en la boca, mira por la rendija de la cortina

la iluminada Linienstrasse y piensa, la llamo o no la llamo. Las enfermedades venéreas, desgracia merecida, Audiencia de Francfort 1, C 5. Cabe considerar con menor severidad la permisibilidad moral de las relaciones sexuales del hombre soltero, pero hay que admitir que, desde el punto de vista jurídico, existe una culpa y que las relaciones sexuales fuera del matrimonio, como dice Staub, son una extravagancia que tiene sus peligros, y que esos peligros debe soportarlos quien tal extravagancia se permite. También Planck, en el sentido de la presente decisión, considera incluso como enfermedad causada por grave imprudencia la debida a las relaciones sexuales extramatrimoniales de una persona obligada al servicio militar...[80]. Descuelga el auricular, por favor, central de Neukölln, el número corresponde ahora a Bärwald.

Segundo piso: el administrador y dos matrimonios obesos, el hermano y su

mujer y la hermana con su marido, con una niña enferma además.

Tercer piso, un hombre de 64 años, un ebanista calvo. Su hija, divorciada, le lleva la casa. Todas las mañanas él baja ruidosamente la escalera, anda mal del corazón, pronto tendrá que darse de baja por enfermo (esclerosis coronaria, miodegeneratio cordis)[81]. Antes hacía remo, ¿qué puede hacer ahora? Leer el periódico por la noche, encender su pipa, la hija,

naturalmente, tiene que cotorrear entretanto en el portal. No tiene mujer, murió a los 45 años, era

apasionada y de rompe y rasga, nunca le bastaba, ya saben, y una vez metió la pata, pero no dijo nada, al año siguiente hubiese entrado quizá en la menopausia, y entonces va a una mujer de ésas y luego al hospital para no salir ya.

Al lado un tornero, unos treinta, tiene un chico pequeño, habitación y cocina, también su mujer ha muerto, tisis, él tose también, el chico está durante el día en una guardería, por la noche lo recoge el hombre. Cuando el chico se ha ido a dormir, el hombre se prepara una tisana y se entretiene con su aparato de radio, es presidente de la asociación de aficionados y no se puede dormir sin haber cogido la onda.

Luego, un camarero con una mujer, habitación y cocina, bien instalados, lámpara de gas con colgantes de cristal. Por las mañanas, el camarero está en casa hasta las dos, hasta entonces duerme o toca la cítara, a la misma hora en que el abogado Löwenhund, en los juzgados 1,2 y 3, va de un lado a otro con su toga negra por los pasillos, sale de la sala de abogados, entra en la sala de abogados, sale de la sala de juicios, entra en la sala de juicios, se suspende la sesión, solicito que el acusado sea condenado en rebeldía. La novia del camarero es supervisora de unos grandes almacenes. Eso dice. Al camarero, cuando estuvo casado, su mujer lo engañaba horribilmente. Sin embargo,

siempre conseguía consolarlo, hasta que la dejó. Vivió durmiendo aquí y allá, volvía siempre a su mujer y, finalmente, lo declararon culpable en el juicio porque no pudo probar nada y había dejado a su mujer deliberadamente. Luego conoció en el Hoppegarten a su actual, cuando ella andaba a la caza del hombre. Una mujer del mismo calibre que la primera, naturalmente, sólo que un poco más lista. Él no se da cuenta de nada cuando su novia, cada equis días, sale de viaje por cuenta de la empresa, desde cuándo sale de viaje una supervisora, bueno, es un puesto de confianza. Ahora, sin embargo, él está sentado en un sofá, tiene una toalla húmeda en la cabeza, llora y ella tiene que atenderlo. Se resbaló en la calle y se quedó allí tendido. Eso dice. Le ha debido de sacudir alguien. Ella no sale en viaje de negocios. Habrá notado algo él, sería una lástima, es un tonto tan simpático. Ya lo meteremos en cintura.

Arriba del todo un triperero, lo que, naturalmente, huele mal y hay muchos

gritos de niño y mucho alcohol. Por último, al lado, un oficial panadero y su mujer, que trabaja en una imprenta y tiene inflamados los ovarios. ¿Qué les ofrece la vida a estos dos? Bueno, en primer lugar se tienen el uno al otro, y

luego, el domingo pasado, varietés y cine, y de vez en cuando una reunión del gremio y las visitas a sus padres. ¿Y nada más? Bueno, no es para ponerse así, señor. Están también el buen tiempo, el

mal tiempo, una excursión al campo, sentarse junto al fuego, desayunar, etc. ¿Qué le ofrece la vida a usted mi capitán, mi general, mi jockey? No se haga ilusiones.

Biberkopf narcotizado, Franz se esconde, Franz no quiere mirar

Ten cuidado, Franz Biberkopf, ¿cómo va a acabar toda esta juerga? Siempre tumbado en tu cueva sin hacer más que beber y sin pensar en nada, en nada...

A quién le importa lo que yo haga. Si quiero no pensar en nada, puedo no pensar en nada hasta pasado mañana, sin moverme del sitio... Se muerde las uñas, gime, mueve la cabeza de un lado a otro sobre la sudada almohada, resopla por la nariz... Si me da la gana, me quedo así hasta pasado mañana. Si por lo menos esa mujer encendiera la estufa. Es una vaga, sólo piensa en sí misma.

Aparta la cabeza de la pared, en el suelo hay una papilla, un charco... Vomitado. Debo de haber sido yo. Qué cosas tiene un hombre en el estómago. Puah. Telarañas en esa esquina gris, no

sirven para cazar ratones. Me gustaría beber agua. A quién le importa. También los riñones me duelen. Pase, pase, señora Schmidt. Entre las telarañas de ahí (traje negro, dientes largos). Es una bruja (viene del techo). ¡Puah! Un idiota me preguntó por qué me quedo metido en casa. En primer lugar, le digo, ¿qué derecho tiene usted a preguntarme nada, tío idiota? En segundo, qué pasa si estoy aquí de ocho a doce. Y además en esta asquerosa covacha. El dijo que era una broma. No, no es ninguna broma. También Kaufmann lo dijo, que le pregunte a él. Quizá me las arregle para, en febrero, en febrero o en marzo, en marzo estaría bien...

—¿Perdiste tu corazón en la Naturaleza? No perdí mi corazón allí. Es verdad que, cuando estaba frente a los gigantes alpinos o echado en la playa del rugiente mar sentía como si la esencia del espíritu original quisiera arrastrarme consigo. Algo hervía y se agitaba en mis huesos. Mi corazón fue conmovido, pero no lo perdí ni donde anidan las águilas ni donde el minero busca en las profundidades el filón escondido.

—¿Dónde entonces?

¿Perdiste tu corazón en el deporte? ¿En la corriente turbulenta del movimiento juvenil? ¿En el tumulto de la política?

—No lo perdí allí.

—¿No lo has perdido en ninguna parte?

¿Eres de los que nunca pierden el corazón sino que se lo guardan para sí, lo conservan cuidadosamente y lo momifican?

El camino hacia el mundo sobrenatural, conferencias públicas.

Domingo de difuntos: ¿acaba todo con la muerte? Lunes, 21 de noviembre, a las ocho de la noche: ¿Se puede hoy tener fe?

Martes, 22 de noviembre: ¿Puede cambiar el hombre? Miércoles, 23 de noviembre: ¿Quién es justo ante Dios? Es de señalar especialmente la nueva versión del oratorio «San Pablo»[82].

Domingo, a las ocho menos cuarto.

Noches, señor párroco. Soy el obrero Franz Biberkopf, sin trabajo fijo. Antes era mozo de cuerda, ahora estoy sin trabajo. Quería preguntarle algo. Concretamente, qué se puede hacer contra el dolor de estómago. Me sube una cosa ácida. Ay, otra vez. ¡Puah! La maldita bilis. Naturalmente, es del mucho beber. Permítame, perdone que lo aborde así en mitad de la calle. Le estoy impidiendo cumplir sus obligaciones. Pero qué puedo hacer contra esta maldita bilis. Los cristianos tienen que ayudarse. Usted es buena persona. Yo no iré al cielo. ¿Por qué? Pregúnteselo a la

señora Schmidt, que ahí arriba se descuelga siempre del techo. Entra y sale, y dice siempre que me levante. Pero a mí no tiene nadie que decirme nada. Sin embargo, si hay criminales en el mundo, yo puedo hablar del asunto. Un hombre de honor. A Karl Liebknecht lo juramos, a Rosa tendemos las manos[83]. Iré al Paraíso cuando muera y usted se inclinará ante mí y dirá: ése es Franz Biberkopf, un hombre de honor, un alemán, sin trabajo fijo, hombre de honor, en alto ondea la bandera negra, blanca y roja[84], pero él ha sabido mantenerse, no se ha vuelto un asesino como otros, que pretenden ser alemanes y engañan a sus conciudadanos. Si tuviera un cuchillo se lo clavaría en el vientre. Lo haría. (Franz da vueltas en la cama y golpea a su alrededor). Ahora te toca a ti ir corriendo al párroco, chaval. ¡Chavachavachaval! Si te divierte, si todavía puedes graznar, tú. Un hombre de honor, no voy a tocarle a ése, señor párroco, no me rebajo, los canallas no deben estar ni en la cárcel; yo estuve en la cárcel, me la conozco al dedillo, un negocio de primera, mercancía de la mejor calidad, es la pura verdad, no hay sitio allí para canallas, sobre todo para uno como ése, que no se avergüenza siquiera ante su mujer, cosa que debería, y ante el mundo entero además.

Dos y dos son cuatro, es la pura verdad.

Aquí tiene usted a un hombre, perdone por interrumpirle en sus obligaciones, tengo tales dolores de estómago. Ya aprenderé a

dominarme. Un vaso de agua, señora Schmidt. Este pendón tiene que meter las narices en todas partes.

Franz en retirada. Franz les toca a los judíos una marcha de despedida

Franz Biberkopf, fuerte como una serpiente cobra pero inseguro sobre las piernas, se levantó y fue a ver a los judíos de la Münzstrasse. No fue directamente, sino dando un gran rodeo. El hombre quiere acabar con todo. El hombre quiere hacer tabla rasa. Ahí vamos otra vez. Franze Biberkopf. Tiempo seco, frío pero vigorizante, quién querría estar ahora en un portal, ser vendedor ambulante y tener los pies congelados. Un hombre de honor. Una suerte haber salido de la habitación y no oír el cacareo de las mujeres. Aquí está Franze Biberkopf, andando por la calle. Todas las tabernas vacías. ¿Por qué? Los vagos duermen aún. Los taberneros pueden beberse su propia agua sucia. El agua

sucia son dividendos. A nosotros no nos apetece. Bebemos matarratas.

Franz Biberkopf se abría paso tranquilamente, metido en su abrigo verde grisáceo de soldado, a través de la gente, mujerucas que compraban en los carros verduras, queso y arenques. Alguien pregonaba cebollas.

La gente hace lo que puede. Tienen niños en casa, bocas hambrientas, picos

de pájaro, boca abierta, boca cerrada, boca abierta, boca cerrada, abierta, cerrada, abierta, cerrada.

Franz anduvo más deprisa, dobló la esquina pisando fuerte. Eso es, aire libre. Pasó con más calma junto a los grandes escaparates. ¿Qué cuestan las botas? Zapatos de charol, zapatos de baile, tienen que resultar muy elegantes en los pies, una chica con zapatos de baile. El ridículo de Lissarek, el de Bohemia, el viejo de los grandes agujeros de la nariz que estaba en Tegel, hacía que su mujer, o la que se hacía pasar por ella, le llevara cada tantas semanas un par de bonitas

medias de seda, un par nuevo y un par viejo. Para partirse de risa. Aunque ella tuviera que robarlas, él tenía que tenerlas. Una vez lo pescaron con las medias en sus piernas roñosas, menudo inútil, se miraba las piernas y se excitaba, y se le ponían las orejas

coloradas, para partirse de risa. Muebles a plazos. Muebles de cocina en doce mensualidades.

Biberkopf seguía caminando satisfecho. Sólo hacía falta mirar de vez en cuando la acera. Examinaba sus pasos y el pavimento firme, bonito y seguro. Sin embargo, su vista resbaló de pronto por las fachadas, examinó las fachadas, se aseguró de que estaban quietas y no se movían aunque, en realidad, una casa así tiene muchas ventanas y puede inclinarse fácilmente hacia delante. Eso puede transmitirse a los tejados, arrastrarlos consigo; los tejados pueden oscilar. Pueden empezar a oscilar, a columpiarse, a agitarse. Los tejados pueden resbalar, como la arena por una pendiente inclinada, como un sombrero de la cabeza. Al fin y al cabo todos están inclinados sobre las vigas, la fila entera. Pero están clavados, con fuertes maderos debajo y además está el embreado, el alquitrán. La guardia junto al Rin, tu guardia fiel, está advertida. Buenos días, señor Biberkopf, aquí andamos derechos, el pecho fuera, la espalda recta, amigo, por la Brunnenstrasse. Dios se apiada de todos los hombres, somos ciudadanos alemanes, como ha dicho el director de la prisión.

Uno de gorra de cuero, de rostro pálido y fofo, se rascaba con el meñique un forúnculo de la barbilla, mientras se le caía el labio inferior. Otro de anchas espaldas y los fondillos del pantalón colgantes estaba atravesado junto a él, cerraban el paso, Franz los rodeó. El de la gorra de cuero se hurgaba en la oreja derecha.

Observó satisfecho que todos iban tranquilamente por la calle, los cocheros descargaban, las autoridades se ocupaban de las casas, ruge una voz como un trueno, luego también podemos andar por aquí... Una columna de anuncios en la esquina, sobre el papel amarillo decía en negros caracteres latinos: «¿Has vivido junto al hermoso Rin?»[85]. «El Rey de los delanteros centro». Había cinco hombres formando un pequeño círculo sobre el asfalto, balanceaban los martillos, partían el asfalto en pedazos, al de la chaqueta de lana verde lo conocemos, seguro, ése tiene trabajo, también podemos hacer eso, más adelante, se agarra con la mano derecha, se levanta, se coge, y abajo, dale. Somos los hoombres que trabajan, el proletariado[86]. Arriba a la derecha, abajo a la

izquierda. Arriba a la derecha, abajo a la izquierda, dale. Peligro Obras, Compañía Hormigonera de Stralau.

Caminaba sin rumbo fijo, junto a los rechinantes tranvías. ¡No os apeéis en marcha! ¡Aguardad a que el coche se detenga! El guardia dirige el tráfico, un cartero quiere cruzar rápidamente aún. Yo no tengo prisa, sólo quiero ir a casa de los judíos. De todos modos los voy a encontrar. Se te llenan las botas de porquería, pero de todas formas no están limpias, quién las va a limpiar, quizá la Schmidt, que no hace nada (telarañas en el techo, regüeldo agrio, hace ruidos con el paladar, vuelve la cabeza hacia los escaparates: Gargoyle Mobilöl Vulcanizados, Peinados a lo

garçon, ondulado sobre fondo azul, Pixavon[87], preparado fino a base de brea). Quizá la gorda Lina podría limpiarme las botas... Eso bastó para hacerle avivar el paso.

El estafador de Lüders, la carta de la mujer, le voy a clavar un cuchillo en la tripa. Diosdiosdiós, oye, déjalo estar, hay que dominarse, canalla, no hay que ponerle a nadie la mano encima, ya hemos estado una vez en Tegel. Así pues: trajes a medida, confección para caballeros, eso en primer lugar, y luego carrocerías, accesorios de automóvil, también importante, para rodar deprisa pero no demasiado.

Pierna derecha, pierna izquierda, pierna derecha, pierna izquierda, siempre despacio, sin empujar, señorita. Cuidado: tumulto y guardia. ¿Qué es eso? Despacio que tengo risa. Jújuju, jújuju, cantan los gallos. Franz estaba contento, todas las caras parecían más amables.

Se dejó absorber con alegría por la calle. Soplaba un viento frío, mezclado, según las casas, con cálidos olores de sótano, frutas del país y meridionales, gasolina. El asfalto no huele en invierno.

En casa de los judíos, Franz estuvo sentado una hora entera en el sofá. Ellos

hablaron, él habló, él se asombró, ellos se asombraron durante una hora entera.

¿De qué se asombraba mientras estaba en el sofá y ellos hablaban y hablaba él? De que él estuviera allí hablando y de que ellos hablaran, y se asombró sobre todo de sí mismo. ¿Por qué se asombró de sí mismo? Sabía y se daba cuenta por sí mismo, lo comprobaba como un contable un error de cálculo. Lo comprobaba.

Estaba decidido; se asombraba de la decisión a que había llegado. Esa decisión decía, mientras los miraba a la cara, sonreía, preguntaba, respondía: Franz Biberkopf, ya pueden decir lo que quieran, llevan túnicas pero no son

curas, es un caftán, son de Galizia, de cerca de Lemberg según dicen, son listos, pero a mí no me enseñan nada. Estoy aquí sentado en el sofá y no voy a tener tratos con ellos. He hecho lo que he podido.

La última vez que estuve aquí me senté con uno sobre la alfombra. Uy, se resbala uno, me gustaría probarlo. Pero hoy no, eso ya ha pasado. Aquí estamos, clavados sobre nuestras cuatro letras, mirando a los dichosos judíos.

El hombre no da más de sí, no es una máquina. El undécimo mandamiento es no dejarse deslumbrar. Una bonita casa tienen los hermanos, sencilla, de mal gusto y sin ninguna ostentación. Con eso no van a apabullar a Franzen. Franz sabe dominarse. Eso ha pasado. A la cama, a la cama el que tenga, y el que no la tenga

también a la cama, a la cama. Se acabó el trabajar. El hombre no da más. Cuando la bomba se atasca en la arena, ya se le puede dar lo que se quiera. Franz tiene derecho a jubilación sin pensión. Qué es eso, pensó maliciosamente, mirando el borde del sofá, jubilación sin pensión.

«Y cuando se tiene una fuerza como usted, se es un hombre tan fuerte, hay que dar gracias al Creador. Qué le puede pasar. ¿Por qué tiene que darse a la bebida? Si no hace una cosa, hará otra. Se va al mercado, se pone delante de los puestos, se pone en la estación: qué creéis que un hombre así me cobró hace poco, cuando volví de Landsberg la semana pasada, un día estuve fuera, qué creéis que me cobró. Adivina, Nahúm, un hombre alto como puerta, un Goliat. Dios me proteja. Cincuenta pfennig. Pues eso, cincuenta pfennig. Habéis oído, cincuenta pfennig. Por llevar una maletita de aquí a la esquina. Yo no quería llevarla porque era sábado. El hombre me cobra cincuenta pfennig. Pero yo lo miré. Bueno, también usted podría... sabe, tengo algo para usted. ¿No hay algo en casa de Feitel, el comerciante de trigo? Di, tú conoces a Feitel». «A Feitel no, a su hermano». «Pues eso, el que se dedica al trigo. ¿Quién es su hermano?». «El hermano de Feitel, ya te lo he dicho». «Yo no conozco a todo el mundo en Berlín». «El hermano de Feitel. Un hombre con unos ingresos que...». Movi6 la cabeza con desesperada admiraci6n. El pelirrojo levant6 el brazo y agach6 la cabeza: «No me digas. Pero de Czemowitz». Se habían olvidado de

Franz. Losados pensaban intensamente en las riquezas del hermano de Feitel. El pelirrojo andaba excitado de un lado a otro, dio un resoplido por la nariz. El otro ronroneaba, irradiaba satisfacción, se sonreía con disimulo detrás de él, chascaba las uñas: «Sssí». «Magnífico. No me digas». «La familia está hecha de oro. Y no

es hablar por hablar. Oro». El pelirrojo daba vueltas y se sentó emocionado en la ventana. Lo que pasaba fuera lo llenó de desprecio, dos hombres, en mangas de camisa, lavaban un coche, un coche viejo. A uno le colgaban los tirantes del pantalón, arrastraban dos cubos de agua, el patio estaba inundado. Con la mirada pensativa, soñando con oro, contemplaba a Franz: «¿Qué os parece?». Qué le va a parecer, es un pobre hombre, medio loco, qué sabe un desgraciado así del dinero de Feitel de Czernowitz; éste no dejaría que le limpiara los zapatos. Franz le devuelve la mirada. Buenos días, señor párroco, los tranvías siguen repiqueteando, sin embargo, sabemos ya qué hora ha sonado, nadie puede dar más de lo que tiene. Se acabó el trabajo, y aunque la misma nieve ardiera no moveríamos un dedo, nos quedaríamos impávidos.

La serpiente había bajado del árbol deslizándose. Maldita serás entre todos

los animales, te arrastrarás sobre el vientre, comerás polvo durante toda tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer. Parirás

con dolor, Eva. Adán, por ti será maldita la tierra, te dará espinas y abrojos y comerás las hierbas del campo.

Ya no trabajamos, no vale la pena, y aunque la misma nieve ardiera no moveríamos un dedo.

Ésa era la palanca de hierro que Franz Biberkopf tenía en las manos, con la que estuvo sentado y salió después por la puerta. Sus labios decían algo. Vacilando había llegado furtivamente hasta allí, había salido hacía meses de la prisión de Tegel, había tomado el tranvía, recorriendo rápidamente las calles, las casas, los tejados que resbalaban, había estado en casa de los judíos. Se puso en pie, vámonos, aquella vez fui a ver a Minna, qué hago aquí, vamos a ver a Minna, a verlo todo bien y ver cómo pasó.

Se largó. Estuvo rondando la casa de Minna. En una banqueta se sentaba Marieta haciendo calceta, ¡ay qué pobreta![88]. Qué me importa. Husmeaba en torno a la casa. Qué me importa. Que sea feliz con su viejo. De nabos y repollos mi madre nos hinchaba, si hubieran sido pollos, en casa me quedaba. Aquí los gatos echan el mismo pestazo que en todas partes. No vuela liebre en la avena cual tocino en la alacena. Voy a andar por aquí devanándome los sesos y mirando la casa. Y toda la patulea haciendo kikirikí.

Kikirikí. Kikirikí. Así habló Menelao. Y sin quererlo entristeció de tal modo el

corazón de Telémaco, que las lágrimas rodaron por las mejillas de éste y tuvo que apretar con ambas manos el manto de púrpura contra sus ojos.

Entretanto, la princesa Helena salió de los aposentos de las mujeres, semejante a una diosa por su belleza.

Kikirikí. Hay muchas clases de gallinas. Sin embargo, si me preguntaran por mi honor y en conciencia cuáles son mis preferidas, respondería lisa y llanamente: las gallinas asadas. También los faisanes pertenecen a las gallináceas y en la Vida animal de Brehm se dice: La polla de agua enana se diferencia de la de los pantanos, además de por su menor tamaño, porque en la primavera macho y hembra tienen casi el mismo plumaje. Los exploradores de Asia conocen también el monial o monal, que los científicos llaman faisán de plata. Es difícil describir su espléndido colorido. Su reclamo, un largo silbido quejumbroso, se oye en los bosques a todas horas del día, pero con más frecuencia antes del alba y al caer la tarde.

Sin embargo, todo eso ocurre muy lejos, entre Sikkim[89] y Bhután, en la

India, para Berlín resultan unos conocimientos de ratón de biblioteca bastante inútiles.

Porque al hombre le pasa lo que al animal; lo mismo que éste muere, también muere aquél[90]

El matadero de Berlín. Al nordeste de la ciudad, entre la Eldenaer Strasse y la Cotheniusstrasse, pasando por la Thaer strasse y por la Landsberger Allee, a lo largo del ferrocarril de circunvalación, se extienden las casas, naves y establos del matadero y los corrales.

Ocupa una superficie de 47,88 hectáreas, equivalente a 187,50 fanegas y, sin

contar los edificios de detrás de la Landsberger Allee, se ha tragado 27.083.492 marcos, de los cuales 7.682.844 corresponden a los corrales y 19.410.648 al matadero.

Corrales, matadero y mercado de carne al por mayor constituyen una unidad económica indivisible. El órgano administrativo es la

Diputación de Corrales y Mataderos, que se compone de dos magistrados, un representante de la oficina del distrito, 11 concejales y tres representantes de los ciudadanos. En el servicio trabajan 258 funcionarios, entre ellos veterinarios, inspectores, marcadores de reses, ayudantes de veterinario, ayudantes de inspector, empleados y obreros. Ordenanza de circulación del 4 de octubre de 1900, disposiciones generales, reglamentación de la conducción de ganado y suministros de pienso. Tarifa de impuestos: impuestos de mercado, impuestos de depósito, impuestos de matadero, impuestos de eliminación de artesas de pienso del mercado de cerdos.

A lo largo de la Eldenaer Strasse se levantan los muros de color gris sucio, con alambre espinoso en su parte superior. Fuera los árboles están desnudos, es invierno, los árboles han trasladado su savia a las raíces, aguardan la primavera. Los carros del matadero llegan con galope elegante, con sus ruedas amarillas y rojas y sus ágiles caballos delante. Detrás de un carro trota un caballo escuálido, desde la acera alguien llama Erra regatean por el jamelgo, 50 marcos y una ronda para los ocho, el caballo se vuelve, tiembla, mordisquea un árbol, el cochero le da un tirón de la boca, 50 marcos y una ronda, Otto, si no, me voy. El de abajo da una palmada al caballo: trato hecho.

Amarillos edificios de la administración, un obelisco a los caídos en la guerra. Y a derecha e izquierda, largas naves de

techos de cristal, son los corrales, las salas de espera. Fuera hay pizarras: Propiedad de la Asociación Mutua de Grandes Mataderos de Berlín[91], asociación registrada. No se permite poner anuncios en la pizarra sin autorización, La Junta.

En las largas naves hay puertas, negras aberturas para la entrada de los animales, y sobre ellas números, 26, 27, 28. La nave del ganado vacuno, la nave del ganado porcino, las salas de matanza: tribunales de muerte para los animales, hachas que se ciernen, no saldrás vivo de aquí. Al lado hay calles pacíficas, la Strassmannstrasse, la Liebigstrasse, la Proskauer, jardines por los que la gente pasea. Viven calientes juntos, si uno se pone enfermo y le duele la garganta, viene el médico corriendo.

Pero al otro lado los raíles del ferrocarril de circunvalación se extienden 15

kilómetros. De provincias llega el ganado en tren. Ejemplares de las especies oveja, cerdo y vaca, de la Prusia oriental, la Pomerania, Brandemburgo y la Prusia occidental. Bajan por las rampas balando y mugiendo. Los cerdos gruñen y husmean el suelo, no saben adónde van, los mozos los siguen con varas. En los corrales se echan, están juntos echados, blancos y gordos, roncan, duermen. Los han hecho andar largo tiempo, luego los han sacudido en los coches, ahora no

hay nada que vibre bajo ellos, sólo que las baldosas están frías, se despiertan, se aprietan contra los demás. Están echados unos sobre otros. Ahí hay dos que luchan, en el establo hay sitio, se golpean las cabezas, se tiran mordiscos al cuello, a las orejas, dan vueltas en círculo, lanzan estertores, a veces se quedan muy quietos, limitándose a morder. Atemorizado, uno de ellos trepa sobre los cuerpos de los otros, el otro trepa detrás, muerde, los de abajo se remueven, los dos caen al suelo pesadamente, se buscan.

Un hombre de blusa de dril atraviesa el pasillo, se abre el establo, el hombre se mete entre los animales con un palo, la puerta está abierta y ellos se empujan para salir, chillan, comienzan los gruñidos y berridos. Y ahora todos están en los pasillos. Por los patios, entre las naves, son llevados los blancos y graciosos animales, los gordos y alegres perniles, los divertidos rabos enroscados y las estrías verdes y rojas de sus lomos. Esto es la luz, mi querido cerdito, esto es la tierra, olfatéala, busca, cuántos minutos os quedan. No, tenéis razón, no hay que trabajar contra reloj, sólo hay que hozar y olfatear. Os van a matar, estáis ahí, echad una ojeada al matadero, al matadero de cerdos. Hay edificios viejos, pero vosotros tenéis un nuevo modelo. Es claro, hecho de ladrillo, se podría tomar por fuera por una cerrajería, por un taller o un edificio de oficinas o por una sala de diseño. Yo voy a dar una vuelta por otro lado, queridos cerditos, porque soy un hombre, me voy a ir por esa puerta, dentro nos encontraremos.

Un empujón a la puerta, cede, se columpia adelante y atrás. ¡Puah, qué vapor! Qué estarán cocinando ahí. Estás rodeado de vapor como en un baño, quizá los cerdos tomen baños turcos. Se va hacia algún lado, no ves adónde, se le empañan a uno las gafas, quizá se anda desnudo, se suda el reumatismo, con coñac sólo no basta, se hace ruido con las zapatillas. No se puede ver nada, el vapor es demasiado espeso. Pero esos chillidos, estertores, golpes, gritos de hombre, herramientas que caen, tapas que se abaten. Por algún lado deben de andar los cerdos, han venido desde el otro lado, por la puerta lateral. Este vapor blanco y espeso. Ahí están los cerdos, algunos ya colgando, están ya muertos, los han cortado, casi están listos para comérselos. Ahí hay un hombre con una manga que riega las dos mitades blancas del cerdo. Cuelgan de postes de hierro, cabeza abajo, algunos cerdos están enteros, tienen las patas separadas arriba por una tabla transversal, un animal muerto no puede hacer nada, tampoco correr. Las manos de cerdo, cortadas, forman un montón. Dos hombres salen de la niebla trayendo algo, un animal abierto y sin entrañas colgado de una barra de hierro. Levantan la barra hasta el círculo del techo. Allí se columpian ya muchos colegas, contemplando estúpidamente las baldosas.

Atraviesas la sala entre la niebla. Las losas están estriadas, están húmedas y también llenas de sangre. Entre los postes, las hileras

de animales blancos desentrañados. Detrás deben de estar los lugares de sacrificio, se oyen golpes, ruidos, chillidos, gritos, estertores, gruñidos. Allí hay calderas humeantes, cubas, de ahí viene el vapor. Los hombres meten en el agua hirviente los animales muertos, los escaldan y los sacan muy blancos, un hombre les raspa aún la piel con un cuchillo, el animal queda aún más blanco, muy liso. Muy blandos y blancos, muy satisfechos como después de un baño cansado, tras una operación con éxito o un masaje, los cerdos yacen en filas sobre bancos, tablas, en su tranquilidad repleta y con sus nuevas camisas blancas, no se mueven. Todos están echados de lado, a algunos se les ve la doble fila de tetillas, cuántas tetas tiene una cerda, deben de ser animales fecundos. Pero todos tienen aquí un tajo rojo y derecho en el cuello, exactamente en su parte central, es muy sospechoso.

Ahora suenan otra vez golpes secos, se abre una puerta al fondo, sale el vapor, entran un nuevo grupo de cerdos, vosotros corréis por ahí, yo he entrado por delante, por la puerta corrediza, graciosos y rosados animales alegres perniles, alegres rabos enroscados, lomos con rayas de colores. Y olfatean el nuevo recinto. Es frío como el de antes, pero hay además algo húmedo en el suelo que resulta desconocido, una viscosidad roja. La frotan con el hocico.

Un hombre joven de cara pálida, con el cabello rubio y aplastado, tiene un cigarro en la boca. ¡Miradlo, es el último hombre que se

ocupará de vosotros! No penséis mal de él, sólo cumple con su obligación. Tiene que arreglar con vosotros un asunto administrativo. Sólo lleva botas, pantalones, camisa y tirantes, las botas hasta la rodilla. Ése es su uniforme. Se quita el cigarro de la boca, lo coloca en un estante de la pared y coge un hacha larga del rincón. Es el emblema de su autoridad, de su superioridad sobre vosotros, como la chapa de la policía criminal. Enseguida os la enseñará. Es un largo mango de madera que el joven levanta a la altura de sus hombros sobre los cerditos alborotadores, que hozan, olisquean y gruñen debajo tan tranquilos. El hombre va de un lado a otro con la vista baja, buscando, buscando. Se trata de pesquisas sobre cierta persona, sobre cierta persona implicada en el caso x contray... ¡Zas! Uno ha salido

corriendo ante sus pies, ¡zas! otro más. El hombre es rápido, ha quedado bien, el hacha ha caído silbando, se ha hundido en la aglomeración por su lado romo, golpeando una cabeza, otra cabeza más. Ha sido un momento. Algo patalea en el suelo. Algo se agita. Se mueve de un lado a otro. Ya no sabe nada. Y se queda allí.

Qué hacen las patas, la cabeza. Pero eso no lo hace el cerdo, lo hacen las patas por su cuenta. Y dos hombres de la sala de calderas se han asomado ya, ahora les toca a ellos, levantan una puertecita que da al lugar del sacrificio, sacan arrastrando al animal, afilan el largo cuchillo en un hierro y se arrodillan, shhh,

shhh, han golpeado en el cuello, han desgarrado un largo corte, un corte muy largo en el cuello, abren al animal como un saco, cortes que se hundan profundamente, el animal se estremece, patalea, se debate, pierde el conocimiento, ahora sólo el conocimiento, pronto algo más, chilla y ahora le abren las venas del cuello. Está profundamente inconsciente, hemos entrado en la Metafísica, la Teología, hijo mío, ya no andas por la tierra, ahora flotamos sobre nubes. Rápidamente el balde plano, la sangre caliente y negra cae a borbotones, espumea, forma pompas en el balde, hay que revolverla rápidamente, la sangre se cuaja en el cuerpo, forma coágulos, taponan las heridas. Ahora está fuera del cuerpo y sigue queriendo coagularse. Como un niño que grita mamá, mamá, cuando está en la mesa de operaciones y mamá no pinta nada, y mamá no quiere venir, pero uno se asfixia bajo la mascarilla de éter, y todavía sigue gritando, hasta que no puede más: mamá. Ris, ras, las venas de la derecha, las venas de la izquierda. Hay que revolver deprisa. Así. Ahora ceden los estremecimientos. Ahora estás tranquilo. Hemos llegado al fin de la Fisiología y la Teología, comienza la Física.

El hombre arrodillado se levanta. Le duelen las rodillas. El cerdo debe ser

hervido, desentrañado, despedazado, paso a paso. El jefe, bien alimentado, va de un lado a otro con su pipa a través del vapor, a veces mira dentro de un vientre abierto. En la pared, junto a la

puerta batiente, hay un cartel: Baile de los principales expedidores de ganado de Saalbau, Friedrichshain, Orquesta Kembach. Fuera están anunciados combates de boxeo, Salas Germania, Chausseestrasse 110, Entradas 1,50 a 10 marcos. Cuatro combates válidos para el campeonato.

Movimiento del mercado de ganado: 1.399 vacas, 2.700 terneros, 4.654 ovejas,

18.864 cerdos. Curso del mercado: vacas de buena calidad sin altibajos, por lo demás tranquilo. Terneras sin altibajos. Ovejas tranquilo. Cerdos al principio firme, luego débil, escasa demanda de los muy cebados.

En las rutas del ganado sopla el viento, llueve. Las vacas mugen, los hombres conducen un gran rebaño ruidoso y cornudo. Las reses se atraviesan, se quedan inmóviles, van por donde no deben, los hombres corren a su alrededor con varas. Un toro salta en medio del barullo sobre una vaca, la vaca corre a derecha e izquierda, el toro la persigue, una y otra vez se sube, formidable, a ella.

Llevan a un gran toro blanco al matadero. Aquí no hay vapor, ni un lugar especial como para los múltiples cerdos. El fuerte y grande animal, el toro, entra solo por la puerta entre los que lo llevan. Ante él se abre la sangrienta nave con las mitades y los cuartos colgantes, con los huesos troceados. El gran toro tiene la testuz

ancha. Lo llevan a palos y empujones hasta el matarife. Éste, para que se cuadre mejor, le da aún un ligero golpe con la parte plana del hacha en una de las patas traseras. Ahora, uno de los conductores le rodea el cuello desde abajo. El toro está quieto, cede, cede con sorprendente facilidad, como si estuviera de acuerdo y dispuesto después de todo lo que ha visto, y lo sabe: es su destino y no puede hacer nada. Quizá tome el movimiento del vaquero por una caricia, porque parece muy amistoso. Sigue el movimiento de los brazos del vaquero, tuerce la cabeza hacia un lado, con la boca hacia arriba.

Sin embargo, detrás de él está el otro, el matarife, con el mazo levantado. No te vuelvas. El mazo, levantado por el forzudo con ambas manos, está detrás de él, sobre él y, luego: bum, se abate. La fuerza muscular de un hombre fuerte, como una cuña de hierro en la nuca. Y en el momento en que el mazo está todavía abajo, saltan en el aire las cuatro patas del animal, todo su pesado cuerpo parece levantar el vuelo. Y luego, como si no tuviera piernas, cae al suelo sordamente el animal, el pesado cuerpo, sobre sus piernas rígidamente estiradas, se queda un momento así y se derrumba de costado. El verdugo lo rodea por la derecha y por la izquierda, le suelta una nueva descarga de misericordia contra la cabeza, contra las sienes, duerme, ya no te despertarás. Entonces, el otro que está junto a él se quita el cigarro de la boca,

se suena, afila su cuchillo, largo como media espada, y se arrodilla detrás de la cabeza del animal, cuyas patas no sufren ya convulsiones. Da pequeños golpes estremecidos, mueve de un lado a otro los cuartos traseros. El matarife busca por el suelo, no clava el cuchillo, busca el balde para la sangre. La sangre circula todavía dentro, tranquila, poco agitada por los latidos de un corazón poderoso. Es cierto que la médula espinal ha quedado aplastada, pero la sangre sigue circulando tranquila por las venas, los pulmones respiran, los intestinos se mueven. Ahora él clavará el cuchillo y la sangre se precipitará fuera, me lo puedo imaginar ya, un chorro como el brazo, sangre negra, bella y jubilosa. Luego toda la alegre fiesta abandonará la casa, los huéspedes bailarían fuera, qué tumulto, y se acabaron las felices praderas, el establo cálido, el forraje oloroso, se acabó todo, arrastrado por el viento, un agujero vacío, tinieblas, ahora llega una nueva visión del mundo. Alto ahí, de pronto ha aparecido un señor que ha comprado la casa, van a abrir una calle, la coyuntura es mejor, va a hacer una demolición. Traen el gran balde, lo empujan, el poderoso animal lanza al aire las patas traseras. El cuchillo le penetra en el cuello junto a la garganta, le busca cuidadosamente las venas, esas venas tienen tegumentos fuertes, están bien protegidas. Y ahora está abierta, otra más, el torrente, una negrura humeante y caliente, la sangre rojinegra salta sobre el cuchillo, sobre el brazo del matarife, la

sangre jubilosa, la sangre caliente, llegan los huéspedes, la escena de la transformación, tu sangre vino del sol, el sol se escondió en tu cuerpo, ahora vuelve a surgir. El animal respira monstruosamente, es como una asfixia, una excitación monstruosa, resuella, lanza estertores. Sí, la armadura se derrumba. Como los flancos se levantan tan espantosamente, un hombre ayuda a la bestia. Si una piedra está a punto de caer, hay que empujarla[92]. Un hombre salta sobre el animal, sobre su cuerpo, con los dos pies, se mantiene encima, se balancea, pisotea las entrañas, se balancea a un lado y a otro, la sangre debe salir más aprisa, debe salir por completo. Y los estertores se hacen más fuertes, es un prolongado resollar, un resoplar, con ligeros movimientos defensivos de los cuartos traseros. Las patas se mueven suavemente. La vida se acaba ahora entre estertores, la respiración va cesando... La parte trasera gira pesadamente, se derrumba. Es la tierra, la fuerza de la gravedad. El hombre oscila hacia arriba. El otro, abajo, se prepara ya a desollar el cuello.

Felices praderas, establo cálido y oloroso.

Una carnicería bien iluminada. La iluminación de la tienda y la del escaparate deben ser armonizadas. Debe usarse predominantemente luz directa o semiindirecta. En general, resultan apropiados los focos que dan una luz predominantemente directa, porque sobre todo el mostrador y el tajo deben estar bien

iluminados. La luz del día artificial, obtenida mediante la utilización de filtros azules, no resulta indicada, porque las carnes exigen siempre una iluminación que no perjudique a su color natural.

Manos de cerdo rellenas. Después de bien lavadas las manos, se cortan a lo largo, de forma que la corteza quede entera, luego se cierran y se envuelven con hilo.

—Franz, llevas ya dos semanas metido en tu cuchitril. Tu patrona te echará pronto. No puedes pagarle y esa mujer no alquila habitaciones por gusto. Si no haces un esfuerzo, tendrás que ir al asilo. Y entonces qué, eso es, qué. No ventilas tu cuartucho, no vas al barbero, te está creciendo una barba cerrada y parda, los 15 pfennig podrías encontrarlos en algún lado.

Conversación con Job, depende de ti, Job, tú no quieres[93]

Cuando Job había perdido todo lo que un hombre puede perder, ni más ni menos, estaba echado en su campo de coles.

—Job, estás en tu campo de coles, junto a la perrera, exactamente a la distancia justa para que el perro guardián no pueda morderte. Oyes cómo sus dientes rechinan. Basta con que se acerquen pasos para que ladre. Si te vuelves, si quieres levantarte, gruñe, se lanza hacia delante, tira de su cadena, salta, echa espuma y da mordiscos al aire.

Job, ahí está el palacio, y ahí están los jardines y los campos que un día

fueron tuyos. Ni siquiera conocías a ese perro guardián, ni siquiera conocías el campo de coles al que te han arrojado, como tampoco a las cabras que conducen por tu lado cada mañana y que, muy cerca de ti, mordisquean la hierba al pasar y rumian llenándose los carrillos. Eran tuyos.

Job, ahora lo has perdido todo. Por las noches puedes arrastrarte hasta el

cobertizo. Tienen miedo de tu lepra. Cabalgabas radiante por tus propiedades y la gente se arremolinaba a tu paso. Ahora tienes

una valla de madera ante la nariz, por la que trepan arrastrándose los caracoles. También puedes estudiar las lombrices. Son los únicos seres que no se asustan de ti.

Sólo de vez en cuando abres tus ojos pitañosos, tú, montón de desdichas, fango viviente.

¿Qué es lo que más te atormenta, Job? ¿El haber perdido a tus hijos e hijas, el no poseer nada, el helarte por las noches, las úlceras de tu garganta, de tu nariz? ¿Qué es, Job?

—¿Quién pregunta?

—Soy sólo una voz.

—Una voz sale de una garganta.

—Quieres decir que debo de ser un hombre.

—Sí, y por eso no quiero verte. Vete.

—Soy sólo una voz, Job, abre los ojos tanto como puedas, no me verás.

—Ay, estoy delirando. Mi cabeza, mi cerebro, ahora me vuelven loco además, me quitan además mis pensamientos.

—Y si lo hacen, ¿sería una lástima?

—No quiero.

—Aunque sufres tanto, y sufres tanto a causa de tus pensamientos, ¿no quieres perderlos?

—No preguntes, vete.

—Pero si yo no te los quito. Sólo quiero saber qué es lo que más te atormenta.

—Eso no le importa a nadie.

—¿A nadie más que a ti?

—Sí, sí. A ti, no.

El perro ladra, gruñe, da mordiscos a su alrededor. Al cabo de un rato la voz vuelve.

—¿Son tus hijos a los que lloras?

—Nadie debe llorar por mí cuando esté muerto. Soy veneno para la tierra. Hay que escupir a mi paso. Hay que olvidar a Job.

—¿Tus hijas?

—Mis hijas, ay, también están muertas. Ellas están bien. Eran mujeres

modélicas. Me hubieran dado nietos, pero han sido arrebatadas. Una tras otra fueron cayendo, como si Dios las cogiese del cabello, las levantase y las arrojase al suelo para que se quebraran.

—Job, no puedes abrir los ojos, los tienes pegados, los tienes pegados. Te lamentas porque estás echado en ese campo de coles, y esa perrera es lo último que te queda, y tu enfermedad.

—Esa voz, tú, voz, de quién eres voz y dónde te escondes.

—No sé de qué te lamentas.

—Oh, no.

—Gimes y tampoco lo sabes, Job.

—No, no tengo...

—¿No tengo?

—No tengo fuerzas. Eso es.

—Te gustaría tenerlas.

—No tengo fuerzas para esperar, ningún deseo. No tengo dientes. Soy débil, me avergüenzo.

—Eso lo dices tú.

—Y es verdad.

—Sí, lo sabes. Eso es lo más terrible.

—De modo que lo tengo escrito ya en la frente. Ésa es la clase de harapo que soy.

—Eso es, Job, lo que más te hace sufrir. Quisieras no ser débil, quisieras poder resistir o, mejor, estar totalmente hueco, sin cerebro, sin pensamientos, totalmente como un animal.

Desea algo.

—Me has preguntado tantas cosas, voz, ahora creo que puedes preguntarme.

¡Sáname! Si puedes hacerlo. Seas Satán o Dios o ángel u hombre, sáname.

—¿Aceptarías la curación de cualquiera?

—Sáname.

—Piénsalo bien, Job, tú no me puedes ver. Si abres los ojos, quizá te asustes de mí. Quizá pida un precio alto y horrible.

—Ya lo veremos, hablas como alguien que lo hiciera en serio.

—¿Y sí soy Satán o el Maligno?

—Sáname.

—Soy Satán.

—Sáname.

Y entonces la voz se alejó, haciéndose cada vez más débil. El perro ladró. Job escuchaba angustiado: se ha ido, tengo que ser sanado o moriré. Gritó. Cayó una noche horrible. La voz volvió otra vez:

—Y si soy Satán, ¿cómo acabarás conmigo? Job gritó:

—Tú no quieres sanarme. Nadie quiere ayudarme, ni Dios, ni Satán, ni los ángeles, ni los hombres.

—¿Y tú mismo?

—¿Qué pasa conmigo?

—¡Tú no quieres!

—El qué.

—¡Quién puede ayudarte si tú mismo no quieres!

—No, no —balbuceó Job.

La voz ante él: —Dios y Satán, ángeles y hombres, todos quieren ayudarte, pero tú no quieres...

Dios por amor, Satán, para apoderarse de ti más tarde, los ángeles y los hombres porque son ayudantes de Dios y de Satán, pero tú no quieres.

—No, no —balbuceó, rugió Job, y se echó al suelo.

Gritó durante toda la noche. La voz sonaba incesantemente: — Dios y Satán, los ángeles y los hombres quieren ayudarte, pero tú no quieres. —Job, incesantemente—: No, no. —Trató de ahogar aquella voz, ella aumentaba, aumentaba cada vez más, estaba siempre un tono por encima de él. La noche entera. Hacia el alba, Job cayó de bruces.

Job se quedó echado, mudo.

Ese día sanaron sus primeras úlceras.

Y todos tienen el mismo aliento, y el hombre no más que el animal[94]

Movimiento del mercado de ganado: cerdos 11.543, vacas, 2.016, terneros,

1.920, corderos, 4.450.

¿Pero qué hace ese hombre con esa ternerita tan graciosa? La lleva adentro sola, tirando de una cuerda, ésa es la enorme nave en que mugen los toros, ahora lleva al animalito hasta un banco. Hay muchos bancos, uno al lado de otro, junto a cada uno hay un mazo de madera. Levanta a la tierna ternerita con los dos brazos, la coloca sobre el banco, ella se queda tranquila. Entonces la coge por abajo, agarra con la mano izquierda una de sus patas traseras, para que el animal no pueda patalear. En seguida coge la cuerda con la que ha entrado al animal y la ata fuertemente a la pared. El animal se mantiene paciente, ahora está echado aquí, no sabe lo que pasa, está incómodo sobre la madera, se golpea la cabeza contra un palo y no sabe qué es: sin embargo, es el extremo del mazo, que está en el suelo y del que pronto recibirá un golpe. Ése será su último encuentro con este mundo. Y en efecto el hombre, el hombre viejo y sencillo que está totalmente solo, un hombre cariñoso de voz suave —le habla al animal—, coge la maza, la levanta un poco, no hace falta mucha fuerza para una

criatura tan tierna, y asesta el golpe en la nuca del tierno animal. Muy tranquilo, lo mismo que ha traído al animal y le ha dicho: estáte quieto, le asesta el golpe en la nuca, sin rabia, sin mucha excitación, también sin tristeza, no, así son las cosas, eres un animal bueno, sabes que tiene que ser así.

Y la ternerita: prrr... rrr, muy muy tiesas, rígidas, estiradas las patitas. Los negros ojos de terciopelo de la ternerita son de repente muy grandes, se inmovilizan, están ribeteados de blanco, ahora giran hacia un lado. El hombre conoce eso ya, sí, así miran los animales, pero hoy tenemos todavía mucho que hacer, tenemos que continuar, y busca bajo la ternerita del banco, su cuchillo está allí, con el pie coloca bien el cuenco para la sangre. Entonces ras, el cuchillo es empujado transversalmente a través del cuello, a través de la garganta, a través de todos los cartílagos, el aire se escapa lateralmente a través de los músculos, la cabeza no tiene ya soporte, la cabeza cae contra el banco. La sangre salta, un líquido espeso y rojinegro con burbujas. Bueno, ya está. Pero él sigue cortando tranquilo y con la misma expresión apacible, busca y tantea con el cuchillo en las profundidades, pasa entre dos vértebras, es un tejido muy joven y blando. Entonces aparta las manos del animal, el cuchillo golpea contra el banco. Se lava las manos en un cubo y se va.

Y ahora el animal se queda solo, lastimosamente echado de lado, tal como el

hombre lo ató. En la nave suenan por todas partes ruidos alegres, se trabaja, se

arrastran cosas, se dan voces. La cabeza cortada cuelga horriblemente de la piel entre dos patas de la mesa, cubierta de sangre y de baba. La lengua, muy azul, está apretada entre los dientes. Y horrible, horriblemente lanza estertores y respira broncamente el animal sobre el banco. La cabeza tiembla colgada de la piel. El cuerpo se agita en el banco. Las patas se estremecen, golpean, patas infantilmente delgadas y nudosas. Pero los ojos están muy fijos, ciegos. Son ojos muertos. Es un animal muerto.

El pacífico anciano se apoya contra una columna con su pequeño cuaderno de notas negro, mira al banco y hace cuentas. La vida está cara, es difícil calcular, duro hacer frente a la competencia.

La ventana de Franzen está abierta, en el mundo pasan también cosas graciosas

El sol sale y se pone, llegan días luminosos, hay cochecitos de niño por las calles, estamos en febrero de 1928.

Franz Biberkopf entra en febrero ahogando en alcohol su repugnancia del mundo y su fastidio. Se gasta en alcohol todo lo que tiene, le da igual lo que pueda pasar. Quiso ser honrado, pero hay que contar con los canallas y los mendigos y los miserables, y por eso Franz Biberkopf no quiere ver ni oír más del mundo y, aunque se convierta en vagabundo, se va a gastar en alcohol hasta su último pfennig.

Cuando Franz Biberkopf había entrado así rabiando en febrero, una noche lo despertó un ruido que venía del patio. En la parte de atrás hay una empresa que se dedica al comercio al por mayor. Franz mira hacia abajo soñoliento, abre la ventana y grita en el patio: «Fuera del patio, imbéciles, cabezas de chorlito». Luego se acuesta, no piensa en nada más, se han ido al momento.

Al cabo de una semana vuelve a pasar lo mismo. Franz está a punto de abrir

la ventana y tirarles un leño, pero se le ocurre que es la una y quiere ver a esos tipos. Qué pueden hacer esos socios a la una de la madrugada. Qué buscan ahí, serán de la casa, habría que investigarlo.

Y tenía razón, hay una actividad cautelosa, se deslizan a lo largo de las paredes, Franz tuerce el cuello arriba, uno está en la puerta del patio, es el que

vigila, éstos planean algo; la emprenden con la puerta grande del sótano. Están haciendo una chapuza entre tres. ¡Que no tengan miedo de que los vean! Ahora se oye un crujido, la puerta está abierta, lo han conseguido, uno se queda en el patio, metido en un hueco, los otros dos bajan al sótano. Está oscurísimo y de eso se aprovechan.

Franz cierra suavemente la ventana. El aire le ha refrescado la cabeza. Eso es lo que hacen los hombres, durante todo el día e incluso de noche, así se engañan unos a otros, habría que coger un tiesto y estamparlo contra el patio. Qué se les habrá perdido aquí, en la casa en que vivo. Absolutamente nada.

Todo está en silencio, Franz se sienta en la cama en la oscuridad, tiene que volver a la ventana y mirar abajo: qué se les habrá perdido a esos tíos en mi casa. Y luego enciende una vela, busca la botella de aguardiente y, cuando la encuentra, no se sirve.

Pronto suena una descarga: ¿va por ti o va por mí?

Sin embargo, al mediodía Franz baja al patio. Hay un montón de gente allí, también el carpintero Gerner, Franz lo conoce, hablan: «Otra vez han robado». Franz le da un codazo: «He visto a esos sinvergüenzas y no voy a hacer que los encierren, pero si vuelven

al patio, en la casa donde vivo y donde duermo y donde no se les ha perdido nada, bajo y, como me llamo Biberkopf, tendrán que recogerlos en pedazos aunque sean tres». El carpintero agarra a Franzen: «Si sabes algo, ahí está la policía, vete a verlos, puedes ganarte algo».

«No me hables de éstos. Todavía no me he chivado de nadie. Que trabajen solos, que para eso les pagan».

Franz se larga. Entonces llegan dos policías, cuando Gerner está todavía allí, se dirigen a él y quieren saber a toda costa, por él, dónde vive Gerner, o sea, él. Qué susto. El hombre se pone pálido hasta los callos. Luego dice: «Vamos a ver, Gerner, ése es el carpintero, les puedo indicar». Y no dice nada, llama a su casa, su mujer abre, toda la banda entra. Gerner se mete el último, le da a su mujer un codazo en las costillas, con un dedo en los labios, ella no sabe qué pasa, él se mezcla con la gente, con las manos en los bolsillos del pantalón, allí hay todavía otros dos señores de una compañía de seguros, que miran su casa por todas partes. Quieren saber el espesor de los muros y cómo es el suelo, golpean las paredes, toman medidas y escriben. Ya pasan de castaño oscuro los robos con fractura en esa compañía al por mayor, los tipos tienen tanta cara dura, han intentado romper la pared porque hay un sistema de alarma en la puerta y en la

escalera, eso lo saben. Sí, las paredes son desesperadamente delgadas, todo el edificio se tambalea, es una especie de huevo de Pascua de gran tamaño.

Vuelven a salir al patio, Gerner siempre con ellos, como un pasmarote. Ahora estudian las dos puertas nuevas de hierro del sótano. Gerner pegado a ellos. Y entonces la casualidad lo quiere, da un paso atrás, quiere dejar sitio, la casualidad lo quiere, tropieza con algo, algo cae, y cuando echa rápidamente la mano es una botella, ha caído sobre papel y por eso no se ha oído nada. Si hay una botella aquí en el patio, la han dejado éstos, vamos a cogerla, por qué no, los grandes señores no van a perder nada por eso. Y se agacha, como si quisiera atarse los zapatos, y agarra la botella con los papeles. Y así dio Eva a Adán la manzana, y si la manzana no hubiera caído del árbol, Eva no hubiera llegado hasta ella y la manzana no habría llegado a su destinatario. Luego, Gerner se mete la botella bajo la chaqueta y cruza con ella el patio para volver con su señora a su cuchitril.

¿Qué dice ahora la señora? Está radiante: «¿De dónde la has sacado, August?». «Me la he agenciado cuando no había nadie». «¡No es verdad!».

«Danziger Goldwasser, ¡qué te parece!».

A ella se le cae la baba, se le cae la baba como si fuera de Baviera[95]. Corre las cortinas: «Oye, todavía quedan algunos, ¿la has cogido ahí enfrente, no?».

«Estaba junto a la pared, se la hubieran llevado ellos». «Oye, tienes que devolverla». «¿Desde cuándo hay que devolver un Goldwasser si se lo encuentra uno? Cuánto tiempo hace que no nos hemos permitido una botella de coñac, mujer, en estos tiempos. No me hagas reír, mujer».

Al fin y al cabo ella opina lo mismo, no es de éstas, la mujer, una botella, una botellita, qué importancia tiene para una compañía tan importante, y además, mujercita, si se piensa bien, ya no pertenece a la casa, pertenece a los ladrones, y a ellos no se la vamos a mandar. Cometería un verdadero delito. Y empinan el codo y toman un trago, y otro traguito más, sí, hay que abrir los ojos en esta vida, no hace falta que todo sea de oro, también la plata tiene su valor.

El sábado vuelven los ladrones y ocurre una cosa curiosa. Se dan cuenta de

que un extraño se desliza por el patio, es decir, el que está junto al muro lo nota, y los otros, con linternas sordas, como gnomos, salen del agujero y se lanzan a todo correr hacia la puerta del patio. Sin embargo, allí está Gerner, y los otros, que han cogido carrerilla, saltan como galgos sobre el muro a la finca vecina.

Gerner corre tras ellos pero se le escapan: «No hagáis tonterías, no os voy a hacer nada, Dios, qué imbéciles sois». Tiene que ver cómo trepan por el muro, el corazón se le rompe, cómo dos se han escapado ya, muchachos, no seáis locos. Sólo el último, que está en ese momento a horcajadas sobre el muro de la casa, le enfoca la cara con su linterna. «¿Qué quieres?».

Quizá sea un compañero, nos ha estropeado la combinación. «Estoy con vosotros», dice Gerner. Qué le pasa a éste. «Claro que estoy con vosotros, por qué os escapáis».

El otro se baja realmente del muro al cabo de un rato, solo, observa al carpintero, debe de estar borracho. Sin embargo, el gordo se siente valeroso, porque el carpintero está trompa y huele a alcohol. Gerner le tiende la mano.

«Venga esa mano, compañero, ¿vienes?». «Es una trampa, ¿no?». «¿Qué

trampa?». «¿Crees que me voy a meter en la boca del lobo?».

Gerner se siente ofendido, acongojado, el otro no lo toma en serio, con tal de que no se vaya, el Goldwasser era tan bueno, y también su mujer lo pondría verde, Dios, cómo lo pondría si volviera con dos palmos de narices. Gerner implora: «No, ¿por qué? Puedes entrar solo, yo vivo ahí». «¿Quién es yo?». «Soy el administrador de la casa, hombre, alguna vez podría caerme algo también». El ladrón reflexiona entonces; eso le convence, sería buena cosa que

el otro colaborase; con tal de que no sea una trampa; bueno, tenemos el revólver.

Y deja la escalera junto al muro, atraviesa con Gerner el patio, los otros se han evaporado ya, seguro que piensan que me han trincado. Gerner llama en el piso bajo. «Eh tú, ¿por qué llamas? ¿Quién vive ahí?». Gerner, orgulloso:

«¡Nada menos que yo! Figúrate». Y levanta el picaporte y entra ruidosamente:

«¿Qué? ¿Vivo o no vivo?».

Y enciende la luz, ahí está ya su mujer en la puerta de la cocina, temblando. Gerner los presenta jovialmente: «Nada menos que mi señora, y éste, Guste, es un compañero». Ella tiembla, no quiere salir, de pronto saluda solemnemente, sonrío, es un hombre muy joven y guapo. Se adelanta, ya está ahí: «Pero, Paul, no vas a dejar al señor en el pasillo, pase usted, señor, y quítese la gorra».

El otro quiere desaparecer, pero los dos no ceden, él se asombra, ¿será posible? Son gente tan decente, seguro que les van mal las cosas, a la pequeña clase media le van mal las cosas, la inflación y demás. La mujercita sigue mirándolo tan arrobada, él se calienta con un ponche, luego zarpa, el asunto no

le resulta totalmente claro.

De todas formas, el joven, evidentemente enviado por su banda, vuelve ya a la mañana siguiente, después del segundo desayuno, a casa de los Gerner, y pregunta, muy objetivamente, si se ha dejado algo olvidado. Gerner no está, sólo la mujer, que lo recibe amablemente, de una forma francamente humilde, sumisa, le ofrece también una copa, que el otro se digna aceptar.

Con gran pesar de la familia carpintera, los ladrones no se dejan ver en toda la semana. Paul y Gusti discuten mil veces la cuestión, si no habrán asustado quizá a los muchachos, pero ninguno de los dos tiene nada que reprocharse.

«Quizá les has resultado demasiado grosero, Paul, a veces hablas de un modo».

«No, Gusti, la culpa no es mía, sino tuya, que pusiste una cara como si fueras el cura, y eso los ha ahuyentado, no se encuentran a gusto con nosotros, es horrible, qué le vamos a hacer».

Gusti está ya llorando; si por lo menos volviera uno; siempre tiene que echarle a ella la culpa y, desde luego, no ha sido suya.

Y efectivamente, el viernes llega el momento. Llamen a la puerta. Creo que están llamando. Y cuando ella abre y no ve nada aún porque, con la prisa, se le ha olvidado encender la luz, sabe enseguida quién está allí. Y es el Largo, que siempre se da tanta importancia, quiere hablar con su marido, y está muy serio y distante. Ella se asusta: ¿ha pasado algo? El la tranquiliza: «No, se

trata sólo de una conversación de negocios», y habla luego de espacios habitables y de que con nada no se puede hacer nada y cosas así. Se sientan en el salón, ella está contenta de tenerlo allí, ahora no podrá decir Paul que lo ha echado, y dice que lo ha dicho siempre, y la realidad es lo contrario, con nada no se puede hacer nada... Sigue un largo debate entre los dos y se descubre que ambos disponen de un amplio repertorio de declaraciones de sus padres, abuelos y parientes colaterales que afirman lo mismo: con nada no se puede hacer absolutamente nada, jamás, casi se puede jurar, de seguro que es, y los dos fueron de la misma opinión. Trajeron a colación un ejemplo tras otro, tomados del propio pasado, de la vecindad, y estaban todavía en plena faena cuando sonó el timbre y entraron dos hombres, que se acreditaron como policías, con tres empleados de seguros. Uno de los policías se dirigió al visitante sin rodeos: «Usted, señor Gerner, tiene que ayudarnos ahora, es a causa de los muchos robos de ahí atrás. Quisiera que formase parte de la vigilancia especial.

Naturalmente, los señores de la empresa

y del seguro pagarán los gastos». Hablan durante diez minutos, la mujer lo escucha todo, a las doce se marchan. Y los dos que se quedaron se sintieron tan contentos que, alrededor de la una, sucedió entre ellos algo indecible, que desafía toda descripción y de lo que ambos se avergonzaron seriamente.

Porque la mujer tenía treinta y cinco años y él quizá veinte,

veintiuno. Pero no era sólo la diferencia de edad —y él, 1,85 metros, ella, 1,50—, sino el que aquello ocurriera, pero ocurrió así entre la conversación y la excitación y la burla a los policías, y en conjunto no fue tan malo, sólo después ambarrasán, por lo menos para ella, o sea, que ya se le pasará. En cualquier caso, el señor Cerner, a las dos, encontró una situación y una cordialidad indescriptibles, como no hubiera podido desear mejor. Y se sentó enseguida con ellos.

Estuvieron juntos aún hasta las seis de la tarde, escuchando él tan

embelesado como su mujer todo lo que contaba el Largo.

Aunque sólo fuera verdad en parte, se trataba de muchachos de primera, y se asombraba de que un joven de hoy tuviese unas opiniones tan sensatas sobre la vida. El era ya un tipo decrepito, las escamas se le caían a kilos de los ojos. Sí, cuando el joven se había ido y ellos se fueron a las nueve a la piltra, Gerner dijo que no sabía cómo unos muchachos tan listos se juntaban con él..., algo, eso tenía que reconocerlo Gusti, algo debía de tener él, algo podía ofrecerles también. Gusti fue de su misma opinión, y el viejo varón se estiró.

Y por la mañana temprano, antes de levantarse, le dijo a ella:

«Guste, que me ahorquen si vuelvo a la caseta de un capataz de la construcción para trabajar. Yo he tenido mi propio negocio y eso se acabó, y ése no es trabajo para un hombre que era

independiente, y les gustaría echarme porque soy demasiado viejo. Y por qué no he de ganar nada con los de ahí atrás, con la empresa. Ya ves lo listos que son los muchachos. El que hoy no anda listo va aviado. Te lo digo yo. ¿Y tú qué dices?». «Yo llevo diciéndolo mucho tiempo». «Pues ya ves. A mí también me gustaría darme otra vez buena vida y no pelarme de frío». Ella lo abrazó alegremente, agradecida por todo lo que él le ofrecía y le ofrecería aún. «¿Sabes lo que deberíamos hacer, esposa, tú y yo?». Le pellizcó una pierna y ella gritó ay. «Tú intervienes también, esposa». «No». «Te digo que sí. No vas a decir, esposa, que nos podemos pasar sin ti». «Si sois ya cinco en la partida y todos hombres fuertes». Y qué fuertes. «Y estar al quite —sigue parloteando ella—, no puedo. Tengo varices. Y ayudaros, ¿en qué voy a ayudaros?». «Tienes miedo, Gustelchen». «Miedo, cómo que miedo. Ten varices tú y prueba a correr. Un perro telonero corre más. Y si me cogen estarás tú en el lío, porque soy tu mujer». Él le pellizca la pierna, con sentimiento. «Para, Paul. Eso le da a una ideas». «Ya ves, esposa, serás una persona totalmente distinta cuando salgas de esta pocilga». «Bueno, a mí también me gustaría, me relamo pensándolo». «Ya verás, esposa, ese poquito hasta ahora no ha sido nada, quítate los algodones de los oídos. Voy a operar yo solo». «Anda. ¿Y los otros?». Qué susto.

«De eso se trata precisamente, Guste. Vamos a prescindir de los otros. Sabes, los negocios entre compadres nunca salen bien, es un viejo dicho. Bueno, qué, tengo razón o no. Me voy a independizar. Al fin y al cabo, somos los que estamos más próximos, porque vivimos en el bajo y el patio es el de mi casa.

¿Tengo razón o no, Guste?». «Yo no puedo ayudarte en eso, Paul, tengo

varices». De todas formas, era una verdadera pena. Y la mujer asintió con gesto agrídulce, de labios para afuera, pero interiormente, donde están los sentimientos, dice: no, y vuelve a decir que no.

Y por la noche, cuando todos los empleados han dejado el sótano a las dos y Gerner se ha dejado encerrar con su mujer y en la casa no se mueve nada y quiere empezar a trabajar, y el vigilante debe de estar haciendo su ronda ante la puerta de la casa, ¿qué es lo que ocurre? Llaman a la puerta del sótano.

Llaman, creo que llaman. Quién puede llamar. No sé, pero han llamado. Ahora no tiene por qué llamar nadie. El negocio está cerrado. Han llamado. Llaman otra vez. Los dos sin respirar, ni moverse, ni decir palabra. Vuelven a llamar. Gerner le da un empujón: «Han llamado». «Sí». «Y qué es». Curiosamente, ella no tiene miedo, sólo dice: «No será nada, no nos van a matar». No, el que sea no nos va a matar, lo conozco, no me va a

matar, tiene las piernas largas y un bigote pequeño, y si es él me alegraría. Y entonces llaman insistentemente, aunque con suavidad. Santo cielo, es una señal. «Ése es alguien que nos conoce. Es uno de nuestros muchachos. Lo pensé enseguida, esposa».

«Y por qué no lo dijiste».

Y hop, ya está Gerner en la escalera, cómo saben que estamos aquí, nos han sorprendido, el de fuera susurra: «Gerner, abre».

Y quieras que no, tiene que abrir. Es una mierda asquerosa, una perfecta marranada, le gustaría hacerlo todo pedazos. Tiene que abrir, es el Largo, él solo, el galán, Gerner no se da cuenta de nada, ella lo ha traicionado, quería mostrarse

agradecida con su galán. Ella está radiante cuando él baja, no puede ocultarlo, su marido parece un bulldog, maldice: «¿De qué te ríes tú?». «Es que he pasado tanto miedo, podía haber sido alguien de la casa o el vigilante». Ahora hay que trabajar y repartir, maldiciendo no se arregla nada, qué marranada.

Cuando Gerner lo intenta otra vez, dejando de lado a su mujer, porque refunfuña que le trae mala suerte... llaman de nuevo a la puerta, pero esta vez son tres, y se comportan como si los hubiera invitado, y no se puede hacer nada, ni siquiera puede hacer uno lo que le da la gana en su propia casa, con esos tíos no hay quien pueda. Gerner, agotado y loco furioso, se dice entonces:

por hoy trabajaré con ellos, porque de perdidos al río, pero mañana se acabó; si esos sinvergüenzas vienen otra vez a esta casa, de la que soy administrador, y se meten en mis asuntos, van a ver lo que son los guardias. Son unos explotadores, unos chantajistas.

Y trabajan y trabajan dos horas enteras en el sótano, llevan a casa de Gerner la mayor parte de las cosas, toda clase de sacos de café, pasas, azúcar, hacen una limpieza a fondo, luego cajas de bebidas alcohólicas, toda clase de aguardientes y vinos, se llevan la mitad del almacén. Gerner está furioso por tener que repartir todo aquello. Su mujer lo calma: «Yo no hubiera podido traer tantas cosas, con mis varices». El, rabioso, los otros siguen arrastrando cosas: «Tus varices, hace mucho que debías de haberte comprado medias de goma largas, la culpa la tiene tu maldito ahorro, siempre ahorrar en lo que no hace falta». Guste, sin embargo, sólo tiene ojos para su Largo, que está orgullósísimo de ella ante los otros muchachos, esto es asunto suyo, es todo un tipo.

Cuando se han ido, han trabajado como bestias, Gerner cierra la puerta de su casa, se encierra dentro y empieza a soplar con Guste, por lo menos eso. Tiene que probar de todas las clases, y las mejores se las pasará mañana a dos o tres tenderos, y los dos se alegran pensándolo, también Guste, al fin y al cabo, él es un buen hombre, y después de todo es su marido y ella le quiere

ayudar. Y desde las dos de la mañana hasta las cinco están los dos allí probando de todas las clases, pero a fondo, con un plan, con método. Los dos se desploman, profundamente satisfechos de aquella noche, se han emborrachado a conciencia y han caído como sacos.

Hacia el mediodía tienen que abrir. Llaman, repican, repiquetean.

Pero los

Gerner no abren. Cómo van a abrir si están sin conocimiento. Pero los otros no

cejan, retumban en la puerta, y entonces Guste nota algo y se sobresalta y sacude a Paul: «Paul, alguien llama, tienes que abrir».

El otro lo primero que dice es:

«Dónde», ella entonces lo echa afuera, porque van a tirar la puerta abajo, será el cartero. Paul se levanta, se pone sólo los pantalones, abre. Y desfilan por su lado, de tres en fondo, toda una banda, qué quieren éstos, es que los muchachos quieren recoger ya las cosas, ca, pero si son otros. Son la bofia, la policía, y tienen la cosa fácil, se admiran, se admiran, señor administrador, por todas partes hay cosas en el suelo, en el pasillo, en la sala, los sacos, cajas, botellas, paja, mezclados, amontonados. El comisario dice: «En mi vida he visto una cerdada semejante».

¿Y qué dice Gerner? ¿Qué va a decir? No dice nada. Sólo mira a la bofia, se siente mal, los muy perros, si tuviera un revólver no me

sacarían vivo, los muy perros. O sea, que uno tiene que pasarse la vida en su cuchitril, y que los señorones se embolsen mi dinero. Si por lo menos me dejaran echar otro trago. Pero no hay nada que hacer, tiene que vestirse. «Por lo menos, me dejarán atarme los tirantes».

La mujer parlotea y temblequea: «Yo no sé nada, señor comisario, somos gente honrada, alguien nos ha metido en un lío, las cajas, estábamos completamente dormidos, usted lo ha visto, y alguno de la casa nos ha hecho la jugarreta, oiga, señor comisario, Paul, ¿qué va a ser de nosotros?». «Todo eso lo cuentan en la comisaría». Gerner interviene: «Han entrado en nuestra casa esta noche, esposa, son los mismos de ahí atrás, y por eso tenemos que ir al cuartelillo». «Todo eso lo pueden contar luego en el cuartelillo o en la Jefatura».

«Yo no voy a la Jefatura». «Vamos en coche». «Dios, Guste, no he oído nada cuando han entrado aquí. Dormía como una marmota». «Yo tampoco he oído nada, Paul».

Guste quiere sacar rápidamente dos cartas de la cómoda, son del Largo, pero

un agente lo ha visto: «A ver eso. O déjelas otra vez. El registro se hará luego».

Ella dice, terca: «Registren lo que quieran, vergüenza os debía de dar entrar así en una casa». «Bueno, andando».

Ella llora, sin mirar a su marido, grita, organiza una escena, se tira al suelo, hay que levantarla en vilo. El hombre maldice y lo sujetan: «Sólo falta que peguéis a una mujer». Esos criminales, esos canallas, esos chantajistas se han ido y me han dejado metido en esta porquería.

Hopi, hopa, el caballito galopa

Franz Biberkopf, las manos en los bolsillos, el cuello subido hasta las orejas, la cabeza y el sombrero entre los hombros, no ha participado en las conversaciones del zaguán o del pasillo. Se ha limitado a escuchar en los grupos y alrededor de los grupos. Luego ha visto, y han abierto doble fila, cómo se llevaban al carpintero y a su regordeta mujer por el zaguán a la calle. Ahí van éstos. También yo fui así. Pero entonces estaba oscuro. Fijate cómo miran hacia delante. Se avergüenzan. Sí, sí, podéis cotillear. No sabéis nada de la vida. Esos son los verdaderos burgueses, parapetados detrás de la estufa, roban pero no los cogen. Las sinvergonzonerías de esos señores no se descubren.

Ahora abren el carro de la carne[96]. Venga, adentro, adentro, hijos, la mujercita también, debe de estar trastornada y tiene razón, tiene toda la razón. Déjalos que se rían. Deberían saber lo que es bueno. Listo, clang.

La gente seguía cotorreando, Franz Biberkopf estaba ante la puerta, hacía un frío del diablo. Miró la puerta desde fuera, miró al otro lado de la calle, qué puede hacer un hombre, qué hacer. Cambiaba el peso de pierna. Un frío endemoniado, un frío de perros. Arriba no subo. Qué puedo hacer.

Allí estaba, se volvió... y no se dio cuenta de que estaba muy despierto. Con aquella panda que seguía allí murmurando no tenía nada que ver. Voy a dar una vuelta por otro lado Éstos me echan. Y se marcha airoso, bajando por la Elsasser Strasse, y pasa junto a las vallas del metro en dirección a la Rosenthaler Platz, a cualquier parte.

Había ocurrido: Franz Biberkopf había salido de su madriguera. El hombre al que habían llevado entre las dos filas, la mujer redonda y trastornada, el robo y el carro de la carne iban con él. Pero cuando apareció una taberna, antes ya de llegar a la esquina de la plaza, todo empezó. Sus manos se dirigieron por sí solas a los bolsillos y no encontraron ninguna botella que rellenar. Nada. No había botella. Olvidada. Se la había dejado arriba. Por toda aquella mierda. Cuando empezó el jaleo, sólo el abrigo, escaleras abajo y sin pensar en la botella. Maldita sea. ¿Volver a desandar lo

andado? Entonces empezó dentro de él: no sí, sí no. Tanto tira y afloja, tanto vaivén, insultos, concesiones, resistencias, entonces qué, déjame en paz, yo quiero entrar, no había habido en Franz desde

hacia una eternidad. Entro, no entro, tengo sed, pero para eso te basta un sifón, si entras es porque quieres soplar, oye, sí, tengo una sed tremenda, una sed formidable, colosal, Dios, cómo me gustaría entromparme, es mejor que te quedes aquí, no entres en la tasca, porque si no, pronto andarás otra vez por los suelos y te quedarás arriba metido, con la vieja. Y entonces surgieron otra vez el carro de la carne y los dos carpinteros y el barco se va, derecha, no, aquí no nos quedamos, quizá en algún otro sitio, hay que seguir adelante, seguir, correr, siempre correr.

Así fue Franz, con 1,55 en el bolsillo, hasta la Alexanderplatz, no había tomado más que aire y había corrido. Entonces se obligó, aunque se resistía a ello, y comió en una casa de comidas, comió de verdad, comió de verdad por primera vez desde hacía semanas. Estofado de ternera con patatas. Luego la sed era menor, le quedaban 75 pfennig que frotaba entre sus dedos. Voy a casa de Lina, qué me importa la Lina, no me gusta. Tenía la lengua entumecida y ácida, la garganta le ardía. Tengo que tomarme otra gaseosa.

Y entonces... mientras tragaba, con la bebida agradablemente fresca y el cosquilleo de las burbujas de ácido carbónico, supo adónde quería ir. A casa de Minna, le había enviado el filete, ella no había querido los delantales. Sí, eso era.

Vamos, en pie. Franz Biberkopf se arregló ante el espejo. Pero quien no se sentía nada animado, al ver aquellas mejillas pálidas, fofas y con granos, era Biberkopf. Qué cara tenía el tipo. Señales en la frente, de qué eran esas señales rojas, de la gorra, y el pimiento, tú, una nariz tan gorda y colorada, no tiene que ser forzosamente del aguardiente, hace frío hoy; lo malo son esos horribles ojazos saltones, como de vaca, por qué tengo ojos de vaca y tan fijos, como si no pudiera moverlos. Como si me hubieran echado jarabe encima. Pero con Minna no importa. Me arreglaré un poco el pelo. Así. Y ahora vamos a su casa. Me dará unos pfennig hasta el jueves y luego ya veremos.

Fuera del agujero, al frío de la calle. Mucha gente. Es increíble cuánta gente

hay en la Alex, todos tienen que hacer. Lo necesitan. Franz Biberkopf corre más que ellos, mirando a izquierda y derecha. Como cuando un jamelgo se ha resbalado en el asfalto húmedo, recibe una patada en la tripa y se pone de pie, y tira y corre luego como un loco. Franz tenía músculos, perteneció a un club atlético; ahora trota por la Alexanderstrasse observando su propio paso,

firme, firme como el de un soldado de la guardia. Desfilamos con tanta precisión como los demás.

Parte meteorológico de la tarde: las perspectivas meteorológicas parecen más favorables. Sigue haciendo un frío penetrante, pero el barómetro está subiendo. El sol se asoma otra vez tímidamente. Son de esperar en los próximos días aumentos de temperatura.

Y quien conduce su propio NSU-6 cilindros está encantado. Allí, déjame ir allí contigo, amado[97].

Y cuando Franz está en casa de ella y delante de su puerta, allí hay una campanilla. Y él se quita el sombrero con gesto rápido, tira de la campanilla, y quién abre, quién va a ser, aquí hay que hacer una reverencia, si una muchacha ama a un caballero[98], quién va a ser, quili quili. Paf. ¡Un... hombre! ¡Su hombre! ¡Karl! El señor cerrajero. Pero no importa. Pon cara de perro si quieres.

«¿Eres tú? ¿Qué pasa?». «Bueno, podrías dejarme entrar, Karle, no muerdo». Y ya está dentro. Ya estamos aquí. Qué tarugo, hay que ver qué cosas pasan.

«Mi querido señor Karl, aunque seas cerrajero de profesión y yo un simple jornalero, no te des tanto pisto. Me puedes dar los buenos días si te digo buenos días». «Pero ¿qué quieres? ¿Es que te he

dejado entrar yo? ¿Por qué te has colado?». «Bueno, ¿está tu mujer? Quizá pudiera darle los buenos días también».

«No, no está. Para ti, desde luego, no. Nadie está para ti». «Vaya». «Eso es. Nadie». «Bueno... Tú sí estás ahí, Karl». «No, yo tampoco. Sólo he venido a buscar un chaleco de lana y tengo que volver corriendo a la tienda». «De manera que el negocio va estupendamente». «Sí señor». «Entonces me echas». «Yo no te he dejado entrar. Oye, ¿qué se te ha perdido por aquí? No te da vergüenza venir y comprometerme, cuando todos los de la casa te conocen». «Déjalos que hablen, Karl. Eso no tiene que preocuparnos. Tampoco yo metería las narices en sus casas. Sabes, Karl, por éstos no tienes que preocuparte. En mi casa se han llevado hoy a uno, los polis, un carpintero profesional, y además administrador de la casa».

Figúrate. Con su mujer. Y robaban como urracas. «¿He robado yo algo?

¿Eh?». «Oye, me voy para abajo. Lárgate. Qué hago aquí parado contigo. Si Minna te echa la vista encima, prepárate, porque agarrará una escoba y te dará para el pelo». Qué sabe ése de Minna. Un marido con un par de cuernos en mitad de la frente me va a decir nada a mí. Para troncharse de risa. Si una muchacha ama a un caballero, que la corteja y que le es sincero. Karl se acerca a Franz:

«¿A qué esperas? No tenemos nada que ver contigo, nada en absoluto. Y si has salido ahora de la jaula, tendrás que arreglártelas tú solito». «No te he pedido nada». «No, y Minna no ha olvidado a Ida, una hermana es una hermana y para nosotros sigues siendo el mismo de siempre. Con nosotros has terminado». «Yo no maté a Ida. A cualquiera puede pasarle que se le vaya la mano cuando está furioso». «Ida está muerta, sigue tu camino. Somos gente de bien».

El perro este, con sus cuernos, su lengua venenosa, a éste se lo digo, le saco la mujer en cueros vivos de la cama. «He cumplido mis cuatro años hasta el último minuto y tú no puedes pedir más que el juez». «Bastante me importa a mí el juez. Y ahora sigue tu camino. De una vez por todas. Esta casa no existe ya para ti. De una vez por todas». Pero qué pasa, señor cerrajero, si encima me va a pegar.

«Te digo, Karl, que quiero hacer las paces con vosotros, que he cumplido mi castigo. Y te ofrezco la mano». «Pues yo no te la quiero dar». «Eso es lo que quería saber. (Agarro al tipo rápidamente, lo cojo por las piernas y lo estampo contra la pared). No hace falta que me lo des por escrito». Se pone el sombrero, con la misma energía que antes: «Pues muy buenos días, Karl, señor cerrajero Karl. Salúdale a Minna y dile que he estado aquí, sólo para ver cómo os iba. Y tú, so guarro, eres el mamarracho más idiota que he conocido. Métetelo bien en la cabeza y mira este

puño, por si quieres algo, y no te acerques a mí. Eres una mierda tan grande que Minna me da lástima».

Y se va. Se va tranquilamente. Tranquila y lentamente por la escalera abajo. Que me siga, se guardará muy bien. Y, enfrente, un solo aguardiente, un cálido reconfortante, de un solo trago. Y hasta es posible que el otro venga. Aquí lo espero. Y Franz se va muy contento. Ya sacaré dinero de otra parte. Y se palpa los músculos, ya echaré otra vez carnes.

—Quieres detenerme en mi camino y tirarme al suelo. Pero tengo una mano capaz de estrangular y no puedes nada contra mí. Tú me atacas con tus burlas, quieres cubrirme con tu desprecio... a mí no, a mí no... soy muy fuerte. Puedo hacer caso omiso de tus sarcasmos. Tus dientes no atravesarán mi coraza, estoy protegido contra las víboras. No sé de quién has recibido poder para atacarme. Pero puedo hacerte frente. El Señor ha puesto ante mí las nuca de mis enemigos.

—Habla. Cómo cantan los pajarillos cuando han escapado a la garduña. Sin embargo, ¡garduñas hay muchas y los pajaritos tienen que cantar! Todavía no tienes ojos para mí. Todavía no necesitas mirarme. Oyes el parloteo de la gente, el ruido de la calle, el zumbido de los tranvías. Respira, oye.

Entre todo eso me oirás un día a mí.

—¿A quién? ¿Quién habla?

—No te lo digo. Ya lo verás. Lo sentirás. Arma tu corazón. Entonces te hablaré. Entonces me verás. Tus ojos no darán más que lágrimas.

—Puedes seguirme hablando cien años. Me río de eso.

—No te rías. No te rías.

—Porque no me conoces. Porque no sabes quién soy. Quién es Franz

Biberkopf. Ése no teme a nada. Tengo mis puños. Mira qué músculos tengo.

LIBRO QUINTO

NA recuperación rápida, nuestro hombre está ahí otra vez, donde estaba, no ha aprendido nada ni ha entendido nada. Ahora recibe el primer golpe duro. Se ve arrastrado a un delito, no quiere, se defiende,

pero tiene que. Se defiende valientemente con pies y manos, pero no le sirve de nada, es más fuerte que él, tiene que.

Reencuentro en la Alex, frío de perros. El año próximo, 1929, será más frío aún

Rumm rumm, hace con fuerza la apisonadora de vapor de la Alex, delante de Aschinger. Es tan alta como un primer piso y mete los raíles en el suelo como si nada.

Aire helado, febrero. La gente lleva abrigo. El que tiene abrigo de piel, lo lleva, el que no lo tiene, no lo lleva. Las mujeres llevan medias delgadas y se pelan de frío, pero hace bonito. Los vagabundos se han escondido. Cuando haga calor, asomarán otra vez la nariz. Entretanto, se atizan doble ración de aguardiente, pero qué aguardiente, ni un cadáver quisiera nadar en él.

Rumm rumm golpea la apisonadora de vapor de la Alexanderplatz. Mucha

gente tiene tiempo y mira cómo la apisonadora golpea. Allí arriba un hombre tira de una cadena, algo hace allá paff y, catapún, la viga recibe un estacazo en la cabeza. Los hombres y mujeres y en especial los chicos están allí y se alegran de lo bien que va todo: catapún, la viga recibe un estacazo en la cabeza. Después se ha hecho pequeña como la punta de un dedo y recibe otro estacazo más, se ponga como se ponga. Por fin desaparece. Carajo, le han dado lo suyo, uno se va satisfecho.

Todo está lleno de tablas. La Berólina[99] estaba delante de Tietz, con la mano extendida, era una mujer colosal, se la llevaron. Quizá la fundan para hacer medallas.

Andan por el suelo como abejas. Construyen y hacen sus chapuzas a centenares, durante todo el día y la noche. Ruedan ruedan los tranvías, amarillos con vagones abiertos, sobre la Alexanderplatz cubierta de madera, es peligroso apearse en marcha. La estación queda muy despejada, dirección única hacia la Königstrasse pasando por Wertheim. El que quiere ir hacia el este tiene que dar la vuelta por la Klosterstrasse, pasando por la jefatura. Los trenes retumban desde la estación hacia el Jannowitzbrücke, la locomotora suelta por arriba su vapor, ahora está precisamente sobre el Prálat, Schlossbräu, entrada por la próxima bocacalle.

Al otro lado de la calzada lo están derribando todo, todas las casas situadas junto a la línea de circunvalación, de dónde sacan el dinero, la ciudad de Berlín es rica, pagamos nuestros impuestos.

Han echado abajo Loeser und Wolff, con su letrero de mosaico, 20 metros más allá está ahí otra vez, y al otro lado, frente a la estación, otra vez más. Loeser und Wolff, Berlín Elbing, calidades de primera clase para todos los gustos, Brasil, Habana, México, Kleine Trösterin, Liliput, Zigarre Nr. 8, a 26 pfennig la pieza, Winterballade, paquete de 25 puros, 20 pfennig, Ziganillos Nr.

10, sin seleccionar, envoltura Sumatra, una especialidad en su precio, cajas de cien, 10 pfennig. Yo derroté a la competencia, tú derrotas a la competencia, él derrotó a la competencia con cajas de 50 y cajetillas de 10. Envíos a todos los países del mundo, Boyero, 25 pfennig, esta novedad nos ha granjeado muchas amistades, yo derroté a la competencia, tú derrotas toda competencia.

Junto al Prälaten[100] hay sitio, ahí están los carros de bananas. Déle a sus

hijos bananas. La banana es la fruta más limpia, porque su cáscara la protege de insectos, gusanos y bacilos. Se exceptúan los insectos, gusanos y bacilos que atraviesan la cáscara. El Consejero Privado Czemy ha señalado con insistencia que incluso

los niños, en sus primeros años. Yo lo destruyo todo, tú lo destruyes todo, él lo destruye todo.

Hay viento en grandes cantidades en la Alex, y en la esquina de Tietz sopla penosamente. Hay viento, que sopla entre los edificios y sobre las obras subterráneas. Uno quisiera meterse en la taberna, pero quién puede hacerlo,

sopla a través de los bolsillos del pantalón, y entonces te das cuenta de que pasa algo, no hay que andarse con tonterías, hay que estar alegre con este tiempo. Por la mañana temprano llegan los obreros lentamente, de Reinickendorf, Neukölln, Weissensee, con frío o sin frío, con viento o sin viento, trae la cafetera, envuelve los bocadillos, tenemos que pringar, arriba están los zánganos, duermen en colchones de plumas y nos chupan la sangre.

Aschinger tiene un gran café y restorán. El que no tenga tripa puede echar una, el que la tenga puede aumentarla a placer. ¡No se puede engañar a la Naturaleza! Quien crea que puede mejorar el pan y la pastelería hechos con harina blanca desnaturalizada mediante la adición de ingredientes artificiales, se engaña y engaña a los consumidores. La Naturaleza tiene su ley de vida y se venga de todo abuso. El quebrantado estado de salud de casi todos los pueblos cultos de la actualidad se debe al consumo de alimentos desnaturalizados y artificialmente refinados. Charcutería fina, también a domicilio, butifarra y morcillas baratas.

La interesantísima revista Magazin, sólo 20 pfennig en lugar de un marco, la revista Ehe, interesantísima y picante, sólo 20 pfennig. El vendedor fuma cigarrillos a bocanadas, lleva una gorra de marino, yo derroto la competencia.

Desde el Este, Weissensee, Lichtenberg, Friedrichshain, Frankfurter Allee, se precipitan los tranvías amarillos a la plaza, por la Landsberger Strasse. El 65 viene del Matadero Central, Grosse Ring Weddingplatz, Luisenplatz, el 76

Hundekehle por Hubertusallee. En la esquina de la Landsberger Strasse han liquidado Friedrich Hahn, unos antiguos almacenes, los han vaciado y pasarán a la Historia. Allí se detienen los tranvías y el autobús 19, Turmstrasse. Donde estaba Jürgens, la papelería, han derribado el edificio y puesto en su lugar una valla. Allí hay un viejo con una balanza médica: vigile su peso, 5 pfennig. Queridos hermanos y hermanas que pululáis por la Alex, disfrutad de este momento, mirad por el agujero que hay junto a la balanza a ese vertedero, donde en otro tiempo floreció Jürgens, y ahí están aún los almacenes Hahn; vacíos, evacuados y destripados, donde sólo quedan todavía los trapos rojos de los escaparates. Delante de nosotros hay un montón de basura. Polvo eres y en polvo te convertirás, edificamos una suntuosa mansión, y ahora no entra ni sale población[101]. Así se hundieron Roma, Babilonia, Nínive, Aníbal, César, todos se hundieron, oh, piensa en eso. En primer lugar, tengo que observar que se está

desenterrando de nuevo a esas ciudades, como muestran las fotografías de la última edición dominical, y en segundo, que esas ciudades cumplieron su finalidad y ahora se puede edificar otras nuevas. No se llora por unos viejos pantalones cuando están apolillados y rotos, sino que se compran otros nuevos, de eso vive el mundo.

La policía domina poderosa la plaza. Hay varios ejemplares en ella. Cada ejemplar lanza miradas de experto hacia ambos lados y se sabe de memoria las reglas de la circulación. Lleva polainas en las piernas, del costado derecho le cuelga una porra de goma, mueve los brazos horizontalmente de Oeste a Este, y el Norte y el Sur no pueden seguir, y el Este se vierte hacia el Oeste, y el Oeste hacia el Este. Entonces el ejemplar cambia por sí solo: el Norte se vierte en el Sur y el Sur en el Norte. El guardia tiene el talle fino. Obedeciendo su gesto, cruzan la plaza en dirección a la Königstrasse unos 30 particulares, algunos se quedan en el islote del tráfico, otros llegan sin dificultad al lado opuesto y siguen caminando sobre la madera. Otros tantos se han dirigido hacia el Este, han nadado hacia los otros, a los otros les ha ocurrido lo mismo, pero no ha pasado nada. Son hombres, mujeres y niños, estos últimos casi siempre de la mano de mujeres. Enumerarlos a todos y describir sus destinos sería muy difícil, sólo se podría hacer con algunos. El viento arroja por igual polvo sobre todos. El rostro del caminante que se dirige al Este no se diferencia

en nada del rostro del que se dirige al Oeste, al Sur o al Norte, sus papeles son también intercambiables, y los que ahora atraviesan la plaza hacia Aschinger pueden ser vistos una hora más tarde ante los vacíos almacenes Hahn. Y lo mismo se confunden los que vienen de la Brunnerstrasse y se dirigen al Jannowitzbrücke. Sí, muchos tuercen también, del Sur al Este, del Sur al Oeste, del Norte al Este. Son tan iguales como los que van en autobús, en tranvía. Todos se sientan en posturas diversas, haciendo así más pesado el peso escrito en la parte exterior del coche. Lo que pasa en su interior, quién podría contarlos, sería un capítulo enorme. Y si se hiciera, ¿a quién aprovecharía? ¿Más libros? Ni los viejos se venden, y en el año

27 la venta de libros disminuyó en un no sé cuántos por ciento con respecto al

26. Hay que tomar a la gente simplemente como personas particulares, que han pagado sus 20 pfennig, salvo los poseedores de abonos mensuales y los colegiales, que sólo pagan 10, y ahí van con su peso de medio quintal a uno, con sus trajes, con bolsos, paquetes, llaves, sombreros, dentaduras postizas y

bragueros por la Alexanderplatz, guardando el misterioso papelito alargado en que pone: Línea 12 Siemenstrasse DA, Gotzkowskistrasse C. B, Oranienburger Tor C, C, Kottbuser Tor A, signos misteriosos, quién podría descifrarlo, quién podría conocerlo y recocerlo[102], una cosita, con qué letrita[103], las

hojitas están cuatro veces perforadas en determinados lugares y en las hojitas está escrito, en el mismo alemán de la Biblia y del Código Civil: Válido hasta el punto de destino por el trayecto más corto, no se responde de las conexiones. Leen periódicos de distintas tendencias, conservan su equilibrio gracias al laberinto del oído, respiran oxígeno, se miran con aire estúpido, les duele algo, no les duele nada, piensan, no piensan, son felices, son infelices, no son ni felices ni infelices.

Rumm rumm, cae con fuerza la apisonadora, yo derroto la competencia, un carril más. Desde la Jefatura Superior de Policía llega el zumbido a través de la plaza, están poniendo remaches, una mezcladora de cemento vuelca su carga. El señor Adolf Kraun, criado, lo contempla, el vuelco de la vagoneta lo fascina enormemente, tú derrotas la competencia, él derrota la competencia. Mira, siempre en tensión, cómo la vagoneta cargada de arena sube por un lado, llega arriba, bum, y se vuelca. No le gustaría a uno que lo sacaran así de la cama, patas arriba y con la cabeza abajo, ahí te quedas, le podría pasar a uno algo, pero seguirían trabajando igual.

Franz Biberkopf lleva otra vez su mochila y vende periódicos. Ha cambiado de barrio. Ha dejado la Rosenthaler Platz y está en la Alexanderplatz. Se siente muy bien, 1,80 de estatura, ha bajado de peso pero lo lleva mejor. En la cabeza, la gorra de vendedor de periódicos.

Alarma de crisis en el Reichstag, se habla de elecciones en marzo, de

elecciones probablemente en abril[104], ¿adónde vamos, Joseph Wirth?[105]. Continúa la lucha en la Alemania central, se va a constituir una cámara de arbitraje, atraco en la

Tempelherrenstrasse. Tiene su puesto a la salida del metro de la Alexanderstrasse, frente al cine Ufa, en ese lado ha abierto un nuevo establecimiento la óptica Fromm. Franz Biberkopf contempla la Münzstrasse cuando se encuentra por primera vez en medio del tumulto, y piensa: qué distancia habrá hasta la casa de los dos judíos, no viven muy lejos, eso fue

cuando mi primera desgracia, quizá me deje caer por allí, a lo mejor me compran un Wólkischer Becbacher. Por qué no, si les gusta me da lo mismo, con tal de que me lo compren. Hace una mueca al pensarlo, el judío más viejo con sus zapatillas era realmente muy raro. Mira a su alrededor, tiene los dedos rígidos, junto a él hay un jorobadito con la nariz totalmente torcida, sin duda rota. Alarma de crisis en el Reichstag, la casa número 17 de la Hebbelstrasse evacuada por riesgo de

derrumbamiento, crimen sangriento en el barco pesquero, un sedicioso o un loco.

Franz Biberkopf y el jorobado se soplan las manos. Por las mañanas el negocio es flojo. Un hombre de edad, descarnado, mal vestido y de aspecto denotado, se dirige a Franz. Lleva un sombrero de fieltro verde y le pregunta a Franzen cómo es el negocio de los periódicos. También Franz hizo esta pregunta una vez. «Si te convendría a ti, compañero, eso no lo sabe nadie». «Tengo cincuenta y dos años». «Pues por eso, a los cincuenta empiezan los alifafes. Con los prusianos teníamos un viejo capitán de la reserva, sólo tenía cuarenta años, de Saarbrücken, administrador de lotería —bueno, eso decía él, quizá era sólo estanquero—, que tenía ya reuma a los cuarenta, en los riñones. Pero se tenía derecho a pesar de eso. Andaba como un palo de escoba sobre ruedas. Siempre hacía que le dieran friegas con manteca. Y cuando se acabó la manteca, hacia

1917, y no había más que Palmin, aceite vegetal de primera calidad, rancio por añadidura, se dejó matar».

«Qué se le va a hacer, en la fábrica tampoco lo aceptan ya a uno. Y el año pasado me operaron además, en Lichtenberg, en el Hospital de San Huberto. Me quitaron un huevo, al parecer estaba tuberculoso, todavía me duele». «Pues ten cuidado de que al otro no le pase lo mismo. En ese caso es mejor que estés sentado, hazte cochero de punto». La lucha en la Alemania central continúa,

las negociaciones no han dado resultado, atentado contra la Ley del inquilinato, despierta, inquilino, te están quitando el techo de encima. «Sí, compañero, puedes vender periódicos, pero tienes que poder correr, y tienes que tener voz, cómo andas de arrojo, petirrojo, ¿sabes cantar? Mira, eso es lo más importante para nosotros, tenemos que saber cantar y que saber correr.

Necesitamos buenos pulmones. Los voceras son los que ganan más. Una pandilla de vivos, te lo digo yo. Fíjate en esto, ¿cuántos groschen hay?». «Yo no veo más que cuatro». «Eso es. No ves más que cuatro. De eso se trata. Tú no ves más. Pero cuando uno tiene prisa y se busca en el bolsillo y tiene una moneda de cinco groschen y luego un marco o diez marcos, pregúntales a nuestros compadres, éstos lo cambian todo. Hay que ver lo listos que son, éstos son los verdaderos banqueros, éstos entienden de cambios, deducen sus porcentajes pero ni te enteras, de deprisa que lo hacen».

El viejo suspira. «Sí, con tus cincuenta años y además alifafes. Compañero, si tienes confianza, no lo haces solo, te buscas dos chicos, naturalmente los tienes que pagar, quizá se lleven la mitad, pero tú te ocupas del negocio y ahorras piernas y voz. Tienes que tener buenas relaciones y un buen puesto. Si llueve, te mojas. Los buenos negocios se hacen con los campeonatos deportivos y los cambios de gobierno. Cuando murió Ebert[106], según dicen, les arrancaban los periódicos de la mano. Hombre,

no pongas esa cara, no es tan malo como parece. Mira esa apisonadora de enfrente, imagínate que te diera en la cabeza, ¿de qué te serviría entonces pensar tanto?». Atentado contra la Ley del inquilinato. El castigo de Zörgiebel[107]. Dejo un partido que traiciona a sus principios. Censura inglesa sobre Amanullah[108], la India no debe saber nada.

Enfrente, junto a la casita de Radio Web —hasta nuevo aviso cargamos un acumulador gratis—, hay una mujercita pálida con un sombrero muy metido, que parece reflexionar intensamente. El chófer del taxi blanco y negro que hay a su lado piensa: está meditando si coger un taxi y si lleva dinero encima, o espera a alguien. Pero ella sólo encoge un poco el cuerpo dentro de su abrigo de terciopelo, como si se hubiera desarticulado, y luego se pone otra vez en marcha, sólo se siente mal y tiene siempre esos dolores de vientre. Va a hacer su examen de maestra, hoy se quedará en casa y se pondrá fomentos calientes; por la noche, de todas formas, estará mejor.

Durante un rato nada, descanso, uno va sanando

La tarde del 9 de febrero de 1928, en que cayó en Oslo el gobierno laborista, se había corrido la última noche de los Seis Días de Stuttgart —resultaron vencedores Van KempenFrankenstein, con 726 puntos y 2.440 kilómetros— y la situación en el territorio del Sarre parecía más grave, en la noche del 9 de febrero de 1928, martes[109] (un momento, por favor, ahora está viendo el rostro

misterioso de la extraña mujer, la pregunta de esa beldad les concierne a todos, también a usted: ¿fuma ya Garbaty Kalif?), esa noche estaba Franz Biberkopf en la Alexanderplatz, junto a una columna de anuncios, estudiando una invitación de los horticultores de Treptow-Neukölln y de Britz para una reunión de protesta en la sala de fiestas de Irmer, orden del día: los despidos arbitrarios. Debajo había un cartel: el tormento del asma y alquiler de disfraces, gran surtido para damas y caballeros. De pronto apareció junto a él el pequeño Meck. A Meck lo conocemos. Míralo, cómo viene, y qué paso que mantiene[110].

«Vaya, Franzeken, Franzeken —Meck estaba contento, qué contento estaba

—, Franz, hombre, no lo hubiera creído, volverte a ver, habías desaparecido del mundo. Hubiera jurado...». «¿Qué hubieras

jurado? Me lo puedo imaginar, que otra vez había hecho algo. No no, muchacho». Se estrechan las manos, se estrechan los brazos hasta los hombros, se estrechan los hombros hasta las costillas, se dan palmadas en la espalda, se les tambalea y retiembla el cuerpo entero.

«Eso pasa, Gottlieb, que no se ve a los amigos. Pero trabajo por aquí». «Aquí en la Alex, Franz, qué dices, hubiera tenido que verte. Pero se pasa por al lado de la gente sin mirar». «Eso sí que es verdad, Gottlieb».

Y, cogidos del brazo, bajan por la Prenzlauer Strasse.

«Querías haberte dedicado a los bustos de escayola, Franz».

«Para los bustos de escayola me falta entendimiento. Para los bustos de escayola se necesita educación, y yo no la tengo.

Vendo otra vez periódicos, eso da para comer. ¿Y tú, Gottlieb?».

«Estoy ahí enfrente, en la Schönhauser, vendiendo trajes, zamarras y pantalones de caballero». «¿Y de dónde sacas el género?». «Eres el Franz de siempre, preguntando siempre de dónde. Eso sólo lo preguntan las chicas cuando quieren una pensión de alimentos».

Franz trotaba mudo junto a Meck, poniendo un gesto sombrío:

«Seguís con vuestras estafas, hasta que os pillen». «Cómo que hasta que nos pillen, cómo que estafas, Franz, hay que ser hombre de negocios, saber vender».

Franz no quería ir más lejos, no quería, se obstinaba. Pero Meck no lo

soltaba, parloteaba y no lo soltaba: «Ven a la tasca, Franz, quizá puedas ver también a los tratantes de ganado, te acuerdas, los del proceso, los que se sentaban con nosotros en la asamblea, cuando sacaste tu carné. Se han metido en un buen lío con su proceso. Ahora están con los juramentos, y hay que encontrar testigos que juren. Tú, se van a bajar del caballo, pero de cabeza». «No, Gottlieb, prefiero no ir contigo».

Pero Meck no cedía, era su viejo amigo y el mejor de todos, con excepción, naturalmente, de Herbert Wischow, pero éste era un chulo y Franz no quería saber nada de él, no, nunca más. Y, del brazo, por la Prenzlauer Strasse abajo, fábrica de licores, taller textil, confitería, seda, seda, recomendando la seda, ¡algo terriblemente moderno para la mujer elegante!

Y cuando fueron las ocho, Franz estaba sentado con Meck y otro más, que era mudo y sólo hacía dibujos, en una mesa del rincón de una taberna. Y las cosas iban por todo lo alto. Meck y el mudo vieron asombrados cómo Franz se descongelaba por completo, comía y bebía con fruición, dos manos de cerdo, luego judías con guarnición y un jarro de Engelhardt tras otro, y los invitaba a ellos. Los tres apretaban los codos, unos contra otros, para que nadie se sentara a su mesita y los molestara; sólo la delgada patrona podía acercarse para coger y recoger y volver a escanciar. En la mesa de al lado había tres hombres de edad, que de vez en cuando se acariciaban mutuamente la cabeza calva. Franz tenía los carrillos

lentos, sonrió y sus ojos medio cerrados se dirigieron hacia ellos. «¿Qué hacen éstos?». La patrona le acercó la mostaza, el segundo tarro: «Bueno, será que se quieren». «Sí, eso es lo que yo creo». Y se reían, chasqueaban la lengua, tragaban los tres. Franz decía una vez y otra: «Hay que alimentarse. Un hombre con fuerza tiene que comer. Si no tienes la panza llena no puedes hacer nada».

El ganado llega en tren desde las provincias, de la Prusia oriental, la Pomerania, la Prusia occidental, Brandemburgo. Mugen y balan sobre las rampas. Los cerdos gruñen y husmean el suelo. Andas entre niebla. Un joven pálido coge el hacha, zas, ha sido un segundo, ya no sabe nada.

A las nueve aflojaron los codos, se metieron cigarrillos en las grasientas

bocazas y comenzaron a eructar el cálido vapor de la comida que tenían dentro.

Entonces ocurrió algo.

Primero entró un jovencito en la taberna, colgó de la pared el sombrero y el abrigo y empezó a aporrear el piano.

El local se fue llenando. Unos cuantos estaban junto al mostrador, discutiendo. Junto a Franz se sentaron algunos en la mesa de al lado, hombres de edad con gorras, un joven con sombrero hongo, Meck los conocía, se entabló conversación. El más joven, de ojos negros y centelleantes, un chico despierto de

Hoppegarten, contaba:

«¿Qué fue lo primero que vieron al llegar a Australia?

Primero arena y páramos y prados y nada de árboles y nada de hierba y nada de nada. Sólo un desierto de arena. Y luego millones y millones de ovejas amarillas que vivían en estado salvaje. Fue de eso de lo que vivieron los ingleses al principio. Y las exportaron también. América». «Como si allí necesitaran ovejas de Australia».

«A Sudamérica, puedes creerme». «Allí tienen muchos bueyes, no saben qué hacer con tantos bueyes». «Pero las ovejas, la lana. Como en esa tierra hay tantos negros, pasan frío. Vaya, como si no supieran los ingleses adónde llevar sus ovejas. Por los ingleses no tienes que preocuparte. ¿Pero qué pasó luego con las ovejas? Ahora puedes ir a Australia, me ha dicho uno, y mires por donde mires no ves una oveja. Todo pelado. ¿Y por qué? ¿Dónde están las ovejas?».

«Las fieras». Meck negó: «¡Qué fieras! Las epizootias. Ésa es siempre la mayor desgracia para un país. Se mueren y ahí te quedas». El joven del sombrero hongo no estaba de acuerdo con que las epizootias hubieran sido tan decisivas. «Es posible que fueran también las epizootias. Donde hay tanto ganado, algunas se mueren y entonces se pudren y entonces hay enfermedades. Pero ésa no es la razón. No, sé fueron todas juntas al mar, al trote largo, cuando llegaron los ingleses. Las ovejas cogieron un miedo horrible en ese país cuando llegaron los ingleses y

empezaron a cazarlas y a meterlas en vagones, y entonces los animales corrieron a millares, siempre hacia el mar». Meck: «Pues muy bien. Mejor. Déjalas correr. Para eso están naturalmente los barcos. Y los ingleses se ahorran los gastos de ferrocarril». «Sí, claro, los gastos de ferrocarril». «Estás loco. Hizo falta tiempo para que los ingleses se dieran cuenta siquiera. Ellos, claro, siempre en el interior y cazando y metiendo en los vagones y un país tan grande y sin ninguna organización, como siempre ocurre al principio. Y luego es demasiado tarde, demasiado tarde. Las ovejas, claro, en el mar y ahogadas en salmuera». «Ahogadas y reventadas». «Claro que sí. Al parecer estaban en el mar, a millares y millares, y apestaban y se acabó». Franz estuvo de acuerdo: «El ganado es delicado. Con el ganado las cosas son así. Hay que saber tratarlo. El que no entienda, es mejor que no se meta».

Todos bebieron impresionados e intercambiaron observaciones sobre el

capital derrochado y sobre las cosas que pasan, que en América dejan pudrir incluso el trigo, cosechas enteras, todo puede pasar. «No —explicó el de

Hoppegarten, el de los ojos negros—, en Australia pasan todavía muchas más cosas. De eso no se sabe nada, y en los periódicos no viene nada, y no lo escriben, cualquiera sabe por qué, por la inmigración, porque si no, no iría nadie. Al parecer hay una clase de lagarto, una especie claramente antediluviana, de

varios metros de longitud, no la enseñan ni siquiera en el zoológico, los ingleses no lo permiten. Cazaron un ejemplar desde un barco y lo exhibieron en Hamburgo. Pero enseguida lo prohibieron. No hubo nada que hacer. Viven en los pantanos, en el agua viscosa, y nadie sabe de qué se alimentan. Una vez se hundió toda una caravana de automóviles; ni siquiera han explorado el lugar donde ocurrió. Nada. Nadie se atreve. Sí». «Fantástico —opinó Meck—, ¿y con gases?». El joven reflexionó: «Habría que probarlo. Por probar no se pierde nada». Eso parecía indudable.

Un hombre de edad se sentó detrás de Meck, con los codos en la silla de

Meck, un tipo pequeño y rechoncho, de cara redonda y roja como un cangrejo, con ojos grandes y saltones que se movían rápidamente. Los hombres le hicieron sitio. Y pronto se inició un cuchicheo entre él y Meck. El hombre llevaba botas altas brillantes, tenía un abrigo de dril al brazo y parecía tratante de ganado. Franz conversaba con el joven de Hoppegarten, que le caía bien, por encima de la mesa. De pronto Meck le tocó en el hombro, le hizo un gesto con la cabeza, se levantaron, el pequeño tratante de ganado, que sonreía plácidamente, se levantó con ellos. Se situaron aparte, los tres, junto a la estufa de hierro. Franz pensó que se trataba de los dos tratantes de ganado y de su proceso. Por eso quiso enseguida quedarse aparte. Pero era

sólo una reunión sin importancia. El pequeño quería únicamente conocerlo y saber a qué negocios se dedicaba. Franz dio unos golpecitos en su bolsa de periódicos. Bueno, quizá, si quería ocuparse también alguna vez de fruta; él, él se llamaba Pums, negociaba en fruta, y alguna vez podría necesitar más vendedores de carrito. A lo que Franz respondió encogiéndose de hombros: «Depende de lo que se gane». Entonces se sentaron de nuevo. Franz pensaba en lo enérgicamente que hablaba el pequeño; úsese con precaución, agítese después de usarlo.

La conversación había continuado y otra vez llevaba Hoppegarten la voz

cantante; estaban en América. El de Hoppegarten tenía el sombrero entre las rodillas: «Así pues, se casa con una mujer en América sin sospechar nada. Es una negra. “¿Cómo?” dice, “¿eres negra?” Venga, a la calle. La mujer tuvo que

desnudarse en el juzgado. Con bañador. Al principio, claro, no quiere, pero que no se ande con tonterías. Tenía la piel completamente blanca. Porque era mestiza. El marido dice que, sin embargo, es negra. ¿Y por qué? Porque tiene las uñas de los dedos teñidas de marrón y no de blanco. Era mestiza». «Bueno, ¿y qué quería? ¿El divorcio?». «No, daños y perjuicios. Al fin y al cabo se había casado con ella, y quizá ella hubiera perdido su empleo. Una mujer divorciada no la quiere nadie. Era una mujer blanca

como la nieve y preciosa. Descendía de negros, quizá del siglo XVII. Daños y perjuicios».

En el mostrador había bronca. La patrona le chillaba a un chófer excitado. Él le respondía: «Nunca me permitiría jugar con las cosas de comer». El comerciante de fruta gritó: «¡Silencio!». El chófer se volvió entonces belicosamente, miró al gordo que, sin embargo, lo dejó fuera de combate con una sonrisa, y el otro se quedó junto al mostrador, guardando un silencio rencoroso.

Meck le susurró a Franz: «Los tratantes de ganado no vienen hoy. Lo tienen ya todo arreglado. El próximo juicio está seguro. Fíjate en el de amarillo, es un pez gordo aquí».

A ese de amarillo que le señalaba Meck llevaba observándolo Franz toda la noche. Se sentía poderosamente atraído hacia él. Era delgado, llevaba un descolorido capote militar —¿será comunista?—, tenía el rostro largo, alto y amarillento, y llamaban en él la atención las profundas arrugas de su frente. El hombre estaba seguramente al comienzo de sus treinta, pero de la nariz a la boca le corrían a ambos lados unos surcos muy profundos. La nariz, Franz la contempló con atención y muchas veces, era corta, chata, firmemente plantada. El hombre apoyaba decididamente la cabeza en la mano izquierda, que sostenía la humeante pipa. Tenía el pelo negro y de punta. Cuando después fue hacia el mostrador —arrastraba las piernas, parecía como si los pies se le quedaran siempre atascados. Franz vio que llevaba

unas miserables botas amarillas y que los calcetines, grises y gruesos, le asomaban por el borde. ¿Estaría tísico? Habría que meterlo en un sanatorio, en Beelitz o donde fuera, dejarlo andar así por ahí.

¿A qué se dedicará? El hombre vino arrastrándose, con la pipa en la boca, en la

mano una taza de café y en la otra una limonada con una cucharilla larga de estaño. Se sentó otra vez a la mesa, y se puso a tornar un trago de café por cada trago de limonada. Franz no lo perdía de vista. Qué ojos más tristes tenía el tipo.

Seguro que ha estado a la sombra; mira, ten cuidado, ahora está pensando también que yo he estado a la sombra. Exacto, muchacho, hemos estado, Tegel, cuatro años, ahora ya lo sabes, bueno, ¿y qué?

Esa noche no pasó nada más. Pero Franz iba ahora más a menudo a la Prenzlauer Strasse y se juntaba con el hombre del viejo capote militar. Era un buen muchacho, sólo que tartamudeaba tremendamente, hacía falta tiempo para que desembuchara, por eso ponía esos grandes ojos suplicantes. Resultó que nunca había estado a la sombra, sólo una vez se había metido en política, casi había hecho saltar por los aires una fábrica de gas, dieron el chivatazo, pero a él no lo cogieron. «¿Y qué haces ahora?». «Vender fruta y cosas así. Ayudar. Y si no da

resultado, el subsidio». Franz Biberkopf había topado con una gente extraña; curiosamente, la mayoría se dedicaba a negociar con «fruta», y hacían buen negocio, el pequeño del rostro de color cangrejo los surtía, era su mayorista. Franz se mantenía alejado de ellos, pero también ellos de él. No veía el asunto muy claro. Se decía: mejor vender periódicos.

Florece la trata de blancas

Una tarde, el del capote militar, Reinhold se llamaba, hablaba o tartamudeaba más, le salía con mayor rapidez y facilidad, echaba pestes de las mujeres. Franz se desternillaba, el chico se tomaba a las mujeres realmente en serio. No lo hubiera sospechado en él; tenía esa chaladura, todos tenían aquí alguna chaladura, unos ésta, otros aquélla, totalmente normal no era ninguno. El muchacho estaba enamorado de la mujer de un cochero, de un ayudante de conductor de una cervecería, ella había dejado por él a su marido, y el problema era que ahora

Reinhold no quería saber ya nada de ella. Franz resoplaba divertido por la nariz, aquel muchacho era increíble: «Échala a volar». El otro tartamudeó, poniendo unos ojos temibles: «Es tan difícil. Las mujeres no entienden nada, aunque se lo des por escrito». «¿Se lo has dado por escrito, Reinhold?». El otro tartamudeó, escupió y se retorció: «Se lo he dicho cien veces. Dice que no lo entiende. Que debo de estar loco. Una cosa así no la entiende. De modo que tendré que aguantarla hasta que reviente yo». «Bueno, quizá revientes». «Eso es lo que dice ella también». Franz se rió

desaforadamente, Reinhold se enfadó: «Oye, no seas idiota». No, aquello no le entraba a Franz, un muchacho tan listo, que ponía dinamita en las fábricas de gas, y ahora estaba allí tocando una marcha fúnebre. «Llévatela tú», tartamudeó Reinhold. Franz golpeó en la mesa, divertido: «¿Y qué hago con ella?». «Bueno, tú puedes echarla a volar». Franz estaba encantado: «Te voy a hacer el favor, Reinhold, puedes confiar en mí, pero estás todavía en pañales». «Tú mírala primero y luego me dices». Los dos estaban contentos.

La Fränze se plantó al mediodía siguiente en casa de Franz Biberkopf. Cuando él supo que se llamaba Fränze se alegró enseguida; hacían buena pareja, él se llamaba Franz. Ella debía traerle a Biberkopf, de parte de Reinhold, un par de zapatos fuertes; era su dinero de Judas, se reía Franz por dentro, diez

monedas de plata. ¡Y encima me las trae ella! Este Reinhold es realmente un punto de cuidado. Pero una recompensa merece otra, pensó, y fue con ella por la noche a buscar a Reinhold que, de acuerdo con lo previsto, no estaba, lo que provocó un ataque de furia de Fränze y un dúo de apaciguamiento en la habitación de Franz. A la mañana siguiente se presentó ya la mujer del cochero en casa de Reinhold, que ni siquiera tartamudeaba: no, que no se molestara, no le hacía falta, ya tenía otro. Pero quién era, desde luego, no se lo iba a decir. Y apenas ha salido ella, aparece Franz en casa de Reinhold con sus botas nuevas, que ya no le están tan grandes porque lleva dos pares de calcetines de lana, y los dos se abrazan y se dan golpes en la espalda. «Siempre estoy dispuesto a hacerte un favor», dice Franz rechazando sus testimonios de gratitud.

La mujer del cochero se ha enamorado de sopetón de Franz, tiene un corazón elástico, cosa de la que, hasta a fecha, no tenía conocimiento. Él se alegró de que ella se sintiera en posesión de esa nueva facultad, porque era un filántropo y un buen conocedor del corazón humano. Observaba complacido cómo ella se adaptaba a él. Conocía bien el género; al principio, las mujeres siempre se ocupan de los calzoncillos y los calcetines con agujeros. Pero el que ella le limpiara también todas las mañanas las botas y precisamente las de Reinhold, lo hacía prorrumpir cada mañana en un concierto de carcajadas. Decía, cuando ella le preguntaba

de qué se reía: «Porque son demasiado grandes, demasiado grandes para uno. Dentro caben dos». Y una vez intentaron ponerse juntos una bota, pero era una exageración y no pudieron.

Ahora el tartamudo Reinhold, el amigo del alma de Franzen, tenía ya otra

amiga, que se llamaba Cilly o, en cualquier caso, pretendía llamarse así. A Franz Biberkopf le daba exactamente igual, a veces veía también a la Cilly en la Prenzlauer Strasse. Sin embargo, sintió una oscura sospecha cuando el tartamudo, después de unas cuatro semanas, preguntó por la Fränze y si Franz le había dado ya la patada. Franz dijo que era una chiquita muy maja y, al principio, no comprendió. Entonces Reinhold afirmó que Franz le había prometido deshacerse rápidamente de ella. Lo que negó Franz, porque era demasiado pronto. Hasta la primavera no quería echarse nueva novia. Ropa de verano, lo había visto ya, no tenía la Fränze, y él no podía comprársela; de manera que se iría en verano. Reinhold opinó quisquillosamente que, en realidad, la Fränze iba ya bastante raída, y que las cosas que llevaba no eran verdaderamente de invierno, más bien de entretiempo, en realidad nada apropiadas para la temperatura que hacía. A eso siguió una larga discusión sobre la temperatura y el barómetro y el tiempo probable, consultaron los periódicos. Franz insistió en que nunca puede saberse cómo será el tiempo, Reinhold, sin embargo, vaticinó

duras heladas. Sólo entonces se dio cuenta Franz de que Reinhold quería deshacerse también de la Cilly, que llevaba una piel de conejo de imitación. En efecto, hablaba continuamente de esa bonita piel de conejo de imitación. «Qué voy a hacer con el guiso de conejo pensó Franz—, que éste me quiere colocar».

«Hombre, estás chalado, no puedo cargar con dos teniendo ya una, y el negocio no va precisamente como las rosas. De dónde voy a sacar si no lo robo». «Tampoco lo necesitas, tener dos. ¿Cuándo he dicho yo que dos? No se puede esperar de nadie que cargue con dos. No eres un turco». «Eso es lo que digo yo».

«Bueno, pues tampoco digo yo que lo seas. ¿Cuándo he dicho yo que tengas que cargar con dos? Y por qué no tres. No, echa a ésa... ¿no tienes a alguien?». «¿Cómo que a alguien?». A ver qué quiere ahora, este muchacho tiene siempre la cabeza a pájaros.

«Algún otro que se te pueda llevar a la Fränze». Nuestro Franzeken estaba radiante, le dio al otro una palmada en el brazo:

«Muchacho, eres un águila, se ve que has ido a la universidad, carajo, hay que descubrirse. ¿Un negocio en cadena, como cuando la inflación?». «Por qué no. De todas formas mujeres hay demasiadas». «Demasiadas. Carajo, Reinhold. Eres un hacha, me has dejado sin habla». «¿Entonces, qué?». «Hecho, el negocio me gusta. Buscaré a alguien. Ya encontraré a alguno. ¡A tu lado soy un zoquete! De verdad que me quedo sin aliento».

Reinhold lo miró. Lo que le faltaba era un tornillo. Verdaderamente es un grandísimo bobo, este Franz Biberkopf. Realmente había pensado en cargar con dos mujeres al mismo tiempo.

Y Franz estaba tan entusiasmado con el negocio que en seguida se marchó y se fue a ver al jorobadito Ede en su guarida; que si quería que le traspasara una chica, él tenía otra y quería librarse de aquélla.

Al otro le venía muy bien, quería dejar su trabajo, tenía un poco de dinero por enfermedad y podía cuidarse algo, ella podría ir de compras por él y pasar por caja. Pero quedarse conmigo, eso lo decía ya, de eso nada.

Ya al mediodía siguiente, antes de salir otra vez a la calle, Franz le organizó a la mujer del cochero un escándalo del demonio por un quítame allá esas pajas. Ella se puso furiosa. Él le gritó a placer. Al cabo de una hora todo estaba arreglado: el jorobado la ayudó a recoger sus cosas, Franz se había ido rabioso y la mujer del cochero sentó sus reales en casa del jorobado, porque no sabía adónde ir. Y el jorobado fue a su médico, se dio de baja por enfermo y, por las noches, Fränze y él hablaban mal de Franz Biberkopf.

Pero en casa de Franz se había presentado ya la Cilly. ¿Qué te pasa, hija? Te has hecho pupa, dónde te duele, ay. Señor Señor. «Sólo venía a traerle un cuello de piel». Franz sostiene en la mano

apreciativamente el cuello de piel. Cosa fina. De dónde saca ese muchacho estas cosas tan bonitas. La vez pasada sólo fueron unas botas. Cilly, la inocente, baló con ingenuidad. «Usted es muy amigo de mi Reinhold, ¿no?». «Ay Dios, sí —rió Franz—, me manda de cuando en cuando comestibles y prendas de vestir, lo que le sobra. La última vez me mandó unas botas. Sólo unas botas. Espere un momento, también usted va a darme su opinión». Con tal de que Fränze, esa zorra, esa estúpida, no se las haya llevado; dónde están, ahí estaban. «Mire, señorita Cilly, eso es lo que me mandó la última vez. ¿Qué le parecen ese par de piezas de artillería? Dentro caben tres. Meta usted el piececito». Y ya está ella dentro, se ríe, está muy bien vestida, qué criatura, qué te parece, para comérsela, tiene un aspecto estupendo con su abrigo negro con adornos de piel, ese Reinhold es un cabeza de chorlito por echarla, y de dónde sacará estas chicas tan monas. Y ahí está ella, metida en las piezas de artillería. Y Franz piensa en la vez pasada, tengo un abono de mujer como si tuviera un abono mensual de guardarropa, y ya está metiendo un pie en la bota, después de quitarse el zapato, detrás del de ella, Cilly chilla, pero el pie de él

entra en la bota, ella quiere escapar, pero los dos dan saltitos y ella tiene que saltar con él. Entonces, junto a la mesa, él mete el otro pie en la otra pieza de artillería. Están a punto de zozobrar. Zozobran, gritos, señorita, refrene su fantasía, deje que los dos

se diviertan, tienen ahora consulta privada, para los mutualistas no es hasta después, de 5 a 7.

«Oye, Reinhold me espera, Franz, no le digas nada, por favor, por favor».

«Pero nena, ésta sí que es buena». Y por la noche la tuvo del todo, a aquella pequeña gimoteante. Por las noches siempre despotrican, y ella es una persona tan agradable, tiene un bonito guardarropa, el abrigo, que está aún casi nuevo, un par de zapatos de baile, se lo trae todo, oye, todo eso te lo ha regalado Reinhold, debe de comprar a plazos.

Con admiración y placer encuentra ahora Franz a su Reinhold. El trabajo de Franz no es fácil, ya sueña preocupado en el fin de mes, en que Reinhold, el silencioso, comenzará a hablar de nuevo. Y una tarde está Reinhold junto a él en el metro de la Alexanderplatz, delante de la Landberger Strasse, y le pregunta si tiene algo que hacer esa noche. Hombre, todavía no ha terminado el mes, qué pasa, y en realidad la Cilly espera a Franz... pero ir con Reinhold, con el camión grande, desde luego. Y los dos caminan

lentamente —hacia dónde, qué cree usted—, caminan bajando por la Alexanderstrasse hacia la Prinzenstrasse. Franz sigue insistiendo hasta que averigua adónde quiere ir Reinhold. «¿Vamos a Walterchen? ¿A bailotear?». ¡Quiere ir al Ejército de Salvación de la Dresdener Strasse! Quiere escucharlos. Vaya hombre. Qué ideas. Y así pasó Franz Biberkopf, por primera vez, una velada con los soldados de la fe. Fue algo muy extraño, se sorprendió mucho.

Alrededor de las nueve y media, cuando empezaron los llamamientos para

sentarse en el banquillo de los pecadores, Reinhold comenzó a portarse de una manera muy rara en la sala, se abrió paso como si lo persiguieran, siempre hacia fuera, oye, qué te pasa. En la escalera le dijo a Franz, maldiciendo: «Tienes que andarte con ojo con esos muchachos. Te trabajan hasta que te quedas sin aliento y les dices que sí a todo». «Bueno bueno, a mí desde luego no, tendrían que madrugar mucho». Reinhold seguía maldiciendo luego en Hackepeter, en la Prinzenstrasse, y luego, de un tirón, salió a relucir algo. «Quiero librarme de las

mujeres, Franz, no quiero seguir». «Dios, y yo que me alegraba ya de la próxima». «¿Crees que me divierte venir otra vez a ti la semana que viene y decirte que te lleves a la Trude, a la rubia? No, sobre esa base...». «Por mí, Reinhold, que no quede, no hay motivo. Puedes confiar en mí. Por mí pueden venir diez

mujeres más y nos ocuparemos de todas, Reinhold». «Déjame en paz con las mujeres. ¿Y si yo no quiero, Franz?». Ahora que estaba uno tan bien, va éste y se pone nervioso. «Nada, si no quieres nada con las mujeres, es muy fácil, déjalas en paz. Ya nos arreglaremos con ellas. La que tienes me la llevo aún, y luego lo dejas». Dos y dos son cuatro, si sabes contar, me entiendes, no hay razón para poner esos ojos, con qué ojos lo mira a uno. Si quieres, te puedes guardar también la última. Bueno, qué pasa ahora, qué tío más raro, ahora se trae un café, un jugo de limón, no puede aguantar el aguardiente, le tiemblan las piernas y encima siempre las mujeres. Reinhold no dijo nada durante un buen rato, y sólo cuando tenía dentro tres tazas de aquel brebaje volvió a soltar la espita.

Nadie puede discutir seriamente que la leche es un alimento sumamente valioso para los niños, especialmente para los pequeños, los de pecho; por otra parte, debe recomendarse sin reservas para el fortalecimiento de los enfermos, en especial si reciben al mismo tiempo otra alimentación nutritiva. Otro alimento para enfermos reconocido en general por las autoridades médicas, pero, desgraciadamente, poco apreciado, es, por ejemplo, la carne de cordero. Así pues, nada hay que oponer a la leche. Únicamente, desde luego, su propaganda no debe adoptar formas groseras o extraviadas. En cualquier caso, piensa Franz: yo

me atengo a la cerveza; cuando ha sido bien fabricada, no se puede decir nada contra la cerveza.

Reinhold fija sus pupilas en Franz... parece muy abatido el muchacho, con

tal de que no se ponga a lloriquear: «Ya he estado dos veces, Franz, con el Ejército de Salvación. Incluso he hablado ya con uno. Le digo que “sí”, que seguiré el camino recto, y luego naufrago». «¿Pero qué pasa?». «Ya sabes que las mujeres me hartan rápidamente. Tú lo sabes, oye. Al cabo de cuatro semanas se acabó. Por qué, no lo sé. No me gustan ya. Y antes ando loco, por alguna, tendrías que verme, completamente loco, para encerrarme sin más en una celda acolchada, así de loco. Y luego: nada, que se vaya, no puedo verla, pagaría dinero para no verla». Franz estaba asombrado: «Bueno, hombre, a lo mejor

estás loco de verdad. Espera un momento...». «Fui al Ejército de Salvación, se lo dije, y recé con uno...». Franz sigue asombrándose cada vez más:

«¿Rezaste?». «Hombre, cuando te sientes así y no sabes a quién acudir». Carajo, carajo. Qué muchacho, habráse visto. «También me ayudó, seis semanas, ocho, se piensa en otra cosa, haces un esfuerzo, y se va tirando, se va tirando». «Oye, Reinhold, quizá fuera mejor que fueras a la Charité[111]. O quizá no hubieras debido largarte hace un momento de la sala. Hubieras podido

sentarte tranquilamente en el banco. Por mí no tienes que avergonzarte». «No, no quiero ir más, y no sirve de nada, y todo eso son tonterías. Por qué tengo que arrastrarme ahí delante y rezar, si no creo en nada». «Sí, eso lo entiendo. Si no crees, no sirve de nada». Y Franz contempló a su amigo, que miraba sombríamente la taza vacía. «Si puedo ayudarte, Reinhold, yo... tampoco sé. Tengo que darle vueltas a la cosa en mi cabeza. Quizá habría que conseguir que dejaran de gustarte realmente las mujeres o algo así». «Ahora podría vomitar viendo a la rubia Trude. Pero mañana o pasado mañana, tendrías que verme, si la Nelly o la Guste o como se llame se me presenta, tendrías que ver al Reinhold. Con las orejas coloradas. Y sin pensar en nada más que en conseguirla, aunque tengas que tirar todo tu dinero, tienes que conseguirla». «¿Qué es lo que te gusta tanto?». «¿Quieres decir, por dónde me agarran? Bueno, qué te puedo decir. Con nada. Eso es lo malo. Una tiene —yo qué se ha cortado el pelo a lo garçon, o hace chistes. Por qué me gustan, Franz, no lo sé. Las mujeres, pregúntales, se maravillan también cuando empiezo a mirarlas de pronto con ojos de camero y no las dejo a sol ni a sombra. Pregúntale a la Ciily. Pero no puedo evitarlo y no puedo evitarlo».

Franz sigue observando a Reinhold.

Es segadora, se llama Muerte[112], tiene la fuerza de Dios que es fuerte. Una guadaña mueve con maña, cuando la usa nadie se excusa.

Un chico raro. Franz sonríe. Reinhold no sonríe en absoluto. Es segadora, se llama Muerte, tiene la fuerza de Dios que es fuerte. Cuando la usa.

Franz piensa: necesitas que te sacudamos un poco. Te vamos a hundir el sombrero diez centímetros más en la nuca. «Está bien, lo haremos, Reinhold. Le preguntaré a la Cilly».

Franz piensa en la trata de blancas y de pronto no quiere seguir, quiere hacer otra cosa

«Cilly, nada de sentarte ahora encima. Y no empieces a pegarme. Eres mi nenita. Adivina con quién he estado». «No quiero saberlo». «Boquita de piñón, quili quili, anda, ¿con quién? Pues... con Reinhold». La pequeña se pone de uñas, por qué: «Reinhold, vaya, ¿qué te ha dicho?». «Bueno, muchas cosas». «Vaya. Y tú le dejas que te las cuente y te las crees además, ¿no?». «Claro que no, Cillyken».

«Bueno, entonces me voy. Primero te espero tres horas largas, y luego quieres hablar de bobadas y contarme todo eso». «Nada de eso. Mujer (a ésta le falta un tornillo), tú eres la que tienes que contarme algo. No él». «¿Pero qué pasa? Ahora sí que no entiendo nada». Y entonces se desató. Cilly, la morenita, cogió carrerilla y a veces no podía seguir hablando, de manera que tenía que recuperar el fuelle y Franz la besuqueaba mientras hablaba, de bonita que estaba, un pajarito reluciente y rojo como una cereza, y ella empezó a llorar, mientras se iba acordando de todo. «O sea que ese hombre, Reinhold, no es contigo ni un amante ni un chulo, no es un hombre siquiera, sólo un vagabundo. Va por ahí como un gorrión por las calles, haciendo pic pic y tragándose a las chicas. De ése te podrían contar cosas una docena. ¿No creerás que soy la primera ni la octava? Quizá haga el número cien. Si se lo preguntas, ni siquiera él sabe cuántas ha tenido. Y cómo. De manera que, Franz, si denuncias a ese criminal, te daré, no, yo no tengo nada, pero puedes ir a la Jefatura y cobrar una recompensa. No lo parece, cuando está sentado cavilando y bebiéndose su achicoria, aguachirle y más aguachirle. Y de repente le da un mordisco a cualquier muchacha que pasa». «Todo eso me lo ha contado él». «Al principio piensas, pero qué quiere este chico, más le valdría irse a la piltra y dormir bien. Y luego lo tienes ahí otra vez, un tío bien plantado, un pollo pera, te lo digo, Franz, te agarras la frente, qué le ha pasado a ése, ¿se ha hecho un injerto[113] desde ayer? Pues

eso y empieza a hablarte y sabe bailar...». «¿Bailar, Reinhold?». «Casi nada. ¿Dónde lo he conocido yo? En la pista de baile de la Chausseestrasse».

«Pero si no sabe hacer la O con un canuto». «Ése te saca de donde sea. Y aunque

sea una casada, no suelta presa y se la lleva». «Menudo punto». Franz no hacía más que reírse. No me jures nada, no hagas juramento, agua que es pasada no

bebo sediento. Corazón ardiente siempre vive inquieto, siempre está buscando un amor secreto. No me jures nada. Como tú, mi amada... nada te prometo.

«Y encima te ríes, tú. ¿O es que eres otro igual?». «Claro que no, Cillyken, lo que pasa es que es un tío muy raro y a mí se me queja siempre de que no puede librarse de las mujeres». No puedo, no puedo, no puedo librarme de ti. Franz se quitó la chaqueta.

«Ahora tiene a la Trude, la rubia, y quizá, ¿qué piensas, debería quitársela yo?». ¡Qué gritos da la mujer! ¡Esa sí que sabe gritar! La Cilly grita como un tigre salvaje. Le arrebató la chaqueta a Fränzen, la tira al suelo, oye, que no la he comprado en las rebajas, la próxima vez se la carga, la hace pedazos. «Oye, Franz, a ti te han metido un cuento. Qué pasa, qué pasa con la Trude, repítelo». Grita como un tigre enfurecido. Como siga gritando van a llamar a los guardias porque creerán que le estoy retorciendo el

pescuezo. Calma, Franz. «Cilly, no tires al suelo las prendas de vestir. Son objetos de valor nada fáciles de adquirir hoy día. Dámela. Al fin y al cabo, no te ha mordido».

«No, pero realmente eres un poco ingenuo, Franz». «Bueno, lo seré. Pero si es mi amigo, Reinhold, y anda en apuros y hasta se larga a la Dresdener Strasse, al Ejército de Salvación, y se pone a rezar, figúrate, hay que ayudarlo, si soy su amigo. ¿No debería quitarle a la Trude?». «¿Y yo?». Contigo, contigo me gustaría ir a pescar[114]. «Bueno, eso tenemos que hablarlo, podemos echar un trago mientras decidimos qué se hace. ¿Dónde están las botas, las altas? Mira a ver». «Déjame en paz, tú». «Sólo te quiero enseñar las botas, Cilly. La verdad es que las tengo, que las tengo también de él. Mira... ya sabes, tú me trajiste un cuello de piel. Pues bueno. Antes me había traído otra de su parte las botas». Decirlo tranquilamente, por qué no, no guardarse nada, con las cosas claras todo va mejor.

Ella se sienta en el taburete y se le queda mirando. Luego rompe a llorar, no

dice nada. «Las cosas son así. Así es él. Yo lo ayudé. Es mi amigo. Y no quiero estonderte nada». Qué forma tiene de mirar. Y qué rabia: «Qué canalla más rastrero, qué tipo más rastrero eres. Sabes una cosa, si Reinhold es un sinvergüenza, tú eres peor... El peor de los chulos». «No es verdad». «Si yo fuera hombre...». «Es una suerte que no lo seas. Pero no hace falta que te excites tanto,

Cillyken. Te he contado lo que pasó. Entretanto, mientras te miraba, he estado pensando en todo. No le voy a quitar a la Trude, tú te quedas aquí». Franz se pone en pie, coge las botas, las tira encima del armario. No puede ser, no

quiero colaborar, ése está hundiendo a la gente, no quiero colaborar. Hay que hacer algo. «Cilly, hoy te quedas aquí. Mañana por la mañana, cuando no esté Reinhold, vas a ver a la Trude y hablas con ella. Yo la ayudaré, puede confiar en mí. Dile, espera, que venga aquí, hablaremos los dos con ella».

Y cuando al mediodía la rubia Trude se reúne con Franz y Cilly, está muy pálida ya y parece triste, y Cilly le dice sin rodeos que Reinhold le da mala vida y no se ocupa de ella. Eso es verdad. Como la Trude se pone a llorar, pero no sabe adónde quieren ir a parar, Franz le explica: «No es un sinvergüenza. Es amigo mío, y no dejo que se hable mal de él. Pero lo que hace es como maltratar animales. Una crueldad». Ella no debería dejarse intimidar por él para que se fuera, y él, Franz, además... bueno, ya veremos.

A la noche, Reinhold va a buscar a Franz a su puesto, hace un frío que pela,

Franz se deja invitar a un grog caliente, aguanta plácidamente el preámbulo de Reinhold, luego Reinhold entra en seguida en

materia con el asunto de la Trude, está harto de ella y se la quiere sacudir hoy mismo.

«Reinhold, seguro que tienes ya otra». La tiene y lo dice. Entonces Franz dice que no va a dejar a la Cilly, ella se ha acostumbrado ya a vivir con él y además es una mujercita decente y él, Reinhold, tendría que echar también un poco el freno, como corresponde a una persona decente, así no puede seguir. Reinhold no entiende, quiere saber si es por el cuello, el cuello de piel. La Trude le llevaría también, bueno, algo, quizá un reloj, un reloj de bolsillo de plata o un gorro de piel con orejeras, a Franz le vendría muy bien. No, de eso nada, se acabó lo que se daba. Me puedo comprar yo lo que quiera. Pero a Franz le gustaría hablar con Reinhold amigablemente, como amigos. Y le dice lo que ha estado pensando, hoy y ayer. Reinhold tiene que quedarse con la Trude, pase lo que pase. Tiene que acostumbrarse y todo irá bien. Un ser humano es un ser humano, y una mujer también, para eso se compra uno por tres marcos una puta, que está contenta de salir arreando después... Pero rodear a una mujer de amor y sentimiento y luego echarlas a volar una tras otra, eso no.

Reinhold lo escucha todo a su manera. Se toma su café despacio y mira

absorto ante sí. Dice tranquilamente que si Franz no quiere llevarse a la Trude no pasa nada. Antes también se las arreglaba sin él. Luego se larga, no tiene tiempo.

Por la noche, Franz se despierta y no puede dormirse hasta la mañana. Hace muchísimo frío en el cuchitril. Cilly duerme y ronca a su lado. ¿Por qué no me

puedo dormir? Ahora van los carros de verdura al mercado. No me gustaría ser caballo, trotando de noche con este frío. En la cuadra sí, hace calor. Cómo puede dormir esta mujer. Ésta sí que duerme. Yo no puedo. Se me han congelado los dedos de los pies, me pican, me hacen cosquillas. Hay algo dentro de él, ¿es el corazón, los pulmones, la respiración, sus sentimientos interiores?, están ahí y son oprimidos, golpeados, pero ¿por quién? No lo sabe, esa cosa, por quién. Sólo sabe que no puede dormir.

Un pájaro está en un árbol, mientras duerme pasa una serpiente rozándolo, el pájaro se despierta por el susurro y ahora está el pájaro ahí, con las plumas alborotadas, no ha visto a la serpiente. Ah, seguir respirando, tomar aire tranquilamente. Franz se revuelve. El odio de Reinhold pesa sobre él y lucha con él. Atraviesa las puertas de madera y lo despierta. También Reinhold está echado. Está echado junto a Trude. Duerme profundamente, en sueños comete un asesinato, en sueños se libera.

Noticias locales

Fue en Berlín en la segunda semana de abril, cuando el tiempo era ya a veces primaveral y, como decía la prensa unánimemente, un maravilloso tiempo de Pascua que convidaba al aire libre. En Berlín, un estudiante ruso, Alex Fränkel, su novio, mató a tiros en su pensión a Vera Kaminskaya, dibujante publicitaria de 22 años. Tatiana Sanftleben, institutriz de la misma edad, que se había unido al plan de quitarse la vida juntos, tuvo miedo de su decisión en el último instante y huyó, cuando su amiga yacía ya en el suelo. Encontró a una patrulla de la policía, le contó los terribles acontecimientos de los últimos meses y condujo a los agentes al lugar donde yacían Vera y Alex, mortalmente heridos. Se llamó a la policía criminal, y la comisión de investigación de homicidios envió sus agentes al lugar de la desgracia.

Alex y Vera querían casarse, pero su situación económica no les permitía

unirse en matrimonio[115].

Por otra parte, no han terminado aún las investigaciones sobre las responsabilidades en la catástrofe del tranvía de la Heerstrasse.

Se sigue comprobando las declaraciones de las personas afectadas y del conductor

Redlich. Todavía no se conocen los dictámenes de los peritos. Sólo después de recibirlos será posible examinar la cuestión de si existe culpa por parte del conductor, al haber frenado demasiado tarde, o si la catástrofe fue provocada por una concurrencia de circunstancias desafortunadas.

En la Bolsa predominaba la tranquilidad en el mercado libre; las cotizaciones eran más firmes, en vista del informe a punto de publicarse del Reichsbank, que mostraba al parecer un panorama satisfactorio, con una disminución de la circulación fiduciaria de unos 400 millones y de las acciones en cartera de unos 350 millones. El 18 de abril, hacia las once de la mañana, podía oírse: I. G. Farb.

260 y medio a 267, Siemens und Halske 297 y medio a 299, Dessauer Gas 202 a

203, Zellstoff Waldhof 295. La demanda de petróleo alemán estaba en 134 y medio.

Para volver al accidente del tranvía de la Heerstrasse, todas las personas gravemente heridas se encuentran en franca mejoría.

Ya el 11 de abril, el redactor Braun fue liberado violentamente de Moabit[116]. Fue una escena del Oeste Salvaje, se inició la persecución, y el presidente interino del juzgado criminal hizo inmediatamente la correspondiente notificación a la autoridad judicial superior. De momento

continúan las deposiciones de los testigos presenciales y de los funcionarios interesados.

En la actualidad, el público de Berlín se interesa menos por los deseos de una de las fábricas de automóviles más importantes de América de conseguir ofertas de empresas alemanas de gran capital para la representación exclusiva en el norte de Alemania de coches de seis a ocho cilindros.

Sirva en definitiva de orientación, y me dirijo especialmente a los vecinos de la central de teléfonos de la Steinplatz: en la Hardenbergstrasse, en el Renaissancetheater, se conmemora solemnemente la pieza *Coeur-Bube*, encantadora comedia que reúne un fino humor y un sentido más profundo, y que se encuentra ya en su 100.^a representación[117]. Se invita en los carteles a los berlineses a colaborar para que esa pieza alcance aún mayores honores conmemorativos. Evidentemente, sin embargo, hay que considerar diversos aspectos: es cierto que, en general, se puede invitar a los berlineses, pero ellos pueden verse imposibilitados para atender el llamamiento por toda una serie de circunstancias. En primer lugar, pueden estar de viaje y no tener noticia alguna de la existencia de la pieza. Pueden estar también en Berlín, pero no tener

oportunidad de ver en las columnas el anuncio del teatro, por ejemplo por encontrarse enfermos y guardar cama. En una ciudad de cuatro millones de habitantes, eso supone ya un

número considerable de personas. De todas formas, pueden tener conocimiento por medio de la radio, anuncios comerciales de las seis de la tarde, de que Coeur-Bube, encantadora comedia parisina que reúne un fino humor y un sentido más profundo ha llegado ya a su 100.ª representación en el Renaissancetheater. Este conocimiento, sin embargo, sólo podrá hacer, como máximo, que lamenten no poder desplazarse a la Hardenbergstrasse, porque, si realmente están en cama, no podrán ir de ningún modo. Según fuentes fidedignas, en el Renaissancetheater no se ha hecho ninguna clase de preparativos para admitir camas de enfermo que pudieran trasladarse allí temporalmente, por ejemplo en ambulancias.

No hay que hacer tampoco caso omiso de la siguiente advertencia: podría

haber personas en Berlín, e indudablemente las hay, que leyeran el cartel del Renaissancetheater, pero dudaran de su veracidad, no de la veracidad de la existencia del cartel, sino de la veracidad y la importancia de su contenido, reproducido en letras de imprenta. Podrían leer con malestar, disgusto o repugnancia, con indignación quizá, la afirmación de que la comedia Coeur- Bube es una comedia encantadora, a quién encanta, qué es lo que encanta, con qué encanta, cómo van a conseguir encantarme, no necesito que me encanten. Podrían torcer el gesto por el hecho de que esa comedia reúna un fino humor y un sentido más profundo.

No quieren fino humor, su postura ante la vida es seña, sus pensamientos son tristes aunque elevados, se han producido algunos fallecimientos en su familia. Y no se dejan engañar por la indicación de que un sentido más profundo vaya unido a ese lamentable fino humor. Porque, en su opinión, no se puede hacer inocuo ni neutralizar al fino humor. El sentido más profundo debe ir siempre solo. El fino humor debe ser eliminado, como fue eliminada Cartago por los romanos o lo fueron otras ciudades de otros modos, de las que ya no pueden acordarse. Algunos no creen en absoluto en el sentido más profundo que encierra la pieza Coeur-Bube y elogian las columnas publicitarias. Un sentido más profundo: ¿por qué más profundo y no profundo? ¿Es que más profundo es más profundo que profundo? Así argumentan.

Es evidente: en una gran ciudad como Berlín, muchas personas ponen en

duda, en tela de juicio y en entredicho una gran parte y también cada palabra del

cartel que el director ha fijado gastándose sus buenos dineros. No quieren saber nada de teatro. E incluso si no lo ponen verde e incluso si les gusta el teatro, y especialmente el

Renaissancetheater de la Hardenbergstrasse, y hasta si reconocen que en esa pieza se da la unión entre un fino humor y un sentido más profundo, no quieren participar en la cosa porque, sencillamente, tienen otros planes para esta noche. Con ello, el

número de personas que se precipitarán a la Hardenbergstrasse y que podrían obligar a que se representara la pieza Coeur- Bube simultáneamente en salas próximas se verá muy reducido.

Después de esta instructiva digresión sobre acontecimientos públicos y privados en Berlín en junio de 1928[118], volvemos a Franz Biberkopf, Reinhold y su plaga de muchachas. Hay que suponer que tampoco existe para estas informaciones más que un pequeño círculo de personas interesadas. No examinaremos los motivos. Pero, por mi parte, ello no me impedirá seguir tranquilamente las huellas de mi hombrecillo por Berlín, central y oriental, cada uno hace lo que le parece.

Franz ha tomado una decisión devastadora. No se da cuenta de que se ha sentado sobre las ortigas

Reinhold no se sentía bien después de su conversación con Franz Biberkopf. Reinhold no tenía el don, por lo menos hasta entonces, de ser rudo con las mujeres como Franz. Siempre

tenía que ayudarlo alguno y ahora se había quedado en la estacada. Las chicas lo perseguían, Trude, que todavía vivía con él, la última, Cilly, y la penúltima, cuyo nombre había olvidado ya. Todas lo espiaban, en parte ansiosamente preocupadas (última selección), en parte sedientas de venganza (penúltima selección) y en parte, nuevamente amorosas (antepenúltima selección). La más reciente, que estaba en el horizonte, una tal Nelly del mercado central, viuda, había desertado y abandonado inmediatamente cuando, sucesivamente, la Trude, la Cilly y, finalmente, hasta un hombre como testigo jurado, un tal Franz Biberkopf, amigo de Reinhold, se habían presentado en su casa para advertirla. Sí, eso fue lo que hizo Franz Biberkopf. «Señora Labschinsky —así se llamaba, claro está Nelly— no hago esto, no vengo a su casa, para hablar mal de mi amigo o lo que sea. Desde luego que no. No

acostumbro mezclarme en los trapos sucios de los demás. Ahora bien, hay que defender lo que es justo. Echar a la calle a una mujer tras otra, eso no puedo apoyarlo. Y tampoco es eso el verdadero amor».

La señora Labschinsky hinchó el busto despectivamente: Reinhold no tenía que darse tanto pote con ella. A la postre, ella no era ninguna principiante en cuestión de hombres. Franz continuó: «Me alegra oírla y eso me basta. Así sabrá lo que tiene que hacer. Hará una buena obra y eso es precisamente lo que yo pretendo. A

uno le dan lástima las mujeres, que son también seres humanos como nosotros, y hasta el propio Reinhold. Se está haciendo polvo. Por eso no bebe cerveza ni aguardiente, sólo café aguado, no aguanta ni una gota. Sería mejor que hiciera un esfuerzo. Tiene un buen fondo». «Lo tiene, lo tiene», lloró la señora Labschinsky. Franz asintió seriamente: «Y por eso tengo que hacerlo, él ha aguantado ya mucho, pero así no puede seguir, y por eso tenemos que echarle una mano».

Al despedirse, la señora Labschinsky le tendió al señor Biberkopf su fuerte zarpa: «Confío en usted, señor Biberkopf». Podría confiar en él. Reinhold no se movía. Era un hombre sedentario, pero era difícil saber lo que pensaba. Había estado ya con Trude tres semanas más del plazo, y Franz era informado diariamente por la moza. Franz exultaba: está a punto de caer la próxima. Hay que poner atención. Y efectivamente: Trude le comunicó temblando un mediodía que Reinhold lleva ya dos tardes saliendo con su temo elegante. Al mediodía siguiente ya sabía ella quién era: una tal Rosa, ojalera, en sus primeros treinta el apellido no lo sabían aún, pero sí la dirección. Bueno, entonces todo está arreglado, rió Franz.

Pero con las fuerzas del Destino no se pueden anudar lazos eternos[119]. Y el

Destino avanza a grandes pasos. Utilice, si tiene dificultades para andar, zapatos de Leiser. Y si no quiere andar, vaya en coche: NSU

lo invita a hacer una prueba en su seis cilindros. Precisamente ese jueves iba Franz Biberkopf otra vez solo por la Prenzlauer Strasse, porque había pensado que quería hacerle una visita a su amigo Meck, a quien hacía ya tiempo que no había visto, así, en general, y además quería hablarle de Reinhold y las mujeres, y Meck iba a ver y a admirar cómo él, Franz, metía en cintura a un tipo así, y cómo lo hacía cambiar, y el otro tendría que acostumbrarse al orden y se acostumbrará.

Y efectivamente, cuando Franz se mete en la taberna con su caja de

periódicos, ¿a quién ven mis pupilas? A Meck. Está sentado con otros dos, zampando algo. Franz se sienta en seguida a su lado y come también y se permiten, cuando los otros se han ido, algunos vasos grandes de cerveza por cuenta de Franz, y Franz cuenta entonces, entre gárgaras y tragos, y Meck lo escucha, entre gárgaras y tragos, y asombrado y satisfecho de que exista gente así. Meck no se lo va a contar tampoco a nadie, pero es una historia sensacional. Franz está radiante y cuenta el papel que ha tenido en el asunto, cómo ha apartado ya de Reinhold a la Nelly, que era la señora Labschinsky, y cómo el otro ha tenido que quedarse tres semanas más de la cuenta con la Trude, y ahora hay una tal Rosa, ojalera, pero ese ojal lo vamos a coser también. Y ahí está Franz, gordo, delante de su cerveza en su elemento. Celebrad, oh gargantas, coros juveniles[120], una

canción da la vuelta a la mesa, que no cesa, una canción da la vuelta a la mesa. Tres veces tres son nueve, y como un cerdo se bebe, tres veces tres y uno son diez, bebe de nuevo, pardiez, dos, tres, cuatro, seis y siete[121].

¿Quién está junto al bebedero, abrevadero, berreadero, quién sonríe en la

apestosa tasca llena de humo? El más gordo de todos los cerdos gordos, el señor de (von). Pums. Sonríe, lo que él llama sonreír, pero sus ojitos de cerdo buscan. Tendría que coger una escoba y hacer un agujero en ese humazo para ver algo. Tres se abren paso hacia él. Son los muchachos que siempre hacen con él negocios en comandita, menudos compadres. Compadres iguales, gorras iguales. Mejor colgar joven de una horca que andar buscando colillas de viejo. Se rascan la cabeza, los cuatro, berrean todos juntos, buscan por la tasca. Tendrían que coger una escoba para ver algo, un ventilador serviría también. Meck le da un empujón a Franz: «No están completos. Necesitan más gente para la mercancía, el gordo no puede conseguir suficiente gente». «Conmigo lo ha probado ya. Pero no me dejaré convencer. ¿Qué me importa la fruta? ¿Seguro que tiene mucha mercancía, no?». «Cualquiera sabe qué mercancía tiene. Él dice que fruta. No hay que preguntar demasiado, Franz. Pero no es mala cosa arrimarse a él, siempre cae algo. Es un águila el viejo, y los otros también».

A las ocho horas, 23 minutos, 17 segundos, se acerca otro al bebedero, abrevadero, otro —uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete, mi madre, dónde se mete—, ¿quién será? El Rey de Inglaterra, dice usted. No, no es el Rey de Inglaterra, cuando con un gran séquito se dirige a la apertura del Parlamento, símbolo del sentido de independencia de la nación inglesa[122]. Ése no es. ¿Quién entonces? ¿Son los delegados de las naciones, que firmaron en París el Pacto Kellogg[123], rodeados de cincuenta fotógrafos, el verdadero tintero, por su gran tamaño, no pudo traerse y hubo que contentarse con una escribanía de Sévres? Tampoco son éstos. Se trata sólo de, entra arrastrando los pies, con las medias de lana caídas, Reinhold, un personaje muy poco destacado, un muchacho gris sobre fondo gris. Se rascan la cabeza los cinco, buscan por el local. Tendrían que coger una escoba para ver algo aquí, un ventilador serviría también. Franz y Meck observan interesados desde su mesa a los cinco compadres, lo que van a hacer y cómo se sientan juntos a una mesa.

Al cabo de un cuarto de hora Reinhold se traerá una taza de café y una gaseosa y, al hacerlo, recorrerá con sus ojos penetrantes la sala. ¿Y quién le sonreirá desde la pared haciéndole un gesto?

Desde luego no el doctor Luppe, alcalde mayor de Núremberg, porque esa misma mañana ha tenido que pronunciar el discurso de salutación del Día de Durero, después de él hablaron el doctor Keudell, Ministro del Interior, y el doctor Goldenberger, Ministro de Cultura de Baviera, como consecuencia de ello, tampoco esos dos están presentes y se han visto imposibilitados[124]. Las pastillas de goma P. R. Wrigley dan clientes sanos, aliento fresco y una buena digestión[125]. Sólo es Franz Biberkopf, que le hace una mueca con toda la cara. Se alegra muchísimo de que entre Reinhold. Es su objeto de experiencias pedagógicas, su discípulo, se lo puede ofrecer a su amigo Meck. Fíjate cómo viene. Lo tenemos dominado. Reinhold llega con su café y su limonada, se sienta con ellos, gruñe para sí y tartamudea un poco. A Franz le gustaría, por gusto y por curiosidad, tirarle de la lengua amablemente, para que Meck lo oyera:

«¿Cómo van las cosas en casa, Reinhold, todo bien?». «Bueno, allí sigue la

Trude, se acostumbra uno». Lo dice tan lentamente, gotea como una cañería atascada. Qué contento está Franz. Casi salta de alegría. Eso lo ha hecho él. Quién más que yo. Y mira radiante a su amigo Meck, que no le escatima su admiración. «Qué te parece, Meck, vamos a poner orden en el mundo, va a ser sonada, y que alguien nos tosa». Franz le da a Reinhold, que lo mira, unas

palmadas en la espalda: «Lo ves, muchacho, hay que hacer un esfuerzo y entonces todo va bien en la vida. Siempre lo he dicho: hacer un esfuerzo y aguantar, y a ver quién se atreve». Franz nunca se alegrará bastante de lo de

Reinhold. Vale más un pecador arrepentido que 999 justos[126].

«¿Y qué dice Trude, no se admira de que todo vaya tan bien? Y tú, hombre,

¿no estás contento de haberte librado de todos esos líos con las mujeres? Reinhold, las mujeres son buenas y uno lo puede pasar muy bien con ellas. Pero mira, si me preguntas qué opino yo de las mujeres, te diré: ni mucho ni demasiado poco. Si son muchas, la cosa se hace peligrosa, hay que apartarse. De eso te podría hablar yo». Te podría hablar de Ida, el Jardín del Paraíso, Treptow, zapatos de lona y luego otra vez Tegel. Victoria, eso está muerto, enterrado, bebe. «Yo te ayudaré, Reinhold, para que la cosa funcione con las mujeres. No necesitas ir al Ejército de Salvación, nosotros lo haremos mejor. Buena salud, Reinhold, una jarra no te hará daño». El otro choca su taza de café en silencio:

«¿puedes hacer tú, Franz, por que, cómo?».

Carajo, casi me he ido de la boca. «Sólo quiero decir que puedes confiar en mí, tienes que acostumbrarte al aguardiente, un kummel flojito». El otro, tranquilo. «¿Quieres hacer de médico conmigo?». «Por qué no. De esas cosas aprendo. Tú sabes,

Reinhold, que te ayudé con la Cilly y antes. ¿No crees que también ahora te puedo apoyar? Franz sigue siendo un filántropo. Sabe por donde se anda».

Reinhold levanta la vista y lo mira con sus ojos tristes: «De manera que lo sabes». Franz sostiene su mirada, no sea que se empañe su alegría, el otro puede darse cuenta de lo que quiera, sólo le puede sentar bien comprender que los otros no se dejan pisar. «Sí, aquí Meck te lo puede decir, tenemos mucha experiencia y nos basamos en ella. Y en cuanto al aguardiente: Reinhold, el día que lo aguantes, daremos una fiesta por cuenta mía, el gasto corre de mi cuenta». Reinhold sigue mirando a Franzen, que ha sacado pecho, y al pequeño Meck, que lo contempla con curiosidad. Reinhold baja la vista y busca en su taza: «¿Te gustaría tratarme y convertirme en un baldragas?». «Salud, Reinhold, vivan los baldragas, tres veces tres son nueve, y como un cerdo se bebe, canta, Reinhold, todos los principios son difíciles, pero si no hay principio no hay fin».

Alto. A formar. Derecha, mar. Reinhold sale de su taza de café.

Pums, el de

la cara mofletuda y roja, se pone a su lado, le susurra algo, Reinhold se encoge de hombros. Entonces Pums sopla a través de la humareda espesa y cacarea alegremente: «Ya se lo pregunté una vez, Biberkopf, ¿qué piensa usted, quiere seguir corriendo siempre por' ahí con sus papeles? Qué se gana con eso, dos

pfennig por número, cinco pfennig por hora, cuánto». Y entonces empieza un tira y afloja, Franz debería encargarse de un carro de hortalizas, Pums suministra la mercancía, las ganancias son estupendas. Franz quiere y no quiere, los compadres de Pums no le gustan, seguro que lo estafan. Reinhold, el tartamudo, calla en segundo plano. Cuando Franz le pregunta qué opina, se da cuenta de que lo ha estado mirando todo el tiempo y ahora mira otra vez su taza. «Bueno, qué piensas tú, Reinhold». El tartamudea: «Sí, yo también quiero participar». Y cuando Meck dice, por qué no, Franz, Franz quiere pensárselo, no dice que sí ni que no, volverá mañana o pasado mañana y hablará con Pums del asunto y de qué pasa con la mercancía y con la recogida de la mercancía, y de qué barrio es mejor para él.

Todos se han ido ya, el local está casi vacío, Pums se ha ido, Meck y

Biberkopf se han ido, sólo queda junto al mostrador un tranviario, discutiendo con el tabernero las reducciones de salarios, que son demasiado altas. El tartamudo Reinhold sigue en su silla. Tiene delante tres botellas vacías de gaseosa, un vaso medio lleno y la taza de café. No se va a casa. En casa duerme la rubia Trude. Piensa y cavila. Se pone en pie, cruza el local arrastrando los pies, los calcetines de lana le asoman por el borde. Tiene un aspecto lamentable, amarillento, las líneas profundas en tomo a

la boca, las terribles arrugas en la frente. Se trae otra taza de café y otra limonada más.

Maldito sea el hombre, dice Jeremías, que pone en el hombre su confianza, que hace de la carne su apoyo y cuyo corazón se aleja de Dios. Es semejante a un arbusto abandonado en la estepa, que no sabe cuándo llegará lo bueno. Vive en lo árido, en el desierto, en suelo salitroso e inhabitado. Bendito, bendito, bendito sea el hombre que en Dios confía y en él pone su esperanza. Es semejante al árbol plantado junto al agua que extiende sus raíces hacia la corriente. No se da cuenta de si llega el calor, y sus hojas permanecen verdes, en año de sequía puede estar tranquilo, y nunca deja de dar su fruto. Tortuoso sobre todo es el corazón, y corrompido; ¿quién podrá conocerlo?[127].

Aguas del espeso bosque negro, terribles aguas negras, qué calladas estáis.

Estáis terriblemente tranquilas. Vuestra superficie no se agita cuando hay tormenta en el bosque y los pinos empiezan a doblarse y se desgarran las telas de araña entre las ramas y éstas comienzan a desgajarse. Vosotras estáis abajo, aguas negras, en la hondonada, y caen las ramas.

El viento sacude el bosque, pero hasta vosotras no llega la tormenta. No tenéis en vuestro fondo dragones, la época del mamut ha pasado, no hay nada ahí que pueda asustar, las

plantas se pudren en vosotras, y se mueven peces y caracoles. Nada más. Pero aunque así sea, aunque sólo seáis agua, sois siniestras, aguas negras, terribles aguas tranquilas.

Domingo, 8 de abril de 1928[128]

«¿Hay nieve, nieve todavía en abril?». Franz Biberkopf estaba sentado junto a la ventana de su cuchitril, apoyaba el brazo izquierdo en el alféizar y tenía la cabeza apoyada en la mano. Era por la tarde, domingo, cálido y agradable en la habitación. Cilly había encendido ya la estufa al mediodía y ahora dormía al fondo, en la cama, con su gatito. «¿Hay nieve? El aire está tan gris. Sería bonito».

Y cuando Franz cerró los ojos oyó un tañido de campanas. Se quedó varios minutos en silencio, oyéndolas tocar: bum, bim bim bum, bim bam, bumm bum bim. Hasta que levantó la cabeza de la mano y escuchó: eran dos profundas y una alta. Las campanas cesaron.

Por qué tocarán ahora, se preguntaba. Y de pronto empezaron otra vez, muy fuerte, ansiosa, estruendosamente. Hacían un ruido terrible. Luego cesaron. De golpe todo quedó en silencio.

Franz quitó el brazo del alféizar y entró en la habitación. Cilly estaba sentada en la cama, con un espejito en la mano, tenía horquillas entre los labios y tarareaba amablemente cuando Franz apareció. «¿Qué pasa hoy, Cilly? ¿Es fiesta?». Ella se afanaba en su peinado. «Claro, domingo». «No, ¿es fiesta?».

«Quizá católica, no sé». «Porque las campanas tocan como locas». «¿Cuándo?».

«Ahora mismo». «No he oído nada. ¿Has oído tú algo, Franz?».

«Claro que sí. Han atronado a modo, menudo escándalo». «Debes de haberlo soñado, tú». Se asusta. «No, no lo he soñado. Estaba sentado ahí». «Estarías dormitando». «No». No quiso dar su brazo a torcer, estaba muy rígido, se movía lentamente, se sentó en su sitio, a la mesa. «No se pueden soñar cosas así. Yo las he oído». Tomó un trago de cerveza. El susto no se le iba.

Miró a Cilly, que parecía muy lloriqueante ya: «Quién sabe, Cillyken, si no

acabará de pasarle algo a alguien». Y preguntó dónde estaba el periódico. Ella se rió con ganas. «No ha venido, los domingos nunca, hombre».

Él buscó en el periódico de la mañana, miró los titulares: «Sólo pequeñeces. No, eso no es. No ha pasado nada». «Si oyes campanas, Franz, eso quiere decir que irás a la iglesia». «Déjame de curas. Con éstos no quiero nada. Sólo que es muy raro; se oye algo y, cuando uno se fija, no hay nada». Se quedó pensando, ella estaba a su lado, lo acariciaba. «Me voy abajo a tomar el aire, Cilly. Una horita. Quiero saber si ha ocurrido algo. Por la noche sale el welt o el Montag Morgen, y tengo que echar una ojeada». «Ay, Franz, siempre con tus cavilaciones. Pondrá que un carro de basura ha tenido un accidente en la Prenzlauer Tor y se ha volcado toda la basura. O espera: un vendedor de periódicos tuvo que devolver cambio a un cliente y, por descuido, se lo dio exacto».

Franz se rió: «Me voy. Adiós Cillyken».

«Adiós, Franzeken».

Y Franz bajó lentamente los cuatro pisos y no volvió a ver a Cilly.

Ella lo esperó en el cuarto hasta las cinco. Como no venía, bajó a la calle y preguntó por él en todas las tabernas hasta la esquina de la Prenzlauer. No había estado en ninguna. Pero Franz quería leer en el periódico algo sobre aquella estúpida historia que había soñado, pensó ella. Pues a alguna parte tiene que haber ido. En la esquina de la Prenzlauer le dijo la dueña: «No, aquí no ha estado. Pero el señor Pums preguntó por él. Y entonces le dije

dónde vive el señor Biberkopf, sin duda habrá ido ahí». «No, en mi casa no ha estado nadie».

«A lo mejor no la ha encontrado». «Sí». «O se lo ha encontrado a él en la puerta».

Allí estuvo Cilly hasta muy tarde. La taberna se llenaba. Ella seguía mirando

a la puerta. Una vez corrió hasta casa y volvió de nuevo. Sólo vino Meck, que la consoló y la entretuvo durante un cuarto de hora.

Dijo: «Seguro que vuelve; el chico está acostumbrado a comer a sus horas. No te preocupes, Cilly». Pero mientras decía eso se le ocurrió que también Lina se había sentado una vez junto a él, y también ella había buscado entonces a Franz, cuando pasó aquello con Lüders, con los cordones de zapatos. Y él mismo hubiera ido en seguida con ella, cuando Cilly salió otra vez a la calle embarrada y oscura; pero no quería meterle miedo, a lo mejor todo era una bobada.

Cilly, furiosa, se fue de pronto a buscar a Reinhold; quizá había convencido otra vez a Franz para que se llevara a una moza y Franz la había dejado plantada. La covacha de Reinhold estaba cerrada, no había nadie, ni siquiera la Trude.

Volvió lentamente a la taberna, en la esquina de la Prenzlauer, volvió una y otra vez a la taberna. Nevaba, pero la nieve se deshacía. En la Alex los vendedores de periódicos voceaban el

Montag Morgen, y el welt am Montag. Compró un diario a un vendedor desconocido, le echó una ojeada. Si había pasado algo, si había tenido razón él aquella tarde... Bueno, un accidente de tren en los Estados Unidos, en Ohio, y un choque entre comunistas y los de la esvástica, no, en eso no se mete Franz, un gran incendio con daños en Wilmersdorf. Qué me importa. Pasó junto al iluminado edificio de Tietz, atravesó la calle hacia la sombría Prenzlauer Strasse. No llevaba paraguas, estaba completamente calada. En la Prenzlauer Strasse, delante de la pequeña pastelería, había un grupo de chicas de la calle con paraguas, que cenaban el paso. Inmediatamente después la abordó un gordo sin sombrero, que salió de un portal. Ella apretó el paso. Pero al próximo me lo llevo, qué se cree ése. Nunca me habían hecho una faena así.

Eran las diez menos cuarto. Un domingo horrible. A esa hora, Franz estaba tendido en el suelo en otro barrio de la ciudad, con la cabeza en el arroyo y los pies en la acera.

Franz baja por la escalera. Un escalón, otro escalón, otro escalón, troescalón, escalón, escalón, cuatro pisos, más abajo,

abajo, abajo, más abajo aún. Uno se atonta, se le aturde la cabeza. Si tiene sopa, señorita Stein, déme una poca, señorita Stein... déme una poca, señorita, si tiene sopa, señorita Stein. No, conmigo eso no va, cuánto he sudado con esa furcia. Hay que tomar el aire. Los pasamanos, no hay una iluminación decente, se puede hacer uno un siete con un clavo.

En el segundo piso se abre la puerta, un hombre baja pesadamente tras él.

Menuda tripa debe de tener para resoplar así, y encima escaleras abajo. Abajo está Franz Biberkopf ante la puerta, la luz es gris y suave, pronto nevará. El hombre de la escalera resopla a su lado, un hombre pequeño y fofo, de rostro blanco e hinchado; lleva un sombrero de fieltro verde. «¿Le falta fuelle, eh,

vecino?». «Sí, es la grasa. Y el subir tantas escaleras». Van juntos por la calle:

«Hoy me he subido ya cinco veces los cuatro pisos. Eche la cuenta: veinte tramos, cada uno, como media, treinta escalones, los tramos de caracol son más cortos pero más difíciles, de manera que treinta escalones, por cinco tramos, ciento cincuenta escalones».

«Para subir. Y para bajar». «En realidad trescientos. Porque al bajar se cansa usted también, lo he notado». «Eso es verdad, al bajar también». «Yo me buscaría otra profesión».

Caen pesados copos de nieve, giran en el aire, es un bonito espectáculo. «Sí, trabajo en anuncios por palabras, y no tengo más remedio. No hay días laborables y domingos. Los domingos incluso más. La mayoría ponen un anuncio el domingo, esperando conseguir mejores resultados». «Sí, porque se tiene tiempo para leer el periódico. No hace falta que me lo diga. Entra dentro de mi campo». «¿También usted pone anuncios?». «No, sólo vendo periódicos. Ahora voy a leer uno precisamente». «Bueno, yo ya me los he leído todos. Qué tiempo. Ha visto usted nada parecido». «Abril, ayer todavía hacía bueno. Ya verá, mañana estará otra vez despejado. ¿Se apuesta algo?». El otro se está ahogando otra vez, las farolas están ya encendidas, saca junto a una farola un pequeño cuaderno de notas sin tapas, lo sostiene muy lejos de sí y lee. Franz opina: «Se le va a mojar». El otro no oye, se guarda otra vez el cuaderno, la conversación ha terminado, piensa Franz, me despido. Entonces el hombrecillo lo mira por debajo de su sombrero verde: «Dígame, vecino, ¿de qué vive usted en realidad?». «¿Qué quiere decir? Soy vendedor de periódicos, vendedor de periódicos independiente». «Ah. ¿Y se gana dinero con eso?». «Bueno, se va tirando». Qué querrá éste, qué tío más raro. «Sí. Mire, siempre he querido hacer eso, ganarme la vida de algún modo por mi cuenta. Tiene que ser bonito, se hace lo que se quiere y, si uno se mueve, la cosa funciona». «A veces tampoco. Pero usted anda ya bastante, vecino. Hoy domingo, y con este tiempo, no hay muchos andando por ahí».

«Cierto, cierto. Estoy en danza la mitad del día. Y no entra nada, no entra nada. La gente anda mal de dinero en estos tiempos». «¿A qué se dedica usted, vecino, si puedo preguntarle?». «Tengo una pequeña pensión. Yo quería, ya ve, ser un hombre independiente, trabajar, ganar mi dinero. Bueno, desde hace tres años tengo la jubilación, hasta entonces estuve en Correos, y ahora no hago más que correr y correr. O sea que leo el periódico y entonces voy

y veo lo que la gente anuncia». «¿Muebles quizá?». «Lo que sea, muebles de oficina usados, pianos de cola Bechstein, viejas alfombras persas, pianolas, colecciones de sellos, monedas, prendas de vestir de difuntos». «Se muere mucha gente». «Un montón. Bueno, pues voy allí, veo lo que hay y compro también». «Y luego lo vende usted, ya entiendo».

El asmático se calló, se envolvió bien en su abrigo, los dos caminaron por la nieve blanda. Entonces, en la siguiente farola, el asmático gordo sacó del bolsillo un paquete de cartas, miró a Franz afligido, y le puso dos en la mano: «Lea usted, vecino». En la tarjeta decía: «P. P. Fecha del correo. Lamento comunicarle que, debido a circunstancias desafortunadas, tengo que volverme atrás en el acuerdo a que ayer llegamos. Su atto. y s.s. Bemhard Kauer». «¿Se llama usted Kauer?». «Sí, está hecho en multicopista. Me compré una una vez. Es lo único que me he comprado. Con ella me hago yo solo las copias. Hasta cincuenta

puedo hacer en una hora». «Qué me dice... Bueno, y para qué es esto realmente». Este tipo no está bien de la mollera, y además parpadea de una forma con los ojos. «Lea ahí: volverme atrás debido a circunstancias desafortunadas. Compró cosas y luego no puedo pagarlas. Sin pagar, la gente no suelta nada. Tampoco se les puede reprochar. Y así ando siempre, comprando y llegando a un acuerdo y alegrándome, y la gente se alegra también de que la cosa haya ido tan bien, y pienso que tengo mucha potra, hay cosas tan bonitas, colecciones de monedas, si yo le contara, gente que de repente no tiene un céntimo, y entonces llego yo, y lo veo todo, y en seguida me cuentan lo que les pasa, cuánta miseria hay entre la gente, si pudieran echar el guante a unos pfennig, también en casa de usted he comprado algo, la gente lo necesita tanto, una máquina de lavar y una pequeña heladera, se alegran cuando se lo quitan de encima. Y luego bajo, lo compraría todo muy a gusto, pero abajo me entran grandes preocupaciones: no tengo ni un céntimo, ni un céntimo». «Pero para vender necesita a alguien que se le lleve las cosas». «Por eso no se preocupe. Para eso me he comprado la multicopista, para eso me hago las postales. Cinco pfennig me cuesta cada postal, éstos son mis gastos. Y luego borrón y cuenta nueva».

Franz abría unos ojos como platos: «No me diga que se me cae la liga,

vecino. No habla usted en serio». «Los gastos... los reduzco a veces, me ahorro los cinco pfennig y echo la postal directamente en el buzón de quien sea, al salir». «¿Y para eso se hace usted polvo las piernas y se ahoga?». Estaban en la Alexanderplatz.

Había un alboroto, se acercaron. El pequeño miró a Franz furioso: «Intente usted vivir con ochenta y cinco marcos al mes y ya verá». «Pero hombre, tiene que ocuparse de la venta. Si quiere, preguntaré a mis amistades». «Qué tontería, yo no le he pedido nada, hago mis negocios solo, no hago negocios en sociedad». Estaban en medio del tumulto, era una riña corriente. Franz buscó al hombrecillo, se había ido, desaparecido. Como siga así, se dijo Franz admirado, me ha dejado de piedra. Bueno, ¿dónde habrá pasado la desgracia que yo buscaba? Entró en una tasca, se tomó un kummel, hojeó Vorwärts[129] el Lokalanzeiger. Tampoco hay más cosas que en el papelucho matinal[130], gran carrera de caballos en Inglaterra, en París también, quizá hayan tenido que pagar mucho las apuestas. También puede ser que ocurra algo muy bueno cuando le suenan a uno los oídos así.

Y está a punto de irse a casa dando la vuelta. Pero entonces tiene que cruzar la calle para ver qué pasa en aquel jaleo. ¡Bockwurst

con ensalada! Oiga, joven, bockwurst. ¡Montag Morgen, Die Welt, Die Welt am Montag!

Qué le parecen esos dos; se están sacudiendo desde hace media hora, y sin motivo. Hombre, aquí me quedo yo hasta mañana. Oiga, debe de tener usted abono para ponerse tan ancho. No, cuando se es una pulga no puede uno ponerse ancho. Anda la órdiga, la que le está dando.

Y cuando Franz logra abrirse paso hasta delante, ¿quién se está pegando con quién? Dos chicos, a éstos los conoce, son de la banda de Pums. Qué te parece. Zas, el largo le ha echado una llave, zas, le ha hecho morder el polvo. Muchacho, te dejas sacudir por ése; eres un enclenque. Oiga, no empuje. Ahí va, la bofia, los guardias. La bofia, la bofia, esfumaos. Con las capuchas impermeables puestas, dos guardias se abren camino entre el montón. Aúpa, uno de los contendientes se pone en pie, en medio de la gente, sale de estampía. El otro, el largo, no se levanta enseguida, ha recibido un golpe en las costillas, uno bueno. Entonces Franz se abre paso hasta delante del todo. No voy a dejar a ese hombre ahí, vaya una gentuza, nadie echa una mano. Y Franz lo coge por debajo de los brazos y se mete entre el gentío. Los guardias buscan. «¿Qué pasa aquí?».

«Dos que se han pegado». «Disuélvanse, circulen». Siempre están piando y

llegan con un año de retraso. Circular, ya estamos circulando, señor agente, pero

no hay que excitarse sin motivo.

Franz se sienta con el largo en la Prenzlauer Strasse, en un zaguán mal iluminado; sólo dos números más allá está la casa de la que, unas cuatro horas más tarde, saldrá un gordo sin sombrero y abordará a Cilly; ella sigue adelante, al próximo se lo lleva sin falta, qué desgraciado el Franz, menuda faena.

Franz está sentado en el zaguán, sacudiendo al vago de Emil: «Venga, hombre, arriba, para que podamos irnos a la tasca. No te ha pasado nada, tú puedes encajar un golpe. Y límpiate, que llevas encima todo el asfalto». Atraviesan la calle. «Te voy a dejar en la primera tasca decente, Emil, tengo que irme a casa, mi novia me espera». Franz le estrecha la mano y entonces el otro se vuelve otra vez. «Podrías hacerme un favor, Fränze. Tengo que recoger mercancía en casa de Pums. Pásate por allí, sólo son tres pasos, en esta misma calle. Anda». «Cómo voy a ir, hombre, no tengo tiempo». «Sólo decir que hoy no iré, me está esperando. Si no, no podrá hacer nada».

Franz maldice, se marcha, vaya un tiempo, muévete, hombre, me voy a casa, después de todo, no puedo hacer esperar a la Cilly. Qué mamarracho, como si el tiempo me lo regalaran. Corre. Junto a una farola hay un hombre pequeño, leyendo en su

cuaderno. Pero quién es, a ése lo conozco. Entonces el otro mira, se dirige enseguida a Franz: «Ah, es usted, vecino. El de la casa de la máquina de lavar y la heladera. Sí. Tenga, entregue esta tarjeta luego, cuando vaya a casa, nos ahorraremos el franqueo». Le pone a Franz la postal en la mano, debido a circunstancias desafortunadas, volver atrás. Franz sigue tranquilamente su camino, le enseñará la postal a Cilly, no hay prisa. Le divierte ese tipo loco, el tío del correo, que anda siempre por ahí comprando y no tiene dinero, pero en cambio tiene la cabeza llena de pájaros, una pajarería entera.

«Tardes, señor Pums, as noches. Le extrañará que venga. Qué, qué puedo

decirle. Voy por la Alex. Hay una trifulca en la Landsberger Strasse. ¿Y quién se está pegando? ¿Eh? Su Emil, el largo, con uno pequeño que se llama como yo, Franz, usted debe de conocerlo».

A lo que el señor Pums responde que de todas formas ya había pensado en Franz Biberkopf, ya al mediodía había notado que pasaba algo entre esos dos. «O sea, que el largo no viene. Pues ahí entra usted, Biberkopf». «¿Que qué hago yo?». «Son casi las seis. A las nueve tenemos que recoger mercancía, Biberkopf, hoy es domingo, de todas formas no tiene usted nada que hacer, le pago sus gastos y además... bueno, pongamos cinco marcos

la hora». Franz vacila: «Cinco marcos». «Bueno, estoy en un apuro, esos dos me han dejado en la estacada». «El pequeño vendrá

aún». «Entonces hecho, cinco marcos, los gastos, bueno, cinco cincuenta, por mí que no quede».

Franz se ríe por dentro a carcajadas mientras baja la escalera detrás de Pums. Este sí que es un domingo con suerte, una cosa así no se le presenta a uno todos los días, así que era verdad, las campanas significan algo, me voy a forrar, bueno, quince o veinte marcos un domingo, y qué gastos tengo realmente. Y se siente feliz, la tarjeta del tío del correo le cruje en el bolsillo, va a despedirse de Pums ante el portal. El se asombra: «¿Qué es esto? Creía que era trato hecho, Biberkopf». «Lo es, lo es, soy de confianza. Sólo tengo que ir un momento, sabe, jajá, tengo una novia, la Cilly, quizá la conozca por Reinhold, antes estuvo con él. No puedo tener a la chica el domingo entero metida en casa». «No, Biberkopf, no puedo dejarle ir ahora, luego se estropea todo y me quedo colgado. No, por cuestión de faldas, por una cosa así, Biberkopf, no, no vamos a echar a perder el negocio por eso. Ella no se le va a ir». «Eso lo sé, nunca ha dicho una verdad mayor, puedo confiar en ella. Pero precisamente por eso. No la puedo dejar plantada, sin oír, ni ver nada, ni saber nada. Qué puedo hacer».

«Ahora venga, ya veremos».

«¿Qué hago?», pensó Franz. Se fueron. Otra vez la esquina de la Prenzlauer Strasse. Por aquí y por allá andaban ya las chicas de la calle, las mismas que verá Cilly unas horas después, cuando

busque y rebusque a Franz, dando vueltas. El tiempo avanza, todo se acumula en torno a Franz; pronto estará en un vehículo y lo sujetarán. Ahora piensa en cómo enviar rápidamente la tarjeta del tipo chiflado y cómo subir rápidamente a ver un momento a la Cilly, la chica le está esperando.

Va con Pums a la Alte Schönhauser Strasse, sube a un ala, allí está su

oficina, dice Pums. Arriba hay luz, la habitación parece realmente una oficina con su teléfono y sus máquinas de escribir. Una mujer de edad, de rostro severo, entra con frecuencia en la habitación donde Franz se sienta con Pums: «Aquí mi señora, el señor Franz Biberkopf, que va a acompañarnos hoy». Ella sale como si no hubiera oído nada. Franz lee, mientras Pums trabaja en su escritorio y quiere comprobar sólo algo, un B. Z. que hay sobre la silla: 3.000 millas en un cascarón, por Günther Plüschow, rutas de recreo y regulares, «Coyuntura». Lania, compañía Piscator en el Lessingtheaten. Dirige el propio Piscator. ¿Qué es

Piscator, qué es Lania?[131]. ¿Qué es envoltura y qué es contenido, en otras palabras, drama? No habrá más matrimonios infantiles en la India, un cementerio para el ganado premiado. Pequeña crónica: Bruno Walter[132] dirigirá su último concierto de la temporada el domingo, 15 de abril, en la Ópera Municipal. En el programa figura la Sinfonía en mi bemol mayor de Mozart, los beneficios se destinarán al fondo del

monumento a Gustav Mahler en Viena. Conductor de vehículos pesados, casado, 32 años, carné de conducir de 2.ª y 3.ª, busca colocación en negocio particular o como chófer de camión.

El señor Pums busca en la mesa cerillas para encender el puro. La mujer entrada en años abre una puerta disimulada y tres hombres entran lentamente. Pums no levanta la vista. Son sólo gente de Pums, Franz les da la mano. La mujer va a salir, entonces Pums le hace un gesto a Franzen: «Oiga, Biberkopf,

¿no quería mandar una carta? Hazlo tú, Klara». «Es muy amable por su parte, señora Pums, ¿me hará realmente el favor? Bueno, no es una carta, sólo esta tarjeta, y a mi novia...». Y dice exactamente dónde vive, lo escribe en un sobre comercial de Pums, y que le diga a la Cilly que no se preocupe y que él volverá hacia las diez, y además la tarjeta...

Bueno, todo está arreglado, es un verdadero alivio. La arpía flaca y malvada lee en la cocina el sobre, lo arroja al fuego; arruga la hoja y la tira a la basura. Luego se arrima al hogar, sigue bebiendo su café, no piensa en nada, sigue sentada, bebe, hace calor. Y la alegría de Franz es tumultuosa cuando, con gorra visera, con un grueso capote militar, aparece lentamente... ¿quién? ¿Quién tiene esos surcos profundos en la cara? ¿Quién se arrastra como si tuviera que despegar una pierna tras otra de un barro espeso? Claro, Reinhold. Franz se siente como en casa. ¡Vaya, eso está bien! Contigo voy a donde sea, Reinhold, ya puede venir

lo que venga. «¿Cómo, eres de la partida?». Reinhold resopla por la nariz, da vueltas arrastrando los pies. «Ésa sí que es una decisión». Y entonces empieza Franz a contarle la pelea de la Alex, y la forma en que ayudó al largo Emil. Escuchan con avidez los cuatro, Pums sigue escribiendo aún, los otros se dan codazos, cuchichean luego de dos en dos. Alguno se ocupa siempre de Franzen.

A las ocho toman la salida. Todos están bien acolchados, también Franz

recibe un abrigo. Piensa, y lo dice radiante, que le gustaría quedárselo, y también, carajo, el gorro de astracán. «Por qué no — le dicen—, pero te los tienes que ganar».

Salen, fuera está oscuro como boca de lobo y hay un terrible barrizal. «¿Qué vamos a hacer?», pregunta Franz cuando están en la calle. Le dicen: «Primero hay que conseguir un coche o dos coches. Y luego la mercancía, manzanas y lo que haya, iremos a recogerla». Dejan pasar muchos coches, en la Metzger Strasse hay dos, los cogen, adentro y en marcha.

Los dos coches van uno detrás de otro una media hora larga, en la oscuridad no se sabe muy bien por qué barrios, puede ser el Weissensee o Friedrichsfelde. Los muchachos dicen que el viejo tiene que arreglar algo antes. Y entonces se detienen ante una

casa, es una amplia avenida, quizá sea también Tempelhof, los otros dicen que tampoco lo saben, producen un humazo terrible.

Reinhold está sentado en ese coche junto a Biberkopf. ¡Qué voz más distinta

tiene ahora Reinhold! No tartamudea, habla fuerte, se sienta derecho como un capitán; hasta se ríe el tío, y los otros del coche le prestan atención. Franz le ha pasado el brazo por los hombros: «Qué, muchacho, Reinhold (le susurra en la nuca, bajo el sombrero), bueno, ¿qué me cuentas? ¿No tenía razón con lo de las mujeres? ¿Eh, muchacho?». «Claro, todo va bien, todo va bien». Reinhold le da una palmada en la rodilla; qué golpes da el muchacho, qué te parece, ¡qué mano tiene el muchacho! Franz fanfarronea: «No vamos a enfadarnos por una chica, eh. Todavía no ha nacido quién, ¿eh?».

La vida en el desierto resulta a menudo difícil.

Los camellos buscan y rebuscan y no encuentran nada, y un día se encuentran sus huesos blanqueados[133].

Sin parar atraviesan ahora los dos coches la ciudad, cuando Pums sube otra vez con una maleta. Son casi las nueve cuando se detienen en la Bülowplatz. Y ahora van a pie, separados, siempre de dos en dos. Pasan por debajo del arco del tren de circunvalación. Franz dice: «Pronto llegaremos al mercado». «Claro, pero primero hay que recogerlo y luego llevarlo». De pronto los de

delante no son ya visibles, están en la Kaiser-Willhelm-Strasse, muy cerca del tren de circunvalación, y entonces Franz y su acompañante desaparecen también en un oscuro portal abierto. «Aquí es —dice el que está junto a Franz—, tira el puro».

«¿Y por qué?». El otro le aprieta el brazo, le arranca el puro de la boca: «Porque

lo digo yo». Ha comenzado ya el oscuro patio antes de que Franz pueda hacer algo. Quién lo entiende, quién lo entiende, lo dejan a uno a oscuras, ¿dónde se

han metido? Y cuando Franz atraviesa a tientas el patio delante de él relampaguea una linterna que lo ciega, es Pums. «Usted, usted, ¿qué hace aquí? Aquí no se le ha perdido nada, Biberkopf, usted se queda delante y vigila. Vuélvase». «Bueno, yo pensaba que tenía que recoger algo». «Bobadas, vuélvase, ¿no le ha dicho nadie nada?».

La luz se apaga, Franz vuelve a tientas. Algo tiembla dentro de él, traga saliva: «¿Qué pasa aquí, dónde se han metido?». Está ya en el zaguán de delante cuando vienen dos desde atrás —robo y asesinato, están robando, asaltando, quiero marcharme, irme de aquí, una pista de hielo, un tobogán, me voy dando un rodeo, por el agua hasta la Alexanderplatz—, lo sujetan, uno es Reinhold, que tiene una garra de hierro: «¿No te han dicho nada? Te quedas aquí y vigilas».

«¿Quién, quién lo ha dicho?». «Oye, no digas tonterías, estamos apurados. Es

que no tienes seso; no te hagas el tonto. Ahora te quedas aquí y silbas si pasa algo». «Yo...». «Cierra el pico», y descarga un golpe en el brazo derecho de Franzen, que se dobla.

Franz se queda solo en el negro portal. Está realmente temblando. ¿Qué hago yo aquí? Me han metido en un buen lío. Y el muy perro me ha pegado. Están robando ahí atrás, cualquiera sabe lo que están robando, no son vendedores de fruta, son ladrones. La larga avenida de árboles negros, la puerta de hierro, después de entrar en las celdas, todos los reclusos deben acostarse, en verano se les permite permanecer levantados hasta que se hace de noche. Esto es una pandilla, mandada por Pums. Me marchó, no me marchó, sí, qué hago. Me han traído aquí engañado; qué sinvergüenzas. Y ahora tengo que estar de plantón.

Franz estaba allí, temblaba, se palpaba el brazo golpeado. Los reclusos no deben ocultar sus enfermedades, pero tampoco fingirlas; serán castigados. Silencio de muerte en la casa; de la Bülowplatz llegan los bocinazos de los coches. Detrás, al otro lado del patio, se oían crujidos y rumores, de vez en cuando relampagueaba una linterna, alguien bajaba silenciosamente con una linterna sorda al sótano. Me han armado una encerrona, prefiero comer pan duro y patatas cocidas que estar aquí para esos sinvergüenzas. En el patio brillaron varias linternas, Franz

recordó al hombre de las postales; un tipo extraño, un tipo extraño. Pero no se movía del sitio, estaba clavado al suelo; desde que Reinhold le había pegado estaba como petrificado. Quería, lo deseaba, pero no podía, no lograba soltarse. El mundo es de hierro, no se puede hacer nada, avanza como una apisonadora hacia uno, no se puede hacer nada, avanza, ellos están dentro, es un tanque, diablos cornudos con ojos como brasas, lo despedazan a uno, están ahí, con sus cadenas y sus dientes lo desgarran a uno. Y el rodillo avanza, y nadie puede escaparse. Tiembla en la oscuridad; cuando se haga la luz podrá verse todo, cómo ha quedado, cómo ha sido.

Quisiera irme, quisiera irme, el muy sinvergüenza, el muy perro, no quiero. Intentó mover las piernas, sería de risa que no pudiera marcharme. Se movió: Como si me hubiesen metido en una masa y no pudiera despegarme de ella. Pero sí podía, podía. Era difícil, pero podía. Hago progresos, que roben lo que quieran, yo me esfumo. Se quitó el abrigo, volvió al patio, lentamente, con miedo, pero tenía que tirarles el abrigo a la cara, tiró el abrigo en la oscuridad hacia la parte de atrás. Otra vez aparecieron luces, dos hombres pasaron corriendo por su lado, con abrigos, fardos enteros, los dos coches se detuvieron delante de la puerta cochera; al pasar, uno de los hombres golpeó otra vez a Franz en el brazo, un golpe de hierro: «¿Todo bien, no?». Era Reinhold. Entonces pasaron corriendo junto a él otros dos hombres con

cestos, y luego otros dos, vienen y van, sin luces, pasando junto a Franzen, que sólo aprieta los dientes y cierra los puños.

Trabajaban como locos en el patio y yendo y viniendo por el portal en la oscuridad, de otro modo se hubieran asustado de Franz. Porque ya no era Franz quien estaba allí. Sin abrigo, sin gorro, con los ojos desencajados, las manos en los bolsillos y acechando para ver si reconocía algún rostro, quién es éste, quién es ése, no tengo navaja, espera, quizá en la chaqueta, muchachitos, no sabéis quién es Franz Biberkopf, lo vais a saber como le pongáis la mano encima. Entonces los cuatro salieron cargados, uno tras otro, y uno pequeño y rechoncho cogió a Franz por el brazo: «¡Ven, Biberkopf! Nos largamos, todo está en el saco».

Y Franz se encuentra estibado entre los otros en un coche grande. Reinhold

se sienta a su lado, se aprieta fuertemente contra Franz, es el otro Reinhold. Dentro no llevan luz. «Por qué me aprietas», susurra. Franz; no tiene navaja.

«Cierra el pico, cierra la bocaza, chaval; aquí nadie dice ni mu». El coche de delante vuela; el chófer del segundo coche mira atrás por la derecha, acelera y grita hacia atrás por la ventana abierta: «Nos sigue alguien».

Reinhold saca la cabeza por la ventana: «Tuerce, a toda velocidad». El otro coche sigue detrás. Entonces, al resplandor de una linterna, Reinhold ve el rostro de Franzen, que está radiante, tiene el rostro feliz. «De qué te ríes, mamarracho, estás completamente loco». «Me río de lo que quiero, no es cosa tuya». «¿El que tú aterías?». Este gandul, este mocosa. Y de repente algo cruza cómo un rayo por Reinhold, algo en que no había pensado durante toda la expedición: éste es el Biberkopf que lo ha dejado tirado, el que le quita las mujeres, está demostrado, este cerdo golfo y descarado, y a éste le conté yo una vez todas mis cosas. De pronto, Reinhold no piensa ya en la expedición.

Aguas del bosque negro, qué calladas estáis. Estáis terriblemente tranquilas. Vuestra superficie no se agita cuando hay tormenta en el bosque y los pinos empiezan a doblarse y se desgarran las telas de araña entre las ramas y éstas comienzan a desgajarse. No llega hasta vosotras la tormenta.

Este tío, piensa Reinhold, se sienta ahí tan a gusto, y seguramente piensa que

el coche de detrás nos alcanzará, y yo estoy aquí, y éste me ha echado sermones, el muy animal, sobre las mujeres, y yo tengo que aguantarme.

Franz sigue riéndose silenciosamente, mira hacia atrás, a la calle, por la ventanita, sí, el coche los sigue, los han descubierto; ya verás, esto es el castigo, aunque me caiga a mí también, no pueden tomarme el pelo estos sinvergüenzas, estos vagos, esta panda de delincuentes.

Maldito sea el hombre, dice Jeremías, que pone en el hombre su confianza. Es semejante a un arbusto abandonado en la estepa. Vive en lo árido, en suelo salitroso e inhabitado. Tortuoso es el corazón y corrompido; ¿quién podrá conocerlo?

Entonces Reinhold le hace una señal a escondidas al hombre que tiene delante, en el coche alternan luz y tinieblas, es una caza. A escondidas desliza Reinhold la mano hasta el tirador de la puerta, muy cerca de Franz. Entran a toda velocidad en una ancha avenida. Franz sigue mirando hacia atrás. De repente lo agarran del pecho y tiran de él hacia delante. Quiere incorporarse, golpea a Reinhold en la cara. Sin embargo, éste es espantosamente fuerte. El viento silba dentro del coche, la nieve se precipita en él. Franz es empujado por encima de los fardos hacia la puerta abierta, se agarra gritando al cuello de Reinhold. Desde un lado recibe un golpe de bastón en un brazo. El segundo del coche le da un empujón en el costado izquierdo. Desde los fardos de tela, Franz, caído, es empujado hacia la puerta abierta; se acuña con las piernas donde puede. Se abraza al estribo.

Entonces lo alcanza un bastonazo en la nuca. Inclinado sobre él, Reinhold, de pie, arroja el cuerpo a la calle. La puerta se cierra de golpe. El coche perseguidor pasa zumbando sobre el hombre. La caza continúa entre remolinos de nieve.

Cómo nos alegramos cuando sale el sol y llega su luz hermosa. Pueden apagarse las luces de gas, .las eléctricas. Los hombres se levantan cuando suena el despertador, ha empezado un nuevo día. Si antes era el 11 de abril, ahora es el 12, si era domingo, ahora es lunes[134]. El año no ha cambiado, tampoco el mes, pero se ha producido un cambio. El mundo ha seguido dando vueltas. Ha salido el sol. No se sabe seguro qué es ese sol. Los astrónomos se ocupan mucho de ese cuerpo celestial. Según ellos, es el centro de nuestro sistema planetario, porque nuestra Tierra es sólo un pequeño planeta y, ¿qué somos entonces nosotros realmente? Cuando sale el sol y uno se alegra, en realidad debería entristecerse, porque qué es uno, 300.000 veces mayor que la tierra es el sol, y cuántas cifras y ceros hay aún que indican todos

que somos un cero o nada, absolutamente nada. Verdaderamente ridículo alegrarse.

Y, sin embargo, se alegra uno cuando llega la hermosa luz, blanca y fuerte, y baja a las calles, en las habitaciones despiertan todos los colores, y los rostros están ahí, las facciones. Es agradable palpar formas con las manos, pero es una felicidad ver, ver colores y líneas. Y uno se alegra y puede mostrar lo que es, lo que hace, lo que vive. También nos alegramos en abril cuando hace un poquito de calor, cómo se alegran las flores de poder crecer. Tiene que haber un error, una equivocación en esas cifras terribles con tantos ceros.

Levántate, sol, no nos asustas. Todos esos kilómetros nos son indiferentes, el

diámetro, tu volumen. Sol caliente, levántate, levántate, clara luz. No eres grande, no eres pequeño, eres una alegría.

Acaba de apearse del expreso del norte de París, una figura insignificante y pequeña en su abrigo adornado de piel, con sus ojos enormes y sus pequeños pequineses Black y China, en los brazos. Fotógrafos y ruido de manivelas. Sonriendo suavemente, Raquel lo soporta todo, lo que más le alegra es un ramo de rosas amarillas de la colonia española, porque el marfil es su color favorito. Con las palabras: «Siento una curiosidad loca por Berlín», la famosa mujer sube

a su coche y escapa a la multitud de personas que agitan los brazos en la ciudad matinal.[135]

LIBRO SEXTO

HORA veréis a Franz Biberkopf sin beber y escondiéndose. Lo veréis reír: hay que adaptarse a las circunstancias. Está furioso porque lo obligaron, nadie lo obligará nunca más, ni el más fuerte. Levanta el

puño contra la potencia tenebrosa, siente que algo se opone a pero no puede verlo, todavía tiene que ocurrir, el martillo se abatirá sobre él.

No hay razón para desesperar. Si sigo contando esta historia y la llevo hasta su duro, terrible y amargo final, emplearé a menudo esas palabras: no hay razón para desesperar. Porque el hombre del que hablo no es, desde luego, un hombre corriente, pero, sin embargo, sí es un hombre corriente en la medida en que lo comprendemos muy bien y nos decimos a veces: podríamos haber hecho paso a paso lo mismo que él y haber sentido lo mismo que él. Aunque no sea corriente, he prometido no guardar silencio con respecto a esa historia.

Es una horrible verdad lo que cuento de Franz Biberkopf, que salió de su casa sin sospecha alguna, participó en un robo en contra de su voluntad y fue arrojado desde un coche. Ahora está bajo las ruedas quien, indudablemente, ha hecho los esfuerzos más

sinceros por seguir un camino debidamente permitido y legal. Pero ¿no es eso precisamente para desesperar, qué sentido puede tener ese sinsentido desvergonzado, repugnante y miserable, qué sentido engañoso hay que darle para hacer incluso de él el destino de Franz Biberkopf?

Yo digo: no hay razón para desesperar. Sé ya algo, y quizá muchos que lean

esto sepan ya algo. Se está produciendo una lenta revelación, se vivirá como

Franz la vive, y entonces todo resultará claro.

Las ganancias mal adquiridas aprovechan

Como Reinhold estaba ya lanzado, continuó sin parar. No volvió a casa hasta el lunes al mediodía. Corramos, queridos hermanos y hermanas, un velo del amor al prójimo de diez metros cuadrados sobre ese período. Sobre el anterior, desgraciadamente, no pudimos hacerlo. Nos limitaremos a hacer constar que, después de haberse levantado puntualmente el sol el lunes y de haber comenzado luego, paulatinamente, el conocido tráfago de Berlín... y a la una en punto de la tarde, o sea, a las 13:00 horas, Reinhold echó de su habitación a la más que vista Trude, que era de

carácter casero y no quería. Qué bien me siento el fin de semana, tuli tuli, macho cabrío y cabra lozana, tuli tuli[136]. Otro narrador hubiera pensado probablemente algún castigo para Reinhold, pero yo no tengo la culpa si no lo hubo. Reinhold estaba alegre y, para aumentar su alegría, a fin de alegrarse más, echó a la Trude, que era de carácter casero y, por consiguiente, no quería. Él mismo tampoco lo quería en realidad, pero, a pesar de no querer, el hecho se desarrolló en cierto modo automáticamente, produciéndose principalmente con la participación de su meso-céfalo: en efecto, Reinhold estaba fuertemente intoxicado. De esa forma, hasta el Destino ayudó a aquel hombre. La saturación alcohólica es una de las cosas que hemos dejado en la noche anterior, y para seguir adelante hemos de eliminar rápidamente algunos restos. Reinhold, aquel debilucho que a Franz le parecía ridículo porque era incapaz de decir una palabra dura o enérgica a una mujer, pudo, a las 13:00 horas de la tarde, apalear horriblemente a la Trude, tirarle del pelo y romperle un espejo encima, todo eso pudo hacer, y por último, mientras ella gritaba, le golpeó en la boca con tanta brutalidad, que por la noche, cuando ella fue con su boca al médico, se le había hinchado ya enormemente. En el espacio de pocas horas, la chica había perdido toda su belleza, y precisamente como consecuencia de los enérgicos ataques de Reinhold, a quien quería demandar por ello. De momento, tuvo que ponerse pomada en los labios y cerrar el pico. Todo eso, como

queda dicho, pudo hacerlo Reinhold porque unos vasos de aguardiente le habían narcotizado el cerebro y, como consecuencia, su mesocéfalo, que, en general, era lo más hábil en él, quedó en libertad para actuar.

Él mismo, cuando, a últimas horas de la tarde, volvió en sí en mal estado

pero por completo, descubrió perplejo algunos cambios satisfactorios en su

vivienda. Evidentemente, la Trude no estaba. No estaba en absoluto. Porque tampoco estaba su baúl. Además, el espejo estaba hecho añicos y alguien había escupido muy ordinariamente en el suelo, sangre por cierto. Reinhold inspeccionó los destrozos que había a su alrededor. Su propia boca estaba intacta, de manera que era la Trude la que había escupido, y él quien le había dado en los morros. Lo cual le puso de tan buen humor y le infundió una estima tan alta de sí mismo que empezó a reírse a carcajadas. Cogió un trozo de espejo y se miró en él: pero cómo, Reinhold, eso lo has hecho tú, ¡nunca lo hubiera creído! ¡Ay Reinholdchen, Reinholdchen! Cómo se alegraba. Se dio palmaditas en las mejillas.

Reflexionó: ¿La habrá echado otro, quizá Franz? Los acontecimientos de la tarde y de la noche no le resultaban todavía nada claros. Desconfiando, llamó a su patrona: la vieja

alcahueta, y la sondeó: «¿Ha habido un buen escándalo en la casa, eh?». Y la otra se soltó: había hecho muy bien con la Trude, que era una vaga de tomo y lomo, ni siquiera se planchaba sus propias enaguas. Cómo, lleva enaguas, eso nunca lo había podido sufrir. Así pues, había sido él. Qué feliz se sentía Reinhold. Y de pronto recordó también todo lo ocurrido por la tarde y por la noche. Habían hecho un buen trabajo, recaudado mucho, engañado al gordo de Franz Biberkopf y, era de esperar, logrado que lo matara un coche, y además había echado a la Trudis. ¡Menuda actuación, oye!

¿Y qué hacemos ahora? Lo primero, trajeamos bien para la noche. Que me vengan a hablar del aguardiente. Yo no quería, decía que no quería y pamplinas por el estilo. Hay que ver las fuerzas que ahorra y todo lo que hemos hecho.

Mientras se está cambiando, llega un enviado de Pums, que susurra y cuchichea y se excita enormemente y no puede estarse quieto, y que Reinhold tiene que ir enseguida a la taberna. Sin embargo, pasa una hora larga hasta que Reinhold baja. Hoy es día dedicado a las hembras y Pums puede hacer pums él si quiere. En la taberna todos tienen un miedo cerval, Reinhold les ha hecho una mala pasada con lo de Biberkopf. Si no está muerto, se chivará de todos. Y si está muerto, criatura, entonces estamos en un buen lío. Preguntarán por él en su casa y cualquiera sabe lo que saldrá a relucir.

Pero Reinhold se siente feliz y la Fortuna le sonríe. No hay forma de hacer

carrera con  el. Es el día m as feliz del que puede acordarse. Ahora tiene su aguardiente y puede buscarse mujeres y deshacerse de ellas, tantas como quiera.

Se podría librar de todas, eso es lo m as nuevo y lo m as estupendo. Quiere hacer enseguida una expedición, pero los compadres de Pums no lo dejan marcharse hasta que promete quedarse con ellos dos o tres días en el Weissensee y mantenerse escondido. Tienen que averiguar qu e ha pasado realmente con Franz y cu ales son las consecuencias para ellos. Bueno, Reinhold se lo promete.

Y esa misma noche se ha olvidado ya y se va de juerga. Pero no le pasa nada. Los otros est an metidos en el Weissensee, en su madriguera, y tienen un miedo horrible. Al día siguiente vuelven a escondidas para buscarlo, pero Reinhold tiene que ir a ver a una tal Karla, que acaba de descubrir ayer.

Y tiene razón. No se oye nada de Franz Biberkopf. Ni se oye ni se ve nada de  el. El hombre ha desaparecido limpiamente del mundo. Pues muy bien. Y todos van volviendo pasito a pasito y se instalan otra vez alegremente en sus antiguos cuarteles.

En la habitación de Reinhold, sin embargo, fuma a todo pasto una tal Karla, rubia totalmente pajiza, que ha traído consigo

tres botellas grandes de aguardiente. El bebe siempre unos chupitos, pero ella bastante más, a veces incluso grandes cantidades. Él piensa: bebe ahora, ya beberé yo cuando llegue el momento, y entonces: adiós señora.

Hay algunos lectores preocupados por Cilly. ¿Qué será de la pobre muchacha si Franz no está ahí, si Franz no vive y está muerto o si, sencillamente, no está ahí? Oh, ya se las arreglará, no se preocupen, por ella no tienen que preocuparse, esa gente cae siempre de pie. Cilly, por ejemplo, tiene dinero para dos días aún y el martes, cómo me había imaginado yo enseguida, se tropezó con Reinhold, que había salido a castigar, el chulo más elegante de Berlín Centro, con camisa de seda auténtica. Y Cilly se queda perpleja y no sabe, cuando lo ve, si se ha enamorado otra vez del tipo o si tiene que tarifarse de una vez con él.

Ella, parafraseando a Schiller, lleva un puñal escondido en la túnica[137]. Es

verdad que se trata sólo de un cuchillo de cocina, pero quiere asestarle una a Reinhold por sus maldades, en cualquier parte.

Está ahora a su lado, a la puerta de la casa y charla amistosamente, dos rosas rosas y un beso frío[138]. Y ella piensa: charla, charla, la que te vas a llevar. Pero ¿dónde? Eso la desconcierta. No se puede pinchar esa tela tan bonita, el hombre lleva un temo tan elegante y

le sienta tan estupendamente. Debe de haber sido él, dice ella trotando a su lado por la calle, debe de haber sido él quien le ha quitado a su Franz. ¿Que por qué? Porque Franz no ha vuelto a casa, hasta hoy no ha vuelto, y no le ha pasado nada y además la Trude se ha ido de casa de Reinhold. Así pues, ésa es la verdad de la buena y él no puede negarlo, Franz se ha ido con la Trude, Reinhold lo ha convencido, y eso es ya el colmo.

Reinhold se asombra de que ella se haya enterado de todo tan aprisa. Bueno, ella acaba de estar en casa de él y la patrona le ha contado la pelea con la Trude. Canalla, lo insulta Cilly, queriendo darse valor para usar el cuchillo de cocina, ya tienes otra, se te nota.

Reinhold se da cuenta desde una distancia de diez metros de lo siguiente: 1.º Ésta no tiene dinero; 2.º Está furiosa con Franz; 3.º Me quiere, a mí, el guapo Reinhold. Con este guardarropa lo quieren todas las mujeres, especialmente cuando se trata de una recaída, de lo que se llama una reprise. En relación con el punto 1.º, da a Cilly diez marcos. En relación con el 2.º, maldice también a Franz Biberkopf. Dónde se ha metido el tipo es algo

que quisiera saber también. (Remordimientos, dónde están los remordimientos. Orestes y Clitemnestra, Reinhold no conoce a esos sujetos ni de nombre, pero quisiera, simple, cordial y sinceramente, que Franz estuviera tieso y que no lo encontraran). Pero Cilly tampoco sabe dónde está Franz, y eso habla en favor de la tesis, aduce Reinhold conmovido, de que el hombre ha cascado. Y luego dice amablemente, en relación con el punto 3.º, tocante al amor en casos de reincidencia: de momento no estoy libre, pero en mayo vuelve a preguntarme. Debe de faltarte un tornillo, grita ella sin creérselo de alegría. Conmigo todo es posible, dice él radiante, se despide y sigue su paseo. Reinhold, oh Reinhold, eres mi paladín, Reinhold, mi Reinhold, sólo a ti te amo[139].

Delante de cada tasca, Reinhold da gracias al Creador de que exista el

aguardiente. Si se cenasen todas las tabernas e implantaran en Alemania la Ley Seca, ¿qué iba a hacer? Bueno, hay que tener en casa algunas reservas. Enseguida nos vamos a ocupar de eso. Soy un chico listo, piensa mientras está en la tienda comprando de diversas marcas. Sabe que tiene un cerebro y, en caso necesario, un mesocéfalo.

Así acaba para Reinhold, por lo menos de momento, la noche del domingo al lunes. Y si alguien pregunta aún si existe justicia en el mundo, tendrá que

conformarse con esta respuesta: de momento no, por lo menos no hasta ese viernes.

Domingo por la noche, lunes 9 de abril

El gran automóvil particular en que meten a Franz Biberkopf —sin conocimiento, le han puesto alcanfor y morfinaescopolamina— rueda a toda velocidad durante dos horas. Llegan a Magdeburgo. Lo descargan en las proximidades de una iglesia y los dos hombres hacen sonar con insistencia la campanilla de la clínica. Esa misma noche lo operan. Sierran el brazo derecho por la articulación del hombro, resecan parte de los huesos de éste, las magulladuras de la caja torácica y del muslo derecho, por lo que se puede decir de momento, no tienen importancia. No puede excluirse la posibilidad de lesiones internas, quizá algún pequeño desgarró del hígado, pero no será grave. Hay que esperar. ¿Ha perdido mucha sangre? ¿Dónde lo

encontraron ustedes? En la carretera x-y, allí estaba su motocicleta, debieron de atropellarlo por atrás.

¿No vieron el coche? No. Cuando lo encontramos estaba allí tendido, nos habíamos separado en z, él torció a la izquierda. Conocemos el sitio, muy oscuro. Sí, allí fue donde pasó. ¿Se quedarán aún aquí? Sí, unos días; es mi cuñado, su mujer llegará hoy o mañana.

Nos alojaremos ahí enfrente, por si nos necesitan. Delante de la puerta de la sala de operaciones, uno de los dos señores le dice otra vez a los de la clínica: es un asunto horrible, pero nos gustaría mucho que no notificaran ustedes el caso. Vamos a esperar a que recobre el conocimiento y sepamos lo que piensa él. No le gustan los procesos. Él mismo... atropelló una a vez a alguien, y sus nervios... Como quieran. Lo primero es que esté fuera de peligro.

A las once le cambian los vendajes. Es lunes por la mañana —a esa hora, los

autores de la desgracia, incluido Reinhold, están armando jaleo, alegres y muy borrachos, en casa de su encubridor del Weissensee—, Franz está completamente despierto, echado en una buena cama, en un buen cuarto, siente el pecho oprimido y terriblemente apretado, y le pregunta a la enfermera dónde está. Ella le dice lo que ha oído de la enfermera del turno de noche y lo

que ha cazado de la conversación anterior. Franz está despierto. Lo comprende todo,

quiere tocarse el hombro derecho. La enfermera le aparta la mano: tiene que estar tranquilo. En el barro de la calle había sangre de su manga, se dio cuenta. Luego apareció gente junto a él y en ese momento algo ocurrió en su interior.

¿Qué ocurrió en ese momento dentro de Franz? Que tomó una decisión. Al recibir en el brazo los férreos golpes de Reinhold en el zaguán de la Bülowplatz, había temblado, el suelo había temblado bajo sus pies, Franz no entendía nada.

Cuando el coche se lo llevó, el suelo seguía temblando, Franz no quería darse cuenta, pero era así.

Cuando estaba tendido en el barro, con cinco minutos de diferencia, aquello se movió dentro de él. Desgarró algo, se abrió camino y sonó, resonó. Franz está petrificado, siente, me han atropellado, está sereno y tranquilo. Franz se da cuenta, me estoy yendo al diablo... y da órdenes. Quizá me haga pedazos, pero no importa, no me haré pedazos. Adelante. Le sujetan el brazo con sus propios tirantes. Luego quieren llevarlo al hospital de Pankow. Pero él vigila cada movimiento como un perro de caza: no, al hospital no, y da unas señas. ¿Qué señas? Elsasserstrasse, Herbert Wischow, su compañero de entonces, ¡de antes de Tegel! Se acuerda de la dirección en ese momento. Aquello se mueve

dentro de él mientras está tendido en el barro, lo desgarrá, se abre paso, suena y resuena. En ese momento ha surgido el impulso en él, no hay ya incertidumbre.

No deben cogirme. Está seguro de que Herbert sigue viviendo allí y de que estará en casa. Los otros recorren la taberna de la Elsasserstrasse, preguntando por un tal Herbert Wischow. Y enseguida se levanta un hombre joven y delgado que está junto a una mujer morena y hermosa, qué ocurre, qué, ahí fuera, en el coche, corre con ellos al coche, la chica detrás, y la mitad de la taberna con ellos. Franz sabe quién llega ahora. Y da órdenes al tiempo.

Franz y Herbert se reconocen, Franz le susurra una decena de palabras, los

otros les dejan sitio. Franz es puesto en una cama en la taberna, detrás, llaman a un médico. Eva, la hermosa morena, trae dinero. Le ponen otras ropas. Una hora después del atropello, se dirigen en un coche particular de Berlín a Magdeburgo.

Al mediodía vuelve Herbert a la clínica, y puede hablar con Franz. Franz no quiere estar ni un día de más en la clínica, dentro de una semana volverá Wischow, Eva se quedará entretanto en Magdeburgo.

Franz permanece echado imperturbable. Se domina muy bien. Mentalmente no retrocede ni una pulgada. Sólo cuando, a las dos de la tarde, después de la consulta, anuncian a una señora y entra Eva con unos tulipanes, llora sin poderse contener, llora y solloza, y Eva tiene que limpiarle la cara con una toalla. Franz se pasa la lengua por los labios, entorna los ojos, aprieta los dientes. Pero le tiembla la mandíbula, y tiene que sollozar otra vez, de forma que la enfermera de fuera oye algo, llama a la puerta y le pide a Eva que se marche por hoy, porque la visita fatiga demasiado al enfermo.

Al día siguiente, Franz está completamente tranquilo y le sonríe a Eva. Quince días después se lo llevan. Otra vez está en Berlín. Otra vez respira Berlín. Cuando vuelve a ver las casas de la Elsasserstrasse, algo se mueve dentro de él, pero no solloza. Piensa en aquella tarde de domingo con Cilly, en el tañido de las campanas, el tañido de las campanas, y aquí estoy en casa, y algo me espera y tengo que hacer algo, va a pasar algo. Eso lo sabe muy bien Franz Biberkopf y no se mueve, dejándose sacar tranquilamente del coche.

Tengo algo que hacer, va a pasar algo, no voy a retroceder, soy Franz Biberkopf. Y así lo entran en la casa, en la vivienda de su amigo Herbert Wischow, que se llama a sí mismo comisionista. Es la misma seguridad absoluta que tuvo Franz después de caer del coche.

Movimiento de ganado en el matadero: cerdos 11.543, vacas 2.016, terneros

920, corderos 14.450. Un golpe y zas, al suelo.

Los cerdos, las vacas y los terneros son sacrificados. No hay razón para ocuparse de ellos. ¿Dónde estábamos? ¿Dónde?

Eva se sienta junto a la cama de Franzen, Wischow no hace más que preguntar:

¿pero quién fue, tú, cómo pasó? Franz no suelta prenda. Se ha construido una jaula de hierro alrededor, se ha sentado dentro y no deja pasar a nadie.

Eva, Herbert y su amigo Emil se reúnen. Desde que Franz fue atropellado

aquella noche, ese hombre es un misterio. No fue sólo que lo atropellara un coche, hay algo más, qué se le había perdido a las diez de la noche en el Norte, a las diez no podía estar vendiendo periódicos, allí, donde no hay un alma. Herbert sigue pensando lo mismo: Franz quiso dar un golpe, le pasó algo, y ahora se avergüenza de no haber salido adelante con sus malditos

periódicos, y además hay otros en el ajo, a los que no quiere traicionar. Eva opina lo mismo, Franz quiso hacer algo, pero cómo ocurrió todo, ahora es un lisiado. Ya lo averiguaremos.

Se descubre cuando Franz le da a Eva su última dirección, que le traigan su baúl, pero que no digan adonde. De eso entienden Herbert y Emil, la patrona no quiere darles el baúl, pero por cinco marcos se lo da y sigue refunfuñando: cada dos por tres preguntan por Franz, ¿que quién? Pues de parte de Pums, y Reinhold y todos éstos. Así que Pums. Ahora lo saben. La banda de Pums. Eva está fuera de sí y también Wischow está furioso: si tenía que volver a las andadas, ¿por qué con Pums? Pero claro, luego recurre a nosotros; se va con él y ahora es un lisiado, casi un cadáver, si no, ya le diría yo.

Sólo por fuerza ha podido conseguir Eva estar presente cuando Herbert Wischow aclara las cosas con Franz; también Emil está presente, le ha costado un bonito billete de mil.

«Bueno, Franz —empieza Herbert—, ya estás mejor. Ahora ya puedes levantarte y... ¿qué vas a hacer? ¿Lo has pensado ya?». Franz vuelve hacia él su cara sin afeitarse: «Oye, déjame que pueda ponerme de pie». «Bueno, bueno, no te estamos dando prisa, no te vayas a creer. En mi casa serás siempre bien recibido. Por qué no viniste a vernos. Hace ya un año que saliste de Tegel». «No, no

hace tanto». «Bueno, pues medio año. ¿Con nosotros no quieres nada?, ¿eh?».

Las casas, los tejados que se deslizan, un patio alto y oscuro, ruge una voz como un trueno, yúvivaleralera, así empezó.

Franz está echado de espaldas, mirando al techo: «Vendía periódicos. De qué podía servirlos».

Emil se mete, ruge: «Tú no vendías periódicos. Farsante». Eva trata de calmarlo; Franz se da cuenta de que pasa algo, saben algo, qué es lo que saben.

«Vendía periódicos. Pregúntale a Meck». Wischow: «Lo que Meck dirá me lo puedo figurar. Que vendías periódicos. También la gente de Pums vende fruta, un poco. Y lenguados. Eso lo sabes muy bien». «Yo no. Yo vendía periódicos. Pregúntale entonces a la Cilly, que estaba todo el día conmigo, cuánto ganaba».

«Dos marcos al día, quizá tres». «Y también más; a mí me bastaban, Herbert». Los otros no saben a qué atenerse. Eva se sienta al lado de Franz: «Dime, Franz, conocías a Pums, ¿no?». «Sí». Franz ya no piensa: me están interrogando, Franz se acuerda, vive. «¿Y qué?». Eva lo acaricia: «Cuenta lo que pasó con Pums».

Herbert, a su lado, estalla: «Dilo tranquilo, hombre. Sé lo que pasó con Pums. Dónde estuvisteis esa noche. Crees que no lo sé. Bueno, te metiste en eso. No es

asunto mío. Es cosa tuya. Te vas con ése, tú lo conoces, ese viejo canalla, y con nosotros no quieres nada». Emilio ruge: «Ya lo ves. Sólo servimos para...». Herbert le hace una seña. Franz llora. No es tan malo como en la clínica, pero resulta también horrible. Solloza y llora y mueve la cabeza de un lado a otro. Recibió un golpe en la cabeza, le dieron un empujón en el pecho, luego lo tiraron por la puerta, delante de un coche. El coche lo atropelló. Y ahora se ha quedado sin brazo. Es un lisiado. Los dos hombres salen. Él sigue sollozando tranquilamente. Eva le limpia la cara con la toalla. Luego Franz se queda echado quieto, con los ojos cenados. Ella lo observa, piensa: Franz duerme. Entonces él abre los ojos, está totalmente despierto, dice: «Diles a Herbert y Emil que entren».

Entran cabizbajos. Franz pregunta: «¿Qué sabéis de Pums? ¿Sabéis algo de

él?». Los otros tres se miran sin comprender, Eva le da una palmadita en el brazo: «Pero Franz, tú también lo conoces». «Quiero saber lo que sabéis vosotros de él». «Que es un estafador redomado y ha estado sólo cinco años en Sormenburg[140]; hubiera merecido cadena perpetua o quince años. Bueno está hecho con sus carros de fruta». Franz: «No vive sólo de fruta». «No, también come carne, y bastante». Herbert: «Pero oye, Franz, tú no has nacido ayer, eso lo sabes muy bien, basta con mirar a ese hombre». Franz: «Yo pensé que vivía de

vender fruta». «Bueno, y qué ibas a hacer ese domingo, cuando fuiste con él».

«Íbamos a llevar fruta al mercado». Franz está echado muy tranquilo. Herbert se inclina sobre él para ver su expresión. «¿Y tú te lo creíste?».

Franz llora otra vez, ahora muy silenciosamente, con la boca cerrada. Bajó las escaleras, un hombre buscaba direcciones en su cuaderno de notas, luego estuvo en casa de Pums, en su vivienda, y la señora Pums tenía que haberle enviado una nota a la Cilly. «Claro que me lo creí. Sin embargo, luego me di cuenta de que me habían puesto para vigilar y entonces...».

Los tres se miran. Lo que dice Franz es verdad, pero es increíble. Eva le toca

en el brazo: «¿Y qué pasó entonces?». Franz ha abierto ya la boca, decirlo ahora, ahora se sabrá, pronto lo habrá dicho. Y dice: «Entonces no quise, y entonces me tiraron del coche porque iba otro coche tras ellos».

Silencio, no decir más, y me atropellaron, podría estar muerto, querían matarme. No solloza, se mantiene dueño de sí, los dientes apretados, estiradas las piernas.

Los tres lo han oído. Ahora lo ha dicho. Es la pura verdad. En ese momento lo saben los tres. Es segadora, se llama Muerte, tiene la fuerza de Dios que es fuerte.

Herbert pregunta aún: «Dime una cosa, Franz, enseguida nos vamos: si no viniste a vemos, ¿fue porque querías vender periódicos?».

Él no puede hablar, piensa: sí, quería ser honrado. Fui honrado hasta el final. Por eso no tenéis que ofenderos porque no viniera a buscaros. Habéis seguido siendo mis amigos, nunca he traicionado a nadie. Se queda echado en silencio, ellos salen.

Luego, cuando Franz se ha tomado otra vez su somnífero, se sientan en la taberna de abajo sin saber qué decir. No se miran. Eva sigue temblando. A la chica le hubiera gustado tener a Franz, cuando él iba con la Ida, pero él no dejó a la Ida aunque ella andaba ya detrás del de Breslau. Eva se lleva bien con Herbert, que le da todo lo que quiere... pero sigue sintiendo algo por Franzen.

Wischow encarga grogs calientes, que los tres se sacuden enseguida. Wischow pide otra ronda. Todos siguen teniendo la garganta apretada. Eva tiene las manos y los pies helados, a cada momento siente frío en la parte de atrás de la cabeza y en la nuca, hasta los muslos se le hielan y por eso los cruza. Emil ha apoyado pesadamente la cabeza entre los brazos, mastica algo, chasquea la lengua, traga saliva, pero luego tiene que escupir en el suelo. Herbert Wischow, el joven, se sienta derecho en su silla, como si fuera a caballo; parece un teniente al frente de su tropa, con el rostro impassible. No están sentados en la taberna, no están

metidos en su piel, Eva no se llama Eva, Wischow no es Wischow, ni Emil es Emil. Se ha derrumbado el muro que los rodeaba, ha penetrado otro aire, la oscuridad. Siguen sentados junto a la cama de Franz. Hay un escalofrío que va desde ellos hasta la cama de Franz.

Es segadora, se llama Muerte, tiene la fuerza de Dios que es fuerte. Ya no vacila, su arma afila.

Herbert se vuelve hacia la mesa y pregunta con voz ronca: «¿Pero quién fue?». Emil: «¿Quién?». Herbert: «El que lo tiró». «Prométeme, Herbert, que si lo coges». «No hace falta que me lo digas. Que pueda haber gente así en el mundo. Pero, pero». Emil: «Oye, Herbert, tú puedes imaginarte algo así».

Mejor no oír nada, no pensar en ello. A Eva le tiemblan las rodillas, suplica:

«Herbert, haz algo; Emil». Hay que salir de esta atmósfera. Es segadora, se

llama Muerte. Herbert resume: «Qué puedes hacer si no sabes quién es. Lo primero es averiguar quién es. Si hace falta, si hace falta, haremos saltar por los aires a toda la banda de canallas de Pums». Eva: «¿Y a Franz con ella?». «Digo que si hace falta lo haremos. Franz no era de la partida, no lo era realmente, eso lo ve hasta un ciego y se lo creería cualquier juez. Se puede probar: lo

tiraron del coche. Si no, no lo hubieran hecho». Herbert se estremece, qué perros. Apenas se puede imaginar. Eva: «Quizá a mí me diga quién fue».

Pero quien está echado como un tronco y no se puede sacar nada de él es Franz. Dejadlo estar, dejadlo estar. El brazo ha desaparecido, no volverá a crecer. Me tiraron del coche pero me dejaron la cabeza, tenemos que seguir adelante, tenemos que sacar el carro del atolladero. Pero primero hay que ser capaz de arrastrarse.

En esos días cálidos vuelve a la vida con rapidez asombrosa. Franz no se debe levantar aún, pero se levanta y no pasa nada. Herbert y Emil, que siempre andan bien de fondos, le dan todo lo que quiere y lo que el médico estima necesario. Y Franz quiere reponerse, come y bebe cuanto le ponen delante y no pregunta de dónde sacan el dinero.

Entretanto hay conversaciones entre él y los otros, pero nada de importancia, del asunto Pums no hablan nunca delante de él. Hablan de Tegel y mucho de Ida. Hablan de ella con cariño y

tristeza porque pasara con ella lo que pasó, era tan joven aún, pero Eva dice también que iba por muy mal camino. Las cosas son entre ellos como antes de Tegel, y ninguno sabe ni habla de que entretanto las casas han vacilado y los tejados querían desplomarse, y Franz cantó en el patio y juró, tan cierto como me llamo Franz Biberkopf: quiero ser honrado y todo lo de antes se acabó.

Franz permanece echado o se sienta tranquilo entre ellos. También vienen

toda clase de viejos amigos, y traen a sus chicas o mujeres. No se alude a nada, sino que hablan con Franz como si acabase de salir de Tegel y hubiese tenido un accidente. Pero cómo y dónde no lo preguntan los muchachos. Saben lo que es un accidente profesional, se lo pueden imaginar. Se mete uno en honduras y enseguida se tiene un cardenal en el brazo o se ha roto uno una pierna. Bueno, en cualquier caso es mejor que la sopa aguada de Sonnenburg o que reventar de

tuberculosis. Eso está claro.

Entretanto, también los de Pums se han olido dónde está Franz. Porque,

¿quién se llevó el baúl de Franz? Eso lo supieron enseguida, y los conocen también. Y antes de que Wischow se dé cuenta de nada, ya lo han averiguado, que Franz Biberkopf está en su casa,

que es un viejo amigo, y que sólo perdió un brazo en aquel asunto, menuda suerte tuvo, nada más, así pues, el muchacho está otra vez de pie y quién sabe, podría delatar a alguien. No faltó mucho para que cayeran sobre Reinhold, por ser tan imbécil y meterles en la banda a un tipo como ese Franz Biberkopf. Pero contra Reinhold no es tan fácil hacer algo, no lo era antes ni lo es tampoco ahora; ni siquiera el viejo Pums se atreve. El tipo lo mira a uno de una forma que le entra a uno miedo, ese rostro amarillo y las horribles arrugas de la frente. No anda bien de salud, no cumplirá los cincuenta, pero precisamente los que tienen algo son los más peligrosos. Ese es capaz de meterse la mano en el bolsillo sonriendo fríamente y disparar.

Sin embargo, el asunto de Franz y el que Franz haya quedado con vida sigue siendo peligroso. Sólo Reinhold mueve, la cabeza y dice que no hay que ponerse nerviosos. Se guardará muy bien de aparecer. Y si no le basta con un brazo, que aparezca. Por nosotros... Todavía puede perder la cabeza.

No tienen por qué tener miedo de Franz; Una vez, Eva y Emil juntos insistieron para que Franz les dijera qué había pasado y quién había sido, y que si él no podía solo contra quien fuera, ya le ayudarían algunos, para eso sobra gente en Berlín. Sin embargo, él se queda callado cuando le vienen con ésas, y hace un gesto: dejadlo estar. Se pone pálido, respira con fuerza, si es que no empieza a llorar otra vez: no tiene sentido hablar de ello, para qué,

el brazo no me va a crecer por eso, si pudiera me iría de Berlín, pero ¿qué puede hacer un lisiado? Eva: «No se trata de eso, Franz, tú no eres ningún lisiado, pero no se puede tolerar la forma en que te trataron, el que te tiraran del coche». «No por eso me va a crecer el brazo». «Pues entonces, que paguen». «¿Que paguen qué?».

Emil interviene: «O le abrimos el cráneo al que sea, o los de su sociedad, si

es que está en una, tendrán que pagarte todos a ti. Eso lo arreglamos con la sociedad. O los otros responden por él, o Pums y los de su sociedad lo echan, y ya verán dónde encuentran socios y qué bien les van las cosas. Ese brazo hay que pagarlo. Es el brazo derecho. Tienen que pagarte una pensión por él». Franz mueve la cabeza. «Por qué mueves la cabeza. A ése le partimos el cráneo, al que lo haya hecho, eso es un crimen y si no se le puede llevar ante un tribunal, tendremos que hacerlo nosotros». Eva: «Franz no estaba en ninguna sociedad, Emil. Ya has oído que precisamente no quiso participar y que por eso lo hicieron». «Estaba en su perfecto derecho, no tenía por qué. ¿Desde cuándo le pueden obligar a uno a hacer algo? No somos una tribu de salvajes. Que se vayan con los indios».

Franz mueve la cabeza: «Lo que habéis gastado conmigo lo recibiréis hasta el último pfennig». «No lo queremos, no nos hace

falta, no lo necesitamos. Pero la cosa hay que arreglarla, carajo. No puede quedar así».

Eva dice también decidida: «No, Franz, no va a quedar así, a ti te han destrozado los nervios, y por eso no puedes decir nada. Pero en nosotros puedes confiar: a nosotros no nos ha destrozado Pums los nervios. Tendrías que oír lo que dice Herbert: va a haber tal carnicería en Berlín que la gente se va a asombrar». Emil asiente: «Eso es seguro».

Franz Biberkopf mira sin ver y piensa: no es cosa mía eso que están diciendo. Y si lo hacen, tampoco será cosa mía. No por eso me va a crecer el brazo, y está bien que lo haya perdido. Tenía que perderlo, de nada vale ladrar ahora. Y esto no es lo último.

Y piensa en cómo ocurrió todo: Reinhold le cogió odio porque él no quiso llevarse a la chica, y por eso lo tiró del coche y él se encontró en la clínica de Magdeburgo. Y él quería ser honrado y esto es lo que le ha ocurrido. Y se estira en la cama y aprieta los puños sobre la manta: esto es lo que me ha pasado, esto. Ya veremos qué ocurre. Ya veremos.

Y Franz no revela quién lo tiró del coche. Sus amigos están tranquilos, un día lo dirá.

Franz no está k. o. y no consiguen dejarlo k. o.

La banda de Pums, que nada en oro, ha desaparecido de Berlín. Dos de ellos andan por los alrededores de Oranienburg, en una finquita suya, Pums se ha ido a Altheide, al balneario, por el asma, está engrasando la máquina. Reinhold sopla moderadamente, todos los días unos vasitos de aguardiente, el hombre disfruta, se acostumbra, hay que gozar un poco de la vida, y encuentra completamente tonto haber vivido tanto tiempo sin eso, sólo con café y limonada, lo que apenas era vivir. Este Reinhold tiene por ahí unos cuantos miles, cosa que no sabe nadie. Le gustaría hacer algo con ellos, pero no sabe qué. Desde luego, no una finquita como los otros. Se ha agenciado una hembra de lujo, que ha conocido tiempos mejores, y ha alquilado para ella un nido de superlujo en la Nürnberger Strasse, y allí puede refugiarse cuando quiere darse pote o cuando el aire anda quizá un poco cargado. De manera que todo va bien y sobre ruedas, tiene su casa de príncipe en el Oeste, y además, naturalmente, su antiguo cuchitril con su moza dentro, cada tantas semanas una distinta, sin líos no puede vivir el muchacho.

Y cuando a finales de mayo se encuentran en Berlín unos cuantos de la

banda de Pums, hablan también de Franz Biberkopf. Por su culpa, han oído, ha habido una reunión de la Sociedad. Ese Herbert Wischow solivianta a la gente contra nosotros, que somos unos cerdos, que Biberkopf no quería trabajar con nosotros de ningún modo, que lo intentamos por la fuerza y que, encima, lo tiramos después del coche. Pero nosotros hemos corrido la voz: quería chivarse, de obligarlo, nada, no lo tocó nadie, pero luego no tuvimos otro remedio. Están allí sentados moviendo la cabeza, nadie quiere tener jaleos con la Sociedad. De pronto se encuentra uno con las manos atadas y en plena calle. Y entonces opinan: hay que demostrar buena voluntad, hacer una colecta para Franz, que al fin y al cabo se ha portado decentemente, hay que cuidarse de que se reponga, y lo que haya costado el hospital. No dejarlo que ande por ahí mendigando.

Reinhold sigue insistiendo: al tipo hay que liquidarlo. Los otros no están en contra, en el fondo no, pero no es tan fácil encontrar alguien para eso y, al fin y al cabo, también se puede dejar que el pobre diablo ande por ahí con su brazo. Cuando se empieza algo con ése nunca se sabe cómo va a acabar, el tipo tiene una potra increíble. Bueno, reúnen dinero, unos cientos, sólo Reinhold no da un pfennig, y uno de ellos tiene que ir a ver a Biberkopf, pero cuando no esté Herbert Wischow.

Franz lee pacíficamente el papelucho matutino y luego el Grüne Post, que es

el que más le gusta porque no trae política. Estudia el número del 27 de noviembre del 27, ya ha llovido desde entonces, era antes de Navidades, en la época de la polaca Lina, ¿será de ella? En el periódico se casa el nuevo cuñado

del ex Káiser, 61 años tiene la princesa, el chico 27, a ella le debe de costar un montón de dinero, porque príncipe no va a ser[141]. Chalecos blindados a prueba de bala para funcionarios de policía, eso ya no se lo cree nadie[142].

Eva se está peleando fuera con alguien, con alguno, hombre, esa voz la conozco. No quiere dejarlo entrar, será mejor que eche una ojeada. Y Franz abre, con el Grüne Post en la mano. Es Schreiber, el que andaba con Pums.

Bueno, ¿qué pasa? Eva grita hacia la habitación: «Franz, sólo viene porque sabe que Herbert no está». «¿Qué quieres, Schreiber, me buscas, qué quieres?».

«Se lo he dicho a Eva, pero no me deja entrar. ¿Qué pasa, te tienen preso?».

«No, no me tienen preso». Eva: «Lo que pasa es que tenéis miedo de que se chive. No le dejes pasar, Franz». Franz: «Bueno, ¿qué quieres, Schreiber? Pasa; Eva, déjalo entrar».

Se sientan en la habitación de Franz. El Grüne Post está sobre la mesa, están casando al nuevo cuñado del ex Káiser, dos hombres sostienen por detrás la corona sobre su cabeza. Caza de leones, caza de conejos, en honor a la verdad.

«¿Por qué queréis darme dinero? Yo no os ayudé». «Hombre, estuviste de plantón». «No, Schreiber, no estuve de plantón, no sabía nada, me pusisteis allí, no sabía qué tenía que hacer». Qué contento estoy de estar fuera, nunca volveré a estar en aquel patio oscuro, sería capaz de pagarles por no estar allí. «No, eso son pamplinas, y tampoco hace falta que me tengáis miedo, en mi vida me he chivado de nadie». Eva amenaza con el puño a Schreiber: hay otros que se ocuparán. No sé cómo te has atrevido a aparecer por aquí. Herbert te diría un par de cosas.

De pronto ocurre algo horrible. Eva ve cómo Schreiber se mete la mano en el bolsillo. En efecto, quiere sacar el dinero y ganarse a Franzen con los billetes. Pero Eva interpreta mal el movimiento. Piensa que quiere sacar un revólver y liquidar a Franz para que no hable, que quiere acabar con Franz. Y se levanta de la silla, blanca como la pared, con el rostro horriblemente desencajado y chillando estridentemente, cae de rodillas, se pone de pie otra vez. Franz se sobresalta, Schreiber se sobresalta, qué pasa, qué le ocurre a ésta, diablos. Ella corre alrededor de la mesa hacia Franz, deprisa, qué puedo hacer, va a disparar, la muerte, es el final, todo

ha acabado, asesino, el mundo se acaba, no quiero morir, no quiero que me vuelen la cabeza, todo ha terminado.

Está de pie, corre, se cae, se pone delante de Franz, blanca, gritando,

temblando con todo el cuerpo: «Detrás del armario, asesino, socorro, socorro». Grita, con unos ojos como puños: «socorro».

Franz no sabe lo que pasa, sólo ve el movimiento, qué va a pasar... y entonces comprende: los dos hombres sienten un escalofrío en los huesos. Schreiber tiene la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Y Franz vacila. Es como cuando estaba en el patio vigilando, otra vez empieza. Pero no quiere, les digo que no quiere, no quiere que lo tiren bajo las ruedas de un coche. Gime. Se desprende de Eva. En el suelo queda el Grüne Post, el búlgaro[143] se casa con la princesa. Vamos a ver, primero tenemos que coger esa silla. Gime fuertemente. Como sólo mira a Schreiber y no a la silla, vuelca la silla. Tenemos que coger la silla y arremeter contra él. Tenemos que... en el coche hacia Magdeburgo, hacen sonar insistentemente la campanilla de la clínica, Eva sigue gritando, hombre, aún nos vamos a salvar, avanzamos, el aire es espeso, nos abrimos paso. Se inclina para coger la silla. Entonces Schreiber, espantado, se precipita por la puerta, están todos locos. En el pasillo se abren puertas.

En la taberna de abajo han oído los gritos y el estrépito. Dos hombres suben enseguida y se encuentran en la escalera a

Schreiber, que pasa corriendo por su lado. Él, sin embargo, tiene la cabeza bien puesta y grita gesticulando un médico enseguida, un ataque. Y se larga, el muy zorro.

Arriba en la habitación está Franz sin conocimiento, junto a una silla. Eva está acurrucada a un lado, entre ventana y armario, gritando como si hubiera visto un fantasma. Dejan a Franz con cuidado en la cama. La patrona sabe ya cómo se las gasta Eva. Le echa agua por la cabeza. Entonces Eva dice en voz baja: «Un panecillo». Los hombres se ríen: «Dice que quiere un panecillo». La patrona la levanta por los hombros, la ponen en una silla: «Siempre dice eso cuando le da. Pero no es un ataque. Sólo son los nervios y toda esa lata del enfermo. Seguro que se le ha caído al suelo. No sé por qué se levanta. Siempre se empeña en levantarse y eso la pone nerviosa». «Entonces, ¿por qué gritó el otro: un ataque?». «¿Quién?». «Pues el que acaba de cruzarse con nosotros en la escalera». «Porque es un imbécil. Si conoceré yo a Eva, son ya cinco años. Su madre es igual. Cuando se pone a gritar, lo único que sirve de algo es el agua».

Cuando Herbert vuelve a casa por la tarde, le da a Eva un revólver, por si

acaso, y nada de esperar a que el otro dispare, porque entonces será demasiado tarde. El mismo se pone enseguida en movimiento, y busca a Schreiber, que

naturalmente no aparece. Toda la gente de Pums se ha ido de vacaciones, ninguno quiere mezclarse en el asunto. Schreiber también, naturalmente, y sin dejar rastro. Se ha guardado el dinero para Franzen y está en Oranienburg, en su finquita. Encima le engaña a Reinhold: Biberkopf no ha querido coger el dinero, pero Eva se ha dejado convencer, le ha dado el dinero y ella lo arreglará. O sea que.

A pesar de todo, el mes de junio ha llegado a Berlín. El tiempo sigue siendo cálido y lluvioso. En el mundo pasan muchas cosas. El dirigible Italia, con el general Nobile, se ha estrellado y telegrafía dónde se encuentra, a saber, al nordeste de Spitzberg, lugar de difícil acceso[144]. Otro aeroplano ha tenido más suerte, ha ido de un tirón desde San Francisco hasta Australia en 77 horas y ha aterrizado felizmente[145]. Luego el Rey de España discute con su dictador Primo de Rivera, bueno, esperemos que la cosa se arregle[146]. Agradable impresión, y desde el primer momento, un compromiso matrimonial sueco-badense: una princesa del país de las cerillas se ha inflamado por un príncipe de Baden[147]. Si se tiene en cuenta lo lejos que están

Baden y Suecia, uno se maravilla de que eso pueda ocurrir de sopetón a tanta distancia. Las mujeres son mi punto flaco[148], siempre han sido mi debilidad, beso a una, a la segunda ataco, y miro a otra con voracidad. Las mujeres son mi punto flaco, no sé como lo podré evitar, y si acaba por romperse el saco, que no me vengan a reclamar.

Y Charlie Amberg añade: Me arrancaré una pestaña para pincharte en un ojo. Y con el lápiz de labios te pintaré de rojo. Y si sigues enfadado, sólo quedará el remate: encargaré un huevo frito y te echaré tomate. Tú tú tú, encargaré un huevo frito y te echaré tomate[149].

Así pues, sigue haciendo cálido y lluvioso; al mediodía, hasta 22 grados

Celsius. Y, con ese tiempo, comparece en Berlín ante los tribunales Rutowski[150], el asesino de muchachas, para demostrar su inocencia. Entonces se plantea la pregunta: ¿es la difunta Else Amdt la esposa huida de un inspector de segunda enseñanza? Porque, epistolamente, él considera posible, y hasta quizá deseable, que la asesinada Else Amdt sea su cónyuge. En caso aseverativo, haría ante el tribunal una importante declaración. Flota en el aire la objetividad, flota en el aire la objetividad[151], flota en el aire y flota en el aire, en el aire...

Flota en el aire una cosa ignota, flota en el aire una cosa idiota, flota en el aire, flota en el aire, y no hay forma de que deje de flotar en el aire.

Al lunes siguiente, sin embargo, se inaugura el tren eléctrico de circunvalación. La Dirección Nacional de Ferrocarriles aprovecha la ocasión para renovar los Peligro, Atención, Aviso, Se prohíbe subir, No se aglomeren. Será severamente sancionado quien.

Levántate, espíritu y ponte en pie[152]

Hay desvanecimientos que no son otra cosa que la muerte en un cuerpo vivo. En su desvanecimiento, Franz Biberkopf es llevado otra vez a la cama, permanece echado, echado durante los días calurosos y llega a esta conclusión: estoy próximo a morir, lo siento, voy a reventar de verdad. Si no haces algo ahora, Franz, algo auténtico, definitivo, enérgico, si no coges una estaca, un sable, y das golpes a tu alrededor, si no te vas de aquí, como sea,

Franz, Franzeken, Biberköpfchen, viejo trasto, ¡estarás acabado, sin remedio! Ya puedes llamar a la funeraria Grieneisen para que te tome medidas.

Su gemido: no quiero y no quiero y no la diñaré. Mira la habitación, el reloj de pared tictaquea, todavía estoy aquí, todavía estoy aquí, quieren arremeter contra mí, Schreiber casi me disparó, pero eso no va a ocurrir. Franz levanta el único brazo que le queda: eso no va a ocurrir.

Y un verdadero miedo lo acosa. No se queda en cama. Aunque reviente en la calle, tiene que levantarse de la cama, tiene que salir. Herbert Wischow se ha ido a Zoppot con la morena Eva. Ella tiene un galán acaudalado de cosecha antigua, un jugador de Bolsa a quien explota. Herbert Wischow está con ella de incógnito, la chica trabaja bien, se ven a diario, marchar unidos y dormir separados. Con el hermoso tiempo estival, marcha otra vez Franz Biberkopf por la calle, otra vez completamente solo, el solitario Franz Biberkopf, va inseguro, pero va. La serpiente cobra, mirad, se arrastra, corre, está herida. Es todavía la vieja serpiente cobra, aunque con ojeras, y el gordo animal se ha quedado flaco y demacrado.

Hay algo que nuestro viejo amigo que se arrastra ahora por las calles, para no

reventar en la habitación, algo que nuestro viejo amigo que huye de la muerte ve

más claro que antes. La vida le ha servido de algo. Ahora ventea el aire, olisquea las calles para saber si le pertenecen aún, si lo quieren aceptar. Contempla las columnas de anuncios como si fueran un acontecimiento. Sí, muchacho, ahora no puedes ir muy lejos sobre dos piernas, ahora te aferras, te sujetas bien, ahora utilizas todos tus dientes y garras y te sujetas con fuerza para no salir despedido.

Cosa infernal la vida, ¿no? Ya te diste cuenta entonces, en la taberna de Henschke, cuando querían echarte con tu brazal y el tipo aquel te atacó sin qué hubieras hecho nada. Y yo que pensaba que el mundo era pacífico, que había un orden en él, pero hay algo que no está sujeto al orden, los de enfrente tienen un aspecto tan horrible. Fue un instante de clarividencia.

Y ahora ven, tú, ven, porque quiero enseñarte algo. La gran ramera, Babilonia la ramera[153], sentada junto al agua. Y verás a una mujer sentada sobre una bestia escarlata. Está llena de nombres de blasfemias y tiene siete cabezas y diez cuernos. Va vestida de púrpura y escarlata y adornada con oro y piedras preciosas y perlas, y tiene un cáliz de oro en las manos. Y en su frente está escrito un nombre, un misterio: la gran Babilonia, la madre de todas las abominaciones de la Tierra. Esa mujer ha

bebido de la sangre de todos los mártires. Esa mujer está ebria de la sangre de los mártires.

Franz Biberkopf, sin embargo, recorre las calles, trota con su frote y no cede, y no quiere más que recuperar de una vez sus fuerzas, el vigor de sus músculos. Hace un cálido tiempo de verano y Franz va de taberna en taberna.

Huye del calor. En la taberna desfilan ante él grandes vasos de cerveza.

El primer vaso dice: vengo de la bodega, del lúpulo y de la malta. Ahora estoy fría, ¿qué sabor tengo? Franz dice: amargo, bueno y frío.

Sí, te refresco, refresco a los hombres, luego les doy calor, y luego los libro

de pensamientos superfluos.

¿Pensamientos superfluos?

Sí, la mayoría de los pensamientos son superfluos. ¿O no? —Claro. Puede que tengas razón.

Un vasito de aguardiente amarillo claro, delante de Franz. ¿De dónde te han sacado a ti? —Me han destilado, hombre. —Pero tú muerdes, oye, tienes garras.

—Bueno, para eso soy aguardiente. ¿Hacía tiempo que no lo veías? —Sí, casi

me muero, tú, aguardientillo, casi me muero. Un viaje sin billete de vuelta. — Tienes aspecto de eso. —Aspecto de eso, no digas tonterías. Vamos a probarte otra vez, ven. Ay, qué bueno estás, tienes fuego, fuego tienes, muchacho. —El aguardiente le baja por la garganta: vaya un fuego.

El humo del fuego asciende por Franz y le reseca el gástrico, tiene que tomarse otra cerveza: Eres el segundo vaso, ya me he tomado uno, ¿qué me dices tú? —Oye gordo, primero pruébame y luego habla. —Ya.

Entonces el vaso dice: Ten cuidado, si te tomas otras dos cervezas y luego un kummel y luego un grog te vas a hinchar como los guisantes. —¿Ah, sí? —Sí, te pondrás otra vez gordo, qué aspecto tienes, hombre ¿Cómo puedes andar así por ahí? Otro trago.

Y Franz se sacude el tercero: Ya estoy tragando. Las cosas por su orden.

Le pregunta a la cuarta cerveza: ¿Y tú qué me cuentas, guapa? — Pero ella sólo ronronea deliciosamente. Franz se la mete entre

pecho y espalda: Me lo creo. Me creo todo lo que me dices, guapa.
Eres mi ovejita, vamos a pastar al prado.

La tercera conquista de Berlín

Así llegó Franz Biberkopf a Berlín por tercera vez. La primera vez amenazaban desplomarse los tejados, vinieron los judíos y se salvó. La segunda vez lo engañó Lüders y salió del paso emborrachándose. Ahora, la tercera, tiene un brazo de menos, pero se aventura intrépidamente en la ciudad. El hombre tiene valor, dos o tres veces el normal.

Herbert y Eva le han dejado un buen calceñín, que custodia el tabernero de

abajo. Pero Franz sólo se lleva unos pfennig y además decide: no voy a tocar ese dinero, tengo que independizarme. Va a la «Beneficencia» y pide un subsidio.

«Primero tenemos que informarnos». «¿Y qué hago yo entretanto?». «Vuelva dentro de unos días». «Dentro de unos días puedo haberme muerto de hambre».

«Nadie se muere de hambre tan pronto en Berlín, eso es lo que dicen todos. Además, no damos dinero, sólo bonos, y el alquiler lo pagamos nosotros, ¿está bien esa dirección?».

Franz vuelve a la calle desde la «Beneficencia» y, cuando llega abajo, se le

caen las escamas de los ojos: informarse, oye, informarse, quizá se informen también sobre mi brazo y sobre cómo pasó. Está delante de un estanco, cavilando: preguntarán qué pasó con mi brazo, quién pagó y dónde estuve hospitalizado. Eso preguntarán. Y además, dónde he vivido los últimos meses. Ya verás.

Cavila mientras sigue andando, ¿qué se puede hacer? A quién podría preguntarle qué puedo hacer ahora, y de su dinero no quiero vivir.

Durante dos días busca a Meck entre la Alex y la Rosenthaler Platz, con él podría hablar; y la segunda tarde lo encuentra en la Rosenthaler Platz. Se miran. Franz quiere estrecharle la mano — cómo se saludaron después de la historia de Lüders, qué alegría, y ahora—, Meck se la da titubeando, y sin apretar. Franz quiere empezar a estrechársela con la izquierda y entonces el pequeño Meck pone una cara muy seria; ¿pero qué le pasa a éste, qué le he

hecho yo? Y suben por la Münzstrasse, andando y andando, y vuelven por Rosenthaler Strasse, y Franz sigue esperando que Meck le pregunte por el brazo. Pero ni siquiera pregunta, no mira de frente. Quizá le parezca demasiado sucio. Entonces Franz empieza a hablar alegremente y pregunta por Cilly, que qué hace.

Ah, le va bien, por qué no le iba a ir bien, y Meck se extiende hablando de ella. Franz se esfuerza por reírse. Y el otro sigue sin preguntarle por el brazo, y entonces se hace de pronto la luz en Franz y le pregunta: «¿Sigues yendo a la tasca de la Prenzlauer?». Meck dice desdeñosamente: «Sí, a veces». Entonces Franz comprende y camina despacio, quedándose retasado con respecto a Meck: a éste le ha contado algo Pums de mí, o Reinhold o Schreiber, y cree también que soy un ladrón. Y si quisiera hablar ahora, tendría que contárselo todo, pero puede esperar sentado porque no se lo voy a contar.

Y Franz hace un esfuerzo y se planta delante de Meck: «Bueno, Gottlieb,

vamos a despedimos, tengo que ir a casa, los lisiados tenemos que irnos temprano a la piltra». Meck lo mira por primera vez a la cara, se quita la pipa de la boca, y va a preguntarle algo, pero Franz hace un gesto evasivo, no hay nada que preguntar, y ya le ha dado la mano y se ha ido. Y Meck se rasca la cabeza y piensa, a éste hay que decirle un par de cosas, y se siente descontento de sí mismo.

Franz Biberkopf atraviesa la Rosenthaler Platz, se alegra y se dice: qué me importan esas pamplinas, tengo que ganar dinero, qué me importa Meck, tengo que conseguir dinero.

Hubierais tenido que ver a Franz Biberkopf cuando se lanzó a la caza de cuartos. Había en él algo nuevo, rabioso. Eva y Herbert habían puesto su casa a su disposición, pero Franz quería tener su propio agujero, para salir adelante. Llega el maldito momento en que Franz tiene ya su agujero y la patrona le pone sobre la mesa la hoja de inscripción de la policía. Y ahí está nuestro Franz, cavilando de nuevo: escribo ahí que me llamo Biberkopf e inmediatamente mirarán en sus cajones y luego telefonarán a la Jefatura y entonces lo que pasará, venga usted aquí, y por qué no se ha dejado ver, y qué pasó con su brazo, dónde estuvo usted hospitalizado, quién pagó, y nada de eso que dice es cierto.

Y rabia sobre la mesa: asistencia, necesito asistencia y beneficencia. Pues no las quiero, eso no es para un hombre libre; y, mientras sigue cavilando y rabiando, escribe un nombre en la hoja de inscripción, primero Franz, y tiene ante los ojos la comisaría y la asistencia de la Grünerstrasse, y el coche del que lo lanzaron. Se palpa a través de la chaqueta el muñón del hombro, me preguntarán por el brazo, que pregunten, no me importa, maldita sea, lo voy a hacer.

Y, como si escribiera con un palo, traza las gruesas letras sobre el papel; nunca he sido un cobarde y, en lo que se refiere a mi nombre, no dejo que nadie me lo quite, así me llamo, así nací y así seguiré: Franz Biberkopf. Una letra gruesa tras otra, la prisión de Tegel, la alameda, los árboles negros, los reclusos están ahí, encolando, barnizando, tejiendo. La mojo otra vez, el punto sobre la i. No tengo miedo a los guardias ni a los polis de chapa de hojalata. O soy un hombre libre o no soy hombre.

Es segadora, se llama Muerte.

Franz le da la hoja de inscripción a la patrona, bueno, eso está arreglado y listo. Listo. Y ahora subámonos los pantalones, estiremos las piernas y marchemos sobre Berlín.

El hábito hace al monje y un hombre nuevo tiene también ojos nuevos

En la Brunnenstrasse, donde están construyendo el metro, ha caído un caballo en

la excavación. La gente lleva ya media hora mirando, llegan los bomberos con un coche. Colocan una cincha en tomo al vientre del caballo. Debajo no hay más que conducciones y tubos de gas, quién sabe si no se habrá partido una pata, tiembla y relincha, desde arriba sólo se le ve la cabeza. Lo suben con un tomo, el animal cocea violentamente.

Franz Biberkopf y Meck están allí. Franz salta a la zanja junto al bombero, ayuda a empujar al caballo hacia delante. Meck y todos se asombran de lo que es capaz de hacer Franz con un brazo. Dan palmadas al sudoroso animal, al que no le ha pasado nada.

«Franz, no se puede negar que eres valiente, y ¿de dónde sacas tanta fuerza con un solo brazo?». «Porque tengo músculos; cuando quiero hacer una cosa, la hago». Bajan por la Brunnenstrasse; acaban de encontrarse, por primera vez desde entonces. Y Meck se ha arrimado a Franz. «Sí, Gottlieb, eso es de comer y beber bien. ¿Y quieres que te diga lo que hago además?». Con este Meck voy a acabar de una vez, para que me vuelva con bobadas.

Amigos así no los quiero. «Pues escucha, ahora tengo un buen trabajo. Estoy en un circo en el parque de atracciones de la Elbingerstrasse y anuncio ponis para montar, señoras y caballeros, cincuenta pfennig la vuelta, y detrás, en la Romintenerstrasse, soy el hombre más fuerte del mundo con un solo brazo, pero sólo desde ayer; puedes boxear conmigo». «Hombre, boxear con un brazo».

«Ven y verás. Cuando no puedo cubrirme por arriba, utilizo el juego de piernas». Franz le está tomando el pelo a placer, Meck no sale de su asombro.

Reanudan su trote por la Alex, atravesando en parte la Gipsstrasse, donde Franz lo lleva al Alten Bauhaus: «Lo han renovado, ahí puedes encontrarme bailando o en el bar». Meck no sabe qué pensar: «Pero qué te pasa, oye». «Pues eso, que empiezo a ser como antes. Y por qué no. Tienes algo que objetar. Vamos adentro; y verás cómo bailo con un brazo». «Nonó, prefiero la Münzhof». «También; así no nos van a dejar entrar, pero ven un jueves o un sábado. Qué, te crees que soy un eunuco porque me hayan dado un tiro en el brazo». «¿Cómo que un tiro?». «Me metí en un tiroteo con los polis. Fue por un nada, ahí detrás, en la Bülowplatz, unos que querían mangar algo, unos tipos decentes, pero no tenían de qué, ni de dónde sacarlo. Como te digo, voy por la, calle, veo lo que está pasando y en la esquina misma dos tipos sospechosos con la brocha de afeitar en el sombrero. Para qué te voy a decir: entro en la casa y se lo soplo al muchacho que está al queo, pero ellos no se quieren ir, no se van a ir

por dos polis. Oye, qué tíos, primero tenían que arramblar con la mercancía. Y entonces te llegan los polis y se ponen a husmear la casa. Alguien debe de haber notado algo en la casa, pieles, cosas para mujeres cuando escasea el carbón. Entonces nos ponemos

al acecho y cuando los polis quieren entrar, para qué te voy a decir, no pueden abrir la puerta. Los otros, naturalmente, se largan por atrás. Y entonces, cuando los polis están probando con el cerrajero, disparo yo por el ojo de la cerradura. ¿Qué te parece, Meck?». «¿Dónde fue eso?». Casi no puede hablar. «Ahí en Berlín, en la esquina, en la Kaiserallee». «Déjate de tonterías». «Bueno, pues disparé a ciegas. Ellos en cambio no, a través de la puerta. Pero no me cogieron. Para cuando abrieron la puerta, ya había puesto yo los pies en polvorosa. Sólo el brazo. Ya ves». El mequetrefe de Meck: «¿El qué?». Franz, magnánimo, dándole la mano: «Bueno, adiós, Meck. Y si me necesitas, vivo en... ya te lo diré. Y que tengas suerte en los negocios».

Se va por la Weinmeisterstrasse. Meck, muy quebrantado: o me está tomando el pelo... o tengo que preguntarle a Pums. A mí me contaron una historia muy distinta.

Y Franz vuelve andando por las calles hasta la Alex.

Qué aspecto tenía el escudo de Aquiles, cómo iba él armado y engalanado al entrar en combate, no puedo describirlo con exactitud, sólo guardo un recuerdo vago de sus guarda-brazos y guardapiemas.

Pero el aspecto que tiene Franz, que ahora se lanza a un nuevo combate, tengo que describirlo. Así pues, Franz Biberkopf lleva sus viejas cosas polvorientas y manchadas de estiércol de

caballo, una gorra de marino con un anda torcida, chaqueta y pantalones de mal paño, pardo y desgastado.

Primero a la Münzhof y luego, al cabo de diez minutos y con una cerveza dentro, con alguien que otro ha dejado plantada, de bastante buen ver aún, paseando con ella, porque dentro está el aire tan cargado y fuera hace un tiempo tan agradable, aunque algo húmedo, por la Weinmeisterstrasse y la Rosenthalerstrasse.

Y a Franz se le revuelve el corazón, ¡ve tanta trampa y engaño, por dondequiera que va! Hombre nuevo, ojos nuevos. ¡Como si tuviera ojos por primera vez! ¡La chica y él se parten de risa por todo lo que ven! Son las seis, un poco más, está lloviendo, diluviando. Gracias a Dios, la chiquita tiene paraguas.

Un tascucio, miran por la ventana.

«Ahí está el tasquero sirviendo cerveza. Fíjate cómo la echa. Has visto, Emmi, has visto: de espuma hasta ahí».

«Bueno, ¿y qué?». «¿De espuma hasta ahí? ¡Pues que es una estafa! ¡Una estafa! ¡Una estafa! Y tiene razón, es un tío listo. Yo me alegro».

«¡Oye, no! ¡Ese es un ladrón!». «¡Un tío listo es lo que es!». Una tienda de juguetes:

«Carajo, Emmi, sabes, cuando estoy aquí y veo todas esas cositas, mira, entonces ya no puedo decir que me alegro.

Qué porquería, y esos huevos pintados, tú, de pequeños teníamos que pegarlos con mi madre. No te voy a decir lo que nos pagaban por ellos». «Pues ya ves». «Son unos cerdos. Lo mejor sería romperles el escaparate. Es un robo. Explotar a los pobres es una canallada».

Abrigos de señora. Él quiere pasar de largo, ella echa el freno.

«Pues, si

quieres saberlo, de eso te podría decir también muchas cosas. Coser abrigos de señora. Tú. Para las señoras elegantes. ¿Qué crees que te dan por una cosa así?».

«Vamos, chica, no quiero saberlo. Si tú les dejas». «Bueno, bueno, un momento, y qué puedes hacer».

«Sería un burro si dejara que me pagaran unos pfennig; un abrigo de seda lo querría llevar yo, eso te lo aseguro». «Pues asegúralo».

«Y de eso me ocuparía también, de llevar abrigo de seda. Si no, sería un burro y tendría razón quien me diera los cuatro cuartos».

«Eso es hablar por hablar». «¿Porque llevo estos pantalones tan sucios? Sabes, Emmi, es por un caballo que se cayó en una zanja del metro. No, yo no me conformo con cuatro cuartos, me hacen falta mil marcos al menos». «¿Y los consigues?».

La chica lo mira expectante. «No los tengo, es una forma de hablar, pero... los conseguiré, y no serán cuatro cuartos». Ella se cuelga fuertemente de su brazo, admirada y feliz.

Planchado rápido americano, un escaparate abierto, dos planchas humeantes,

en segundo plano, varios hombres no tan americanos, sentados y fumando; en primer término, en mangas de camisa, un joven sastre moreno. Franz pasea la mirada por allí. Está encantado: «Emmi, mi pequeña Emmi, qué bonito haberte encontrado hoy». Ella no entiende todavía a aquel hombre, pero se siente poderosamente halagada; que rabie el otro, el que la ha dejado plantada. «Emmi, preciosa, fíjate en esa tienda». «Bueno, no debe de ganar mucho planchando».

«¿Quién?». «El morenillo». «No, ése no, pero los otros». «¿Esos de ahí? Eso no

lo sabes. Yo no los conozco». Franz está encantado: «Tampoco yo los he visto en mi vida, pero los conozco. Míralos. Y al propietario; por delante plancha, por detrás... hace otras cosas». «¿Es una casa de citas?». «Puede que también; no, son todos bandidos. ¿De quién son esos trajes, los que cuelgan ahí? Quisiera ser un poli con chapa de hojalata para preguntárselo, y entonces verías cómo salían arreando». «¡Qué!». «Cosas robadas, ¡sólo que puestas ahí! ¡Menudos puntos, oye! ¡Cómo echan humo! No se complican la vida».

Siguen paseando. «Habría que hacer lo mismo, Emmi, igual que ellos. Esa es la única verdad. Lo que no hay que hacer es trabajar.

Quítate de la cabeza el trabajo. Trabajando se sacan callos en las manos, pero dinero no. Todo lo más, un agujero en la cabeza. Trabajando no se ha hecho nadie rico, te lo digo yo. Sólo estafando. Ya lo ves».

«¿Y tú qué haces?». Está llena de esperanzas. «Vamos, Emmi; te lo voy a decir». Están otra vez en medio del gentío de la Rosenthalerstrasse, entran en la Münzstrasse por la Sophienstrasse. Franz camina. Las trompetas tocan una marcha a su lado. Hoy se ha dado la batalla, la batalla en campo abierto, ratatá, ratatá, ratatá, la ciudad hemos tomado y el dinero arrebatado, robado, ratatatá, tatatá, tatá.

Se ríen los dos. La chica que Franz se ha pescado es alguien. Sólo se llama Emmi, pero tiene ya el reformatorio y un divorcio a sus espaldas. Los dos están de excelente humor. Emmi pregunta: «¿Qué has hecho del otro brazo?». «Está en casa con mi novia, ella no quería dejarme salir y he tenido que dejarle el brazo en prenda». «Espero que tu brazo sea tan alegre como tú». «Claro que sí. No té he contado aún: tengo un negocio con el brazo, lo tengo sobre una mesa, jurando todo el día: sólo come quien trabaja. Quien no trabaja, que pase hambre. Eso jura mi brazo el día entero, entrada un groschen, y los proletarios entran y se divierten». Ella se sujeta el estómago, él se ríe también: «Que me vas a arrancar el otro, tú».

Un hombre nuevo tiene también una cabeza nueva

Rueda por la ciudad un extraño carrito: sobre el bastidor del vehículo hay un tullido, que mueve unas palancas con los brazos para propulsarse. El cochecillo

lleva un montón de banderitas de colores y recorre la Schönhäuser Allee, parándose en todas las esquinas, la gente se reúne a su alrededor y entonces el ayudante vende postales a diez pfennig:

«¡Globe-trotter! Johann Kirbach, nacido el 20 de febrero de 1874 en Múnich- Gladbach, sano y activo hasta el estallido de la Guerra Mundial, una parálisis del lado derecho vino a poner término a mis laboriosos esfuerzos. Sin embargo, me repuse lo suficiente como para poder andar solo durante horas, a fin de desempeñar mi profesión. De esa forma mi familia se vio a salvo de la más negra miseria. En noviembre de 1924, toda la población del Rin celebró la liberación del ferrocarril del Estado de la opresiva ocupación belga. Muchos compadres alemanes cogieron una buena merluza de alegría, lo que para mí resultó una fatalidad. Porque ese día volvía a casa cuando, a 300 metros apenas de mi vivienda, fui atropellado por un grupo de hombres que salía de un establecimiento. Y con tan mala fortuna, que quedé lisiado para

el resto de mi vida y sin poder andar. No disfruto de pensión ni de ninguna otra ayuda. Johann Kirbach»[154].

En el local donde anda esos hermosos días acechando Franz Biberkopf,

porque busca una oportunidad, una nueva y segura capaz de sacarlo adelante, un jovenzuelo ha visto el coche con el tullido de la estación de la Danziger Strasse. Y ahora empieza en el local un alboroto al respecto y sobre lo que han hecho con su padre, que recibió un tiro en el pecho y apenas puede respirar, pero de repente dicen que es sólo nervioso, y le han rebajado la pensión y pronto no le darán ninguna.

El parloteo lo escucha un chico joven con una gran gorra de jockey, que se sienta en el mismo banco que el otro pero sin cerveza delante. El chico tiene una mandíbula inferior de boxeador. Hace: «¡Puah! Los lisiados... a éstos no deberían darles ni un céntimo». «Eso es lo que tú te crees. Primero se los llevan a la guerra y luego no les pagan». «Como debe ser, hombre. Si haces una tontería en cualquier otro lado, tampoco te pagan. Cuando un chaval se cuelga de un coche y se cae y se parte una pierna, no le dan un pfennig. Por qué: porque ya es bastante idiota». «Cómo fue la guerra, tú, eso no lo has vivido; estabas todavía en pañales». «Bobadas, bobadas, lo estúpido en Alemania es que pagan subsidios. Andan por ahí a millares, no hacen nada, y encima reciben dinero».

Otros de la mesa se mezclan: «Bueno, tente derecho, Willi. ¿Y en qué

trabajas tú?». «En nada. Tampoco yo hago nada. Y si me siguen pagando seguiré sin hacer nada. Pero no dejará de ser una estupidez que me paguen». Los otros se ríen: «Es un voceras».

Franz Biberkopf se sienta a la misma mesa. El muchacho de enfrente, el de la gorra de jockey, mete las manos en los bolsillos con insolencia y mira cómo está sentado él con su único brazo. Una chica abraza a Franz: «Tú, tampoco tú tienes más que un brazo. Oye, ¿qué te dan de pensión?». «¿Y quién quiere saberlo?».

«Ese de ahí. Le interesa». «No, eso no me interesa nada. Lo único que yo digo es que quien fue tan idiota como para ir a la guerra... bueno, basta». La chica a Franz. «Te tiene miedo». «A mí no. A mí no tiene que tenerme miedo nadie. También yo lo digo, no digo otra cosa. ¿Sabes dónde está mi brazo, este de aquí, el que me falta? Lo he puesto en alcohol y ahora lo tengo en casa en el armario y me dice todo el día: Hola Franz. ¡Eres un cabestro!».

Jajá. Esa sí que es buena, menudo número. Un hombre de edad ha quitado su papel de periódico a unas gruesas rebanadas de pan, las corta con su navaja y se va metiendo los pedazos en la boca: «Yo no estuve en la guerra, me tuvieron todo el tiempo en Siberia. Bueno, y ahora estoy en casa con mi vieja y tengo

reumaahimismo. Si vinieran ahora y quisieran quitarme el dinero del subsidio,

¿es que estáis locos?». El muchacho: «¿Y de qué tienes reumatismo? De vender en la calle, ¿no? Pues si tienes los huesos mal, no vendas en la calle». «Entonces me haré chulo». El muchacho da un puñetazo en la mesa ante el papel de las rebanadas: «Sí señor. Eso sí que está bien. Y no es broma. Tendrías que ver a la mujer de mi hermano, mi cuñada, son gente bien, los puedes comparar con cualquiera, ¿crees que se molestaron en que les pagaran esa mierda, el subsidio? El se fue a buscar trabajo y ella no sabía qué hacer con los cuatro pfennig y dos mocosos en casa. No podía ponerse a trabajar. Entonces conoció a uno, y luego, a lo mejor, conoció a otro. Hasta que él notó algo, mi hermano. Entonces me llamó y me dijo que fuera para oír lo que tenía que arreglar con su señora. Pero le salió el tiro por la culata. Menudo escándalo le organizó ella. Se fue con el rabo entre piernas. Ella le echó un discurso sobre su dinero de mierda que se quedó temblando, sí, mi hermano, su señor esposo. Y que no volviera a casa».

«¿Y no ha vuelto?». «Ya querría. No, ella no quiere nada con semejante idiota,

que se dedica a cobrar el subsidio y encima se atreve a hablar cuando ella gana dinero».

Casi todos son de la misma opinión. Franz Biberkopf se sienta junto al muchacho, al que llaman Willi, y brinda con él: «Sabes, sólo sois diez o doce años más jóvenes que nosotros, pero sois cien años más listos. Hijos, no me hubiera atrevido yo a hablar así cuando tenía veinte años. Qué carajo, los prusianos decían: las manos en la costura del pantalón». «Y nosotros también. Sólo que en el nuestro». Risas.

El local se ha llenado; el camarero abre una puerta, la pequeña habitación de atrás está vacía. Toda la mesa se traslada allí, bajo la luz de gas. Hace mucho calor, la habitación está llena de moscas, hay un saco de paja en el suelo, lo levantan hasta el borde de la ventana, para que se airee. La conversación sigue. Willi se sienta en medio y no cede.

Entonces el jovenzuelo que antes había quedado en mal lugar descubre en la

muñeca de Willi un reloj de pulsera y no sale de su asombro al ver que es de oro:

«Ése lo habrás comprado barato». «Tres marcos». «Lo habrá robado alguien».

«Eso es cosa mía. ¿Quieres uno también?». «No. Gracias. Para que coja alguien y me diga: ¿de dónde ha sacado ese reloj?». Willi sonríe a su alrededor. «Éste se asusta de un pequeño robo».

«Bueno, oye». Willi pone el brazo en la mesa:

«Este tiene algo en contra de mi reloj. Para mí es un reloj que anda y que es de oro». «Sí, por tres marcos». «Entonces te voy a enseñar otra cosa. Dame ese jarro. Dime, ¿qué es esto?». «Un jarro». «Exacto, un jarro para beber». «De eso no hay duda». «¿Y esto?». «El reloj. Oye, quieres hacerte el tonto». «Un reloj. No es una bota ni un canario flauta, pero si quieres lo puedes llamar también bota, puedes hacer lo que quieras, depende sólo de ti». «No entiendo. ¿Adónde quieres ir a parar?». Sin embargo, Willi parece saber lo que quiere, aparta el brazo, agarra a una chica y le dice: «A ver, anda un poco». «¿Qué? ¿Para qué?».

«Anda a lo largo de la pared». Ella no quiere. Los otros le gritan: «Anda, mujer, no te hagas de rogar».

Entonces ella se levanta, mira a Willi, camina junto a la pared. «¡Oye tú, moreno!».

«Anda», grita Willi. Ella le saca la lengua y anda moviendo el trasero. Se ríen. «Ahora ven aquí. Bueno: ¿qué ha hecho?».

«¡Te ha sacado la lengua!».

«¿Y qué más?».

«Ha andado». «Muy bien. Ha andado». La chica se mete: «Qué va. He bailado». El de edad, delante de sus rebanadas: «Eso no era bailar. Desde cuándo es bailar menear el trasero». La chica: «Si lo meneas tú, no». Dos gritan:

«La chica ha andado». Willi se ríe triunfante escuchándolos: «Bueno, pues yo

digo que ha desfilado». El jovencuelo, molesto: «Bueno, ¿y qué pasa?».

«No pasa nada. Ya lo ves, andar, bailar, desfilan, lo que tú quieras. Todavía no lo entiendes. Tendré que dártelo mascado. Esto de aquí es un jarro, pero también puedes llamarlo lapo, y quizá todos tengamos que llamarlo lapo, pero se seguirá bebiendo de él. Y si ésa ha desfilado, es que ha desfilado, o andado, o bailado; pero lo que ha hecho lo has visto tú. Con tus ojos. Y era lo que tú has visto. Y si alguien se lleva un reloj, eso no quiere decir, ni mucho menos, que lo haya robado. Ves, ahora me entiendes. Se lo ha llevado de un bolsillo, o de un escaparate, o de una tienda, pero ¿robado? ¿Quién lo dice?». Willi se echa hacia atrás, otra vez con las manos en los bolsillos del pantalón: «Yo, desde luego, no». «¿Y qué es lo que dices tú?». «Ya lo has oído. Yo digo llevado. Ha cambiado de dueño». Perplejidad. Willi saca su barbilla de boxeador pero no dice nada. Los otros reflexionan. Algo inquietante ha ocurrido en la mesa.

Willi ataca de pronto a Franzen, el manco, con su voz aguda. «Tú tuviste que ir con los prusianos, estuviste en la guerra. Para mí eso es robar la libertad. Pero tenían con ellos a la justicia y la policía, y como las tenían te cerraron la boca, y ahora eso, para los cabestros como tú, no se llama robar la libertad, sino servicio obligatorio. Y tienes que hacerlo, lo mismo que los impuestos, que ni siquiera sabes adónde van a parar».

La chica gimotea: «Nada de política. No es cosa para la noche». El jovenzuelo se ríe, quitándose de en medio: «Qué tontería. Para eso hace un tiempo demasiado bueno». Willi lo acosa: «Pues entonces, a la calle. Tú te crees, muchacho, que sólo hay política en esta sala y que la hago para ti. Ésa no necesita que la haga nadie. Ésa te vomita en la cabeza, chaval, dondequiera que vayas. Si es que te dejas, claro». Uno grita: «Bueno, ya está bien, callad la boca».

Entran dos nuevos parroquianos. La chica se balancea delicadamente, se

desliza a lo largo de la pared, mueve el trasero, hace a Willi un gesto de burla amable. El se levanta de un salto, baila con ella una danza descarada, se besuquean, diez minutos de cocción, bien metido en la tierra el molde de harina quemado[155]. Nadie mira. Franz, el manco, empieza a ingurgitar su vaso número tres, se acaricia el muñón del hombro. El muñón le quema, le quema, le quema. Maldito muchacho este Willi, maldito muchacho, maldito muchacho. Los chicos apartan la mesa, tiran el saco de paja por la ventana, uno tiene un acordeón, se

sienta en un taburete junto a la puerta, lo estruja. Mi Johannes, no hay quien se asombre, mi Johannes, sí que es un hombre.

Todos bailotean alegres, se han quitado las chaquetas, beben, parlotean, sudan. Más bueno que el pan, ése mi Johannes.

Entonces Franz Biberkopf se pone en pie, paga y se dice: «Ya no tengo edad para retozar, ni ganas tampoco, tengo que ganar dinero. De donde venga me da igual».

La gorra y a la calle.

Hay dos sentados al mediodía en la Rosenthaler Strasse, comiéndose una sopa de guisantes, uno tiene al lado el B. Z. y se ríe. «Espantosa tragedia familiar en la Alemania occidental». «Y qué tiene eso de gracioso». «Oye esto. Un padre tira a sus tres hijos al agua. A los tres a la vez. Un tipo violento». «¿Dónde ha sido?».

«En Hamm, Westfalia. Una buena limpieza. Hombre, debía de estar hasta la coronilla. Espera, vamos a ver lo que ha hecho con la mujer. Seguro que también... No, ésa lo había hecho ya, se había quitado de en medio antes. ¿Qué te parece? Una familia alegre, Max, ésa entiende la vida. Carta de la mujer:

¡Embustero! Con signos de admiración, para que se entere bien. "Como no puedo aguantar más esta vida, he decidido tirarme al canal. Busca una cuerda y ahórcate. Julie." Punto». Se

retuerce de risa: «Una familia mal avenida: ella al canal y él la sogá. La mujer dice: ahórcate, y él tira a los chicos al agua. Ese hombre no sabe escuchar. El matrimonio no podía resultar bien».

Son dos hombres de edad, trabajadores de la construcción de la Rosenthaler Strasse. El otro desaprueba lo que el primero ha leído. «Pues es un caso muy triste, si vieras algo así en el teatro o lo leyeras en un libro, llorarías». «Tú, quizá. Pero, Mane, ¿por qué va a llorar uno por una cosa así, por qué?». «La mujer, tres niños, qué más quieres». «A mí eso me divierte, el hombre me gusta, los niños te pueden dar lástima, pero dejar tiesa atoda la familia de una vez, hay que descubrirse, y además...». Otra vez suelta el trapo. «Además, a mí me parece, puedes decir lo que quieras, pero me parece muy cómico que se pelearan hasta el final. La mujer le dice que se busque una cuerda, y él dice: de eso nada, Julie, y va y tira a los chicos al río».

El otro se ha puesto sus gafas de montura de acero, y lee otra vez la noticia:

«El hombre vive. Lo han cogido. Bueno. No quisiera estar en su pellejo».

«Quién sabe. Tú no sabes nada». «Claro que lo sé». «¿Sabes? A ése me lo puedo imaginar. Sentado en su celda, fumando su tabaco, si es que lo tiene, y diciendo: a mí todos me la». «Ah sí, pues entérate. Están también los remordimientos, muchacho».

Estará llorando en su celda o sin decir palabra. No podrá dormir. «Lo que tú dices, oye, es un verdadero pecado». «Precisamente eso es lo que yo niego de plano. Ése duerme como un bendito. Si es un tipo tan violento, dormirá también bien, y probablemente comerá y beberá mejor que fuera. Eso te lo aseguro». El otro lo mira muy serio. «Pues entonces es un verdadero perro. Si le cortan la cabeza, tendrán todas mis bendiciones». «Tienes toda la razón. Y también él diría que tienes toda la razón». «Bueno, deja ya esa porquería. Voy a pedir unos pepinillos». «Pues es interesante el periódico. Es un perro rabioso, puede que ahora lamente toda la historia; a pesar de todo, a veces se le va a uno la mano».

«Para mí pepinillos y cabeza de cerdo». «Pues para mí también».

Un hombre nuevo necesita también una profesión nueva, o ninguna en absoluto

Cuando descubre usted el primer agujero en la manga, sabe que ha llegado el momento de comprar otro nuevo. Diríjase entonces al lugar indicado, donde le mostrarán, en almacenes despejados y locales claros y hermosos, expuestas sobre amplias mesas, todas las prendas de vestir que necesita.

«No puedo hacer nada, ya puede decir lo que quiera, señora Wagner: un hombre al que le falta un brazo, y además el derecho, está listo». «No puedo negarlo, es duro, señor Biberkopf. Pero no hace falta lamentarse tanto ni poner una cara así. Mete usted miedo, hombre». «¿Y qué voy a hacer con un brazo?».

«Cobrar el subsidio o poner un pequeño puesto». «¿Un puesto de qué?».

«De periódicos o de mercería, o vender ligas o collares delante de Tietz o en algún otro lado». «¿Un puesto de periódicos?».

«O de fruta, cosas así». «Soy demasiado viejo para eso, para eso hay que ser más joven».

Eso pertenece al pasado, en eso no voy a meterme otra vez, en eso no quiero meterme otra vez y es algo que está muerto y enterrado.

«Debería echarse usted una novia, señor Biberkopf, ella le daría buenos

consejos y lo ayudaría cuando hiciera falta. Podría tirar también del carro o vender en el puesto cuando usted tuviese algo que hacer».

La gorra y abajo, todo eso son pamplinas, antes de que me dé cuenta me habré echado un organillo al hombro y andaré por ahí dando la murga. ¿Dónde estará?

«Hola, Willi». Willi dice luego: «No, mucho no puedes hacer. Pero si eres listo, algo sí que puedes. Sí, por ejemplo, te doy todos los días algo, algo para vender o para darle salida bajo cuerda y tienes buenos amigos y sabéis cerrar la boca, podrás hacerlo y ganarte lo tuyo».

Y eso es lo que quiere Franz. Exactamente eso. Quiere independizarse. Algo que produzca dinero rápido es lo que quiere. Trabajar, pamplinas. Se cisca en los periódicos, le entra una rabia cuando ve a esos badulaques, los vendedores de periódicos, y a veces se asombra de que se pueda ser tan tonto como para matarse trabajando mientras otros te pasan rozando con sus coches. Que me vengan a mí. Eso era en otro tiempo, muchacho. La cárcel de Tegel, la alameda de árboles negros, las casas que vacilan, los tejados que se quieren desplomar sobre mi cabeza y el ¡tengo que ser honrado! Qué divertido, Franze Biberkopf tiene que ser honrado a la fuerza, qué te parece, pues en eso te cueles. Qué divertido, debo de haberme llevado un golpe en la cárcel, loco

de remate[156]. Dinero, ganar dinero, un hombre necesita ganar dinero.

Ahora veréis a Franz Biberkopf como encubridor, como delincuente, el hombre nuevo tiene una profesión nueva, y lo peor no ha llegado aún.

Es una mujer, vestida de púrpura y escarlata y adornada con piedras preciosas y perlas y con un cáliz dorado en la mano. .Se ríe. En la frente lleva escrito su nombre, un misterio, la gran Babilonia, la madre de la fornicación y de todas las abominaciones de la Tierra. Ha bebido la sangre de los mártires, de la sangre de los mártires está ebria. La ramera Babilonia está ahí sentada, y ha bebido la sangre de los mártires.

¿Cómo andaba trajeado Franz Biberkopf, cuando vivía con Herbert

Wischow?

¿Cómo anda ahora? Comprado por 20 marcos contantes y sonantes, un impecable traje de verano.

En solemnidades especiales, una cruz de hierro[157] a la izquierda, la lleva como justificación del brazo perdido, y goza así del respeto de los transeúntes y del odio de los proletarios.

Parece un probo tabernero o un carnicero bien alimentado, raya en el pantalón, guantes y sombrero hongo. Para evitar sorpresas, lleva papeles, falsos, de un tal Franz Räckner que murió en los disturbios de 1922[158] y cuyos papeles han servido ya a muchos. Lo que ponen los papeles se lo sabe Franz de memoria, también dónde viven sus padres, cuándo nacieron, cuántos hermanos tiene usted, en qué trabaja, cuándo trabajó por última vez, y todo lo que un poli puede preguntar de repente, lo demás ya se verá sobre la marcha.

Sucedió en jímio. En el maravilloso mes de junio surge la mariposa de su crisálida. Y Franz está ya floreciendo cuando Herbert Wischow y Eva vuelven de Zoppot, del balneario. En el balneario han pasado toda clase de cosas, hay mucho que contar, y Franz lo escucha con placer. El especulador de Eva ha tenido mala suerte. En el juego le fue bien, pero precisamente el día en que había sacado 10.000 marcos del banco, robaron en su cuarto del hotel mientras cenaba con Eva. Cómo es posible una cosa así. El cuarto limpiamente abierto con una ganzúa, el reloj de oro volado, y también 5.000 marcos que había dejado en un cajón de la mesilla. Eso fue, desde luego, un descuido imperdonable, pero quién piensa en una cosa así. Que en un hotel de primera clase puedan entrar ladrones, dónde tiene los ojos el portero, los voy a demandar, es que no hay vigilancia, no respondemos de los objetos de valor dejados en las habitaciones. El hombre le grita a

Eva, por haberle metido tanta prisa para la cena, y para qué, sólo para ver al Barón, la próxima vez le besarás las manos con reverencia y le mandarás una bombonera, a mi costa, claro. Estás siendo grosero, Ernstchen. ¿Y qué pasa con mis 5.000 marcos? ¿Es que tengo yo la culpa? Bueno, vámonos a casa. A eso dice el banquero, furioso: no es mala idea, vámonos.

De manera que Herbert vive otra vez en la Elsasser Strasse, y Eva tiene que

ocupar un elegante pisito en el Oeste, no es nada nuevo, piensa ella, sólo durará algún tiempo; luego se hartará de mí, y otra vez a la Elsasser Strasse.

Ya en el tren, mientras está con el banquero soportando con aburrimiento y fingido agrado sus caricias en un departamento de primera clase, Eva sueña: qué estará haciendo Franz. Y cuando el banquero se baja antes de Berlín y la deja sola en el departamento, se estremece y se angustia: seguro que Franz ha desaparecido otra vez. Qué alegría y qué sorpresa y qué forma de abrir la boca, en casa de Herbert y Eva y Emil, cuando el 4 de julio (miércoles) entra, quién,

bueno, ya os podéis imaginar. Limpio, atildado, con la cruz de hierro clavada en su pecho de héroe, con sus ojos pardos de animal fiel de siempre, su cálida mano viril y un firme apretón: Franz Biberkopf. Tente derecho. Vas a perder el equilibrio. Emil

ya conoce la transformación y deleita sus ojos en Herbert y Eva. Franz es ahora un pollo pera. «Muchacho, ¿te lavarás los pies con champán?», se alegra Herbert. Eva sigue sentada sin comprender. Franz lleva la manga derecha vacía metida en el bolsillo; de todas formas, el brazo no le ha crecido. Ella le abraza y le besa. «Dios, Franzeken, estábamos allí devanándonos los sesos, qué estará haciendo el Franze teníamos miedo, no creas». Franz da una vuelta, besa a Eva, besa a Herbert, a Emil también: «Qué bobada, tener miedo por mí». Guiña el ojo con picardía: «¿Y qué os parezco de guerrero heroico, con este chaquetoncio?». Eva da gritos de júbilo: «Pero qué ha pasado, qué ha pasado, me alegro tanto de verte así». «Y yo también». «Y... ¿con quién andas ahora, Franzeken?». «¿Andar? Ah. No, no. De eso nada. No tengo a ninguna». Y empieza a hablar y cuenta y le promete a Herbert que le devolverá todo el dinero, hasta el último pfennig, hasta el último céntimo, en unos meses se lo habrá pagado todo. Herbert y Eva se ríen. Herbert agita un pardo billete de mil ante los ojos de Franz. «¿Lo quieres, Franz?». Eva le ruega: «Cógelo, Franz». «De ningún modo. No lo necesitamos. Todo lo más, podemos beber abajo a la salud de esos mil, eso es lo que podemos hacer».

Aparece también una chica, Franz Biberkopf está de nuevo completo

Dan su bendición a todo lo que Franzen hace. A Eva, que sigue queriendo a Franzen, le gustaría conseguirle una chica. El se resiste, a esa chica la conozco, no, no la conoces, tampoco Herbert la conoce, de qué la conoces, no, no lleva mucho tiempo en Berlín, es de Bernau, sólo venía por las noches a la estación de Stettin, allí me la encontré yo y le dije: acabarás mal, niña, si no dejas eso y sigues viniendo, en Berlín nadie puede aguantar así. Ella me dijo riéndose que sólo quería divertirse. Ya ves, Franz — Herbert conoce ya la historia, Emil también—, un día está allí, alrededor de las doce, en el café. Voy y le pregunto: pero qué cara tienes, chica, no irás a armar un escándalo. Entonces se me echa a llorar, ha tenido que ir a la comisaría, no tenía papeles, tampoco es mayor de edad y no se atreve a volver a casa. La han echado de donde estaba colocada, porque la policía ha ido a preguntar, y su madre la ha echado también. Dice: sólo porque quería divertirme un poco. ¿Qué se puede hacer por la noche en Bernau?

Emil, como siempre, escucha con los brazos cruzados y a eso dice: «La chica tiene toda la razón. Yo también conozco Bernau. Por las noches no hay nada que hacer».

Eva: «Bueno, pues ahora me ocupó un poco de ella; a la estación de Stettin, desde luego, no debe volver».

Herbert fuma tabaco de importación: «Si fueras un hombre que supiera algo de la vida, podrías hacer algo de la muchacha, quién sabe. Yo la he visto. Tiene clase».

Emil opina: «Un poco joven, pero clase tiene. De hueso sólido». Siguen trasegando.

De esa muchacha, que flama puntualmente a su puerta al mediodía siguiente, Franz se queda prendado a primera vista. Eva le ha abierto el apetito, y le gustaría también darle una alegría a Eva. Pero la chica es realmente estupenda, de primera, con las máximas calificaciones, Franz no había tenido nada así en su repertorio. Es menuda, parece una colegiala con su vestidito blanco y vaporoso y los brazos al aire, sus movimientos son suaves y lentos y sin que Franz se dé cuenta, pronto está a su

lado. Apenas lleva media hora allí y él no puede imaginarse ya la habitación sin la moceta. En realidad se llama Emilie Parsunke, pero preferiría llamarse Son-ja, como siempre la llama Eva, porque tiene pómulos rusos. «Y además Eva —dice la chica suplicante—, tampoco se llama Eva, se llama Emilie como yo. Me lo ha dicho ella misma».

Franz la mece sobre sus rodillas y contempla aquella maravilla delicada, pero

firme, y se asombra de que Dios haya enviado sobre su morada tanta felicidad. Qué altibajos tiene la vida, es extraño. Al hombre que bautizó así a Eva lo conoce, fue él mismo, ella fue su chica antes de Ida, ojalá se hubiera quedado con Eva. Pero bueno, ahora tiene ésta.

Sin embargo, ella se llama Sonja en su casa sólo un día; luego él le suplica, no puede soportar los nombres extranjeros. Si es de Bernau, también podría

llamarse de otra forma. El ha tenido ya muchas chicas, eso puede figurárselo, pero nunca ha tenido ninguna que se llame Marie. Le gustaría mucho tenerla. Y desde entonces la llama su «Miezeken».

Y no pasa mucho tiempo —hacia principios de julio— antes de que le ocurra con ella algo gordo. No es que vaya a tener ningún niño, ni que se ponga enferma. Es otra cosa, que hace temblar a Franz hasta los huesos, pero luego resulta que no es tan malo. En esa época, Stresemann[159] va a París, o quizá no, en Weimar se derrumba el techo de la oficina de telégrafos, y quizá un tipo sin trabajo persigue a su novia, que se ha ido con otro a Graz, y luego el tipo los mata a los dos a tiros y se mete una bala en la cabeza. Esas cosas pasan con cualquier tiempo atmosférico, y también la gran mortandad de peces en el Elster Blanco es una de ellas. Cuando se lee algo así, uno se asombra; pero si uno está allí no parecen tan extraordinarias; en el fondo, eso pasa en todas las familias.

Franz va a menudo a la casa de empeño de la Alte Schönhäuser Strasse[160],

dentro, en la cantina, hace tratos con unos y con otros, se conocen, estudia los anuncios de los periódicos: compras, ventas; al mediodía se encuentra con Mieze. Entonces se le ocurre de pronto que Mieze ha llegado muy sofocada a Aschinger, en la Alex, donde están comiendo. Dice que se ha quedado dormida... pero hay algo raro en la chica. Franz lo olvida otra vez enseguida, la chica es tan mona, algo increíble, y tiene la habitación siempre tan limpia y tan ordenada, con flores y

tapetitos y cintas, como la de una colegiala. Y la habitación está siempre muy ventilada, y perfumada con agua de lavanda, de forma que es una verdadera gloria cuando por las noches vuelven juntos a casa. Y en la cama, ella es blanda como una pluma, siempre tan tranquila y delicada, y feliz como la primera vez. Pero siempre está un poco seria y él no la entiende muy bien. Si estará pensando, cuando se sienta ahí sin hacer nada, y en qué estará pensando. Si se lo pregunta, ella dice siempre riéndose que no piensa en nada. No se puede estar pensando todo el santo día. Eso encuentra él también.

Pero en la puerta de afuera hay un buzón con el nombre de Franzen, el falso:

Franz Racker, que es el que da siempre para los anuncios y el correo. Y un día le cuenta Mieke: ha oído muy bien cómo el cartero, por la mañana, echaba algo en el buzón, y cuando ha ido a recogerlo no había nada. Franz se extraña y se

pregunta qué puede ser. Mieke opina que alguien debe de haber sacado la carta; serán los de enfrente, que están mirando siempre por la mirilla y habrán visto que venía el cartero y la habrán sacado. A Franz se le pone la cabeza roja de cólera y piensa: vaya, alguien que anda detrás de mí, y por la noche van a ver a los de enfrente. Toca el timbre y aparece una mujer que dice enseguida que va a llamar a su marido. Es un hombre viejo, la mujer es más joven, el hombre tendrá unos sesenta, la mujer treinta. Franz le

pregunta si no les habrán dado por error una carta para él. El hombre mira a su mujer: «¿Han traído alguna carta? Yo acabo de volver a casa». «No, a mí no me han dado nada». «¿Cuándo habrá sido eso, Mieke?» «A eso de las once; siempre viene a eso de las once». La mujer dice: «Sí, siempre viene a eso de las once. Pero la señorita recoge el correo cuando lo hay, el cartero llama siempre». «¿Y cómo lo saben? Una vez lo encontré en la escalera y me dio una carta; también la eché en el buzón». «Eso no lo sé, no sé si la echó en el buzón. Sólo vi que se la daba. Bueno, ¿y qué tenemos que ver nosotros con eso?». Franz: «Entonces, no hay ninguna carta para mí, me llamo Racker, ¿no les han dado ninguna carta?». «Dios nos libre de coger cartas de otros. No tenemos buzón siquiera, ya ve con qué frecuencia viene el cartero a nuestra casa». Franz se marcha malhumorado con Mieke, quitándose la gorra. «Disculpen, muy buenas». «Buenas, buenas». Franz y Mieke siguen dándole vueltas al asunto. Franz piensa que quizá los otros le estén espionando, hablará de eso con Herbert y Eva. Le recomienda a Mieke que le diga al cartero que llame al timbre. «Pero si lo hago, Franzeken, pero a veces viene uno nuevo, un suplente».

Y cuando, unos días más tarde, Franz vuelve a casa un mediodía, de improviso, Mieke se ha ido ya a Aschinger, y Franz encuentra la solución, algo muy nuevo... precisamente eso que le hace temblar los huesos, pero sin hacerle demasiado daño. Entra

en la habitación, que está naturalmente vacía y limpia, pero en ella hay una caja de buenos puros para él, y Mieze ha puesto una nota encima: «para Franzeken», y dos botellas de Allasch[161]. Franz se siente feliz, piensa en lo bien que administra la chica el dinero, con alguien así habría que casarse, está realmente encantado, y qué te parece, me ha comprado también un pajarito, como si fuera mi cumpleaños, pero espera, chatita, yo también. Y se rebusca dinero en los bolsillos, entonces llaman al timbre, sí, es el cartero, aunque a qué horas viene hoy, son ya las doce, se lo voy a decir.

Y Franz sale al pasillo, abre la puerta, escucha en la casa, pero el cartero no está. Espera, no llega, bueno, quizá haya entrado en casa de alguien. Franz saca la carta y vuelve a la habitación. Dentro del sobre abierto hay una carta cerrada y además una nota, de escritura torcida y desfigurada: «Entregada por equivocación», y un nombre ilegible. De manera que viene de los de enfrente, a quién andarán espionando. La carta cerrada está dirigida a «Sonja Parsunke, a la atención del señor Franz Racker». Eso sí que es extraño, de quién recibe cartas, de Berlín, es un hombre. Y un hombre que escribe, Franz se queda helado:

«Tesoro mío, cuánto tendré que esperar tu respuesta...». No puede seguir leyendo, se sienta... y allí están los puros, la pequeña jaula del canario.

Y Franz baja, no va a Aschinger, va a ver a Herbert y está muy blanco y le enseña la carta. El cuchichea con Eva. Entonces entra también Eva, le da a Herbert todavía un beso, lo despide y se cuelga del cuello de Franz: «Bueno, Franzeken, ¿me das también un beso a mí?» á la mira con ojos muy abiertos.

«Déjame». «Franzeken, un beso. Somos viejos amigos». «Pero bueno, qué te pasa, pórtate bien, qué va a pensar Herbert».

«Acabo de echarlo; ven, búscalos si quieres». Lleva a Franz a la habitación, Herbert se ha ido, bueno, pues que se haya ido. Eva cierra la puerta: «De manera que sí que puedes darme un beso». Lo rodea con sus brazos, es toda fuego.

«Chica —chica, jadea Franz—, estás loca, ¿qué pretendes?». Pero ella está fuera de sí, él no sabe cómo resistirse, se asombra, la aparta de un empujón. Y entonces, ¡algo se desencadena en él! No sabe lo que le pasa a Eva, pero los dos sienten la misma rabia y la misma ferocidad. Luego se quedan echados juntos, con mordiscos en los brazos y en el cuello, la espalda de ella atravesada sobre el pecho de él.

Franz gruñe: «Oye, ¿estás segura de que Herbert no anda por ahí?». «Ni tú te

lo crees». «De todas formas, es una cerdada por mi parte, hacerle esto a un amigo». «Eres un encanto, estoy tan enamorada de ti, Franz». «Oye, y vas a tener el cuello lleno de señales». «Podría comerte de tanto como te quiero. Y cuando llegaste antes con la carta, oye, casi salto a tu cuello delante de Herbert».

«Eva, qué dirá Herbert cuando vea esos cardenales, se te van a poner verdes y azules». «No lo va a saber. Luego iré a ver a mi banquero y le diré que me los ha hecho él». «Eso está bien, Eva, sí, eres mi Eva buena. No puedo soportar esas

cerdadas. Pero ¿qué dirá el banquero cuando lo vea?». «Y qué dirán mi tía y mi abuela, oye, pero qué miedo tienes».

Entonces Eva se incorpora, coge la cabeza de Franz, la besa con fuerza, y pone también su mejilla contra el muñón de su hombro. Luego coge la carta, se viste, se pone el sombrero: «Ahora me voy, ¿sabes lo que voy a hacer? Voy a ir a Aschinger a hablar con la Mieke». «No, Eva, ¿para qué?». «Porque quiero. Tú quédate aquí. Enseguida vuelvo. Déjame hacer lo que quiera, tú. Tengo que ocuparme de esa chica tan joven, sin experiencia y en este Berlín. Bueno Franz...». Y lo besa otra vez y casi se deja llevar otra vez por la pasión, pero se levanta y se marcha. Franz no entiende nada.

Es la una y media; a las dos y media está de vuelta, seria, tranquila, pero contenta, ayuda a Franzen, que se ha dormido, a

ponerse sus cosas, le limpia el rostro sudado con su perfume. Luego empieza, se sienta en la cómoda, fuma cigarrillos: «Bueno, la Mieze, cómo se ha reído, Franz. No dejaré que nadie hable mal de ella». Eso le sorprende a Franz. «No, Franz, a lo de la carta tampoco le doy importancia. Ella estaba todavía comiendo en Aschinger, esperándote. Le enseñé la carta. Y me preguntó si te habías alegrado del aguardiente y del canario». «Y qué». «Escucha. Te aseguro que no ha pestañeado siquiera. Me ha gustado mucho. Es una buena chica. No te he dado mercancía averiada». Franz está sombrío e impaciente; pero qué es lo que pasa... Eva se baja de un salto, le da unas palmadas en la rodilla: «Eres un encanto, Franzeken. No comprendes. También una chica quiere hacer algo por su hombre. Qué saca con que tú estés todo el día por ahí, con tus negocios y demás, y ella haciendo café, arreglando la casa y nada más. Quiere regalarte algo, disfrutar de ti, que te alegres. Y por eso lo hace». «¿Por eso? Y tú te crees ese cuento. ¿Por eso me engaña?». Eva se pone seria. «Nadie ha hablado de engaños. Eso me lo ha dicho enseguida: ni pensarlo. Y si alguno le escribe, no pasa nada, Franz, eso puede ocurrir, que alguno se encariñe y que escriba, no es nada nuevo, tú».

Lenta, muy lentamente, la luz se va haciendo en Franz. Ah, de manera que

era eso. Ella se da cuenta de que él empieza a entender.

«Naturalmente. Y qué pasa. Quiere ganar dinero. ¿No tiene derecho? También yo gano mi dinero. Y además no le gusta que seas tú precisamente quien la mantengas, cuando no puedes arreglártelas bien con tu brazo». «Conque ésas tenemos». «Me lo dijo

enseguida. Ni pestañeó siquiera. Oye, es una chica estupenda, puedes confiar en ella. Dice que tienes que cuidarte después de todo lo que has pasado este año. Y antes, hombre, tampoco te fue demasiado bien, allí en Tegel, ya sabes. Le daría vergüenza dejar que te mataras a trabajar. Y por eso trabaja para ti. Lo que pasa es que no se atreve a decírtelo».

«Conque ésas tenemos», dice Franz afirmando con la cabeza y dejándola caer sobre el pecho. «No puedes figurarte —Eva está a su lado, acariciándole la espalda—, el cariño que te tiene esa chica».

«Conmigo no quieres nada. O... ¿sí que quieres, Franz?».

Él le rodea el talle, ella se sienta cuidadosamente en sus rodillas, él sólo puede sujetarla con un brazo, apoya su cabeza en el pecho de ella y dice suavemente: «Eres una buena mujer, Eva, pero quédate con Herbert, puede necesitarlo, es un buen chico». Antes de Ida ella era su amiga es mejor dejarlo estar, no empezar otra vez; Eva comprende. «Y ahora vete a ver a la Mieke, Franzeken.

Estará todavía en Aschinger, o delante de la puerta. No volverá a casa si tú no quieres saber nada de ella».

Muy silenciosa, muy tiernamente se despide Franz de Eva. Delante de Aschinger, a un lado, ante un fotógrafo ambulante, ve a la pequeña Mieke de pie, en la Alex. Franz se sitúa al otro lado, delante de la valla de la construcción, y la mira mucho tiempo desde atrás. Ella va hasta la esquina, Franz la sigue con los ojos. Es un momento decisivo, trascendental. Los pies de Franz se ponen en movimiento. La ve en la esquina, de perfil. Qué pequeña es. Lleva zapatitos tiroleses de color marrón. Ya verás, enseguida la abordará alguno. La naricilla respingona. Está buscando. Sí, por ahí he venido, desde Tietz, pero no me ha visto. Un coche de pan de Aschinger le tapa la vista. Franz camina a lo largo de la valla hasta la esquina, en donde hay montones de arena; están haciendo cemento. Ahora podría verle ella, pero no mira hacia allí. Un señor de edad no deja de mirarla, ella pasa a su lado sin verlo y se dirige hacia Loeser und Wolff. Franz atraviesa la calle. Se mantiene diez pasos por detrás de ella sin acortar la distancia. Es un soleado día de julio, una mujer le ofrece un ramo de flores, él le da 20 pfennig y sostiene las flores en la mano, pero no se acerca aún. Todavía no. Pero las flores huelen bien, ella le había puesto hoy flores en la habitación, y una jaula con su canario y el aguardiente.

Entonces ella se vuelve. Lo ha visto enseguida, lleva flores en la mano, sí

que ha venido. Y vuela a su encuentro, su rostro resplandece, resplandece por un momento, se enciende cuando ve las flores en su mano izquierda. Luego palidece y le quedan unas manchas rojas.

Dentro le golpea el corazón. Ella se cuelga de su brazo, los dos caminan por la acera hacia la Landberger Strasse, sin decir palabra. Ella mira a menudo de soslayo las flores silvestres que él tiene en la mano, pero Franz camina derecho a su lado. El autobús 19 pasa armando estrépito, amarillo, con sus dos pisos, de bote en bote; en la valla, a la derecha, un viejo cartel. Partido Nacional de Industriales y Comerciantes, no se puede cruzar la calle, los coches de la Jefatura tienen preferencia de paso. Al otro lado, junto a la columna de Persil, Franz se da cuenta de que todavía lleva el ramo de flores y quiere dárselo. Y mientras sus ojos miran la mano, se pregunta aún, suspirando, sin decidirse todavía: ¿le doy las flores, no se las doy? Ida, qué tiene que ver esto con Ida, Tegel, la chica me gusta tanto.

Y en la pequeña isla de la columna de Persil tiene que ponerle las flores en la mano. Ella le ha mirado a menudo suplicante, él no ha hablado, ahora ella coge el antebrazo izquierdo de él y le levanta la mano, la aprieta contra su rostro, que otra vez se enciende. El calor del rostro de ella penetra en él. Entonces ella se queda sola

allí, deja caer el brazo muerto, su cabeza se apoya como por sí sola en su propio hombro izquierdo. Le dice en voz baja a Franz, que la sujeta asustado por la cintura: «No es nada Franz. Déjame». Y cruzan diagonalmente la calle, dónde están derribando los almacenes Hahn, y siguen adelante. Mieke anda otra vez muy tiesa. «¿Por qué te has parado, Mieke?». Ella aprieta el brazo de Franz.

«He tenido antes tanto miedo». Vuelve la cabeza a un lado, los ojos se le han llenado de lágrimas, pero la chica sabe reír muy deprisa, antes de que él se dé cuenta, han sido unas horas terribles.

Están arriba en su habitación, la chica se sienta con su vestido blanco ante él, en un taburete han abierto la ventana, hace un calor asfixiante, un tremendo bochorno, él se sienta en mangas de camisa en el sofá, se sienta y sigue mirando a la chica. Qué enamorado está de ella; estoy contento de tenerla ahí, .qué manos tan bonitas tienes, chica, te voy a comprar unos guantes de cabritilla, ya verás, y además una blusa, puedes hacer lo que quieras, es tan bonito tenerte ahí, estoy

tan contento de tenerte otra vez ahí, tú. Y entierra la cabeza en su regazo. La atrae hacia sí, no se cansa de verla, de abrazarla, de acariciarla. Otra vez soy un ser humano, ahora soy otra vez un ser humano, no, no te voy a dejar, no te voy a dejar, pase lo que pase. Abre la boca: «Chica, Miezeken, puedes hacer lo que quieras, te dejo».

Qué felices son. Miran, abrazados, al canario. Mieke busca en su bolso y le enseña a Franz la carta del mediodía: «¿Y por estas bobadas te has enfadado, por lo que éste me escribe?». Arruga la carta, la tira al suelo a su espalda: «Hombre, de éstas te podría enseñar un paquete entero».

Guerra defensiva contra la sociedad burguesa

Y al día siguiente Franz Biberkopf se va a pasear muy tranquilamente. Ya no está tan ansioso de hacer sus turbios negocios, yendo de un perista a otro perista o a un comprador. Si algo no sale bien, le importa un pito. Franz tiene tiempo, paciencia

y tranquilidad. Si el tiempo fuera mejor, haría lo que le dicen Mieze y Eva: irse a Swinemünde[162] y disfrutar de la vida; pero con este tiempo no hay nada que hacer, llueve y diluvia y llovizna todos los días, hace frío además, en Hoppegarten se han caído árboles enteros, qué tiempo hará allí. Franz no se despega de Mieze y entra y sale con ella en casa de Herbert y Eva. Mieze tiene también un caballero mejor situado, Franz lo conoce; Franz pasa por ser marido de ella, con ese caballero y con algún otro se reúne de buena gana en ocasiones, y los tres comen y beben amigablemente.

¡A qué altura se encuentra ahora nuestro Franz Biberkopf! ¡Qué bien le van las cosas, cómo ha cambiado todo! ¡Estaba a dos pasos de la muerte, y cómo se ha recuperado! Ahora es un ser satisfecho al que no le falta nada, ni de comer, ni de beber, ni de vestir. Tiene una chica que lo hace feliz, tiene dinero, más del que necesita, ha saldado ya toda su deuda con Herbert, y Herbert, Emil y Eva son sus amigos, que lo aprecian. Pasa días enteros con Herbert y Eva, esperando a Mieze, va de excursión al lago de Müggel, donde rema con otros dos: Franz tiene cada día más habilidad y más fuerza en su brazo izquierdo. De vez en cuando va a ver qué pasa en la Münzstrasse, en la casa de empeño.

Franz Biberkopf, juraste ser honrado. Llevabas una vida de perros, habías caído muy bajo, por último mataste a Ida y tuviste que

pagar por ello, fue horrible. ¿Y ahora? Estás en el mismo sitio, Ida se llama Mieze, te falta un brazo, ten cuidado, todavía caerás en la bebida y todo empezará otra vez, sólo que peor, y entonces se acabó.

—Bobadas, no es culpa mía, ¿es que quería yo convertirme en chulo? Te digo que son bobadas. He hecho lo que he podido, he hecho todo lo humanamente posible, me he dejado aplastar un brazo, me gustaría ver a otro en mi lugar. Yo estoy hasta las narices. ¿Es que no he sido vendedor, no he andado por ahí de la mañana a la noche? Ahora me basta. No, no soy honrado, soy un chulo. Y no me avergüenzo de ello. ¿Qué eres tú, de qué vives, es que no vives de los otros? ¿Exploto yo a alguien?

—Acabarás en la cárcel, Franz, alguien te dará una cuchillada.

—Que lo haga. Antes verá quién soy yo.

El Reich alemán es una república[163] y quien no lo crea se la gana. En la Köpenicker Strasse, junto a la Michaelkirchstrasse, hay un mitin, la sala es larga y estrecha, obreros, jóvenes con camisas abiertas y cuellos verdes se sientan mezclados en filas

de sillas, muchachas y mujeres, vendedores de folletos dan vueltas. En el tablado, detrás de la mesa, entre otros dos, hay un hombre gordo de cabeza medio calva, que anima, seduce, se ríe y provoca.

«Al fin y al cabo no estamos aquí para hablar a las paredes. Eso pueden hacerlo en el Reichstag. Una vez alguien preguntó a uno de nuestros camaradas si no le gustaría sentarse en el Reichstag. En el Reichstag, con su cúpula dorada encima y sus sillones de club por dentro. Y él dijo: sabes, camarada, si lo hiciera y fuera al Reichstag solo sería un granuja más. Para hablar en balde no tenemos tiempo, porque todo se irá al diantre. A eso dicen los comunistas sin listas: queremos una política de cartas sobre la mesa. El resultado lo hemos visto; los propios comunistas se han corrompido y no hace falta gastar saliva en esa política de cartas sobre la mesa. Es un engaño, y lo que hay que poner sobre la mesa lo ven en Alemania hasta los ciegos, y para eso no hace falta ir al Reichstag, y si alguno no lo ve es un caso perdido, con Reichstag o sin Reichstag. Que esa barraca de feria no sirve más que para engañar al pueblo lo

saben todos los partidos, menos los llamados representantes del pueblo trabajador.

»Nuestros bondadosos socialistas. Hay incluso religiosos socialistas, y eso es precisamente lo que faltaba: todos deberían hacerse religiosos, echarse en brazos de los curas. Porque el que

se echen en brazos de los curas o de los caciques da igual; lo principal es que hay que obedecer. (Una voz: y que creer). Eso, por supuesto. Los socialistas no quieren nada, no saben nada, no pueden hacer nada. Siempre tienen mayoría en el Reichstag, pero no saben qué hacer con ella, bueno, sí, sentarse en sillones de club, fumar puros y ser ministros. Y para eso han votado los obreros y se han sacado los cuartos del bolsillo el día de paga: otros cincuenta o cien hombres que engordan a costa de los obreros. Los socialistas no han conquistado el poder político, sino que el poder político ha conquistado a los socialistas. Un burro viejo puede aprender siempre algo, pero todavía no ha nacido burro como el obrero alemán. Una y otra vez cogen los obreros alemanes sus papeletas de voto, entran en el local y las depositan, y piensan que con eso ya está. Dicen: queremos que nuestras voces resuenen en el Reichstag; bueno, pues sería mejor que fundasen un orfeón.

»Camaradas, hombres y mujeres, nosotros no cogemos papeletas de voto, nosotros no votamos. Nos sienta mejor pasar el domingo en el campo. ¿Y por qué? Porque el votante está sometido a la legalidad. Y la legalidad es la fuerza bruta, la viva fuerza de la clase dominante. Los santones del voto quieren inducirnos a que pongamos buena cara, quieren encubrirlo, quieren evitar que nos demos cuenta de qué es la legalidad y qué es el Estado, para que no podamos colarnos en el Estado por

ningún agujero ni ninguna puerta. Todo lo más en calidad de burros reconocidos y bestias de carga. Y eso es lo que pretenden los santones del voto. Quieren engatusarnos y enseñarnos a ser burros reconocidos. Hace tiempo que lo han conseguido con la mayoría de los trabajadores. En Alemania nos educan en el espíritu de la legalidad. Pero, camaradas, el fuego no puede mezclarse con el agua, y eso deben saberlo los obreros.

»Los burgueses y los socialistas y los comunistas gritan a coro y se

regocijan: toda bendición viene de lo alto[164]. Del Estado, de la Ley y de un Orden más elevado. Pero hay que ver lo que ocurre luego. Para todos los que viven en el Estado están las libertades establecidas en la Constitución. Allí están establecidas. Pero la Libertad que nosotros necesitamos no nos la da nadie, ésa tenemos que tomarla. Esa Constitución quiere destruir la constitución de las personas sensatas, pero ¿qué podéis hacer, camaradas, con libertades sobre el papel, con libertades escritas? Si queréis usar de alguna libertad, viene un guardia y os sacude en la cabeza; tú gritas: pero qué pasa, la Constitución dice esto y aquello, y él dice: no digas sandeces, desgraciado, y tiene razón; el hombre no sabe nada de constituciones, pero conoce el reglamento, y además tiene una porra y tú tienes que cerrar el pico.

»Pronto no habrá ninguna posibilidad de huelga en las industrias más importantes. Ahora tenéis la guillotina de las comisiones de arbitraje, y bajo ella podéis moveros con libertad. «Camaradas, hombres y mujeres, se vota y se revota y dicen, esta vez todo irá mejor, ya veréis, haced un esfuerzo, haced propaganda en casa, en la fábrica, cinco votos más, diez votos más, doce votos más, espera, ya verás, te vas a convencer. Sí, os vais a convencer. Sólo es el eterno círculo de la ceguera, porque todo se queda como antes. El parlamentarismo prolonga la miseria de la clase obrera. Hablan también de la crisis de la Justicia, y de que hay que reformar la Justicia, reformarla en su cabeza y en sus miembros, hay que renovar la judicatura, hay que hacerla republicana, mantenedora del Estado, justa. Nosotros no queremos nuevos jueces. En lugar de esa Justicia no queremos ninguna justicia. Derribaremos todas las instituciones del Estado mediante la acción directa. Y tenemos el medio para ello: negamos a trabajar. Todas las ruedas se detendrán[165]. Pero no se trata de una canción que haya que cantar. Nosotros, camaradas, hombres y mujeres, no nos dejamos arrullar por el parlamentarismo, la asistencia social y toda la mentira político-social. Sólo conocemos el odio al Estado, la anarquía y el propio esfuerzo»[166].

Franz da la vuelta a la sala con el astuto Willi, escucha, compra folletos, se

los mete en el bolsillo. No le importa la política, Willi se la machaca, Franz escucha con curiosidad, la toca con los dedos, le interesa, pero luego deja de interesarle. Sin embargo, no deja a Willi.

—El orden social existente se basa en la esclavitud económica, política y social de los trabajadores. Encuentra su expresión en el derecho de propiedad, el monopolio de la posesión, y en el Estado, el monopolio del poder. La base de la producción actual no es la satisfacción de las necesidades naturales del hombre, sino la expectativa de una ganancia. Cada adelanto de la técnica aumenta las

riquezas de la clase poseedora, en vergonzosa contraposición a la miseria de grandes partes de la sociedad. El Estado sirve para proteger los privilegios de la clase poseedora y para oprimir a las masas, y utiliza todos los recursos de la astucia y de la fuerza para mantener el monopolio y las diferencias de clase. Con la aparición del Estado comienza la era de la organización artificial de arriba abajo. El individuo se convierte en marioneta, en una rueda inmóvil de un monstruoso mecanismo. ¡Despertad! Nosotros no queremos como los otros conquistar el poder político, sino su eliminación radical. No colaboréis con los llamados cuerpos legislativos: en ellos sólo se pide al esclavo que ponga a su propia esclavitud el sello de la legalidad. Nosotros rechazamos todas las fronteras políticas y nacionales caprichosamente trazadas. El

Nacionalismo es la religión del Estado moderno. Nosotros rechazamos toda unidad nacional: tras ella se oculta el dominio de las clases acomodadas. ¡Despertad!...[167].

Franz Biberkopf se traga lo que Willi le da para tragar. Después del mitin

hay un debate, y ellos se quedan en el local y discuten con un obrero de más edad. Willi lo conoce, y el obrero cree que Willi es un compañero de su misma fábrica y quiere animarlo a que haga más labor de agitación. El fresco de Willi se ríe y no para: «Pero hombre, desde cuándo somos compañeros. Yo no trabajo para los magnates de la industria». «Entonces haz algo donde estés, donde trabajes». «No hace falta. Donde yo trabajo, todos saben hace tiempo lo que tienen que hacer». Willi se dobla de risa sobre la mesa. Qué bobada, le da un pellizco a Franzen en la pierna, sólo falta que vaya uno por ahí con un bote de engrudo, pegando pasquines para ellos. Mira sonriente al obrero, que tiene largos cabellos de color gris plomo y lleva el pecho desnudo: «Sabes, tú que vendes esos periódicos, El Espejo del Clero, Bandera Negra, El Ateo, ¿has leído alguna vez lo que dicen?». «Oye, camarada, no seas tan bocazas. Mira, te voy a enseñar lo que he escrito yo mismo». «No te molestes. De manera que hay que tratarte con el debido respeto. Pues la próxima vez léete también lo que hayas escrito tú y hazle caso. Bueno, aquí pone: Cultura y técnica. Escucha: «Los esclavos egipcios trabajaban sin máquinas durante

decenios para construir una tumba real, los obreros europeos sudan con máquinas durante decenios para edificar una fortuna particular. ¿Progreso? Quizá. Pero ¿para quién?». Bueno. Uno de estos días trabajaré también para que Krupp, en Essen, o Borsig, tengan mil marcos más al mes, el Rey de Berlín[168]. «Mira, compañero, si te miro despacio, ¿sabes

lo que me pareces? Tú pretendes ser un hombre de acción directa. ¿Dónde está esa acción? Yo no la veo. ¿Ves tú algo, Franz?». «Déjalo ya, Willi». «No, hombre, dime si ves alguna diferencia entre este camarada y uno del SPD».

El obrero se sienta mejor en su silla. Willi: «Para mí no hay ninguna diferencia, camarada, eso te lo puedo decir. Sólo sobre el papel hay una diferencia, en el periódico. Por mí, podéis conseguir lo que queréis. Pero lo que yo pregunto es qué vais a hacer después. Y si me preguntas a mí qué vais a hacer, te lo diré enseguida: lo mismo que cualquiera del SPD. Exactamente, precisamente lo mismo; estar en tu tomo, llevar a casa tus cuatro perras, y que la sociedad anónima reparta los dividendos de tu trabajo. Los obreros europeos sudan con máquinas durante decenios para edificar una fortuna particular. A lo mejor lo has escrito tú mismo».

El obrero de pelo gris pasea los ojos de Franz a Willi, se vuelve, y detrás,

junto al mostrador, hay todavía algunos de pie, el obrero se acerca más a la mesa y susurra: «Bueno, ¿y qué hacéis vosotros?». Willi echa una rápida ojeada a Franz: «Díselo tú». Pero Franz no quiere, dice que no le interesan las discusiones políticas. El anarquista de pelo gris, sin embargo, no cambia de tema: «Esto no es una discusión política. Sólo estamos hablando. ¿En qué trabajas tú?».

Franz se endereza en su silla y coge el jarro de cerveza, mira fijamente al anarquista. Es segadora, se llama Muerte, lloraré y gemiré por los montes y me lamentaré en los pastizales del desierto, tan desolados que nadie se aventura en ellos, y han huido las aves del cielo y las bestias de la tierra[169].

«En qué trabajo te lo puedo decir, compañero, porque camarada tuyo no soy.

Ando por ahí, hago algunas cosas, pero trabajar no trabajo, dejo que otros trabajen para mí».

Qué bobadas está diciendo, me quieren tomar el pelo. «Entonces, ¿eres un

patrón, tienes empleados, cuántos tienes? ¿Y qué haces aquí si eres un capitalista?». Haré de Jerusalén un montón de ruinas, cubil de chacales, y asolaré las ciudades de Judá, para que nadie habite en ellas[170].

«Hombre, no ves, sólo tengo un brazo. El otro desapareció. Eso fue lo que

pagué por trabajar. Por eso no quiero saber nada de trabajos honrados,

¿comprendes?». Comprendes, comprendes, es que no tienes ojos, si quieres te compro unas gafas, mírame bien. «No, sigo sin comprender, compañero, qué clase de trabajo haces. Si no es un trabajo honrado, será un trabajo que no es honrado».

Franz da un puñetazo en la mesa, señala con el dedo al anarquista, adelanta la cabeza hacia él: «Ya ves, lo ha comprendido. Eso es precisamente. Un trabajo que no es honrado. Tu trabajo honrado es una esclavitud, tú mismo lo has dicho, y mi trabajo no es honrado. Eso es lo que yo he aprendido». Lo he aprendido sin ti, para eso no me haces falta, pelotillero, cagatintas, charlatán.

El anarquista tiene unas manos blancas y largas, es mecánico de precisión, se mira las puntas de los dedos y piensa: buena cosa descubrir a estos granujas, pueden comprometerlo a uno, voy a buscar a alguien para que lo oiga. Se pone en pie, pero Willi lo retiene: «¿Adónde vas, compañero? ¿Es que hemos terminado ya? Arregla primero las cosas con este compañero, no te escapes».

«Sólo voy a buscar a alguien para que lo oiga. Sois dos contra uno». «Cómo,

quieres buscar a alguien, pues yo no quiero a nadie. A ver, ¿qué le estabas diciendo aquí, al compañero Franz?». El anarquista se sienta otra vez, tendremos que arreglarlo solos: «Bueno, pues éste no es un camarada, y tampoco es un compañero. Porque no trabaja. Y tampoco parece que cobre el subsidio».

El rostro de Franzen se endurece, sus ojos miran furiosos: «No, no cobra».

«Entonces no es mi camarada, ni mi compañero y tampoco es un parado. Y lo que yo pregunto, y lo demás no me interesa, es lo siguiente: ¿qué se le ha perdido aquí?». Franz tiene su rostro más decidido: «Estaba esperando eso, que hablaras y me preguntaras qué se te ha perdido aquí. Tú vendes hojas y periódicos y folletos, y si te pregunto de qué se trata, qué es lo que ponen, me dices: ¿cómo se te ocurre preguntar? ¿Qué buscas aquí? ¿No has escrito y hablado tú mismo de la maldita esclavitud del trabajo asalariado, y de que somos unos parias y no nos dejan movemos?». Arriba, parias de la Tierra. En pie, famélica legión[171]. «Sí, pero no has oído lo que he dicho después. Porque yo he hablado de negarse a trabajar. Y para eso hay que trabajar primero». «Yo me niego a trabajar». «Eso no nos sirve. Lo mismo podrías quedarte en la cama. Yo he hablado de la huelga, la huelga de masas, la huelga general».

Franz levanta el brazo y se ríe, está furioso: «¿Y eso lo llamas acción directa:

andar por ahí, pegar papeles, echar discursos? ¿Y entretanto vas al trabajo, haciendo a los capitalistas más fuertes? Camarada, animal, ¿estás fabricando granadas para que te maten con ellas y quieres echarme un sermón? ¡Qué te parece, Willi! Me caigo de risa». «Te lo preguntaré otra vez, ¿en qué trabajas?».

«Y yo te responderé otra vez: ¡en nada! ¡Mierda! ¡En nada en absoluto! ¡Para que os enteréis! No debo trabajar. Según tus propias teorías. No haré más fuerte a ningún capitalista. Me cisco en todas esas lamentaciones, en tus huelgas y en los hombrecillos que tienen que venir. Un hombre sólo puede contar consigo mismo. Yo hago solo lo que me hace falta. ¡Me mantengo a mi mismo! ¡Eso es lo que hay!».

El obrero traga su limonada y asiente con la cabeza: «Bueno, pues entonces inténtalo solo». Franz no hace más que reírse. El obrero: «Eso te lo he dicho ya tres docenas de veces: tú solo no puedes hacer nada. Necesitamos una organización de lucha. Tenemos que despertar en las masas la conciencia de la tiranía del Estado y del monopolio económico». Y Franz no hace más que reírse. Ni en dioses, reyes ni tribunos, está el supremo salvador. Nosotros mismos realicemos el esfuerzo redentor[172].

Se sientan frente a frente silenciosos. El viejo trabajador del cuello verde

mira fijamente a Franzen, que le sostiene con dureza la mirada, qué miras, chaval, no sabes qué pensar de mí, eh. El obrero abre la boca: «Lo que te digo es que ya lo veo: contigo, camarada, es perder el tiempo. Eres tozudo. Pero te darás de cabeza contra la pared. No sabes qué es lo principal en el proletariado: la solidaridad. No la conoces». «Bueno, sabes, compañero, ahora cogemos el sombrero y nos largamos, qué te parece, Willi. Ya está bien. No haces más que repetirme». «Sí, me repito. Podéis ir a la bodega y enterraros allí. Pero en los mítines no tenéis nada que hacer». «Usted perdone, maestro. Es que teníamos media horita libre. Y muchas gracias, ¿eh? Patrón, la cuenta. Un momento, pago yo: tres cervezas, dos aguardientes, un marco diez, ahí van, pago yo, acción directa».

«¿Qué eres en realidad, compañero?». Éste no suelta presa. Franz se guarda

el cambio: «¿Yo? Chulo. ¿No me ves?». «Bueno, no te falta mucho para eso».

«Soy chulo, comprendes. ¿No te lo he dicho? Pues entonces dile qué eres tú».

«Eso no le importa». Carajo, son maleantes de verdad. Puede que sea cierto. Ya me lo imaginaba. Estos maleantes me han tomado

el pelo, los muy granujas, querían buscarme las cosquillas. «Sois la escoria de la ciénaga capitalista. Largaos. Ni siquiera sois proletarios. Sois lo que se llama unos miserables». Franz se ha puesto ya de pie: «Pero nosotros no iremos al asilo. Buenos días, señor acción directa. Que siga engordando a los capitalistas. La entrada a las

siete de la mañana, a la trituradora, cinco groschen en la bolsa del salario para la vieja». «Y no volváis a poner los pies aquí». «No, acción directa de pacotilla, no nos tratamos con los lacayos de los capitalistas».

Salen tranquilamente. Van del brazo por la calle polvorienta... Willi respira profundamente: «Lo has mandado con viento fresco, Franz». Se extraña de que Franz esté tan taciturno. Franz está furioso, qué raro, ha salido de la sala lleno de odio y de rabia, le hierve por dentro, no sabe por qué.

Se encuentran con Mieke en el Mokka-Fix de la Münzstrasse, en donde hay mucho barullo. Franz tiene que irse con Mieke a casa, tiene que hablar con ella, estar con ella. Le cuenta la conversación con el obrero del pelo gris. Mieke es muy cariñosa con él, pero él sólo quiere saber si tenía razón. Ella sonrío, no comprende, le acaricia las manos[173], el pájaro se ha despertado, Franz suspira, ella no consigue tranquilizarlo.

Conspiración de señoras, las señoras tienen la palabra, el corazón de Europa no envejece

Y Franz no deja en paz la política. (¿Por qué? ¿Qué te atormenta? ¿Contra qué te defiendes?). Ve algo ahí, ve algo, quiere darles en la cara, le siguen provocando, lee Bandera Roja y el Sin trabajo[174]. Aparece con más frecuencia en casa de Herbert y Eva con Willi. Pero ellos no pueden tragar al tipo. A Franz tampoco le cae muy bien, pero se puede hablar con el muchacho, sabe más que cualquiera cuando se trata de política. Cuando Eva le pide a Franz que deje a ese sujeto, al Willi, que sólo le saca dinero y no es más que un ratero, Franz está totalmente de acuerdo; en realidad, Franz no quiere nada con la política, nunca le ha gustado. Pero hoy promete deshacerse de Willi y mañana está paseando otra vez con ese golfo y se lo lleva a remar.

Eva le dice a Herbert: «Si no se tratase del Franz y no hubiera tenido esa

pejiguera del brazo, yo sabría cómo curarlo». «¿Cómo?». «Eso te lo puedo asegurar, no seguiría ni dos semanas con ese jovenzuelo, que sólo lo está desplumando. Quién va con un tipo así. En primer lugar, si yo estuviera en el puesto de la Mieke, haría que le echaran el guante». «¿A quién, al Willi?». «Al Willi o al Franz. Daría igual. Pero que aprendieran. Si alguno de ellos estuviera a

la sombra, se daría cuenta de quién tenía razón». «Pero qué furiosa estás con el Franz, Eva». «Bueno, para eso le busqué a la Mieke, y ella se mata ahora con los dos tipos que tiene para que el Franz pueda hacer sus cosas. No, el Franz tiene que atender un poco a razones. Sólo tiene ya un brazo, ¿cómo va a acabar? Y ahora se mete en política y enfada a la chica». «Sí, se enfada muchísimo. Me lo soltó ayer. Siempre está en casa, esperando a que él vuelva ¿Qué vida es ésa para una chica?». Eva lo besa: «A mí me pasa lo mismo. ¡Que empezaras tú a no venir a casa y a dedicarte a esas bobadas y a correr a los mítines! ¡Herbert!».

«Bueno, ¿qué pasaría entonces, chatita?». «Primero te sacaría los ojos y luego te mandaría a freír espárragos». «Pues me iría de buena gana, chatita». Ella le da un golpe en la boca, se ríe, luego sacude a Herbert: «Te digo que no consiento que me echen a perder así a la chica, a la Sonja, para eso vale demasiado. Como si el hombre no se hubiera pillado ya los dedos, y además no saca nada de eso».

«Bueno, pues intenta hacer algo con nuestro Franzeken. Desde que conozco al muchacho ha sido siempre bueno y simpático, pero hablarle es como hablar a la pared, no escucha». Eva piensa en cómo quiso ganárselo cuando apareció Ida, y luego en cómo le advirtió, en cómo sufrió por él, tampoco ahora es feliz.

«No lo entiendo —dice de pie en medio de la habitación—, el hombre tuvo esa historia con Pums, y eran unos criminales, y no

ha movido un dedo. Ahora le va bien, pero un brazo es un brazo». «Eso digo yo». «No quiere hablar de ello, de eso no hay duda. Pero te voy a decir una cosa, Herbert. La Mieze, naturalmente, conoce la historia del brazo. Pero dónde ocurrió y quién fue, tampoco lo sabe. Se lo he preguntado. No lo sabe y no quiere hablar de eso. Es un poco blandengue, la Mieze. Bueno, quizá se preocupe ahora, cuando está sola en casa esperando, pensando en nuestro Franz, en dónde está y en que, naturalmente, puede pasarle algo así. La Mieze llora lo suyo, naturalmente no delante de él. Ese hombre le anda buscando tres pies al gato. Debería ocuparse de sus asuntos. La Mieze tendría que pincharle en lo de Pums». «Anda ya».

«Sería lo mejor. Te lo digo yo. Es lo que Franz debería hacer. Y si agarrase una navaja o una pistola, ¿no tendría razón?». «Por mí, desde luego. Yo también he andado preguntando por ahí. La gente de Pums está totalmente muda; nadie sabe nada». «Ya habrá alguno que lo sepa». «Bueno, ¿entonces qué quieres?». «De eso es de lo que debería ocuparse Franz, y no de Willi y los anarquistas y comunistas y toda esa mierda que no da dinero». «No te vayas a pillar los dedos, Eva».

El amigo de Eva se ha ido a Bruselas, y ella puede invitar a Mieke a su casa y enseñárselo todo, como hace la gente elegante. De eso no sabe nada todavía Mieke. El hombre está tan loco por Eva, que hasta ha hecho arreglar para ella una pequeña habitación de niños, donde viven dos monitos. «¿Te crees que es para los monitos, Sonja? Sí, sí, narices. Los he metido ahí sólo porque es un cuarto muy bonito; no, y los monitos le encantan a Herbert, y siempre se divierte mucho cuando viene». «Pero oye, ¿lo traes aquí?». «¿Qué tiene de malo? El viejo lo conoce y está celosísimo, bueno, eso es lo bonito. Crees que si no estuviera celoso no me hubiera mandado hace tiempo a paseo. El hombre quiere un hijo mío, figúrate, ¡para eso es la habitación!». Se ríen, es una habitación agradable, pintada de colores, llena de cintas, con una camita de niño baja. Por los barrotes de la cama suben y bajan los monitos; Eva coge uno contra su pecho y mira ante sí sin ver: «Le hubiera dado gusto en lo del niño, pero de él no lo quiero. No, de él no». «Bueno, y Herbert no quiere tenerlos». «No, yo quisiera uno de Herbert. O de Franz. ¿Estás enfadada, Sonja?».

Sonja, sin embargo, hace algo muy distinto de lo que esperaba Eva. Sonja grita, tiene el rostro desencajado, aparta al monito del pecho de Eva y abraza violenta, feliz, beatífica y tiernamente a Eva, que no comprende nada y vuelve el rostro, porque Sonja no deja de besarla. «Anda, Eva, anda. No estoy enfadada, me alegro de que él te guste. Dime, ¿cuánto te gusta? Te gustaría tener un

hijo suyo, pues díselo». Eva consigue liberarse de Sonja. «Tú estás loca, mujer. Oye,

¿qué te pasa? Dime la verdad: ¿quieres traspasármelo?». «No, por qué, quiero conservarlo, es mi Franz. Pero tú eres mi Eva». «¿Qué soy yo?». «Pues mi Eva, mi Eva».

Y Eva no puede defenderse, Sonja la besa en la boca, la nariz, las orejas, el cuello; Eva se queda quieta, luego, cuando Sonja entierra su rostro en el pecho de ella, le levanta la cabeza con fuerza: «Tú eres tortillera». «Qué va — tartamudea la otra, librando otra vez su cabeza de las manos de Eva, y apoyándola contra su rostro, me gustas, no lo sabía. Antes, cuando dijiste que querías un hijo suyo...». «Bueno, ¿y qué, mujer? ¿Te sentó mal?». «No, Eva. No sé». Y Sonja tiene el rostro encendido y mira a Eva desde abajo: «¿De verdad

querrías tener un hijo suyo?». «Pero, ¿qué te pasa?». «¿Lo querrías?». «No, era hablar por hablar». «Sí, quieres uno, no hablas por hablar, lo quieres, lo quieres». Y otra vez se entierra Sonja en el pecho de Eva y la aprieta contra sí, ronroneando con delicia: «Es tan bonito que quieras un niño suyo, ay, es tan bonito, soy tan feliz, ay, qué feliz soy».

Eva lleva a Sonja a la habitación de al lado, la echa en el diván: «Tú eres tortillera, mujer». «No, no soy tortillera, nunca he tocado a ninguna». «Pues a mí te gustaría». «Sí, porque me gustas y porque

quieres tener un hijo suyo. Y lo tendrás». «Tú estás loca, chica». La otra está totalmente arrebatada y le sujeta las manos de Eva, que quiere levantarse: «Ay, no digas que no, quieres uno de él, tienes que prometérmelo. Prométeme que tendrás un hijo con él». Eva tiene que soltarse por la fuerza de Sonja, que se queda tendida blandamente, con los ojos cerrados y haciendo ruido con los labios.

Luego Sonja se levanta y se sienta a la mesa junto a Eva, donde la sirvienta les trae un almuerzo con vino. Para Sonja, café y cigarrillos; Sonja sigue soñando, transfigurada y confusa. Como siempre, lleva un sencillito vestido blanco; Eva tiene puesto un quimono de seda negra. «Bueno, chica, Sonja, ¿se puede hablar ya contigo sensatamente?». «Siempre se puede». «¿Te gusta mi casa?». «Que si me gusta». «Ya ves. ¿Y el Franz te gusta?». «Sí». «Bueno, pues quiero decirte que, si te gusta el Franz, cuides del muchacho. Anda por ahí, donde no se le ha perdido nada bueno, y siempre con el Willi, ese pillastre». «Sí, le cae bien». «¿Y a ti?». «¿A mí? A mí también. Si le cae bien al Franzen, me cae bien a mí». «Eso es muy propio de ti, chica, no conoces a la gente, eres demasiado joven. Esas compañías no son para el Franz, te lo digo yo, y lo dice Herbert también. Es un pillastre. Arrastra al Franz. ¿No le basta ya con un brazo?». Sonja palidece instantáneamente, se le cae el cigarrillo en el ángulo de la

boca, lo deja y pregunta en voz baja: «¿Pero qué pasa? Por Dios». «Quién sabe lo que pasa. Yo no ando todo el día detrás de Franzen y tú tampoco. Claro, lo sé, tampoco tienes tiempo. Pero que te cuente adónde va, ¿qué te cuenta él?». «Uf, sólo de política, y de eso no entiendo». «Pues ya ves, eso es lo que hace, política, y nada más que política con los comunistas y los anarquistas y esa gentuza que anda por ahí con el culo roto. Con esa gente anda Franz. ¿Y eso te gusta, tú, para eso trabajas?». «No puedo decirle a Franz que vaya ni que deje de ir; Eva, eso no se puede hacer». «Si no fueras tan pequeña, que aún no has cumplido los veinte, habría que darte una bofetada. De repente no le puedes decir nada. ¿Tendrá que acabar mal otra vez?». «No acabará mal, Eva. Tendré cuidado». Es extraño, la pequeña Sonja tiene lágrimas en los ojos y reclina la cabeza, Eva mira a la chica y no sabe qué pensar de ella; ¿lo quiere tanto? «Tómame un tinto, Sonja, el viejo siempre trasiega tinto, anda».

Le echa a la pequeña medio vaso, mientras una lágrima rueda por las mejillas de la pequeña, que sigue teniendo la cara igual de triste. «Otro traguito, Sonja». Eva deja el vaso y le acaricia a Sonja las mejillas, pensando si volverá a excitarse. Pero ella sigue mirando sin ver, se pone en pie, va hasta la ventana y mira a la calle. Eva se pone junto a Sonja, a esta chica no hay quien la entienda.

«No tienes que tomártelo tan a pecho lo del Franzen, Sonjaken, lo que he dicho,

no era ésa mi intención. Lo que pasa es que no debes dejarlo con el tonto del Willi, el Franz es tan buenazo, sabes, haría mejor en ocuparse de Pums y de quien le aplastó el brazo, hacer algo».

«Tendré cuidado», dice en voz baja la pequeña Sonja y, sin levantar la cabeza, rodea con un brazo a Eva, y así se quedan las dos casi cinco minutos. Eva piensa: ésta se la consiento a Franz, pero ninguna otra.

Luego juegan por el cuarto con los monitos. Eva se lo enseña todo y Sonja se admira de las cosas que hay: Los vestidos de Eva, los muebles, las camas, las alfombras. ¿Sueña ya con el momento hermoso en que será coronada Reina del Pixavon? ¿Se puede fumar aquí? Claro que se puede. Me asombra cómo puede mantener en el mercado durante años un cigarrillo de tal calidad a ese precio; tengo la satisfacción de comunicárselo. ¡Oye, qué bien huele! El maravilloso aroma de las rosas blancas, discreto, como exige la mujer alemana distinguida, y sin embargo, lo bastante intenso para desarrollar toda su fuerza. Ah, la vida de una estrella de cine americana es en realidad muy distinta de lo que hacen suponer las leyendas que la rodean. Llega el café y Sonja canta una canción:

En Abrúdpanta hay bandidos. Y es Güito su capitán, Ellos son los forajidos,

Pero él no es un rufián. En medio del bosque oscuro Ve a la hija de Marschán. Pronto: ¡Para ti, lo juro, Siempre mis labios serán!

Pero han sido descubiertos Y se acerca el cazador. Los amantes, ya despiertos, han mudado la color. Y su padre la maldice Y amenaza al salteador. Padre mío, la hija dice, Yo merezco tu furor.

En la torre negra y fría, Güito sueña su pasión. Isabella desearía Liberar su corazón. Y muy pronto lo consigue: Lo saca de la prisión. Él su vida no prosigue Y evita la ejecución[175].

Llega de nuevo al castillo, Porque la quiere salvar: Le están poniendo el

anillo En las gradas del altar. Ella dice «sí» temblando En el momento fatal. Ante el enlace nefando, Güito grita: ¡Criminal!

Cae desmayada Isabella. Y muy pálida es su faz. Ningún beso la desvela, Y Güito se yergue audaz: Tú eres culpable, le dice, Al rudo progenitor. Tú has hecho que finalice De su mejilla el rubor.

El capitán la acompaña A su última mansión, Al inclinarse le extraña Sentir su respiración. Muy raudo la toma en brazos Y la sube en su corcel. El piensa que sus abrazos Serán para ella cuartel.

Mas tienen que andar huidos Sin encontrar protección, Y se encuentran, desvalidos, En gran desesperación. Nos quitaremos la

vida. Beben veneno los dos. Y, con esta despedida, Que sólo los juzgue Dios.

Sonja y Eva saben que es sólo una cancioncilla del mercado semanal que canturrean ante un cartelón con dibujos; pero las dos se ponen a llorar cuando termina, y no pueden encender otra vez enseguida sus cigarrillos.

Se acabó la política, pero el eterno farniente es mucho más peligroso aún

Y Franzeken Biberkopf sigue enredando todavía un poco con la política. El brillante Willi no tiene mucho dinero, tiene una cabeza clara y despierta, pero entre los rateros es un principiante, y por eso explota a Franz. En otro tiempo estuvo en un correccional, y alguien le habló allí del comunismo y de que no es nada, y de que una persona con sentido común sólo cree en Nietzsche y Stirner[176] y hace lo que le da la gana; y lo demás son sandeces. Por eso el tipo, listo e irónico, se divierte ahora enormemente yendo a los mítines políticos y haciendo oposición desde la sala. En los mítines pesca gente con la que hace negocios o a la que, simplemente, toma el pelo.

Franz sigue todavía con él algún tiempo. Luego acaba, y también con la

política, incluso sin necesidad de Mieke ni Eva.

Una noche, tarde, está sentado a una mesa con un carpintero de cierta edad al que ha conocido en un mitin; entretanto, está junto al mostrador, hablando con otro. Franz tiene el brazo apoyado en la mesa, la cabeza en la mano izquierda y escucha lo que está diciendo el carpintero, que dice: «Sabes, compañero, sólo he ido al mitin porque mi mujer está enferma y por la noche no me necesita para nada en casa; necesita tranquilidad, a las ocho, con la octava campanada, toma sus pastillas para dormir y el té, y entonces tengo que apagar las luces y qué voy a hacer allí. Hay que irse a la tasca cuando se tiene una mujer enferma».

«Hombre, llévala al hospital. En casa no se pondrá bien». «Ya estuvo en el hospital. Pero la saqué otra vez. La comida no le gustaba, y tampoco se puso mejor».

«¿Está muy enferma tu mujer?».

«La matriz se le ha juntado con el intestino o algo así. Y la han operado ya, pero no ha servido de mucho. Del vientre. Y ahora dice el médico que son sólo los nervios y que no tiene nada. Pero tiene dolores y se pasa el día gimiendo».

«Qué cosas».

«Pronto la dará de alta, ya verás. Ya ha ido dos veces al médico del seguro, sabes, pero no puede volver. La da de alta. Si alguien está enfermo de los nervios es que está sano».

Franz escucha todo eso, también él estuvo enfermo, le aplastaron el brazo, estuvo en Magdeburgo en la clínica. Ahora todo eso no le interesa, es otro mundo. «¿Quiere otra cerveza?». «Aquí». «Una cerveza». El carpintero mira a Franz: «¿Tú no eres del Partido, compañero?».

«Antes sí. Pero ahora ya no. No sirve de nada».

El tabernero se sienta a su mesa, saluda al carpintero con un «hola, Ede» y le pregunta por los chicos, y luego cuchichea: «Oye, no volverás a meterte en política». «Precisamente hablábamos de eso. Ni por pienso».

«Eso está bien. Te digo, Ede, y mi hijo dice lo mismo: con la política no ganamos un céntimo ni nos ayuda a medrar, sólo medran los demás».

El carpintero lo mira con los ojos medio cerrados: «De manera que eso dice ya el pequeño Augusto».

«El muchacho vale, te lo digo yo; a ése no hay quien lo engañe, que lo intenten. Lo que queremos es ganar dinero. Y... las cosas van muy bien. Por eso no hay que quejarse».

«Bueno, salud, Fritze. Estoy de acuerdo en todo».

«Me cisco en todo el marxismo, en Lenin, Stalin y demás compadres[177]. Lo que importa es que me den crédito, guita, y cuánta y por cuánto tiempo... Sabes, eso es lo que mueve al mundo».

«Bueno, tú no lo has hecho tan mal». Franz y el carpintero se quedan sentados en silencio. El tabernero sigue parloteando, pero el carpintero estalla:

«Yo no entiendo nada de marxismo. Pero ten cuidado, Fritze, las cosas no son tan simples como te las imaginas en tu sesera. De qué me sirve a mí el marxismo o lo que dicen los otros, los rusos, o el Willi con su Stirner. También puede ser mentira. Lo que yo necesito lo puedo contar cada día con los dedos de la mano. Entiendo muy bien lo que significa que alguien me muela a golpes. O si estoy aquí, en mi puesto, y mañana me echan a la calle, porque no hay pedidos, el maestro se queda, y el jefe, naturalmente, también; sólo yo tengo que irme a la calle y dedicarme al subsidio. Y... si tengo tres mocosos que van a la escuela, y la mayor tiene las piernas torcidas por el raquitismo, no puedo enviarla afuera, pero quizá lo haga la escuela. Mi mujer podría ir a la Protección de Menores o a qué sé yo dónde, pero tiene que hacer, ahora está enferma, pero por lo demás es trabajadora, vende arenques, y los mocosos aprenden lo mismo que nosotros, imagínate. Pues ya ves. Y yo puedo comprender que otra gente enseñe a sus hijos idiomas extranjeros y que en

verano vayan a los baños, mientras nosotros no tenemos cuartos para que puedan ir siquiera hasta Tegel. Y los niños ricos no tienen las piernas torcidas tan fácilmente. Y si tengo que ir al médico porque tengo reumatismo, primero tenemos que esperar lo menos treinta en la sala de espera y luego me pregunta: ese reumatismo lo tendría seguro ya antes, y

¿cuánto tiempo lleva usted en el trabajo, y tiene usted los papeles? No me cree una palabra, y entonces tengo que ir al médico del seguro, y si quiero que la seguridad del Estado, para la que siempre le están descontando a uno, me envíe a algún sitio, bueno, te aseguro que tienes que llevar la cabeza bajo el brazo para que te manden a algún lado. Fritze, todo eso lo entiendo yo sin ponerme gafas. Habría que ser camello en un parque zoológico para no entenderlo. Y para eso nadie necesita hoy a Karl Marx. Sin embargo, Fritze, sin embargo, no deja de ser verdad».

Y el carpintero levanta su cabeza gris y mira al tabernero con los ojos muy abiertos. Se mete otra vez la pipa en la boca, suelta una bocanada de humo y

espera que alguien responda. El tabernero gruñe, estira la boca y parece muy poco contento: «Hombre, tienes razón. Mi chica más pequeña tiene también las piernas torcidas, y tampoco yo tengo dinero para mandarla al campo. Pero, al fin y al cabo, siempre ha habido ricos y pobres. Eso no lo vamos a cambiar ni tú ni yo».

El carpintero fuma impasible: «Lo único que sé es una cosa: que sea pobre el que tenga ganas de serlo. Sí, que lo sean otros antes que yo. Yo no tengo ninguna gana. Con el tiempo se cansa uno».

Hablan con mucha calma, beben lentamente su cerveza. Franz sigue escuchando. Willi vuelve del mostrador. Franz tiene que ponerse en pie, coger el sombrero, irse: «No, Willi, hoy quiero meterme pronto en la piltra. Ya sabes, de ayer».

Y Franz camina solo por la calle calurosa y polvorienta, rumm di bum di dummel di dai. Rumm di bum di dummel di dai. Un momento, pequeñito, pronto Haarmann llegará, y cogiendo un cuchillito tus mantecas sacará, un momento, pequeñito, pronto Haarmann, llegará[178]. Maldita sea, adónde voy, maldita sea, adónde voy. Y se detiene y no puede cruzar la calle, luego se vuelve, recorre otra vez la calle calurosa, pasa junto a la taberna, donde siguen sentados los otros, donde sigue sentado el carpintero frente a su cerveza. No voy a entrar. El carpintero ha dicho la verdad. Ésa es la verdad. De qué me sirve la política, toda esa mierda. De nada. De nada.

Y Franz camina otra vez por las calles calurosas, polvorientas y agitadas. Agosto. En la Rosenthaler Platz hay más gente, alguien vende periódicos, Berliner Arbeiter-Zeitung[179], Tribunal Secreto Marxista, un judío checo, corruptor de menores, sedujo a 20 muchachos, sin embargo, no ha sido detenido; también yo los he vendido. Terrible calor hoy. Y Franz se detiene y le compra al hombre el periódico, la verde cruz gamada en la cabecera, el inválido tuerto del

«Nuevo Mundo». Bebe, hermano, bebe, deja tus penas en casa, olvida disgustos

y olvida el dolor, tendrás una vida mejor, olvida disgustos y olvida el dolor, tendrás una vida mejor.

Y sigue andando alrededor de la plaza, entra en la Elsasser Strasse, cordones para zapatos, Lüders, olvida disgustos y olvida el dolor, tendrás una vida mejor.

Ha pasado ya mucho tiempo, las Navidades del año pasado, ha pasado tiempo, aquí me situaba yo, frente a Fabisch, voceando, qué porquería era aquélla, unas cosas para la corbata, sujetadores de corbata, y Lina, Lina, la polaca, venía a buscarme.

Y Franz camina, no sabe lo que quiere, vuelve a la Rosenthaler Platz y se detiene delante de Fabisch, en la parada del tranvía, enfrente de Aschinger. Y espera. ¡Eso es lo que quiere! Está allí, esperando, y se siente como una aguja magnética... ¡hacia el

norte! Hacia Tegel, la cárcel, los muros de la cárcel. Allí es donde quiere ir. Allí es donde tiene que ir.

Y entonces ocurre que el 41 llega, se detiene y Franz sube. Siente que ha hecho bien. Vámonos, y se va, y el 41 lo lleva hacia Tegel. Paga 20 pfennig, tiene el billete, va hacia Tegel, todo va sobre ruedas, eso me gusta. ¡Qué bien se siente! Es verdad que está yendo allí, Brunnenstrasse, Uferstrasse, Alleen, Reinickendorf, es verdad, todo eso existe, está yendo hacia allí, ahí lo pone. ¡Y ahora todo está bien! Y mientras está allí sentado, se hace cada vez más verdadero, más intenso, más pujante. Tan profunda es la satisfacción que siente, tan fuerte, tan irresistible es su bienestar, que Franz, sentado, cierra los ojos y cae en un profundo sueño.

El tranvía ha pasado ya en la oscuridad el ayuntamiento. Berliner Strasse, Reinickendorf Oeste, Tegel, final de trayecto. El cobrador lo despierta, lo ayuda a incorporarse: «Aquí se acaba. ¿Adónde va usted?». Franz sale dando un traspies: «A Tegel». «Bueno, pues ahí lo tiene». Éste lleva una buena, así se beben los inválidos su pensión.

Porque Franz se siente acometido por una necesidad de dormir tan violenta, que, en la misma plaza en que está, navega a toda vela hacia el primer banco que hay tras una farola. Una pareja de guardias lo despierta a las tres, no le hace nada, el hombre parece decente, lleva una buena encima, pero podrían desplumarlo. «No puede dormir aquí, ¿dónde vive?».

Y entonces Franz tiene bastante. Bosteza. Quiere irse a la cunita.
Sí, esto es

Tegel, qué tenía que hacer aquí, tenía algo que hacer aquí, sus pensamientos se confunden, tengo que ir a la piltra y nada más. Tristemente dormita: sí, sí, esto es Tegel, no sabe qué pensar, sí, ahí estuvo a la sombra. Un coche. Qué pasaba, qué tenía que hacer yo en Tegel. Oiga, despiérteme si me quedo dormido.

Y el sueño profundo vuelve y le abre los ojos y Franz lo sabe todo.

Y hay una montaña y el viejo se levanta y dice a su hijo: ven conmigo. Ven conmigo, dice el viejo a su hijo y echa a andar y el hijo echa a andar con él, anda tras él hacia la montaña, subiendo, bajando, montañas, valles. ¿Cuánto falta, padre, aún? No lo sé, cuesta arriba, cuesta abajo, hacia la montaña, tú ven. ¿Estás fatigado, hijo, no quieres venir? Oh no estoy fatigado; si quieres que vaya contigo, iré. Sí, tú ven. Cuesta arriba, cuesta abajo, valles, es un camino largo, es mediodía, ya estamos. Mira a tu alrededor, hijo mío, hay ahí un altar. Sí, Tengo miedo, padre. ¿Por qué tienes miedo, hijo? Me despertaste temprano, salimos, olvidamos el cordero que queríamos sacrificar. Sí, lo hemos olvidado. Cuesta arriba, cuesta abajo, los largos valles, lo hemos olvidado, no hemos traído el cordero, ahí

está el altar, tengo miedo. Tengo que quitarme el manto, ¿tienes miedo, hijo mío? Sí, tengo miedo, padre. Yo también tengo miedo, hijo, acércate más, no tengas miedo, lo tenemos que hacer. ¿Qué tenemos que hacer? Cuesta arriba, cuesta abajo, los largos valles, me levanté tan temprano. No tengas miedo, hijo, hazlo de buena gana, acércate más a mí, ya me he despojado del manto, ya no puedo mancharme las mangas de sangre. Tengo miedo porque tienes un cuchillo. Sí, tengo un cuchillo, tengo que degollarte, tengo que sacrificarte, el Señor lo ordena, hazlo de buena gana, hijo mío.

No, no puedo hacerlo, gritaré, no me toques, no quiero ser degollado. Ahora estás de rodillas, no grites, hijo mío. Sí, gritaré. No grites; si tú no quieres no podré hacerlo, quiérello. Cuesta arriba, cuesta abajo, por qué no he de volver a casa. Qué quieres hacer en casa, el Señor es más que la casa. No puedo, bueno sí, no, no puedo. Acércate más, mira, ya tengo aquí el cuchillo, míralo, está muy afilado, es para tu cuello. ¿Me atravesará la garganta? Sí. ¿Y saltará la sangre? Sí. El Señor lo ordena. ¿Lo quieres tú? Todavía no puedo, padre. Ven pronto, no puedo asesinarte; si lo hago, ha de ser como si tú mismo lo hicieras. ¿Como si yo mismo lo hiciera? Oh. Sí, y sin miedo. Oh. Y sin amar la vida, tu vida, porque la ofrecerás al Señor. Acércate más. ¿Dios Nuestro Señor lo quiere? Cuesta arriba, cuesta abajo, me levanté tan temprano. ¿No querrás ser un cobarde? ¡Ya sé, ya sé, ya sé! ¿Qué sabes tú,

hijo mío? Ponme el cuchillo aquí, espera, me descubriré el cuello para que quede desnudo. Parece que sabes algo. Sólo tienes que querer y yo tengo que quererlo, lo haremos los dos, entonces llamará el Señor, lo oiremos llamar: escucha. Sí; ven aquí, presenta tu cuello. Sí. No tengo miedo, lo

hago de buena gana. Cuesta arriba, cuesta abajo, los largos valles, pon el cuchillo, corta, no gritaré.

Y el hijo echa el cuello hacia atrás, el padre se pone a su espalda, le aprieta la frente, con la derecha levanta el cuchillo de degollar. El hijo lo quiere. El Señor llama. Los dos caen de bruces.

¿Qué dice la voz del Señor? Aleluya. A través de los montes, a través de los valles. Me habéis obedecido, aleluya. Viviréis. Aleluya. Detente, arroja el cuchillo al abismo. Aleluya. Soy el Señor, a quien obedecéis y a quien debéis obedecer siempre y sólo a él. Aleluya. Aleluya. Aleluya. Aleluya. Aleluya. Aleluya. Aleluya. Aleluya, luya, luya, luya, aleluya, luya, aleluya[180].

«Mieze, nena, nenita, ríñeme todo lo que quieras». Franz trata de sentar a Mieze en sus rodillas. «Pero di algo. Qué he hecho yo, ¿es

por haber llegado ayer tan tarde?». «Oye, Franz, vas a acabar mal si sigues con esa gente». «¿Por qué dices eso?». «El chófer tuvo que subirte por las escaleras. Y cuando te digo algo, ni una palabra, te echas y a soñar». «Pero si ya te lo he dicho, estuve en Tegel, sí señor, solo, completamente solo». «Oye, Franz, ¿es verdad eso?».

«Completamente solo. Una vez cumplí allí unos añitos». «¿Y te queda algo aún?». «No, lo cumplí todo, hasta el último día. Quería echar una ojeada a aquello, y por eso no tienes que enfadarte, nenita».

Ella se sienta entonces a su lado y lo mira tan cariñosa como siempre:

«Franz, no te metas en política». «No me meto en política». «¿Y tampoco vas a los mítines?». «Creo que no volveré». «¿Me lo dirás si vas?». «Sí».

Mieze pone el brazo alrededor de los hombros de Franz, apoya su cabeza contra la de él, no dicen nada.

Y otra vez no hay nadie más contento que nuestro Franz Biberkopf, que ha

mandado la política al diablo. No se va a partir la cabeza. Va a las tabernas, canta y juega a las cartas, y Mieze ha conocido ya a un señor que es casi tan rico como el de Eva, pero casado, lo que es

mejor aún, y que le pone un elegante pisito con dos habitaciones sin amueblar.

Y Franz no puede evitar tampoco lo que Mieke quiere. Eva lo sorprende un día en el piso y, por qué no, si la propia Mieke lo quiere, pero Eva, y si tienes un niño de veras, hombre, si lo tengo, el viejo me construye diez palacios, qué importancia se iba a dar.

La mosca sale arrastrándose, la arena se le cae, pronto volverá a Zumber

No hay mucho que contar de Franz Biberkopf, al chico lo conocemos ya. Lo que hará una cerda cuando entra en su pocilga se lo puede uno imaginar. Sólo que una cerda tiene más suerte que un hombre, porque está hecha de un montón de carne y de grasa, y lo que le puede pasar no es mucho, con tal de que el pienso le llegue: todo lo más podrá parir otra vez, y al final de su vida le espera el cuchillo, que en fin de cuentas tampoco es demasiado malo ni excitante: antes de que note nada —y qué puede notar un animal así— habrá acabado ya. Un hombre, en cambio, tiene unos ojos, y en él hay muchas

cosas, todas desordenadas; puede pensar un infierno de cosas y tiene que pensar (su cabeza es terrible) en lo que le va a ocurrir.

Así vive nuestro gordísimo, queridísimo y manco Franz Biberkopf, Biberköppchen, su vida habitual durante el mes de agosto, que es todavía soportablemente templado. Y Franzeken sabe ya remar muy bien con el brazo izquierdo, y de la policía tampoco vuelve a saber nada, aunque él no se presenta más, precisamente están también de vacaciones de verano en la comisaría, Dios, al fin y al cabo esos funcionarios tampoco tienen más que dos piernas, y por las cuatro perras que ganan no se las van a partir, y por qué tendría uno que andar por ahí averiguando, qué pasa con Franz Biberkopf, qué Biberkopf, hombre, precisamente Biberkopf, y por qué no tiene más que un brazo, cuando antes tenía dos; dejadlo que enmohezca entre los expedientes, después de todo uno tiene otras cosas en que pensar.

Sin embargo las calles están ahí, en ellas se oye y se ve toda clase de cosas,

uno recuerda algo de antes, lo que no quiere, y luego la vida pasa de una forma, día a día, y hoy ocurre algo, y uno se lo pierde, mañana ocurre otra cosa, y se olvida también, siempre le ocurre a uno algo. La vida se arreglará, sueña él, dormita él. En un día caluroso se puede cazar una mosca en la ventana y ponerla en un tiesto y soplarle arena encima: si es una mosca sana y como es

debido, saldrá arrastrándose y la arena soplada no le afectará.
Eso es lo que piensa Franz

a veces, cuando ve esto o aquello, a mí me va bien, qué me importa esto y qué me importa aquello, y la política no me importa nada y si la gente es tan idiota como para dejarse explotar, no es culpa mía. Por qué va a tener uno que romperse la cabeza por todo el mundo.

Sólo de la bebida tiene que apartarlo Mieke con firmeza, porque ése es el punto débil de Franz. Tiene una necesidad congénita de soplar, lo lleva dentro y siempre vuelve a salir. El dice: así echa uno grasitas y no piensa tanto. Pero Herbert le dice a Franz:

«Hombre, no bebas tanto. Eres un tío de suerte. Mira, ¿qué eras antes? Vendedor de periódicos. Ahora te falta un brazo, ahora tienes a tu Mieke, tus ingresos, no irás a empezar a soplar otra vez como en la época de Ida». «De eso nada, Herbert. Si soplo es para matar el tiempo. Estás sentado ahí y qué vas a hacer: bebas uno y luego bebas otro y otro más. Y además, mírame, lo aguanto». «Hombre, dices que lo aguantas. Bueno, gordo sí que estás otra vez, pero mírate en el espejo esos ojos que tienes». «¿Qué les pasa a mis ojos?».

«Bueno, toca, bolsas como las de un viejo; qué edad tienes, estás envejeciendo de beber, el beber envejece».

«Vamos a dejarlo. ¿Qué hay de nuevo en vuestra casa? ¿Qué haces ahora, Herbert?». «Pronto empezaremos otra vez, tenemos dos chicos nuevos, lo hacen muy bien. ¿Conoces a Knopp, ese que sabe tragar fuego? Pues mira, él ha buscado a los chicos. Les dijo: ¿cómo, queréis trabajar conmigo? Primero tenéis que demostrar qué sabéis hacer. Dieciocho, diecinueve años. De manera que Knopp se sitúa al otro lado, en la esquina de la Danziger, para ver lo que saben hacer. Le echan el ojo a una vieja y ven que saca dinero del banco. Los dos, siempre detrás. Knopp cree que le darán un pequeño empujón y luego el tirón y adiós. Pues no, la vigilan pacientemente y van con ella hasta donde vive, y están ya allí cuando ella llega con sus pasitos, la vieja, y le miran a la cara. Oiga, no es usted la señora Müller, así se llama de verdad, y entonces se ponen a charlar con ella hasta que llega el tranvía, y entonces pimienta en la cara, tirón al bolso, portazo y al otro lado de la calle. Knopp les riñe y dice que eso ha sido totalmente innecesario, el subirse al tranvía; antes de que ella abriera la puerta de la casa y de que nadie supiera quién fue, hubieran podido estar tranquilamente sentados al otro lado en la taberna. Al correr sólo podían despertar sospechas».

«¿Y saltaron pronto al menos?». «Sí. Y entonces los dos, como Knopp les seguía

dando la lata, hicieron otra cosa: se llevaron a Knopp y cogieron simplemente un

ladrillo para, a las nueve de la noche y en la Romintener Strasse, cargarse el cristal de una relojería, meter la mano y salir arreando. Y no sacaron nada. Esos chicos son más frescos que una lechuga, y se quedaron luego allí en medio de la gente. Sí, nos van a ser útiles». Franz baja la cabeza: «Chicos listos». «Bueno, tú no lo necesitas». «No... no lo necesito. Y por el día de mañana no me voy a romper la cabeza». «Lo que tienes que hacer es dejar de beber, Franz».

El rostro de Franzen tiembla: «Por qué no voy a beber, Herbert, qué queréis todos de mí. No puedo hacer nada, no puedo hacer nada, soy un inválido al cien por cien». Mira a Herbert a los ojos, se le caen las comisuras de los labios:

«Sabes, todos me están siempre sermoneando, uno dice que no beba, otro dice, no vayas con Willi, otro: hombre, deja la política». «Contra la política no tengo nada, eso puedes».

Y entonces Franz se recuesta en su silla y vuelve a mirar a su amigo Herbert, que piensa: se le está descomponiendo la cara y es un tipo peligroso, por muy bueno que sea Franz en otras cosas. Franz susurra, dándole con el brazo extendido: «Me han convertido en un lisiado, Herbert, mírame, no valgo para nada». «Bueno, no exageres. Eso díselo a Eva o a la Mieze». «Para la cama sí valgo, lo sé. Pero tú, tú eres alguien, haces algo y también los chicos». «Bueno, y tú, si quieres de verdad, también puedes hacer negocios con ese brazo». «No me dejan. Y tampoco la Mieze

quiere. Me lo ha dicho con toda claridad». «Pues hazlos a pesar de todo, empieza otra vez». «Sí, ahora que empiece otra vez. Para y empieza. Como si fuera un perrito: súbete a la mesa, baja de la mesa, súbete a la mesa».

Herbert sirve dos coñacs; tengo que decirle algo a la Mieze, el muchacho no está en sus cabales, tiene que andarse con cuidado, cualquier día le entra otra vez la furia y pasa lo mismo que con Ida. Franz se bebe su vaso de un trago: «Soy un lisiado, Herbert; mira esta manga, está vacía. No sabes cómo me duele el hombro por la noche; no puedo dormir». «Pues vete al médico». «No quiero, no quiero, no quiero saber nada de médicos, ya tuve bastante en Magdeburgo».

«Pues entonces le diré a la Mieze que se vaya contigo y te vas de Berlín para

cambiar de aires». «Déjame beber, Herbert». Herbert le susurra al oído: «¡Para que hagas con la Mieze lo que hiciste con Ida!». Franz escucha: «¿Qué?».

«Eso». Ya ves, ahora me miras, mírame bien, no tuviste bastante con tus cuatro años. Franz pone el puño cerrado ante las narices de Herbert: «Oye, tú estás

loco». «No, yo no. ¡n!».

Eva ha estado escuchando detrás de la puerta, va a salir, entra con un elegante vestido castaño claro y le da a Herbert un

golpecito: «Déjalo beber, chico, ¡estás loco!». «Mujer, no comprendes. ¿Quieres que vuelva a ser como antes?». «Te has pasado, cierra el pico».

Franz mira a Eva fijamente.

Y media hora después le pregunta a Mieze en su cuarto: «¿Qué dices tú, puedo beber?». «Sí, pero sin abusar. Sin abusar». «¿Quieres emborracharte tú también?». «Sí, contigo». Franz está encantado: «Vaya, Mieze, de manera que quieres emborracharte, ¿no te has emborrachado nunca?». «Claro que sí. Ven vamos a emborracharnos. Ahora mismo».

Y hace un momento él estaba triste, y ahora ve Franz cómo ella está radiante,

y es igual que hace poco, cuando ella empezó con lo de Eva y con lo del niño. Y allí está Franz a su lado, qué chica más simpática, qué chica más buena, es tan pequeña a su lado que podría metérsela en la chaqueta, ella lo rodea con sus brazos, él le ciñe la cintura con su brazo izquierdo, y entonces... y entonces...

Y entonces Franz está ausente, sólo por un segundo. Su brazo sigue ciñendo la cintura de ella y está totalmente rígido. Pero con el pensamiento Franz no ha podido evitar hacer un movimiento con el brazo. Entretanto su rostro es duro como la piedra. En su pensamiento ha tenido en la mano... un pequeño instrumento de madera... y con él... le ha asestado un golpe a Mieze, en el

pecho, una vez y otra. Y le ha roto las costillas. Hospital, cementerio, el de Breslau.

Franz suelta a Mieke, y ella no sabe qué le pasa, se queda echada en el suelo a sus pies, y él gruñe y dice tonterías y gime y la besa y llora, y ella llora también, sin saber por qué. Y entonces ella trae dos botellas de aguardiente, y él dice una y otra vez «no, no», pero eso hace feliz, feliz, Dios, cómo se divierten los dos, cómo se ríen. Hace ya tiempo que Mieke hubiera debido reunirse con su galán, pero qué va a hacer la chica, se queda con su Franz, no puede ponerse en pie, ni mucho menos andar. Le quita a Franz su aguardiente de la boca y él quiere recuperarlo, pero a ella se le sale ya por la nariz. Y entonces empiezan a reírse sofocadamente y él ronca muy fuertemente hasta bien entrada la mañana.

Por qué me duele tanto el hombro, me han cortado el brazo.

De qué me dolerá tanto el hombro, me duele tanto el hombro.

Dónde habrá ido la Mieke. Me ha dejado solo.

Me han cortado el brazo, afuera con él, me duele el hombro, el hombro. Malditos perros, me han quitado el brazo, han sido ellos, perros, me han quitado el brazo y me han dejado aquí tendido. El

hombro, el hombro me duele, me han dejado aquí tendido, si hubieran podido me habrían arrancado también el hombro. Me habrían arrancado también el hombro. Me habrían arrancado también el hombro y no me dolería tanto, maldita sea. No me han matado, los muy perros, no lo han conseguido, no han tenido suerte conmigo, esa carroña, pero la cosa tampoco está bien, puedo quedarme aquí tendido y no hay un alma y quién va a oír mis berridos: me duele tanto el brazo, el hombro, hubiera sido mejor que esos perros me aplastaran por completo. Ahora no soy más que medio hombre. Mi hombro, mi hombro, no puedo más. Esa maldita carroña, esa carroña, me han destrozado, qué puedo hacer, dónde estará la Mieke, me dejan aquí tendido. Ay, ay, uy, ay, ayy, ayy.

La mosca se arrastra y se arrastra, está en el tiesto, la arena se le va cayendo, no le importa nada, se la sacude, estira su negra cabeza y acaba por salir afuera.

Ahí está junto al agua la gran Babilonia, la madre de la fornicación y de todas las abominaciones de la Tierra. Hay que ver, tienes que ver cómo se sienta sobre una bestia escarlata con siete cabezas y

diez cuernos. Cada uno de tus pasos la regocija. Está embriagada con la sangre de los mártires que ha despedazado. Ésos son los cuernos con los que embiste, viene del abismo y lleva a la condenación, mírala ahí, las perlas, la escarlata, la púrpura, los dientes, cómo los rechina, los labios gruesos y hinchidos de los que ha manado la sangre que con ellos ha bebido. ¡Babilonia la ramera! ¡Sus ojos venenosos y amarillos como el oro, su cuello hinchado! Cómo se ríe de ti.

Adelante, marcando el paso, redoble de tambores y batallones
Cuidado hombre, cuando caigan las granadas se pondrá todo
hecho un asco, adelante, las piernas altas, con decisión, tengo
que salir de aquí, adelante, adelante, lo peor que me puede
ocurrir es que me rompan un hueso, dummdrummdumm,
marcando el paso, uno dos, uno dos, izquierdo derecho,
izquierdo derecho, izquierdo derecho.

Franz Biberkopf desfila por las calles con paso firme, izquierdo
derecho, izquierdo derecho, nada de alegar cansancio, nada de

tabernas, nada de soplar, ya veremos, pronto suena una descarga, eso ya lo veremos, va por mí, caigo yo, izquierdo derecho, izquierdo derecho. Redoble de tambores y batallones. Por fin respira.

Marcha por Berlín. Cuando los soldados van por la ciudad, porquésera, pornádamas, sólo por el chíndara búmdara, por el chíndara búmdarada.

Las casas están calladas, sopla el viento en bocanadas, porquésera, pornádamas, sólo por el chíndaradada[181].

En su covacha sucia y mal ventilada —covacha sucia, por qué será, por nada más, mal ventilada, por nada más, sólo por el chíndarada— está Reinhold, el tío de la cuadrilla de Pums; cuando los soldados van por la ciudad, salen las muchachas a verlos pasar, lee el periódico, izquierdo derecho, izquierdo derecho, va por ti o va por mí, lee lo de los Juegos Olímpicos[182], uno dos, y que las pepitas de calabaza son un remedio contra la solitaria. Lo lee muy despacio, en alta voz para corregir la tartamudez. Cuando está solo, la cosa va bien. Recorta lo de la calabaza, cuando los soldados van por la ciudad, porque una vez tuvo la solitaria, probablemente la tiene todavía, quizá sea la misma, quizá sea otra, algún retoño de la vieja, habrá que probar con las pepitas de calabaza, de manera que hay que comérselas con cáscara, sin pelar. Las casas están calladas, sopla el viento en bocanadas. Congreso de skaí[183] en Altenburg, yo no juego. Viaje

alrededor del mundo, todo incluido sólo 30 pfennig a la semana, otra vez una estafa descarada. Cuando los soldados van por la ciudad, salen las muchachas a verlos pasar, por qué será, por nada más, sólo por el chándarada búmdarada bum. Lllaman a la puerta, adelante.

Arriba, adelante, adelante. Reinhold mete la mano al instante en el bolsillo,

revólver. Va por ti o va por mí. Y a mis pies cayó herido el amigo más querido y en su faz la muerte vi, y en su faz la muerte vi. Ahí está: Franz Biberkopf, le falta el brazo, inválido de guerra, el tipo está borracho, o no. Si se mueve, le pego un tiro.

«¿Quién te ha dejado entrar?». «Tu patrona», ataque, ataque. «Esa, esa bruja,

¿está loca?». Reinhold va a la puerta «¡Señora Tietsch! ¡Señora Tietsch! ¿Qué es esto? ¿Estoy en casa o no estoy en casa? Si le digo que no estoy en casa, es que no estoy en casa». «Usted perdone, señor Reinhold, a mí nadie me ha dicho nada».

«Entonces no estoy en casa, carajo. Entonces no puede dejar pasar a cualquiera». «Se lo habrá dicho usted a mi hija; se ha ido escaleras abajo sin decir nada».

Reinhold cierra la puerta, sujeta bien el revólver. Soldados. «¿Qué quieres de mí? ¿Qué se nos ha perdido juntos?». Tartamudea. ¿Qué

Franz es éste? Pronto lo sabrás. Hace algún tiempo al hombre le aplastaron el brazo, era un hombre decente, eso se puede jurar, ahora es un chuto, ya discutiremos por culpa de quién.

Redoble de tambores, adelante el batallón, él está ahí. «Hombre, Reinhold, tienes ahí un revólver». «¿Y qué?». «¿Para qué lo quieres? ¿Para qué?». «¿Yo? ¡Para nada!». «Bueno. Pues entonces podrías dejarlo». Reinhold pone el revólver ante él sobre la mesa. «¿Para qué has venido aquí?». Ahí está, es él, él me pegó en el zaguán, él me tiró del coche, antes no pasaba nada, todavía estaba la Cilly allí, yo bajé las escaleras. Todo eso vuelve. La luna sobre el agua, deslumbrante y cegadora en la noche, tañido de campanas. Ahora él tiene un revólver.

«Pero siéntate, Franz, oye, ¿has estado empinando el codo?». Mira tan fijamente que tiene que estar borracho, no puede dejar la botella. Eso será, está borracho, pero el revólver lo tengo yo. Sólo por el chándarada búmdarada bum. Franz se sienta. Y sigue sentado. La luna deslumbrante, toda el agua resplandece. Ahora está sentado con Reinhold. Ése es el hombre al que él ayudó con las chicas, le fue librando de una chica tras otra, entonces quiso que hiciera de plantón, pero no me dijo nada, y ahora soy un chulo, y quién sabe qué pasará con la Mieke, y ésa es la situación. Pero todo esto lo piensa. Sólo hay una cosa real: Reinhold, Reinhold está ahí.

«Sólo quería verte, Reinhold». Eso quería; verlo, con verlo me basta, aquí

estamos. «¿Quieres apretarme las clavijas, no, chantajearme por aquello? ¿No?». Quietos, sin sobresaltarse. Muchacho, sigue adelante, son sólo un par de granadas. «¿Un chantaje, no? ¿Cuánto quieres? Pero estamos armados. Y que eres un chulo lo sabemos también». «Lo soy ¿Qué puedo hacer con un brazo?».

«Bueno, ¿qué quieres?». «Absolutamente nada, absolutamente nada». Sólo sentarse derecho, mantenerse firme, ése es Reinhold, así anda por ahí, sobre todo no perder pie.

Pero Franz siente ya un estremecimiento. Eran tres reyes venidos de Oriente, traían incienso y lo agitaban, lo agitaban sin cesar. Lo envolvían a uno en humo. Reinhold piensa: o el tipo está borracho, y entonces se irá pronto y aquí no ha pasado nada, o quiere alguna cosa. No, quiere alguna cosa, pero qué, no quiere chantajearme, pues entonces qué quiere. Reinhold trae aguardiente y piensa, así le soltaré la lengua a mi Franz. Con tal de que no lo haya mandado Herbert para espiar y hacer que nos cojan. En el momento en que coloca los dos vasitos azules, ve que Franz está temblando. La luna, la blanca luna, ha salido deslumbrante sobre las aguas, y nadie puede mirarla, estoy ciego, qué me pasa. Se mantiene tieso, pero no puede más. Reinhold se lleva una alegría y coge lentamente el revólver de la mesa y se lo mete en el bolsillo y llena los vasos y mira otra vez: le tiemblan las zarpas,

tiene el tembleque, es un trapo este bocazas, tiene miedo del revólver o de mí, bueno, no le voy a hacer nada. Y Reinhold se muestra muy muy tranquilo, amistoso, sí señor. Qué delicia cuando lo ve temblar, no éste no está borracho, este Franz, tiene miedo, se está derrumbando, se va a cagar en los pantalones, y éste quería hacerse el gallito conmigo.

Y Reinhold empieza a hablar de la Cilly, como si nos hubiéramos visto ayer, estuvo otra vez conmigo, unas semanas, si, esas cosas pasan, cuando no he visto a una durante unos meses no me importa tenerla otra vez, una reprise, es una cosa rara. Luego saca cigarrillos y un montón de postales pornográficas, y luego fotografías, Cilly aparece también en ellas, junto a Reinhold.

Franz no puede decir nada, todo se le vuelve mirar las manos de Reinhold,

tiene dos manos, dos brazos, él sólo tiene uno, con esas dos manos lo tiró Reinhold bajo el coche, ay por qué será, ay por nada más, ¿no tendría que matar al tipo?, ay sólo por el chándarada. Herbert piensa, pero yo no pienso nada de eso, qué es lo que yo pienso. No puedo hacer nada, no puedo hacer absolutamente nada. Pero tengo que hacerlo, quería hacer algo, ay sólo por el chándarada búmdarada... No soy un hombre, soy un gallina. Se hunde en sí mismo y luego se recupera, bebe un coñac, y luego otro, no sirve de nada, y entonces Reinhold le dice bajo, muy bajo: «Me gustaría, me gustaría alguna vez,

Franz, me gustaría ver alguna vez tu herida». Sólo por el chándarada búmdarada. Entonces Franz Biberkopf —eso es— se abre la chaqueta, muestra el muñón con la manga de la camisa y Reinhold tuerce el gesto: tiene un aspecto repulsivo, Franz se cierra la chaqueta: «Antes era peor». Y entonces Reinhold sigue mirando a su Franz, que no dice nada ni puede hacer nada y está gordo como un cerdo y no puede abrir la boca, y Reinhold tiene que seguir sonriéndole forzosamente y no puede dejarlo.

«Oye, ¿llevas siempre la manga así en el bolsillo? ¿La metes dentro o está cosida?». «No, ésa, la meto cada vez». «¿Con la otra mano? No, ¿seguramente antes de vestirte?». «Bueno, unas veces de un modo y otras de otro; cuando tengo puesta la chaqueta no es tan fácil». Reinhold está junto a Franz, le toca la manga. «Pero tienes que tener siempre cuidado de no meterte nada en el bolsillo derecho. Te lo podrían birlar fácilmente». «A mí no». Reinhold sigue pensando:

«Oye, y cómo te las arreglas con el gabán, debe de ser muy incómodo. Dos mangas vacías». «Ahora es verano. Eso sólo pasará en invierno». «Ya verás, no será fácil. No podrías comprarte un brazo artificial; cuando a uno le falta una pierna, se pone otra postiza». «Porque si no, no puede andar». «Se puede sujetar un brazo artificial, tiene mejor aspecto». «No, no, no hace más que apretar». «Yo me compraría uno, o quizá me rellenaría la manga. Ven, vamos a probar». «Para qué, no hombre, no quiero». «No

andarías por ahí con una manga floja, tendría muy buen aspecto, nadie notaría nada». «Y qué iba a hacer eso. No quiero».

«Vamos, hombre, la madera no vale. Ya verás, unos calcetines o una camisa dentro, ya verás».

Y Reinhold pone manos a la obra, saca la manga vacía, mete la mano dentro y se va a la cómoda y empieza a rellenarla, calcetines, pañuelos. Franz se resiste.

«Para qué, hombre, no tiene soporte, parecerá una salchicha, déjame». «No. Te

digo que se lo deberías encargar a un sastre, hay que estirla, tendría un aspecto mucho mejor, no andarías por ahí como un lisiado, sólo tendrías la mano en el bolsillo». Los calcetines se caen otra vez: «Sí, es cuestión de sastre. No puedo soportar a los lisiados, un lisiado es para mí un hombre que no sirve para nada. Cuando veo un lisiado me digo que sería mejor eliminarlo de una vez».

Y Franz sigue escuchando y escuchando, y dice muchas veces que sí con la cabeza. Le entra el temblor sin poderlo evitar. Está en algún sitio, en la Alex, cuando el atraco, todo está lejos de él, debe de ser cosa del accidente, eso son los

nervios, habrá que verlo. Pero lo desgarró y sigue temblando. En pie, andando, abajo, adiós Reinhold, tengo que largarme,

marcando el paso, derecho, izquierdo, derecho, izquierdo, chíndarada.

Y el gordo Franz Biberkopf llega a casa y ha estado en casa de Reinhold, y siguen temblando y estremeciéndose su mano y su brazo, y el cigarrillo se le cae de la boca cuando llega a casa. Y arriba está Mieke con su galán, esperando a Franz, porque quiere irse fuera dos días con el galán.

El se la lleva aparte. «¿Y yo qué?». «¿Qué puedo hacer, Franz? Ay Dios, Franz, ¿qué te pasa?». «Nada, lárgate». «Volveré esta noche». «Lárgate». Casi ruge. Ella mira a su galán, le da a Franz rápidamente un beso en el cuello y sale. Y desde abajo llama a Eva: «Si tienes tiempo, ven a casa de Franz. ¿Qué le pasa? No lo sé. Pero ven». Pero luego Eva no puede, Herbert le está gritando todo el día y ella no puede moverse.

Mientras tanto nuestro Franz Biberkopf, la serpiente cobra, el luchador de hierro, se sienta solo, totalmente solo, se sienta mientras tanto en la ventana, con la mano engarfiada en el alféizar y pensando si no será una idiotez, una verdadera mierda, haber ido a la covacha de Reinhold, que se vaya al diablo, y es una idiotez cuando los soldados van por la ciudad, una idiotez, una cabezonada, y tengo que librarme de eso, tengo que

hacer otra cosa. Y mientras tanto piensa ya, pues lo voy a hacer, tengo que ir allí, las cosas no pueden quedar así, me ha puesto en ridículo, me ha rellenado la chaqueta, no puedo decirle a nadie que me ha ocurrido una cosa así.

Y Franz apoya fuertemente la cabeza contra la madera y quiere enterrarse y se avergüenza, se avergüenza profundamente: eso lo voy a hacer, haber soportado eso, qué idiota soy, temblar ante ese tipo. Y su vergüenza es tan enorme y tan intensa. Franz rechina los dientes, podría matarse, no quería hacer eso, no soy un cobarde aunque sólo tenga un brazo.

Tengo que ir a verlo. Y se agota. Es ya de noche cuando Franz se decide y se levanta de la silla. Echa una mirada por la habitación, ahí está el aguardiente, me lo ha puesto Mieze, no voy a beber. No quiero avergonzarme. Que vean los ojos de Franz. Voy... a su casa. Rum di bum, cañones, trompetas. Adelante, abajo, la chaqueta, me la quería rellenar, me plantaré ante él, ni un músculo de la cara me

temblará.

¡Berlin! ¡Berlín! ¡Berlín! Tragedia en el fondo del mar, submarino hundido. La tripulación se asfixia. Y si se asfixian están muertos, nadie los llorará, es cosa pasada, se acabó, borrón y cuenta nueva. En marcha, en marcha. Se estrellan dos aviones militares. Entonces han caído, entonces, están muertos, que nadie los llore, el muerto al hoyo.

«Buenas noches, Reinhold. Sí, ya ves, otra vez de vuelta». El otro mira a Franz: «¿Quién te ha dejado entrar?». «¿A mí? Nadie. La puerta estaba abierta y me he colado tranquilamente». «Vaya, y no sabes llamar». «No voy a llamar en tu casa, no estoy borracho».

Y los dos se sientan frente a frente, fumando, y Franz Biberkopf no tiembla y se mantiene muy tieso y se alegra de estar vivo, y es el mejor día desde que cayó bajo el coche, y es lo mejor que ha hecho desde entonces: estar ahí sentado, maldita sea, eso está bien. Y es mejor que los mítines y casi mejor... mejor que la Mieke. Sí, esto es lo mejor de todo: ése no puede conmigo.

Son las ocho de la noche cuando Reinhold mira a Franz a la cara: «Franz, tú sabes que tenemos cuentas pendientes-Oye, si quieres algo de mí, dímelo con franqueza». «¿Qué tengo yo pendiente contigo?». «Lo del coche». «Eso no tendría sentido, no por eso me iba a crecer el brazo. Y además...». Franz da un puñetazo en la mesa: «Además me estuvo bien. Yo no podía seguir así. Tenía que ocurrir». Jajá, de manera que eso es lo que hay, pero

eso es lo que había hace ya tiempo. Reinhold lanza una sonda: «Te refieres a la venta ambulante».

«Sí, claro, a eso también. Yo tenía la cabeza a pájaros. Pero ahora han volado».

«Y el brazo también». «Todavía me queda otro, y todavía tengo una cabeza y unas piernas». «¿Qué haces? ¿Organizas tú cosas o las haces con Herbert?».

«¿Con un brazo? No puedo hacer nada». «Pero oye, ser sólo chulo debe de ser aburrido».

Y Reinhold piensa y lo mira, sentado allí, gordo y fornido: me gustaría jugar con este chico. Éste quiere enseñar los dientes. Hay que quebrarle los huesos. No le basta con un brazo.

Y empiezan a hablar de mujeres y Franz le habla de la Mieke, que se llamaba antes Sonja, gana su dinerito y es una buena chica.

Reinhold piensa entonces:

eso está bien, se la quitaré y luego lo llenaré de mierda hasta aquí.

Porque aunque los gusanos comen tierra y la echan otra vez por detrás, siempre la comen de nuevo. Y las bestias no pueden perdonar, si hoy se les llena el estómago, mañana han de ponerse otra vez a ello y tienen que cazar. Al hombre le pasa lo que al fuego: cuando arde tiene que devorar, y cuando no puede devorar se apaga, tiene que apagarse.

Franz Biberkopf se siente contento de sí mismo, de haber podido estar ahí sentado, sin temblar y muy tranquilo y festivamente alegre como si acabara de nacer. Y cuando baja con Reinhold, le vuelve otra vez: cuando los soldados van por la ciudad, derecho izquierdo, es hermoso vivir, todos los que pasan son mis amigos, aquí nadie quiere tumbarme, que lo intente. Por qué será, por nada más, salen las muchachas a verlos pasar.

«Yo me voy a bailar», le dice Reinhold. Reinhold pregunta: «¿Va la Mieke contigo?». «No, se ha ido dos días fuera con su protector». «Cuando vuelva, iré con vosotros». «Eso está requetebién, se alegrará». «¿Tú crees, tú crees?».

«Cuando yo te lo digo; no te va a morder».

Franz contentísimo, el que acaba de nacer, el hombre feliz, se ha pasado toda la noche bailando, primero en el Alte Ballhaus y luego en el local de Herbert, y todos se alegran con él, pero él es el que se alegra más. Y en su fuero interno siente cariño, mientras baila con Eva, siente cariño por dos personas: la primera es su Mieke, a la que le gustaría tener allí, y la segunda es... Reinhold. Pero no se atreve a decirlo. Durante toda esa noche estupenda, en la que baila con ésta y aquélla y la de más allá, siente cariño por esos dos que no están, y es feliz con ellos.

El puño sobre la mesa

Todo lector que haya llegado hasta aquí verá ahora el nuevo giro que han tomado las cosas: un giro retrospectivo que ha acabado en Franz. Franz Biberkopf, el hombre fuerte, la serpiente cobra, ha vuelto a aparecer en la pantalla. No ha sido fácil, pero ahí está.

Parecía estar ya ahí cuando, convertido en chulo de Mieke, se paseaba sin dar golpe con una pitillera de oro y una gorra del club de regatas. Pero ahora es

cuando está realmente ahí, exultante y sin ningún miedo ya. Los tejados no se le bambolean, y su brazo, bueno, eso es lo que ha tenido que pagar. Le han operado felizmente del tornillo que tenía suelto en la cabeza y se lo han quitado. Ahora es chulo y volverá a ser delincuente, pero eso no le duele en absoluto, al contrario.

Y todo es como al principio. Pero hay que aclarar también una cosa: ya no es la vieja serpiente cobra. No es ya, eso se puede ver, nuestro viejo Franz Biberkopf. La primera vez lo engañó su amigo Lüders y le hizo dar un traspie. La segunda tenía que hacer de plantón, pero no quiso, y entonces Reinhold lo tiró del coche y lo aplastaron limpiamente. Franz ya tiene bastante, sería bastante para cualquier mortal. No se mete en un convento, no se destruye a sí mismo, sino que toma el sendero de la guerra, no sólo se hace chulo y delincuente, sino que trata de seguir

adelante. Ahora veréis a Franz, no bailando solo y hartándose y disfrutando de la vida, sino en un baile, en un baile estrepitoso con algo distinto: eso mostrará hasta qué punto es fuerte y quién es más fuerte, si Franz o lo otro.

Un juramento hizo Franz Biberkopf en voz alta al salir de Tegel y poner otra vez los pies en la calle: voy a ser honrado. No le han dejado cumplir ese juramento. Ahora va a ver lo que todavía tiene que decir. Va a preguntar si era necesario que le aplastaran el brazo y por qué. Quizá, quién sabe lo que hay dentro de la cabeza de alguien así, quizá pretenda Franz que Reinhold le devuelva su brazo.

LIBRO SÉPTIMO

AHORA cae él martillo, se abate sobre Franz Biberkopf

Pussi Uhl la invasión americana, ¿cómo se escribe Wilma, con W con V?

En la Alexanderplatz siguen bregando y bregando. En la Königstrasse, esquina Neue Friedrichstrasse, van a derribar la casa que hay sobre la zapatería Salamander; al lado están demoliendo ya. La circulación bajo el arco del metropolitano de la Alex se hace enormemente difícil: están levantando nuevos pilares para el puente del ferrocarril; desde arriba se puede ver la caja de paredes ya hormigonadas, donde los pilares tendrán su base.

Para entrar en la estación hay que subir y bajar una escalerita de madera. El tiempo de Berlín es más fresco, diluvia a menudo, los coches y las motos lo sufren, todos los días patinan algunos, hacen carambola, hay reclamaciones de daños y cosas así, y con mayor frecuencia también las personas se rompen toda clase de cosas; es culpa del tiempo. ¿Conoce usted el trágico destino del aviador Beese-Arnim? Hoy ha sido interrogado por la policía criminal, es el autor principal del tiroteo en casa de Pussi Uhl, la vieja y olvidada cortesana; descanse en paz. Beese (Edgar) comenzó a

disparar salvajemente en casa de la Uhl, los criminalistas dicen que siempre le han ocurrido cosas muy extrañas. Una vez, en la guerra, lo derribaron a 1.700 metros, y de ahí el trágico destino del aviador Beese-Amim, derribado a 1.700 metros, despojado de su herencia e ingresado en prisión con nombre supuesto; falta todavía lo mejor. Después de ser derribado, fue a su casa y el director de una compañía de seguros le sacó el dinero. Era un estafador y por eso, de la forma más simple, el dinero pasó del aviador al

estafador, y el aviador se quedó sin un céntimo. A partir de ese momento adopta el nombre de Beese Auclame. Se avergüenza ante su familia de estar en la miseria. Todo eso lo han comunicado y anotado hoy los polis en la Jefatura. También consta allí que fue entonces cuando tomó la senda del crimen. Una vez fue condenado a dos años y medio de cárcel y, como entonces se hacía llamar Krachtowil, fue deportado luego a Polonia. Parece haberse desarrollado entonces en Berlín esa historia sórdida y oscura con Pussi Uhl. Pussi Uhl, con ceremonias especiales de las que preferimos no hablar, lo bautizó como «Von Arnim», y todas las fechorías que hizo él luego las hizo como Von Arnim. El martes, 14 de agosto de 1928, Von Arnim le metió a Pussi Uhl una bala en el cuerpo, cómo y por qué es algo sobre lo que el hampa guarda silencio, éstos no sueltan prenda aunque los maten. ¿Por qué habrían de contárselo a los polis, que son sus enemigos?

Sólo se sabe que el boxeador Hein desempeña un papel en la historia, y quien se las dé de psicólogo supondrá equivocadamente que fue un drama pasional. Personalmente, me juego la cabeza a que no se trata de celos. O a que, si hay celos, están mezclados con dinero, y el dinero es el motivo principal. Beese, dice la policía criminal, se ha derrumbado completamente; dichoso quien se lo crea. El muchacho, pueden creerme, se ha derrumbado todo lo más, si es que se ha derrumbado, porque los polis están investigando y, sobre todo, porque se arrepiente de haber matado a la vieja Uhl. Porque de qué va a vivir ahora; piensa: con tal de que no se me muera esa furcia. Con esto sabemos ya bastante del trágico destino del aviador Beese-Arnim, derribado a 1.700 metros, despojado de su herencia e ingresado en prisión con nombre supuesto.

Continúa la invasión de americanos en Berlín. Entre los muchos miles que visitan la metrópoli alemana figuran también destacadas personalidades que han llegado a Berlín por motivos oficiales o particulares. Así, el doctor Call, de Washington, primer secretario de la delegación americana de la Unión Interparlamentaria, se encuentra aquí (Hotel Esplanade), y será seguido, dentro de una semana, por algunos senadores americanos. Además, en los próximos días llegará a Berlín. John Keylon, Jefe del Servicio de Bomberos de Nueva York, que, como el ex Secretario de Trabajo Davis, se alojará en el Hotel Adlon.

De Londres ha llegado Mr. Claude G. Montefiore, presidente de la

Federación Mundial del Judaísmo Religioso y Liberal, que se reunirá en Berlín del 18 al 21 de agosto; se hospeda con su colaboradora y acompañante Lady

Lilly 1-1. Montague en el Hotel Esplanade[184].

Como el tiempo es tan pésimo, es mejor que nos metamos bajo techado, en el Zentralmarkthalle, pero hay tanto ruido, casi lo atropellan a uno con los carritos, y los tipos ni siquiera avisan. Es mejor que vayamos a la magistratura de trabajo de la Zimmerstrasse y que almorcemos allí. Quien se ocupa mucho de las vidas modestas —y al fin y al cabo Franz Biberkopf no es ningún hombre famoso— suele ir también al Oeste para ver qué se cuece por allá.

Sala número 60, magistratura de trabajo, cantina; una habitación bastante pequeña con un mostrador y una cafetera exprés; en la pizarra pone «Almuerzo: sopa espesa de arroz, rollo de becerro (cuántas erres). 1 marco». Un caballero joven y grueso, con gafas de concha, está sentado en una silla comiéndose el almuerzo. Si se le mira puede comprobarse: tiene un plato humeante delante, con carne, salsa y patatas, y se dedica a engullírselo todo por su orden. Sus ojos van de un lado a otro

sobre el plato, aunque nadie quiere quitarle nada, no hay nadie cerca de él y se sienta completamente solo en su mesa, pero sin embargo está preocupado, corta, aplasta la comida y se la mete en la boca, deprisa, una, otra, otra, otra, y mientras trabaja, adentro, afuera, adentro, afuera, mientras corta, machaca y engulle, husmea, paladea y traga, sus ojos contemplan, sus ojos observan el remanente cada vez menor que hay en el plato, y vigilan como dos perros hambrientos que midieran su perímetro. Otra adentro, afuera. Punto final, ahora ha terminado, ahora se pone en pie, fofo y grueso, el tipo se lo ha zampado todo y ahora puede pagar. Se echa la mano al bolsillo del pecho y chasquea los labios: «¿Qué le debo, señorita?». Entonces el tipo grueso sale, resopla, se suelta por detrás la pretina del pantalón, para que el vientre tenga más sitio. Lleva en el estómago sus buenas tres libras, todo de viandas. Ahora empiezan las cosas en su vientre, el trabajo, ahora tiene que ocuparse el vientre de lo que el tipo le ha echado. Los intestinos se bambolean y balancean, torciéndose y retorciéndose como lombrices, las glándulas hacen lo que pueden, arrojando su jugo en la masa, parecen bomberos, desde arriba fluye la saliva, el tipo traga, fluye al intestino, los riñones sufren un asalto, lo mismo que los almacenes cuando las rebajas, y poco a poco, fíjate, van cayendo gotitas en la vejiga, una gotita tras otra. Espera, chaval, espera, pronto tendrás que volver por el mismo camino

hasta la puerta donde pone «Caballeros». Así es la vida.

Detrás de las puertas andan negociando. Wilma, empleada doméstica, cómo escribe usted su nombre, yo creí que lo escribía con V, aquí lo pone, bueno, lo convertiremos en una W. Se ha vuelto muy descarada, se ha comportado en forma impropia, recoja usted sus cosas y márchese, hay testigos. Ella no lo hace, tiene demasiado orgullo. Hasta el 6, incluidos tres días de diferencia, estoy dispuesto a pagarle diez marcos, mi mujer está en la clínica. Puede reclamar, señorita, son 22 marcos 75 lo que se discute, pero quiero hacer constar que no puedo pasar por todo. «Maldito canalla, maldita bestia», es posible que citen a mi mujer ante el juzgado cuando se levante otra vez, pero la reclamante se ha portado en forma impertinente. Las partes convienen en el siguiente acuerdo.

El chófer Papke y Wilhelm Trotzke, distribuidor de películas, qué caso es

éste, me lo acaban de poner sobre la mesa. Bueno, escriba usted: comparece personalmente Wilhelm Trotzke, distribuidor de películas, no, sólo tengo un poder de él, está bien, y usted trabaja como chófer, bueno, relativamente poco tiempo, me embistió con el coche, tráigame las llaves, así pues, tuvo un accidente con el coche, ¿qué puede alegar? El 28 era viernes, tenía que recoger a la esposa del jefe en Admiralsbad, ocurrió en la Victoriastrasse, pueden atestiguar que estaba completamente

borracho. Es conocido en toda la vecindad como borracho habitual. De todas formas, no bebo cerveza mala; era un coche alemán, la reparación cuesta 387,20 marcos. ¿Cómo se produjo la colisión? De pronto patiné, no tenía frenos en las cuatro ruedas, pegué con mi rueda delantera en su rueda trasera. Cuánto había bebido ese día, debió de beber con el almuerzo, estuve en casa del jefe, allí es donde como, el jefe se preocupa mucho del personal porque es muy bueno. No hacemos al hombre responsable de los daños, pero despido sin preaviso; cometió esos errores a consecuencia de estar embriagado. Recoja usted sus trastos; están en la Victoriastrasse, en el barro. Y el jefe dijo por teléfono: es un mamarracho, ha destrozado el coche. Eso no pudo usted oírlo, sí, su teléfono se oye muy fuerte, si no tiene más educación; además, dijo también por teléfono que yo había robado la rueda de repuesto, solicito que se interrogue a los testigos. No pienso hacerlo, los dos son igualmente culpables, el jefe le llamó burro o mamarracho, con nombre de pila, si quieren llegar a un acuerdo por 35 marcos, las doce menos cuarto, todavía hay tiempo, puede llamarlo; si hace falta, que venga a la una menos cuarto.

Abajo, ante la puerta, en la Zimmerstrasse, hay una chica, sólo pasaba por aquí, levanta el paraguas y echa una carta al buzón.

La carta dice: Querido Ferdinand: Te agradezco tus dos cartas. Me había equivocado completamente contigo, no creí que contigo las cosas serían así. Tú mismo debes decirte que para unirnos definitivamente somos todavía demasiado jóvenes. Creo que, después de todo, tú mismo debes comprenderlo. Quizá hayas pensado que yo era una chica como las demás, pero en eso te has colado, chico. ¿O es que piensas que soy un buen partido? Pues también en eso te equivocas. Sólo soy una chica que trabaja. Te lo digo para que sepas a qué atenerte. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, no hubiera empezado nunca a escribir estas cartas. Bueno, ahora ya sabes mi opinión, obra en consecuencia, tú debes saber lo que piensas. Te saluda, Anna[185].

Una chica está sentada en la misma casa, edificio transversal, en la cocina; su

madre ha ido a la compra, la chica escribe en secreto su diario, tiene 26 años, está sin trabajo. La última anotación, del 10 de julio, dice así: Desde ayer por la tarde me siento otra vez mejor; pero los días buenos son ahora siempre contados. No puedo desahogarme con nadie como quisiera. Por eso me he decidido a escribirlo todo. Cuando vienen mis días no soy capaz de nada, la cosa más nimia me cuesta un enorme esfuerzo. Todo lo que veo suscita nuevas ideas en mí, y no puedo deshacerme de ellas, entonces me excito mucho y no puedo obligarme a hacer nada. Una gran inquietud me lleva de un lado a otro, y sin

embargo soy incapaz de acabar nada. Por ejemplo: por la mañana temprano, cuando me despierto, quisiera no levantarme; pero me fuerzo a ello y me doy ánimos. Pero sólo vestirme me cansa y tardo mucho tiempo, porque mientras tanto hay muchas ideas que se agitan en mi cabeza.

Continuamente me atormenta el temor de hacer algo mal y causar algún daño. A menudo cuando pongo un carbón en el fogón y salta una chispa, me asusto y tengo que examinarlo todo a mi alrededor para comprobar que no se ha prendido fuego y que no puedo causar una desgracia y provocar un incendio sin darme cuenta. Y todo el día es lo mismo; todo lo que tengo que hacer me parece muy difícil, y cuando me obligo a hacerlo tardo mucho tiempo, a pesar de que me esfuerzo por hacerlo rápidamente. Así se me pasa el día, y no he hecho nada, porque he perdido mucho tiempo pensando en cada trabajo. Cuando, a pesar de todos mis esfuerzos, no consigo salir

adelante, me desespero y lloro mucho. Mis períodos han sido siempre así, empezaron cuando tenía doce años. Mis padres creían que todo era fingido. A los 24 años intenté quitarme la vida por esa causa, pero me salvaron. En aquella época no había tenido aún relaciones sexuales y puse mi esperanza en ellas, pero por desgracia inútilmente. Sólo he tenido esas relaciones moderadamente y en los últimos tiempos no quiero saber nada de eso, porque también físicamente me siento débil.

14 de agosto. Desde hace una semana me siento otra vez muy mal. No sé lo que será de mí si las cosas no cambian. Creo que, si no tuviera a nadie en el mundo, abriría sin vacilar la llave del gas, pero no puedo hacerle eso a mi madre. Pero realmente deseo con todas mis fuerzas contraer una grave enfermedad y morir. He escrito todo esto tal como lo siento[186].

¡Empieza el duelo! El tiempo es lluvioso

Sin embargo, por qué razón (beso su mano, Madame, la beso), por qué razón, vamos a pensarlo, Herbert, con zapatillas de fieltro, piensa en su habitación, y está lloviendo, llovizna, llovizna, no se puede ir abajo, se han acabado los puros, no hay estanquero en la casa, por qué razón llueve sólo en agosto, el mes entero se ha ido nadando, diluviando como si nada, ¿por qué razón va Franz ahora a ver a Reinhold y habla de él sin ton ni son? (Beso su mano, Madame, y nada menos que Sigrid Onegin[187] era la que alegraba con su canto, hasta que él renunció totalmente, se jugó

la vida, y, con ello, su vida comenzó). Él sabrá por qué, y por qué razón, lo sabrá, y sigue lloviendo, también podría venir aquí.

«Hombre, que te preocupes por eso, alégrate, Herbert, de que haya dejado la

maldita política... a lo mejor es amigo suyo». «Vamos, Eva, amigo suyo, un poco de seriedad, señorita. De eso sé yo más. Quiere algo de él, quiere algo...». (Por alguna razón, sin embargo, la venta está autorizada por la Administración, de forma que el precio debe considerarse razonable). «Quiere algo y qué es lo que quiere y por qué anda por allí y siempre habla de él:... ¡quiere cargarse a alguien! Quiere hacerse el niño bueno, ya verás, Eva, y cuando esté dentro,

«bang, bang», y nadie sabrá quién fue». «¿Tú crees?». «Claro que sí, mujer». La cosa está clara, beso su mano, Madame, cómo llueve.

«Clarinete, mujer, claro

como el agua». «¿Tú crees, Herbert? A mí también me pareció en seguida un poco sospechoso eso de dejarse aplastar un brazo y luego ir a verlo».

«¡Clarinete! ¡Ahora lo sabemos!». La beso. «Herbert, ¿crees realmente que no debemos decirle ni palabra de eso, hacer como si no notáramos nada, como si estuviéramos ciegos?». «Nos haremos los tontos, nosotros nos lo tragamos todo». «Sí, Herbert. Eso es lo mejor con él. Vamos a hacerlo, tenemos que

hacerlo. Es un tipo tan raro». La venta está autorizada por la Administración, por lo que el precio obtenido, por qué razón, sin embargo, por qué razón, pensar, pensar, la lluvia.

«Ten cuidado, Eva, podemos tener la boca cerrada, pero tenemos que tener cuidado también. ¿Qué crees que pasará si los de Pums se huelen la tostada?

¿Eh?». «Eso es lo que digo yo, lo pensé en seguida, ay Dios, por qué se mete en

eso con un brazo». «Porque es un tío bueno. Pero tenemos que tener mucho cuidado, y la Mieze también». «Se lo diré. ¿Y qué podemos hacer?». «No perder de vista al Franz». «Con tal de que su viejo le deje tiempo». «Que le dé el pasaporte». «Pero si le está hablando de matrimonio». «Jajajá. Me dejas boquiabierto. ¿Pero qué quiere? ¿Y el Franz?». «Sólo es parloteo, le deja al viejo que parlotee, por qué no». «Haría mejor en cuidar del Franz. Ése está buscando a su hombre en la panda y ya verás, un día nos traen a un muerto». «Santo Cielo, Herbert, calla». «Eva, mujer, no tiene por qué ser el Franz. De manera que la Mieze tiene que tener cuidado». «Yo también me voy a ocupar. Sabes, eso es mucho peor que la política». «No comprendes, Eva. Eso no lo comprende una moza. Eva, te digo que va a pasar algo con el Franz. Ahora está empezando a actuar».

Beso su mano, Madame, doblégó a la vida, al jugársela por entero la ganó, qué mes de agosto tenemos este año, mira, sigue diluviando y diluviando.

«¿Qué quiere de nosotros? Lo he dicho, está loco, es completamente imbécil,

sí señor, se lo he dicho a él, con un brazo solo y viene y quiere trabajar con nosotros. Y precisamente él». Pums: «Bueno, ¿y qué dice?». «Que qué dice: se ríe y hace muecas, es completamente imbécil, debe de estar tocado desde entonces. Al principio creí que no había oído bien. ¿Qué, le digo, con ese brazo? Bueno, por qué no, dice él con una mueca, que tiene suficiente fuerza en el otro, que tendría que verlo, puede cortar leña, disparar, hasta trepar si hace falta».

«¿Es verdad eso?». «No me importa. No me gusta él. ¿Vamos a tener un tipo

así? Tú por ejemplo, Pums, ¿crees que podemos utilizarlo? En absoluto, cuando veo su cara de poli, oye, no». «Bueno, si opinas así. Por mí... Ahora tengo que irme, Reinhold, hay que conseguir una escala». «Pero una fuerte, de acero o así. Extensible o plegable. Y no en Berlín». «Ya lo sé». «Y la polea. En Hamburgo o Leipzig». «Ya me enteraré». «¿Y cómo la traemos hasta aquí?». «Tú déjame a mí». «Entonces, como hemos dicho, no llevo a Franz». «Reinhold, por lo que se refiere a Franz, creo que será sólo una

carga para nosotros, pero nosotros no nos vamos a ocupar de eso, arréglatelas tú con él». «Espera, hombre, ¿a ti te gusta la cara de ése? Figúrate: lo tiro del coche y viene, aquí, y yo pienso: estoy mal de la cabeza, el hombre está allí, figúrate, será tonto, y está temblando, y para qué habrá subido el muy bobo. Y luego se pone a hacer muecas y quiere ir con nosotros a todo trance». «Bueno, compóntelas con él como quieras. Déjame ir».

«Quizá quiera delatamos, qué». «También pudiera ser, también pudiera ser.

Sabes, lo mejor es que lo mantengas a distancia, eso será lo mejor. Adiós muy buenas». «Ese nos delata. O, cuando esté oscuro, se carga a alguno». «Adiós muy buenas, Reinhold, tengo que irme. La escala».

Es un cabestro ese Biberkopf, pero quiere algo de mí. Se está haciendo el santurrón. Me quiere buscar las cosquillas o qué. Pero estás muy equivocado si crees que me voy a quedar quieto. A ti te voy a poner yo la zancadilla.

«Aguardiente, aguardiente, matarratas, el aguardiente calienta las manos, buena cosa. Tía Paula que está en cama come tomate. Una amiga se lo ha dicho: qué disparate»[188]. Si se cree que tengo que ocuparme de él, no somos un seguro de invalidez. Si no tiene más que un brazo, que se vaya y se dedique a pegar sellos. (Deambula por el cuarto, mira las flores). Para eso tienes macetas

y esa mujer recibe dos marcos más el día primero y podría regar los tiestos, qué aspecto tiene éste, no es más que arena. Una zorra estúpida, una furcia holgazana, sólo sabe gastar dinero. Pero le voy a sacudir el polvo. Otro matarratas. Eso lo aprendí de él. A lo mejor me llevo a ese patán, y ya verás lo que te puede pasar si te empeñas. Quizá piense que le tengo miedo. Eso es lo que tú te crees, chaval. Que venga. Dinero no necesita el tipo, que no me venga con ese cuento, tiene a la Mieze y luego está además ese golfo, el fanfarrón de Herbert, el muy cabrón, en su pocilga. Dónde están mis botas que quiero patearlo. Acércate, ven a mi pecho, corazoncito. Acércate más, mucho más, jovenzuelo, al banco de los penitentes, aquí hay un banco de penitentes donde podrás arrepentirte.

Y deambula por la habitación, da golpecitos a las macetas con los dedos, dos marcos y no los riega. Al banco de los penitentes, muchacho, qué bien que hayas venido. Al Ejército de Salvación, ahí lo llevo yo también, tiene que ir a la Dresdener Strasse, tendrá que sentarse en el banco de los penitentes, ese cerdo de grandes ojos saltones, ese chulo de mierda, ese animal, es un animal, se sentará delante, el muy animal, y rezará, y yo lo miraré, para partirse de risa.

¿Y por qué no se ha de sentar en el banco de los penitentes este Franz

Biberkopf? ¿No es el banco de los penitentes lugar para él? ¿Quién lo dice?

Cómo se puede hablar mal del Ejército de Salvación, cómo se atreve Reinhold, precisamente Reinhold, a insolentarse con el Ejército de Salvación, cuando una vez el propio Reinhold, qué digo, más veces, por lo menos cinco, fue a la Dresdener Strasse, y en qué estado, y ellos lo ayudaron. Sí, iba con la lengua fuera, y allí le echaron un remiendo, naturalmente no para que se convirtiera en semejante sinvergüenza.

Aleluya, aleluya, Franz lo ha vivido, el canto, el llamamiento. El cuchillo llegó hasta tu garganta, Franz, aleluya. Ofrece su cuello, busca su vida, su sangre. Mi sangre, mi interior, por fin sale afuera, ha sido un largo viaje hasta que llegó, Dios, qué duro fue, pero ahí está, ahora te tengo, por qué no quería sentarme en el banco de los penitentes, si hubiera venido antes, ay, ahí estoy, he llegado.

Por qué no ha de sentarse Franz en el banco de los penitentes, cuándo llegará el momento venturoso en que podrá arrojarse ante su horrible muerte y abrirá la boca y podrá cantar con muchos otros detrás:

Ven alma, no dudes, ven, pecador, despierta, cautivo, y ven al
Señor, hoy

puedes salvarte, hoy mismo será, si crees, hoy mismo la luz llegará.

Coro: Pues rompe cadenas el buen Salvador, pues rompe cadenas
el buen Salvador, y firme es la mano del Dios vencedor, y firme es
la mano del Dios vencedor[189].

¡Música! Trompetas, tambores, chíndaradada: el buen Salvador y
firme es la

mano del Dios vencedor. ¡Tarará, tararí, tarará! ¡Clang!

¡Chíndaradada!

Franz no cede, no puede estarse tranquilo, no se preocupa de Dios
ni del diablo, como si estuviera borracho el hombre. Se mete en la
habitación de Reinhold con los otros compradores de Pums, que
no lo quieren. Pero él empieza

a dar golpes y a mostrarles el puño que le queda, gritando: «Si no
me creéis y creéis que soy un farsante y que quiero chivarme, qué
le vamos a hacer. ¿Es que os necesito yo para algo? También
puedo irme con Herbert o con quien quiera».

«Bueno, pues vete». «¡Pues vete! No eres tú, mamarracho, quien
puede decirme "pues vete". Mira mi brazo, tú, ése de ahí, Reinhold,
me tiró del coche, y con fuerza. Yo aguanté, y ahora estoy aquí, y
tú no eres quién para decirme "pues vete". Si vengo a vosotros y
digo que quiero trabajar con vosotros, tenéis que saber quién es

Franz Biberkopf. Nunca ha engañado a nadie, puedes preguntar donde quieras. Me importa un rábano lo que pasó, el brazo se acabó, a vosotros os conozco y vengo aquí, y ésa es la razón, y a ver si te enteras». El pequeño hojalatero sigue sin enterarse. «Lo único que quisiera saber es por qué vienes ahora de repente y antes andabas con periódicos por la Alex, y que fuera alguien a decirte: ven a trabajar con nosotros».

Franz se arrellana en su silla y durante mucho tiempo no dice nada, los otros tampoco. Juró que sería honrado, y ya visteis cómo, durante semanas, fue honrado, pero era un plazo de gracia. Se ve arrastrado al delito, no quiere, se resiste, es más fuerte que él, tiene que querer. Durante mucho rato, todos se quedan sentados sin decir palabra.

Y entonces Franz dice: «Si quieres saber quién es Franz Biberkopf, vete a la Landsberger Allee, al cementerio, allí hay una enterrada. Por eso cumplí cuatro años. Fue todavía mi brazo bueno el que lo hizo. Luego me dediqué a los periódicos. Pensé que quería ser honrado».

Y Franz gime suavemente, traga: «El recuerdo que me queda ya lo ves. Cuando te falta, dejas de vender periódicos y de hacer muchas otras cosas. Por eso estoy aquí». «Entonces, como te lo hemos destrozado, tendremos que arreglarte el brazo nosotros». «Eso no podéis hacerlo. Maxe, me basta ya con estar aquí y no andar dando vueltas por la Alex. No le echo a Reinhold nada en

cara, pregúntale si una sola vez le he dicho algo. Si yo estuviera en un coche y hubiera en él un sospechoso, también yo sabría qué hacer. Y ahora vamos a hablar más de mi imbecilidad. Si alguna vez haces una imbecilidad, Max, te deseo que aprendas algo de ella». Y con éstas, Franz coge el sombrero y sale de la habitación. Las cosas quedan así.

Dentro, Reinhold dice, sirviéndose un aguardientillo de su frasco de petaca:

«Para mí la cosa está ya resuelta. Si la primera vez le arreglé las cuentas,

también podré hacerlo la próxima. Me diréis que es peligroso hacer algo con ése. Pero, en primer lugar, está ya metido hasta las orejas: es un chulo, él mismo lo reconoce, se le ha acabado lo de ser honrado. La cuestión es sólo saber por qué viene a nosotros y no va a Herbert, que es su amigo. Y yo qué sé. Me puedo imaginar muchas cosas. En cualquier caso, seríamos unos zopencos si no pudiéramos arreglarle las cuentas a ese señor Franz Biberkopf. Que venga con nosotros si quiere. Si trae malas intenciones, se llevará una en la cresta. Lo digo claramente: que venga». Y Franz va.

Franz el Ladrón, Franz no está ahora bajo el coche, se sienta dentro, muy contento; lo ha conseguido

A principios de agosto, los llamados señores maleantes siguen inactivos y en retaguardia, ocupados en descansar y en sus pequeñas chapuzas. Con un tiempo relativamente bueno, nadie, por lo menos no un experto ni un profesional, se dedicará a dar atracos ni, en general, se fatigará. Eso queda para el invierno, en que hay que salir de la madriguera. Franz Kirsch, por ejemplo, conocido reventador de cajas de caudales, se escapó hace ya ocho semanas, a principios de julio, con otro, de la prisión de Sonnenburg. Por bonito que sea su nombre, Sonnenburg resulta poco indicada como lugar de reposo, y ahora Franz Kirsch se ha repuesto en Berlín, ha pasado ocho semanas relativamente tranquilas y quizá empieza a pensar en algún trabajo. Pero surge una complicación, cosas de la vida. Tenía que coger precisamente el tranvía. Vienen los polis, ahora, a finales de agosto, a Reinickendorf Oeste, lo bajan del tranvía y se acabó el reposo, no hay nada que hacer. Sin embargo, fuera quedan todavía muchos, y se pondrán lentamente en movimiento.

Pero antes quisiera dar rápidamente el estado del tiempo, según el parte del

Servicio Meteorológico Oficial de Berlín. Situación meteorológica general: la zona occidental de altas presiones ha extendido su influencia a la Alemania central, produciendo, en general, un mejoramiento del tiempo. La parte meridional de la zona de altas presiones está desapareciendo ya. Hay que prever, por lo tanto, que la mejoría no será duradera. El sábado, la zona de altas presiones seguirá determinando el tiempo, que será relativamente bueno. No

obstante, una depresión que se está formando sobre España afectará el domingo a la evolución del estado meteorológico.

Berlín y alrededores: parcialmente nuboso y parcialmente despejado, vientos flojos, temperaturas en aumento gradual.

Alemania: en el Oeste y el Sur, nublado; en el resto de Alemania, cubierto con claros, en el Nordeste, algo ventoso, con nuevo aumento gradual de las temperaturas.

Con ese tiempo tan moderado se pone lentamente en movimiento la pandilla de Pums, Franz con ella, y también las señoras agregadas a la pandilla son partidarias de que sus galanes estiren las piernas, porque si no tendrán que salir ellas a hacer la calle, y a ninguna le gusta, como no sea absolutamente necesario.

Bueno, lo primero es estudiar el mercado, encontrar compradores, y si la confección no funciona, habrá que dedicarse a las pieles, las señoras creen que eso se hace en un santiamén, siempre hacen lo mismo, el oficio se aprende fácil,

pero saber cambiar cuando la coyuntura es mala, para eso no tienen ningún comprendes, de eso no saben hablar.

Pums ha conocido a un hojalatero que entiende de sopletes de oxígeno, tenemos a ése pues; luego está un mercachifle arruinado, de aspecto elegante, trabajar no trabaja el sujeto y por eso lo ha echado su madre, pero estafar sabe, y conoce tiendas, y puede echar una ojeada y preparar una expedición. Pums dice a los veteranos de su pandilla: «En el fondo, no tenemos que preocupamos de la competencia, naturalmente la hay en este negocio, como en todos, pero no nos molestamos unos a otros. Sin embargo, si no buscamos buena gente, que conozca su oficio y las herramientas, se puede quedar uno atrás. Y entonces ya puede dedicarse uno al tirón, y para eso no hace falta ser seis ni ocho, cada cual a lo suyo».

Como ahora están en la confección y las pieles, todo lo que tiene piernas

tiene que ponerse a trotar, buscando tiendas de esa clase donde se pueda dar salida fácilmente a algo, sin demasiadas preguntas, y donde tampoco se presente la policía criminal en el acto. Todo se puede transformar, coser de otro modo y, en fin de cuentas, almacenar simplemente por el momento. Pero primero hay que encontrarlo.

Por cierto, con su encubridor del Weissensee no puede hacer carrera Pums. Con alguien que trabaja de esa forma no se puede hacer negocios. Vivir y dejar vivir. Bueno. Pero porque el pasado invierno haya tenido pérdidas —¡eso dice

él!—, porque no haya ganado y ahora tenga deudas, mientras nosotros nos hemos divertido este verano, pedir dinero luego por eso y venimos con lamentaciones: ¡que se ha arruinado! Pues si se ha arruinado que se haya arruinado, es un animal de bellotas, un mal mercachifle, ese tipo no entiende de negocios y entonces no nos conviene. Tendremos que buscar otro. Naturalmente, eso se dice pronto, pero no hay más remedio, y de esas cosas sólo se ocupa en toda la banda el viejo Pums. Es extraño, por todas partes los demás muchachos se ocupan también de lo que pasa con el género, porque sólo de afanar nadie se llena el estómago, hay que transformarlo en cuartos; pero, como queda dicho: en la banda de Pums todos se tumban a la bartola y dicen: «Ahí está Pums y ya se ocupará». Hacerlo, lo hace. Pero ¿qué pasa si Pums no puede? ¡Ja! Tampoco Pums puede siempre. También podría pasarle algo a Pums, es sólo un hombre. Entonces veríais, bueno, qué hacemos con esto, veríais que todos los golpes no sirven para nada.

Hoy no se puede andar por el mundo sólo con palanquetas y sopletes, hay que ser hombre de negocios.

Por eso, cuando llegan los primeros días de septiembre, Pums no se ocupa sólo del soplete de oxígeno, sino también de quién se me va a llevar la mercancía. De eso ha empezado ya a preocuparse en agosto. Y si quieres saber quién es Pums: es un discreto socio de sus buenas cinco pequeñas tiendas de pieles, peleterías —dónde, no importa—, y luego tiene algo de dinero en unos cuantos talleres de planchado americano, con mesa de plancha en el escaparate y un sastre en mangas de camisa al lado que no hace más que levantar y bajar la plancha, y echa vapor, pero en la parte de atrás cuelgan los trajes, bueno, ahora íbamos a eso, son los trajes de que se trata, y qué hacen aquí, bueno, pues se dice: son de clientes, los trajeron ayer para planchar y alterar, éstas son las direcciones; si entra un poli para comprobarlo, todo está en orden. De manera que nuestro buen Pums, el gordinflón, ha previsto para el invierno, y ahora es hora de decir: vamos allá. Si pasa algo, bueno, no se puede prever todo; sin un poco de potra no se hace nada, no vamos a rompemos la cabeza por eso.

Continúa el texto. Así pues, estamos a principios de septiembre, y nuestro

elegante haragán, que es también imitador de animales —eso, sin embargo, no lo presenciaremos—, Waldemar Heller, se llama a sí mismo el sujeto, que walde- lamar, ha estado informándose en la Neue Wallstrasse, en los grandes negocios

de confección, de lo que se puede conseguir. Conoce entradas y salidas, puertas traseras, puertas delanteras, quién vive arriba, quién vive abajo, quién echa el cierre y dónde están los relojes de control. Los gastos se los resarce Pums. A veces tiene que presentarse Heller como comprador de una firma de Posen que acaba de establecerse; bueno, la gente quiere informarse primero sobre esa firma de Posen, está bien, háganlo, yo sólo quería ver la altura del techo aquí, por si entramos pronto por arriba.

En esa expedición, en la noche del sábado al domingo, Franz participa por primera vez. Lo ha conseguido. Franz Biberkopf se sienta en el coche, todos saben lo que hay que hacer, él tiene un papel lo mismo que ellos. Todo es muy profesional, de plantón estará otro, es decir, en realidad no hay que estar de plantón, sencillamente, tres chicos se metieron la pasada noche en la imprenta que hay en el piso de arriba, la escala y el soplete los subieron en cajas y los escondieron detrás de los montones de papel, el coche se lo llevó uno, a las once abren a los otros, y en la casa no se entera un alma, son sólo oficinas y tiendas. Entonces se ponen pacíficamente a la faena, uno siempre en la ventana, mirando afuera, otro mirando al patio, luego empiezan con el soplete en el suelo, medio metro cuadrado, de eso se ocupa el hojalatero con sus gafas protectoras. Cuando han atravesado la madera del piso, se oye un crujido, algo suena abajo con estrépito, pero no es nada, son trozos de estuco grueso que caen,

el techo se rompe por el calor, por la primera abertura meten un paraguas de seda delgado y en él caen los cascotes, es decir, la mayoría, no se puede coger todo. Pero no pasa nada, abajo todo está negro y no se mueve una mosca.

A las doce penetran, primero el elegante Waldemar, porque conoce el local. Baja por la escala de cuerda como un gato, el tipo es la primera vez que lo hace, no tiene ni pizca de miedo, así son estos inconscientes, son los que tienen más suerte, hasta que algo sale mal, desde luego. Y luego tiene que bajar otro, la escalera de acero sólo tiene 2,50 metros, no llega hasta el techo, abajo arrastran mesas y luego bajan lentamente la escalera, la apoyan en la mesa de encima, y ahí vamos. Franz se queda arriba, echado de vientre sobre el agujero, pesca con el brazo como un pescador los fardos de tela que le van pasando, y los deja atrás, donde hay otro de pie. Franz es fuerte. El propio Reinhold, que está abajo con el hojalatero, se asombra de lo que Franz puede hacer. Resulta raro, dar un golpe con un manco. Su brazo actúa como una grúa, como una bomba inmensa, como

una increíble garrucha. Luego bajan los cestos. Aunque no vigila abajo, a la salida del patio Reinhold hace la ronda. Dos horas, todo va muy bien, el vigilante recorre la casa, no le hagáis nada, no notará nada, sería idiota dejarse matar por las cuatro perras que le dan, lo ves, ya se larga, es un hombre como es debido, a ése le vamos a dejar un billete azul junto al reloj. De

manera que son las dos, a las dos y media viene el coche. Entretanto, los de arriba se toman un buen desayuno, sólo que sin abusar del aguardiente, porque luego siempre hay alguien que hace ruido; y entonces son ya las dos y media. Hay dos hombres que han hecho hoy su primer trabajo con la pandilla. Franz y el elegante Waldemar. Rápidamente echan al aire una moneda, gana Waldemar, tiene que poner el broche de oro a la expedición de hoy, baja otra vez por la escala, al oscuro almacén saqueado, y se acurruca, se baja los pantalones y deja en el suelo lo que llevaba en el vientre.

Y cuando, alrededor de las tres y media, han descargado, todavía dan rápidamente otro golpe, porque sólo se vive una vez, y quién sabe cuándo nos volveremos a ver en las verdes orillas del Spree[190]. Todo resulta fácil y bien. Sólo a la vuelta atropellan un perro, tenía que pasarles precisamente a ellos, y Pums se excita sobremanera porque le gustan los perros, e insulta al hojalatero, que hace de chófer, podía tocar la bocina, no, echan al chucho a la calle porque no pueden pagar la licencia, y vas tú y te lo cargas. Reinhold y Franz se ríen muchísimo de ver al viejo tan tontamente excitado por el can, realmente anda ya un poco mal de la cabeza. Era un perro sordo, he tocado la bocina, si señor, una vez, y desde cuándo hay perros sordos, bueno, si quieres damos la vuelta y lo llevamos al hospital, no digas idioteces, más te valdría tener cuidado, esas cosas no puedo soportarlas, traen mala suerte.

Franz le da un codazo al hojalatero en las costillas: se confunde con los gatos. Todos se ríen a carcajadas.

Y pasan dos días sin que Franz Biberkopf diga nada en casa de lo que ha ocurrido. Sólo cuando Pums le manda dos de cien, y que si no le hacen falta que se los devuelva, Franz se ríe, siempre le hacen falta, aunque sólo sea para dárselos a Herbert por lo de Magdeburgo. ¿Y a quién va, a quién mira en casa a los ojos, a quién, a quienquienquién, bueno, pero a quién? ¿Para quién, para quién he guardado mi alma pura? Para quién, para quién, sólo para ti, esta noche

llegará el amor, a él te invito con gran osadía, esta noche encontraré el valor, yo soy tuyo pero tú eres mía. Miezeken, mi preciosa Miezeken parece una novia de mazapán, con sus zapatitos preciosos, y ahí estás, esperando saber por qué hace tanto teatro Franz con la billetera. El se la pone entre las rodillas y luego saca el dinero, un par de pápiros, y se los alarga, los pone sobre la mesa, la mira radiante y es tan cariñoso con ella como sólo él sabe ser, este chico grande, y le aprieta los dedos, ¡qué dedos más finos y bonitos!

«Mieze, Miezeken». «¿Qué hay, Franz?». «Nada; que me alegro de verte».

«Franz». Cómo sabe mirar, cómo sabe decir tu nombre. «Que me alegre y nada más. Mira, Mieke, eso es lo extraño en la vida. A mí no me pasa como a otros. Ellos lo pasan bien, andan y corren por ahí y ganan dinero y se ponen guapos. Pero yo... yo no puedo hacer lo mismo. Tengo que mirar mi aspecto, mi chaqueta, la manga, me falta el brazo». «Franzeken, tú eres mi Franzeken del alma». «Sí, pero mira, Miekeken, esto es así y no puedo cambiarlo, nadie puede cambiarlo, pero si tienes que pasearlo contigo por ahí y es como una herida abierta». «Bueno, Franzeken, qué te pasa, yo estoy a tu lado y todo va muy bien, y no empieces otra vez con eso». «No lo haré. Precisamente por eso no lo haré». Y le sonríe desde abajo, mirándole a la cara, y qué cara tan suave y tersa y graciosa y qué ojos tan bonitos y vivos tiene la chica: «Mira lo que hay en la mesa, esos pápiros. Los he ganado yo, Mieke... te los regalo». Bueno, qué pasa. Qué cara pones, por qué, mira el dinero, no muerde, es dinero bueno. «¿Lo has ganado tú?». «Sí, ya ves, chica, lo he conseguido. Tengo que trabajar, si no, estoy listo. Si no, estaré acabado. No lo cuentes, fue con Pums y Reinhold, el sábado por la noche. No se lo digas tampoco a Herbert ni a Eva. Si se enteran, oye, me habré muerto para ellos». «¿Pero de dónde lo has sacado?». «Dimos un golpe, chatita, te lo estoy diciendo, con Pums, bueno, ¿qué pasa, Mieke? Te los regalo. ¿Me das un beso, eh, qué dices?».

Ella tiene la cabeza sobre el pecho, luego apoya su mejilla en la de él, lo

besa, se aprieta contra él, no dice nada. Lo mira: «¿Y me los regalas a mí?».

«Claro, mujer, ¿a quién si no?». Pero qué chica, cuántas complicaciones. «¿Por qué... por qué quieres darme ese dinero?». «¿Es que no lo quieres?». Ella mueve los labios, se separa de él y ahora lo comprende Franz: tiene el mismo aspecto que aquella vez en la Alex, cuando venían de Aschinger, se ha puesto pálida, se va a desmayar. Ella se sienta en una silla y mira el tapete azul. Qué pasa ahora, a

las mujeres no hay quien las entienda. «Chica, no lo quieres, y yo que estaba tan contento, mira, con eso podemos hacer un viaje, mujer, .a algún sitio». «Eso sí que es verdad, Franzeken».

Y apoya la cabeza en el borde de la mesa, y se pone a llorar, la chica se pone a llorar, ¿pero qué le pasa ahora a ésta? Franz le acaricia la nuca y es tan bueno y amable con ella, tan cariñoso, para quién, para quién he guardado mi alma pura, para quién sólo. «Chica, Mieke, si podemos hacer un viaje, ¿no quieres, no quieres venir conmigo?». «Claro que sí», y levanta la cabeza, la carita tersa y bonita, con todo el polvo hecho una pasta con las lágrimas, y echa un brazo al cuello de Franz y aprieta su cara contra la de él, y luego se suelta rápidamente, como si algo le

hubiese picado y solloza otra vez contra el canto de la mesa, pero no se nota nada, la chica está completamente callada, no hace ruido alguno. Otra vez he metido la pata, ella no quiere que yo trabaje. «Vamos, levanta la cabecita, anda vamos, esa cabecita chiquita, ¿pero por qué lloras?». «¿Quieres, quieres — se aparta rápidamente—, quieres deshacerte de mí, Franz?». «Pero chiquilla, por Dios». «¿No quieres, Franzeken?». «No, por Dios». «Y por qué andas por ahí;

¿es que no gano bastante?; pero si yo gano bastante». «Mieze, sólo quería hacerte un regalo». «No lo quiero». Y otra vez apoya la cabeza en el duro canto de la mesa. «Entonces, Mieze, ¿es que no puedo hacer nada? Yo no puedo vivir así». «No digo eso, pero no tienes que hacerlo por dinero. No lo quiero».

Y Mieze se levanta, abraza a su Franz y le mira extasiada a la cara, parloteando toda clase de bobadas encantadoras y rogándole una y otra vez: «No lo quiero. No lo quiero». Y que por qué no dice nada él si es que quiere algo, pero chica, lo tengo todo, no necesito nada. «¿Entonces es que no voy a poder hacer nada?». «Lo haré yo, para qué estoy yo si no, Franzeken». «Pero yo... yo...». Ella se echa a su cuello. «Ay, no me dejes». Parlotea y lo besa y lo mima:

«Deshazte de él, dáselo a Herbert, Franz». Franz se siente tan feliz con la chica,

qué piel tiene, no puede decir nada, ha sido una tontería decirle algo de Pums, naturalmente, de eso no entiende ella. «Prométeme, Franz, que no lo harás más».

«Pero si no lo hago por el dinero, Mieze». Y sólo entonces se acuerda ella de lo que le ha dicho Eva, que cuide de Franz.

Ya lo va entendiendo mejor, es verdad que él no lo hace por dinero, y antes, eso del brazo, siempre está pensando en su brazo. Y es cierto lo que dice del dinero, no le importa nada, ella le da todo el que quiere. Y no hace más que

pensar, mientras lo tiene en sus brazos.

Penas y alegrías del amor

Y, en cuanto Franz le ha dado un beso de despedida, Mieze se echa a la calle y se va a ver a Eva. «El Franz me ha traído doscientos marcos. ¿Sabes de dónde? De esa gente, ya sabes». «¿Pums?». «Sí, me lo ha dicho él mismo; ¿qué puedo hacer?».

Eva llama a Herbert, Franz estuvo el sábado con Pums. «¿Ha dicho dónde?».

«No, pero ¿qué debo hacer?». Herbert se asombra: «Fíjate en ése, entendiéndose con ellos». Eva: «¿Tú lo comprendes, Herbert?». «No. Es increíble». «¿Y qué hacemos ahora?». «Dejarlo. ¿Crees que le importa el dinero? Ahí tienes lo que te decía. Ese va derecho a lo suyo, pronto vamos a tener noticias de él». Eva está frente a Mieze, la pálida putilla que recogió en la Invalidenstrasse; en ese momento se acuerdan las dos de cuando se vieron por primera vez: en la taberna que hay junto al Baltikumhotel. Eva está allí sentada con uno de provincias, no lo necesita, pero le gusta hacer alguna escapada, y luego hay muchas otras chicas y tres o cuatro muchachos. Y a las diez entra la patrulla de policía del Centro, y todos a la comisaría de la estación de Stettin, en fila india, con los cigarrillos en el pico, más frescos que una lechuga. Los polis van delante, y detrás la borracha de Wanda Hubrich, la vieja, naturalmente en cabeza, y luego todo el jaleo en la comisaría, y Mieze, Sonja, le llora a Eva porque ahora se sabrá todo en Bernau, y entonces uno de los polis le quita a la borracha de Wanda el cigarrillo de la mano, y ella se va solita a la celda y pega un portazo y empieza a maldecir.

Eva y Mieze se miran, Eva la anima: «Ahora tendrás que tener cuidado,

Mieze». Mieze le suplica: «¿Pero qué puedo hacer?». «Es tu hombre, tú sabrás lo que tienes que hacer». «No lo sé». «Pero no llores, mujer». Herbert está encantado: «Os digo que el muchacho vale, y me alegro de que se haya puesto a ello, ése tiene un plan, buen zorro está hecho». «Dios santo, Eva». «Pero no llores, no hay que llorar, mujer, yo tendré cuidado». La verdad es que no te mereces al Franz. No, no se lo merece, armar este escándalo. Pero por qué llora esta bobo, la muy pava. Le voy a tener que dar una torta.

¡Trompetas! Ha empezado la batalla, los regimientos avanzan, tarará, tararí, tarará, la artillería y la caballería, y la caballería y la infantería, y la infantería y la aviación, tararí, tarará, nos adentramos en campo enemigo. Y entonces dijo Napoleón: Adelante, adelante, no dudéis más, delante está seco, mojado detrás. Cuando cese la metralla, conquistaremos Milán, y tendréis una medalla, tararí, tarará, tararí, tarará, todos irán, pronto caerá, ay qué alegría, ser capitán.

Mieze no tiene que llorar ni que pensar mucho tiempo en qué debe hacer. La cosa viene rodada. Ahí está Reinhold en su pisito, con su amiga la elegante, recorre las tiendas que ha organizado Pums para dar salida al género, y todavía tiene tiempo para reflexionar. El tipo se aburre continuamente, y eso no le sienta bien. Cuando tiene dinero, no le sienta bien, y el soplar tampoco le va bien, le sienta mejor dar vueltas por la tasca, escuchar, trabajar y tomar café. Y ahora, cada vez que va a ver a Pums o adondequiera que vaya, ahí está siempre Franz delante de sus narices, ese idiota, ese insolente, con su brazo, dándose aires y todavía no le basta, y haciéndose el buenecito, como si el muy burro no hubiera matado una mosca en su vida. Pero, tan cierto como dos y dos son cuatro, ése quiere algo de mí. Y el individuo está siempre de buen humor, y vaya donde vaya y trabaje donde trabaje, allí está él. Bueno, va a haber que aclarar las cosas. Tendremos que aclarar las cosas.

¿Y qué hace Franz? ¿Él? Bueno, ¿qué va a hacer? Da vueltas por el mundo, con la mayor paz y tranquilidad que cabe imaginar. Con ese muchacho se puede hacer lo que se quiera, cae siempre de pie. Hay gente así; no mucha, pero la hay.

En Potsdam, ahí, cerca de Potsdam, había uno al que luego llamaron el muerto vivo. Menudo punto también. El tipo, un tal Bornemann, hizo algo cuando estaba arruinado y se chupó quince años de cárcel, y se escapa, o sea que el hombre se escapa, por cierto, no fue en Potsdam sino cerca de Anklam, Gorke se llamaba

el poblacho. Y hete aquí que nuestro Bornemann, paseando cerca de Neugard, se encuentra un muerto que flota en el agua, en el Spree, y Neugard, digo, Bornemann el de Neugard, se dice: «Mira por donde estoy muerto», y va, le mete los papeles al otro, y está muerto. Y la señora Bomemann: «¿Qué puedo hacer? No se puede hacer nada ya, está muerto, y si es mi marido, bueno, gracias a Dios que lo es, no se ha perdido mucho, de qué sirve un marido así, la mitad de

la vida se la pasa a la sombra, fuera penas». Pero mi Otto, ay Dios devotto, no está nada muerto. Llega a Anklam y como se ha dado cuenta de que el agua es algo muy bonito y ahora tiene mucha afición al agua, se hace pescadero, vende pescado en Anklam y se llama Finke. Ya no hay ningún Bornemann. Pero sin embargo lo atraparon. Y si quiere saber cómo y por qué, agárrese bien.

Precisamente tenía que venir su hijastra para trabajar en Anklam, imaginaos, con lo grande que es el mundo, llega a Anklam y se encuentra al pez resucitado, que ahora tiene ya cien años y es de Neugard, y entretanto la chica se ha hecho mayor y se ha escapado de casa y, naturalmente, él no la reconoce, pero ella a él sí. Y le dice: «Oiga usted, ¿no eres mi padre?». Y él dice: «Vamos anda, ¿te falta un tomillo?». Y como ella no le cree, él llama a su mujer y a sus, tal como suena, cinco chicos, que pueden testificarlo: «Es Finke, el pescadero». Otto Finke, lo sabe todo el

mundo en el pueblo. Todo el mundo lo sabe, el hombre es el señor Finke, el que se murió se llamaba Bornemann.

A ella, sin embargo, no le ha hecho ningún efecto, no la han convencido. La chica se va, qué hay dentro de un alma femenina, sigue teniendo el tomillo suelto. Escribe una carta a Berlín, a la policía criminal, departamento 4 a: «Le he comprado varias veces al señor Finke, pero aunque soy su hijastra, él no se considera mi padre y engaña a mi madre, porque tiene cinco hijos con otra». Finalmente, los chicos pudieron conservar sus nombres de pila, pero en cuanto al apellido se jorobaron. Se llaman Hundt, con dt, como su madre, y todos son de pronto hijos ilegítimos, a los que se aplica ese párrafo del Código Civil: se considerará que entre un hijo ilegítimo y su padre no existe parentesco alguno[191].

Y lo mismo que ese Finke, Franz Biberkopf vive en la mayor paz y

tranquilidad. Al hombre lo atacó una fiera que le devoró el brazo, pero él se resiste, y ella embiste, insiste y persiste. Ninguno de los que están con Franz, salvo uno, ve cómo se resiste y que la bestia persiste, embiste e insiste. Franz camina tan firmemente y lleva la cabezota tan derecha. Aunque no hace nada como los otros, tiene los ojos tan claros. Pero el otro, al que no le ha hecho nada, se pregunta: «¿Qué quiere éste? Éste quiere algo de mí». Ve todo lo que los demás no ven y lo comprende todo. El cuello musculoso de

Franz no debiera importarle realmente, ni sus piernas firmes, ni el sueño tranquilo de Franz. Pero le importan, no puede estarse quieto. Tiene que reaccionar. ¿Pero cómo?

Como cuando una ráfaga de viento abre una puerta y un montón de reses sale del corral. Como cuando una mosca molesta a un león y él le da un zarpazo, rugiendo horrible y horrorosamente.

Como cuando un carcelero coge una llavecita, da un empujón al cerrojo y sale un tropel de criminales que siembran la muerte, el asesinato, el robo, el asalto y la desolación.

Reinhold da vueltas por su cuarto, por la taberna de la Prenzlauer Tor, piensa, repiensa, recapacita, repasa. Y un día en que sabe que Franz está con el hojalatero, dándole vueltas a una nueva idea para ver qué sale, se va a ver a Mieze.

Y ella ve a ese hombre por primera vez. No hay mucho que ver en él, Mieze, tienes razón, no tiene mal aspecto el muchacho, un poco triste, flojucho, un poco enfermo también, tan amarillento. Pero no tiene mal aspecto.

Pero míralo bien, dale tu manita y estudia ese rostro, hazlo. Es un rostro, Mieze, más importante para ti que todos los demás rostros, más importante que el de Eva, más importante incluso que el de tu querido Franz. Ahora está subiendo él por la escalera y es un día como todos, jueves, 3 de septiembre, míralo, no sientes nada, no sabes nada, no sospechas tu destino.

¿Pero cuál será tu destino, pequeña Mieze de Bernau? Estás sana, ganas dinero, quieres a Franz y por eso sube él ahora la escalera y se planta ante ti y te acaricia la mano, el destino de Franz y —ahora lo es— el tuyo también. No hace falta que mires bien su cara, sólo la mano, sus dos manos, esas dos manos insignificantes con guantes de cuero gris.

Reinhold lleva sus mejores galas, y Mieze no sabe al principio qué cara

poner, quizá lo ha enviado el Franz, o quizá sea una trampa del Franz, pero eso no puede ser. Y entonces él dice que el Franz no debe saber que ha estado aquí, que es muy quisquilloso. Se trata sólo de que quería hablar con ella, las cosas son realmente difíciles con el Franz, que tiene esa desgracia del brazo, y lo que se preguntan todos es si realmente necesita tanto trabajar. Pero Mieze es demasiado lista, y sabe lo que ha dicho Herbert que quiere el Franz, y por eso dice: no, dinero, si es de eso de lo que se trata, no lo necesita mucho, ya hay personas que se cuidan de él. Pero quizá no le baste, un hombre quiere también

trabajar. Reinhold opina: eso está muy bien, debe trabajar. Lo único que pasa es que lo que ellos hacen es difícil, no es un trabajo corriente, ni siquiera los que tienen dos brazos sanos pueden hacerlo todos. Bueno, siguen hablando de una cosa y de otra, Mieke no sabe muy bien lo que el otro quiere y entonces va Reinhold y le pide que le dé un coñac: sólo quería informarse sobre su situación económica, y si es ésta, tendrán toda clase de consideraciones con su compañero, por descontado. Y se bebe otro coñac, y pregunta: «¿Me conocía usted, señorita?

¿No le ha hablado alguna vez de mí?». «No», dice ella, qué querrá este hombre, si estuviera aquí Eva, ella sabe mucho más que yo de esta clase de conversaciones. «La verdad es que nos conocemos hace ya tiempo, el Franz y yo, todavía no la había encontrado a usted, andaba con otras, la Cilly». Quizá sea eso lo que pretende, dejarlo en mal lugar al manco. «Bueno, y por qué no iba a andar con otras. También yo he tenido otro, pero no por eso deja de ser mi hombre».

Se sientan muy tranquilos frente a frente, Mieke en la silla, Reinhold en el sofá, y los dos se ponen cómodos. «Claro que es su hombre; pero señorita, no creerá usted que se lo quiero quitar, me guardaría muy mucho. Lo que pasa es que ocurrieron cosas raras entre él y yo, ¿no le ha contado nada?». «¿Cosas raras, qué cosas?». «Cosas muy raras, señorita. Le voy a decir algo francamente: el Franz, si está con nosotros en la pandilla, es sólo

por mí, sólo por mí y por esas historias; porque los dos siempre hemos estado muy unidos, pasara lo que pasara. Yo le podría contar las cosas más raras». «De veras. Pero ¿no tiene usted nada que hacer, para estar sentado aquí, contándome historias?». «Señorita, hasta Dios Nuestro Señor se toma de vez en cuando un día de descanso; los hombres tenemos que tomamos por lo menos dos». «Yo creo que usted se toma tres». Los dos se ríen. «En eso puede que tenga razón; ahorro fuerzas, la ociosidad alarga la vida, otras veces hay que gastar demasiadas energías». Ella le sonríe: «Entonces es mejor ahorrar». «Y usted que lo diga, señorita. Unos son así y otros asá. Sabe usted, señorita, el Franz y yo, siempre nos hemos cambiado las mujeres, ¿qué le parece?». Y vuelve la cabeza a un lado, toma un sorbito del vaso y espera a ver qué dice la chiquita. Es una preciosidad, a ésta, a ésta nos la vamos a trajinar pronto, lo primero es un pellizco en la pierna. «Eso del intercambio de mujeres se lo cuenta usted a su abuela. Alguien me ha contado que es lo que hacen en Rusia, seguramente es usted de allá, porque aquí no es costumbre». «Cuando yo se lo digo». «Pues aunque lo diga, es una idiotez como la copa de un pino». «Pregúnteselo al Franz». «Deben de haber sido unas mujeres estupendas, de 50 pfennig, ¿no? De algún asilo, ¿no?».

«Bueno, ya está bien, señorita, ése no es nuestro estilo». «Oiga, ¿por qué me cuenta todas esas bobadas? ¿Qué es lo que pretende realmente de mí?». Mira la chiquitaja. Pero mona sí que es, está colada por él, eso está bien. «Nada, señorita, a, qué voy a pretender. Sólo quería informarme un poquito (chiquitaja maja, Pankow, Pankow, quili quili, hópsasa)[192], Pums mismo me lo ha encargado, bueno, me voy a despedir, ¿vendrá alguna vez por nuestra sociedad?». «Si cuenta usted siempre esas historias». «No lo tome a mal, señorita, creía que usted lo sabía todo. Bueno, hablando de negocios. El Pums me ha dicho que si venía a verla para preguntarle por lo del dinero y demás, como el Franz es tan quisquilloso en lo de su brazo, que no le dijera nada usted. El Franz no necesita saberlo. Yo hubiera podido informarme también en la casa, sólo que pensé: por qué tanto misterio. Usted estaba aquí, mejor voy abierta y directamente, llamo a su casa y le pregunto». «¿Quiere usted que no le diga nada?». «Sí, es mejor que no. Bueno, si se empeña, no podemos hacer nada. Como quiera. Bueno, adiós». «No, la salida está a la derecha». Una rica hembra, la cosa está en marcha, toquemos madera.

Y la pequeña Miezeken, en la habitación, junto a la mesa, no ve nada ni nota nada y sólo piensa, cuando ve el vaso de aguardiente ahí... sí, qué piensa, hace un momento estaba pensando algo, ahora se lleva el vaso, no sé. Estoy tan excitada, ese tipo me ha excitado tanto, estoy temblando toda.

Qué historias cuenta. Sólo quería, qué quería conseguir. Mira el vaso, que está en el armario, el último de la derecha. Estoy temblando toda, tengo que sentarme, no, no en el sofá donde se ha repantigado, en la silla. Y se sienta en la silla, mira el sofá donde estaba sentado él. Tan terriblemente excitada, pero qué me pasa, los dos brazos y el pecho, todo me tiembla. El Franz no es tan cerdo como para intercambiar mujeres. De ese tipo, del Reinhold, me lo creo, pero el Franz... le habrán cogido de tonto, si es que es verdad.

Se muerde las uñas. Si es que es verdad; pero el Franz es un poco tonto, deja

que se aprovechen de él. Por eso lo tiraron del coche. Menudos compadres. Y

ésa es la sociedad a la que pertenece.

No deja de morderse las uñas. ¿Decírselo a Eva? No sé.

¿Decírselo al

Franzen? No sé. No se lo diré a nadie. Nadie ha estado aquí.

Un organillo suena en el patio: En Heidelberg perdí mi corazón. Yo también, yo también he perdido el corazón, y ahora no está, y gimotea sobre su pecho, se acabó, ya no tengo, lo sé, qué puedo hacer, y aunque me arrastren por el barro, nada puedo hacer. Pero eso no lo hace mi Franz, no es ningún ruso, eso de que intercambia mujeres es una bobada.

Está junto a la ventana abierta, lleva una bata a cuadros azules y canta con el organillero: En Heidelberg perdí mi corazón (es una sociedad podrida, y el Franz tiene razón en querer fumigarla), en una tibia noche de verano (cuándo volverá a casa, voy a recibirlo en la escalera). Estaba enamorado con pasión (no le diré nada, no voy a irle con esas ruindades, nada, nada. Le quiero tanto. Me voy a poner la blusa). La risa de su boca era un océano. Y en ese último adiós en el portón, sus besos me dijeron, pobrecilla (y es verdad lo que dicen Herbert y Eva: han notado algo y quieren saber por mí si es verdad, pues están listos, que se busquen otra tonta), que en Heidelberg perdí mi corazón, que hoy late del Néckar a la orilla[193].

Excelentes perspectivas de cosecha, pero podrían resultar fallidas

Da vueltas por el mundo, siempre por el mundo, siempre por el mundo, con la mayor paz y tranquilidad. Con ese muchacho se puede hacer lo que se quiera, siempre cae de pie. Hay personas

así. En Potsdam había uno, en Gorke, cerca de Anklam, se llamaba Bornemann, así pues, se escapa de la prisión, llega al Spree. Alguien flota sobre el agua.

«Vamos a echar un párrafo, Franz, qué, ¿cómo se llama ella, tu novia?».

«Mieze, ya lo sabes, Reinhold, antes se llamaba Sonja». «Bueno, pues a ésa no la enseñas. Debe de ser demasiado fina para nosotros». «Oye, no es un circo para enseñarla. La chica anda por las calles. Tiene su protector y gana su buen dinero». «Pero enseñarla no la enseñas». «Qué quieres decir con enseñarla. La chica tiene que hacer». «La podrías traer alguna vez, dicen que es mona». «Puede ser». «Me gustaría conocerla, ¿no quieres?».

«Sabes, Reinhold, en otro tiempo hacíamos negocios, ya sabes, de botas y cuellos de piel». «Eso se acabó». «Sí, se acabó. Para esas cerdadas no cuentas conmigo». «Está bien, hombre, sólo preguntaba». (El muy perro, siempre cerdadas, sigue hablando de cerdadas. Pero espera, muchacho).

Así pues, cuando Bornemann llegó a la orilla del agua, había en el agua un muerto fresco flotando... En la cabeza de Bornemann se hizo una lucecita. Se sacó del bolsillo todos sus papeles y se los dio a él y se los dio a ella. Todo eso ya lo hemos contado, pero sirve de recordatorio. Entonces ató al muerto a un árbol, porque se hubiera ido flotando y no lo hubieran encontrado. El tomó en el

acto el ferrocarril local de Stettin, sacó un billete y, al llegar a Berlín, llamó desde una tasca a mamá Bornemann, que viniera rápidamente, que alguien la esperaba. Ella le trajo dinero y ropa, él le susurró algo, pero entonces tuvo que largarse, por desgracia. Ella le prometió identificar el cadáver, él le mandaría dinero cuando lo tuviera, pero intenta arreglártelas. Luego tuvo que marcharse rápida, rápidamente, no fuera a encontrar otro al muerto.

«Sólo quería saber eso, Franz, que la quieres mucho». «Bueno, déjate ya de chicas y de pamplinas». «Sólo estaba preguntando. No por eso te vas a molestar». «No, no me voy a molestar, Reinhold, lo que pasa es que, contigo, tú eres un golfo». Franz se ríe, el otro también. «¿Y qué pasa con tu pequeña, Franz? ¿De verdad que no puedes enseñármela?». (Ya ves qué pardillo eres, Reinhold, me tiras del coche, y ahora vienes detrás de mí). «Bueno, ¿pero qué quieres, Reinhold?». «No quiero nada. Me gustaría verla nada más». «¿Te gustaría ver si me quiere? Te digo que esa chica es toda corazón de la cabeza a los pies, un corazón que es mío. No sabe más que querer y adorar y nada más. Sabes, Reinhold, no puedes figurarte lo loca que es. ¿Tú conoces a Eva, no?».

«Claro, hombre». «Pues mira, la Mieke quiere de ella... bueno, no te lo digo».

«Pero qué quiere, dilo de una vez». «No, es increíble, pero ella es así, es algo que no has oído nunca, Reinhold, y tampoco a mí me había pasado en la vida».

«Bueno, ¿pero qué pasa? ¿Con Eva?». «Sí, pero no digas ni mu, bueno, pues

la chiquilla, la Mieze, quiere que Eva tenga un niño de mí».

Bumm. Los dos, sentados, se miran. Franz se da un golpe en el muslo y suelta el trapo. Reinhold sonríe, empieza a sonreír, pero no puede continuar.

Entonces el tipo se llama Finke, va a Gorke, se hace pescadero. Un buen día llega su hijastra, está colocada en Anklam y quiere comprar pescado, va a Finke con una red en la mano y dice.

Reinhold sonríe, empieza a sonreír, no puede continuar: «¿A lo mejor es

tortillera?». Franz sigue dándose golpes en la pierna y se ríe sofocadamente:

«No, me quiere a mí». «No puedo imaginármelo». (Que pasen cosas así es increíble, y más que le ocurran a este bobo, que encima hace muecas). «¿Y qué dice Eva a todo eso?». «Son amigas las dos, la conoce bien, en realidad yo conozco a la Mieze por Eva». «Bueno, me has puesto los dientes largos, Franze. Oye, no podría ver a la Mieze a veinte metros de distancia o, por

mí, detrás de una reja, si es que tienes miedo». «Hombre, ¡miedo ninguno! Ella es de buena ley y cariñosa, no puedes imaginarte. Ya sabes que una vez te dije que debías dejar de tener tantas chicas, eso arruina la salud y no lo aguantan ni los nervios más templadas. Te puede dar un derrame cerebral. Deberías sentar cabeza, sería bueno para ti. Bueno, vas a ver cómo tengo razón, Reinhold. Te la voy a enseñar». «Pero que no me vea a mí». «¿Por qué no?». «No, no quiero. Enséñamela y nada más». «De acuerdo, hombre, ya me alegro. Te sentará bien».

Y son las tres de la tarde, Franz y Reinhold van por las calles, rótulos esmaltados de todas clases, artículos esmaltados, alfombras persas, alemanas y auténticas, en 12 plazos mensuales, moquetas, tapetes y tapicería, colchas, cortinas, almacenes Leisner und Co., ¿lee usted Moda para Usted? si no la lee, solicítela gratuitamente, a vuelta de correo, entrega a domicilio, atención, peligro de muerte, alta tensión. Entran en casa de Franzen. Ahora vienes a mi casa: a mí me va bien, nada puede pasarme, ya verás cómo vivo, me llamo Franz Biberkopf.

«Y ahora, sin ruido; voy a ver primero si está. No. Mira, aquí es donde vivo, pero ella vendrá en seguida. Escucha lo que vamos a hacer, pero tú no te muevas». «Me guardaré mucho». «Lo mejor será que te echas aquí en la cama, Reinhold, no se utiliza de día, yo tendré cuidado de que ella no se acerque y tú

podrás mirar a través de las cortinas de tul. Échate, ¿puedes ver?». «Ver sí. Pero tendré que quitarme las botas». «Será mejor. Mira, las pondré en el pasillo, y luego, cuando te marches, las coges tú». «Oye, Franz, a ver si va a salir algo mal». «¿Tienes miedo? Sabes, yo no, aunque se dé cuenta; tienes que conocerla». «No, mejor que no note nada». «Échate. Puede llegar en cualquier momento».

Rótulos esmaltados, artículos esmaltados de toda clase, alfombras persas

alemanas y auténticamente persas, Persas y Alfombras Persas, solicite entrega gratuita a domicilio.

Y en Stettin, el comisario de policía Blum dijo: «¿De qué conoce usted a ese hombre? ¿Por qué lo reconoció usted, cómo, debe de haberlo reconocido por algo?». «Pues porque es mi padrastro». «Bueno, entonces iremos a Gorke. Y si es verdad, nos lo traeremos sin más».

En la puerta de la casa, alguien cierra. Y Franz, en el pasillo: «¿Te has asustado, Mieze? Soy yo, pequeña. Entra. No pongas nada en la cama. Tengo una sorpresa para ti». «Pues entonces voy a mirar en seguida». «¡Alto, antes tienes que jurar! Mieze, levanta la mano, jura, todo el mundo en pie, tienes que decir conmigo: juro». «Juro». «Que no me acercaré a la cama». «Que no me acercaré a la cama». «Hasta que yo lo diga». «Hasta que me

acerque». «Quédate aquí. Tienes que jurar otra vez: juro». «Juro que no me acercaré a la cama».

«Hasta que yo te lleve a ella».

Ahora Mieze está seria, se cuelga del cuello de él y se queda así largo rato. Él se da cuenta de que le pasa algo, y quiere empujarla hacia la puerta y el pasillo, no es un día a propósito. Pero ella se queda quieta: «No me acercaré a la cama, déjame». «¿Qué tiene mi Miezeken, mi Miezegatita, Mulleken?».

Ella lo empuja hacia el sofá, se sientan juntos en él, abrazados, ella no dice nada. Luego musita algo, se tira de la corbata de lazo, y empieza: «Franzeken,

¿puedo decirte una cosa?». «Claro que sí, Miezeken». «Es algo del viejo, ha pasado algo». «El qué, Mulleken». «Pues».

«Bueno, ¿qué ha pasado, Mulleken?». Ella enreda con su corbata, qué le pasa a la chica, tenía que ser hoy precisamente.

El comisario de policía dice: «¿De manera que se llama usted Finke? ¿Tiene papeles?». «Bueno, vaya usted al Registro». «Lo que hay en el Registro no nos interesa». «Sí que tengo papeles». «Muy bien, por de pronto, nos lo llevaremos. Y ahí afuera hay un funcionario de Neugard, que tenía a un tal Bornemann de Neugard en su sección, lo haremos pasar».

«Franzeken, estas últimas veces el viejo tenía siempre a su sobrino allí, es

decir, no lo invitaba, sino que se presentaba simplemente». Franz masculla algo y siente frío: «Ya entiendo». Ella no aparta su cara de la de él: «¿Tú lo conoces, Franz?». «¿De qué lo iba a conocer?». «Creí. Bueno, pues siempre estaba allí, y una vez vino también conmigo». Franz tiembla, se le nubla la vista: «¿Por qué no me dijiste nada, mujer?». «Creí que podría deshacerme de él. Y no había motivo tampoco, sólo porque anduviera a mi lado». «Y ahora...». El temblor de

la boca de ella en su cuello se hace más violento, luego siente algo húmedo, ella sigue totalmente abrazada a Franz, esta chica no me suelta, siempre es tan terca, no dice nada y no hay forma de sacarle nada, y por qué llora, y luego el otro ahí echado, lo mejor sería coger un palo y darle hasta que no pudiera levantarse, maldita pavisosa, dejarme en ridículo así. Pero él está temblando. «¿Qué ha pasado?». «Nada, Franzeken, no te preocupes, no me hagas nada, no ha pasado nada. Pues ha vuelto otra vez, ha acechado toda la mañana hasta que yo he salido de casa del viejo, y allí estaba él, y que teníamos que dar una vuelta en coche, y que tenía que ir y que tenía que ir». «Y tú, claro, has tenido que ir». «Sí, he tenido que ir. ¿Qué podía hacer? Franz, cuando alguien insiste tanto. Y es un chico tan joven. Y además...». «¿Dónde habéis ido?». «Primero hemos atravesado Berlín, Grunewald, ni yo misma lo sé, y luego hemos andado, y yo rogándole todo el tiempo que me dejara. Y él se me

pone a llorar y a suplicar como un niño y de rodillas a mis pies, es tan joven, cerrajero». «Pues debería estar trabajando el muy gandul, en lugar de andar por ahí». «No sé. No te enfades, Franz». «Pero todavía no sé qué ha pasado. ¿Por qué lloras, mujer?». Ella vuelve a no decir nada, sólo se aprieta contra él, enredando con su corbata.

«No te enfades, Franz». «¿Estás enamorada de ese chico, Mieze?». Ella no dice nada. Cuánto miedo tiene él, qué frío en los pies. Susurra en el pelo de ella, sin acordarse ya de Reinhold: «¿Estás enamorada de él?». Ella está abrazada a Franz, cuerpo contra cuerpo, él la siente toda, y entonces sale de su boca: «Sí». Ay, ay, la ha oído, sí. Quiere soltarse, tengo que pegarle, Ida, el de Breslau, ahora empieza, el brazo se le paraliza, él está paralizado, pero ella lo sujeta con fuerza como un animal, pero qué quiere ésta, no dice nada, lo sujeta fuerte, tiene su rostro contra el cuello de él, él mira petrificado hacia la ventana, por encima de ella.

Franz la sacude, ruge: «¿Qué quieres? Déjame en paz de una vez». Qué voy

a hacer con esta perra. «Estoy aquí, Franzeken. No me he marchado, estoy aquí».

«Márchate, no te quiero para nada». «No grites, ay Dios, pero qué he hecho yo».

«Vete con él si le quieres, furcia». «No soy ninguna furcia, sé bueno, Franzeken, se lo he dicho ya, que no puede ser y que soy tuya».

«No quiero nada contigo. No quiero a una como tú». «Soy tuya, se lo he dicho, y luego me he marchado, tú tendrías que consolarme». «¡Mujer, estás completamente loca! ¡Déjame!

¡Loca! Estás enamorada de él y encima tengo que consolarte». «Sí, tienes que

hacerlo, Franzeken, yo soy tu Miezeken y tú me quieres, por eso puedes consolarme; ay, él anda ahora por ahí, ese chico, y...». «¡No, ya basta, Mieze! Vete con él, vete a buscarlo». Mieze chilla y él no puede deshacerse de ella. «Sí, vete con él y déjame en paz». «No, no lo haré. Es que no me quieres, es que no te gusto, qué he hecho yo».

Franz consigue liberar su brazo y soltarse, ella corre tras él, y en ese momento Franz se vuelve y le golpea en el rostro, de forma que Mieze retrocede tambaleándose, luego él le da un puñetazo en el hombro, ella cae, y él se echa sobre ella y la golpea a ciegas con su única mano. Ella gime, se retuerce, ay, ay, él golpea, ella se ha echado sobre el vientre y el rostro. Cuando él se detiene y toma aliento la habitación le da vueltas, ella se da la vuelta, se incorpora: «Con el bastón no, Franzeken, ya basta, con el bastón no».

Se queda allí sentada con la blusa desganada, un ojo cerrado, la sangre

saliéndole de la nariz y manchadas la mejilla izquierda y la barbilla.

Pero a Franz Biberkopf —Biberkopf, Lieberkopf, Zieberkopf, ya no tiene nombre— la habitación le da vueltas, las camas están ahí, se agarra a una cama. Allí dentro está echado Reinhold, ese tipo, está allí echado con sus botas, manchándole la cama. ¿Qué se le habrá perdido aquí? Tiene su propia habitación. A éste lo echo yo, a éste lo vamos a echar, lo vamos con v. Y ahí va Franz Biberkopf, Ziberkopf, Niberkopf, Wiederkopf, da un salto hacia la cama, agarra a través de la manta una cabeza que se mueve, ha tirado de la manta. Reinhold se sienta.

«Y ahora afuera, Reinhold, afuera; mírala, y luego afuera».

La boca abierta de Mieke, terremotos, relámpagos, truenos, los raíles rotos, retorcidos, la estación, las casetas de los guardavías derrumbadas, estrépito, estruendo, humareda, humo, no se puede ver nada, todo destruido, por los aires, vertical, transversalmente.

«¿Qué pasa, qué se ha roto?».

Gritos, gritos incesantes de su boca, gritos de angustia contra lo que hay detrás del humo en la cama, un muro de gritos, gritos como lanzas, más altos, cada vez, gritos como piedras.

«Cierra el pico, qué se te ha roto, cállate, la casa se viene abajo».

Gritos como olas, masas de gritos, contra aquello, sin tiempo, sin hora, sin año.

Y Franzen ha sido ya arrastrado por la ola de gritos. Es un loco furiorrabioso. Voltea una silla junto a la cama, se le cae, se le parte en las manos. Luego se inclina sobre Mieke, que sigue sentada y grita, grita y chilla y sigue chillando, y le tapa desde atrás la boca, la tira de espaldas, se arrodilla sobre ella, se echa de bruces sobre su rostro. La... voy... a... matar.

Los chillidos cesan, ella patalea. Reinhold tira hacia un lado de Franzen:

«Hombre, que la vas a estrangular». «Métete en tus asuntos, tú». «Levántate. Levántate». Consigue apartar a Franzen, ella está echada sobre el vientre, mueve la cabeza a un lado y a otro, lloriquea, respira roncamente, golpea con los brazos. Franz tartamudea: «Mira a esa perra, perra. ¿A quién quieres pegar tú, perra?».

«Ahora vete, Franz, ponte la chaqueta y no vuelvas hasta que te hayas tranquilizado». Mieke gime en el suelo, abre los ojos; tiene el párpado derecho rojo, inflamado. «Lárgate, hombre, si no, la vas a matar. Ponte la chaqueta. Anda».

Franz resopla, jadea, se deja poner la chaqueta.

Entonces Mieke se incorpora, escupe mocos, quiere hablar, trata de levantarse, se sienta, dice roncamente: «Franz». El tiene puesta la chaqueta.

«Ahí tienes el sombrero».

«Franz...», ya no grita, qué voz tiene, escupe. «Yo... yo... yo voy contigo».

«No, quédese aquí, señorita, luego la ayudaré». «Franzeken, oye, voy...

contigo».

El está ahí, se ladea el sombrero, hace ruido con la lengua, respira con dificultad, escupe, va hacia la puerta. Pam. Portazo.

Mieke gime, se pone en pie, aparta a Reinhold, se dirige vacilante hacia la puerta. En la puerta del pasillo no puede seguir, Franz ha salido, ha bajado ya las escaleras. Reinhold la lleva otra vez a la habitación. Cuando la echa en la cama, ella se levanta sola, se baja de la cama, escupe sangre, se arrastra hacia la puerta.

«Quiero salir, quiero salir». Siempre lo mismo: «Quiero salir, quiero salir». Su

único ojo lo mira fijamente. Deja colgar las piernas por fuera. Es tonta de baba. Esa tonta de baba lo asquea, no aguanto más, luego viene la gente y me echa la culpa a mí. Qué me importa toda esta mierda.

Muy buenas, señorita, el sombrero en la camocha y por la calle de en medio. Abajo se limpia la sangre de la mano izquierda, vaya una tonta de baba, se

ríe fuerte; y para eso me ha hecho venir, menudo espectáculo, menudo idiota. Y

para eso me hace meterme en la cama con botas. Ahora ese bobo estará que muerde. Se ha llevado un buen gancho a la mandíbula, ¿por dónde andará ahora?

Y se larga. Rótulos esmaltados, artículos esmaltados de toda clase. Ha estado bien lo de arriba, muy bien. Qué idiota, has estado bien, hijo mío, gracias, sigue así. Yo me troncho.

Y allí estaba Bornemann otra vez en Stettin, bajo custodia policial. Llevaron a su mujer, su señora de verdad. Señor comisario, dejen a esa mujer en paz, porque juró lo que era cierto... Y si me echan otros dos años, no me importa.

Y es una gran noche en el piso de Franz Biberkopf. Se ríen. Se abrazan, se besan, se quieren con toda el alma. «Casi te mato, Mieze. Cómo te he puesto, mujer». «No importa. Lo que importa es que has vuelto». «¿Se fue Reinhold en seguida?». «Sí». «¿Y no me preguntas, Mieze, por qué estaba aquí?». «No».

«¿No quieres saberlo?». «No». «Pero Mieze». «No. De todas formas, no es verdad». «¿El qué?». «Que tú querías venderme a él». «Qué». «Pero no es cierto». «Pero Miezeken». «Ahora lo sé

y todo está arreglado». «Es mi amigo, Mieke, pero un cerdo con las chicas. Quería enseñarle lo que es una chica decente. Para que lo viera». «Entonces está bien». «¿Me quieres a mi también, o sólo a ese chico?». «Yo soy sólo tuya, Franz».

Miércoles, 29 de agosto[194]

Y deja esperando a su protector dos días enteros, que aprovecha exclusivamente para estar con su querido Franz, marcharse con él a Erkner y Potsdam y ser muy cariñosa con él.

Ahora tiene un secreto con Franz, más ahora que antes, animalito, y tampoco

tiene miedo de lo que está tramando su querido Franz con la gente de Pums; porque también ella va a hacer algo. Va a averiguar por sí sola quién anda por allí, en el baile o en la bolera. Allí no la lleva nunca Franz, Herbert lleva con él a Eva, pero Franz dice: eso no es para ti, con todas esas guarras no quiero verte.

Pero Sonjaken, Miezeken, quiere hacer algo por Franzen, nuestra pequeña gatita quiere hacer algo por él, eso es mejor que ganar dinero. Lo averiguará todo y le protegerá.

Y cuando llega el próximo baile, en que la pandilla de Pums va a Rahmsdorf

con sus amigos, una fiesta particular, hay con ellos una a la que nadie conoce, la ha traído el hojalatero, es su chica, lleva máscara, y una vez baila incluso con Franzen, pero sólo una vez, si no, él olería luego su perfume. Es en Müggelhort, a la noche encienden farolillos en el jardín, sale un buque de vapor, lleno hasta rebosar, y la orquesta toca una marcha de despedida cuando parte, pero ellos se quedan allí bebiendo y bailando hasta después de las tres.

Y Miezeken danza por allí con su hojalatero, que se da mucho pote por tener una novia tan estupenda; ve a Pums y señora, y a Reinhold, que se sienta allí sombrío —tiene sus rachas—, y al elegante mercachifle. A las dos se larga en coche con el hojalatero; que la bese salvajemente en el coche, por qué no, ahora sabe más cosas, no le va a pasar nada. ¿Qué es lo que sabe Miezeken? Qué aspecto tienen todos los de Pums, por eso puede el otro besuquearla, no va a dejar por ello de ser de Franzen, van en la noche, en una noche así esos tipos tiraron al Franz del coche, y ahora él va detrás del otro, sabe muy bien quién fue, y todos le tienen miedo, por qué, si no, fue Reinhold a verla, qué tío más fresco, mi Franz, qué chico tan majo, podría matar a besos a este

hojalatero, de tanto como quiero al Franz, sí, besuquéame, anda, te voy a arrancar la lengua de un mordisco, hombre, qué haces con esa cafetera, vamos a acabar en la cuneta, hurra, lo he pasado maravillosamente esta noche con vosotros, ¿a la derecha o a la izquierda? tire usted por donde quiera, qué persona más encantadora eres, Mieze, qué, te gusto, Karl, me invitarás otras veces, ahívala, qué idiota, está borracho, vamos a acabar en el Spree.

No es posible, me ahogaría, tengo demasiadas cosas que hacer, tengo que seguir a mi querido Franz, no sé lo que quiere hacer, él no sabe lo que quiero yo, y eso será un secreto entre los dos, mientras quiera él y quiera yo, los dos queremos lo mismo, lo mismo queremos los dos, ay, qué calor hace, bésame otra vez, así, abrázame, Karl, me derrito, sí, me derrito, tú.

Kareleín, hermoso, no me das ningún reposo, los negros robles de la avenida

pasan veloces, te regalo 128 días del año, cada uno con su mañana, su tarde y su noche.

Sin embargo, llegaron al cementerio de allá dos guardias de azul y patatín patatán. Se sentaron bonitamente en una lápida y preguntaron a todo el que

pasaba por un tal Kasimir Brodowicz, que si lo habían visto. Hizo alguna fechoría hace treinta años, aunque no se sabe muy bien qué, y seguro que hará alguna otra, con esos compadres nunca se está seguro, y ahora queremos tomarle las huellas dactilares y medirlo, y lo mejor será que lo cojamos antes, que nos lo traigan, tarad, tarará.

Reinhold se sube los pantalones, deambula por su covacha, no le sientan bien la calma ni el dinero. Ha despedido a su última novia y la finolis tampoco le gusta ya.

Habría que hacer otra cosa. Le gustaría hacerle algo al Franz. El muy burro va ahora por ahí encantado y presumiendo de novia; como si fuera algo del otro jueves. A lo mejor se la quito después de todo. El otro día estuvo repulsivo con esa tonta de baba.

El hojalatero, que se llama Matter pero a quien la policía conoce por Oskar Fischer, pone cara de asombro cuando Reinhold le pregunta por Sonja. Pregunta por Sonja sin ceremonias y Matter confiesa sin más, bueno, si lo sabes, entonces lo sabes. Entonces Reinhold le pasa a Matter el brazo por la cintura y le pregunta si le cedería su puesto para una pequeña excursión. Y entonces resulta que Sonja es de Franzen y no de Matter. Bueno, pues entonces

Matter podría conseguirle a la chica para un paseo en coche, hasta Freienwalde.

«Tendrás que preguntarle a Franzen, no a mí». «A Franzen no le puedo preguntar, tengo con él una cuenta atrasada, y además a ella, creo, no le caigo bien. Me he dado cuenta». «A eso no me presto. ¿Y si la quisiera para mí solo?».

«Bueno, pues quédatela. Es sólo para un paseo». «Por mí, Reinhold, puedes tener todas las hembras que quieras y ésa también, pero una cosa es coger y otra robar». «Bueno, pero contigo sí sale. Oye, Karl, y si te ganaras un pápiro pardo».

«Eso no se rechaza nunca».

Dos guardías azules se sientan en una piedra y preguntan a todos los que pasan y detienen a todos los coches: que si no han visto a uno con la cara amarillenta y el pelo negro. Lo están buscando. Lo que ha hecho o va a hacer no lo saben, eso consta en el informe policial. Pero nadie lo ha visto o nadie quiere admitir que lo ha visto. Y los dos guardías tienen que continuar por las avenidas, y dos polis se les unen.

El miércoles, 29 de agosto de 1928, después de haber perdido ya el año 242 días y cuando ya no le quedan muchos más que perder — esos días han pasado irremisiblemente con un viaje a Magdeburgo, con una recuperación y una convalecencia, con la adaptación de Reinhold al aguardiente y la aparición de Mieze, y han cometido ya su primer robo con fractura del año, y Franz es otra vez de una tranquilidad radiante y del más absoluto pacifismo—, el hojalatero se va al campo con la pequeña Mieze. A él, es decir, a Franz, ella le ha dicho que se va con su protector. Por qué va, no lo sabe. Sólo quiere ayudar a Franze, pero cómo, no lo sabe. Esa noche ha soñado: su cama y la de Franzen están en el salón de los dueños de la casa, bajo la lámpara, y entonces se mueve la cortina de la puerta y algo espantoso, una especie de fantasma, sale lentamente de allí y penetra en el cuarto. Ay, suspira ella, y se sienta en la cama, con Franz profundamente dormido al lado. Yo te ayudaré, no le pasará nada, y otra vez se acuesta, es extraño cómo nuestras camas avanzan rodando por el salón.

Zas, ahora están en Freienwalde, es bonito Freienwalde, es un balneario, tiene un bonito Kurgarten con grava amarilla, y mucha gente que pasea por él.

¿Y a quién se encuentran ahí, cuando acaban de almorzar junto al Kurgarten, en la tenaza?

Terremotos, relámpagos, relámpagos, truenos, raíles rotos, la estación en ruinas, estruendo, humareda, humo, todo destruido, niebla, no se puede ver nada, niebla, gritos en aumento... soy tuya, soy sólo tuya.

Que venga, que se siente, no le tengo miedo, a él desde luego no, le puedo mirar tranquilamente a la cara. «Te presento a la señorita Mieze; ¿la conocías ya, Reinhold?». «Muy-poco. Encantado, señorita».

De manera que se sientan en el Kurgarten de Freienwalde; alguien toca

dentro algo bonito en el piano. Aquí estoy en Freienwalde, y él está ahí delante.

Terremotos, relámpagos, niebla, todo destruido, pero es bonito que nos hayamos encontrado, a ése le voy a sonsacar todo lo que pasó con Pums y lo que hace el Franz, a ése hay que hacerlo bailar; que muerda el anzuelo y entonces. Mieze sueña que la Fortuna le sonrío. El pianista canta: Dime que oui, preciosa, eso es francés. Dime que ja, qué importa, dime que yes. Como tú quieras, todo da igual, es un amor internacional. Dilo con flores, por la nariz. Dilo en voz alta,

dilo feliz. Di que me quieres, dime que sí, que es lo más bello que nunca oí.

Unos vasitos ayudan, cada uno toma un sorbito. Mieke confiesa que estuvo en el baile, y eso da lugar a una animada conversación. El maestro del piano toca, a petición del público: En Suiza y en el Tirol, letra de Fritz Roller y Otto Stransky, música de Anton Profes. En Suiza y en el Tirol, acaba saliendo el sol. En Tirol dan leche de vaca, en Suiza la Jungfrau destaca. Pero aquí... seamos sinceros, todos somos bastante severos. Me encuentro mejor, caballeros, en Suiza y en el Tirol. ¡Holoróidi! De venta en todos los establecimientos musicales. Holoróidi, se ríe Mizeken, ahora piensa mi Franz que estoy con el viejo, pero... estoy con él mismo y no se da cuenta.

Luego daremos una vuelta por los alrededores, con el coche. Eso quieren Karl, Reinhold y Mieke, y a la inversa, Mieke, Reinhold y Karl, y también Reinhold, Karl y Mieke todos juntos. Y precisamente en ese momento tiene que sonar el teléfono y un camarero llama: el señor Matter, al teléfono, no has guiñado un ojo antes, Reinhold, chico, bueno, no diremos nada, Mieke sonrío también, ninguno de los dos tenéis nada en contra, parece que va a ser una tarde muy agradable. Y ahí vuelve ya Karlchen, ay Karelein, hermoso, no me das ningún reposo, te has hecho pupa, no, tengo que volver a toda prisa a Berlín, tú quédate, Mieke, yo me tengo que ir, nunca se sabe, y le da a Mieke un beso y no lo cuentas por ahí, Karl, cómo lo voy a contar, chatita, todo quisque,

cuando puede, hace una escapada, adiós Reinhold, felices pascuas, felices fiestas. El sombrero del gancho y se va.

Aquí estamos. «Qué le parece». «Bueno, señorita, por eso no hacía falta que chillara tanto el otro día». «Fue sólo el susto». «De mí». «Se acostumbra una a la gente». «Muy amable». Cómo mueve los ojos esta golfilla, es una furcia encantadora, me apuesto cualquier cosa a que hoy me la trajino; ya puedes esperar sentado, chaval, sólo te voy a dar cuerda y me vas a contar todo lo que sepas. Qué ojos pone. Como si se hubiera tragado una mata de apios.

El pianista se ha quedado agotado de cantar y el piano está cansado, quiere

irse también a dormir, Reinhold y Mieke pasean colina arriba, un poco por la espesura. Y hablan de esto y de aquello, cogidos del brazo, y el muchacho no es mala persona. Y cuando, a las seis, están de vuelta en el Kurgarten, Karl los está esperando, ha regresado ya con el coche. ¿Vamos a irnos a casa tan pronto?, esta noche hay luna llena, vamos al bosque, hace un tiempo tan bueno, vamos. Y a

las ocho se dirigen al bosque, y Karl tiene que volver deprisa al hotel para encargarse de la habitación y cuidarse del coche. Luego nos vemos en el Kurgarten.

En ese bosque hay muchas flores, muchas personas pasean del brazo, y hay también senderos solitarios. Caminan juntos

pensando en sus cosas. Mieke quisiera preguntarle algo, pero no sabe qué, es tan agradable ir del brazo con este hombre, bueno le preguntaré otro día, es una noche tan agradable. Dios, qué pensará Franz de mí, tengo que salir pronto del bosque, es tan agradable andar por aquí. Reinhold la ha rodeado con su brazo, tiene un brazo derecho, el hombre camina a su izquierda, Franz va siempre a su derecha, es extraño andar así, qué brazo más fuerte y robusto, qué tipo éste. Van entre los árboles, el suelo es blando, Franz tiene buen gusto, se la voy a birlar, la tendré un mes y luego puede hacer lo que quiera. Y si quiere algo conmigo, se llevará tal golpe en la próxima expedición que no se podrá levantar; una rica hembra, una hembra con clase, y que le es fiel además.

Caminan hablando de esto y de aquello. Se hace más oscuro. Es mejor hablar; Mieke suspira, es tan peligroso andar sin hablar, sintiendo sólo al otro. Ella mira siempre el camino y dónde acaba. No sé qué quiero de él; Dios del cielo, qué es lo que quiero de él. Caminan en círculo. Disimuladamente, Mieke orienta sus pasos hacia la carretera. Abre los ojos, ya estás ahí.

Son las ocho. Él saca una linterna, van hacia el hotel, el bosque queda atrás, los pájaros, ay, los pájaros cantan maravillosa, maravillosamente[195]. Algo tiembla dentro de él. Ha sido un paseo extrañamente silencioso. El tiene los ojos claros. Camina apaciblemente a su lado. El hojalatero los espera solitario en la

terrazza. «¿Tienes las habitaciones?». Reinhold se vuelve hacia Míeze; se ha ido

«¿Dónde está la señora?». «En su habitación». Él llama. «La señora ha encargado que le diga que se ha ido a dormir».

Algo tiembla dentro de él. Qué bonito era. El bosque oscuro, los pájaros...

Qué es lo que quiero de la chica. Qué chica más estupenda tiene el Franz; me gustaría tenerla yo. Reinhold se sienta con Karl en la terraza; fuman gruesos puros. Se miran sonriendo: en el fondo, ¿qué hacemos aquí? También podríamos irnos a casa a dormir... Reinhold respira aún profunda y lentamente, da lentas chupadas a su veguero, el bosque oscuro, estamos caminando en círculo, me lleva otra vez a la carretera: «Si quieres, Karl. Yo me quedo esta noche aquí».

Y luego caminan los dos hasta el lindero del bosque y se sientan allí a ver

pasar los coches. En el bosque hay muchos árboles, se anda por un suelo blando, hay muchas parejas que van del brazo, qué cerdo soy.

Sábado, primero de septiembre

Eso es el miércoles, 29 de agosto de 1928.

Tres días después se repite todo. Llega el hojalatero con un coche, Mieke... Mieke ha dicho en seguida que sí cuando él le ha preguntado si quiere ir otra vez a Freienwalde y que venga también el Reinhold. Esta vez seré más fuerte, piensa cuando está sentada en el coche, no iré con él al bosque. Ha dicho que sí en seguida, porque Franz ha estado tan melancólico estos últimos días y no dice por qué y tengo que saberlo y tengo que averiguar qué hay detrás. Tiene dinero de mí, lo tiene todo, no le falta nada, qué es lo que le preocupa al hombre.

Reinhold se sienta en el coche junto a ella, en seguida le ha pasado el brazo por la cintura. Todo está previsto: hoy dejas por última vez a tu querido Franz, hoy te quedas conmigo, tanto tiempo como yo quiera. Eres la que hace el número quinientos o mil entre las mujeres que he tenido, hasta ahora todo ha salido a pedir de boca, y también esta vez saldrá a pedir de boca. Ella está ahí y no sabe lo que le va a pasar, pero yo lo sé y eso es lo que hace falta.

Dejan el coche en Freienwalde delante de la fonda, Karl Matter se va a pasear solo con Mieze por Freienwalde, es sábado, primero de septiembre, y son las cuatro de la tarde. Reinhold quiere dormir una hora en la fonda. Después de las seis se levanta, enreda en el coche, luego se echa unos tragos al coleteo y se larga.

En el bosque, Mieze se siente feliz. Karl es tan simpático y cuenta montones

de cosas, tiene una patente, y la empresa para la que trabaja se la ha birlado, así engañan a los empleados, se tienen que comprometer de antemano por escrito y la empresa se ha hecho millonaria, y él sólo trabaja con Pums porque está construyendo un nuevo modelo que dejará anticuados y eliminará a todos los que

14 empresa ha robado. Un modelo así cuesta mucho dinero, no se lo puede revelar a Mieze, es un secreto muy grande, lo revolucionará todo si es que resulta, todos los tranvías, bombas de incendios, servicios de basuras, todo, sirve para todo, para todo absolutamente. Hablan de aquella excursión en coche al

baile de máscaras, los negros robles de la avenida pasan veloces, te regalo 128 días del año, cada uno con su mañana, tarde y noche.

«Yuhu, yuhu», grita Reinhold en el bosque. Es Reinhold, ellos responden:

«Yuhu, yuhu». Karl se esconde en algún sitio, pero Mieke se pone más seria cuando Reinhold llega.

Entonces los dos guardias de azul se levantaron de la piedra. Y dijeron que la investigación había sido infructuosa y se retiraban, aquí sólo pasan cosas sin importancia, sólo podemos dar un parte por escrito a las autoridades. Y si pasara alguna cosa, se sabría, estaría en las columnas de anuncios.

En el bosque, sin embargo, caminaban solos Mieke y Reinhold, unos pajaritos trinaban y gorjeaban suavemente. Arriba, los árboles comenzaron a cantar.

Cantó un árbol, luego cantó otro árbol, luego cantaron juntos, luego dejaron de cantar, luego cantaron sobre las cabezas de los dos.

Es segadora, se llama Muerte, tiene la fuerza de Dios que es fuerte. Ya no vacila, su arma afila.

«Ay cómo me alegro, de veras, de estar otra vez en Freienwalde, Reinhold. Sabe, anteayer fue un día muy bonito, ¿no fue bonito?». «Sólo que un poco corto. Debía de estar usted cansada, llamé a su

puerta y no me abrió». «El aire quema, y el viaje en coche y todo». «Bueno, también fue bonito, ¿no?». «Claro que sí, ¿por qué lo dice?». «Quiero decir dar un paseo así. Y con una señorita tan guapa». «Una señorita tan guapa, no exagere. Yo no le he llamado señor guapo».

«El que viniera conmigo...». «¿Qué?». «Bueno, pienso que yo no tengo mucho que ofrecer. El que viniera conmigo, señorita, puede creerlo, me alegra de verdad». Es un chico estupendo. «¿No tiene usted ninguna amiga?». «Amiga, a cualquier cosa se llama hoy amiga». «Hombre». «Bueno. Las hay de todas clases. Usted no sabe de eso, señorita. Usted tiene un amigo que es formal, y que es capaz de hacer algo por usted. Pero una chica sólo quiere divertirse, corazón... no lo tiene». «Habrá tenido usted mala suerte». «Ya ve, señorita, de ahí viene también lo del... bueno, lo del cambio de mujeres. Pero de eso no quiere oír hablar». «Hable usted. ¿Cómo era?». «Se lo puedo decir exactamente y usted también lo comprenderá. ¿Se puede conservar a una mujer más de unos meses o unas semanas cuando ella no es nadie? ¿Eh? A lo mejor ella anda

rodando por ahí o no tiene nada dentro, no entiende nada, se mete en todo y hasta puede que beba». «Qué horrible». «Pues ya ve, Mieke, eso es lo que me pasaba. Y eso es lo que pasa. Puros desechos, basura, porquería. Del cubo de la basura. ¿Le gustaría a usted estar casada con alguien así? Bueno, pues a mí no, ni una

hora. Se aguanta un poco, unas semanas quizá, y luego ya está bien, ella se tiene que ir y yo me quedo solo otra vez. No es agradable. Pero aquí sí que se está bien». «Supongo que para usted es también un cambio, ¿no?». Reinhold se echa a reír. «¿Qué quiere decir, Mieke?». «Bueno, bueno, que también le gustaría andar con otras, ¿no?». «Por qué no, claro, todos somos humanos».

Se ríen, caminan del brazo, primero de septiembre. Los árboles no dejan de cantar. Es una larga plática.

Cada cosa, cada cosa tiene su tiempo y toda empresa bajo la capa del cielo

tiene su hora, cada cosa tiene su año, nacer y morir, plantar y arrancar lo plantado, cada cosa, cada cosa tiene su tiempo, estrangular y sanar, romper y construir, buscar y perder, su tiempo, conservar y arrojar, su tiempo, desgajar y coser, callar y hablar. Cada cosa tiene su tiempo[196]. Por eso me doy cuenta de que no hay nada mejor que estar de buen humor. Nada mejor que estar de buen humor. Estar de buen humor, tengamos buen humor. No hay nada mejor bajo el cielo que reír y estar de buen humor[197].

Reinhold ha cogido la mano de Mieke, camina a su derecha, qué brazo más

fuerte tiene. «Sabe usted, Mieke, en realidad no tuve valor para invitarla, ese día, ya sabe». Y luego caminamos durante media hora, hablando poco. Es peligroso caminar sin hablar. Pero nota su brazo derecho.

Dónde siento yo a esta chavala tan mona, es algo especial, quizá me la guarde para luego, hay que disfrutar de la vida, quizá me la lleve al hotel y a la noche, a la noche, cuando la luna va en coche. «Tiene usted la mano llena de cicatrices, y tatuajes también, ¿también el pecho?». «Sí, ¿quiere verlos?». «¿Por qué se hace usted tatuajes?». «Depende de dónde sea, señorita». Mieke se ríe sofocadamente, se columpia del brazo de él: «Me lo puedo imaginar, tuve también uno, antes de Franzen, es increíble todo lo que tenía pintado». «Hace daño, pero es bonito. ¿Quiere verlo, señorita?». Suelta el brazo de ella, se desabrocha rápidamente, enseña el pecho, mire. Es un yunque con una corona de laurel alrededor. «Bueno, ahora tápese, Reinhold». «Mire, mire tranquila». Hay fuego en él, un deseo ciego, coge la cabeza de ella y la aprieta contra su pecho:

«Bésalo, bésalo, tienes que besarlo». Ella no lo besa, su cabeza está allí, entre las manos de él: «Suélteme». Él la suelta: «No te pongas así, mujer». «Ahora me voy». La muy furcia, ya te cogeré, cómo se atreve a hablarme así. Reinhold se arregla la camisa. Ya te cogeré, se da importancia, no hay que perder la calma, despacio, muchacho. «Pero si no te he hecho nada, ya me

abrocho. Ves, ya está. No será la primera vez que has visto a un hombre».

Pero qué hago con este tipo, cómo me ha puesto el pelo, es un bárbaro, yo me largo. Todo tiene su tiempo. Cada cosa, cada cosa.

«No sea usted así, señorita, ha sido un pronto. Un momentito, sabe, en la vida de un hombre hay momentos así». «¿Y por eso ha tenido que agarrarme la cabeza?». «No se enfade, Mieze». Ya te agarraré de otro sitio. Otra vez ese ardor salvaje. Como yo te agarre. «¿Hacemos las paces, Mieze?». «Bueno, pero pórtese bien». «Prometido». Del brazo. Él le sonrío, ella sonrío a la hierba. «No ha sido tan malo, Mieze, ¿eh? Ladramos pero no mordemos». «Estoy pensando,

¿por qué tiene usted un yunque? Algunos llevan una mujer, o un corazón o algo así, pero un yunque». «¿Y qué piensa de eso, Mieze?». «Nada. No sé». «Es mi escudo de armas». «¿Un yunque?». «Sí. Para poner a alguien encima». Le hace una mueca. «Es usted un cochino. Para eso hubiera podido tatuarse una cama».

«No. Un yunque es mejor. Un yunque es mejor». «¿Es usted herrero?». «Un poco también. Hay que hacer de todo. Pero lo del yunque no lo ha entendido, Mieze. Nadie se me debe acercar demasiado, señorita, porque si no, se quema. Pero no crea que muerdo sin motivo, y a usted, desde luego, no. Estamos dando un paseo muy bonito, y me gustaría también sentarme en algún

sitio». «Todos los muchachos de Pums sois así, ¿no?». «Depende, Mieke, no es tan fácil hacer buenas migas con nosotros». «Bueno, ¿y qué es lo que hacen todos?». «Cómo podría llevarte yo a una hondonada, no hay un alma. «Ay Mieke, eso es mejor que se lo preguntes a tu Franz, lo sabe todo igual que yo». «Pero no suelta prenda». «Eso está bien. Es listo. Es mejor no decir nada». «Pero a mí». «¿Qué quieres saber?». «¿Qué es lo que hacéis?». «¿Me darás un beso?». «Si me lo dices».

La tiene en sus brazos. Dos brazos tiene el muchacho. Y cómo aprieta. Cada

cosa tiene su tiempo, plantar y arrancar, buscar y perder. No puedo respirar. No me suelta. Qué calor hace. Déjame. Como lo haga otra vez estoy lista. Ay no, primero tiene que decirme lo que pasa con el Franz, qué quiere realmente el

Franz y todo lo que ha pasado y lo que piensan ellos. «Ahora suéltame, Reinhold». «Bueno». Y la suelta, se queda allí, cae de rodillas a sus pies, le besa los zapatos, éste está loco, le besa las medias, más arriba, el vestido, las manos, cada cosa tiene su tiempo, hasta llegar al cuello. Ella se ríe, se debate: «Vete, vete de aquí, hombre, estás loco». Cómo quema, habría que ponerte bajo la ducha. El respira y jadea, quiere enterrarse en su cuello, tartamudea y no se le entiende, se aparta por sí solo del cuello de ella, es como un animal. Su brazo descansa en el de Mieke, caminan, los árboles cantan. «Mira, Mieke, qué bonita

hondonada, como hecha para nosotros... mira. Una hondonada para un fin de semana. Alguien ha estado cocinando. Vamos a limpiarlo. Se mancha uno los pantalones». No sé si sentarme. Quizá entonces hablará más. «Bueno, por mí. Sería mejor sentarse en un abrigo». «Espera, Mieke, me quitaré la chaqueta».

«Muy amable por tu parte».

Están echados de través en la pendiente de una fosa de hierba, ella aparta con el pie una lata de conservas, se vuelve boca abajo, pone tranquilamente un brazo sobre el pecho de él. En esas estábamos. Le sonrío. Cuando él aparta el chaleco de su pecho y aparece el yunque, ella no retira la cabeza. «Y ahora dime algo, Reinhold». Él la aprieta contra su pecho; en esas estábamos, muy bien, aquí está la chica, todo va bien, bonita chica, de lo mejorcito, a ésta me la quedo mucho tiempo, y ya puede chillar el Franz lo que quiera, antes no la voy a soltar. Y Reinhold se deja resbalar por la pendiente, y atrae a Mieke sobre su cuerpo, la rodea con sus brazos y la besa en la boca. Se empapa de ella, no hay en él pensamiento alguno, sólo placer, deseo, pasión salvaje, cada gesto está establecido y que nadie pretenda impedirlo. Entonces rompe y estalla y contra ello no puede nada un huracán ni un alud de piedras, es un disparo de cañón, una mina que explota. Todo lo que se le opone lo atraviesa, lo aparta, adelante, sigue adelante, adelante.

«No tan fuerte, Reinhold». Me deja sin fuerzas; si no hago un esfuerzo, estoy

perdida. «Mieze». La mira parpadeando, no la suelta: «Bueno, Mieze». «Bueno, Reinhold». «¿Por qué me miras así?». «Oye, no está bien lo que haces conmigo.

¿Desde cuándo conoces a Franzen?». «¿A tu Franzen?». «Sí». «Tu Franz, bueno,

¿sigue siendo todavía tuyo?». «¿Pues de quién va a ser?». «Y entonces, ¿qué soy yo?». «¿Qué quieres decir?». Quiere esconder la cabeza en el pecho de él, pero él le obliga a levantarla: «Bueno, ¿qué soy yo?». Ella se echa contra él, se aprieta

contra su boca, él se enardece otra vez, un poco si que lo quiero también, cómo se tensa, se enciende. No hay masa de agua, no hay bomba de incendios gigante que lo pueda apagar, las llamas salen de la casa, nacen de dentro. «Bueno, ahora déjame otra vez». «¿Qué quieres, chica?». «Nada. Estar contigo». «Pues entonces. También yo soy tuyo, ¿no? ¿Te has peleado con el Franz?». «No».

«¿Estás peleada con él, Mieze?». «No, pero cuéntame algo de él, tú lo conoces desde hace tiempo». «No te puedo decir nada».

«Anda». «No te cuento nada, Mieze». La coge, la echa a un lado, ella forcejea: «No, no quiero». «No seas tan terca, chica». «Me voy a levantar, aquí se pone una perdida». «¿Y si te cuento algo?». «Sí,

eso está mejor». «¿Qué me darás entonces, Mieke?». «Lo que quieras». «¿Todo?». «Bueno... veremos». «¿Todo?». Sus rostros están juntos, encendidos; ella no dice nada, ni yo misma sé lo que haré, algo pasa por él, ya no piensa, no hay que pensar, inconsciencia.

Él se levanta, lavarse la cara, puah, este bosque, se pone uno perdido. «Te voy a contar algo de tu Franz. Lo conozco hace mucho tiempo. Sabes, tú, es un sujeto muy especial. Lo conocí en la tasca, en la Prenzlauer Allee. El invierno pasado. Él vendía periódicos y conocía a alguien allí el Meck, eso es. Así fue como lo conocí yo. Nos reuníamos allí y lo de las chicas ya te lo he contado».

«Pero ¿es verdad?». «Claro que es verdad. Pero es un bobo, ese Biberkopf, un bobokopf, de eso no puede presumir, todas eran mías. ¿Crees que las mujeres me las conseguía él? Ay Dios, sus mujeres. No, si de él hubiera dependido, habríamos ido al Ejército de Salvación para que yo me arrepintiera». «Pero no te arrepentiste, Reinhold». «No, ya ves. Conmigo no hay nada que hacer. Hay que tomarme como soy. Eso es tan seguro como un amén en la iglesia. Pero a ése, Mieke, a ése lo puedes cambiar. Mieke, ese chulo tuyo, tú eres una cosa muy bonita. Chica, ¿cómo puedes pescarte un tipo así, con un solo brazo, una chica tan bonita, cuando podrías hacer bailar a diez con cada dedo?». «Bueno, no digas bobadas, oye». «Está bien, el amor es ciego,

¡pero una cosa así! ¿Sabes lo que quiere ahora con nosotros, ese chulo tuyo? Quiere darse pote con nosotros. Precisamente con nosotros. Primero quería llevarme al banco de los penitentes, pero no lo logró. Y ahora». «No, no hables así de él. No te lo consiento». «Quili, ya sé que es tu querido Franz; tu Franzeken, y que lo sigue siendo, ¿no?». «El no te ha hecho nada, Reinhold».

Cada cosa tiene su tiempo, cada cosa, cada cosa. Es horrible este hombre,

que me suelte, no quiero saber nada de él, no necesito que me cuente nada. «No, no me ha hecho nada, y le costaría trabajo, Mieze. Te has buscado un buen ejemplar, Mieze. ¿Te ha hablado alguna vez de su brazo? ¿Qué? ¡Y eres su novia, o lo has sido! Ven aquí, Miezen, preciosidad, no te pongas así». Qué puedo hacer, no lo quiero. Hay un tiempo para plantar y para arrancar, coser y desgarrar, llorar y bailar, lamentarse y reír. «Vamos, Mieze, qué haces con ése, con semejante cretino. Tú eres un encanto. No te des tantos aires. Porque estés con ése no eres una condesa. Alégrate de haberte librado de él». Alégrate, por qué iba a alegrarme. «Y ahora que gimotee, se ha quedado sin su Mieze».

«Bueno, ya basta, y no me aprietes así, tú, que no soy de hierro». «No, de carne, de una carne muy bonita, Mieze, dame el piquito». «Qué te pasa, oye, no me apretujes. No te imagines cosas. ¿Desde cuándo soy tu Mieze?».

Fuera de la hondonada. Me he dejado el sombrero abajo. Me va a pegar, tengo que correr. Y grita ya —él no se ha levantado aún de la hondonada—, grita «Franz», y corre. Ya está él de pie, corriendo, y en dos saltos la alcanza, está en mangas de camisa. Los dos caen junto a un árbol, se quedan allí echados. Ella patalea, él está sobre ella, le tapa la boca: «¿Vas a gritar, furcia, vas a gritar otra vez, por qué gritas, es que te estoy haciendo algo, quieres callarte, eh? El otro día, él no te partió ningún hueso. Pues ten cuidado porque yo no soy igual». Le quita la mano de la boca. «No voy a gritar». «Bueno, eso está bien. Y ahora te pones de pie, tú, y vuelves y recoges el sombrero. Yo no le pongo las manos encima a ninguna mujer. No lo he hecho en mi vida. Pero no me saques de mis casillas. Porque si no».

Va tras ella.

«No tienes que darte tanta importancia con tu Franz, aunque seas su puta».

«Ahora sí que me voy». «Cómo que te vas, tú no estás bien de la cabeza, no sabes con quién estás hablando, así puedes hablarle al cretino ese». «No sé... qué hacer». «Volver a la hondonada y portarte bien».

Cuando un hombre quiere degollar a una ternera, le pone una cuerda al cuello y se la lleva al banco. Allí levanta la ternera, la tumba en el banco y la ata fuertemente.

Caminan hasta la hondonada. Él le dice: «Échate ahí», «¿Yo?». «¡Como grites! Chica, me gustas, si no, no hubiera venido, te lo digo: aunque seas su puta, no eres ninguna condesa. Y no me armes jaleo, tú. Sabes, eso no le sale

bien a nadie. Ya puede ser hombre, mujer o niño, en eso no me ando con bromas. Pregúntaselo a tu chulo. El te podría decir cosas. Si es que no se avergüenza, claro. Pero yo también te las puedo decir. Te las voy a decir para que sepas quién es. Y para que sepas a qué atenerte si empiezas conmigo. Él también quiso empezar, qué cosas tiene en ese melón. A lo mejor quería también chivarse. Estaba vigilando una vez, mientras nosotros trabajábamos. Y va y dice que no quiere, que él es un hombre honrado. Ése no está en sus cabales. Entonces yo le digo que tiene que hacerlo. Y tiene que venirse en el coche y yo sin saber aún qué hacer con el tipo, siempre ha sido un voceras, y mira por dónde, viene un coche detrás de nosotros y pienso, ahora verás, muchacho, para que nos refriegues por las narices tu honradez. Y afuera del coche. Ahora ya sabes dónde se quedó su brazo».

Manos heladas, pies helados, fue él. «Y ahora te echas y eres cariñosa, como

está mandado». Es un asesino. «Peno sarnoso, canalla». Él está encantado. «Ya ves. Ahora grita lo que quieras». Ahora obedecerás. Ella grita, llora: «Peno, quisiste matarlo, lo desgraciaste a él y ahora me quieres a mí, so cerdo». «Sí, te quiero

a ti». «Cerdo. Te escupiría en la cara». Él le cierra la boca: «¿Vas a querer ahora?». Ella está azul, trata de apartar la mano de él: «Asesino, socorro, Franz, Franzeken, ven».

¡Su tiempo! ¡Su tiempo! Cada cosa tiene su tiempo. Estrangular y curar, romper y construir, desgarrar y coser, su tiempo. Ella se tira al suelo para escapar. Forcejean en la hondonada.

Socorro, Franz.

Ya organizaremos la cosa, le gastaremos una broma a Franz para que pueda reírse toda la semana. «Quiero irme». «Quiere irse. Ha querido irse ya muchas veces».

Él se arrodilla sobre su espalda, sus brazos alrededor del cuello de ella, los

pulgares en la nuca, el cuerpo de ella se estremece, se estremece, el cuerpo de ella se estremece. Su tiempo, nacer y morir, nacer y morir, cada cosa.

Asesino me llamas y me traes aquí, y a lo mejor querías burlarte de mí, so golfa, no conoces a Reinholdchen.

Fuerza, fuerza, es segadora, tiene la fuerza de Dios que es fuerte. Suéltame. Ella se debate aún, patalea, golpea hacia atrás.

Arreglaremos la cosa, y luego que vengan los perros y se coman los restos.

Su cuerpo se estremece mece su cuerpo, el cuerpo de Mieke.

Asesino dice,

ahora verás, eso te lo ha debido enseñar él, tu querido Franz.

Se da un golpe con el hacha en la cerviz de la res y se abren con el cuchillo las arterias de ambos lados del cuello. La sangre se recoge en el recipiente de metal.

Son las ocho, el bosque está relativamente oscuro. Los árboles se balancean, se mecen. Ha sido un trabajo duro. ¿Todavía dice algo? Ya ha dejado de jadear, la muy furcia. Eso es lo que le pasa a uno por ir de excursión con semejante carroña.

Maleza encima, el pañuelo en el árbol más próximo, para poderla encontrar luego, con ésta ya he acabado, por donde andará Karl, tengo que buscarlo. Al cabo de una hora, de vuelta con Karl, es un gallina, cómo tiembla el tipo, se le doblan las piernas, tener que trabajar con este novato. Está muy oscuro, buscan con linternas, ahí está el pañuelo. Han traído palas del coche. Entierran el cuerpo, arena encima, maleza encima, nada de pisadas, hombre, hay que borrarlas todas, ponte derecho, Karl, parece como si estuvieras tú dentro.

«De manera que ahí tienes mi pasaporte, un buen pasaporte, Karl, y aquí tienes dinero y te esfumas mientras; el aire esté cargado. Dinero tendrás, no te preocupes. Como dirección,

siempre Pums. Yo me vuelvo. A mí no me ha visto nadie y a ti no te puede hacer nada nadie, tienes tu coartada. Listo, en marcha».

Los árboles se balancean, se mecen. Cada cosa, cada cosa.

Está completamente oscuro. Su rostro está aplastado, sus dientes aplastados, sus ojos aplastados, su boca, sus labios, su lengua, su cuello, su vientre, sus piernas, su regazo, soy tuya, tienes que consolarme, Distrito de Policía de la Estación de Stettin, Aschinger, me siento mal, vamos, en seguida estaremos en casa, soy tuya.

Los árboles se mecen, empieza a soplar viento. Huh, hua, huh-uu-uh. La

noche avanza. Su vientre aplastado, sus ojos, su lengua, su boca, vamos, en seguida estaremos en casa, soy tuya. Un árbol cruje, está en el lindero. Huh, hua, huh, uu, uh, es la tormenta, viene con pífanos y tambores, ahora está sobre el bosque, ahora baja, cómo aúlla ya está abajo. Los gemidos vienen de la maleza. Es coleó cuando algo se rasga, aúlla como un peno encerrado y chilla y gimotea, escucha cómo gimotea, alguien debe de haberlo pisado, pero con tacones, ahora

cesa otra vez.

Huh, hua, huh-uu-uh, la tormenta vuelve, es de noche, el bosque está tranquilo, árbol con árbol. Han crecido en paz, se agrupan como un rebaño; cuando están así tan juntos, la tormenta no llega hasta ellos tan fácilmente, sólo los de afuera tienen que creer en ella, y los débiles. Mantengámonos juntos, quedémonos inmóviles, es de noche, el sol se ha ido, huh, huah, uu, huh, otra vez empieza, ahí está, ahora está abajo y arriba y alrededor. Una luz amarillorrojiza en el cielo y otra vez es de noche, luz amarillo rojiza; noche, el gimoteo y los silbidos se hacen más fuertes. Los que están en la linde saben lo que se avecina, gimotean, y la hierba, pero ella puede doblarse, puede aletear, pero qué pueden hacer los gruesos árboles. Y de pronto no sopla ya el viento, ha cesado, no lo hace más, pero todavía chillan ante él, qué va a hacer ahora.

Cuando se quiere derribar una casa, no se puede hacer con las manos, hay

que coger la piqueta o enterrar una carga de dinamita. El viento no hace otra cosa que hinchar un poco el pecho.

Fíjate, toma aliento, luego lo echa, huh, huah, uu-uh-huh. Cada aliento es pesado como una montaña, lo echa, huh, huah, uu-huh, la montaña rueda hacia delante, rueda hacia atrás, lo echa, huh, huah, uu-huh. Adelante y atrás. El aliento es un peso, una

bala que golpea y va contra el bosque. Y cuando el bosque se queda como un rebaño sobre la colina, el viento rodea el rebaño y pasa rugiendo.

Ahora empieza: vumm-vumm, sin pífanos ni tambores. Los árboles se inclinan a izquierda y derecha. Vumm-vumm. Pero no saben seguir el ritmo. Cuando los árboles están a la izquierda, va vumm hacia la izquierda sobre ellos, que crujen, crepitan, se rompen, se quiebran, revientan, chisporrotean. Vumm, hace la tormenta, tienes que inclinarte a la izquierda. Huhhuah, uu, huh atrás, ya ha pasado, se ha ido, hay que saber esperar el momento. Vumm, ahí viene otra vez, cuidado, vumm, vumm vumm, son bombas de aviación, quiere arrasar el bosque, quiere aplastar el bosque entero.

Los árboles aullara y se mecen, crepitan, se quiebran, chisporrotean, vumm,

está en juego la vida, vumm, vumm, el sol se ha ido, pesos que se derrumban, noche, vumm vumm.

Soy tuya, vamos, pronto estaremos allí, soy tuya. Vumm, vumm.

LIBRO OCTAVO

o ha servido de nada. No ha servido absolutamente de nada. Franz Biberkopf ha recibido el mazazo y sabe que está perdido, pero sigue sin saber por qué.

Franz no se da cuenta de nada y el mundo sigue andando

Dos de septiembre. Franz anda por ahí como siempre, se va con el elegante mercachifle a los baños públicos del Wannsee. El día 3, lunes, se extraña de que Miezeken no haya vuelto, tampoco ha dicho palabra, la patrona no recuerda nada, tampoco ha telefoneado. Bueno, quizá haya hecho alguna excursión con su honorable amigo y protector, pronto la soltará. Esperemos hasta la noche.

Es mediodía, Franz está en casa, llaman a la puerta, un mensaje urgente, para Mieze de su protector. Ahí va, qué es esto, yo creía que estaba con él, qué pasa aquí. Abriré la carta: «y me extraña, Sonja, que no me llames siquiera. Ayer y anteayer te estuve esperando en la oficina como habíamos quedado». Qué es esto, dónde se habrá metido.

Franz se levanta, busca el sombrero, no lo entiendo, vamos a ver a ese señor,

taxi. «Pero ¿no estaba con usted? ¿Cuándo estuvo aquí por última vez? ¿El viernes? Vaya». Los dos se miran. «Usted tiene un sobrino, ¿no estará con él?». El caballero se pone furioso, haré que venga enseguida, quédese. Beben lentamente vino tinto. Llega el sobrino. «Este señor es el novio de Sonja, ¿sabes tú dónde está?». «¿Yo? No, ¿qué pasa?». «¿Cuándo la viste por última vez?».

«De eso nada, hará unos quince días». «Eso es cierto. Ella me lo dijo. ¿Y luego no?». «No». «¿Ni has oído nada?». «Absolutamente nada, ¿por qué, qué pasa?».

«Este señor te lo dirá». «Se ha ido, falta desde el sábado, no ha dicho una

palabra, tiene allí todas sus cosas, ni una palabra de adónde iba».

El protector:

«Quizá haya conocido a alguien». «No lo creo». Los tres beben tinto. Franz se queda silencioso: «Creo que debemos esperar un poco».

Su rostro aplastado, sus dientes aplastados, sus ojos aplastados, sus labios, su lengua, su cuello, su vientre, sus piernas, su regazo aplastado.

Al día siguiente ella no ha vuelto. No ha vuelto. Todo está como lo dejó. No ha vuelto. Sabrá algo Eva. «¿Tuviste una pelea con ella, Franz?». «No, hace quince días, pero todo se arregló». «¿Quizá alguna nueva amistad?». «No, me habló del sobrino de su galán, pero está aquí, lo he visto». «Habría que vigilarlo, quizá esté con él a pesar de todo». «¿Tú crees?». «Hay que andarse con ojo. Con la Mieke nunca se sabe. Le dan ventoleras».

No ha vuelto. Franz no hace nada durante dos días, pensando: no voy a

correr detrás. Pero luego sigue sin oír nada y sin oír nada, un día entero anda detrás del sobrino y al mediodía siguiente, cuando la patrona del sobrino ha salido, Franz y el elegante mercachifle se meten rápidamente en su vivienda, la puerta cede fácilmente con una ganzúa, en la vivienda no hay un alma, en el cuarto nada más que libros, ni rastro de la moza, bonitos cuadros en las paredes, libros, no está aquí, conozco su perfume, no huele así, vamos, no toques nada, deja a la pobre mujer, vive de alquilar habitaciones.

Pero qué pasa. Franz se queda en su habitación. Durante horas. Dónde estará Mieke. Se ha ido, no da señales de vida. Qué se puede decir. Todo revuelto en la habitación, la cama deshecha, luego arreglada otra vez. Me ha abandonado. No es posible. No es posible. Abandonado. Qué he hecho yo, no he hecho nada. No me guardaba rencor por lo del sobrino.

¿Quién llega? Eva. «Estás a oscuras, Franz, enciende el gas». «La Mieke me ha abandonado. ¿Cómo es posible?». «No te preocupes hombre. Ya volverá. Te quiere, no te dejará, yo conozco a las personas». «Eso ya lo sé. ¿Crees que es eso lo que me entristece? Ya volverá». «Pues ya ves. Le habrá pasado algo a la chica, se habrá encontrado con alguien de antes, estará corriéndose una pequeña juerga, yo la conozco de antes, de cuando tú no la conocías aún, es capaz de hacer eso, tiene sus caprichos». «Pero de todas formas es raro. No sé». «Ella te quiere, hombre. Mira, pon la mano aquí». «¿Qué pasa?». «Bueno, es de ti, sabes, un regalito. Ella lo quería, la Mieke». «¿Qué?». «Ya ves».

Franz apoya la cabeza contra el vientre de Eva: «La Mieke. Tengo que sentarme. No es posible». «Bueno, ya verás, Franz, qué cara va a poner cuando vuelva». También Eva empieza a llorar. «Bueno, Eva, ¿quién es el que está nervioso? Eres tú». «Ay, todo este asunto me destroza. No comprendo a esa chica». «Ahora te voy a tener que consolar yo, mujer». «No, son sólo nervios, quizá sea por el niño». «Ya verás, cuando vuelva todavía te organizará un escándalo por eso». Ella no para de llorar: «¿Qué podemos hacer, Franz?, es tan poco propio de ella». «Primero dices que es muy capaz, que se estará corriendo una juerga con alguno, y ahora dices que no es nada propio de ella». «No sé nada, Franz».

Eva sostiene la cabeza de Franzen en sus brazos. Contempla desde arriba esa

cabeza: la clínica de Magdeburgo, le aplastaron el brazo, mató a la Ida, Dios, qué pasa con este hombre. Siempre tiene mala suerte. La Mieke estará muerta. ¡Hay algo que lo persigue! A la Mieke le ha pasado algo. Eva se derrumba en una silla. Levanta las manos horrorizada. Franz se asusta. Ella no hace más que sollozar. Está segura, hay algo que lo persigue, a la Mieke le ha pasado algo.

Él le insiste, ella no dice nada. Luego se rehace: «No dejaré que me quiten el niño. Aunque Herbert me lo pida de rodillas». «¿Ha dicho algo?». «No. El cree que es suyo. Pero lo guardaré». Está a seis millas de distancia. «Muy bien, Eva; seré el padrino». «Que tengas tan buen humor, Franz...». «Porque no me dejo abatir tan fácilmente. Estáte tranquila, Eva. Si conoceré yo a la Mieke. Ésa no deja que la pille un coche, todo se aclarará». «Seguramente tienes razón. Adiós, Franzeken». «Dame un beso». «Que estés tan tranquilo, Franz...».

Tenemos piernas, tenemos dientes, tenemos ojos, tenemos brazos, que venga alguno e intente mordernos, que intente morder a Franz, que venga alguno. Tiene dos brazos, tiene dos piernas, tiene

músculos, lo hará todo pedazos. Ese sabrá quién es Franz, sabrá que no es una gallina mojada. Todo lo que hemos hecho ya, todo lo que vamos a hacer, que venga alguno, bebamos por ello, bebamos dos, bebamos nueve.

No tenemos piernas, ay Dios, no tenemos dientes, no tenemos ojos, no tenemos brazos, cualquiera puede venir, cualquiera puede morderle a Franzen, que es una gallina mojada, ay Dios, no sabe defenderse, sólo sabe beber.

«Tengo que hacer algo, Herbert, no puedo verlo». «¿Y qué quieres hacer, chica?». «No puedo verlo, ese hombre no se da cuenta de nada, está ahí sentado y dice: ya volverá, ya volverá, y yo miro todos los días los periódicos, y no hay nada. ¿Has oído tú algo?». «No». «¿Y no puedes escuchar por ahí, para ver si alguien ha oído algo, algo de alguien?». «Todo eso es una tontada, Eva, eso que dices. Lo que a ti te parece misterioso en este asunto, a mí, realmente, no me lo parece. ¿Qué pasa? Pues que la chica se le ha ido. Dios santo, no es para rasgarse las vestiduras. Ya

encontrará otra». «¿Hablarías así si fuera yo?». «Bueno, ya está bien, Eva. Pero cuando una chica es así...». «Es que no es así. Yo se la conseguí, he estado en el depósito, mira, Herbert, a ésa le ha ocurrido algo. Tiene una mala suerte el Franz, oye. Hay algo que lo persigue. ¿No has oído nada tú?». «Qué quieres que oiga». «Bueno, a veces alguien dice algo, en la Sociedad. ¿No la ha visto nadie? No puede haber desaparecido del mundo. Yo... si no aparece pronto, me lío la manta a la cabeza y me voy a la Jefatura».

«¡Hazlo! ¡Ve!». «No te rías, lo haré. Tengo que encontrarla, Herbert, ha ocurrido algo, ella no se ha ido sola, a mí no me deja así y a Franz tampoco. Y él no se da cuenta». «Estoy cansado de oírte, todo eso es una tontada, vámonos al cine, Eva».

En el cine contemplan una tragedia.

Cuando en el tercer acto el noble caballero es acuchillado, al parecer por un bandido, Eva suspira. Y cuando Herbert la mira, ella se resbala del asiento y se le desmaya. Luego caminan del

brazo silenciosos por las calles. Herbert dice asombrado: «Pues si que se va a divertir mucho tu viejo si estás así». «Lo mató, ¿te has fijado, Herbert?». «Sólo era de mentira, un truco, no te has dado cuenta. Y todavía sigues temblando». «Tienes que hacer algo, Herbert, no podemos seguir así». «Deberías irte de viaje, dile al viejo que estás enferma». «No, hacer algo. Haz algo, Herbert, también ayudaste a Franzen cuando le pasó lo del brazo, ¡haz algo ahora también! ¡Por favor!». «No puedo, Eva, ¿qué puedo hacer?». Ella llora. El tiene que meterla en un coche.

Franz no necesita mendigar, Eva le pasa algo y recibe algo de Pums, hay algo previsto para finales de septiembre. A finales de septiembre vuelve Matter, el hojalatero. Ha estado en el extranjero, montando alguna cosa o haciendo algo parecido. Cuando ve otra vez a Franzen, le dice que estuvo descansando, que anda mal de los pulmones. Tiene un aspecto lamentable, no debe de haber descansado mucho. Franz le dice que Mieke se ha ido, él la conocía, ¿no?; pero que no se lo diga a nadie, hay gente que se parte de risa cuando lo dejan a uno tirado. «Y nada al Reinhold, con él tuve en otro tiempo historias de faldas, y se moriría de risa si lo supiera. Otra chica —sonríe Franz—, no tengo, y tampoco la quiero». Tiene un aspecto triste en la frente y en

tomo a la boca. Pero mantiene la cabeza firme sobre el cuello y aprieta los labios.

La ciudad está muy animada. Tunney ha conservado su título de campeón del mundo, pero en realidad los americanos no están nada contentos, ese hombre no les gusta. En el séptimo asalto estuvo en la lona hasta que le contaron nueve. Entonces dejó groggy a Dempsey. Ha sido el último gran combate de Dempsey. La cosa había terminado ya a las 16:58 del 23 de septiembre de 1928[198]. Se puede oír hablar de esa historia y del récord aéreo Colonia-Leipzig, y al parecer hay una guerra comercial entre naranjas y plátanos. Pero todo eso se oye con los ojos entornados, a través del pequeño tragaluz.

¿Cómo se defienden las plantas del frío? Muchos vegetales no pueden soportar la helada más ligera. Otros son capaces de formar en sus células medios de protección, de naturaleza química. Su medio de protección más importante es convertir el almidón que contienen las células en azúcar. No obstante, la utilidad de muchas plantas útiles no resulta muy mejorada por la formación de ese azúcar, y la mejor prueba son las patatas que, al helarse, se vuelven dulces. Hay casos, sin embargo, en que precisamente el contenido de azúcar producido por la helada es lo que hace aprovechable una planta o un fruto, como ocurre, por ejemplo, con los frutos silvestres. Si se deja a esos frutos en la mata hasta que llegan los primeros hielos, pronto

producen tanto azúcar que su gusto cambia y mejora notablemente. Y lo mismo pasa con los escaramujos.

Qué importa que se hayan ahogado dos remeros de Berlín en el Danubio, o

que Nungesser se haya estrellado cerca de Irlanda en su Pájaro Blanco[199]. Qué es lo que vocean por la calle, se compra por 10 pfennig, se tira, se deja por ahí.

Quisieron linchar al Primer Ministro húngaro porque atropelló con su coche al hijo de un campesino. Si lo hubieran linchado, los titulares hubieran dicho:

«Linchamiento del Primer Ministro húngaro cerca de la ciudad de Kaposvar», lo que hubiera aumentado el interés, los graciosos hubieran leído hinchamiento en lugar de linchamiento, y el ochenta por ciento restante se hubiera dicho: lástima que sólo haya sido uno, me importa un pimiento, en realidad, lo tendríamos que hacer aquí.

En Berlín la gente se ríe mucho. En Dobrin, en la esquina de la Kaiser-Wilhelm-Strasse, hay tres sentados a una mesa, un patán gordo, que es un gracioso, y su chiquita, una cosa redondita, si no chillase tanto al reírse, y luego otro, que es amigo suyo, de quien no hay nada que decir, el gordo paga por él, y él se limita a escuchar y a reírse por obligación. Son gente bien. La

fulana redondita le pone la mano en la boca cada cinco minutos a su ricachón y grita:

«¡Qué ocurrencias tiene!»». Entonces él le chupetea el cuello, la cosa dura sus buenos dos minutos. Lo que piensa el otro, que mientras tanto los mira, no les interesa. El ricachón dice: «Y entonces ella le dice: ¿Pero qué ha hecho usted conmigo? Y luego le dice: ¿Pero qué ha hecho? Y a la tercera: pero qué hacha». El acompañante hace una mueca: «Eres un pillo redomado». El fanfarrón, satisfecho: «No tan redomado como tú, deslomado». Beben caldo y el gordo sigue contando chistes.

«Va un cazador por el bosque, y se encuentra una señorita con una escopeta y le dice: "Señorita, ¿quiere usted que cacemos juntos?", ella dice: "No estoy cazando, sólo estoy tirando." "Pues mejor que mejor."». Los tres se ríen a carcajadas. El gordo explica: «Por cierto, hoy tenemos en casa sopa de hierbas». La fulana: «¡Qué ocurrencias tiene!»».

«Escuchad, sabéis éste. Dice una señorita: "Oiga ¿qué significa:

previamente?" "¿Previamente? ¡De antemano!" "Claro", dice ella, "¡ya me había imaginado que era alguna picardía! ¡Kchch!"». Todo es muy agradable y divertido, y la chica tiene que ir seis veces al baño. «Le dice el pato a la pata, no quiero meter la pata.

Camarero, la cuenta, son tres coñacs, dos bocadillos de jamón y

tres caldos con taquitos de goma». «Cómo que taquitos de goma, era pan tostado». «Bueno, pues ponga pan tostado, para mí eran taquitos de goma.

¿No tiene suelto? En casa tenemos un bebé en la cuna y siempre le damos una moneda de un groschen para chupar. Bueno.

Vámonos, chata. Se acabó la

juerga, se acabó el carbón, vámonos para Bonn».

También muchas mujeres y chicas van por la Alexanderstrasse y la Alexanderplatz, con un feto en el vientre al que la ley protege. Y mientras, fuera, las mujeres y las chicas sudan con este calor, el feto se está tranquilamente en su rincón, la temperatura es exactamente la que le conviene, y se pasea por la Alexanderplatz, pero muchos fetos no lo pasarán bien luego, harían mejor en no cantar victoria demasiado pronto.

Y hay otros que andan por allí, robando lo que pueden, unos tienen la tripa llena, otros piensan en cómo llenársela. Los almacenes Hahn están completamente derruidos, pero los demás edificios están llenos de tiendas, aunque sólo parecen tiendas, en realidad no son más que gritos, gritos de reclamo, trinos, arrullos, gorjeos sin bosque.

Y volví el rostro y vi todas las injusticias que hay bajo la capa del cielo, y he aquí que había lágrimas en los que padecían injusticia sin que nadie los consolara, y los que cometían la injusticia eran demasiado poderosos. Y alabé a los muertos, porque habían muerto ya.

A los muertos elogíé. Cada cosa tiene su tiempo, coser y desgajar, conservar y arrojar. A los muertos elogíé, que yacen bajo los árboles, que duermen[200].

Y otra vez empieza Eva: «Franz, ¿no vas a hacer algo de una vez? Han pasado ya tres semanas, sabes, si tú fueras mío y te preocuparas tan poco». «No se lo puedo decir a nadie, Eva, lo sabes tú y Herbert y además el hojalatero, pero nadie más. No se lo puedo decir a nadie, se reirían de mí. Y tampoco puedo denunciarlo. Si no me quieres dar nada, Eva, déjalo. Yo... trabajaré otra vez».

«Y que no estés triste, ni una lágrima... Me gustaría zarandearte, pero no puedo hacer nada». «Ni yo».

Las cosas se animan, los delincuentes se pelean

A principios de octubre se produce en la pandilla el enfrentamiento que Pums

temía. Es cuestión de dinero. Pums, como siempre, considera que la venta del género es lo principal en una banda, Reinhold y otros, entre ellos Franz, que lo principal son las ganancias. El reparto debe hacerse después y no antes de la venta, atribuyen siempre a Pums unos ingresos excesivos, el hombre abusa de su monopolio de los contactos con los encubridores, los que son de confianza no quieren tratar con nadie más que con Pums. Aunque Pums cede mucho y consiente en someterse a toda clase de fiscalizaciones, la pandilla comprende que hay que hacer algo. Ellos son más partidarios de un régimen de cooperativa. Pums

dice: pero si eso es lo que tenéis. Pero eso es precisamente lo que ellos no creen. Llega el atraco de la Stralauer Strasse. Aunque Plum no puede trabajar ya activamente, el hombre va con ellos. Es una fábrica de material para apósitos y vendajes, en el edificio con patio de la Stralauer Strasse. Han oído decir que hay pasta en la caja de la oficina privada. Este debe ser un golpe contra Pums: nada de género, dinero. Cuando se reparte dinero no puede haber engaño. Por eso el propio Pums participa. Dos trepan por la escalera de incendios y desatornillan con toda tranquilidad la cerradura de la puerta delantera de la oficina. El hojalatero pone manos a la obra. Fuerzan todos los cajones de la oficina, sólo hay unos cuantos marcos, sellos, y en el pasillo dos latas de gasolina, las podemos necesitar. Luego esperan a que termine de trabajar Karlchen, el hojalatero. Tenía que pasar, hombre, que se quemara la mano abriendo la caja con el soplete, no puede seguir. Reinhold lo intenta, pero no tiene experiencia, Pums le quita el soplete de la mano, pero tampoco funciona. La cosa se pone fea. Tienen que largarse, el vigilante vendrá pronto.

Rabiosos cogen las latas de gasolina, riegan todos los muebles y la maldita caja, echan cerillas. Un tanto para Pums, ¿no? Pero no se lo quieren reconocer. Echan las cerillas un poco demasiado pronto y Pums se tuesta un poco, ¡lo han logrado! El tipo no tiene nada que hacer aquí. Se le quema toda la espalda, corren a la escalera, avisan: «el vigilante», Pums llega a duras penas al coche.

El chico habrá sacado una lección de toda esta historia, no crees. Pero dónde pueden conseguir dinero.

Pums puede reírse a gusto. La mercancía es y sigue siendo lo mejor. Hay que

especializarse. Qué hacer. Llamen a Pums explotador, empresario y sinvergüenza. Pero cualquiera sabe, si llevan las cosas demasiado lejos, aprovechará sus conexiones y formará una nueva pandilla. En el club deportivo,

el jueves, Puras lo explicará, yo hago lo que puedo, si queréis, puedo presentar las cuentas por escrito, eso es, nadie le puede probar nada, y si no queréis, que lo digan en la Sociedad, contra eso no podemos hacer nada si no queréis, uno hace lo que puede, y si le cae algo más, no es para ponerse así, porque para eso tenéis a vuestras chicas, que ganan dinero, y él tiene a la vieja y vaya una mierda. De manera que siguen cargando con él, maldito explotador y empresario.

Todas las iras se descargan sobre el hojalatero, que falló en la Stralauer Strasse, dejándolos a todos colgados. Semejante chapucero no nos hace falta para nada. Se ha quemado la mano, anda de médicos, siempre ha trabajado bien y ahora no escucha más que improperios.

Se meten conmigo, piensa él, poniéndose furioso. Me sacaron de mi trabajo, cuando tenía uno; me tomo un par de copas por ahí, y

ya está gritando mi mujer, y cuando llega Año Viejo y vuelvo a casa, ¿quién se ha ido? Esa zarrapastrosa. No vuelve hasta las siete de la mañana ha dormido con otro, me ha engañado. Y así me quedó sin trabajo y sin mujer. Y lo de la pequeña Mieke, menudo perro el Reinhold. Era mía, no quería irse con él, fue conmigo a la fiesta, por la alameda, sabía besar, y él me la quitó, porque soy un desgraciado. Menudo perro, se la ha cargado, asesino, porque no quería nada con él, y ahora se va dando importancia, y me quemo la mano, y encima lo ayudé a llevarla. Es un salvaje, un auténtico asesino. Y yo que estuve a punto de echarme la culpa por semejante miserable. Soy un burro, eso es lo que soy.

Atención a Karl el hojalatero, está tramando alguna cosa

El hojalatero busca a alguien con quien hablar. En la Alexanderquelle, frente a Tietz, se sienta con dos del reformatorio y con otro más, de quien no se sabe quién es, él dice que se

dedica a toda clase de negocios, a lo que salta, pero por lo demás es un experto en carros. Sabe dibujar bien, se sientan todos a la mesa, comen salchichas y el joven carretero dibuja en su cuaderno escenas atrevidas, mujeres y hombres y cosas así. Los del reformatorio lo pasan muy bien, y Karl el hojalatero mira y piensa que el otro sabe dibujar muy bien. Los tres muchachos se ríen sin parar, los dos del reformatorio están eufóricos, estaban hace un momento en la Rückerstrasse, hubo una redada, y pudieron escaparse justo a

tiempo por atrás. Karl el hojalatero va hacia el mostrador.

Y hay dos hombres que recorren lentamente la taberna, mirando a diestro y siniestro, hablan con uno, que saca sus papeles, les echan una ojeada, dicen un par de cosas, y de pronto los dos hombres están junto a la mesa de los tres, que se sobresaltan, pero no dicen ni mu, ni palabra. Hay que seguir hablando tranquilamente, son polis, naturalmente, los que estaban en el Bar Rücker, nos han visto. Y el carretero, como si nada, sigue dibujando sus porquerías, y uno de los polis le susurra: «Policía criminal», y se abre la chaqueta, lleva una chapa de lata en el chaleco. Al lado, el otro está haciendo lo mismo con los otros dos. No tienen papeles, el carpintero de carros tiene un certificado de baja por enfermedad y una carta de una chica, los tres tienen que acompañarlos a la comisaría de la Kaiser-Wilhelm-Strasse.

Los muchachos cuentan allí enseguida lo que hay, pero se quedan de piedra

cuando los polis les dicen que no los habían visto en la Ruckerstrasse, ha sido una casualidad encontrarlos en la Alexanderquelle. Ah, pues si llegamos a saberlo, no hubiéramos dicho que nos habíamos pirado, todos se ríen. El poli les da unas palmaditas en el hombro: «Vuestro padre se alegrará de veros otra vez en casa». «Oh, está de vacaciones». El carpintero de carros está en la sala con los polis, sabe salir del paso, su dirección está bien, lo único que pasa es que tiene unas manos muy finas para un carpintero de carros, eso no acaba de convencerle a uno de los policías, siempre está moviendo las manos de un lado para otro, pero si no he trabajado desde hace un año, quiere que le diga lo que me parece usted, un marica, un mariposa, no sé qué es eso.

Y una hora más tarde está de vuelta en la taberna. Karl el hojalatero sigue holgazaneando por allí y el carretero se dirige a él sin vacilar.

«¿De qué vives tu?». Son las doce cuando Karl le pregunta eso. «De lo que

sea. ¿Y tú qué haces?». «Se hace lo que se puede». «¿No te fías para decírmelo?». «Bueno, tampoco tú eres carpintero de carros». «Soy tan carretero como tú hojalatero». «Eso habría que verlo. Mira esta mano, quemada, también hago trabajos de cerrajería». «A lo

mejor te has quemado los dedos en el negocio, ¿eh?». «¡Negocio! De eso no se saca nada». «Entonces, ¿con quién trabajas?». «Oye majo, tú quieres interrogarme». Karl le pregunta al carretero:

«¿Eres de algún club?». «En Schönhaus». «Ah, del club de bolos». «¿Lo conoces tú?». «Cómo no voy a conocer la bolera. Pregunta si me conocen, a Karl

el hojalatero, ¿está todavía allí Paule el albañil?». «Claro, qué dices, lo conoces, es amigo mío». «Estuvimos juntos en Brandemburgo». «Eso es. Vaya vaya. Escucha, entonces quizá puedas dejarme cinco marcos, no tengo un céntimo, mi patrona me va a echar, y al Augustherberge no quiero ir, el aire está allí siempre muy cargado». «Cinco marcos te puedo dejar. Si no es más que eso». «Gracias. Bueno, ¿quieres que hablemos también de un negocio?».

El carretero es un voluble, a veces le interesan las mujeres, a veces los chicos. Cuando tiene el agua al cuello, da sablazos o roba. Él, el hojalatero y otro más del club de Schönhaus se independizan y ponen mano a las armas y dan rápidamente un par de golpes. Dónde hay algo que rascar se lo dice alguien del club del carretero. En primer lugar roban motocicletas, y de esa forma tienen libertad de movimientos y pueden recorrer los alrededores. Además, así tampoco están limitados a Berlín, cuando se proyecta algo y, casualmente, hay algo fuera.

Uno de los golpes que dan es muy chusco. En la Elsasser Strasse hay una tienda de confección, y en el club hay algunos sastres que saben colocar bien las cosas. Y cuando, una vez, están los tres ante la tienda, a las tres de la madrugada, allí está también el vigilante, vigilando la casa. El carretero le pregunta qué pasa en la casa, los otros se unen a la conversación, se habla de robos, y estos tiempos son muy peligrosos, muchos socios llevan revólver encima y, si se los coge, lo abrasan a uno. Bueno, dicen los otros tres, en una cosa así ellos no se meterían nunca; pero, ¿es que hay algo ahí arriba que se pueda robar? Pues dará, está lleno de cosas, ropa de caballero, abrigos, lo que quieran. Pues habría que subir y equiparse de arriba abajo. «Estáis chalados, no vais a poner a este hombre en un aprieto». «Aprieto, cómo que aprieto. Aquí el vecino es también un ser humano, y tampoco lo pasa demasiado bien, ¿qué te pagan por vigilar, compañero?».

«Esos, saben ustedes, sobre eso es mejor no hablar. Cuando se tienen sesenta

años y unos pfennig de pensión y no se puede hacer ya nada, pueden hacer con uno lo que quieran». «Lo que yo digo, aquí se pasa el viejo toda la noche cogiendo reuma, ¿estaría usted también en la guerra?». «Cuando el llamamiento general, en Polonia, pero no cavando trincheras, no crean ustedes, teníamos que meternos en ellas». «No hace falta que me lo diga. A nosotros nos pasó lo mismo, todo el que no llevaba la cabeza bajo el brazo

tenía que meterse en una trinchera, y por eso estás ahora aquí, compañero, teniendo cuidado de que nadie robe nada a los elegantes caballeros de ahí arriba. ¿Qué te parece, vecino, hacemos algo? ¿Con quién estás tú?». «No, no, sabe, para eso tengo demasiado miedo, ahí al lado vive el dueño, y si oye algo, tiene el sueño muy ligero».

«Estaremos callados como muertos, te lo aseguro. Ven, invítanos a un café, tendrás una cafetera, vamos a hablar. No hace falta que te preocupes por él, por ese cerdo cebado».

Luego, los cuatro están sentados efectivamente en el cuarto del vigilante, en la oficina, bebiendo café, el carretero es el más astuto, le cuenta algo en voz baja al vigilante, y entretanto los otros se van por ahí a coger cosas. El vigilante no hace más que querer levantarse, tiene que hacer su ronda, no quiere saber nada de todo el asunto, finalmente el carretero le dice: «Déjalos hacer, si no te das cuenta, nadie te podrá decir nada». «Cómo que si no me doy cuenta». «Verás lo que vamos a hacer: te voy a atar fuerte, te han sorprendido, eres un anciano, no puedes defenderte, si te echo de verdad un trapo por encima, antes de que te des cuenta tienes una mordaza entre los dientes y las piernas atadas».

«Hombre».

«Bueno, no pongas tantas dificultades, ¿quieres que te agujereen la cabeza por ese ricachón, por ese cerdo cebado? Venga, vamos

a acabarnos esto y luego, pasado mañana, hacemos cuentas dónde vives, escríbemelo, un reparto honrado, vengan esos cinco».

«¿Cuánto sacarías yo?». «Depende de lo que se lleven. Cien marcos seguro».

«Doscientos». «Trato hecho». Luego fuman lentamente, se beben el resto, luego lo reúnen todo, bueno, ahora un coche seguro, el hojalatero llama por teléfono, tienen suerte, en media hora el coche del género robado está ante la puerta.

Entonces viene lo divertido: el viejo vigilante se sienta en un sillón, el hojalatero coge alambre de cobre y le ata con él las piernas, pero no demasiado fuerte. El hombre tiene varices, es muy sensible ahí abajo. Le sujetan los brazos con el cable del teléfono y entonces los tres empiezan a tomarle el pelo al viejo, que si cuánto quiere, trescientos o trescientos cincuenta. Y traen dos pantalones de niño y un abrigo de verano fuerte. Con los pantalones de niño atan al vigilante al sillón, él dice que ya está bien. Pero ellos siguen tomándole el pelo, él se defiende y recibe un par de sopapos y, antes de que pueda gritar, le echan el abrigo por la cabeza y todavía, por cautela, le atan una toalla al pecho. Arrastran la mercancía hasta el coche. El carretero fabrica dos anuncios de cartón:

«¡Atención! ¡Recién atado!». Se los cuelga al vigilante delante y detrás. Luego

se largan. Hacía tiempo que no habíamos ganado dinero tan fácilmente.

El vigilante, sin embargo, tiene miedo, y se reconcome de rabia dentro de sus ataduras. Cómo salgo de aquí, y además han dejado abiertas las puertas, pueden entrar otros a robar. Las manos no puede soltárselas, pero el alambre de las piernas se deshace, si pudiera ver algo. El viejo se encorva y avanza a pasitos, con el sillón a la espalda como la concha de un caracol, avanza a ciegas por la oficina, con las manos apretadas contra el cuerpo, no puede sacarlas, ni quitarse el grueso abrigo de la cabeza. Dándose golpes en ella, llega a tientas hasta la puerta, buscando el pasillo, pero no puede pasar, y entonces le entra una furia terrible, retrocede y golpea al frente y a los lados con el sillón contra la puerta. El sillón no se le cae, pero la puerta se rompe, resonando en la casa silenciosa. Una y otra vez avanza y retrocede el ciego vigilante, golpea y se estrella contra la puerta, tiene que venir alguien, quiero ver algo, ya verán esos perros, tengo que quitarme este abrigo, pedir socorro, pero el abrigo lo tapa. No pasan ni dos minutos, el dueño se despierta. También del segundo piso llega gente. El viejo se ha echado atrás en su sillón y cuelga ahora torcido, se ha desmayado. Y luego el jaleo, han robado, han atado a este hombre, de qué sirve tener un viejo, querían ahorrar, siempre se ahorra en lo que no se debe.

La alegría de la pequeña banda.

Hombre, para qué necesitamos a Pums y al Reinhold y todos esos líos.

Sin embargo, las cosas evolucionan, y de una forma muy distinta de como ellos piensan.

Las cosas evolucionan, Karl el hojalatero es capturado y canta

Reinhold se dirige en la tasca de la Prenzlauer al hojalatero y le pide que venga, han estado buscando un cerrajero pero no encuentran ninguno, que Karl vaya con ellos. Entran en el cuarto de atrás y Reinhold dice: «¿Por qué no quieres venir? ¿Qué haces ahora? Algo hemos oído». «Porque no quiero que me deis la lata». «Tienes otra cosa». «No os importa si la tengo». «Ya veo que andas bien de pasta, pero eso de trabajar primero con nosotros, ganar dinero, y luego adiós muy buenas, no se puede hacer». «¡Cómo que no se puede hacer! Primero me gritáis que no sé hacer nada, y luego, de pronto: que venga el Karl». «Tienes que venir, no tenemos a nadie, o si no, devuelve el dinero que has ganado. No

queremos trabajadores de ocasión». «El dinero ya puedes buscarlo, Reinhold, porque no lo tengo». «Pues entonces tienes que venir». «No iré, ya te lo he dicho». «Karl, lo sabes, no te dejaremos un hueso sano, haremos que te mueras de hambre lentamente». «No me hagas reír. Debes de estar borracho. Crees que soy una de esas guarras tuyas con las que puedes hacer lo que quieras». «De manera que ésas tenemos. Bueno, lárgate. Si eres un guarro o no me da igual. Piénsatelo. Nos volveremos a ver». «Cuando quieras». Es segadora.

Reinhold discute con los otros lo que hay que hacer. Sin cerrajero están listos, y la temporada es buena, Reinhold tiene encargos de dos encubridores, que ha podido quitarle a Pums. Todos piensan lo mismo, hay que apretarle las clavijas a Karl el hojalatero, es un estafador, quizá haya que echarlo de la Sociedad.

El hojalatero se da cuenta de que en la banda se está fraguando algo contra él. Va a ver a Franzen, que pasa mucho tiempo en su cuarto, quiere que Franz le diga algo o que lo ayude. Franz le dice: «Primero nos metes en un lío, ahí, en la Stralauer Strasse, y luego nos dejas tirados, oye, ya está bien». «Porque no quiero nada con el Reinhold. Tú sabes que es un perro». «Es buena persona».

«Tú eres un burro, no sabes nada de la vida, no tienes ojos en la cara». «No me marees, Karl, porque ya tengo bastante, nosotros queremos trabajar y tú nos dejas tirados. Pues te advierto que tengas cuidado, vas por mal camino». «¿A causa de

Reinholdchen? ¡Mira cómo me río! Se me descoyunta la mandíbula. Me duele la tripa. Yo soy tan fuerte como él. Se cree que soy una de sus guarras, bueno, pues no voy a decir más. Que venga». «Date el bote, pero te repito, ten cuidado».

Y quiere la casualidad que el hojalatero, con sus dos colegas, dé un golpe dos días más tarde en la Friedenstrasse y lo cojan.

También al carretero lo trincan; sólo el tercero, que estaba al queo, consigue salvarse. En la jefatura descubren pronto que Karl estuvo en el robo de la Elsasser Strasse, hay huellas dactilares de sobra en las tazas de café.

«Por qué me han cogido, piensa Karl, ¿cómo lo habrán sabido los polis? ¡Ha sido ese perro, el Reinhold, el que se ha chivado! ¡Por despecho! Porque no he querido trabajar con él. El muy perro quiere inutilizarme, qué granuja, él nos ha

tendido la trampa. Granuja mayor no ha habido jamás». Al carretero Karl le manda un mensaje: el Reinhold tiene la culpa, se ha chivado, voy a decir que él también estaba. El carretero le hace un gesto de asentimiento en la galería. Karl pide ver al juez de

instrucción y, todavía en la Jefatura, dice: «Reinhold estaba también en el ajo, pero consiguió escapar antes».

A Reinhold lo arrestan esa misma tarde. Lo niega todo, puede probar la coartada. Se pone pálido de rabia cuando ve a los otros dos ante el juez de instrucción y se ve frente a ellos, y los muy perros dicen que él también estaba metido en el robo de la tienda de confección. El juez lo escucha todo, mira sus caras, el asunto no está nada claro, están furiosos entre sí. Exacto, a los dos días se averigua que la coartada de Reinhold es cierta, es un chulo, pero con ese asunto no tiene nada que ver.

Estamos a principios de octubre.

Reinhold es puesto otra vez en libertad, los polis saben que no es trigo limpio, lo vigilarán estrechamente. A los dos, el carretero y Karl, el juez los increpa, que no le vengán con patrañas, Reinhold ha probado su coartada. Ante eso, los dos se callan.

Karl está en su celda, hirviendo de rabia. Su cuñado, hermano de su divorciada mujer, con el que se lleva bien, lo visita. Por medio de él consigue un abogado, insiste en tener un abogado, uno experto en asuntos criminales. Después de sondearlo un poco para ver si sabe del tema, le pregunta qué pasa si alguien ayuda a enterrar un muerto. «¿Cómo, por qué?». «Si uno encuentra a alguien que está muerto y lo entierra». «¿Por

ejemplo a alguien que queréis esconder, muerto por la policía o algo así?». «Bueno, en cualquier caso, cuando alguien no lo ha matado, pero no quiere que lo encuentren. ¿Le puede pasar algo?». «Bueno, ¿conocía usted al muerto, sacaría algún provecho de enterrarlo?». «Provecho ninguno; por amistad, sólo ayudar, está ahí, está muerto, no se quiere que lo encuentren». «¿Que lo encuentre la policía? En realidad sería sólo ocultación de un objeto hallado. ¿Pero cómo murió esa persona?». «No lo sé. Yo no estaba allí. Sólo estoy contando un asunto de otro. Tampoco ayudé. Ni sabía nada, nada en absoluto. Estaba allí y estaba muerto. Y entonces me dicen, échame una mano, que vamos a enterrarlo». «¿Quién le dijo eso?». «¿Lo de enterrarlo? Bueno, alguien. Yo sólo quiero saber qué pasa conmigo. ¿He cometido algún delito al ayudar a enterrarlo?». «Sabe, sabe. Tal como lo presenta, en realidad no, o uno muy leve. Si no participó en absoluto ni tenía ningún interés en ello. Pero entonces, ¿por qué ayudó?». «Le eché una mano, ya se lo he dicho, por amistad, pero eso es igual, en cualquier caso no participé, tampoco me importaba nada que se encontrara o no». «¿Será una especie de venganza de los de vuestra asociación?». «Bueno». «Hombre, hombre, no se meta en eso. Pero yo sigo sin saber lo que quiere». «Está bien, señor abogado, ya sé lo que quería saber». «¿No quiere contármelo con más detalles?». «Lo consultaré con la almohada».

Y ahí esta Karl el hojalatero por la noche en su cama, dando vueltas y más vueltas sin poder dormir, y furioso consigo mismo: soy el idiota más grande del mundo, he querido chivarme del Reinhold y seguro que se ha dado cuenta y ya no estará ahí, habrá puesto pies en polvorosa. Soy un idiota. Semejante granuja, semejante miserable me mete en esto, pero te aseguro que me las va a pagar.

Y para Karl la noche no acaba nunca, cuándo dará la campana su primer bum, me da igual, por ayudar y enterrarla no pasa nada, y aunque sean unos meses, a él le caerá cadena perpetua, ése no sale más, si es que no le cortan la chola. Cuándo vendrá el juez de instrucción, qué hora será, entretanto el Reinhold estará en el tren, pirándose. Granuja mayor no ha habido, y encima Biberkopf es su amigo, y de qué va a vivir ése, con un brazo, a los inválidos de guerra les pasa lo mismo.

Entonces las cosas se animan en el edificio panóptico, Karl cuelga enseguida su bandera de señales y a las once está ante el juez. Vaya, qué cara pone. «Pues sí que le tiene usted rabia. Es la segunda vez que lo denuncia tranquilamente. Tenga cuidado con dónde se mete, hombre». Karl, sin embargo, da unos datos tan precisos que, al mediodía, toman un coche, y suben el propio juez de instrucción, dos fuertes agentes de la policía criminal, y Karl entre ellos, con las manos atadas. Van a Freienwalde.

Recorren las viejas carreteras. Es bonito ir en coche. Maldita sea, si supiera cómo salir de este coche. Los muy perros me han atado, no hay nada que hacer. Además llevan revólver. Nada que hacer, nada que hacer. Rodar, rodar, la alameda pasa a toda velocidad. Ciento ochenta días te regalo, Mieze, en mis rodillas, es un granuja, ese Reinhold, anda pisando muertos, pero espera, chaval.

Tengo que pensar en la Mieze, te arrancaré la lengua de un mordisco, cómo sabe besuquear, por dónde tiramos, a la derecha o la izquierda, me da igual, una chica tan encantadora.

Atraviesan la colina, llegan al bosque.

Es bonito Freienwalde, tiene unos baños, un pequeño balneario. Han echado otra vez limpia grava amarilla en el Kurgarten, ahí detrás está el establecimiento con la terraza en que nos sentamos los tres. En Suiza y en el Tirol, acaba saliendo el sol, en Tirol nos dan leche de vaca, en Suiza la Jungfrau destaca. Y entonces él se fue con ella, yo desaparecí por unos pápiros, le vendí a la muchacha a ese granuja, por su culpa estoy aquí.

Este es el bosque, otoñal, soleado, las copas no se mueven.

«Tenemos que ir por aquí, él tenía una linterna, no es fácil de encontrar, pero si veo el sitio lo reconoceré, era un claro y había un abeto todo torcido, y luego una hondonada».

«Hay muchas hondonadas». «Espere usted, señor comisario. Nos hemos alejado ya demasiado, desde la fonda habría veinte o

veinticinco minutos apenas. No estaba tan lejos». «Pero dice usted que corrieron». «Pero sólo en el bosque, en la carretera claro está que no, hubiera llamado la atención».

Y allí está el claro, y ahí está el pino torcido, todo sigue como aquel día. Soy tuya, su corazón aplastado, ojos aplastados, boca aplastada, vamos a andar otro trecho, no me aprietes tanto. «Ese es el abeto negro, no hay duda».

Llegaron hombres a aquella tierra cabalgando, tenían pequeños caballos pardos, venían de lejos. Preguntaban siempre cuál era el camino, hasta que llegaron al agua, al gran lago, y allí bajaron de sus caballos. Ataron los caballos a un roble, recitaron plegarias junto al agua, se arrojaron al suelo, luego cogieron una barca y se adentraron en el agua. Le cantaron al lago, le hablaron al lago. No querían buscar ningún tesoro en el lago, sólo querían adorar al gran lago, uno de sus caudillos estaba en el fondo. Por eso, por eso llegaron los hombres.

Los policías llevaban palas, Karl el hojalatero fue con ellos y les mostró el

sitio. Metieron las palas en la tierra y ya al meterlas notaron que la tierra estaba suelta, cavaron más profundo, echando la tierra al aire, el suelo estaba revuelto, había piñas de abeto en el fondo, Karl el hojalatero está allí, sin hacer más que mirar y remirar y aguardar. Fue ahí, pero si fue ahí, ahí enterraron a la chica.

«¿Pero a qué profundidad?». «Veinticinco centímetros todo lo más».

«Tendríamos que haberla encontrado ya». «Sin embargo fue ahí, sigan

cavando». «¡Sigan cavando, sigan cavando, pero si no hay nada!».

El suelo está removido, sacan hierba verde del fondo, aquí ha estado cavando alguien, ayer u hoy. Ahora tendría que aparecer ya, se sigue tapando las narices con la manga, debe de estar ya muy podrida, cuántos meses han pasado, y además ha llovido.

Uno de ellos, que está abajo cavando, pregunta: «¿Qué vestido llevaba?». «Una falda oscura y una blusa rosa». «¿De seda?».

«Quizá fuera de seda, pero era rosa claro».

«¿Algo así?». Y uno de los hombres muestra un pedazo de puntilla en la mano, tiene tierra, el pedazo está sucio, pero es rosa. Se lo enseña al juez:

«Quizá sea de la manga». Siguen cavando. Está claro: aquí había algo. Ayer o quizá hoy han estado cavando. Karl está allí de pie; de manera que era verdad, se ha olido la cosa, la ha desenterrado y quizá la haya tirado al agua en alguna parte, menudo sujeto. El juez habla en un aparte con el comisario, la conversación dura mucho rato, el comisario toma notas. Luego vuelven los tres al coche; un hombre se queda en el lugar.

El juez le pregunta a Karle mientras andan: «Entonces, cuando llegó usted,

¿la chica estaba ya muerta?». «Sí». «¿Cómo puede probarlo?». «No entiendo».

«Bueno, ¿y si su Reinhold dice que la mató usted, o que le ayudó a hacerlo?».

«Yo le ayudé a llevarla. ¿Por qué iba a matar a la chica?». «Por la misma razón que la ha matado él o que se supone que la ha matado». «Yo no estuve con ella esa noche». «Pero por la tarde sí». «Pero luego no. Entonces estaba aún viva».

«Será difícil probar la coartada».

En el coche, el juez le pregunta a Karle: «¿Dónde estuvo usted esa noche o esa madrugada, después del asunto con Reinhold?».

Maldita sea, bueno, lo diré.

«Me fui de viaje, él me dio su pasaporte, me marché para, si se descubría, poder probar mi coartada». «Muy extraño. ¿Y por qué hizo usted eso, es increíble, eran tan amigos?». «Eso también. Y también soy un pobre diablo y él me dio dinero».

«Y ahora ya no es su amigo, ¿o es que se le ha acabado el dinero?». «¿Amigo suyo? No, señor juez. Sabe usted muy bien por qué estoy en la cárcel, por el asunto del vigilante y demás. Él fue quien dio el soplo».

El juez y el comisario se miran, el coche vuela, se mete en los baches de la carretera, da botes, la alameda pasa rápida, por aquí fue con ella, te regalo 180 días. «¿Sin duda pasó algo entre ustedes para que su amistad se rompiera?». «Sí, como pasan esas cosas (quiere tirarme de la lengua, no, no picamos, quieto parado, ya sé). Las cosas son así, señor juez: el Reinhold es un loco y quería liquidarme a mí también». «Vaya, ¿y ha intentado algo contra usted?». «No. Pero ha dicho cosas». «¿Y nada más?». «Nada más». «Bueno, ya veremos».

El cuerpo de Mieke fue encontrado dos días después, a un kilómetro aproximadamente de la hondonada en el mismo bosque. Apenas informan los periódicos sobre el caso, se presentan dos ayudantes de jardinero que vieron a un solo hombre caminar por el bosque en las proximidades, llevando un baúl muy pesado. Los dos comentaron qué podía llevar el hombre, luego vieron que descansaba, sentándose en la hondonada. Cuando volvieron media hora después, estaba todavía allí, en mangas de camisa. El baúl no lo vieron, probablemente estaba ya enterrado. Describen al hombre bastante bien, altura alrededor de 1,75, muy

ancho de hombros, sombrero hongo negro, un traje de verano gris claro, chaqueta de mezclilla, arrastra los pies, como si no estuviera muy bien de salud, frente muy alta con arrugas. En la zona indicada por los dos jardineros hay muchas hondonadas, los perros policía no sirven de nada, y entonces cavan en todas las fosas posibles. En una de ellas, después de unos golpes de pala, tropiezan con una gran caja de cartón pardo, atada con un bramante. Cuando los comisarios la abren, dentro hay prendas de vestir femeninas, una camisa rasgada, largas medias de color claro, un vestido de lana marrón, pañuelos sucios, dos cepillos de dientes. La caja está húmeda, pero no empapada; parece como si no llevara allí mucho tiempo. Incomprensible. La realidad es que la muerta llevaba una blusa rosa.

Y poco después encuentran en otra hondonada el baúl, el cadáver está dentro acurrucado. Atado fuertemente con cuerdas de persiana. Esa noche llegan vibrando avisos a todas las comisarías, a los puestos de policía del exterior, descripciones del presunto asesino y demás.

Reinhold sabe enseguida, en cuanto lo interrogan en la Jefatura, cómo están las cosas. Y mete a Franz en el asunto. Por qué no puede haber sido él. Qué puede probar Karl el hojalatero. Que me

haya visto alguien en Freienwalde es dudoso. Quizá me haya visto alguien en la fonda, en el camino, no importa, hay que intentarlo, el Franz tiene que largarse, parecerá que está complicado.

La misma tarde en que sale de la Jefatura, Reinhold va a casa de Franzen, Karl el hojalatero se está chivando, esfúmate. Y Franz hace las maletas en un cuarto de hora, Reinhold lo ayuda, maldicen juntos a Karl, luego Eva lleva a Franzen con la Toni, una vieja amiga de Wilmersdorf Reinhold va con el coche con él hasta Wilmersdorf, compran juntos un baúl, Reinhold quiere irse al extranjero, necesita uno enorme, primero quiere comprarse un baúl mundo, pero luego prefiere uno de madera, el mayor que puede llevar, de los porteadores no me fío, lo espían a uno, te mandaré mi dirección, Franz, recuerdos a Eva.

La espantosa catástrofe de Praga, 21 cadáveres recuperados, 150 personas sepultadas. Ese montón de ruinas era sólo unos minutos antes un edificio nuevo de siete pisos, y ahora siguen aún enterrados bajo él muchos muertos y heridos graves. Toda la estructura de hormigón armado, de 800.000 kilogramos de peso, se desplomó sobre dos plantas que había bajo tierra. El vigilante que presta servicio en la calle, al oír crujir al edificio, advirtió a los transeúntes. Con gran presencia de ánimo, saltó a un tranvía que se aproximaba y tiró él mismo del freno. Sobre el Atlántico se han desencadenado violentos temporales. Sobre el

mar, la situación es actualmente la siguiente: las depresiones ciclónicas se suceden, desplazándose desde Norteamérica en dirección Este, mientras que las dos zonas de altas presiones, que se encuentran en Centroamérica y entre Groenlandia e Irlanda, permanecen estacionarias. Los periódicos publican ya artículos de varias páginas sobre el Graf Zeppelin y su proyectado vuelo. Cada detalle de la construcción del dirigible, la personalidad del comandante y las perspectivas de éxito de la empresa son minuciosamente examinados, y se dedican artículos de fondo entusiásticos a la eficacia alemana y a las proezas de los dirigibles Zeppelin. A pesar de toda la propaganda que se hace en favor de los aeroplanos, es indudable que el dirigible es el vehículo aéreo del futuro. Pero el Zeppelin no despegó, Eckener no quiere hacerlo peligrar inútilmente[201].

Abren el baúl en que estaba Mieke. Era hija de un cobrador de tranvía de Bernau. Tres hermanos, la madre dejó al marido y se fue de casa, por qué, no se sabe. Mieke estaba sola y tenía que hacerlo todo. Por las noches se iba a veces a Berlín, y entraba en los bailes, en Lestmann y enfrente, y algunas veces alguno

se la llevó a un hotel, y entonces fue ya demasiado tarde, y no se atrevió a volver a casa, y se quedó en Berlín y encontró a Eva y así siguió la cosa. Estuvieron en la comisaría de la estación de Stettin. Empezó para Mieze, que antes se llamaba Sonja, una vida alegre, tenía muchos conocidos y bastantes amigos, pero luego se quedó sólo con uno, era un hombre manco y fuerte, al que Mieze quiso desde la primera vez que lo vio y al que fue fiel hasta el final. Un mal final, un final triste el que encontró Mieze al final. Por qué, por qué, qué había hecho, vino de Bernau a la vorágine de Berlín, no era inocente, desde luego que no, pero sentía un amor entrañable e inextinguible por él, que era su hombre y al que cuidaba como a un niño. Fue destruida porque estaba allí, casualmente junto a ese hombre, así es la vida, aunque sea difícil de imaginar. Fue a Freienwalde para proteger a su amigo, y fue estrangulada, estrangulada, muerta, liquidada, y así es la vida.

Y entonces sacan un molde de su cuello y de su rostro, y ahora es sólo un caso criminal, un procedimiento técnico, como tender un hilo telefónico, hasta tal punto ha desaparecido. Hacen una mascarilla de ella, la pintan en colores naturales, y resulta engañosamente parecida, una especie de celuloide. Y ahí está Mieze, en un armario de expedientes, vamos, vamos, enseguida estaremos en casa, Aschinger, tienes que consolarme, soy tuya. Está detrás de un cristal, su rostro aplastado, su corazón

aplastado, su regazo aplastado, su sonrisa aplastada, tienes que consolarme, vamos.

Y volví el rostro y vi todas las injusticias que hay bajo la capa del cielo

Franz, ¿por qué suspiras, por qué tiene que venir siempre Eva a preguntarte qué piensas y no le respondes, y tiene que irse siempre sin respuesta, por qué estás deprimido y te encoges, te encoges, te encoges, en tu rinconcito, tras la pequeña cortina, y sólo das unos pasos pequeños, diminutos? Tú conoces la vida, no has nacido ayer, tienes instinto para las cosas y te das cuenta de algo. No ves nada, no oyes nada, pero lo sospechas, no te atreves a poner allí los ojos, miras de lado, pero tampoco huyes, estás decidido, a ello has apretado los dientes, no eres un cobarde, pero no sabes lo que puede pasar ni si podrás soportarlo, si tus hombros son suficientemente fuertes para aguantarlo.

Cuánto sufrió Job, el hombre de la tierra de Uz, hasta que lo supo todo, hasta que nada más pudo ocurrirle. De Saba llegaron los enemigos y mataron a su pastora, el fuego de Dios cayó del cielo y abrasó ovejas y pastores, los caldeos mataron a sus camellos y camelleros, sus hijos y sus hijas estaban en casa del hermano mayor, y fue enviado un viento del desierto que azotó la casa por los cuatro costados, haciendo que los muchachos murieran.

Aquello fue mucho, pero no bastó aún. Job desgarró sus vestiduras, se mordió las manos, se arrancó el cabello, se cubrió de polvo. Pero todavía no era bastante. Se cubrió de llagas, tenía llagas desde la planta de los pies hasta la coronilla, se sentaba en la arena, le manaba el pus, y él, con una teja, se rascaba.

Vinieron amigos para visitarlo, Elifaz de Temán, Bildad de Suaj y Sofar de

Naamat, vinieron de lejos para consolarlo, gritaban y lloraban terriblemente, a Job no lo reconocieron, tan horriblemente estaba afectado Job, el que había tenido siete hijos y tres hijas, y 7.000 ovejas, 3.000 camellos, 500 yuntas de bueyes, 500 asnas y siervos en gran número.

Tú no has perdido tanto como Job de Uz, Franz Biberkopf, pero también te llega lentamente. Y paso a paso te vas acercando a lo que te ha ocurrido, te dices a ti mismo mil palabras de consuelo, te animas, porque quieres atreverte, estás decidido a acercarte,

decidido a lo último, pero ¿también, ay, a lo último de todo? Eso no, oh, eso no. Te dices a ti mismo, te aprecias: vamos, no va a pasar nada, no podemos evitarlo. Pero hay algo en ti que quiere y no quiere. Suspiras: dónde encontraré protección, la desgracia cae sobre mí, a qué puedo asirme. ¡Se acerca! Y tú te acercas como un caracol, no eres un cobarde, no sólo tienes fuertes músculos, eres Franz Biberkopf, eres la serpiente cobra. Mirad cómo se arrastra, centímetro a centímetro, hacia el monstruo, que está ahí y quiere atacarlo.

No vas a perder dinero, Franz, ¡te quemarás tú mismo, hasta lo más íntimo

del alma! ¡Mira cómo se regocija ya la ramera! Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y habló: ven, te mostraré a la gran Babilonia, que está sentada sobre muchas aguas. Y allí estaba la mujer sobre una bestia escarlata y tenía un cáliz de oro en la mano, y en su frente escrito un nombre, un secreto. La mujer está ebria de la sangre de los mártires.

Ahora lo sospechas, lo sientes. Y la duda es si serás fuerte, si no te perderás.

En la bonita y clara habitación de la villa de Wilmersdorf está Franz Biberkopf, aguardando.

La serpiente cobra se enrosca, yace al sol, se calienta. Todo es aburrido y él es fuerte, y quisiera hacer algo, uno está aquí, todavía no se han puesto de acuerdo sobre dónde se reunirán, la gorda Toni le ha traído unas gafas de concha oscuras, tengo que conseguirme un temo completamente nuevo, quizá me pinte también una cicatriz en la mejilla. Alguien corre abajo por el patio. Qué prisa lleva. A mí nunca se me hace tarde. Si la gente no tuviera tanta prisa, viviría dos veces más y haría el triple de cosas. Pasa lo mismo con la carrera de los seis días, pedalean y pedalean, sin perder la calma, tienen paciencia, no se les va a quemar la leche, ya puede silbar el público, qué sabe él de eso.

Llaman en el pasillo. Hombre, por qué no tocan el timbre. Maldita sea, me largo del piso, pero sólo tiene una salida. Vamos a escuchar.

Te acercas paso a paso, te dices a ti mismo mil palabras de consuelo, te animas, te estimulas, estás dispuesto a lo último, pero no a lo último de todo, ay, no a lo último de todo.

Vamos a escuchar. Qué es esto. A ésta la conozco. Esa voz la conozco. Gritar, llorar, llorar. Vamos a ver. Susto, mi susto, ¿en qué piensas? Se piensa en muchas cosas. A ésta la conozco. Eva.

La puerta está abierta. Fuera está Eva, la gorda Toni la rodea con sus brazos. Gimotear, lamentarse, qué le pasa a la chica. Se piensa en muchas cosas, qué ha pasado, la Mieke grita, el Reinhold está

en la cama. «Hola, Eva, bueno, Eva, chica, qué pasa, suéltalo, qué ha pasado, no será tan grave». «Déjame». Cómo gruñe, seguro que le han dado un palo, alguien le habrá sacudido, ya verás, Herbert se ha enterado de lo del crío. «¿Te ha pegado Herbert?». «Déjame, no me toques». Qué ojos pone. Ahora no quiere saber nada de mí, pero fue ella quien lo quiso. Pero qué pasa, qué le pasa a ésta, va a venir gente, vamos a echar el cerrojo. Toni, está ahí, consolando como puede a Eva: «Sé buena, Eva, sé buena, suéltalo, dime, qué pasa, entra, ¿dónde está Herbert?». «No quiero entrar, no quiero entrar». «Ven, anda, vamos a sentarnos, haré café. Lárgate, Franz».

«Por qué tengo que largarme, yo no he hecho nada».

Entonces Eva abre mucho los ojos, pone unos ojos terribles, como si quisiera comerse a alguien, y empieza a chillar, agarrando a Franzen del chaleco: «¡Que

venga, que entre, éste tiene que venir, tienes que entrar!». Qué le pasa a ésta, esta mujer está loca, alguien le habrá contado algo. Eva empieza a temblar en el sofá junto a la grasienta Toni. Y la chica parece hinchada y temblequea, eso es porque está en estado, pero es mío y no le voy a hacer nada. Entonces Eva pone los brazos en torno a la gorda Toni, le dice algo al oído, al principio no puede hablar, pero luego lo suelta. Y entonces es Toni la que empieza. Junta las manos y Eva sigue temblando y saca un papel arrugado del bolsillo, están completamente locas, por

qué me estarán haciendo toda esta farsa, pero qué pondrá en el periódico, quizá algo de nuestro asunto de la Stralauer Strasse. Franz se pone en pie, grita, mujeres estúpidas.

«Mamarrachos. No me vengáis con esa farsa, creéis que soy yo el mamarracho». «Santo Cielo, Santo Cielo», la gorda sigue allí sentada, Eva continúa temblando, mirando sin ver y sin decir nada, gimoteando y estremeciéndose. Entonces Franzen, por encima de la mesa, le quita a la gorda el periódico.

Hay dos fotos juntas, qué, qué, horrible, un miedo horrible y espantoso, ése soy yo... yo, ése soy yo, pero por qué, por lo de la Stralauer Strasse, por qué, un miedo espantoso, ése soy yo y ése el Reinhold, titular: Asesinato, Asesinato de una prostituta en Freienwalde, Emilie Parsunke, de Bernau. ¡Mieze! Pero qué es esto. Yo. En un café se rifa un pez, a ver quién tiene el número diez[202].

Su mano se crispa en el papel. Se deja caer lentamente en el sillón, se queda

sentado, encogido sobre sí mismo. Pero qué pone en ese papel. En un café se rifa un pez.

Las dos mujeres abren la boca, lloran, lo miran con ojos desorbitados, las dos, qué pasa, asesinato, pero qué es esto, Mieze, me vuelvo loco, qué es esto, qué quiere decir esto. Su mano se mueve otra vez hacia la mesa, ahí está el periódico, vamos a leerlo: mi foto, yo, y Reinhold, Asesinato, Emilie Parsunke de

Bernau, en Freienwalde, por qué fue a Freienwalde. Qué periódico es éste, el Morgenpost. La mano se levanta con el papel, la mano baja con el papel. Eva, qué hace Eva, su mirada ha cambiado, viene hacia él, ya no llora: «¿Qué dices, Franz?». Una voz, alguien habla, tengo que decir algo, dos mujeres, asesinato, qué es asesinato, en Freienwalde, la he asesinado en Freienwalde, nunca he estado en Freienwalde, no sé ni dónde está. «Di algo Franz, qué dices».

Franz la mira, mira sus grandes ojos, sostiene la hoja sobre la palma de la

mano, su cuerpo tiembla, lee y habla, a sacudidas, con voz ronca. Asesinato en

Freienwalde, Emilie Parsunke, de Bernau, nacida el 12 de junio de 1908. «Es la Mieke, Eva». Se rasca la mejilla, mira a Eva, con mirada lejana, vacía, hueca, no se puede leer nada en ella. «Es la Mieke, Eva. Sí. Qué... dices Eva. Está muerta. Por eso no la encontrábamos». «Y tú estás ahí también, Franz». «¿Yo?».

Levanta otra vez la hoja, la mira. Es mi foto.

La parte superior de su cuerpo oscila. «Santo Dios, Santo Dios, Eva». Ella tiene miedo, cada vez más miedo, ha animado una silla al sillón de él. El sigue balanceando la parte superior del cuerpo. «Santo Dios, Eva, Santo Dios, Santo Dios». Y sigue balanceándose. Ahora empieza a soplar y resoplar. Ahora tiene el rostro como si le

hicieran reír. «Santo Dios, qué vamos a hacer, Eva, qué vamos a hacer». «¿Y por qué te han sacado a ti?». «¿Dónde?». «Ahí». «Qué sé yo. Santo Dios, qué es esto, por qué estoy ahí, jajá, es extraño». Y ahora él la mira temblando y suplicante, y ella se alegra, es una mirada humana, otra vez se le llenan los ojos de lágrimas, también la gorda empieza a gimotear, luego él pone el brazo en la espalda de ella, su mano descansa en el hombro de ella, tiene la cara contra el cuello de ella, Franz gimotea: «¿Qué es eso, Eva, qué le ha pasado a nuestra Miezeken, pero qué ha pasado, está muerta, le ha pasado algo, ahora se acabó, no me abandonó, la mató alguien, Eva, mi Miezeken, pero qué ha pasado?, no es verdad, dime que no es verdad».

Y piensa en Miezeken, algo sube dentro de él, sube el miedo, el espanto le hace señas, está ahí, es segadora, se llama Muerte, con su guadaña se ensaña, toca una pequeña flauta, luego desencaja las mandíbulas, luego coge la trompeta, tocará la trompeta, tocará los timbales, vendrá el terrible ariete negro, rumm, siempre despacio, rumm.

Eva ve el lento rechinar de sus dientes, las mandíbulas de Franz castañetean. Eva sujeta a Franzen. La cabeza de él tiembla, le sube la voz, el primer sonido es un estertor, luego se hace más suave. No ha pronunciado palabra.

Está bajo el coche, era como ahora, es un molino, una cantera, siempre cae sobre mí, yo aguanto, puedo ponerme como quiera,

no sirve de nada, me quiere destruir, y aunque fuera una viga de hierro me quebraría.

Franz rechina los dientes y musita: «Va a pasar algo». «¿Qué va a pasar?». Qué molino es éste, las ruedas dan vueltas, un molino de viento, un molino de agua. «Ten cuidado, Franz, te buscan». Y creen que yo la he matado, yo, vuelve a temblar, su rostro vuelve a sonreír, una vez le pegué, sin duda lo creen porque

maté a Ida. «Quédate aquí, Franz, no salgas, adónde vas a ir, te buscan, te conocerán por el brazo». «No me cogerán, Eva, si no quiero no me cogerán, de eso puedes estar segura. Tengo que salir, ver las columnas de anuncios. Tengo que verlo. Tengo que leerlo en la taberna, en los periódicos, lo que escriben, cómo pasó». Y ya está delante de Eva, la mira fijamente, no dice palabra, con tal de que no se ría: «Mírame, Eva, tengo algo, mírame». «No, no», grita ella, agarrándose a él. «Pero mírame, tengo algo en mí, tengo que tener algo».

No, no, grita ella llorando, y él va hacia la puerta, sonríe, coge el sombrero de la cómoda, y se ha ido ya.

Y he aquí que había lágrimas en los que padecían injusticia sin que nadie los consolara

Franz tiene un brazo artificial, normalmente lo lleva poco, ahora va con él por la calle, con la mano postiza en el bolsillo del abrigo y en la izquierda el cigarro. Le ha costado trabajo salir de casa, Eva ha gritado y se ha tirado a sus pies a la puerta del pasillo, él le ha prometido no escaparse y tener cuidado, le ha dicho:

«volveré para el café», y se ha ido por la escalera.

No han cogido a Franz Biberkopf mientras él no ha querido que lo cogieran. Siempre iban dos ángeles a su derecha y su izquierda, que apartaban las miradas de él[203].

Por la tarde está a las cuatro otra vez arriba. También Herbert está allí.

Entonces oyen a Franzen hablar largo tiempo por primera vez. Ha leído abajo el periódico, ha leído también acerca de su amigo, Karl el hojalatero, que los ha delatado. No sabe por qué lo ha hecho. Y Karl el hojalatero estuvo también en Freienwalde, adonde llevaron a la Mieze. Eso lo hizo el Reinhold por la fuerza. Cogió un coche y quizá fue un trecho con la Mieze y luego subió el Karl y luego la sujetaron entre los dos y la llevaron a Freienwalde, quizá de noche. Quizá la mataron ya por el camino. «¿Y por qué ha hecho eso el Reinhold?». «Él me tiró bajo el coche, ahora podéis saberlo, fue él,

pero no importa, no le guardo rencor por eso, un hombre tiene que aprender, si no aprende nada, no sabe nada. Si no, anda por el mundo como un imbécil que no sabe nada de la vida, no le guardo rencor, no, no. Ahora quería humillarme, creyó que podía hacer conmigo lo que

quisiera, pero no fue así, se dio cuenta, y por eso me quitó la Mieke y le hizo eso. Qué tenía que ver ella». Pues nada más, por qué será, pues nada más. Redoble de tambores, adelante, adelante el batallón. Cuando los soldados van por la ciudad, por qué será, pues nada más que por ese buen chínderada bumderada burra.

Así fue como yo avancé y así respondió él, y fue una maldita imbecilidad y fue un error el avanzar. Fue un error el avanzar, un error, un error.

Pero eso no importa, eso no importa ya.

Herbert abre mucho los ojos, Eva no dice palabra. Herbert: «¿Por qué no le dijiste nada de eso a la Mieke?». «No tengo la culpa, contra eso no se puede hacer nada, lo mismo podía haberme matado él cuando estaba en su habitación. Os digo que contra eso no se puede hacer nada».

Siete cabezas y diez cuernos, en la mano una copa de abominaciones. Ahora

me destruirán por completo, ¡contra eso no se puede hacer nada!

«Si hubieras dicho algo, tú, te digo que la Mieke viviría hoy, sería otra la que tendría la cabeza bajo el brazo». «No tengo la culpa. No se puede saber lo que hará uno así. Tampoco puedes saber lo que está haciendo ahora, no puedes averiguarlo». «Yo lo averiguaré». Eva le ruega: «No te metas en eso, Herbert, yo también tengo miedo». «Nos veremos las caras. Lo primero es averiguar dónde está metido, y media hora después lo tendrán los polis». Franz hace un gesto:

«Aparta tus manos de él, Herbert, no es cosa tuya. ¿Me das tu palabra?». Eva:

«Dásela, Herbert. ¿Y qué vas a hacer tú, Franz?». «Eso es cosa mía. Yo ya no valgo más que para la basura».

Y se va rápidamente hacia el rincón, y se queda dándoles la espalda.

Y oyen un sollozo, sollozar, gemir, llora por él y por Mieke, lo oyen, Eva llora y grita sobre la mesa, la hoja con «Asesinato» sigue aún sobre la mesa, Mieke ha sido asesinada, nadie lo ha hecho, es algo que le ocurrió.

Y alabé a los muertos, porque habían muerto ya

Hacia la noche Franz Biberkopf está otra vez en movimiento[204]. Cinco gorriones vuelan sobre él en la Bayrischer Platz. Son cinco malvados asesinados que han encontrado ya otras veces a Franz Biberkopf. Están considerando lo que pueden hacer con él, lo que deben decidir, cómo infundirle miedo e inseguridad, con qué obstáculo lo harán tropezar.

Uno de ellos grita: Ahí va. Miradlo, tiene un brazo postizo, no se da por vencido, no quiere que lo reconozcan.

El segundo: Cuántas fechorías ha hecho ya ese caballero. Es un criminal empedernido, tendrían que encerrarlo, merece cadena perpetua. Matar a una mujer, hurtar, robar, y otra mujer más, también de eso es culpable. ¿Qué va a hacer aún?

El tercero: Se da importancia. Pretende ser inocente. Se hace el honrado. Mirad a ese granuja. Si viene un poli, le quitaremos el sombrero.

El primero otra vez: Para qué va a vivir más un tipo así. Yo reventé en la cárcel después de nueve años. Era aún más joven que ése cuando estaba ya muerto y no podía decir ni pío.

Quítate el sombrero, mamarracho, quítate esas estúpidas gafas, no eres un reportero, burro, no sabes ni la tabla de multiplicar y te pones gafas de concha como un sabio, ya verás como te cogen.

El cuarto: Oye, no grites así. Qué queréis hacer con él. Miradlo, tiene una cabeza, camina sobre dos piernas. Nosotros, pobres gorriones, podemos hacerle algo en el sombrero.

El quinto: Meteos con él. Está como una cabra, le falta un tornillo. Sale a pasear con dos ángeles, su enamorada es ahora un molde en la Jefatura, haced algo con él. Gritadle.

Entonces gorjean, gritan, graznan sobre su cabeza. Y Franz levanta la cabeza, sus pensamientos están dispersos, los pájaros siguen peleándose y chillando.

Tiempo otoñal, en el Tauentzienpalast proyectan Los últimos días de San Francisco, en el Jägerkasino hay cincuenta beldades danzantes, por un ramillete de lilas puedes besarme. Entonces Franz decide: mi vida ha terminado, conmigo todo ha acabado, ya tengo bastante.

Los tranvías van por la calle, todos van a alguna parte, yo no sé adónde ir. El

51 del Norte, Schillerstrasse, Pankow, Breiterstrasse, estación de la Schönhauser Allee, estación de Stettin, estación de Potsdam, Nollendorfplatz, Bayrischer Platz, Uhlandstrasse, estación de Schmargendorf, Grunewald, adentro. Buenos

días, aquí estoy, pueden llevarme a donde quieran. Y Franz empieza a contemplar la ciudad como un perro que hubiera perdido el rastro. Qué ciudad, qué ciudad más enorme, y qué vida, qué vida ha llevado en ella. Se baja en la estación de Stettin, luego recorre la Invalidenstrasse, ahí está la Rosenthaler Ton Confecciones Fabisch, ahí es donde me ponía, voceando los sujetadores de corbata las Navidades pasadas. Va a Tegel con el 41. Y cuando aparecen los muros rojos, a la izquierda los muros rojos, la pesada puerta de hierro, Franz se queda más silencioso aún. Eso es parte de mi vida, y tengo que contemplarlo, contemplarlo.

Los muros se alzan rojos y la avenida sigue adelante, el 41 pasa por delante, General-Pape-Strasse. Martillean Reinickendorf Oeste, Tegel, Borsig. Y Franz está ante los muros rojos, cruza al otro lado, donde hay una taberna. Y las casas rojas que hay detrás de los muros empiezan a temblar y a agitarse, hinchando los carrillos. En todas las ventanas hay presos, empujando con la cabeza contra los barrotes, les han dejado sólo medio

milímetro de pelo, tienen un aspecto miserable, subalimentados, todos los rostros son grises e hirsutos, mueven los ojos y se lamentan. Ahí están el asesinato, el robo, el hurto, la falsificación, la violación, todos los artículos del Código, y se quejan con sus rostros grises, ahí están, grises, y ahora le han retorcido el cuello a la Mieze.

Y Franz Biberkopf vaga en tomo a la enorme prisión, que sigue temblando y agitándose y llamándolo, sobre los campos, a través del bosque, y otra vez a la calle de los árboles.

Está en la calle de los árboles. Yo no maté a la Mieze. No lo hice. Aquí no se me ha perdido nada, eso es agua pasada, no tengo nada que ver con Tegel, no sé cómo ha pasado todo.

Son ya las seis de la tarde, y Franz se dice a sí mismo, quiero ir a ver, a la

Mieze, tengo que ir al cementerio, allí la han enterrado.

Los cinco criminales, los gorriones, están otra vez con él, posados arriba en un poste del telégrafo y gritándole desde lo alto: Vete a verla, granuja, ¿te atreves, no te avergüenzas de ir allí? Te llamó cuando estaba en la hondonada. Vete a verla al cementerio.

Para el reposo de nuestros difuntos. En Berlín murieron en 1927, sin contar los

nacidos muertos, 48.742 personas. De tuberculosis 4.570, 6.443 de cáncer, 5.656 de enfermedades cardíacas, 4.818 de enfermedades vasculares, 5.140 de apoplejía, 2.419 de neumonía, 961 de tos ferina, 562 niños murieron de difteria, de escarlatina 123, del sarampión 93, murieron 3.640 lactantes. Se registraron

42.696 nacimientos. Los muertos yacen en el cementerio entre la hierba, el vigilante camina con su bastón, pinchando los pedacitos de papel.

Son las seis y media, todavía bastante de día, sentada en su tumba, delante de un haya, hay una mujer muy joven con abrigo de piel y sin sombrero, que tiene la cabeza baja y no habla. Lleva guantes negros de cabritilla, tiene una hoja en la mano, es un pequeño sobre, y Franz lee: «No puedo seguir viviendo. Una vez más, un beso para mis padres, para mi querido hijo. La vida es un tormento para mí. Sólo Bieriger me llevará sobre su conciencia. Que se divierta. A mí me utilizó y me exprimió como a un juguete. No es más que un gran bribón. Sólo por él vine a Berlín, y sólo él me ha hecho desgraciada, arruinando mi vida»[205].

Franz devuelve el sobre: «Ay Dios, ay Dios. ¿Estará aquí la Mieze?».

No hay

que estar triste, no hay que estar triste. Lloro: «Ay Dios, ay Dios, ¿dónde estará mi pequeña Mieze?».

Hay una tumba como un gran sofá blando, y echado en ella un sabio profesor, que le sonrío: «¿Qué es lo que le preocupa, hijo?». «Quería ver a la Mieze. Sólo he venido a eso». «Mire, yo estoy ya muerto, no hay que tomarse la vida demasiado en serio, ni tampoco la muerte. Todo se puede hacer más fácil. Cuando tuve bastante y enfermé, ¿qué es lo que hice? ¿Cree usted que iba a esperar acostado el final? ¿Para qué? Hice que me pusieran cerca el frasco de morfina y dije que hicieran música, que tocaran el piano, jazz, los últimos éxitos. Que me leyeran Platón, el gran Banquete, es un bello diálogo, y sin que se dieran cuenta me fui poniendo entretanto, bajo la manta, una inyección tras otra, las conté, tres veces la dosis letal. Y todo el tiempo seguí escuchando cómo aporreaban el piano alegremente, mientras mi lector me hablaba del viejo Sócrates. Hay hombres inteligentes y menos inteligentes».

«¿Lecturas, morfina? ¿Pero dónde está la Mieze?».

Horrible, de un árbol cuelga un hombre, su mujer está al lado, se lamenta cuando llega Franz: «Venga deprisa, córtele la cuerda. No quiere quedarse en su tumba, siempre se sube otra vez al árbol y

se cuelga torcido». «Oh Dios, oh Dios, ¿y por qué?». «Mi Emst llevaba tanto tiempo enfermo, nadie podía ayudarlo, y tampoco querían mandarlo a otro sitio, siempre decían que eran imaginaciones. Entonces se fue al sótano y se llevó un clavo y un martillo. Yo lo oí martilleando en el sótano, pienso, qué estará haciendo, buena cosa es que haga algo y no esté siempre sentado, quizá esté haciendo una jaula para los conejos. Entonces, a la noche, no subió, y tuve miedo y pensé, dónde andará, están las llaves del sótano arriba, no estaban arriba. Y entonces bajaron los vecinos y llamaron a los guardias. Clavó un clavo fuerte en el techo, era muy delgado pero quería estar seguro. ¿Qué está buscando, joven? ¿Por qué gimotea? ¿Quiere usted matarse?».

«No, mataron a mi novia, pero no sé si está enterrada aquí».

«Ah, entonces busque ahí detrás, los nuevos están ahí».

Entonces Franz se echa en el sendero junto a una tumba vacía, no puede gritar, muerde la tierra: Mize qué hemos hecho, por qué han hecho esto contigo, tú no hiciste nada, Mizeken. ¿Qué puedo hacer, por qué no me echan también a una tumba, cuánto tiempo voy a seguir así?

Y entonces se pone de pie, le cuesta trabajo andar, hace un esfuerzo, sale tambaleándose entre las hileras de tumbas.

Franz Biberkopf, el caballero del brazo rígido, sube fuera a un coche, que lo lleva hasta la Bayrischer Platz. Eva tiene mucho, mucho, mucho que hacer con él. Eva tiene que hacer con él durante días, durante noches. No está vivo ni está muerto. Herbert apenas se deja ver.

Hay todavía unos días en que Franz y Herbert persiguen a Reinhold. Es Herbert, que se ha armado bien y anda escuchando por todas partes. Franz no quiere al principio, luego muerde el cebo, es su última medicina en este inundo.

La fortaleza está totalmente cercada, se hacen las últimas salidas, pero no son más que simulacros

Entramos en noviembre. Hace mucho que acabó el verano. Las lluvias han continuado en el otoño. Quedan muy atrás las semanas en que hacía en las calles un calor delicioso, la gente llevaba trajes ligeros, las mujeres iban como en camisa; un vestido blanco, un

sombrero muy apretado llevaba la chica de Franzen, la Mieke, que una vez fue a Freienwalde y jamás volvió, fue en verano.

El tribunal está juzgando a Bergmann, que era un parásito de la vida económica y un peligro público, carente de escrúpulos. El Graf Zeppelin llega a Berlín con poca visibilidad, las estrellas brillaban en el cielo cuando, a las 2:17 horas, salió de Friedrichshafen. Para evitar el mal tiempo anunciado sobre la Alemania central, el dirigible siguió el rumbo Stuttgart, Darmstadt, Francfort del Meno, Giessen, Kassel y Rathenow. A las 8:35 está sobre Nauen, a las 8:45 sobre Staaken. Poco antes de las nueve, el dirigible aparece sobre la ciudad, a pesar del tiempo lluvioso, los tejados están llenos de curiosos, que saludan con júbilo al dirigible, el cual continúa su vuelo en círculo sobre las partes Este y Norte de la ciudad. A las 9:45 caen en Staaken los primeros cables de amarre.

Franz y Herbert recorren Berlín; casi siempre están fuera de casa. Franz va a los albergues del Ejército de Salvación, a los hogares para hombres, observa, deambula por los albergues de la Auguststrasse. Se sienta en la Dresdener Strasse, en el Ejército de Salvación, donde estuvo con Reinhold. Cantan el número 66 del Libro de Himnos: Dime, ¿por qué esperas, alma? ¡Levántate y ven hacia aquí! Jesús te llama hace tiempo, quiere que digas que sí. Coro: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no te acercas a verlo? ¿Por qué? ¿Por qué no te acercas allí? ¿No sientes el

alma inundada de un suave y filial frenesí? ¿No quieres borrar tus pecados? ¿No quieres decirle que sí? ¿Por qué continuar esperando?

¡El día del Juicio vendrá! Hoy tienes las puertas abiertas: ¡Jesús esperándote está!

Franz va a la Fröbelstrasse, al asilo, a La Palma, para ver si encuentra a Reinhold. Se echa en los catres, en los camastros, hoy en éste, mañana en aquél, corte de pelo 10 pfennig, afeitado 5, allí están, ordenan sus papeles, tráfico de zapatos y camisas, debe de ser la primera vez que vienes, oye, no te puedes desnudar, si no, ya puedes buscar mañana lo que te quede, las botas, mira, cada bota por separado a los pies de la cama, si no, te lo robarán todo, hasta la dentadura postiza. ¿Quieres hacerte un tatuaje? Y silencio, noche. Silencio negro, ronquidos como en una serrería, yo no lo he visto. Silencio. Bimm, bimm, bimm, qué es esto, la cárcel, creía que estaba en Tegel. Despertarse. Ahí se están pegando. Otra vez a la calle, son las seis, las mujeres están ahí, esperan a sus amados, van con ellos a las tascucias, se juegan el dinero de las limosnas.

Reinhold no está ahí, es una idiotez que lo busque, estará otra vez detrás de

unas faldas, Elfriede, Emilie, Karoline, Lili; morenas, rubias.

Y Eva ve por la noche el rostro inmóvil de Franz, ni una caricia, ni una palabra cariñosa, come y habla poco, se llena de aguardiente y de café. Se echa junto a ella en el sofá y no hace más que llorar. «No lo encontraremos».

«Hombre, déjalo». «No lo encontraremos. ¿Qué podemos hacer, Eva?».

«Hombre, tienes que dejarlo, no tiene sentido, te estás destrozando». «Tú no entiendes lo que hacemos. Eso... no lo has pasado, Eva, no lo comprendes, Herbert lo comprende un poco. Qué podemos hacer. Quisiera tenerlo ya, iría a la iglesia y me pondría a rezar de rodillas para poder encontrarlo».

Pero nada de eso es cierto. Y nada es verdad; no es verdad toda la caza de Reinhold, es un gemir y un miedo terrible. En estos momentos están lanzando los dados. Sabe cómo caerán. Todo cobrará entonces sentido, un sentido inesperado y horrible. Este juego de escondite no durará mucho, chaval.

Acecha la casa de Reinhold, sus ojos no le sirven de nada, mira y no siente. Muchos pasan por delante de la casa, algunos entran. También él entra, se mete sólo por el chíndarada búmdarada bum.

La casa suelta la carcajada cuando lo ve delante. Le gustaría moverse para llamar a las de al lado, a las alas transversales y laterales, para que lo vieran. Ahí está ése con una peluca y un

brazo artificial, un tipo que arde, está lleno de aguardiente, anda por ahí mascullando algo.

—Buenos días, Biberköpfchen, estamos a 22 de noviembre. El tiempo sigue siendo lluvioso. ¿Quieres pescar un resfriado, no sería mejor que fueras a tu querida tasca y encargases un coñac?

—¡Entrégalo!

—¡Entra tú!

—¡Entrega al Reinhold!

—Vete a Wuhlgarten[206], tienes una crisis nerviosa.

—¡Entrégalo!

Entonces Franz Biberkopf trabaja una noche dentro de la casa, y esconde la lata de petróleo y la botella.

—¡Sal, no te escondas, maldito granuja, perro rabioso! ¡No te atreves a salir! La casa: —Pero con quién estás hablando, si no está ahí. Entra, puedes verlo

por ti mismo.

—No puedo registrar todos los agujeros.

—No está aquí, no está tan loco como para estar aquí.

—Entrégame. Si no, lo pasarás mal.

—No haces más que decir que lo pasaré mal. Muchacho, vete a casa, duerme ocho horas seguidas, estás como una cabra, eso es de no comer.

A la mañana siguiente, inmediatamente después de la mujer de los periódicos, ya está Franz allí. Las farolas lo ven correr, se columpian: —Ay, ay, ay, un incendio.

Humareda, lenguas de fuego por las claraboyas. A las siete están allí los bomberos, Franz está ya en casa de Herbert, apretando los puños: «Yo no sé nada y tú no sabes nada, no necesitas decírmelo, pero ahora no tiene escondrijo, ya puede buscarlo. Sí señor, he prendido yo el fuego».

«Pero hombre, si ya no vive ahí, se guardará mucho».

«Era su madriguera, y si se quema sabe que he sido yo. Lo hemos ahumado, ya verás, y ahora vendrá».

«No sé, Franzeken».

Pero Reinhold no aparece, Berlín sigue rodando y traqueteando y armando mido, y en los periódicos no dice que lo hayan cogido, se habrá escapado, estará en el extranjero, nunca lo encontrarán.

Y Franz aúlla y se retuerce delante de Eva: «No puedo hacer nada, y tengo que aguantarme, él me puede hacer pedazos, se cargó a la chica y yo tengo que quedarme como una gallina mojada. No hay derecho. No hay derecho».

«Franz, no se puede hacer nada». «No puedo hacer nada. Estoy acabado».

«¿Por qué estás acabado, Franzeken?». «He hecho lo que he podido. No hay derecho, no hay derecho».

Los dos ángeles caminan a su lado, Sarug y Terah se llaman, hablando entre sí, Franz está en medio de la multitud, camina en medio de la multitud, va mudo, pero ellos lo oyen aullar salvajemente. Los polis pasan a su lado haciendo la ronda, pero no reconocen a Franz. Dos ángeles caminan a su lado.

Por qué caminan dos ángeles junto a Franz, qué clase de niñería es ésta,

desde cuándo caminan los ángeles junto a las personas, dos ángeles en la Alexanderplatz de Berlín, en 1928, junto a un ex homicida y ahora ladrón y rufián. Pues sí, esta historia de Franz Biberkopf, de su destino duro, verdadero y revelador, ha llegado a ese punto. Todo se hace cada vez más claro, cuanto más se encrespa y se encocora Franz Biberkopf. Se aproxima el momento en que todo se aclarará.

Los ángeles hablan a su lado, se llaman Sarug y Terah, y su conversación,

mientras Franz contempla los escaparates de Tietz, es la que sigue:

«¿Que te parece, Terah, qué pasaría si abandonásemos a este hombre a sí mismo, si lo dejásemos plantado y lo cogieran?».

Sarug: «En el fondo, no importaría mucho, creo que de todas formas lo cogerán, es inevitable. Estuvo allí mirando los edificios rojos, hizo bien, dentro de unas semanas estará dentro». Terah:

«Entonces, ¿crees que en realidad somos innecesarios?».

Sarug: «Yo creo que un poco sí... ya que no se nos permite llevárnoslo totalmente de aquí».

Terah: «Todavía eres un niño, Sarug, sólo llevas unos miles de años viendo todo esto. Si nos lleváramos de aquí a ese hombre y lo pusiéramos en otro sitio, en otra existencia, ¿habría hecho lo que podría hacer aquí? De cada mil seres y vidas, debes saberlo, hay 700, no, 900 fracasos». «Y qué razón hay entonces, Terah, para proteger precisamente a éste, es un hombre corriente, no sé por qué lo protegemos». «Corriente, poco corriente, ¿qué quiere decir eso? ¿Es corriente un mendigo y poco corriente un rico? El rico será mañana un mendigo y el mendigo mañana un rico. Este hombre está a punto de ver. Muchos llegan hasta ahí. Pero también, escucha, también está próximo a sentir. Mira, Sarug, quien vive mucho, quien tiene muchas experiencias, tiene fácilmente tendencia a saber sólo y entonces... a evadirse, a morir. No puede más. Ha recorrido la vía de la experiencia, y se ha cansado al hacerlo, su cuerpo y su alma se han desgastado.

¿Lo entiendes?». «Sí».

«Pero después de haber vivido y aprendido mucho, seguir aguantando, no caer ni morir, sino estirarse, expandirse, sentir, no evadirse sino enfrentarse con toda el alma y mantenerse firme, eso es algo. Tú no sabes, Sarug, cómo te convertiste en lo que eres, lo que fuiste ni cómo has podido llegar a andar ahora conmigo, protegiendo a otros seres». «Eso es verdad, Terah, no lo sé, la memoria me ha sido arrebatada». «La recuperarás lentamente. Nunca se es fuerte por sí mismo, por sí solo, siempre se tiene algo detrás. La fuerza se adquiere, tú no sabes cómo la has adquirido, pero estás ahí, y cosas que matarían a otros no suponen ya ningún peligro para ti». «Pero él no nos quiere, ese Biberkopf, tú mismo lo dices, se quiere deshacer de nosotros». «Quisiera morir, Sarug, nadie ha dado nunca un gran paso, ese paso terrible, sin desear morir. Y tienes razón, la mayoría sucumbe ahí». «¿Y en éste tienes esperanzas?». «Sí, porque es fuerte y no se ha gastado, y porque ha resistido ya dos veces. De forma que sigamos a su lado, Terah, quisiera pedírtelo». «Sí».

Un joven médico, de enorme estatura, se sienta junto a Franz:
«Buenos días, señor Klemens. Haga usted un viaje; después de un fallecimiento, eso es muy frecuente. Hay que buscar otro ambiente, todo Berlín se le caerá ahora encima, necesita cambiar de aires. ¿No le gustaría distraerse un poco? Usted es su

cuñada, ¿hay alguien que pudiera acompañarlo?». «También puedo irme solo si hace falta». «Hace falta; le digo, señor Klemens, que es lo único que se puede hacer: tranquilidad, reposo y un poco de distracción, pero sin exagerar. Si no, resultaría contraproducente. Siempre con mesura. Ahora es la mejor época en todas partes; ¿adónde le gustaría ir?». Eva: «Y los reconstituyentes, ¿no son buenos también? Lecitina y dormir mejor». «Ahora se lo prescribiré, un momento, adalina». «Adalina le he dado ya». (No necesita ese veneno).

«Entonces tome fanodormo, una pastilla por las noches con infusión de menta; la infusión es buena, se asimila mejor el medicamento. Y luego vaya usted con él al zoo». «No, no me gustan los animales». «Bueno, pues al jardín botánico, un poco de distracción, pero sin exagerar». «Mándeles algún tónico nervioso, para fortalecerlo». «Se le podría dar un poco de opio, para levantarle el ánimo». «Ya bebo, señor doctor». «No, no importa, el opio es algo distinto, pero le daré lecitina, un nuevo preparado, las instrucciones están en la etiqueta. Y luego baños, baños calmantes. ¿Tiene usted cuarto de baño, señora?». «Claro, con todo, doctor». «Bueno, ve usted, ésa es la ventaja de las casas nuevas. Usted dice que claro. Pero en mi casa no fue tan claro. Tuve que instalármelo todo, me costó un montón de dinero, y luego pintar las habitaciones, se maravillaría si lo viera, eso no lo tienen aquí. Bueno, pues lecitina y baños, por la

mañana, un día sí y otro no, y luego un masajista, que le trabaje bien los músculos, para que se ponga en movimiento como es debido». Eva: «Sí, eso está muy bien». «Que le trabaje bien los músculos, ya verá, se sentirá mucho mejor, señor Klemens. Ya verá, se pondrá otra vez en forma. Y luego, viajar». «No es fácil de convencer, doctor». «No importa, ya se convencerá; bueno, señor Klemens, ¿qué le parece?». «¿El qué?». «No hay que dejarse abatir, tomar regularmente el medicamento, y el somnífero y el masaje». «Así lo haré, doctor; adiós y gracias de antemano».

«Ya te has salido con la tuya, Eva». «Te voy a preparar el baño y el tónico

nervioso». «Muy bien, pero que muy bien, Eva».

Eva se pone el abrigo y baja las escaleras. Y un cuarto de hora después sale también Franz.

Comienza la batalla. Nos vamos al Infierno con timbales y trompetas

¡El campo de batalla llama, el campo de batalla!

Nos vamos al Infierno con timbales y trompetas, este mundo no nos importa ya, que se vaya al diablo con todo lo que hay en él, y

debajo y por encima de él. Con todos los seres que lo habitan, hombres y mujeres, con toda su infernal gentuza, no se puede uno fiar de nadie. Si fuera un pajarito, cogería un montón de mierda, lo esparciría hacia atrás con mis dos patitas y me iría volando[207]. Si fuera un caballo, un perro o un gato, no se puede hacer nada mejor que dejar caer los excrementos al suelo y luego marcharse lo más rápidamente posible.

En este mundo no pasa nada, y no tengo ninguna gana de volver a emborracharme, eso podría hacer, beber, beber y beber, y entonces empezaría otra vez toda esa mierda infernal. Dios Nuestro Señor ha creado la Tierra, algún cura tendría que decirme para qué. Pero lo ha hecho mucho mejor de lo que saben los curas, porque nos ha permitido meamos en toda esa maravilla, y nos ha dado dos manos y una cuerda además, y afuera esta mierda, eso podemos hacer, y entonces adiós a toda la infernal porquería, que lo pases muy bien, mis bendiciones, nos vamos al Infierno con timbales y trompetas.

Si pudiera coger al Reinhold se me pasaría la rabia, podría cogerlo por el cuello y partirle el cuello y no dejarlo con vida, y entonces

me sentiría mejor, y me sentiría satisfecho, y sería justo, y tendría tranquilidad. Pero ese perro que tanto me ha hecho, que me ha convertido otra vez en criminal, que me ha roto el brazo, se ríe ahora de mí en algún lugar de Suiza. Yo ando por ahí miserable como un perro sarnoso, puede hacer conmigo lo que quiera, nadie me ayudará, ni siquiera la policía, y encima me quieren coger, como si hubiese matado a la Mieze, y eso ha hecho encima ese canalla, meterme en el asunto con él. Pero tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe. He aguardado y he hecho bastante; pero ya no puedo más. Nadie podrá decir que no me he defendido. Pero todo tiene un límite. Como no puedo matar al Reinhold, me mataré yo. Me iré al Infierno con timbales y trompetas.

¿Quién es el que está en la Alexanderstrasse y, muy lentamente, mueve una pierna tras otra? Se llama Franz Biberkopf, y lo que ha hecho lo sabéis ya. Es un chulo, un criminal empedernido, un pobre diablo, un hombre derrotado, ahora le ha llegado su turno.

¡Malditos puños que le golpearon! ¡Terrible puño el que lo agarró! Los otros puños golpearon y lo dejaron, tenía una herida, estaba desnudo, sanó, Franz siguió siendo quien era, y pudo seguir su camino. Ahora el puño no lo suelta, el puño es monstruosamente grande, lo sopesa en cuerpo y alma, Franz camina a pasitos y lo sabe: mi vida no es ya mía. No sé lo que

tengo que hacer ahora, pero Franz Biberkopf se ha acabado y ha llegado al fin.

Es noviembre, tarde avanzada, hacia las nueve, los compadres andan por la

Münzstrasse, y el ruido de los tranvías y los autobuses y los vendedores de periódicos es grande, los guardias salen de los puestos con sus porras de goma.

Por la Landsbergerstrasse va un grupo con banderas rojas: Arriba, parias de la Tierra.

«Mokka fix», Alexanderstrasse, cigarros insuperables, excelente cerveza en buenos jarros, se prohíbe terminantemente jugar a las cartas, se ruega al distinguido público que vigile sus prendas de abrigo, porque yo no llego a todo. El propietario. Desayunos desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde, 75 pfennig, una taza de café, dos huevos duros y pan con mantequilla.

En el cafetín de la Prenzlauer Strasse se sienta Franz, lo acogen con júbilo:

«¡Señor Barón!». Le quitan la peluca, él se suelta el brazo artificial, encarga cerveza, se pone el abrigo sobre las rodillas.

Hay tres hombres allí, tienen rostros grises y, exacto, son presidiarios, sin

duda se han fugado, parlotean sin parar, parlotean a todo pasto.

Así pues, tengo sed y me digo, para qué ir más lejos, ahí hay una bodega, viven en ella polacos, les enseño la salchicha y los cigarrillos, no preguntan de dónde los he sacado, lo compran, me dan aguardiente, lo dejo todo allí. Y a la mañana siguiente vigilo, cuando salen me meto en la bodega, llevo unas ganzúas, todavía está todo allí, mi salchicha y mis cigarrillos, y me largo con ellos. Buen negocio, ¿eh?

Perros policía, las cosas que pueden hacer. Cinco de nuestros hombres se

escaparon a través del muro. Cómo, te lo puedo decir exactamente. Las paredes están recubiertas por ambos lados de chapa. Chapa de hierro, sus buenos ocho milímetros. Pero ellos se van por el suelo, sí señor, un suelo de cemento, hacen un agujero, siempre por la noche, y desde allí, por debajo de los muros. Y entonces van los polizontes y dicen que hubiéramos tenido que oírlos. Bueno, nosotros estábamos dormidos. ¿Por qué hubiéramos tenido que oírlos, por qué precisamente nosotros?

Risas, alegría, oh tú, dichoso, oh tú feliz[208], una ronda de canciones nos

falta aún, videbún.

Y luego, naturalmente, llega alguien, el señor sargento de policía, el sargento mayor Schwab, que quiere darse importancia y dice que ya lo supo todo anteayer, pero estaba en viaje de

servicio. En viaje subrepticio. Siempre que pasa algo, estaban en viaje subrepticio. Una cerveza también para mí, y tres cigarrillos.

Una chica joven le peina en una mesa el pelo a un hombre alto y rubio, y él canta: «Oh Sonnenburg, oh Sonnenburg». Y siempre que hay una pausa vuelve a empezar, quiere cantar algo sobre Sonnenburg:

«Oh Sonnenburg, oh Sonnenburg, qué verdes son tus hojas. Fue en verano del veintiocho, me encontraba un poco pocho, no en Berlín ni en Königsberg, ni en Danzig tampoco fue. ¿Dónde pues? Pues hombre, fue en Sonnenburg, Sonnenburg.

»Oh Sonnenburg, qué verdes son tus hojas[209]. Una cárcel como tú: ya de

mañana, temprano, dan un trato muy humano. No te pegan, no maltratan, no te friegan, no dan lata, y tienes lo que hace falta, fumas, bebes y te hartas.

»Y te duermes entre plumas, ya de mañana te ajumas, oye, tú, eso sí que es vida, y los guardianes te cuidan con toda su alma, les regalamos las botas, ellos no entienden ni jota, con toda su alma. Y nos dejan beber vino, con toda su alma, y podéis vender las botas, uniformes de la guerra, pero no seáis idiotas, por qué coger esa perra, el dinero sí que es fino.

»Hay algunos compañeros que están pensando chivarse, no les queda un hueso entero, les pasa por propasarse, que se lo piensen mejor, les daremos para el pelo, que se chiven de su abuelo, que si no.

»Si no vendrá el director, que no se entera de nada. Hace poco vino uno, una especie de inspector, a inspeccionar, oye, tú, la cárcel de Sonnenburg. No soltéis

la carcajada, que cada uno es cada uno. Lo que pasó lo sabréis, lo que pasó lo sabréis, os lo diré de pasada. Estamos en la cantina, bebiendo con dos guardianes, éstos sí que son patanes, y ahí lo tenéis, lo tenéis, sí, ahí lo tenéis, lo tenéis.

»Ya está ahí, bum bum, ya está, ya está ahí bum bum, ya está, ya está ahí bum el inspector. A su salud, le decimos, aquí estoy con estos primos, si estoy solo me deprimos, el vino no lo escatimo, ay inspector, yo lo estimo.

»¿Y qué dice el inspector? Es que soy el inspector bum bum, sí señor, es que soy el inspector bum sí señor. Os voy a encerrar a todos, están ustedes beodos, no veo causa de risa, se les caerá la camisa, bum bum sí señor, bum bum sí señor, bum bum.

»O Sonnenburg, oh Sonnenburg, qué verdes son tus hojas. El buen hombre

se ha enfadado, en casa se ha desahogado, bum bum sí señor, bum bum, sí señor, soy el señor inspector. Ay Dios, qué tío tan bruto, hace la o con un canuto».

¡Unos pantalones pardos y una chaqueta de paño negra! Alguien saca de un paquete una chaqueta parda de presidiario. Se subasta al mejor postor, precios increíblemente rebajados, semana de ventas pardas, una chaqueta muy barata, por un coñac. ¿Quién la quiere? Alegría, buen humor, oh tú dichoso, oh tú feliz, hermano, cómo se llama tu amante, otra ronda por delante. Luego un par de zapatos de lona, familiarizados con las condiciones de la vida en la prisión, con suela de esparto, apropiados para fugas, y luego aún una manta. Hombre, ésa se la debías de haber dejado al Jefe.

La patrona se mete dentro, cierra con suavidad la puerta: no hagáis tanto mido, hay clientes ahí fuera. Uno mira hacia la ventana. Su vecino se ríe: por la ventana ni hablar. Si las cosas se ponen feas, mira... Y mete la mano bajo la mesa y levanta del suelo una trampilla: al sótano y luego lo mejor es enseguida al patio del vecino, no necesitas trepar, todo es camino llano. Pero quédate con el sombrero para no llamar la atención.

Un viejo gruñe: «No estaba mal la canción que has cantado. Pero hay otras.

Tampoco son malejas. ¿Sabes ésta?». Saca una hoja, papel de escribir, arrugada, escrita con mano temblorosa: «El penado muerto»[210]. «¡Pero que no sea demasiado triste!». «Qué quiere decir triste. Es verdad y tan cierta como la tuya». «No llores, no llores, hay pasteles en el horno para que no llores».

«El penado muerto. Era pobre, pero alegre, seguía el camino recto, respetaba

lo más noble y rechazaba lo abyecto. Pero la mala fortuna abusó de su impericia, y por un delito falso lo persiguió la justicia. (La caza, la caza, la maldita caza, esos perros malditos me han dado caza, cómo me han dado caza, casi me matan. Continúa, uno no puede salvarse, sigue, sigue, no se sabe, no se puede correr tan deprisa, uno corre lo que puede y al final lo cogen. Ahora tienen a Franzen, ahora me tiraré al suelo, ya no puedo más, bueno, salud y que aproveche pues, a la tuya).

»Ni sus gritos, ni sus ruegos, ni su furia le sirvieron: lo cargaron de cadenas y en la cárcel lo metieron. Los jueces se equivocaron (la caza, la caza, la maldita caza) al pronunciar su sentencia (cómo me han dado caza esos perros malditos), pero él no tenía a nadie para probar su inocencia. Decidme, decía llorando, por qué me queréis destruir, yo nunca hice mal a nadie y aquí me voy a morir. (Continúa, uno no puede salvarse. Y sigue y sigue, uno corre, no se puede correr tan deprisa y se hace lo que se puede).

»Cuando salió de la cárcel, aquel hombre no era el mismo, su mundo ya no existía, sólo encontraba egoísmo. Anduvo a orillas de un río, pero el puente estaba roto. Enfermo de alma y de cuerpo, se fue a algún lugar remoto. Nadie quiso darle asilo (la caza, la caza, la maldita caza) su paciencia era agotable: cogió lo que le negaban y entonces sí fue culpable.

»(Culpable, culpable, culpable, ah, eso es, hay que serlo, hay que serlo, ¡hay que serlo mil veces más!). Esos hechos se castigan, y otra vez se vio entre rejas. Las leyes son para todos, de nada sirven las quejas. (Franz, aleluya, ya lo oyes, ser mil veces más culpable, ser mil veces más culpable). Otra vez logra escaparse, roba, mata y asesina, quiere vengarse en los hombres como una bestia dañina. De nuevo lo han capturado y a la cárcel lo han devuelto. Su cadena es ya perpetua, poco tiempo estuvo suelto. (La caza, la caza, la maldita caza, tenía razón, hizo lo que debía).

»Sin embargo, no protesta y deja que lo maltraten, aguanta lo que le echen

con tal de que no lo maten. Trabaja siempre en silencio, día a día, no hay remedio, ya le han quebrado las alas, ya lo han quitado de en medio. (La caza, la caza, la maldita caza, siempre me han dado caza, he hecho todo lo que he podido, ahora me he hundido en la mierda pero no tengo la culpa, qué puedo hacer. Soy Franz Biberkopf y lo sigo siendo, cuidado).

»Hoy lo meten en la fosa, hoy se acaba su carrera, va a ocupar su última

celda, comienza la primavera. Las campanas de la cárcel lo despiden con tristeza, dicen adiós al penado que murió en la fortaleza. (Cuidado, señores, todavía no conocéis a Franz Biberkopf, no se vende barato, si tiene que ir a la tumba, se llevará por delante uno por cada dedo, para que lo anuncien a Dios y digan: ahora venimos nosotros y luego llegará Franze. No debes asombrarte, Dios, de que venga precedido de tanta gente, lo han perseguido tanto que ahora viene bien acompañado, fue tan pequeño en la Tierra que tiene que demostrar quién es en el Cielo).»

Siguen cantando y charlando en la mesa, Franze Biberkopf ha estado dormitando hasta entonces, pero ahora se siente animado y fresco. Se endereza de nuevo, se ata el brazo, lo perdimos en la guerra, todo pasa en la guerra. La guerra no cesa mientras se vive, lo importante es aguantar de pie.

Franz está de pie en la escalera de hierro del cafetín, en la calle. Y fuera chorrea, diluvia y jarrea, está oscuro y hay mucha actividad en la Prenzlauer Strasse. Y hay un amontonamiento de gente en la Alexanderstrasse, incluidos guardias. Y Franz se vuelve lentamente y se dirige hacia allí.

La Jefatura de Policía está en la Alexanderplatz

Son las nueve y veinte. En el patio acristalado de la Jefatura hay algunos hombres hablando. Se cuentan chistes y estiran las piernas. Un comisario joven llega y los saluda: «Son las nueve y diez, señor Pilz, ¿advirtió usted que necesitábamos el coche a las nueve?». «Acaba de subir un compañero para telefonar al cuartel de la Alexander; encargamos el coche ayer por la mañana».

«Sí, dicen que el coche salió a las nueve menos cinco, que se habrá quedado en

algún lado, mandan otro». «Vaya, en algún lado, y nosotros esperando».

«Bueno, le pregunto dónde está el coche, y él dice: quién está al aparato, yo le digo, el secretario Pilz, y él dice, aquí el teniente fulano. Yo le digo: bueno, le llamo, teniente, de parte del comisario, ayer encargamos al departamento un coche para una batida a las nueve, la petición se hizo por escrito, tengo que comprobar si el oficio se ha recibido. Tendría que ver lo amable que se puso el teniente, naturalmente, que ya estaba en camino, que habrá ocurrido un accidente, que etc».

Entran los coches. A uno de ellos suben señores y señoras, agentes de policía, comisarios y agentes femeninos. Es el coche en que después traerán a Franz Biberkopf, con cincuenta hombres

y mujeres, los ángeles lo habrán abandonado, la mirada de Franz será distinta de la que tenía al salir del cafetín, pero los ángeles bailarían, señores y señoras, creyentes o no creyentes, así ocurrirá.

El coche con los hombres y mujeres de paisano ha salido, no es un carro de combate sino un vehículo de lucha y justicia, un vehículo de carga, las personas se sientan en bancos, va por la Alexanderplatz entre los inofensivos vehículos de reparto y los taxis, la gente del carro de combate parece toda cómoda, es una guerra no declarada, van a cumplir su deber, unos fuman tranquilamente en pipa, otros cigarros, las señoras preguntan: ése de ahí es de la Prensa, mañana saldremos en los periódicos. Así van satisfechos por la Landsberger Strasse a la derecha, se dirigen a su objetivo dando un rodeo, si no, las tabernas sabrían de antemano lo que les espera. Sin embargo, la gente que va por la calle mira bien al coche. No lo mira mucho tiempo, es algo malo, temible, rápidamente ha pasado, van a hacer una redada, es terrible que pasen cosas así, vamos al cine.

En la Ruckerstrasse se bajan, el coche se queda allí; ellos suben por la calle a pie. La calleja está vacía, el grupo recorre la acera, ahí está el bar Rucker.

Ocupada la puerta, guardias a la entrada, guardias enfrente, todos los demás al local, muy buenas, el camarero sonríe, nos conocemos ya. ¿Van a tomar algo los señores? No, gracias, no

tenemos tiempo; haga las cuentas, esto es una redada, todos a la Jefatura. Risas, protestas, habr ase visto, no se ponga así, maldiciones, risas; no hay que perder el buen humor, yo tengo mis papeles, entonces al grese, que dentro de media hora estará de vuelta, y de qué me sirve eso, tengo que hacer, no te excites, Otto, visita gratis de la Jefatura con iluminación nocturna. Adentro con ellos. El coche está repleto, uno canta: Quién se ha llevado el queso rodando a la estación, ha sido una frescura, les falta educación; la policía ha venido, con gran indignación, porque se han llevado el queso rodando a la estación[211].

El coche se marcha, todos dicen adiós con la mano: Quién se ha llevado el

queso rodando a la estación.

Bueno, todo ha ido sobre ruedas. Vamos a pie. Un caballero elegante al otro lado de la calle, saluda, soy el capitán del puesto,  el señor comisario? Entran en

un zaguán, los demás se dispersan, lugar de reunión la Prenzlauer, esquina a la

M nz.

La Alexanderquelle está de bote en bote, es viernes, el que tiene un salario va a tomarse una copa, música, radio, los polis se sitúan junto al mostrador, el comisario joven habla con un señor, la banda deja de tocar; redada, la policía, todos a la Jefatura.

Siguen sentados a las mesas, riéndose y no se molestan, siguen charlando, el camarero sigue sirviendo. Una chica grita y llora entre otras dos en el pasillo: me he dado de baja allí y ésta no me ha registrado aún, bueno, pues entonces te quedarás una noche, no pasa nada, no iré, no dejaré que me toque ningún guardia, no se sulfure, oiga, no es bueno para la salud. Déjeme salir, cómo que le deje salir, saldrá cuando le toque, el coche acaba de marcharse, pues entonces encarguen más coches, no nos diga lo que tenemos que hacer. Camarero, una botella de champán para lavarme los pies. Oiga, que tengo que ir a trabajar, tengo que hacer en Lau, quién me va a pagar las horas, bueno, ahora tendrá que venir de todas formas, tengo que ir al tajo, esto es un atentado contra la libertad, tienen que venir todos, y tú también, oye, no te excites, esta gente tiene que hacer de vez en cuando una redada, si no, no sabrían para qué están ahí.

Salen por hornadas, los coches van y vienen a la Jefatura, los polis van y vienen, en el lavabo de señoras se oyen gritos, hay una virgen en el suelo, su caballero está al lado, qué hace un caballero en el lavabo de señoras. La chica tiene convulsiones, ya lo ve; los polis sonríen, tiene papeles, bueno, está bien, entonces quédese con ella. Ella sigue gritando, ya verá, cuando todos se hayan ido, se levantará y bailarán un tango. Les digo que quien me toque se llevará un gancho a la barbilla, y el segundo sería ya ultrajar un cadáver. El local está casi vacío. En la puerta hay un hombre, dos

polis lo han agarrado, él ruge: he estado en Manchester, en Londres, en Nueva York, esto no pasa en ninguna capital, esto no pasa en Manchester ni en Londres. Se lo llevan al trote. A la calle, cómo se encuentra usted, gracias, salude de mi parte a su perro muerto.

A las diez y cuarto, cuando la limpieza está ya muy avanzada y sólo quedan ocupadas algunas mesas de atrás, donde están las escaleras, y a un lado en el rincón, entra uno, aunque en realidad hace tiempo que nadie debe entrar. Los

polis son enérgicos y no dejan entrar a nadie, pero de vez en cuando una chica mira por el cristal: tenía una cita aquí, bueno, señorita, entonces vuelva a las doce, hasta entonces su amado estará en la Jefatura. El anciano caballero, sin embargo, ha presenciado fuera el último envío, al final los polis han tenido que sacudir en la entrada con las porras, porque querían salir más de los que cabían en el coche, ahora el coche ha salido y la cosa se ha aclarado un poco. Y el hombre atraviesa tranquilamente la puerta, pasando entre los dos polis que miran cada uno por su lado, porque hay gente nueva que quiere entrar en el local y que

está discutiendo con los guardias. Del cuartel llega precisamente, con mucho alboroto al otro lado de la calle, una sección de guardias que se ajustan los cinturones mientras andan. El hombre del pelo gris recorre el local, pide una cerveza en el mostrador y sube con ella los escalones, a donde la mujer del lavabo de señoras continúa chillando, y los otros, los que quedan, se ríen y charlan como si todo aquello no tuviese nada que ver con ellos.

El hombre se sienta en una silla, solo a una mesa, bebe su cerveza y contempla el local. Entonces su pie tropieza con algo que hay en el suelo junto a la pared; mira, lo coge, es un revólver, alguien se ha deshecho de él, no está mal, ahora tengo dos. Uno por cada dedo, y si Dios te pregunta por qué, le dices: he venido bien acompañado, lo que no se ha tenido abajo, hay que tenerlo aquí arriba. Están haciendo una redada y está bien que la hagan. Cuando alguien ha desayunado fuerte en la Jefatura, se dice: vamos a hacer una buena redada, hay que hacer algo que aparezca en los periódicos. Al fin y al cabo, los de arriba tienen que darse cuenta de que trabajamos, y a lo mejor quiere que le suban el sueldo, y su mujer necesita un abrigo de pieles, por eso pescan a la gente, y precisamente en viernes, cuando han cobrado la paga.

El hombre se ha quedado con el sombrero puesto, tiene la mano derecha

metida en el bolsillo, también la izquierda está en su bolsillo cuando no está agarrando la cerveza. Un poli con su brocha en el sombrero de cazador alpino recorre animadoramente el local, por todas partes mesas vacías, cajetillas de tabaco en el suelo, periódicos, papel de chocolate: todo el mundo preparado, el último viene enseguida. Le pregunta al señor anciano: «¿Ha pagado usted ya?». El otro gruñe y mira ante sí: «Acabo de llegar». «Bueno, hubiera podido evitárselo, pero tiene que venir también». «Eso es cosa mía». El poli, un hombre fuerte, de anchas espaldas, lo mira desde arriba, qué mirada más extraña tiene

este tipo, éste quiere jaleo. No dice nada, baja lentamente los escalones del local, y se encuentra con la mirada centelleante del viejo, oye, qué ojos tiene, a ése le pasa algo. Va a la puerta, donde están los otros, cuchichean entre sí, salen todos juntos. Unos minutos más tarde se abre otra vez la puerta. Vuelven los polis: ahora el resto, vamos. El camarero se ríe: «La próxima vez me llevan también, me gustaría ver el espectáculo». «Bueno, dentro de una hora tendrá otra vez trabajo, ya verá, ahí fuera hay ya algunos de la primera expedición que quieren entrar».

«Venga, señor, también usted tiene que venir». Se refiere a mí. Si tienes una mujer a la que puedes querer, no te preguntas que cómo y que cuándo, sino la besas volando[212].

El caballero no se mueve. «Oiga, es usted sordo. Le digo que se levante». La

primavera te envía, porque antes de encontrarte de nada servía mi arte. Pero tienen que venir más, uno no me sirve de nada, mi coche es de cinco caballos.

Ya hay tres guardias en la escalera, el primero sube, los polis avanzan por el local. El comisario joven y alto va en cabeza, tienen mucha prisa. Ya me han dado caza suficiente tiempo, he hecho lo que he podido, soy un hombre o no soy un hombre.

Y saca la mano izquierda del bolsillo y, sin ponerse de pie, dispara sentado contra el primer poli, que se precipitaba ya hacia él furioso. Kraj. Así hemos acabado nuestra obra en la Tierra, así nos vamos al Infierno con trompetas, con timbales y trompetas.

El hombre se tambalea hacia un lado. Franz se pone en pie, quiere ir hacia la pared, entran en masa por la puerta en el local. Eso está bien, todos adentro. Levanta el brazo, hay alguien detrás de él, Franz lo aparta con el hombro y entonces recibe un golpe en la mano, un golpe en el rostro, un golpe en el sombrero, un golpe en el brazo. Mi brazo, mi brazo, sólo tengo un brazo, me van a romper a golpes el brazo, qué hago, me van a matar a golpes, primero Mieke, luego yo. No tiene ningún sentido. Nada tiene sentido, nada, nada tiene sentido.

Y se desploma junto a la barandilla.

Y, antes de que pueda seguir disparando, Franz Biberkopf se ha desplomado junto a la barandilla. Ha renunciado, ha maldecido de su vida, ha entregado su arma. Yace ahí.

Los polis y los guardias apartan la mesa y las sillas, se arrodillan a su lado, le

dan la vuelta, el hombre tiene un brazo artificial, dos revólveres, dónde están sus papeles, espera, lleva peluca. Y Franz Biberkopf abre los ojos cuando le tiran del pelo. Entonces lo zarandean, lo ponen en pie tirándole de los hombros, lo ponen derecho, puede estar de pie, tiene que tenerse en pie, le encasquetan el sombrero. Todos están ya fuera en el coche, y llevan a Franz Biberkopf por la puerta, con unas esposas en el brazo izquierdo. Hay un alboroto en la Münzstrasse, una masa de gente, han disparado ahí dentro, mira, ahora viene, fue ése. Al poli herido se lo han llevado antes en un coche.

Así pues, éste es el coche en que antes, a las nueve y media, los comisarios, los agentes de policía y las agentes de la jefatura salieron; se ponen en movimiento, Franz Biberkopf está dentro,

como había dicho ya, los ángeles lo han abandonado. En el patio acristalado de la Jefatura han descargado las hornadas, detrás, por una escalerita, se sube a un ancho y largo pasillo, las mujeres tienen un cuarto para ellas, y todos los que sueltan y tienen sus papeles en orden tienen que atravesar la barrera para salir, entre polis que les registran el pecho y los pantalones hasta las botas, los hombres se ríen, hay insultos y apretones en el pasillo, el comisario joven y los agentes van de un lado a otro tranquilizándolos, tengan paciencia. Los guardias ocupan las puertas, a los lavabos no va nadie sin que lo acompañen.

Dentro, en las mesas, hay agentes de paisano, interrogan a la gente, examinan los papeles si los tiene, escriben en gruesos pliegos: lugar del hecho, distrito judicial, lugar de la detención, comisaría de policía, 4.º distrito. Bueno, cómo se llama, detalles de la detención, cuándo fue detenido por última vez, oiga, yo primero, tengo que ir a trabajar, el jefe de Policía, departamento 4.º, detenido por la mañana, por la tarde, por la noche, nombre y apellidos, profesión u oficio, fecha de nacimiento, día, mes, año, lugar de nacimiento, sin domicilio, no pudo dar domicilio, el domicilio dado resultó falso después de la investigación. Tendrá que esperar hasta que su comisaría conteste, hará falta algún tiempo, no tienen más que dos manos, y además ha habido gente que ha dado una dirección, y era exacta y vivía alguien allí, que se llamaba como ellos... pero, cuando iba uno, resultaba que era otro

y que sólo tenía los papeles, se los había robado, o era amigo suyo o algún otro truco. Solicitud de informes

al registro, retirada de la tarjeta gris, falta la tarjeta gris, elementos de prueba que se unen al expediente, y objetos que guardan relación con el presente o con otro hecho delictivo, objetos con los que el detenido podría atentar contra sí mismo o contra otros, objetos personales, bastón, paraguas, cuchillo, revólver, llave inglesa.

Traen a Franz Biberkopf. Franz Biberkopf se ha acabado. Lo han cogido. Lo llevan esposado. Tiene la cabeza caída sobre el pecho. Quieren interrogarlo abajo, en la planta baja, en el despacho del comisario de servicio. Pero el hombre no habla, está rígido, a menudo se toca la cara, tiene el ojo derecho hinchado de un golpe de porra. Deja caer el brazo rápidamente, también en el brazo ha recibido golpes.

Abajo, por el patio oscuro, se dirigen a la calle todos los que han soltado, van

del brazo con sus chicas por el patio encristalado. Si tienes una mujer, a la que puedes querer, y así nos vamos cantando, sin dejar ningún refrán, y así nos vamos cantando hasta el otro restorán. Reconozco la exactitud de la declaración que antecede, firma, ha sido detenido, nombre y número oficial del agente que

se encargó del caso. Al juzgado de instancia de Berlín Centro, departamento 151, Señor juez de instrucción P.O.

Finalmente, Franz Biberkopf es anunciado y retenido. Durante la redada en la Alexanderquelle, este hombre disparó, ha infringido además otros preceptos del Código Penal. Lo encontraron metido en la Alexanderquelle y, en el espacio de media hora, se supo que la policía, además de otras ocho personas reclamadas y de los inevitables huidos de reformatorios, había hecho una captura importante. Porque aquel hombre, que se derrumbó después de haber disparado, tenía un brazo derecho artificial y llevaba una peluca gris. Y por ello y por la fotografía que de él tenían, se descubrió rápidamente que se trataba de un hombre mezclado en el asesinato de la prostituta Emilie Parsunke en Freienwalde, y que podía ser considerado como cómplice: Franz Biberkopf, anteriormente condenado por homicidio y proxenetismo.

Desde hacía tiempo incumplía su deber de presentarse a la policía, ahora

tenemos a uno, pronto cogemos también al otro.

LIBRO NOVENO

ahora, el camino terrenal de Franz Biberkopf ha terminado. Ha llegado el momento de que lo despedacen. Cae en manos de la potencia tenebrosa que se llama Muerte y que le parece apropiada como lugar

de residencia. Pero entonces se entera de cuáles son las intenciones de ella, de una forma que no había esperado y que supera todo lo que le había ocurrido hasta entonces. Ella le dice cuatro verdades. Le explica sus errores, su orgullo y su ignorancia. Y con ello se derrumba el viejo Franz Biberkopf, su carrera ha concluido.

El hombre ha quedado destruido. Sin embargo, aparece un nuevo Biberkopf, al que el primero no llega a la altura del zapato y del que cabe esperar que hará las cosas mejor.

El miércoles negro de Reinhold, pero este capítulo puede saltarse

Y, como presume la policía: «ahora tenemos a uno, pronto cogemos también al otro», así ocurre. Pero no exactamente como piensan ellos. Ellos piensan que lo cogerán pronto. Sin embargo... lo tienen ya, ha pasado por esa misma Jefatura roja, a

través de otros despachos y otras manos, y está encerrado en Moabit.

Porque con Reinholdchen todo va deprisa, y ha terminado expeditivamente.

Al muchacho no le gusta perder tiempo. Ya sabemos lo que hizo con Franz; apenas pasan unos días desde que sabe Reinhold lo que ocurre con él, y ya está eliminándolo.

Una tarde, Reinhold se dirige a la Motzstrasse y se dice: los carteles del asesinato con la recompensa están en las columnas de anuncios, tengo que organizar algo y dejarme coger con papeles falsos, un robo por el procedimiento

del tirón o algo así. La cárcel es lo más seguro cuando el aire está cargado. Todo lo cual le sale bien, salvo que a la señora elegante le sacude un poco demasiado fuerte en los morros. Pero no importa, piensa Reinhold, lo importante es desaparecer de escena. Y en la Jefatura le quitan los falsos papeles, es Morosldewicz, ratero polaco, adentro con él, a Moabit, en la Jefatura no se dan cuenta de a quién tienen, el muchacho no ha estado nunca en chirona, y quién puede acordarse de todas las descripciones. Y con toda discreción transcurre el proceso, en secreto, en silencio y en voz baja, lo mismo que ha pasado por la jefatura. Pero como se trata de un ratero buscado en Polonia, y semejante sinvergüenza va por la calle en un barrio finolis

sacudiéndole a la gente, éste quiero éste no quiero, y le arrebató a una señora el bolso, resulta inaudito, no estamos en la Polonia rusa, qué se ha creído usted, hace falta un castigo ejemplar, y le cascan cuatro años de cárcel y cinco de inhabilitación, puesta bajo vigilancia policial y todo lo demás, y le quitan la llave inglesa. Los gastos del proceso serán por cuenta del acusado, vamos a hacer una pausa de diez minutos, la calefacción está demasiado fuerte, hagan el favor de abrir las ventanas mientras tanto, ¿tiene algo más que decir?

Reinhold, naturalmente, no tiene nada que decir, se reserva el derecho de recurso, está contento de que le hablen así, aquí no le puede pasar nada. Y al cabo de dos días todo ha pasado, todo, todo, y otra vez estamos a salvo. Maldita porquería con la Mieke y con ese burro, el Biberkopf, pero por lo pronto hemos conseguido lo que queríamos, aleluya, aleluya, aleluya.

Y todo eso ha ocurrido ya cuando cogen a Franzen y lo llevan a la Jefatura, el verdadero asesino, es decir, Reinhold, está en Brandenburg[213], y nadie piensa en él, y está muerto y olvidado, y ya puede hundirse el mundo que no lo descubrirán tan fácilmente. Los remordimientos no lo atormentan en absoluto, y si todo hubiera ocurrido como él pensaba, estaría todavía hoy a la sombra, o se habría escapado durante algún traslado.

Sin embargo, el mundo está hecho de tal modo que los refranes más idiotas

resultan ciertos, y cuando alguien cree que todo va bien, las cosas no van bien ni muchísimo menos. El hombre propone y Dios dispone, y tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe. Cómo descubren también a Reinhold y cómo tiene que recorrer éste pronto su áspero y duro camino es lo que voy a contar enseguida. Pero, si a alguien no le interesa, que se salte simplemente las

próximas páginas. Las cosas que hay en este libro, Berlín Alexanderplatz, sobre el destino de Franz Biberkopf, son ciertas y se pueden leer dos y tres veces y grabárselas, encierran una verdad que hay que comprender. Pero Reinhold ha acabado ya su papel. Sólo porque es la violencia fría que nada puede cambiar en esta vida, quiero mostrar aún su última y difícil lucha. Lo veréis permanecer duro y petrificado hasta el final, su vida seguirá inmovible... mientras Franz Biberkopf se dobla y finalmente, como un elemento afectado por determinados rayos, se transmuta en otro. Ay, es fácil decir que todos somos humanos. Si Dios existe..., no sólo somos distintos ante él por nuestra maldad o bondad, sino que tenemos todos una naturaleza distinta y una vida distinta, somos distintos en especie, en origen y en destino. Y ahora escuchad lo último sobre Reinhold.

Y Reinhold, en Brandenburg, en la cárcel, tiene que trabajar en la sección de

fabricación de esteras con uno que es también polaco, pero auténtico, y que es auténticamente ratero, muy hábil, y conoce a Moroskiewicz. Cuando oye: Moroskiewicz, a ése lo conozco, dónde está, ve a Reinhold y dice: bueno, ha cambiado mucho, cómo es posible. Y entonces hace como si no supiera nada y no lo conociera de nada, y se pone al lado de Reinhold en el retrete, donde fuman, y le da medio cigarrillo y habla con él, y resulta que el otro no sabe gran cosa de polaco. A Reinhold, sin embargo, la conversación en polaco no le ha gustado nada, se hace trasladar de sección, y el jefe del taller, como Reinhold funge varias veces desmayos, se lo lleva para los recuentos al ala de las celdas, donde los otros tienen poco contacto con él. Sin embargo Długa, el polaco, no desiste. Reinhold va gritando de celda en celda: ¡trabajo listo afuera! Y cuando está con el jefe junto a la celda de Długa y el jefe está contando precisamente las esteras, Długa le susurra a Reinhold que conoce a un Moroskiewicz de Varsovia, también ratero, ¿es pariente tuyo? Reinhold se lleva un susto, le pasa al polaco una cajetilla de tabaco y sigue adelante: trabajo listo afuera.

El polaco se alegra del tabaco, el asunto es interesante, y empieza a

chantajear a Reinhold, que siempre tiene dinero de algún modo clandestino.

Y el asunto podía haber sido terriblemente peligroso para Reinhold, pero esta vez tiene suerte también. Para el golpe. Hace correr la voz: Długa, su compatriota, quiere chivarse, sabe algo de él. Y en mitad de la hora de paseo le dan una paliza terrible, y también Reinhold le sacude terriblemente al polaco. Eso le cuesta una semana de aislamiento, en celda desnuda, con sólo a partir del

tercer día ropa de cama y comida caliente. Y luego sale y se lo encuentra todo tranquilo y sosegado.

Y entonces Reinhold se mete en un lío él solo. Durante toda su vida las mujeres le trajeron dichas y desdichas, y el amor hará ahora que se rompa el cuello. La historia con Długa le ha producido mucha rabia y excitación, que tenga uno que estar aquí indefinidamente y dejarse fastidiar por un tipo así, y no tiene uno amigos, y está uno tan solo, eso se le va metiendo a uno cada vez más adentro, semana tras semana. Y como está allí tanto tiempo y le gustaría cargarse al Długa, se hace amigo de uno especialista en robos con fractura, que está también en Brandenburg por primera vez y a quien van a soltar en marzo. Primero se ponen de acuerdo en el negocio del tabaco y en mal decir a Długa, luego se convierten en amigos íntimos y verdaderos, algo que Reinhold no había tenido nunca y, aunque no se trate de ninguna mujer, sino sólo de un muchacho, es muy bonito, y Reinhold se siente contento en la prisión de Brandenburg:

de forma que el maldito asunto de Długa ha traído por lo menos algo bueno. La pena es que el chico tenga que marcharse pronto.

«Tendré que llevar mucho tiempo aún el gorro negro y la chaqueta parda, y mientras yo esté aquí, ¿por dónde andarás tú, mi pequeño Konrad?». Konrad se llama el muchacho o se hace llamar, es de Mecklenburg y tiene facultades para convertirse en un tipo muy duro. De los dos con los que ha dado algunos golpes en Pomerania, uno está aquí cumpliendo diez años. Y cuando los dos, un miércoles negro, la noche anterior a la puesta en libertad de Konrad, están una vez más en el dormitorio y Reinhold casi se muere de desesperación, pensando en que se quedará otra vez totalmente solo y no tendrá a nadie —ya encontrarás a alguien, y ya verás, Reinhold, pronto te mandarán a algún trabajo exterior a Werder o a otro sitio—, Reinhold no consigue tranquilizarse, y eso no le entra, y no le entra, que las cosas le hayan ido tan mal, esa estúpida pava, la Mieze, y el burro de Franz Biberkopf, qué me importan ese par de zoquetes, esos idiotas, y ahora podría estar fuera como un señor, aquí no hay más que desgraciados que no saben hacer otra cosa. Entonces Reinhold coge una verdadera perra y lloriquea y se desespera, y le pide al Konrad, llévame contigo, llévame contigo. Konrad lo consuela como puede, pero no hay nada que hacer, aquí no se puede aconsejar a nadie que huya.

Tienen una botellita de alcohol de la carpintería, que han conseguido de un ebanista, Konrad le da a Reinhold la botella, él bebe, Konrad también. No es posible fugarse, el otro día se fugaron dos o, por lo menos, intentaron fugarse, pero uno sólo llegó hasta la Neuendorfer Strasse e iba a subirse a un vehículo cuando lo cogió la patrulla, el hombre había sangrado tanto por los malditos cascos de botella que han puesto sobre el muro, que tuvieron que llevarlo al hospital, quién sabe si se le curarán las manos. Y el otro, bueno, fue más listo, en cuanto se dio cuenta de los cristales, ya estaba otra vez abajo, en el patio.

«No, de fugarse nada, Reinhold». Y Reinhold está muy contrito y muy blando, y tiene que estarse aquí cuatro años más, y todo por esa idiotez de la Motzstrasse y por esa guarra, la Mieze, y por ese burro, el Franz. Y echa un trago de alcohol del carpintero, se siente mejor, han puesto las cosas afuera, el cuchillo arriba, sobre el fardo, ha pasado ya la hora de cierre, dos vueltas de llave, el cerrojo corrido, las camas montadas. Están cuchicheando en la cama de Konrad, Reinhold tiene su hora melancólica: «Oye, te diré adónde tienes que ir en Berlín. Cuando estés fuera, te vas a ver a mi novia, quién sabe de quién será ahora novia, te daré su dirección y me das noticias, ya sabes. Y luego entérate de qué ha pasado con mi historia, ya sabes, el

Dluga se olió algo. Yo conocía en Berlín a un tipo así, a un imbécil así, Biberkopf se llama, Franz Biberkopf...».

Y susurra y cuenta y se aferra a Konrad, que abre los oídos y dice que sí a todo y pronto lo sabe todo. Tiene que meter en la cama a Reinhold, de tanto que éste llora de rabia y de desamparo y de indignación con su suerte, y porque no puede hacer nada y está metido en esta ratonera. Eso no es nada, le dice Konrad, qué son cuatro años; Reinhold no quiere y no quiere, y no puede soportarlo y no puede vivir así, es una auténtica depresión carcelaria.

Eso es el miércoles negro. El viernes está Konrad con la novia de Reinhold en Berlín y es cordialmente recibido y no hace más que contar durante todo el día y recibe también dinero de ella. Es viernes, y el lunes todo habrá terminado para Reinhold. Konrad encuentra en la Seestrasse a un amigo, con el que en otro tiempo estuvo en el reformatorio, ahora el otro está sin trabajo. Y entonces Konrad empieza a presumir de cómo le va, lo invita en la taberna, y luego van con unas chicas al cine. Konrad cuenta salvajes historias de Brandenburg. Cuando han soltado a las chicas, se pasan todavía la mitad de la noche en la covacha del amigo, y es ya la madrugada del martes cuando Konrad dice quién es Reinhold, aunque se hace llamar Moroskiewicz, y es un chico estupendo, no

se encuentra fuera tan fácilmente a alguien así, le buscan por cosas gordas, quién sabe qué recompensa darán por su cabeza. Y

apenas lo ha dicho se da cuenta de que ha sido una idiotez, pero el amigo promete por lo más sagrado no decir nada, pero hombre, uno sabe cerrar la boca, y recibe además diez marcos de Konrad.

Entonces llega el martes y ahí está ese amigo en la planta baja de la Jefatura mirando los carteles, a ver si es verdad a quien buscan, a ver si es Reinhold, así se llama, a ver si está realmente allí, y a ver si hay una recompensa o si el Konrad, sencillamente, ha estado fanfarroneando.

Y se queda de piedra y al principio no se lo cree, cuando lee el nombre, Santo Cielo, asesinato de la prostituta Parsunke en Freienwalde, ahí está el nombre de verdad, si será ése, Santo Cielo, 1.000 de recompensa, oye, 1.000 marcos. Eso le impresiona tanto, 1.000 marcos, que se marcha enseguida y vuelve con su amiga por la tarde, ella dice que se ha encontrado con Konrad, y que le ha preguntado por él, sí, ése tiene dudas, qué hacemos, lo hacemos, hombre, cómo puedes vacilar, al fin y al cabo es un asesino, qué te importa a ti, y el Konrad, qué te importa el Konrad, no es tan fácil que te lo vuelvas a encontrar, y por qué, de dónde va a saber él que has sido tú, y el dinero, piénsalo,

1.000 marcos, y estás cobrando el subsidio y dudas cuando se trata de 1.000 marcos. «¿Y si no es?». «Bueno, ven, vamos adentro».

Dentro, le cuenta al comisario de servicio sin rodeos lo que sabe, Moroskiewicz, Reinhold, Brandenburg... por qué lo sabe, no lo dice. Como no tiene papeles, él y su amiga tienen que quedarse allí de momento. Luego... está bien.

Cuando Konrad, el sábado, va a Brandenburg a visitar a Reinhold, llevándole toda clase de cosas de parte de la novia de Reinhold y de Pums, hay en el suelo del coche un periódico, es un periódico viejo, del jueves por la noche, y allí pone en primera página: «Capturado el asesino de Freienwalde. En prisión con un nombre falso». El tren traquetea bajo Konrad, los raíles son sacudidos, el tren traquetea. De cuándo es este periódico, qué periódico es, el Lokalanzeiger, del jueves por la noche.

Lo tienen. Lo han trasladado a Berlín. Es culpa mía.

Las mujeres y el amor le han traído a Reinhold, durante toda su vida, dichas y desdichas, y finalmente le han traído también la perdición. Lo han trasladado a Berlín, se ha portado como un loco. No faltó mucho para que lo llevaran al

mismo establecimiento donde estaba su antiguo amigo Biberkopf. De manera que, cuando se ha tranquilizado en Moabit, espera cómo se desarrollará su proceso y qué resultará del otro, de Franz Biberkopf, que fue su cómplice o instigador, pero todavía no se sabe siquiera qué va a pasar con éste.

Manicomio de Buch, pabellón de vigilancia especial

En los calabozos de la policía, en el edificio panóptico de la Jefatura, sospechan al principio que Franz Biberkopf está haciendo una farsa, que se hace el loco porque sabe que se juega la chola; sin embargo, luego lo ve el médico, lo llevan al hospital de Moabit y tampoco allí consiguen sacarle una palabra, al parecer el hombre está realmente loco, permanece echado muy rígido y sólo parpadea un poco con los ojos. Después de haberse negado a comer durante dos días, lo llevan a Buch, al manicomio, pabellón de vigilancia especial. En cualquier caso es lo acertado porque de todas formas hay que vigilar al hombre.

Al principio ponen a Franz en la sala de observación, porque estaba echado en cueros vivos, sin querer taparse con nada, y hasta se hacía trizas la camisa, fue el único signo de vida que dio Franz Biberkopf durante algunas semanas. Los ojos los tenía todo el tiempo fuertemente cerrados, yacía totalmente rígido y se negaba a tomar ningún alimento, de forma que tuvieron que alimentarlo con una sonda, durante semanas sólo leche y huevos y un poco de coñac además. Con ello, aquel hombre fuerte fue fundiéndose, un solo guardián podía llevarlo fácilmente a la bañera, eso le gustaba mucho a Franz y en la bañera hasta solía decir algunas palabras, abría también los ojos, suspiraba y gemía, pero de todos aquellos ruidos no se podía sacar nada en limpio.

El establecimiento de Buch está a cierta distancia detrás del pueblo, el

pabellón de vigilancia especial está separado de los pabellones de los otros, que sólo están enfermos y no han hecho nada. El pabellón de vigilancia especial se alza en un lugar despejado, sobre terreno abierto y totalmente llano, y el viento, la lluvia, la nieve, el frío, el día y la noche pueden acosar al edificio con todas sus fuerzas y con todo su poder. No hay calles que contengan a los elementos, sólo algunos árboles y arbustos, hay además algunos postes de telégrafos, pero por lo demás sólo lluvia y nieve, viento, frío, día y noche.

Vumm vumm, el viento hincha el pecho, toma aliento, luego lo echa como un tonel, cada soplo pesa como una montaña, la montaña se acerca, estalla, retumba contra la casa; retumban los bajos. Vumm vumm, se balancean los árboles, no saben seguir el ritmo, pasa por la derecha y todavía están a la izquierda, y ahora estalla sobre ellos. Pesos que se desploman, un aire que martillea, chasquidos, crujidos, crepitaciones, vumm vumm, soy tuya, vamos, pronto estaremos allí, vumm, noche, noche.

Franz oye las voces. Vumm vumm, no cesan, ya podrían callarse. El guardián está sentado a una mesa leyendo, lo puedo ver, no deja que el estruendo lo moleste. Yo también llevo mucho tiempo echado. La caza, la maldita caza, me han dado caza sin

orden ni concierto, tengo destrozados brazos y piernas, mi nuca está aplastada y destrozada. Vumm vumm, que se queje, llevo ya echado mucho tiempo, no me pondré de pie, Franz Biberkopf no se pondrá de pie. Aunque suenen las trompetas del Juicio Final, Franz Biberkopf no se pondrá de pie. Que griten lo que quieran, que venga con la sonda, ahora me están metiendo la sonda por la nariz porque no quiero abrir la boca, pero alguna vez me moriré de hambre, qué pueden hacer con su medicina, pueden hacer lo que quieran. Qué porquería, maldita sea, eso ya lo he superado. Ahora el guardián se bebe su cerveza, también lo he superado.

Vumm golpe, vumm golpe, vumm ariete, vumm golpe en la puerta. Con violencia y a la carrera, con crujidos y agitación, las potencias de la tormenta se reúnen y deliberan qué hacer para que Franz se despierte, no es que quieran romperle los miembros, pero la casa es de paredes muy gruesas y no oye lo que gritan, y si estuviera más cerca de ellas, friera, las sentiría y oiría gritar a Mieze. Entonces se abriría su corazón, despertaría su conciencia y él se pondría de pie, y eso sería bueno, ahora no sabe lo que se

hace. Si se tiene un hacha y se golpea en la madera dura, hasta el árbol más viejo comienza a gritar. Pero ese estar echado rígidamente, ese reprimirse a sí mismo, ese endurecerse a sí mismo en la desgracia es lo peor que hay en el mundo. No debemos cejar, o irrumpimos en el pabellón de vigilancia especial con el ariete, rompemos las ventanas, o levantamos las claraboyas del tejado; cuando nos sienta, cuando oiga los gritos, los gritos de Mieke, eso es lo que le traemos, vivirá y sabrá mejor lo que pasa.

Tenemos que asustarlo y sobresaltarlo, que no encuentre reposo en su cama, cómo le levanto la manta, cómo lo tiro al suelo, cómo le arrebató al guardián el libro y la cerveza de la mesa, vumm vumm, cómo derribo la lámpara, rompo la bombilla, quizá se produzca entonces un cortocircuito en la casa, quizá estalle un incendio, vumm vumm, fuego en el manicomio, fuego en el pabellón de vigilancia especial.

Franz se tapa los oídos, se pone rígido. En torno al pabellón de vigilancia especial alternan el día y la noche, el tiempo claro y la lluvia.

Junto al muro hay una joven del pueblo, hablando con un guardián: «¿Se me nota que he llorado?». «No, sólo tiene la mejilla hinchada». «Y toda la cabeza, la nuca, todo. Sí». Lloro, se saca un pañuelo del bolsillo, su rostro se contrae amargamente: «Y la verdad es que no he hecho nada. Tenía que ir al panadero a buscar algo, conozco a la chica y le pregunto qué hace, y ella me dice que va hoy al baile de los panaderos. No va a pasarse una todo el tiempo en casa con este tiempo. Y tiene otra entrada y me quiere llevar a mí. No me costará un céntimo. Muy amable por parte de la chica, ¿no?». «Claro que sí». «Pues tendría que oír a mis padres, a mi madre. Que no puedo ir. Pero por qué no, es un baile decente, y una quiere divertirse de vez en cuando, qué clase de vida es ésta. No, no vas, el tiempo es muy malo y padre está enfermo. Pues a pesar de todo iré. Y entonces me dan esta paliza, ¿muy bonito, no?». Lloro, moquea. «Me duele toda la nuca. Y ahora, dice mi madre, vas a hacernos el favor de quedarte aquí. Es el colmo. Por qué no he de ir, tengo veinte años, los sábados y domingos salgo, dice mi madre, bueno, y si es un jueves y la chica tiene ya las entradas». «Si quiere, puedo prestarle un pañuelo». «Ay, ya he empapado seis; estoy constipada además, todo el día llorando, y qué le voy a decir a la chica, no puedo ir con esta mejilla a la tienda. Sólo quería ir, pensar en otras cosas, con el Sepp, su amigo. Le he escrito que hemos terminado, no me contesta, ahora hemos terminado».

«Déjelo. A ése lo puede ver cada miércoles en la ciudad con una distinta». «Me gusta mucho. Por eso quería ir».

En la cama de Franzen se sienta un viejo de nariz aguardentosa.

«Hombre, abre

los ojos, a mí me puedes oír. Yo también hago la misma comedia. Home, sweet home, sabes, dulce hogar, para mí está bajo tierra. Si no estoy en casa, prefiero estar bajo tierra. Estos microcéfalos quieren convertirme en troglodita, en un cavernícola, tengo que vivir en esta caverna. Ya sabes lo que es un troglodita, eso es lo que somos nosotros, arriba, parias de la Tierra, en pie, famélica legión, caísteis luchando por amor al pueblo, y todo lo disteis por el pueblo y la vida, la libertad y la dicha. Eso somos, tú. En suntuosos salones se regala el déspota, ahogando en vino su inquietud, sin embargo, hace tiempo que una mano escribe en su mesa fastuosa signos amenazadores. Yo soy autodidacto, lo que he aprendido lo he aprendido por mí mismo, todo en la cárcel, en el presidio, ahora me encierran aquí, ponen al pueblo bajo tutela, les resulto un peligro público. Sí, lo soy. Soy librepensador, a ti te lo puedo decir, tú me ves aquí sentado, soy el hombre más tranquilo del mundo, pero cuando me provocan... Llegará el día en que el pueblo despertará, poderoso, fuerte, libre, descansad

hermanos, noble y grandiosamente os habéis sacrificado por nosotros.

»Sabes, compañero, abre los ojos para que sepa que me estás oyendo —eso está bien, no hace falta más, no te traicionaré—, qué has hecho, has suprimido a uno de esos tiranos, muerte a vosotros, los verdugos, los déspotas[214], canta. Sabes, tú no haces más que estar echado ahí y yo no puedo dormir en toda la noche, siempre ese ruido fuera, vumm vumm, lo oyes también, la próxima vez derribarán toda la caseta. Y tienen razón. Esta noche he estado calculando, durante toda la noche, cuántas vueltas da la Tierra en un segundo en torno al Sol, no hago más que calcular y pienso, son veintiocho, y entonces me parece como si la vieja estuviese durmiendo a mi lado, y la despierto, y ella dice: No te excites, viejito, sólo lo has soñado. Me han encerrado porque bebo, pero cuando bebo me enfurezco, me enfurezco, pero sólo conmigo, y entonces tengo que romper todo lo que se me pone por delante, porque no soy dueño de mi voluntad. Una vez voy a la oficina a causa de mi pensión, allí están los chupatintas en la sala, mordiendo sus palilleros y figurándose que son unos señores. Yo voy y abro la puerta y me dicen, me dicen ellos: ¿qué quiere usted, pero quién es usted? Entonces pego un puñetazo en la mesa: con ustedes no quiero hablar, con quién tengo el honor, me llamo Schögel, y pido la guía de teléfonos, quiero hablar con el

Gobernador. Y entonces hice añicos todo el tinglado y dos de los chupatintas sufrieron también las consecuencias».

Vumm golpe, vumm golpe, vumm ariete, vumm golpe contra la puerta. Empujar y arremeter, crujir y agitarse. Quién es este tipo mentiroso, Franz Biberkopf, un Bobokopf, un Bobalikopf, quiere esperar hasta que nieve, entonces, se cree él, nos iremos y no volveremos más. Qué cosas piensa, un tipo así no puede pensar, no tiene nada dentro del melón, quiere estarse ahí echado y ser tozudo. Pero le vamos a aguar la fiesta, tenemos los huesos de hierro, un crujido en la puerta, ya verás, un estallido en la puerta, un agujero en la puerta, una abertura en la puerta, ya verás, no hay puerta, un agujero abierto, una caverna, vumm vumm, ya veras, vumm vumm.

Un estruendo, se produce un estruendo en la tormenta, entre soplos y silbidos

se oye un estruendo, y una mujer vuelve la cabeza sobre una bestia escarlata. Tiene siete cabezas y diez cuernos. Grazna y sostiene un vaso en la mano, se burla, acecha a Franz, brinda hacia las potencias de la tormenta: crac, crac, cálmense señores, el hombre no vale la pena, no se puede hacer gran cosa con el tipo, sólo, tiene un brazo y no le queda carne ni grasa,

pronto estará frío, ya le ponen bolsas de agua caliente en la cama, y yo tengo ya su sangre, a él sólo le queda un poquito, con eso no puede darse ya mucha importancia. De qué, les digo, cálmense, señores.

Todo esto sucede ante los ojos de Franz. La ramera mueve sus siete cabezas, grazna y afirma. La bestia recoge bajo ella sus patas, balancea la cabeza.

Glucosa e inyecciones de aceite alcanforado, pero al final se entromete otro

Franz Biberkopf lucha con los médicos. No puede arrancarles el tubo, echan aceite en la goma y la sonda se le desliza por la garganta y el esófago, y la leche y los huevos van a parar a su estómago. Pero cuando ha terminado la alimentación, Franz empieza a tener arcadas y a vomitar. Es cansado y doloroso, pero funciona, aunque le atan a uno las manos y no pueda meterse los dedos en la garganta. Se puede vomitar rápidamente todo lo que

se quiere y ya veremos quién se sale con la suya, ellos o yo, y si alguien me puede obligar a algo en este

maldito mundo. No estoy aquí para que los médicos experimenten, y lo que me pasa no lo saben.

Y Franz lo logra y se va debilitando cada vez más. Lo prueban todo con él, intentan convencerlo, le toman el pulso, lo levantan, lo bajan, le ponen inyecciones de cafeína y de aceite alcanforado, le meten en las venas glucosa y sal común, discuten junto a su cama las perspectivas de sus enemas intestinales, y quizá habría que darle más oxígeno, no podrá arrancarse la máscara. Él piensa, por qué se preocuparán por mí todos estos grandes médicos. Todos los días mueren en Berlín cien personas, y si uno se pone enfermo no quiere verlo ningún médico si no tiene mucho dinero. Ahora vienen todos, pero no vienen porque me quieran ayudar. Les importo un rábano, lo mismo que ayer les importaba un rábano, quizá les resulto interesante y por eso se irritan conmigo, porque no saben qué hacer. Y eso no quieren consentírmelo, de ninguna manera, morirse va contra las normas de la casa, contra la disciplina del establecimiento. Si reviento, a lo mejor se llevan un rapapolvo, y además, quieren procesarme todavía por lo de la Mieze y por no sé qué más, y para eso tengo que estar primero en pie, son auténticos ayudantes de verdugo, ni siquiera verdugos, ayudantes de verdugo, los que arrastran a

la víctima, y andan por ahí con su bata de médico y sin avergonzarse.

Entre los que están encerrados en el pabellón hay cuchicheos burlones cada vez que pasan visita y Franz se queda como antes, y se esfuerzan tanto, siempre nuevas inyecciones, la próxima vez lo van a poner de cabeza, ahora quieren hacerle una transfusión de sangre, pero de dónde van a sacar la sangre, aquí no hay nadie que sea tan tonto como para dejar que éstos le saquen sangre, que dejen al pobre chico en paz, si quiere algo, está en su perfecto derecho[215] y si lo quiere, pues que se salga con la suya. Toda la casa se pregunta sólo qué clase de inyecciones le pondrán hoy a nuestro Franz, y se ríen a espaldas de los médicos, porque con él no sirve nada, no lo van a conseguir, es un chico duro, de los más duros, ése les dará una lección, sabe lo que quiere.

Los médicos se ponen sus batas blancas en la sala de consultas, están allí el

director médico, el médico ayudante, el médico voluntario y el médico en prácticas, y todos dicen: es un caso de estupor. Los más jóvenes tienen un concepto especial de ese estado: se inclinan a considerar la enfermedad de Franz, como psicogénica, es decir, que su rigidez tiene su origen en la psique, es un estado patológico de inhibición y represión, que un análisis explicaría, quizá, como un retroceso a estados anímicos

anteriores[216], si —ese importante si, ese si tan lamentable, lástima, ese si molesta enormemente— si Franz Biberkopf hablase y se sentase con ellos a una mesa para resolver juntos el conflicto. «Los médicos jóvenes piensan en un Pacto de Locarno[217]» con Franz Biberkopf. De esos médicos jóvenes, los dos voluntarios y el médico en prácticas, uno se dirige siempre a Franz después de la visita de la mañana y de la tarde, en la pequeña sala de observación enrejada, e intenta por todos los medios iniciar con él una conversación. Utilizan, por ejemplo, el método de no hacerle caso: le hablan como si lo oyera todo, lo que es cierto, y como si se le pudiera convencer para salir de su aislamiento y romper la barrera.

Como eso no funciona, uno de los voluntarios consigue que traigan del establecimiento de enfrente un electrizador y le apliquen a Franz Biberkopf corrientes farádicas, concretamente en el torso, y que por último dirijan la corriente farádica principalmente a la región maxilar, el cuello y el paladar. Ésas son las partes que deben ser especialmente excitadas y estimuladas.

Los médicos veteranos son personas activas y de mundo, a las que les gusta estirar las piernas y darse un paseo hasta el pabellón de vigilancia especial, y que lo permiten todo. El Director está sentado en la sala de consultas a una mesa, ante los expedientes que le va pasando por la izquierda el jefe de enfermeros; los dos médicos jóvenes, la joven guardia, el

médico ayudante y el médico en prácticas están junto a la ventana enrejada, charlando de esto y de lo de más allá. Han comprobado ya la lista de somníferos, el nuevo enfermero se ha presentado y ha salido con el jefe de enfermeros, y los médicos se quedan solos, hojeando las actas del último congreso de Baden-Baden[218]. El Director: «Sólo les falta creer que la parálisis tiene un origen psíquico y que las espiroquetas son piojos que se encuentran accidentalmente en el cerebro. La psique, la psique, ¡caja de sentimientos moderna! La medicina en alas de la canción»[219].

Los dos médicos guardan silencio y sonrían interiormente. La vieja

generación habla mucho, a partir de cierta edad se deposita calcio en el cerebro y no se aprende nada nuevo. El Director suelta bocanadas, sigue firmando, sigue hablando:

«Miren ustedes, la electricidad es algo bueno, desde luego mejor que la charlatanería. Pero, si utilizan una corriente débil, no sirve para nada. Y si

utilizan una fuerte pueden llevarse la sorpresa de su vida. Eso lo conocemos desde la guerra, el tratamiento de alta intensidad, hombre. No está permitido, es una tortura moderna». Entonces los médicos jóvenes cobran ánimo y preguntan,

¿y qué se puede hacer, por ejemplo, con un Franz Biberkopf? «En primer lugar, hay que hacer un diagnóstico, a ser posible exacto. Además de esa alma indiscutible —todavía conocemos nuestro Goethe y nuestro Chamisso, aunque ya ha llovido desde entonces—, además de eso hay todavía hemorragias nasales, callos y piernas rotas. Y hay que tratarlos como exigen de un médico una honesta pierna rota o un callo. Con una pierna rota pueden hacer lo que quieran, que no se curará por métodos persuasivos, y aunque se pongan a tocar el piano seguirá sin curarse. Hay que utilizar una férula y poner los huesos en su sitio, y entonces se cura enseguida. Y lo mismo pasa con un callo. Eso requiere unas pincelaciones o que se compre uno otras botas más cómodas. Esto último es más caro, pero más práctico». La sabiduría de los que tienen ya derecho a pensión, contenido intelectual cero. «Entonces, ¿qué se puede hacer en el caso Biberkopf, qué opina usted, señor Director?». «Hacer un diagnóstico exacto. Lo que quiere decir, según mi diagnóstico sin duda muy anticuado, estupor catatónico. Eso, siempre que no haya detrás alguna causa orgánica muy elemental, algo en el cerebro, un tumor, por ejemplo en el mesocéfalo, ya saben lo que aprendimos cuando la llamada encefalitis epidémica, por lo menos los viejos. Quizá nos llevemos todavía una sorpresa en la sala de disección, no sería la primera vez».

«¿Estupor catatónico?». Lo que tendría que hacer es comprarse él un par de botas. «Sí, esa rigidez que presenta, esos sudores súbitos, y además a veces parpadea y nos observa intensamente, pero no dice nada, y tampoco come nada, tiene todo el aspecto de catatonía. Un simulador o un caso psicogénico se olvidarán alguna vez de su papel. Morirse de hambre, a eso no llegarán nunca».

«¿Y en qué le beneficia al hombre ese diagnóstico, señor Director, le sirve de

algo?». A ver cómo sale de ésta. El Director se ríe muy fuerte, se pone en pie; se acerca a la ventana, le da palmaditas en la espalda al médico ayudante: «Bueno, en primer lugar, no tendrá que soportarlos a ustedes dos. Así, por lo menos, podrá dormir tranquilo. Eso es una ventaja para él. ¿Creen que no le aburre también en definitiva lo que ustedes y otros colegas le recitan? Por lo demás,

¿saben ustedes en qué voy a basar firmemente mi diagnóstico? Miren, ahora lo tengo. Ése; hubiera aprovechado hace tiempo la oportunidad, hombre, si se

tratase de eso que llaman psique. Cuando un presidiario empedernido ve que llegan dos médicos jóvenes que, naturalmente, no saben una mierda de mí —y ustedes perdonen, pero estamos en confianza— y que quieren curarme a base de

palique, para un tipo así son ustedes pan comido. Eso es lo que le hace falta. ¿Y qué hace entonces, qué habría hecho ya hace tiempo? Miren, colegas, si tuviera entendimiento y premeditación...». Esa gallina ciega cree haber encontrado por fin un grano; qué forma de cacarear. «Pero es que está inhibido, señor Director, también nosotros creemos que es una represión, pero condicionada por factores psíquicos... pérdida de contacto con la realidad, después de desengaños, fracasos, y luego esperanzas instintivas e infantiles en la realidad, intentos infructuosos de restablecer el contacto». «Palabrería, factores psíquicos. Entonces habría también otros factores psíquicos. Habrían cesado esa represión y esas inhibiciones. Se los regalaría a ustedes como regalo de Navidad. En una semana estaría de pie con su ayuda, Dios, qué grandes curanderos son ustedes, alabada sea la nueva terapia, envíenle un telegrama de homenaje a Freud, en Viena, y una semana después el muchacho estará paseándose con su ayuda por el pasillo, milagro, milagro, aleluya; una semana más y se conocerá de memoria el patio, y en otra semana, con su benévola ayuda, se habrá largado, aleluya, apaga y vámonos». «No lo entiendo así, habría que intentarlo, no lo creo, señor Director». (Lo sé todo, tú no sabes nada, cac, cac, lo sabemos todo). «Yo sí. Todavía tienen mucho que aprender. Es una cuestión de experiencia. Bueno, no lo atormenten más, créanme, no sirve de nada». (tengo que ir enfrente, al

pabellón 9, estos pipiolos, el que en manos de Dios se confía[220], qué hora es a todo esto).

Sin conocimiento y ausente está Franz Biberkopf, muy pálido, amarillento, con las articulaciones hinchadas por el agua, el edema del hambre, huele a hambre, a la dulzona acetona, quien entra en el cuarto se da cuenta enseguida de que allí pasa algo raro.

El alma de Franzen ha llegado ya a un escalón muy hondo, su conciencia sólo está presente en ocasiones, lo comprenden los ratones grises que viven arriba en el almacén, y las ardillas y las liebres que saltan afuera. Los ratones están en su guarida, entre el pabellón de vigilancia especial y la gran central de

Buch. Algo del alma de Franzen flota y vaga y busca y cuchichea y pregunta y está ciega y regresa a su envoltura que sigue echada en la cama, detrás de los muros, respirando.

Los ratones invitan a Franz a comer con ellos y a no estar triste. Qué es lo que lo entristece. Entonces se ve que a él no le resulta fácil hablar. Le insisten para que acabe de una vez con todo. El

hombre es un animal odioso, el mayor de todos los enemigos, la criatura más repulsiva que existe sobre la Tierra, peor aún que los gatos.

El dice: no es bueno habitar en un cuerpo humano, prefiero esconderme bajo tierra, correr por los campos y comer lo que encuentre, y que el viento sople, y la lluvia caiga, y el frío venga y se vaya, eso es mejor que vivir en un cuerpo humano.

Los ratones corren, Franz es un ratón campestre y anda escarbando con ellos. Está echado en la cama, en el pabellón de vigilancia especial, llegan los médicos y mantienen su cuerpo; entretanto, ha palidecido más aún. Ellos mismos dicen que no podrá continuar. Lo que había en él de animal corre ya por los campos.

Ahora hay algo que se separa de él y tantea y busca y se libera, algo que raras veces y vagamente había sentido dentro de sí. Se va flotando sobre los agujeros de ratón, busca por la hierba, tantea el suelo, donde las plantas esconden sus raíces y semillas. Hay algo que habla con ellas, que pueden entenderlo, hay un soplo que va y viene, un ruido como de semillas que caen a la tierra. El alma de Franz está devolviendo sus semillas vegetales. Sin embargo es mala época, fría y helada, cuántas arraigarán, pero hay sitio en los campos, Franz tiene muchas semillas, todos los días sale flotando del edificio y esparce nuevas semillas.

La Muerte canta su lenta, lenta canción

Las potencias de la tormenta se han calmado, ha empezado otra canción, esa canción la conocen todas y también a quién la canta. Cuando eleva su voz, siempre guardan silencio, hasta las que son más turbulentas en la Tierra.

La Muerte ha empezado su lenta, lenta canción. La canta como un

tartamudo, repite cada palabra; cuando ha cantado un verso, repite el primero y empieza otra vez. Canta como se mueve una sierra. Empieza muy lentamente, penetra luego profundamente en la carne, chirría más fuerte, más agudo y más alto, y luego termina con una nota y descansa. Después se retira lenta, lentamente, y rechina, y su tono se hace más alto y más firme y chirría, y penetra en la carne.

Lentamente canta la Muerte.

«Ha llegado el momento de aparecer a tu lado, porque las simientes vuelan por la ventana y sacudes tu sábana como si nunca más hubieras de volver a acostarte. No soy una simple segadora, no soy una simple sembradora, he de estar aquí porque tengo que preservar. ¡Oh, sí! ¡Oh sí! ¡Oh sí!».

Oh sí, canta la Muerte al terminar cada estrofa. Y cuando hace un

movimiento violento, canta también oh sí, porque le divierte. Los que la oyen, sin embargo, cierran los ojos, resulta insoportable.

Lenta, lentamente canta la Muerte, y la perversa Babilonia la escucha y la escuchan las potencias de la tempestad.

«Estoy aquí y debo hacer constar que quien está aquí echado, ofreciendo su vida y su cuerpo es Franz Biberkopf. Dónde está, lo sabe, y también adónde va y lo que quiere».

Es, sin duda, una hermosa canción, pero Franz la oye y ¿qué significa eso de que la cante la Muerte? Impresa en un libro o leída en alta voz sería como poesía, Schubert compuso canciones parecidas, la Muerte y la Doncella[221], pero ¿qué significa aquí?

Voy a decir la pura verdad, la pura verdad, y esa verdad es que Franz Biberkopf oye a la Muerte, a esa muerte, y la oye cantar lentamente, cantar como un tartamudo, repitiéndose siempre, y como una sierra que penetra en la madera.

«Tengo que hacerlo constar, Franz Biberkopf, estás ahí y quieres venir

conmigo. Sí, tienes razón, Franz, al querer venir conmigo. ¿Cómo puede prosperar un hombre si no busca a la Muerte? La verdadera

muerte, la muerte auténtica. Toda tu vida te has preservado. Preservar, preservar, ése es el temeroso deseo del hombre, y por eso se queda en el sitio y no avanza.

»Cuando Lüders te engañó, hablé contigo por vez primera, tú te emborrachaste y... ¡te preservaste! Se rompió tu brazo, tu vida estuvo en peligro, Franz, confiésalo, en ningún momento pensaste en la muerte, te lo envié todo,

pero tú no me reconociste y cuando adivinaste quién era, cada vez más salvaje y espantado... huiste de mí. Nunca te pasó por la cabeza echarle la culpa a ti ni a lo que habías comenzado. Te aferraste a tu fuerza, y todavía no ha desaparecido esa contracción, y sin embargo no sirve de nada, tú mismo te has dado cuenta, no sirve de nada, llega el momento, entonces no sirve de nada, la Muerte no te canta una dulce canción ni te pone un collar estrangulador. Yo soy la vida y la verdadera fuerza, y por fin, por fin no tendrás que preservarte».

—¿Qué? ¡Qué!, ¿qué quieres de mí, qué quieres hacer conmigo?

—Yo soy la vida y la verdadera fuerza, mi fuerza es mayor que la de los más grandes cañones, tú no quieres vivir tranquilo en mi presencia en algún sitio. Quieres experimentar, quieres probarte, la vida sin mí no vale la pena. Ven, acércate para que me veas, Franz, mira cómo estás en un abismo, pero yo te mostraré una escala, para que encuentres un nuevo horizonte. Ahora subirás

hasta mí, yo aguantaré la escala, sólo tienes un brazo, pero agárrate fuerte, tus pies pisan firme, agárrate, sube, ven.

—No puedo ver ninguna escala en la oscuridad, dónde la tienes, y tampoco puedo trepar con mi único brazo.

—No hace falta que trepes con el brazo, trepa con las piernas.

—No puedo sujetarme, no tiene sentido lo que me pides.

—Lo que pasa es que no quieres acercarte a mí. Haré luz, para que encuentres el camino.

Entonces la Muerte saca el brazo que tenía a la espalda, y se ve por qué lo tenía escondido detrás de su espalda.

—Si te falta valor para venir en la oscuridad, te alumbraré, acércate arrastrándote.

Un hacha relampaguea en el aire, relampaguea, se apaga.

—¡Ven más cerca, ven más cerca!

Y cuando balancea el hacha, cuando la balancea desde arriba, desde detrás de su cabeza, hacia delante y más lejos aún en un arco, en un círculo que el brazo describe, el hacha parece escapársele silbando. Pero ya se levanta su mano desde detrás de su cabeza, balanceando otra hacha. Relampaguea, se abate, describe un semicírculo en el aire hacia delante, golpea, golpea, otra hacha silba, otra silba, otra silba.

Se balancea hacia arriba, cae hacia abajo, se hunde, se balancea hacia arriba,

golpea hacia abajo, se hunde, se balancea, cae, se hunde, se balancea cae se hunde, se balancea se hunde, se balancea se hunde.

Y entre los relámpagos de luz y mientras el hacha se balancea y relampaguea y se hunde, Franz se arrastra buscando a tientas la escala, grita, grita, grita Franz. Y no retrocede arrastrándose. Grita Franz.

La Muerte está allí. Franz grita.

Grita Franz, se acerca arrastrándose y grita.

Grita toda la noche. Se ha puesto en marcha, Franz. Grita hasta que se hace de día.

Grita durante toda la mañana. Se balancea cae se hunde.

Grita durante todo el mediodía. Grita durante toda la tarde.

Se balancea cae se hunde.

Se balancea, se hunde, se hunde, se balancea, se balancea se hunde, se hunde, se hunde.

Se balancea, se hunde.

Grita hasta que cae la tarde, hasta que cae la tarde. Llega la noche. Grita durante la noche, Franz durante la noche.

Su cuerpo sigue avanzando. Sobre el tajo, ella le va cortando pedazos del cuerpo. Su cuerpo avanza automáticamente, tiene que avanzar, no puede hacer otra cosa. El hacha gira en el aire. Relampaguea y cae. Franz es cortado centímetro a centímetro. Y más allá, más allá de los centímetros, su cuerpo no está muerto, avanza, avanza, lentamente, no cae, sigue viviendo.

Los que pasan fuera junto a su cama, los que están junto a su cama y le

levantan los párpados para ver si tiene aún reflejos, los que le toman el pulso, que es como un hilo, no oyen el griterío. Sólo ven que Franz tiene la boca abierta y creen que tiene sed, y le echan con precaución unas gotas, con tal de que no vomite, buena cosa es ya que no tenga los dientes apretados. Cómo es posible que un hombre pueda vivir tanto tiempo.

—Sufro, sufro.

—Es buena cosa que sufras. No hay nada mejor para ti que sufrir.

—Ay, no me dejes sufrir. Acaba de una vez.

—No sirve de nada acabar. Ahora llega el fin.

—Acaba de una vez. Está en tu mano.

—Yo sólo tengo un hacha en la mano. Todo lo demás está en tu mano.

—¿Qué es lo que está en mi mano? Acaba de una vez. Ahora la voz ruge y ha cambiado completamente. Furia desmesurada, furia desenfrenada, una loca furia desenfrenada, una furia totalmente desmesurada y tonante.

—A eso hemos llegado, a estar aquí hablando contigo. A estar aquí como un desollador o un verdugo y tener que estrangularte como a una bestia venenosa que lanza dentelladas. Cuántas veces te he llamado y tú me has considerado un tocadiscos, un gramófono que se pone en marcha cuando uno tiene ganas, entonces puedo llamar, y cuando te cansas me quitas. Para eso me tienes, eso es lo que me consideras. Considérame lo que quieras, pero ahora ves que la cosa es distinta.

—Pero qué he hecho yo. ¿Es que no me he atormentado bastante? No conozco a nadie a quien haya pasado lo que a mí, cosas tan lastimosas, tan lamentables.

—Tú nunca estabas allí, so mierda. No he visto en mi vida a Franz Biberkopf. Cuando te mandé a Lüders, no abriste los ojos, te cerraste como una navaja y te emborrachaste, aguardiente y más aguardiente y nada más que emborracharte.

—Yo quería ser honrado, él me engañó.

—Te digo que no abriste los ojos, ¡perro sarnoso! Maldices a los granujas y sus granujerías y no eres capaz de mirar a la gente y preguntarte por qué ni cómo. Qué clase de juez eres para juzgar a

las personas, si no tienes ojos. Has estado ciego y has sido descarado además, petulante, el señor Biberkopf del barrio distinguido, y el mundo tiene que ser como él quiere. Pero es diferente, muchacho, y ahora te das cuenta. No se preocupa de ti. Cuando Reinhold te agarró y te tiró bajo el coche, y te aplastaron el brazo, ni siquiera entonces se derrumbó nuestro Franz Biberkopf. Cuando todavía estaba bajo las Hiedas, se juró: seré fuerte. No dijo: vamos a pensar un poco, vamos a reflexionar... No, dijo: seré fuerte. Y no quisiste darte cuenta de que te hablaba, pero ahora me escuchas.

—¿Darme cuenta, por qué? ¿De qué?

—Y por último Mieke... Franz, qué vergüenza, qué vergüenza, di: qué

vergüenza, ¡grita qué vergüenza!

—No puedo. No sé por qué.

—Grita qué vergüenza. Ella vino a ti, era encantadora, te protegió, fue feliz contigo, ¿y tú? Qué era para ti un ser humano, un ser humano como una flor, y fuiste y alardeaste de ella ante Reinhold. Para ti eso era el colmo de los sentimientos. Sólo querías ser fuerte. Te sentiste feliz de poder luchar con Reinhold, y de ser superior a él y de ir a él y provocarle con ella. Piensa si no es culpa tuya el que ella no viva. Y no has llorado ni una lágrima por ella, que murió por ti, por quién si no. Sólo sabes parlotear: «yo»

y «yo» y «qué injusticias padezco» y qué noble soy, y qué distinguido, y no me dejan demostrar qué clase de persona soy. Di qué vergüenza. ¡Grita qué vergüenza!

—No sé nada.

—Has perdido la guerra, jovenzuelo. Hijo mío, has terminado. Ya puedes liar el petate. Que te pongan naftalina. Te he borrado de mi lista. Puedes lloriquear y piar todo lo que quieras. Menudo sinvergüenza. Ha recibido un corazón y una cabeza y unos ojos y orejas, y cree que todo está bien si es honrado, lo que él llama honrado, y no ve nada ni oye nada y se limita a vivir y no se da cuenta de que se puede hacer lo que se quiere.

—¿El qué, qué se debe hacer?

Un rugido de la Muerte: —No te diré nada, no me vengas con tonterías. No tienes cabeza, no tienes oídos. No has nacido. Hombre, no has venido al mundo. Eres un aborto con alucinaciones. Con ideas insolentes, el Papa Biberkopf, tendrías que haber nacido para que nos diéramos cuenta de cómo son las cosas. El mundo necesita a otros tipos que no sean como tú, más inteligentes y menos insolentes, que vean cómo son las cosas, no de azúcar, sino de azúcar y mierda, todo mezclado. Bueno, muchacho, dame tu corazón para que acabe contigo. Para que lo tire a la basura, que es donde debe estar. Los morros te los puedes guardar.

—Déjame aún. Déjame reflexionar. Un poco más. Un poco.

—Tu corazón, muchacho.

—Un poco.

—Lo cogeré yo, tú.

—Un poco.

Y Franz escucha ahora la lenta canción de la Muerte

Relámpagos relámpagos relámpagos, los relámpagos relámpagos cesan. El hundirse caer hundirse, el hundirse caer hundirse cesa. Es la segunda noche que Franz lleva gritando. El caer hundirse cesa. Ya no grita. Los relámpagos cesan. Sus ojos parpadean. Está echado rígidamente. Es una habitación, una sala, hay personas que pasan. No aprietes los dientes. Le echan algo caliente en la boca. No hay relámpagos. No hay nada que se hunda. Paredes. Un poco, un poco, qué pasa. Cierra los ojos.

Y cuando Franz ha cerrado los ojos, comienza a hacer algo.

Vosotros no veis lo que hace, pensáis sólo que está ahí echado y que probablemente pronto habrá acabado, no mueve ni un dedo.

Llama y se mueve y anda errante. Llama a todo lo que le pertenece. Va por la ventana a los campos, sacude la hierba, se arrastra por los agujeros de los ratones: afuera, afuera, ¿qué hay

aquí, hay algo mío aquí? Y agita la hierba: afuera con toda esta ensalada, qué bobadas son éstas, no tiene ningún sentido, no puedo dar vacaciones a nadie, hay mucho que hacer, con alegría, necesito a todo el mundo.

Le echan caldo, traga, no lo vomita. No quiere, no quiere vomitarlo.

La palabra de la Muerte la tiene Franz en la boca y nadie se la arrebatará, y le da vueltas en la boca, y es una piedra, una piedra pétrea, y no alimenta nada. En ese estado han muerto innumerables hombres. No ha habido ya ningún después. No sabían que sólo tenían que soportar otro dolor para proseguir, que sólo hacía falta un paso para proseguir, pero ese paso no lo pudieron dar. No lo sabían, no vino de prisa, no suficientemente de prisa, fue un desvanecimiento, un espasmo de minutos, de segundos, y ya estaban al otro lado, donde no se llamaban ya Karl, Wilhelm, Minna o Franziska... Hartos, oscuramente hartos, rojos de cólera y rígidos de desesperación se fueron durmiendo al otro lado. No sabían que sólo necesitaban ponerse blancos de cólera, entonces se hubieran ablandado y todo hubiera sido nuevo.

Que venga... la noche que puede ser aún tan negra y como la nada. Que venga la noche negra, los campos cubiertos de rígida escarcha, los caminos endurecidos por la helada. Que vengan las solitarias casas de ladrillo, de las que llega la luz rojiza, que vengan los caminantes ateridos, los conductores de los carros de hortalizas que se dirigen a la ciudad y los caballitos que van delante. Las grandes, planas y mudas llanuras sobre las que viajan los trenes de cercanías y los expresos, arrojando a ambos lados en la oscuridad su luz blanca. Que vengan las personas de la estación, la chica joven que se despide de sus padres, viaja con dos conocidos de edad, atravesará el ancho mar, ya tenemos los billetes, pero Dios, una chica tan joven, bueno, ya se adaptará, que sea buena y entonces todo irá bien. Que vengan y se reciba a las ciudades, todas en línea, Breslau, Liegnitz, Sommerfeld, Guben, Francfort del Oder, Berlín, el tren las atraviesa de estación en estación, las ciudades emergen en las estaciones, las ciudades con sus calles grandes y pequeñas. Berlín con la Schweidnitzer Strasse, con el gran cinturón de la KaiserWilhelm-Strasse, la Kurfiirstenstrasse, y por todas partes hay viviendas donde los hombres se calientan, se miran con amor, se sientan fríamente juntos, sucios cuchitriles y tabernas donde toca un piano, Muñequita[222], una canción tan vieja, como

si en 1928 no hubiera otras nuevas, por ejemplo, Madonna, la más hermosa[223] o Ramona[224].

Que vengan... los coches, los coches de punto, ya sabes, en cuántos te habrás

subido, traqueteaban, estabas solo o había otra u otras dos a tu lado, coche número 20.147.

Meten un pan en el horno.

El horno está al aire libre, junto a una casa de labor, detrás hay un campo, la cosa parece un montoncito de ladrillos. Las mujeres han serrado mucha madera, han reunido hojarasca, ahora están junto al horno, lo cargan. Ahora llega una por el patio, con los grandes moldes, la masa está dentro. Un muchacho abre la puerta del horno, dentro todo está al rojo, al rojo, al rojo, es inmenso, qué calor, meten las bandejas de metal empujándolas con pértigas, el pan subirá dentro, el agua se evaporará, la masa se tostará.

Franz se incorpora a medias. Ha tragado, espera, otra vez está casi todo

dentro de él, lo que andaba correteando fuera. Tiembla, qué ha dicho la Muerte. Tiene que saber lo que la Muerte ha dicho. La puerta se abre. Ahora entrará. El espectáculo, ahora empieza. A ése lo conozco. Lüders, lo he estado esperando.

Y entran, temblorosamente esperados. Qué puede pasar con Lüders. Franz ha hecho una señal, han creído que se ahogaba por estar echado, pero sólo quería estar más alto y más derecho. Porque ahora vienen. Ahora está más alto.

Adelante.

Y vienen de uno en uno. Lüders, un pobre sujeto, un pequeño hombrecillo. Vamos a ver qué pasa con él. Sube las escaleras con cordones para zapatos. Sí, eso es lo que hacíamos. Uno se pudre dentro de sus harapos, todavía la misma ropa de la guerra, cordones de zapatos de algodón, señora, sólo quería preguntarle, no me podría dar una taza de café, qué pasa con su marido, sin duda murió en la guerra; se encasqueta el sombrero: bueno, venga la calderilla. Es Lüders, estaba conmigo. La mujer tiene el rostro encendido, una de sus mejillas está blanca como la nieve, rebusca en su portamonedas, grazna, cae patas arriba. El revuelve en los cajones: maldita hojalata, tengo que correr, si no, se pondrá a gritar encima. Al pasillo, la puerta cerrada, escaleras abajo. Sí, lo hizo él. Roba. Roba mucho. Denme la carta, es de ella, qué me pasa, una vez me cortaron las piernas, me cortaron las piernas, por qué, no puedo ponerme de pie. Quiere un coñac, Biberkopf, sin duda un fallecimiento, sí, por qué será, pues nada más, por qué me cortaron las piernas, no lo sé. Tengo que preguntárselo, tengo que hablar con él. Oye, Lüders, buenos días, Lüders, cómo estás, no muy bien, yo tampoco, acércate, siéntate

en la silla, no te vayas, qué faena te he hecho yo, ahora no te vayas.

Que vengan. Que vengan la noche negra, los coches, los caminos endurecidos por la helada, la despedida de la chica joven de sus padres, va con un señor y una señora y se adaptará, que sea buena y entonces todo irá bien. Que vengan.

¡Reinhold! ¡Ah! ¡Reinhold, qué asco! Granuja, estás ahí, qué quieres, quieres darte importancia conmigo, no hay lluvia que pueda lavarte, desgraciado, asesino, criminal, quítate la pipa de la boca para hablar conmigo. Está bien que vengas, te he echado en falta, ven, so mierda, ¿todavía no te han cogido, con tu abrigo azul? Ya verás, te echarán el guante con él. «¿Y tú qué eres, Franz?».

¿Yo, desgraciado? No soy un asesino, ¿sabes a quién has asesinado? «¿Y quién

me enseñó a la chica, y quién no se ocupó de la chica y tuve que esconderme bajo la manta, tú, bocazas, quién fue?». Por eso no tenías que matarla. «¿Y qué pasa, no la mataste casi de una paliza tú? Y además hay cierta muerta en la Landsberger Allee que tampoco se fue sola al cementerio. Bueno, ¿qué pasa?

¡Ahora no dices nada! ¿Qué tiene que decir ahora el señor Franz Biberkopf, de profesión bocazas?». Me tiraste bajo el coche, hiciste que me aplastaran el brazo.

«Jajá, ja, te puedes poner otro de cartón. Si eres tan burro como para meterte conmigo». ¿Burro yo? «No te das cuenta de lo burro que eres. Estás en Buch, haciéndote el duro, mientras yo lo paso bien, ¿quién es el burro?».

Y se va, echando fuego infernal por los ojos, le crecen cuernos en la cabeza y chilla: «Pelea conmigo, ven, ¡demuestra quién eres, Franzeken, Franzeken Biberkopf, Biberköpfchen!, ¡ja!». Y Franz aprieta los párpados. No hubiera tenido que hacer nada con él, no hubiera debido pelearme con él. Por qué estaba tan obsesionado con él.

«Vamos, Franzeken, demuestra quién eres, ¿no tienes fuerzas?».

No hubiera tenido que pelear. Me incordia, me sigue provocando, oh, es un maldito, no hubiera debido. Contra él no puedo nada, no hubiera debido.

«Tienes que tener fuerza, Franzeken».

No hubiera tenido que tener fuerzas, no contra él. Lo veo, fue un error. Cuántas cosas he hecho mal. Fuera, que se vaya fuera.

No se va.

Fuera, que se vaya...

Franz ruge, se retuerce las manos: tengo que ver a otro, que venga otro, ¿por qué se queda ahí?

«Ya sé que no te gusto, que no tengo buen gusto, ¡enseguida vendrá otro!».

Que vengan. Que vengan. Las grandes, planas y mudas llanuras, las solitarias casas de ladrillo de las que llega una luz rojiza. Las ciudades en línea, Francfort del Oder, Guben, Sommerfeld, Liegnitz, Breslau, las ciudades emergen en las estaciones, las ciudades con sus calles grandes y pequeñas, que vengan los coches de punto en movimiento, los coches que se deslizan, que pasan raudos.

Y Reinhold se va, y entonces se queda otra vez inmóvil y echa una rápida

ojeada a Franzen: «Bueno, ¿quién puede más, quién ha ganado, Franzeken?».

Y Franz tiembla: no he ganado, lo sé. Que vengan.

Enseguida viene otro.

Y Franz se incorpora más, ha cerrado el puño.

Están metiendo un pan en el horno, en un horno gigantesco. El calor es monstruoso, el horno crepita.

¡Ida! Ahora se ha ido el otro. Gracias a Dios, Ida, que has venido. Ése era el mayor miserable que hay en el mundo. Ida, qué bien que hayas venido, me ha excitado e irritado, qué dices, a mí me han ido mal las cosas, ahora estoy aquí, sabes lo que es, Buch, el manicomio, en observación o quizá estoy ya loco. Ida, vamos, no me des la espalda. ¿Pero qué hace? Está en la cocina. Sí, la chica está en la cocina. Está enredando ahí, sin duda lavando platos. Pero por qué se dobla así, se dobla hacia un lado, como si tuviera lumbago. Como si alguien le pegara en el costado. No le pegues, hombre, es inhumano, no, hombre, déjala, deja a la chica, oh vamos, oh sí, pero quién le pega, no puede ponerse en pie, ponte derecha, chica, vuélvete, mírame, quién te pega de esa forma tan horrible.

«Tú, Franz, tú me mataste a golpes».

No no, no lo hice, se probó ante el tribunal, sólo fueron lesiones, no tuve la culpa de eso. No digas eso, Ida.

«Sí, tú me mataste a golpes. Ten cuidado, Franz».

Grita, no no, aprieta la mano, se pone el brazo ante los ojos, pero la sigue viendo.

Que vengan. Que vengan los caminantes forasteros, con sacos de patatas a la espalda, un muchacho empuja un carrito de mano detrás, se le hielan las orejas, son diez grados bajo cero. Breslau

con la Schweidnitzer Strasse, con la Kaiser- Wilhelm-Strasse, con la Kurfürstenstrasse.

Y Franz gime: sería mejor estar muerto, quién puede aguantar esto, que venga alguien y me mate, no lo hice, no lo sabía. Se queja, balbucea, no puede hablar. El guardián le da un trago de vino caliente; los otros dos enfermos que hay en la sala insisten en que caliente el vino tinto.

Ida sigue doblada. No sigas doblada, Ida, estuve en Tegel por eso, cumplí mi castigo. Entonces ella deja de doblarse, se sienta, deja caer la cabeza, se hace cada vez más pequeña y más negra. Ahí está... en el féretro y... no se mueve.

Los lamentos, los lamentos de Franz. Sus ojos. El guardián se sienta a su lado, le coge la mano. Que se lo lleve alguien, que se lleve alguien el féretro, no puedo levantarme, no puedo.

Y mueve la mano. Pero el féretro no se mueve. No alcanza hasta allí. Entonces Franz llora desesperado. Y lo mira y lo mira desesperado. Y en medio de sus lágrimas y en medio de su desesperación desaparece el féretro. Pero Franz sigue llorando.

¿Pero por qué llora, señoras y señores que leéis esto, por qué llora Franz Biberkopf? Lloro porque sufre, y por lo que sufre, y también por sí mismo. Porque ha hecho todo esto y ha sido así, por eso llora Franz Biberkopf. Ahora, Franz Biberkopf llora por sí mismo.

Es un claro mediodía, en la casa se está sirviendo la comida, el coche de la comida vuelve abajo al establecimiento, los guardianes de cocina y dos enfermos de poca importancia del otro pabellón lo empujan.

Entonces, al mediodía, Mieke está con Franz. Tiene el rostro muy tranquilo y suave. Lleva traje de calle y un sombrero muy ajustado que le tapa las orejas y le cubre la frente. Mira a Franz a los ojos, tranquila y tiernamente, tal como él la recuerda de cuando la encontraba en la calle o en la taberna. Cuando él le pide que se acerque, ella se acerca. Él quiere que le dé las manos. Ella le pone las dos manos en su única mano. Lleva guantes de piel. Quítate los guantes. Ella se los quita, le da las manos. Ven aquí, Mieke, no estés tan lejos y dame un beso. Entonces ella se le aproxima tranquilamente, lo mira tierna, muy tiernamente, y lo besa. Quédate conmigo, le dice él, te necesito, tienes que ayudarme. «No puedo, Franzeken. Estoy muerta, ya sabes». Quédate. «Me gustaría mucho, pero no puedo». Y lo vuelve a besar. «Franz, sabes lo de Freienwalde. Y no estás enfadado conmigo, ¿verdad?».

Se ha ido. Franz se retuerce. Abre, desorbita los ojos. No puede verla. Qué

he hecho. Por qué no la tengo ya. Si no se la hubiera enseñado a Reinhold, si no me hubiera mezclado con él. Qué he hecho. Y ahora.

Sale un tartamudeo de su rostro horriblemente contraído: que vuelva otra vez. El guardián sólo entiende «otra vez» y le echa más vino en la boca seca y abierta. Franz tiene que beber, no le queda otro remedio.

La masa está en el fuego, la masa sube, la levadura la empuja, se forman burbujas, el pan se esponja, se tuesta.

La voz de la Muerte, la voz de la Muerte, la voz de la Muerte: De qué sirve

toda la fuerza, de qué sirve toda la honradez, oh sí, oh sí, mírala. Reconócelo, arrepíentete.

Cae todo lo que Franz tenía. No le queda nada.

Aquí hay que describir lo que es el dolor

Aquí hay que describir lo que hace el dolor con Franz Biberkopf Franz no resiste, se rinde, se entrega como víctima al dolor. Se tiende en la llama ardiente para que lo mate, lo aniquile y

lo reduzca a cenizas. Hay que celebrar lo que hace el dolor con Franz Biberkopf. Hay que hablar aquí de la aniquilación que produce el dolor. Romper, cortar, derribar, descomponer, eso es lo que hace[225].

Todo tiene su tiempo: estrangular y curar, derribar y reconstruir, llorar y reír,

lamentarse y bailar, buscar y perder, desgarrar y componer. Ha llegado el tiempo de estrangular, lamentarse, buscar y desgarrar.

Franz lucha esperando la muerte, la muerte misericordiosa.

Cree que la Muerte, la misericordiosa, la que pone fin, se acerca ahora. Tiembla cuando, hacia la noche, se incorpora de nuevo para recibirla.

Por segunda vez llegan los que lo derribaron al mediodía. Franz dice: que se cumpla todo, aquí estoy, se irá con vosotros Franz Biberkopf, llevadme con vosotros.

Con un fuerte estremecimiento recibe a la imagen del lamentable Lüders. El perverso Reinhold se le acerca renqueando. Con un fuerte estremecimiento recibe las palabras de Ida, el rostro de Mieze, es ella, todo se ha cumplido. Franz no hace más que llorar, soy culpable, no soy un hombre, soy un animal, una fiera.

A esa hora de la noche muere Franz Biberkopf, en otro tiempo mozo de

cuerda, ladrón, chulo y homicida. Hay otro echado en la cama. El otro tiene los mismos papeles que Franz, tiene el mismo aspecto que Franz, pero en otro mundo lleva un nuevo nombre.

Así fue, pues, la caída de Franz Biberkopf, que he querido describir desde la salida de Franzen del establecimiento penitenciario de Tegel hasta su fin en el manicomio de Buch en el invierno de 1928-1929.

Ahora añadiré un informe sobre las primeras horas y los primeros días de un

hombre nuevo, que tiene sus mismos papeles.

Aquí hay que describir lo que es el dolor y el sufrimiento. Cómo quema y desgarrar el dolor. Porque es el dolor lo que ha llegado. Muchos han descrito el dolor en poemas. Todos los días los cementerios presencian el dolor.

Retirada de la perversa ramera y triunfo de la gran celebrante,
tamborilera y esgrimidora de hachas

En el paisaje desolado, ante los rojos muros del establecimiento, hay una nieve sucia sobre los campos. Redoblan los tambores y siguen redoblando. Ha perdido la ramera Babilonia, la Muerte ha vencido y se va tocando el tambor.

La ramera refunfuña y arma jaleo y parlotea y grita: «Qué pasa con ése, qué vas a sacar de ese tipo, Franz Biberkopf, que te aproveche ese pelanas».

La Muerte redobla en su tambor: «No puedo ver, hiena, lo que tienes en la copa. El hombre Franz Biberkopf está aquí, lo he destrozado por completo. Pero como es fuerte y bueno, vivirá una nueva vida, quítate de en medio, ninguna de las dos tenemos nada más que decir».

Pero como la ramera se empecina y sigue soltando espumarajos, la Muerte se pone en movimiento, su enorme manto gris ondula, se hacen visibles imágenes y paisajes que flotan a su alrededor, rodeándola de los pies al pecho. Y hay gritos, disparos, estrépito, triunfo y algazara en tomo a la Muerte. Triunfo y algazara. La bestia que monta la mujer se asusta y cocea a su alrededor.

El río, el Beresina, las legiones marchan.

Marchan las legiones a lo largo del Beresina, un frío helador, un viento helador. Han venido de Francia, el gran Napoleón las guía. El viento sopla, la nieve se arremolina, las balas silban.

Luchan sobre el hielo, atacan, caen. Y siempre el grito: ¡Viva el Emperador, viva el Emperador! El sacrificio, el sacrificio, ¡ésa es la muerte!

Y trepidan los trenes, los cañones retumban, estallan granadas de mano, una barrera de fuego, Chemin des Dames y Langemarck[226]. Duerme tranquila, Patria querida, duerme tranquila, Patria querida. Las trincheras son sepultadas, los soldados mueren. La Muerte recoge su manto: oh sí, oh sí.

Marchamos, marchamos. Marchamos al frente, llevamos el paso, cien

músicos vienen marchando al ocaso, la luz de la aurora, la luz de la tarde, la luz ilumina la muerte al cobarde[227], son cien los tambores, videbún videbún, marchamos derechos, marchamos aún, videbún videbún.

La Muerte recoge su manto y canta: oh sí, oh sí.

Arde un horno, arde un horno, delante de un horno hay una madre con siete hijos, detrás de ellos se oyen los gemidos del pueblo, quieren que renieguen del Dios de su pueblo. Ellos, radiantes, están allí serenos. ¿Vais a abjurar y a someteros? El primero dice que no y sufre el tormento, el segundo dice que no y sufre el tormento, el tercero dice que no y sufre el tormento, el cuarto dice que no y sufre el tormento, el quinto dice que no y sufre el tormento, el sexto dice que no y sufre el tormento, el séptimo dice

que no y sufre el tormento. La madre está allí y anima a sus hijos. Finalmente dice que no y sufre el tormento[228]. La Muerte recoge su manto y canta: oh sí, oh sí.

La mujer de las siete cabezas tira violentamente de la bestia, pero la bestia no se levanta.

Marchamos, marchamos, sacamos el pecho, cien músicos vienen subiendo el repecho, tambores y pífanos, videbún videbún, unos van en cabeza, otros van en común, algunos aguantan, otros cómo y según, uno sigue adelante, otro más y otro aún, videbún videbún.

Algazara y gritos, marchamos de seis y de tres y de dos en fondo, marcha la Revolución Francesa, marcha la Revolución Rusa, marchan las guerras de los campesinos, los anabaptistas, todos marchan detrás de la Muerte, hay tras ella una algazara, hacia la Libertad vamos, vamos hacia la Libertad, el viejo mundo ha de hundirse, despierta, brisa matinal, videbún videbún, de a seis, de a dos y de a tres, hermanos, hacia el sol, hacia la libertad, hermanos, con paso seguro, desde el oscuro pasado hacia la luz del futuro[229], y el paso marcando, izquierdo y derecho, videbún videbún.

La muerte recoge su manto y se ríe y está radiante y canta: oh sí, oh sí.

La gran Babilonia logra levantar por fin a su bestia, que se pone al trote, galopa sobre los campos, se hunde en la nieve. Se vuelve, aúlla a la Muerte radiante. Entre bramidos, la bestia cae de rodillas, la mujer vacila sobre el cuello de la bestia. La Muerte cierra su manto. Canta, radiante: oh sí, oh sí. El campo murmura: oh sí, oh sí.

Todos los comienzos son difíciles

En Buch, los agentes de policía y los médicos han hecho muchas preguntas al hombre pálido como la muerte y postrado en cama que fue en otro tiempo Franz Biberkopf, los agentes de policía, para averiguar todo lo que tiene sobre la conciencia, los médicos, para su diagnóstico. Por los agentes de policía ha sabido ese hombre que tienen a un tal Reinhold, que desempeñó anteriormente un papel en su vida, en su vida anterior. Le hablan de Brandenburg y de si conoce también a un tal Moroskiewicz y si sabe dónde está. El deja que se lo cuenten todo varias veces y permanece mientras tanto totalmente silencioso. Lo dejan en paz durante un día entero. Es segadora, se llama Muerte. Ya no vacila, su arma afila. Cuidado, florecilla azul.

Al día siguiente declara ante el comisario de policía que no tiene nada que ver con el viejo asunto de Freienwalde. Si ese Reinhold dice otra cosa, se equivoca. Ese hombre pálido y destruido tiene que reconstruir su coartada de entonces. Pasan días antes de que ello sea posible. Todo en ese hombre se resiste a volver sobre sus pasos. El camino está como cerrado. Gimiendo da algunas fechas. Gime que lo dejen en paz. Mira ante sí temeroso como un perro. El viejo Biberkopf ha muerto, el nuevo duerme y sigue durmiendo. No dice una sola palabra en contra de ese Reinhold. A todos nos amenaza la misma hacha. A todos nos amenaza la misma hacha.

Las declaraciones se confirman, coinciden totalmente con las declaraciones del protector de Mieze y de su sobrino. Los médicos comienzan a entenderlo mejor. El diagnóstico de catatonía queda relegado. Fue un trauma psíquico, como consecuencia de una especie de estado crepuscular, sus antecedentes familiares no son limpios y es evidente que se encuentra en buenas relaciones con el alcohol. En fin de cuentas, toda la discusión por el diagnóstico es una bagatela, el tipo, desde luego, no estaba fingiendo, tuvo un ramalazo de locura, no atribuible a herencia paterna, y eso es lo importante. O sea que punto, se acabó, y en cuanto al tiroteo de la Alexanderquelle, queda comprendido en el artículo 51, a saber si lo volveremos a ver por aquí.

Ese hombre vacilante, al que llaman por el nombre del difunto Biberkopf, no

sabe, mientras anda por la casa, trabaja un poco repartiendo comidas y han

dejado de interrogarlo, no sabe que siguen pasando toda clase de cosas sin que lo sepa. Los agentes de policía mordisquean en lo que pasó con su brazo, dónde lo perdió y dónde lo cuidaron.

Investigan en la clínica de Magdeburgo, son viejas historias, pero a los polis les interesan las viejas historias, hasta cuando tienen veinte años. Sin embargo, no sacan nada en limpio, estamos ya cerca del final feliz, Herbert también es un chulo, los muchachos tienen todas chicas estupendas, se lo achacan todo a ellas, pretenden que obtienen así todo su dinero. Sin embargo, ninguno de los polis se lo cree, quizá reciban de cuando en cuando dinero de las chicas, pero entretanto trabajan también de forma independiente. A eso guardan silencio los compadres.

La tormenta, también la tormenta pasa sobre nuestro hombre, por esta vez se le perdona todo. Por esta vez has recibido un billete de vuelta, hijo mío.

Llega el día en que lo ponen en libertad. La policía no le deja ninguna duda de que también fuera lo vigilarán. Traen del depósito todo lo que pertenecía al viejo Franz, y lo recibe todo otra vez en sus manos, se pone otra vez la ropa, en la chaqueta hay sangre aún, un guardia le golpeó en la cabeza con la porra, el brazo artificial no lo quiero, la peluca es suya también, pueden quedársela, por si alguna vez hacen teatro, aquí hay teatro todos los días, pero no llevamos peluca, tiene usted el certificado de puesta en libertad, adiós, señor enfermero jefe, venga a vernos alguna vez, cuando haga buen tiempo en Buch, así lo haré y muchas gracias, le abriré la puerta.

Eso, también eso ha quedado atrás.

Duerme tranquila, Patria querida, que yo no duermo ni cosa parecida

Por segunda vez deja Biberkopf una casa donde estuvo preso, hemos llegado al final de nuestro largo camino y sólo tenemos que acompañar aún a Franz un pequeño trecho.

La primera casa de donde salió fue el establecimiento penitenciario de Tegel. Estaba temeroso junto al muro rojo, y cuando se marchó y vino el 41 y fue con él

hasta Berlín, las casas no se estaban quietas, los tejados querían caer sobre Franz, tuvo que andar mucho y sentarse, hasta que todo se calmó a su alrededor y fue suficientemente fuerte para quedarse aquí y empezar otra vez.

Ahora no tiene fuerzas. No puede soportar el pabellón de vigilancia especial. Pero he aquí que cuando baja en la estación de Stettin, en la estación de cercanías, y tiene ante él el gran Baltikumhotel, no se mueve... nada. Las casas se quedan quietas, los tejados permanecen firmes, puede andar tranquilo bajo ellos, sin necesidad de arrastrarse a ningún patio oscuro. Sí, ese hombre —lo llamaremos Franz Karl Biberkopf, para diferenciarlo del primero, Franz recibió también en el bautismo ese segundo nombre por su abuelo, el padre de su madre

—, ese hombre sube ahora lentamente por la Invalidenstrasse, pasa por la Akkerstrasse, hacia la Brunnenstrasse, junto al amarillo mercado, y contempla tranquilamente las tiendas y las casas y las personas que pululan, y hace tiempo que no he visto todo esto, y

ahora estoy otra vez aquí. Biberkopf ha estado fuera mucho tiempo. Ahora Biberkopf está ahí otra vez. Vuestro Biberkopf está ahí otra vez.

Que vengan, que vengan las anchas llanuras, las casas de ladrillo rojo en las que arde la luz. Que vengan los caminantes ateridos que llevan sacos a la espalda. Es un reencuentro, más que un reencuentro.

Se sienta en la Brunnenstrasse en una taberna, coge un periódico. ¿Estará su nombre o el de Mieze o el de Herbert o el de Reinhold? Nada. ¿Adónde ir, adónde iré? Eva, quiero ver a Eva.

No vive ya con Herbert. Sale a abrir la patrona: han trincado a Herbert, los polis han registrado todas sus cosas, él no ha vuelto, las cosas están arriba en el desván, tendríamos que venderlas, lo preguntaré. Franz Karl encuentra a Eva en el Oeste, en el piso de su protector. Ella lo recibe. Recibe a Franz Karl Biberkopf con agrado. «Sí, a Herbert lo trincaron, lo han metido dos años en chirona, hago por él lo que puedo, también han preguntado mucho por ti, primero en Tegel, ¿y qué haces, Franz?». «Estoy muy bien, he salido de Buch, me han dado la licencia de caza». «Lo he leído en el periódico el otro día». «Las cosas que escriben. Pero estoy débil, Eva. La dieta de un establecimiento es la dieta de un establecimiento».

Eva ve su mirada, una mirada tranquila, oscura, inquisitiva, que no ha visto

nunca en Franzen. No dice nada de sí misma, también le ha pasado algo que le

afecta a él, pero él está muy débil, ella le busca un cuarto, lo ayuda, que no haga nada. El mismo dice, cuando está en el cuarto y ella quiere marcharse: no, ahora no puedo hacer nada.

¿Y qué hace entonces? Empieza a andar lentamente por las calles, deambula por Berlín.

Berlín, 52° 31' de latitud Norte, 13° 25' de longitud Este, 20 estaciones ferroviarias, 121 trenes de cercanías, 27 líneas de circunvalación, 14 líneas suburbanas, 7 depósitos[230], tranvías, ferrocarril elevado, autobuses, sólo hay una ciudad imperial, sólo hay una Viena[231]. La nostalgia femenina en tres palabras, tres palabras encierran todos los anhelos de una mujer. Figúrese, una empresa neoyorquina anuncia un nuevo producto cosmético que da a una retina amarillenta ese fresco tono azulado que sólo tiene la juventud. Las más hermosas pupilas, desde un azul profundo hasta un pardo de terciopelo pueden conseguirse de un tubo. Por qué pagar tanto por la limpieza de sus pieles.

Va por la ciudad. Hay muchas cosas que pueden sanarle a uno, con tal de que el corazón esté sano.

Primero la Alex. Sigue existiendo. No hay nada que ver en ella, ha hecho un frío terrible durante todo el invierno, no han trabajado y lo han dejado todo como estaba, la gran apisonadora está ahora en la Georgenkirchplatz, ahí están sacando los escombros de los almacenes Hahn, han metido muchos raíles, quizá vaya a ser una estación. Por lo demás, pasan muchas cosas en la Alex, pero lo importante es que esté ahí. La gente sigue andando por ella y hay una porquería horrible, porque el ayuntamiento de Berlín es tan delicado y tan humano que deja que toda la nieve se convierta por sí sola en barro, lentamente y poco a poco. Cuando pasa un coche, ya puedes meterte en el primer portal, porque si no, recibes gratis una carga de basura en la chistera y encima te expones a una querrela por apropiación de bienes públicos. Nuestro viejo «Mokka-fix» está cerrado; en la esquina hay un nuevo establecimiento llamado «Mexiko», sensación mundial: el chef está en el grill, a la vista del público, un blocao indio, y en torno al cuartel de la Alexander han puesto una valla, quién sabe lo que pasa allí, están demoliendo tiendas. Y los tranvías van de bote en bote, llenos de gente, todos tienen algo que hacer, y el billete sigue costando 20 pfennig, la quinta parte de un marco al contado; si se quiere, se pueden pagar también 30 o comprarse un Ford. El ferrocarril elevado funciona también, no hay primera ni segunda clase, sólo tercera, todos se sientan en hermosos sillones tapizados, si es que no tienen que ir de pie, lo que también se da.

El apearse en marcha está prohibido bajo multa de 150 marcos; se guardarán mucho de apearse porque corren el riesgo de una descarga eléctrica. Todo el mundo admira el zapato que con crema Agü yo trato. Se ruega entrar y salir rápidamente, en caso de aglomeraciones, pasen al pasillo central.

Son cosas bonitas que pueden ayudar a un hombre a recuperarse, aunque se encuentre un poco débil, con tal de que el corazón esté sano. No se queden en las puertas. Bueno, y sano sí que lo está Franz Biberkopf, ya quisieran otros estar tan temes como él.

Además, no valdría la pena contar una historia tan larga de un hombre si no pudiera tenerse firme. Y cuando, un día, un vendedor de libros ambulante estaba en la calle con una lluvia terrible, maldiciendo sus exiguas ganancias, acertó a pasar junto al puesto de libros Casar Fleischlen. Escuchó tranquilamente las maldiciones y entonces, golpeando al hombre en los mojados hombros, dijo: «Deja de tronar y guarda el sol en tu pecho», y así lo consoló y se fue. Y ése fue el origen de su famoso poema al sol.

Ese sol, otro naturalmente, es el que tiene también Biberkopf dentro de sí, y un vasito de aguardiente y mucho extracto de malta en la sopa lo van poniendo lentamente en forma. Por la presente me permito también ofrecerle una participación en mi excelente barril de Trabener Würzgarten 1925, al precio especial de 90 marcos las 50 botellas, incluido el embalaje desde origen, o a 1,60 marcos por botella y caja, cuya devolución acepto al precio

indicado. Dijodyl para la arteriosclerosis. Biberkopf no tiene arteriosclerosis, sólo se siente un poco débil aún, en Buch ayunó desafortadamente, estuvo a punto de morir de inanición, y hace falta tiempo para que uno se rellene. Para eso no hace falta visitar a ningún magnetópata[232], al que quiere mandarlo Eva porque una vez la ayudó.

Y cuando Eva, una semana más tarde, va con él a visitar la tumba de Mieze, tiene pronto motivo para asombrarse y se da cuenta de que él está mucho mejor. Nada de lágrimas, sólo deja encima un ramo de tulipanes, acaricia la cruz y enseguida coge a Eva del brazo y se va.

Se sienta con ella enfrente, en la pastelería, y come pastel de miel en honor de Mieze, que nunca se hartaba de él, está realmente bueno, pero tampoco es

nada del otro jueves. De modo que ya hemos estado con nuestra pequeña Mieze, tampoco hay que ir demasiado a los cementerios, se enfría uno, quizá el próximo año otra vez, cuando sea su cumpleaños. Mira, Eva, me puedes creer, no necesito ir a ver a la

Mieze, para mí está ahí también sin cementerio, y tampoco a Reinhold, sí, a Reinhold, a ése no lo olvido, aunque volviera a crecerme el brazo no lo olvidaría. Hay cosas que habría que ser un adoquín y no un hombre para olvidarlas. Así habla Biberkopf con Eva, mientras se come su pastel de miel.

En otro tiempo Eva quiso convertirse en su amiga, pero ahora, ahora ni siquiera ella lo quiere. El asunto de la Mieze y luego el manicomio han sido para ella demasiado, por mucho que lo siga queriendo. Y el niño que esperaba de él tampoco vino, ella tuvo un descarrilamiento, hubiera sido tan bonito, pero no ha sido así, sin embargo[233], en fin de cuentas, también es lo mejor, sobre todo porque Herbert no está ahí, y su protector lo prefiere también cien veces, que ella no tenga niños, porque en fin de cuentas el hombre comprendió que el niño podía ser también de otro, no se le puede tomar a mal.

Y así se sientan tranquilamente juntos, pensando en lo pasado y lo futuro, y comen pastel de miel y un pastel de chocolate con nata.

Y el paso marcando, izquierdo y derecho, izquierdo y derecho

Vemos todavía al hombre en el proceso contra Reinhold y el hojalatero Matter, o bien Oskar Fischer, por asesinato, o bien complicidad, de Emilie Parsunke, de Bernau, el primero de septiembre de 1928, en Freienwalde, cerca de Berlín. Biberkopf no ha sido acusado. El manco despierta el interés general, gran expectación, asesinato de su amante, el amor en los bajos fondos, después de su muerte tuvo una enfermedad psíquica, fue sospechoso de coautoría, un destino trágico.

Durante la vista, el manco dice que, como manifiestan los peritos, se

encuentra totalmente repuesto y en condiciones de prestar declaración: la finada, a la que él llama Mieke, no tuvo ninguna relación con Reinhold, Reinhold y él eran buenos amigos, pero Reinhold sentía una pasión horrible y antinatural por las mujeres, y así fue como ocurrió. Si Reinhold es sádico o no por naturaleza, no lo sabe. Supone que Mieke debió resistirse a Reinhold en Freienwalde y que

entonces él, rabioso, hizo aquello. ¿Sabe usted algo de su juventud? No, entonces no lo conocía. ¿Tampoco le contó nada? ¿Bebía? Sí, las cosas son así: antes no bebía, pero últimamente

empezó con eso, cuánto no lo sé, antes no podía soportar ni un trago de cerveza, sólo gaseosa y café.

No pueden sacarle más a Biberkopf sobre Reinhold. Nada de su brazo, de su pelea, de su lucha, yo no hubiera debido, no hubiera debido mezclarme con él. En la sala se sientan Eva y varios de la banda de Pums. Reinhold y Biberkopf se miran fijamente. El manco no siente ninguna compasión por el que se sienta en el banquillo entre los dos policías y cuya cabeza está en juego, sólo una extraña inclinación. Yo tenía un camarada, nunca lo hallaré mejor. Tengo que mirarlo y remirarlo, nada hay más importante para mí que mirarte. El mundo está hecho de azúcar y mierda, puedo mirarte tranquilamente y sin parpadear, sé quién eres, ahora te encuentro aquí, muchacho, en el banquillo, fuera te encontré mil veces aún, pero mi corazón no se convertirá por eso en una piedra, ni mucho menos.

Reinhold tiene previsto, si algo se le atraviesa durante el proceso, descubrir todo el negocio de Pums, los meterá a todos en el ajo si lo provocan, lo tiene guardado en la manga especialmente para el caso de que Biberkopf, ese perro, quiera fanfarronear ante el juez, por su culpa ha ocurrido todo. Pero allí están en la sala los de la banda de Pums, sentados en los bancos, allí está Eva, allí hay unos cuantos agentes, a los polis los conocemos. Entonces se calma más, titubea y se lo piensa. Uno depende de los amigos, alguna vez saldrá otra vez, y dentro los necesita también, y a los polis no

les voy a dar esa alegría. Y luego, el Biberkopf se comporta de una forma extrañamente decente. Al parecer estuvo encerrado en Buch. Es extraño cómo ha cambiado ese bobo, una mirada extraña, como si no pudiera mover los ojos, se le deben de haber oxidado en Buch, y qué despacio que habla. Todavía no está bien de la cabeza. Biberkopf sabe, cuando Reinhold no dice nada, que no tiene nada que agradecerle.

Diez años de presidio para Reinhold, homicidio pasional, alcohol, carácter

impulsivo, juventud descarriada. Reinhold encaja el castigo.

En la sala alguien grita al saberse la sentencia y luego solloza fuertemente. Es Eva, el recuerdo de Mieke la abrumba. Biberkopf se vuelve en el banco de los testigos al oírla. Entonces se hunde también en sí mismo y se pone la mano en la frente. Es segadora, se llama Muerte, soy tuya, vino a ti con amor, te protegió, y tú, qué vergüenza, grita qué vergüenza.

A Biberkopf le ofrecen inmediatamente después del proceso un puesto de portero auxiliar en una fábrica de mediano tamaño. Lo acepta. No hay nada más que contar de su vida.

Hemos llegado al final de esta historia. Ha sido larga, pero tenía que prolongarse y prolongarse hasta llegar a ese punto culminante, a ese clímax que al fin lo ilumina todo.

Hemos caminado por una oscura avenida, al principio no la iluminaba ninguna farola, sólo se sabía que ése era el camino, poco a poco se ha ido haciendo cada vez más clara, por último había una lámpara y por fin pudo leerse bajo ella el nombre de la calle. Ha sido un proceso de revelación muy especial. Franz Biberkopf no ha recorrido esa calle como nosotros. Se precipitó en ella, en esa calle oscura, tropezó con los árboles; cuanto más corría, con más árboles tropezaba. Era ya oscuro, y cuando tropezaba con los árboles cerraba espantado los ojos. Y cuanto más tropezaba, más fuerte apretaba espantado los ojos. Con la cabeza abierta, casi sin sentido, llegó al final. Al caer, abrió los ojos. La lámpara brillaba clara sobre él y pudo leer el letrero.

Finalmente es portero auxiliar en una fábrica de mediano tamaño. Ya no está solo en la Alexanderplatz. Hay algunos a su derecha y algunos a su izquierda, y delante de él van algunos y detrás de él van algunos.

Muchas desgracias ocurren cuando se va solo. Cuando hay varios, las cosas son distintas. Hay que acostumbrarse a escuchar a los otros, porque lo que dicen los otros me importa también. Así me doy cuenta de quién soy yo y de lo que puedo proponerme. Por todas partes a mi alrededor se libra mi batalla, tengo que estar atento porque antes de que me dé cuenta me tocará a mí.

Es portero auxiliar de una fábrica. ¿Qué es entonces el Destino? Solo, es más

fuerte que yo. Si somos dos, ya es más difícil ser más fuerte que yo. Si somos diez, más difícil aún. Y si somos mil o un millón, es difícilísimo.

Pero también es más bonito y es mejor estar con otros. Entonces lo siento y lo sé todo dos veces mejor. Un barco no está seguro sin un anda grande, y un hombre no puede existir sin muchos otros hombres. Lo que es verdadero y lo que es falso, lo sabré ahora mejor. Una vez caí en la trampa por una palabra y tuve que pagarlo muy caro, a Biberkopf no le volverá a pasar. Las palabras vienen hacia uno rodando, hay que tener cuidado de que no te atropellen, si no tienes cuidado con el autobús, te hace papilla en un Jesús. No pondré la mano en el fuego tan fácilmente por nada en este mundo. Duerme tranquila, Patria querida, que yo no me duermo, ni cosa parecida.

A menudo marchan ante su ventana con banderas y música y cantos, Biberkopf mira fríamente a la puerta y se queda en casa todavía un rato tranquilamente. Tú cierra la boca y marca el paso, ven con nosotros y a hacernos caso. Si marchó también, tendré luego que pagar con mi cabeza lo que otros han pensado. Por eso lo comprobaré primero todo, y si está bien y me gusta, entonces me levantaré. Al hombre se le ha dado la Razón, los burros, en cambio, se integran en una corporación.

Biberkopf hace su trabajo de portero auxiliar, anota los números, controla los

vehículos, se fija en quién entra y quién sale.

Hay que estar despierto, hay que estar despierto, pasan cosas en el mundo. El mundo no está hecho de azúcar. Si tiran bombas asfixiantes tendré que asfixiarme, no se sabrá por qué las han tirado, pero eso no importa, hubo tiempo para ocuparse de ello.

Si hay una guerra y me llevan a ella, y no sé por qué y la guerra ha empezado sin mí, tendré yo la culpa y me estará bien empleado.

Hay que estar despierto, hay que estar alerta, no está uno solo. En el aire puede granizar y llover, contra eso no se puede hacer nada, pero contra muchas otras cosas sí se puede hacer. Ya no gritaré como antes: el Destino, el Destino. No hay que venerarlo como si fuera el Destino, hay que mirarlo a la cara, agarrarlo y destrozarlo.

Hay que estar despierto, con los ojos abiertos, tener cuidado, hay miles unidos, quien no esté despierto, se quedará boquiabierto o estará pronto muerto.

El tambor redobla tras él. Marchamos. Marchamos, marchamos al frente,

llevamos el paso, cien músicos vienen marchando al ocaso, la luz de la aurora, la luz de la tarde, la luz ilumina la muerte al cobarde.

Biberkopf es un pequeño trabajador. Sabemos lo que sabemos, hemos tenido que pagarlo caro.

Hacia la libertad vamos, vamos hacia la libertad, el viejo mundo ha de hundirse, despierta, brisa matinal,

Y el paso marcando, izquierdo y derecho, izquierdo y derecho, marchamos, marchamos, sacamos el pecho, cien músicos vienen subiendo el repecho,

tambores y pífanos, videbún videbún, unos van en cabeza, otros van en común, algunos aguantan, otros cómo y según, uno sigue adelante, otro más y otro aún, videbún videbún.

ALFRED DÖBLIN. Novelista alemán, famoso por su novela Berlin Alexanderplatz. Nació en el seno de una familia de comerciantes judíos en Stettin (ahora Szczecin, Polonia) el 10 de agosto de 1878. Estudió Medicina en Berlín y en Friburgo de Brisgovia y se especializó en enfermedades nerviosas en 1912. Como escritor se inspiró en la obra de Hölderlin, Schopenhauer y Nietzsche, antes de unirse al expresionismo y a la revista literaria Der Sturm, en la que publicó muchos de sus primeros poemas. Fue un exponente de la novelística

moderna, y entre las obras que escribió, antes de su salida de Alemania en 1933, se encuentran *Los tres saltos de Wang-Lun* (1915), una historia de los antiguos taoístas chinos; *Wallenstein* (1920), situada en la guerra de los Treinta Años; y *Berlin Alexanderplatz* (1929), una obra panorámica, influida por la del estadounidense John Dos Passos, sobre la vida de un antiguo convicto en la capital alemana. El mismo Döblin escribió en 1931 el guión para una versión cinematográfica, que fue adaptado más tarde para la televisión por Rainer Werner Fassbinder. A raíz de la toma del poder por los nazis en 1933, Döblin emigró a Francia, donde obtuvo la nacionalidad francesa y después a Estados Unidos. A este periodo pertenecen *No habrá perdón* (1935), *La tierra sin muerte* (1936). y *El tigre azul* (1936), historia religiosa de América del Sur.

En 1940, con la ocupación de Francia, huyó a los Estados Unidos. Se convirtió al catolicismo y volvió a Alemania en 1945 como funcionario del gobierno militar francés y allí completó una serie de cuatro novelas sobre la revolución alemana, *Noviembre 1918* (1950), antes de regresar a Francia en 1951. También escribió muchas colecciones de ensayos, entre los que se encuentran *Das Ich über Natur* (1928), *Judische Erneuerung* (1933). y *Der Historische Roman* (1936). Murió el 26 de junio de 1957 en Emmendingen.

InfoLibros.org

